

BARROS GREZ, MANUEL (1834 – 1904)

PIPIOLOS Y PELUCONES

(Tradiciones de ahora cuarenta años)

Tomo I

ÍNDICE:

CAPITULO I

Santiago por la mañana

CAPITULO II

En la Plaza de Armas

CAPITULO III

Un Español Ilustre

CAPITULO IV

El Paseo de la Cañada

CAPITULO V

El Padre Hipocreitía

CAPITULO VI

La Entrevista

CAPITULO VII

La Casa Vieja

CAPITULO VIII

El Almacén de prendas

CAPITULO IX

Anselmo

CAPITULO X

Don Marcelino de Rojas

CAPITULO XI

Madre e Hija

CAPITULO XII

La Cita

CAPITULO XIII

El Director de conciencia

CAPITULO XIV

Marido y Mujer

CAPITULO XV

Dar consejo al que lo ha menester

CAPITULO XVI

Donde el curioso lector hará conocimiento con don Cándido de la Rueda y doña Estrella Clavijo

CAPITULO XVII

La Carta del Padre Hipocreitía

CAPITULO XVIII

Prosigue la carta del Padre

CAPITULO XIX

Concluye por ahora la carta de su reverencia

CAPITULO XX

Don Marcelino y don Cándido

CAPITULO XXI

Miguel Turra entre bastidores

CAPITULO XXII

Mujer y Marido

CAPITULO XXIII

El cuarto del Padre Hipocreitía

CAPITULO XXIV

El Conciliábulo

CAPITULO XXV

De como a un valiente le es permitido a veces tener miedo

CAPITULO XXVI

En el Parral de Gómez

CAPITULO XXVII

Don Catalino buscando uno se encuentra con otro

CAPITULO XXVIII

Miguel y don Marcelino

CAPITULO XXIX

Una puñalada por si acaso

CAPITULO XXX

Don Marcelino traba amistad con don Melitón

CAPITULO XXXI

El Clérigo y el Fraile de aquellos tiempos

CAPITULO XXXII

Motiloni en casa de don Policarpo

CAPITULO XXXIII

La Merienda Política

CAPITULO XXXIV

Don Catalino cae en la trampa

CAPITULO XXXV

El Bodegón de Juan Diablo

CAPITULO XXXVI

De como predicaban el evangelio algunos sacerdotes de aquel tiempo

CAPITULO XXXVII

La Revuelta de cuartel

CAPITULO XXXVIII

De como don Catalino, y sin saberlo, se encuentra comprometido en la revolución

CAPITULO XXXIX

¿En qué se empleaba el dinero don Policarpo?

CAPITULO XL

La cosa se encrespa

CAPITULO XLI

Motiloni cree que, vencedor o vencido, el Gobierno perderá terreno

CAPITULO XLII
Amor y resignación

CAPITULO XLIII
Nuevos apuros de don Cándido

CAPITULO XLIV
En donde el lector hará conocimiento con otros personajes de esta historia

CAPITULO XLV
La solicitud

CAPITULO XLVI
El General y el jesuita

CAPITULO XLVII
En la Plaza del Basural

CAPITULO XLVIII
La Ejecución

CAPITULO XLIX
Don Melitón principia a hacer fortuna

CAPITULO L
Los Proyectos de don Marcelino

CAPITULO LI
El cumpleaños de don Cándido

CAPITULO LII
La Ponchada

CAPITULO LIII
La situación se complica para don Marcelino

CAPITULO LIV
Algunas palabras antes de proseguir

CAPITULO LV
Anselmo visita a Freire

CAPITULO LVI
A descortesía, descortesía y media

CAPITULO LVII

Don Marcelino se entenece, y luego se arrepiente de su debilidad

CAPITULO LVIII

La Trampa

CAPITULO LIX

Dentro del Claustro

CAPITULO LX

Caridad

CAPITULO LXI

La carta de don Marcelino

CAPITULO LXII

El Jesuita prosigue su obra

CAPITULO LXIII

Don Marcelino rompe con don Cándido

CAPITULO LXIV

El confesor de Lucinda

CAPITULO LXV

Sor María de los Dolores

CAPITULO LXVI

La Correspondencia secreta de los revolucionarios

CAPITULO LXVII

El Golpe maestro de la perfidia

CAPITULO LXVIII

Rodríguez y Pinto

CAPITULO LXIX

Anselmo recibe noticias de Lucinda

CAPITULO LXX

De como don Cándido le tenía miedo a las casualidades

CAPITULO LXXI

Nuevos Recursos de Su Reverencia

CAPITULO LXXII

En el Locutorio de las Capuchinas

CAPITULO LXXIII

La política hace olvidar a Freire los amores de Anselmo

CAPITULO LXXIV

Anselmo, don Melitón y el padre Hipocreitía

CAPITULO LXXV

Nuevas Intrigas

CAPITULO LXXVI

Anselmo se ausenta de Santiago

CAPITULO LXXVII

Anselmo y Tupper

CAPITULO LXXVIII

La Plazuela de las Postrimerías

CAPITULO LXXIX

Es llegado el tiempo de obrar

CAPITULO I

Santiago por la mañana

«Eulogio leyó esta carta,
mil veces la leyó;
dando besos repetidos,
a la prenda de su amor.
Sus líneas bálsamo fueron,
que su angustia mitigó;
rocío que dio la vida
al marchito corazón.»
—S. SANFUENTES. (*El
Campanario.*)

Era en los primeros días del mes de Abril de 1829, y a la hora en que allá en lo antiguo tenía costumbre nuestra capital de levantarse de la cama, es decir, la hora de asomar el sol sobre la nevada cresta de los Andes; porque es cosa averiguada, que nuestros padres madrugaban mucho más que nosotros. Santiago comenzaba, pues, a desperezarse: abríanse de par en par los zaguanes de las casas; y por las anchas puertas coronadas de sendos escudos hechos pedazos por la revolución, se veía salir a las viejas y desgüeñadas cocineras con el *canasto de la recova* al brazo, el pañuelo de algodón y en la cabeza; un

zapato y medio, y a veces dos medios zapatos en los pies, y envueltas en el clásico rebozo de lana.

Bien echará de ver el sagaz lector que, atendida la hora, y en vista de los susodichos canastos, todas aquellas cocineras se encaminaban hacia la Recova con el fin de comprar las provisiones diarias para la casa. Pocas de estas mujeres iban solas, y la mayor parte marchaban seguidas del dueño de casa, quien quería siempre elegir por sus propias manos la mejor carne para el puchero, la más gorda gallina para la *cazuela*, y el charqui más bien preparado para el *charquicán* o el *caldiviano*. Y mientras caminaban tras de sus fámulas, limpiándose los ojos y concluyendo entre bostezo y bostezo las oraciones de la mañana, solían algunos ver con verdadero sentimiento, que otros habían madrugado más y ganádoles el *quien vive*; pues ya venían de vuelta con sus canastos llenos de todo lo que Dios crió.

A medida que el sol se elevaba sobre el horizonte, íbase animando más la escena con las gentes de a caballo que trotaban por las calles al son de sus inmensas espuelas. Eran de ver los sombreros guarapones de proverbial anchura, los *chamantos* curiosamente labreados, las gruesas monturas llenas de adornos de plata, y los fabulosos estribos, para cuya construcción se necesitaba, según es fama, de un buen tronco de sauce. Aumentábase poco a poco el ruido matinal con los silbos y gritos de las parvadas de muchachos que iban a la escuela, con los desentonados cantos de los vendedores ambulantes, los agudos chillidos de las carretas, los cacareos de las gallinas, los ladridos de los perros, y los rebuznos con que, hasta los asnos saludaban al astro del día, después de haber pasado la noche entretenidos en pasearse (a falta de otra localidad más abundante) en el pedregal del Mapocho, o bien, en aquellos lugares de lodo y de basura que hoy con justo título se llama *Paseo de las Delicias*. ¡Cuánto no han cambiado las cosas desde aquel entonces hasta la fecha!

Ajeno al parecer a cuanto le rodeaba, y puesto el pensamiento en una idea fija, bajaba por la calle de la Compañía, un joven militar, cuyo uniforme mostraba pertenecer a uno de nuestros cuerpos de infantería de línea.

Era éste, mozo como de veintidós años de edad; de rostro pálido simpático, ojos, barba y cabellos negros; de cuerpo alto, bien formado, y de andar airoso, y un si es no es resuelto. Esta misma cualidad se manifestaba en la mirada varonil de sus ojos negros, prontos a airarse; pero, que en su estado normal revelaban un espíritu tranquilo. Cierta tinte melancólico de que estaba impregnado su semblante revelaba que su alma no era extraña al dolor y su tez tostada, manifestaba que había sufrido los rigores de la intemperie, y que no llevaba por simple y puro adorno, la espada que colgaba de su cintura.

Poco antes de llegar a la calle del Peumo, se paró enfrente de una casa de modesta apariencia, y después de interrogar con sus miradas a todas las ventanas de aquella casa, que permanecieron cerradas sin contestarle ni con el más ligero temblor de sus hojas verdes, siguió su camino, no sin volver la vista hacia atrás dos o tres veces. Cualquier observador habría echado bien de ver que el joven militar esperaba algo de aquellas porfiadas ventanas que no querían abrirse, pues, apenas se hubo separado una cuadra de

la casa, cuando cambió de frente y empezó a subir por la calle, volviendo a pararse en el mismo punto en donde hizo alto la primera vez. Entonces vio que las verdes hojas de una de las ventanas temblaron sobre sus alcayatas y se entreabrieron.

El oficial fue todo ojos, pero nada vio, porque las puertas volvieron a cerrarse prontamente detrás de sus gruesas y tupidas rejas de fierro.

Casi al mismo tiempo sintió que lo abrazaban por detrás cubriéndole los ojos con las manos, mientras que una voz chillona y contrahecha le preguntaba:

-¿Quién soy? ¡Adivina, Anselmito!

-¡Un animal! -contestó enérgicamente el joven, sumamente contrariado y dándose vuelta hacia su original interlocutor.

Era éste un hombrecito chico, rechoncho, colorado, ñato, ojos grises vivos, pequeños y penetrantes, y labios gruesos y entreabiertos que dejaban ver dos filas de dientes blanquísimos. De fisonomía alegre y semiburlona, hacía notar en sus ligeros movimientos no sé qué mezcla de malignidad y truhanería. Venía vestido de pantalón ancho que le caía sobre unos zapatos muy puntiagudos, chaqueta de paño azul con alamares, un pañuelo a cuadros en torno del cuello, capote de barragán y sombrero de paja. Cuando hubo oído la contestación de Anselmo, soltó una estrepitosa carcajada y le preguntó sin dejar de reír:

-¿Conque no me conociste, hombre de Dios? ¡Ja, ja, ja!

-Al contrario -le contestó Anselmo con marcado mal humor-: mi contestación es una prueba de que te conocí.

-¡Ja, ja, ja! ¿Conque me conociste, eh?

-Al momento de verme tomado de ese modo por la espalda, pensé que no podía ser otro que Catalino Gacetilla, y por esto fue que te contesté: un animal.

-¡Ja, ja, ja! Vivo de genio como siempre. Pero dos amigos no deben reñir por tan poco. ¡Yo soy así...! Me gusta la broma sobre todo con los amigos a quienes aprecio; ya me conoces... Y ¿qué hacías aquí parado?

-¿Yo? Nada, hombre; andaba paseándome.

-¿Andabas paseando la leche, sin duda? -dijo malignamente don Catalino...- Buena manera de pasear tienes, quedándote plantado como una estaca delante de la casa de don Marcelino.

-Hasta luego, Catalino -le interrumpió Anselmo, tendiendo la mano a su importuno amigo y dando muestras de querer marcharse prontamente de allí.

-No te vayas, hombre. Platiemos un ratito -replicó Gacetilla...- Ya que tú no me quieres decir nada, yo te diré la noticia que acabo de saber.

-Estoy muy de prisa: Adiós -díjole el militar yéndose.

-Es una noticia más grande que la casa de Moneda -decía Gacetilla siguiendo a su amigo.

-Bueno, bueno: después me la contarás.

-¡Es noticia del sur, hombre, por todos los santos! Se trata de que las tropas de Prieto...

-¿Qué dices? -preguntó Anselmo prontamente volviéndose hacia Gacetilla.

-¿No te decía que la noticia es mayor que la casa de Moneda y la Catedral juntas?... Yo no me desdigo de lo dicho... -y luego, bajando la voz, dijo con su hablar chillón al oído de Anselmo:

-¡Se habla de revolución en los lados del sur!

Quiso Anselmo seguir la conversación; pero cambiando evidentemente de parecer, dijo a don Catalino:

-Por ahora no podemos hablar... Ya ves: estamos aquí en la calle... Espérame dentro de dos horas en el *Café de la Nación*: allí almorzaremos juntos y hablaremos...

-¿Sin falta?

-Sin falta.

-Pues, hasta luego.

-Hasta luego.

Dicho esto, Anselmo torció por la calle de Teatinos hacia la Alameda, mientras que don Catalino se quedó allí diciéndose entre dientes: ¿En qué pasos andará el militarcito? ¿Qué haría aquí enfrente de la casa de don Marcelino de Rojas?... ¿Si andará tras de la niña?... Pues a fe de Catalino Gacetilla, quiero que me corten una oreja si no lo sé antes de que cierre la noche.

Después de formulado este juramento, que encerraba un propósito, echó a andar con sus cortos y agitados pasos hacia la plaza.

Anselmo apenas hubo andado dos cuadras, dobló sobre su derecha, y haciendo un rodeo, volvió al mismo punto del anterior encuentro.

Afortunadamente la calle estaba sola, y con sus ojos de enamorado pudo ver que la ventana había vuelto a entreabrirse. Al pasar por enfrente de ella, vio caer a sus pies un papelito doblado, arrojado a calle por una mano tan delicada, que habría hecho adivinar a cualquier hijo de vecino la belleza del rostro oculto tras de la cortina de la ventana.

En cuanto a Anselmo, no tenía necesidad de ser adivino para saber de qué Deidad le había caído aquella merced. Caer el papel, y tomarlo el joven fue todo uno; pero no se vio más, porque la ventana volvió discretamente a cerrarse, y aunque le vinieron sin duda, al militar, grandes tentaciones de dirigir la palabra a la niña, (cuya debía ser aquella mano) no tuvo más que conformarse; y haciendo de necesidad virtud, se alejó de la casa a largos pasos y se encaminó hacia la plaza de Armas.

No pudiendo resistir al deseo de ver el billete, sacolo del bolsillo adonde precipitadamente lo había metido, y se puso a leerlo mientras andaba.

Tan embebido iba en su lectura, que al travesar la calle de la Bandera, no vio al curioso Gacetilla que, en dicha calle se había quedado en observación, y que viéndolo pasar con un papel en la mano, hizo un gesto con cierto meneío de cabeza que significaba bien claro; «¡Ya sé de lo que se trata!»

El billete decía así:

«Mi querido Anselmo:

«Perdóname que te escriba para darte una mala noticia. Tu Lucinda solamente quería decirte cosas capaces de darte contento, pero el cielo lo quiere de otro modo. Te escribo con las lágrimas en los ojos. ¿Qué podrá hacer una pobre mujer sino llorar su cruel desdicha? Nuestra desgracia es cierta, y mi corazón me lo estaba diciendo. ¡Mi *tatita* se opone a nuestra unión; y para mayor desdicha mía, quiere que dé mi corazón a otro hombre! ¡Cuándo es tuyo! ¡Perdona Anselmo mío! A mi padre: ¡perdónalo por Dios! como yo lo perdono, porque no sabe el dolor que me ha causado. ¡Ah! Si él supiera lo que sufro, estoy segura de que se apiadaría de su hija. El secreto de nuestro amor no cabía en mi pecho, y lo he tenido que comunicar a mi mamita. Ella te estima, Anselmo: ella te acepta por hijo, y desde que me lo ha dicho, la amo más. ¡Yo no creía poder querer más a mi mamita de lo que la quería; pero desde que sé que ella te ama, yo siento en mi corazón que la adoro!

Todavía no conozco el marido que se me destina; pero cualquiera que sea ¿qué podrá valer para mí, comparado contigo que llenas todo mi corazón? ¿Me preguntas si te amo? ¿Si te prefiero a otro? Y ¿cómo puedes tú preguntar esto a tu Lucinda que sólo piensa en tí, que vive muriendo desde que no te ve, y que si no fuera porque tú vives, quisiera morir?

A fuerza de rogar a mi mamita ha consentido en que tendremos una entrevista esta noche a las ocho en esta ventana. Mi corazón me dice que vendrás.

Mi mamita estará conmigo. No puedo escribir más porque mi *tatita* me llama...»

CAPITULO II

En la Plaza de Armas

«Puede carecer de ideas... pero de palabras, jamás...
Su locución es inagotable; causa vértigo... Aquello no
es facilidad de hablar, sino dificultad de guardar
silencio.»

—F. VELASCO.

La antigua plaza de Armas, hoy de la Independencia y una de las más bellas de Sudamérica, rodeada de ricos edificios y jardines, veredas e hileras de árboles por entre cuyos follajes se ve saltar los brillantes chorros de los surtidores, no era en la época de nuestra historia, más que un cuadro desprovisto de toda comodidad y adorno, y destinado, al parecer, a las paradas militares, según lo indica aquel nombre, sinónimo de Campo de Marte. No quedan allí de aquel tiempo otros edificios que la Catedral y los del costado norte, en donde se encontraba el palacio del Gobierno, llamado las *Cajas*, por contenerse dentro de él el tesoro de la nación.

Pero ninguno de estos mencionados edificios tiene tan estrecha relación con nuestra verdadera historia, como el llamado entonces *Café de la Nación*, situado en el centro del costado oriente de la plaza; es decir, en el lugar que hoy ocupa la entrada del pasaje

-20-
Mac-Clure. Allí era donde se reunía lo más escogido de la capital, allí era donde se charlaba de riñas de gallos, de política, de carreras, de matrimonios, de procesiones y de cofradías.

Cuando Anselmo, después de haber hecho un gran rodeo para saborear mejor el billete de su amada, llegó a la plaza, daban las nueve y tres cuartos en el reloj de la torre de las *Cajas*. A esa hora ya *los baratillos* del portal estaban animadísimos con esa alegre vida del menudo comercio, mientras que mil grupos, diseminados por la plaza, representaban variadas escenas.

Aquí se hacía un contrato de frutos del país; allá conversaban dos jóvenes al través de las rejas de una ventana; más allá; un grupo de bulliciosos muchachos jugaban al *tejo* o a la *rayuela*; acá una alegre moza se entretenía en lanzar dichos agudos a los conocidos que pasaban por la calle, o en arrojar sobre las veredas cáscaras de fruta para ver resbalar a los transeúntes: acullá, varios aficionados rodeaban a un chalán que probaba ante todos, el caballo que quería vender; mientras que otros grupos de viejos más pacíficos mataban el tiempo con mayor gravedad, hablando de las últimas carreras o peleas de gallo.

En estos diversos grupos, llamaba especialmente la atención uno situado al frente del *cafecito de la Nación* y compuesto de diez o doce jóvenes reunidos en torno de un hombre que parecía estar haciendo algún interesante relato, tal era la atención con que todos lo miraban.

Allí fue donde Anselmo dirigió sus pasos, y desde lejos pudo muy bien conocer, que el hombre a quien escuchaban con tan marcado interés, era el mismo don Catalino Gacetilla en persona, cuyos ojitos grises y gruesos labios se animaban extraordinariamente a medida que hablaba. Y hablaba el hombre con ojos, boca, narices, pies, y manos, accionando y gesticulando apasionadamente; pero sin escapársele nada de lo que pasaba entre los demás. En cuanto columbró a Anselmo, hízole sin cesar de hablar, una seña para que se acercara.

-Es la pura verdad, decía don Catalino. La revolución del sur está pintada: lo sé de buena tinta, y me lo han contado con mucho sigilo... Por esto encargo a ustedes que guarden el secreto, pues sería peligroso...

En aquel momento se oyó sonar una campanilla. Era que salía de la Catedral el coche del Santísimo Sacramento. Todos los gritos, conversaciones y cuchicheos cesaron como por encanto, y en un instante se vio la plaza cubierta de la gente arrodillada que resaba un Padrenuestro por el alma del que iban a auxiliar mientras la comitiva del Sacramento pasaba por en medio de todos, arrastrado el coche por dos mulas negras que un caballero de nota conducía de la rienda y acompañado por un cortejo de esclavos de la Cofradía, con sendos faroles en las manos. La guardia de la cárcel le hizo los honores a tambor batiente, y las campanas de la iglesia no cesaron de repicar hasta que la procesión se perdió de vista.

Entonces todo el mundo se puso de pie, y el movimiento y las conversaciones principiaron de nuevo.

-Sería muy peligroso -prosiguió Gacetilla enhebrando su discurso-, esto de que nos oyeran decir que teníamos noticias de tales acontecimientos. Es menester guardar un profundo secreto, porque ya saben ustedes que en boca cerrada... ¿están ustedes?... Anselmo, hijo mío, te estaba esperando para almorzar... Ya tengo pedido un pollito en aceite, con su cebollita, unos huevos pasados por agua; un *charquicán* frito; un...

-Basta, basta, hombre -le interrumpió Anselmo entrando en el Café mientras se deshacía el grupo de la calle.

-Todo, todo esto será remojado con una botella de mosto de Concepción -decía Gacetilla sobándose las manos de contento-. ¡He trabajado tanto toda la mañana! No he parado, amigo mío... Como ya sabes que tengo entrada en el ministerio; he sabido cosas... cosas... de las cuales no he hablado una palabra, porque las noticias gordas las reservo para los buenos amigos... ¡Mozo! ¡Mozo! ¡Tráenos el almuerzo que te encargué!

Sentados a la mesa, comenzaron a despachar ambos las succulentas raciones que el criado traía. Don Catalino comía sin dejar de hablar, y hablaba sin dejar de comer, cuando parándose de repente del asiento se acercó a una de las ventanas que daba al patio de entrada y exclamó:

-¡Ah señor don Pablo! ¡Tanto bueno por aquí!...Venga acá que tengo hambre de platicar con *usted*... Aquí estoy con un amigo.

-¡Ya voy! -contestó desde afuera una voz.

-¿No es el italiano Motiloni? -preguntó Anselmo...- Creo que esa es su voz.

-El mismo, contestó don Catalino engullendo uno tras otro los huevos pasados por agua. Lo vi al pasar por enfrente de la ventana, y como este gringo es tan...

-No es gringo sino italiano -le interrumpió el joven riéndose.

-Tanto vale lo uno como lo otro. Para mí todos los extranjeros son gringos.

-Pues, como te iba a decir, este don Pablo me gusta por lo sabido y noticioso que es. Bebe, pues, hombre: el mostito está de chuparse los bigotes. Es un pozo de ciencia el hombre; ¡y qué memorión tiene! ¡Sabe como un libro y habla latín como el Papa!... Cierto es que tiene sus puntas de hereje; pero herejía más o menos... a mí me gusta mucho platicar con él.

Anselmo hacía al parecer poco caso de la palabrería de su amigo, quien, según su costumbre, prosiguió hablándoselo todo, sin dejar por ello de mascar.

-Hacía bastante tiempo que yo no lo veía, porque has de saber hombre, que este don Pablo es más raro que un cuartillo de cruz. A veces se pierde sin que nadie sepa dónde ha ido; y ni aun yo mismo he podido averiguar este misterio... Sin embargo, ya sabes que a mí se me escapan pocas... Lo he *aguaitado*; pero ni por esas he dado en el *quid*... Este hombre tiene para mí ciertos misterios que... Pero aquí viene... Cállate boquita.

Y como para taparse la boca e impedirse a sí mismo el seguir hablando, don Catalino ahogó las últimas palabras con un vaso de mosto que se bebió de un sorbo.

En aquel momento entraba a la sala don Pablo Motiloni. Era éste un hombre como de cincuenta y cinco años de edad, alto, seco, mirada penetrante, nariz aguileña, labios delgados y frente espaciosa, coronada por los rubios cabellos de una peluca primorosamente alisada. Apenas se podía distinguir el color de sus ojitos centellantes, detrás de los anteojos verdes que llevaba sobre sus enormes narices. En cuanto a lo demás, sus maneras eran francas e insinuantes, y a primera vista se echaba de ver en ellas ese aire distinguido que caracteriza a las personas que han frecuentado una escogida sociedad.

Motiloni saludó cordialmente a Gacetilla, quien lo presentó a Anselmo.

Hiciéronse los saludos y mutuos cumplimientos de regla, los que don Catalino interrumpió con su acostumbrada locuacidad.

-Cumplimientos a un lado -dijo-: vamos a lo que importa. ¿Quiere almorzar, señor don Pablo?

-No, amigo mío: yo almuerzo más temprano.

-Entonces, siéntese y cuéntenos algo... ¿Qué ha oído de nuevo?

-Eso mismo le iba a preguntar a usted. Yo me encuentro muy atrasado de noticias, pues como he estado cerca de quince días en cama, apenas sé lo que pasa en la calle.

-Entonces ¿no sabe nada de los acontecimientos del sur?

-Ni una jota.

-Es que dicen que Prieto ha traicionado...

-¿Cómo?

-No: no digo eso, porque Prieto es demasiado caballero para haber traicionado ya. Solo creo que piensa traicionar al Gobierno, pues, según los díceres...

-Y ¿quién puede creer en esos díceres? -interrumpió don Pablo sonriéndose imperceptiblemente.

-¡Y en caso que así sea -dijo Anselmo-, la ley tiene bastantes defensores para castigar al traidor!

-Eso mismo digo yo -agregó Gacetilla-. Yo cuento la cosa como la oigo, y la sé de buena tinta.

-Y ¿con qué elementos cuenta para hacer la revolución? -preguntó Motiloni.

-Con el ejército de la frontera. Tiene más de tres mil soldados.

-Pero aquí en Santiago ¿cree usted que tendrá apoyo entre la gente de valer?

-Yo creo que sí, porque según lo que he oído hablar, los hombres de pro están descontentos con el Gobierno.

-¡Los serviles enemigos de la libertad y de la República debiera usted decir! -exclamó Anselmo con calor.

Un ligero temblor agitó la afilada barba de Motiloni, quien miró al joven de un modo particular.

-¡Eso es: los serviles! -dijo Gacetilla soltando una estrepitosa carcajada-. Yo cuento las cosas al pie de la letra, y las doy como me las dan.

-En cuanto a serviles y pipiolos, allá se las campaneen -dijo Motiloni con un marcado acento italiano-. Yo soy extranjero y no debo meterme en estos asuntos.

En ese momento entró al comedor el patrón del Café con una carta en la mano; y dirigiéndose a Motiloni, le dijo:

-Señor don Pablo: un caballero que acaba de llegar de Valparaíso, me ha entregado esta carta para usted.

-¿Ya llegó? -dijo prontamente Motiloni-. Deme la carta... ustedes me dispensarán, caballeros; pero el mal es para mí, pues me veo en la necesidad de dejar tan grata conversación. Adiós, señor don Anselmo: cuente con un servidor más en Pablo Motiloni... Hasta luego, amigo Gacetilla.

Dicho esto, salió a largos pasos de la sala.

CAPITULO III

Un Español Ilustre

«¡Tanto es lo que valía y lo que vale,
ser hijo de un marqués...!»

-S. SANFUENTES. (El campanario.)

-¿De quién será esa carta? -refunfuñó sordamente don Catalino mientras se bebía los últimos tragos del chocolate que se hizo servir al fin del almuerzo-. Lo he de averiguar porque me ha picado la curiosidad... ¡Mira Anselmo -prosiguió, asomándose por una ventana-: mira al gringo cómo se dirige al cuarto del rincón en donde sin duda se ha alojado el caballero de la carta... y la va leyendo!... ¿Qué caballero será ese? Algún asunto que este gringo tiene entre manos; y no me había dicho nada cuando yo se lo cuento todo... ¡y mucho que se tiene por amigo mío! Pero ya lo veremos si no lo descubro al fin.

Aburrido Anselmo de la cháchara de Gacetilla llamó al mozo, pagó el almuerzo, encendió un cigarro, se despidió de su amigo y salió del Café, probablemente para ir a leer por la trigésima vez el billete de Lucinda.

Don Catalino se quedó allí sentado en una silla con los codos sobre la mesa y la cara apoyada en ambas manos. Este hombre ligero, versátil, novelero, truhán, amigo de saberlo y de hablarlo todo, no se daba jamás un instante de reposo. Era el movimiento perpetuo de la curiosidad; y aguijoneado por su pasión, jamás se daba por vencido. En ese momento pensaba en el modo como descubrir aquel asunto de don Pablo, que tan preocupado lo tenía; pero tan profundo meditar lo hizo quedarse dormido en menos de diez minutos, cosa que le solía pasar a menudo, como sucede con todo espíritu ligero.

En cuanto a Motiloni, tan luego como recibió la carta, preguntó por el cuarto del recién llegado y se dirigió allí.

-¡Deo gracias! -dijo, golpeando suavemente la puerta del cuarto.

-¡Por siempre! -contestó de adentro una voz hueca y cascada.

Y luego apareció en la puerta un hombrecito chico, flaco, de rostro amarillento, de piernas torcidas, cuya edad debía frisar en los sesenta años.

-¿Es el señor don Melitón Canales de la Cerda a quien tengo el honor de hablar? -preguntó Motiloni.

-Si, señor, Canales de la Cerda, Sandoval y Rojas, Oyarzún Pozo Hondo, caballero de Santiago y socio corresponsal en Barcelona de...

-La Compañía de Jesús -concluyó don Pablo, viendo que le faltaba el aliento al señor Canales de la Cerda.

-Eso es: un servidor de usted -dijo éste, quitándose de la cabeza una especie de hicocha negra con que tenía cubierto el pelado cráneo.

-Yo lo soy de usted -contestó Motiloni-. Encargado por el padre Hipocreitía para esperar a usted en este Café, voy a participarle al momento su llegada. ¿Qué le digo de su importante salud?

-Que estoy bien, fuera de un poco de tos que me molesta, y del constante achaque de mis ojos. ¿Y cómo lo pasa su Reverencia?

-Muy bien por ahora, gracias a Dios.

-¿Siempre ocupado, eh?

-¡Oh! En cuanto a eso es un modelo: ¡no vive para otra cosa que para trabajar en la Viña, del Señor!

-¡Pobre apóstol de mi alma! Dígame usted que no se moleste en venir a verme; que yo estaré luego en su celda. ¿Todavía vive en el convento de San Francisco?

-Si señor. Marche usted por esta calle hacia el Sud, y luego, en saliendo a la cañada...

-Descuide usted. Ha más de dos años que conozco las señas... Y aun cuando no las supiera; quien boca tiene a Roma llega. Dentro de dos horas estaré en el convento.

-Muy bien señor: con el permiso de usted, voy a ver a su reverencia.

-Vaya usted con Dios, amigo -dijo el señor de la Cerda dando la mano a Motiloni con aire de superioridad.

Salió éste del Café y se dirigió por la calle del Estado hacia la alameda. Ya don Catalino había despertado; y saliendo al patio, vio a don Melitón de pie en la puerta de su cuarto.

-Este viejecito debe ser el recién llegado de Valparaíso -se dijo para sí-. ¡Qué facha tiene! Parece sacristán de parroquia pobre. Vamos a ver si se puede sacar algo de él.

Dicho esto, se fue acercando poco a poco al viejo, como cazador que marcha con cautela para que el ave no se le escape; y cuando lo hubo tenido a tiro de palabra, se le dirigió haciéndole al mismo tiempo una cortesía.

-Dígame señor, y perdone: ¿muy malo está ahora el camino de Valparaíso? Según creo ¿usted viene del puerto?

-Así es -dijo don Melitón, contestando al saludo con cierta gravedad que chocó a Gacetilla.

-Por su acento se nota bien que usted es extranjero -agregó éste, acercándose más.

-Soy español -contestó con un movimiento de orgullo el señor de la Cerda-, y no hace aún diez días que he llegado a estos reinos.

-Yo también soy español... esto es, quiero decir, que soy hijo de un español neto... Mi madre también era hija de españoles; de modo que no tengo un rasguño de sangre india, y podemos muy bien llamarnos paisanos... ¿Se podría preguntar, sin indiscreción, de qué familia es usted?

Don Melitón hizo un marcado gesto de disgusto al notar la importuna familiaridad con que aquel hombre principiaba a tratarlo. Sin embargo, el orgullo de dar a luz en Chile su letanía de nombres, le hizo contestar:

-Soy Canales de la Cerda, etc.

-¡Qué casualidad! -exclamó Gacetilla sobándose las manos-: yo también soy Oyarzún por parte de madre... ¡Lo que son las cosas! ¿Quién le había de decir a usted, que aquí se iba a encontrar a las pocas horas de llegar a Santiago con un pariente?

-¡Pariante! -exclamó don Melitón (quien por todo habría pasado menos porque la pura sangre de su familia se hubiese mezclado con sangre americana)-. ¡Pariante! Sepa usted, amigo, que ningún Oyarzún de mi familia ha venido a América y que yo soy el primero que pisa estas playas.

Después de dichas estas palabras con todo el orgullo de raza que caracterizaba a los españoles de la época, el señor Sandoval y Rojas cortó bruscamente la conversación y entró a su cuarto despidiendo a su interlocutor con una seca inclinación de cabeza, y diciéndole al mismo tiempo:

-Vaya usted con Dios.

-¡Y quédate tú con el diablo, viejo cara de pescado seco! -refunfuñó desde afuera Gacetilla-. ¡Miren no más, hasta en qué momia se encuentra el orgullo! -agregó, retirándose del cuarto y saliendo a la calle-. ¡Pues te ha de costar bien caro tu descortesía!... ¡No sabes lo que has perdido! Siendo cortés y discreto, yo te habría dado a conocer por toda la ciudad como un cumplido caballero, mientras que ahora no te has de escapar de mi lengua a pesar de tu docena y media de apellidos... ¡Ja, ja, ja, ja! -exclamó, encontrando en ese momento en la calle a uno de sus compinches. ¿Sabes lo que hay, hombre de Dios?

-¿Qué cosa? -preguntó el otro.

-Que acaba de llegar al Café, un viejo godo que se llama el señor don Melitón Canales de la Cerda, Sandoval y Rojas, Oyarzún del Pozo Hondo...

-¿Nada más?

-Todavía más, pero no me acuerdo. Dice que por la prisa con que salió de España, solo pudo traer la cuarta parte de los apellidos que tiene... ¡Si vieras tú al vejete! Merece ponerlo en la Catedral debajo de una mesa del altar enfrente del esqueleto de Santo Feliciano.

CAPITULO IV

El Paseo de la Cañada

«En el hoyo está la bola,
crúzanse todas las chuecas;
enfrente los unos de otros,
se aprontan a la pelea.
Ya la bolita salió,
y por esos aires vuela
zumbando como una bala
y amenazando cabezas.
Todos corren y se apiñan,

y se agarran y se enredan;
y por pegarle a la bola,
unos en otros tropiezan.
Las marcornas por el suelo
caen y se cachetean;
mientras otros con la bola,
allá van que se las pelan.
Mas si en tanto ir y venir
la bola atascada queda;
en el momento ¡aro! aro!
Grita toda la caterva.»
(Corrido del juego de chueca.)

Si el benévolo y discreto lector tiene la complacencia de seguirnos con la imaginación al convento de San Francisco, conocerá allí a uno de los héroes más importantes de nuestra historia.

Peto váyanse con tiento: no tropiece en el camino, pues las calles pavimentadas y bordadas de bellos edificios que hoy conducen a la alameda, estaban en aquel tiempo tan cubiertas de hoyos y *malos* pasos, que para no quebrarse un tobillo en ellos, era menester ser baqueano.

La falta de alumbrado y la sobra de basuras y escombros que obstruían el paso, hacían por demás difícil aquel camino. Cuando se tenía que atravesar de noche esta parte de la ciudad, era menester reunir las cualidades de valiente y de baqueano; pues además del los inconvenientes apuntados, aquel era el lugar elegido por los ladrones de menor cuantía para ejercer su oficio, protegidos por la oscuridad que allí reinaba. Esto sucedía en la noche: a la luz del sol era otra cosa. *En cuanto el Señor* echaba sus luces, veíase invadida la alameda por una multitud de muchachos de todas edades y condiciones, que amenazaba la localidad con sus juegos de *chueca* o de *volantín*, o bien, corrían montados en los viejos burros que pillaban, servidores inválidos, abandonados a la ventura en aquella especie de tierra neutral.

Cerca de dos horas después de las escenas narradas en el capítulo anterior, empeñábase en la alameda una seria partida de *chueca* entre una multitud de muchachos harapientos que pululaban como un enjambre de abejas. Los jugadores divididos en dos bandos, pugnaban por echar a la respectiva raya la bola de madera que iba y venía como una pelota, impulsada por los golpes de los grandes palos corvos que cada cual llevaba. Los gritos, insultos, juramentos y palabras soeces, se dejaban oír por todas partes y mientras unos se entretenían aquí en quitarse la bola, otros allá peleaban a brazo partido, y más allá mil otros más la esperaban con su *chueca* en la mano para hacerla rodar hacia su raya, o bien para recibirla en el aire parándola con el corvo instrumento, cuando la vieron venir zumbando como una bala sobre sus cabezas.

De repente los jugadores gritaron: *¡aro!* y se pararon. Las *chuecas* se alzaron como los fusiles de un ejército que presenta las armas, y los gritos cesaron en ambas líneas. Era que en aquel momento atravesaba el campo de la refriega un fraile de grave andar, que

marchaba con la cabeza descubierta, y con el sombrero en la mano. Casi todos los circunstantes que tenían sombrero se lo quitaron, saludando a su paternidad con cierta devota cortesía, y esperaron que éste hubiese pasado para comenzar de nuevo su diversión.

Dirigiose el fraile hacia la portería de San Francisco, que estaba cerrada, y golpeó con una gruesa llave que sacó de su manga.

Abrió el lego portero, y entró su reverencia, volviéndose a cerrar otra vez la puerta del convento.

Era el fraile un hombre como de sesenta años de edad, alto, seco, y al parecer ágil y vigoroso todavía: de mirada severa y escrutadora; pero cuyo rostro simpático y un aire un tanto distinguido, predisponía en su favor.

CAPITULO V

El Padre Hipocreitía

«Quiero ver de los vientos,
la furia desatada;
y del volcán horrendo,
correr la ardiente lava.
Quiero de un cocodrilo
ver la enorme garganta,
o sentir los halagos,
de algún tigre de Hircania.
[...]
Todo lo sufro, menos,
el asco y crueles ansias;
que estúpidos serviles,
causan en mis entrañas.»
—(EL LIBERAL, NÚM. 2.)

La primera cosa que se le presentó a los ojos del reverendo tan luego como pisó el claustro, fue dos frailes jóvenes que daban muestra de estar por demás empeñados en una seria discusión. Distráidos por la cuestión que los entretenía, enardeciéndolos, no acertaron a ver al recién venido, quien pasó cerca de ellos sin obtener un saludo en cambio de la venia que él les hizo al pasar. Parecía tener muy buen genio su Reverencia, porque volviéndose bruscamente a los disputantes que ya se habían apercibido de su llegada, les preguntó con tono entre meloso y sarcástico:

-Díganme sus paternidades: -¿Prohíbe por acaso la regla de San Francisco el ser corteses?

-No, reverendísimo -contestó uno de los otros frailes-: lo que me prohíbe a mí la regla es que reciba lecciones de otro que no sea mi prelado.

-Chúpate ésa -dijo el otro fraile entre dientes y bajando los ojos mientras pasaba por entre los dedos las llagas de la cuerda azul que ceñía su cintura.

-¡Edificante humildad es esa con que recibe las caritativas advertencias un esclavo del seráfico y glorioso Padre! -dijo el viejo dirigiéndose al que le había contestado-. Acuértese, fray Eustaquio -prosiguió-; de que aunque no soy su prelado, ni pretendo serlo, tengo encargo del padre Provincial para velar por el orden de la casa. En esta virtud, le ruego, que considere si las respuestas descomedidas, si ese tono de orgullo y falta de respeto a sus superiores en edad, dignidad y gobierno, sientan bien a un sacerdote que ha hecho voto de humildad.

Dicho esto, saludó con fina inclinación de cabeza a ambos frailes, y se retiró diciéndoles con una falsa sonrisa que tenía mucho de punzante.

-Beso a sus Paternidades la mano:

Fray Eustaquio se quedó ardiendo; y al ver a su compañero, que aún no acertaba a alzar los ojos, como si aún estuviera bajo la influencia de la poderosa mirada del viejo, exclamó:

-¡Ya te mató el padre Hipocreitía con una palabra! ¡Alma de mosca! Por eso es que este fraile intruso hace cera y pabilo de todo el convento... ¡Como encuentra con hombres de lana, tiene a toda la casa dominada...!

-¡No es eso hombre! Sino que...

-¡Calla la boca, Antonio! ¡Si en cuanto viste al padre te pusiste a tiritar!. Se conoce que tú no sabes lo que es este fraile.

-Ya sé que es un jesuita -dijo fray Antonio-. Eso se conoce hasta en el modo de mirar.

-Sí; pero como hace poco tiempo que has llegado a la Casa Grande, no lo sabes todo como yo que no he cesado de observar al padre Vizcaíno.

-¿Es Vascuence?

-Sí; y aun he descubierto por medio de un paisano suyo, que ha sido jefe de los jesuitas de Valencia después de haber pretendido serlo de los de Madrid. Mira el tono de autoridad que gasta.

-Parece que nos mira como a súbdito.

-Es que nosotros tenemos la culpa porque nos doblegamos ante él como si fuera nuestro prelado. Este hombre tiene sin duda la pasión del mando. De Valencia se fue a Roma, en donde obtuvo no sé qué prerrogativas del Santo Padre. A él le parece que tiene las llaves del cielo, según es lo que cacarea sus prerrogativas.

-Y ¿por qué no se quedó en Roma, si tan bien le fue con el Papa?

-Porque no perdía la esperanza de ser el jefe del convento de la Sociedad establecida en Madrid, adonde se volvió tan pronto como obtuvo la dignidad de parte del general de la Orden. Pero vino la expulsión, y entonces tuvo que echar a correr para América y llegó a Chile; ¡como si de aquí no los hubiesen también lanzado a todos ellos!

-Sin embargo, a pesar de la expulsión, tenemos bastantes en el país.

-Sí; los hay de corazón, aunque no iniciados en la Orden, como sucede con nuestro prelado actual.

-Es verdad que no tiene San Ignacio de Loyola un discípulo mejor.

-Y sin embargo no es de la Orden -dijo fray Eustaquio.

-Pero se dejaría quemar por servirla -repuso fray Antonio.

-Y por eso encontró tan buena acogida en el convento el padre Hipocreitía. Es el consejero más atendido del prelado, y hasta los padres graves del honorable Definitorio están debajo de él, pues basta que él diga una cosa para que se le crea contra toda la Casa Grande. ¿Te parece justo esto?

-De ningún modo.

-Por eso me da rabia que este fraile intruso se lleve las atenciones de los reverendos mismos que trata de avasallar. Yo no soy así, y creo que la humildad tiene sus límites. Yo tengo bien aguaitado a este fraile. A él le tocan los sermones más lucidos y se ha hecho predicador de moda... ¡Lo que son aquí!... y... sin embargo te aseguro que no me gusta lo que predica.

-Tiene mucho sonsonete...

-¡Pero dale con que predica bien! Y hasta las beatas le hacen la corte y lo elevan a las nubes... ¡Sí! No habré oído lo que dicen en la calle... Todas ellas desean tenerlo por confesor, y su confesonario es el más concurrido, como si las absoluciones del fraile godo fueran las únicas que borrarán los pecados.

-¡Cosas de mujeres! -exclamó riendo fray Antonio.

-Y también son cosas de hombres, amigo mío... ¿Te parece que este fraile posee pocos amigos entre los caballeros principales? Pues sabe que tiene bastantes protectores... Ayer no más vino un ricacho a pagarle cien pesos por unas misas de San Gregorio. Lo sé por la esposa misma del dicho caballero... y atiende a que ella es mi confesada.

-¿De modo que no se le escapan ni los maridos de las confesadas ajenas? -dijo fray Antonio sonriéndose.

-¡Qué se le han de escapar!

-Debe ser hábil.

-Sí, para hacer su negocio. A fuerza de artimañas ha conseguido hacerse amigo del Presidente de la República; y como su deseo de mando es inmenso, ¿quién sabe si le pasa por el cerebro que puede llegar a ser Ministro de Estado?

-¡No seas loco, hombre de Dios!

-¡Qué loco, ni qué calabaza! El Padre Hipocreitía, amigo mío, no dejará jamás de ambicionar el mando; y ya que le es imposible obtener un provincialato, desea siquiera alcanzar un ministerio. Es como si le estuviera viendo el corazón. El se cree nacido para dominar, y a pesar del velo de humildad con que suele cubrir sus aspiraciones y del tono meloso con que habla, yo no le ayunaré jamás las viglias.

-Sin embargo, yo creo que es malo para enemigo.

-Y yo también.

-La prudencia aconseja conocer al hombre sin mostrarle mala cara.

-No es ese mi sistema -exclamó el ardiente fray Eustaquio-. Yo cuando conozco a un hombre malo le hago la guerra. Ya veré a este hipócrita de cien dobleces cuando...

-Pues por lo mismo que es hipócrita, es preciso jugarle con las mismas armas y aparentar delante de él lo contrario de lo que se piensa.

-Eso es como robar para perseguir al ladrón. No es así el hijo de mi madre, y donde lo encuentro se las canto clarito.

-Pero yo creo...

-¡Clarito, hombre, clarito como el agua! ¡Por eso el fraile me ~~-36-~~ aborrece, y no pierde ocasión para ponerme mal con el prelado! Ya sabes que por su influencia me han quitado los sermones del convento para dárselos a su hechura a fray Nicolás que no sabe donde tiene los ojos; y a quien trata de hacer hasta Lector de Teología...

-Y lo conseguirá, porque como tiene de su cuenta al padre Provincial...

-¡Eso es! Mientras tenga de la oreja al Provincial ha de hacer lo que se le antoje... Ni los conventos de monjas se les escapan... Ayer supe que andaba haciendo por que se cambiara el capellán de las Claras.

-¿No digo yo? -exclamó fray Antonio, a quien esta noticia hirió en lo vivo porque el dicho capellán era su amigo íntimo. ¿Conque también anda intrigando por ese lado? Yo se lo advertiré al clérigo.

-Para que veas si el hombre deja de meterse en algo: en el convento, en las monjas, en el ministerio, en la Curia eclesiástica no hay parte donde no meta la mano.

-Y tal vez para sacarla *untada* -dijo fray Antonio riendo.

-Ahora anda muy solícito para obtener partidarios para su candidato en el capítulo que viene; porque con todas las cualidades que lo adornan ¿cómo no ha de ser capitulero? Ya le tiene el tal candidato metido en la cabeza al padre provincial.

-Si nos gana el capítulo, nos *friega* -dijo el padre Antonio.

-¡Ya lo creo! -exclamó fray Eustaquio-. Por esto es preciso trabajar y sudar la *gota gorda* por que no lo gane. Ya yo tengo hecho algo con la mayor parte de los definidores... ¡El capítulo será reñido y nos veremos las caras!

En esto estaban de la conversación, cuando vieron aparecer en el claustro a un viejo que no era otro que don Melitón Canales de la Cerda, guiado por un hermano lego.

-Venga usted por aquí, señor -decía el lego-: la celda del reverendo Hipocreitía está en el segundo claustro.

-¿Quién será este pajarraco que lo busca? -dijo entonces fray Eustaquio mirando de hito en hito a don Melitón-. Tal vez será algún viejo usurero, porque he sabido que para todas sus maniobras gasta mucha plata.

-Con la plata todo se alcanza -interrumpió suspirando el otro padre.

CAPITULO VI

La Entrevista

«A las monarquías se les ha pasado su tiempo. La monarquía ha sido y será siempre en América la conjuración, la persecución implacable, la insurrección, la proscripción, la guerra civil.»

-M. L. AMUNATEGUI. (Dictadura de O'Higgins.
Int.)

-Mientras ambos frailes proseguían su caritativa tarea de comentar la vida del padre Hipocreitía, éste, de pie en la puerta de su celda esperaba a don Melitón, quien, desde que divisó a su reverencia, apuró el paso para abrazar cuanto antes a su amigo. Saludáronse ambos con marcadas muestras de regocijo: y después de pasados los primeros trasportes, que el lego miraba con asombro, pues, según dijo después al portero, jamás había visto tan contento, risueño y expansivo a su reverencia, entraron a la celda. El padre, entonces, sentó a don Melitón en la silla de Honor; despidió al lego; cerró discretamente la puerta y dijo a su amigo:

-Estamos solos y podemos hablar con entera confianza.

-¿Y esa ventana? -observó don Melitón, indicando con el dedo una ventana entreabierta.

-Cae a un pequeño patio cerrado que me pertenece -contestó el padre.

-Sin embargo, no sería malo cerrarla, porque...

-Tiene usted razón, amigo mío, pues nunca están demás las precauciones tratándose de asuntos que pueden comprometer. No crea usted -agregó, cerrando la ventana y abriendo un pequeño postigo superior para alumbrar la celda-: no crea usted que a mí no se me había ocurrido cerrarla, al contrario, la he dejado abierta de propósito.

-Comprendo: su paternidad quería saber si con la vejez me había vuelto niño.

-¡Cabal! Pero veo con alegría que la prudencia ha echado hondas raíces en usted, amigo mío, y que los años no enriquecen solamente de canas, sino también de cordura, la cabeza de los varones virtuosos y eminentes.

-¡Oh! Mi reverendo amigo, dejémonos de vanidades y vamos a lo que importa.

-Tiene usted razón: vamos al grano -dijo el padre sentándose en otra silla puesta enfrente de la del señor Canales de la Cerda-. Desde que por sus últimas cartas supe que, a la desgracia de perder su digna esposa.

-¡Ah! Amigo mío: ¡Dios me la dio, y Dios me la quito! ¡Cúmplase su voluntad!

-Había seguido la de ver desaparecer sus riquezas...

-¡Oh! ¡Arruinado! ¡Completamente arruinado! -exclamó don Melitón, tomándose la cabeza con ambas manos-. He tenido necesidad de toda mi filosofía para no caer anonadado por este golpe...¡No sé cómo he podido resistir a tal desgracia...! ¡Yo, el dueño de una gran fortuna, y verme...!

-¡Dios la da y Dios la quita! Cúmplase su santa voluntad -dijo el padre.

-¡Pero a mi edad! ¡Esto es fatal, padre mío! ¡Verme de la noche a la mañana abandonado de mis amigos, y sin poder sostener el rango de mi alcurnia! ¡Vaya, no hablemos de eso...!

-Al contrario, hablemos -dijo el padre-. Es preciso tener fe... y creer que quien quita los bienes de fortuna puede darlos.

-¡Amén! -dijo don Melitón con un tono de amargo desconsuelo, que sin embargo dejaba entrever cierto rayo de ligera esperanza.

-Yo tengo fe -continuó el padre-, en que Dios lo volverá a usted a su antiguo estado. Tal vez usted no empleaba sus riquezas en el divino servicio, y he aquí porque fue desposeído de ellas cuando usted menos lo pensaba...

-¡Quién sabe! -exclamó don Melitón mirando al cielo con una expresión indefinible.

-No bien supe su última desgracia, cuando formé el proyecto de llamarlo.

-Y yo he venido; yo he salido de España porque no podía vivir pobre entre las mismas gentes que me habían visto poderoso. ¡Me he venido de vergüenza! Apenas he podido concebir la esperanza de que podría cambiar de suerte.

-Y sin embargo, yo le digo a usted, que Dios nos ha venido a ver.

-Hable usted padre: hable su paternidad.

-Antes de todo, dígame ¿trae consigo lo que le encargue tan encarecidamente?

-Vea usted si me he olvidado de algo -dijo don Melitón sacando de la faltriquera un paquete de papeles y pasándoselos al padre-. Tan luego como recibí su carta me fui a Madrid, y valiéndome de mis relaciones en la corte, conseguí que el Gobierno de S. M. me nombrase encargado secreto en estos reinos de América a fin de estudiar los medios de hacer que estas regiones reconocieran su error, y volvieran los ojos al seno de la Metrópoli, de donde se han separado como la rama que se troncha del tronco para caer al suelo y secarse.

Sonriose el padre sin contestar y; mientras tanto, examinaba los papeles que había recibido del señor Sandoval y Rojas.

-Ahí verá usted -prosiguió éste-, las cartas de recomendación que he traído de varios grandes de España, dirigidas a otros de estos reinos del Perú y Chile.

-Aquí las veo -contestó el padre-. Son buenas; pero ninguna vale lo que ésta.

-¿Cuál?

-Ésta, que viene dirigida al señor don Marcelino de Rojas.

-¿Es algún hombre importante?

-Importantísimo, sobre todo para nosotros, por la relación que tiene con el proyecto que he formado.

-¿Es noble?

-¡Vaya si lo es! ¿No ve usted que su apellido es Rojas?

-Sí; pero...

-Posee inmensas riquezas y una hija única, dechado de belleza, virtud y honestidad, que a mi juicio es muy buen partido... Ya he hablado con el señor don Marcelino a favor de usted, y ha aceptado mi indicación.

-¡Oh! En cuanto a eso sí; pero... dígame usted: ¿está seguro de que es noble?

-¡Nobilísimo! Palabra de honor. He visto los títulos.

-Pero yo creo que los títulos de estos caballeros de ultramar, no deben estar muy en regla.

-Dígole a usted que es de los mismos Rojas de España.

-Sin embargo, yo sé que ninguno de éstos ha venido a las Américas.

-Y aun cuando así no fuera -agregó el padre-, no debe usted perder la oportunidad que se le presenta para hacerse de un capital de más de doscientos mil duros con el cual quedaría usted en disposición de hacer muchos bienes.

-¡Oh sí, muchos bienes!

-Mientras que ahora, ¿qué saca usted con tener buena voluntad para hacer una obra buena si le falta el poder para ello?

-Es verdad, padre mío; pero mientras no sepa que esta familia es noble...

-¡Déjese de esos escrúpulos! -exclamó el padre-, ¡y atienda a que si pierde esta oportunidad se hace no solo indigno de las mercedes divinas sino que también, en cierto modo, responsable de lo que por falta de medios deje de hacer para la honra de Dios y provecho del prójimo!

-No me es posible, padre mío, resistir a su sabiduría -dijo don Melitón-. ¡Prometo a su paternidad casarme con esa rica niña, aun cuando no corra sangre ilustre por sus venas! ¡Seré un instrumento de los ocultos fines del cielo, y espero que Dios tomará en cuenta el agravio que hago a mi sangre! ¡Cúmplase su santa voluntad!

Al decir esto, don Melitón bajó los ojos con un aire de inimitable gazmoñería: así fue, que no pudo ver la fina sonrisa que se dibujó en los labios del reverendo. Por otra parte, aunque la hubiese visto, no habría sido comprendida por la estupidez del mojigato viejo.

-Admiro su cristiana disposición -dijo el padre-, para resignarse a los decretos del cielo. ¡El hombre no es más que un instrumento de que el Altísimo se vale para alcanzar sus santos fines! En usted mismo tiene la experiencia de lo que digo. Ayer no más se encontraba usted pobre y desamparado, y hoy se le abre un porvenir. Estoy seguro que usted sabrá aprovecharse de la suerte, a fin de llegar a ponerse en disposición de poder servir a nuestra perseguida Orden como lo hacía en otro tiempo.

-¡Oh! ¡En cuanto a eso, no dude su paternidad que lo haré! Cuanto yo tenga estará siempre a disposición de la Compañía... ¡Quién sabe! -agregó don Melitón con un candor admirable-. ¡Quién sabe, si Dios me quitó mis riquezas de ayer para enseñarme a hacer mejor uso de las que hoy me da!

-No va usted fuera de camino en lo que piensa -dijo el padre-; y puede muy bien suceder, que usted no haya hecho los anteriores beneficios con entera abnegación y desprendimiento.

-Puede ser que así haya sido; pero bastante castigado estoy. Desde ahora prometo no considerarme sino como un depositario de los bienes que reciba... No importa que la niña no sea noble, porque, ¿quién la conoce en Valencia? Una vez que yo establezca allí nuevamente mi casa como corresponde a mi alcurnia...

-¿Qué? -le interrumpió el padre-: ¿piensa usted volver a Valencia?

-Yo creía que...

-Lo que usted debe creer es que hay necesidad de sus servicios en este reino. usted debe establecerse aquí porque así conviene a los santos intereses de la Orden...

-Cuyo esclavo soy -concluyó don Melitón inclinándose ante su reverencia.

-Si yo le he hecho pedir en España esas cartas de recomendación, es para que se establezca aquí. En este reino podrá servir a los intereses de S. M. mucho mejor que en España, en donde no puede recoger más que la vergüenza de su bancarrota, mientras que aquí... Pero usted debe estar un poco fatigado: hagamos un paréntesis para tomar un traguito que le vendrá bien, según creo. Aquí tengo -prosiguió el padre, levantándose de su asiento-, una botellita de *Pisco* que me ha enviado de regalo la Madre Abadesa de las

monjas Augustinas. Bueno es -prosiguió, sonriendo-, que usted principie a gastar de los productos de estas bellas regiones americanas.

Diciendo esto, se acercó el padre a un armario; abriólo, sacó de allí una botella y una bandejita colmada de biscochos que puso sobre la mesa. Llenó dos copas, e invitó a beber a don Melitón, quien tomó maquinalmente la suya, enfrascado como estaba en sus reflexiones. Pero no bien hubo bebido un trago, cuando se sintió otro hombre.

-Esa es la verdad -dijo-: desde estos reinos podré servir mejor a los intereses de S. M... y en atención a mis leales servicios, bien puedo esperar que, andando el tiempo, sean premiados por nuestro rey Señor.

-¡Muy cristiana y muy noble es esa esperanza! -dijo el padre-. Ahora; hablemos de la manera como debe ser presentado a la casa del Señor de Rojas. Ya le he dicho a éste que usted es su pariente, y lo cree a pie juntillas, pues él se cree también Sandoval y Rojas.

-Es una equivocación, padre; ningún Sandoval ha venido a las Américas.

-Aunque así lo crea usted, no debe contradecir a don Marcelino porque...

-Pero...

-¿Quiere usted mismo ser un inconveniente a su propio establecimiento en estos reinos? Olvídese de alcurnias por ahora, que todo eso es vanidad. Lo importante es adquirir los elementos necesarios para servir a la honra de Dios.

-Estoy dispuesto a obrar como su reverencia me indique.

-Después tendrá tiempo de pensar en noblezas. Créame porque tengo experiencia de estos mundos. ¡La nobleza por acá va decayendo cuando no está apuntalada por el dinero; y llegará un tiempo -agregó el padre con tono profético-, en que el dinero será el principal elemento de nobleza en estas tierras!

-¡Oh, qué tierras! -exclamó don Melitón horrorizado-, ¿qué hombre cristiano y honrado podrá vivir en un mundo en donde se desprecian los sagrados títulos de la sangre y se mira como nada el honor y el lustre de la ascendencia?

-Cada país tiene sus usos, amigo mío; y país por país: acuérdesse usted que acaba de salir de España porque le faltaba dinero. Y a propósito de dinero, ¿creo que usted no estará muy abundante?

-¡Demasiado cierto es eso por desgracia!

-Y como es preciso que usted se presente en la casa de su futuro con la mayor decencia posible, trataré de buscar lo necesario...

-¡Cuánto agradezco sus buenos oficios, padre mío! En mí encontrará un hijo obediente, un esclavo sumiso...

-¡Solo Dios tiene esclavos! -interrumpió sentenciosamente el fraile, levantándose de su asiento-, y ¡ay del que resista su voluntad cuando a Él le place darla a conocer! Ahora es preciso no perder tiempo, porque el tiempo es plata, como dicen por estos nuevos mundos; y yo digo: ¡el tiempo es el árbol del bien y del mal! Quien lo aprovecha sube al cielo; quien lo pierde, baja al abismo... ¡Ah! -exclamó paseándose a largos trancos por la celda-; si el gobierno español no hubiera perdido miserablemente su tiempo, todavía sería dueño de estos bellos países, mientras que ahora...

-Y ahora -preguntó don Melitón-. ¿Cree, su paternidad, imposible el restablecimiento en estas Américas del gobierno paternal de S. M.?

-Tanto por lo menos como sacar un alma de los infiernos, contestó el padre admirado de la candidez de la pregunta.

-Sin embargo, yo he hablado con el ministro y con varios personajes de la corte, y todos, hasta el mismo rey en persona, quien me hizo el honor de darme una audiencia de despedida, me manifestaron la esperanza que tenían de llegar a sujetar estas regiones a su dominio y vasallaje. La España tiene armas y soldados todavía...

El padre no contestó, y solo hizo un gesto de profundo desprecio.

-¡Imbéciles! -refunfuñó entre dientes-. ¡Crear que podrán subyugar por medio de las armas a unos países enorgullecidos con victorias reciente!

Luego prosiguió en voz alta dirigiéndose a don Melitón.

-Oigame, amigo mío: las armas españolas no podrán hacer nada en América. Las verdaderas armas aquí son la diplomacia, a fin de conseguir algo siquiera. Tratar a estos países como enemigos declarados, es una locura. De estos pueblos con más atrevimiento que ciencia, de estos gobiernos inestables y ciegos, no se podrá obtener jamás ningún acomodo sino por medio de esa lenta acción de la diplomacia, porque es más fácil engañarlos en el gabinete, que vencerlos en el campo de batalla. usted comunicará estas ideas a S. M. por órgano del señor Ministro.

-Sí, le escribiré y se lo diré todo.

-Dirale usted que el oficio de la espada ha concluido, y que no nos queda otra influencia que la de la palabra. No debemos hacer la guerra de enemigos sino la de amigos. ¿Entiende usted?

-Perfectamente.

-Muy bien. Valor y constancia para merecer el premio -dijo el padre.

-Amen -contestó don Melitón.

-Vámonos ahora: usted me esperará en su alojamiento mientras yo voy a casa de un amigo a pedirle el dinerillo que necesitamos.

-¡Dios guíe sus pasos! -dijo el señor de Sandoval levantándose y tomando su sombrero.

Ambos amigos salieron del convento y se dirigieron al *Café de la Nación*. Mientras seguían su camino, el padre dijo a don Melitón:

-Se me había olvidado advertir a usted una cosa, amigo mío.

-¿Qué cosa? Su paternidad sabe que estoy dispuesto a seguir sus consejos.

-Es que la persona que lo espera a usted en el *Café*...

-¿El señor Motiloni?

- Sí; es un amigo íntimo mío, y al cual debe usted creer cuanto le diga porque es la misma virtud en persona. Es un digno italiano.

-Todo eso lo he conocido al ver a ese cumplido caballero.

-¡Aunque parezca a primera vista un hombre relajado, en el fondo es un siervo de Dios! Lo conozco como a mí mismo; es mi confesado. Muchas veces, al notar su devoción, su religiosidad, su modestia y su decisión por la honra de Dios, me he dicho a mí mismo: ¿cómo es posible que pueda un hombre conservar estas bellas prendas viviendo en el siglo? ¡Hay hombres privilegiados!

-¡Sí! ¡Hay hombres privilegiados! -exclamó como un eco don Melitón.

Llegados al *Café*, el señor de la Cerda entró a su cuarto, y el padre se dirigió hacia el río por la calle del Puente. Al llegar a la calle de San Pablo dobló hacia su izquierda y prosiguió su marcha correspondiendo a los saludos que le hacían las gentes que encontraba al paso.

CAPITULO VII

La Casa Vieja

«¿Te enfadas y haces mal gesto?
Perdóname, dueño mío,
yo quiero tu conversión,
y que quedemos amigos.

Si mudares de conducta,
de lo dicho me desdigo;
(aunque soy hombre formal)
pues veo que hablé muy mal.»
—(EL PADRE C. HENRÍQUEZ.)

Ociosa diligencia sería el tratar de dar a conocer a nuestros lectores la calle de San Pablo; esa calle célebre en la historia de nuestras revueltas políticas, campo de batallas allá en lo antiguo, de las interesantes escenas de poncho y cuchillo, que es como si dijéramos de *capa y espada*; lugar reunión de la gente de *cáscara amarga*; de esa que mira a todo el mundo como suyo, precisamente porque no tiene nada; calle, repetimos, donde se andaba con garbo, se hablaba recio, se miraba de soslayo, y se *escupía por el colmillo*; donde se entremezclaban los gritos de los muchachos con el cantar de las chinganas y con el vocear de los amigos del alegre dios de los pámpanos y de las vendimias; y donde, en fin sus habitantes parecían haber resuelto el problema social de la propiedad, según era la confianza con que cada cual tomaba lo que pertenecía a otro.

Pues bien, por esa calle fue por donde nuestro buen padre Hipocreitía, que ya va conociendo el lector, echó a andar a pasos rápidos con el sombrero en la mano y la calva al aire, según tenía de costumbre. Después de haber andado un buen trecho, parose enfrente de una casa de miserable aspecto, situada a una o dos cuabras de distancia de la plazuela de San Pablo: porque el cronista que recogió las noticias que han servido de base a esta historia no dice precisamente cual era dicha distancia, contentándose con advertirnos que la casa, conocida en el barrio con el nombre de *Casa Vieja*, ocupaba una esquina de la manzana y era a su vez ocupada por varios arrendatarios pobres. Y a fe que si es cierta la descripción que de ella hace el curiosísimo cronista, el tal edificio merecía muy bien su nombre de *Casa Vieja*.

La puerta de calle, desnivelada hacia el oriente, era un gran boquete casi cuadrado que se cerraba con dos hojas compuestas de tablones de roble mal acepillados, sujetos con clavos de enormes y labradas cabezas de cobre, y por entre cuyas juntas se divisaba todo cuanto pasaba en el patio. A la izquierda se veía unos cuartos sucios ocupados por un bodegón, y la derecha, una enorme puerta cochera, que era lo único que allí quedaba en pie, pues todo lo demás había caído a impulsos del tiempo que, así atierra la torre de granito como la humilde habitación de adobe. Coronaba la puerta principal, y por consiguiente, lo que en otro tiempo fue edificio, un frontón triangular adornado con un escudo hecho pedazos, que estaba manifestando a las claras la nobleza e hidalguía del primitivo dueño.

Allí fue donde el padre llegó; sacó su pañuelo, se limpió el sudor de la frente, tosió y entró al patio con cierta hesitación que el lector disculpará cuando le digamos que el tal patio no era más que un basural rodeado por un lado de edificios al caerse, y por el otro, de las paredes de edificios caídos. El olor que allí se dejaba sentir, no era tampoco para recrear a nadie. Por manera que el padre, con toda la ligereza que sus años le permitían, atravesó el patio y se dirigió a los cuartuchos situados a la izquierda. Golpeó una puerta

de color indefinible, la cual se abrió como por encanto, apareciendo en el dintel un hombre de mezquino aspecto, que al ver al padre exclamó:

-¡Oh! Qué dicha la mía al ver en mi pobre morada al honor de nuestra iglesia, a la columna de nuestro sacerdocio, al heredero de las virtudes apostólicas, al...

-¡Basta, don Policarpo! -le interrumpió secamente el padre-. No estoy ahora para perder tiempo: vengo a un asunto que urge.

-Aquí tiene, su reverencia, mi inutilidad para servirle en lo que me considere útil... Pero, pase para adentro -prosiguió con melosa afabilidad don Policarpo-: siéntese su reverencia... En esa silla no, porque está en tres pies... aquí, aquí en la mía que es blandita. La he hecho empajar no ha muchos días.

Estas dos sillas, una mesa de madera blanca, un escaño de lo mismo, y sobre una tarima, un armario de gruesos tablones con una gran chapa de fierro y un candado por añadidura, eran los muebles de aquel cuarto en cuyas paredes blanqueadas con cal, así como en las vigas del techo, tejían pacíficamente sus tela un gran número de arañas.

Don Policarpo Tragantilla era un digno habitante de aquella lúgubre morada. Aunque no era viejo, parecíalo así. Su andar tembloroso, su gibado cuerpo, sus manos huesudas y flacas, su rostro amarillento, seco y afilado, sus carrillos hundidos y las hondas arrugas de su frente, evidenciaban las fatigas que aquel hombre sufría cotidianamente. Al notar el modesto, el manso y casi apagado mirar de este hombre, cualquiera inexperto podría haberse equivocado y tomándolo por un ser perseguido por la pobreza, o entregado a los rigores de una dura penitencia.

Nada de esto: el personaje que tenemos el honor de presentar al lector, no tenía nada de pobre ni de penitente. Si ayunaba, si vivía siempre en perpetua cuaresma, era por no menoscabar su riqueza; y si miraba y hablaba compungidamente era porque así se lo aconsejaba su hipocresía, con la cual hacía su lucrativo negocio de *prendero*.

Don Policarpo, no era, pues, otra cosa que la personificación de la avaricia.

-Estoy ansioso de saber en qué puedo ser útil a su reverencia -dijo Tragantilla mirando al padre con su carita de guardaña.

-Va usted luego a saberlo, amigo mío... Ha llegado la época en que usted puede pagarme mis buenos oficios para con usted.

-Estoy pronto a hacerlo, padre mío. A su paternidad, después de Dios, debo la pequeña holgura en que me encuentro; y digo holgura, no porque posea riquezas, sino por...

-Necesito un poco de dinero -le interrumpió el padre-, y me he acordado de usted.

-¡Ah! Dinero... sí... yo creía... Dígame ¿cómo cuánto será lo que su paternidad necesita?

-Poca cosa: unos seiscientos pesos; y como usted es mi mejor amigo he acudido aquí.

-¡Seiscientos pesos! ¡Padre, por Dios, su reverencia está soñando! -exclamó con un repentino temblor don Policarpo-. ¿Cómo ha podido creerse poseedor de tan tamaña suma?

-No perdamos el tiempo, don Policarpo: necesito esa suma, y no me voy de aquí sin llevarla.

-Pero acuérdesse, padre, de que no hace un mes que le entregué los últimos doscientos pesos que tenía... ¡Si su paternidad supiera cómo están los tiempos! Para ver cien pesos reunidos es preciso hablar con la Virgen.

-No se trata ahora de hablar con los santos, mi buen amigo sino de cumplir con esta obra de caridad. usted sabe que yo no pido nada para mí.

-¡Oh! Sí: ya sé que su paternidad no pide sino para hacer el bien.

-Y como tiene usted buen corazón...

-Buen corazón: pero...

-Un corazón de oro...

-¡Si pudiera darle mi corazón!... ¡Dios es testigo... yo se lo diera; pero plata!

-Por eso he venido a verlo...

-Ha hecho muy bien... digo mal; no ha hecho bien. No, no es esto tampoco sino que, quiero decir, que su reverencia habría hecho mejor viniendo en otras circunstancias.

-¿Quiere usted que venga a pedirle dinero cuando yo no lo necesite?

-No es eso, mi padre... ¡Vaya! No acierto a explicarme... Dígame, ¿no se podría remediar la necesidad con cien pesos? Puede ser que trajinando por aquellos cajones se alcanzasen a reunir... Cien pesos fuertes ¿qué le parece?

-No, amigo mío.

-¿Ni con ciento cincuenta?

-Tampoco: ya lo he dicho...

-Vaya, padre, no hablemos más -dijo el avaro haciendo un esfuerzo-: voy a darle cuatrocientos pesos, aun cuando tenga que sacar de un dinero ajeno que me han mandado guardar; pero por su paternidad...

-¡Hombre! -le interrumpió el padre-: ya le he dicho a usted que son seiscientos pesos los que he menester por ahora.

-¡Por ahora! -exclamó el avaro tomándose la cabeza entre las manos con una angustia indecible.

-Sí, por ahora -dijo inexorablemente el fraile-, porque después, creo necesitar más.

Don Policarpo no contestó, y se dejó caer sobre el escaño de madera como un hombre a quien le faltan las fuerzas: sacó su despedazado pañuelo de algodón; limpióse el sudor que corría en gruesas gotas por su arrugada frente, y contestó con una especie de quejido:

-¡Eso es imposible!

-Pues nada hay más hacedero, replicó tranquilamente el fraile.

El avaro miró fijamente a su interlocutor, cuya firmeza lo tenía dominado. Había en aquella mirada una mezcla de odio, de dolor, y de impotente despecho. No parecía sino que con ella hubiese querido don Policarpo traspasar el alma de su frío interlocutor; pero no hizo más que resbalar por sobre la coraza de hielo de que éste parecía estar vestido.

-Le he dicho -prosiguió el padre-, que lo que usted llama un imposible es la cosa más hacedera del mundo, y para ello tengo mis razones. En primer lugar, el dinero que usted tiene me lo debe a mí.

Don Policarpo hizo un gesto que significaba: «es verdad».

-¿Podría usted negar esto? Por mis empeños ha adquirido usted los sindicatos de tres monasterios de monjas... Ya sabe cuánto hubo que trabajar contra el capellán de las Claras para que lo nombrasen a usted de síndico... Yo sé que este negocio le deja anualmente a usted algunos miles de patacones... ¿y qué diremos de la recaudación de los diezmos? ¿A quién le debe usted eso, sino al padre Hipocreitía? Acuérdesese además de que lo he librado más de una vez de persecuciones por contrabando. Mala memoria tiene usted.

-¡Oh! Estoy, estoy muy reconocido a sus fervores, ¡padre mío! -dijo con la voz más tranquila-, el miserable: me acuerdo de todo; no sé cómo pagar tantos beneficios... Aquí está mi persona... Pídame la vida; pero...

-Pero no dinero -agregó el padre entre dientes-. Sin embargo, no es su vida lo que necesito.

Y luego pensó para sí:

-Al contrario, he menester que viva para que me reúna dinero, que es para lo único que sirve este miserable.

-Con qué ¿en qué quedamos, mi buen amigo? -prosiguió en voz alta el reverendo-. ¿Me da los seiscientos pesos, o busco otra persona menos ingrata que usted a quien favorecer?

-¡Oh mi santo amigo y benefactor! -exclamó don Policarpo apresuradamente-: ¿puede su paternidad creer que hallará otro que estime como yo sus beneficios?

-Como veo que usted no tiene buena memoria, y es preciso recordárselo todo cada vez que vengo a pedirle algo...

-¡Yo! ¡Mala memoria! Le aseguro que sus visitas no se me borran jamás de la imaginación -dijo ingenuamente el avaro.

-Ya lo creo; sobre todo cuando las visitas son como la presente, ¿eh?

-No; no es por eso: no es por el dinero... Yo no tengo apego a la plata. ¡Y aun cuando lo tuviera; me parece que soy bastante cristiano para considerar que los que tenemos algo no somos más que unos depositarios de los pobres!

-Bien pensado; evangélicamente pensado -dijo el fraile-, disimulando una ligera sonrisa que asomó a sus labios. Si los ricos no dan, no deben pensar en su salvación.

-¡Oh padre mío! No por que yo procure lograr algo para subsistir dejo de trabajar por mi salud eterna.

-Por eso dice la Escritura, que más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico se salve.

-Condéneme Dios, si no es verdad cuanto le he dicho. Yo vivo en el siglo como si no perteneciese a él. Me voy poco a poco despegando de todo lo terreno, y la vida solitaria es ya para mí una pasión.

¡Cada día está más necio este pobre diablo! -dijo para sí el fraile-. ¡Ahora tiene la pretensión de engañar a un jesuita!

Luego agregó en voz alta:

-Advierto a usted don Policarpo, que ya tengo cinco empeños para los sindicatos que, como usted sabe, no son dignos de desprecio.

-¡Vaya si lo sé! Pero creo que su paternidad no se habrá enfadado conmigo porque no tengo el completo del dinero en este momento...

-En cuanto a las capellanías, de cuyos beneficios goza usted, pertenecen de derecho a un amigo mío, según la opinión de un abogado.

-¡Padre mío! No porque carezca de dinero por ahora deje de tener amigos. Le prometo que mañana estará toda la cantidad a su disposición, aun cuando para ello tuviera que venderme yo mismo.

-¿Y quien había de comprar un avaro que ya le pertenece al diablo? -pensó el jesuita-... Pero ya le he dicho -continuó con voz firme-, que la necesidad es urgente.

-¡Urgente tan urgente!

-Y tanto, que si usted no me da pronto esa suma, voy a sacarla a interés, y como me pueden cobrar un interés subido, usted saldría perjudicado.

-Ya lo veo: yo tendría que pagarlo todo después.

-Cabal. Si lo ha de hacer mañana, mejor es hacerlo hoy -dijo el padre poniéndose de pie.

Alzose también de su asiento don Policarpo, y haciendo un esfuerzo soberano -dijo a su interlocutor:

-Está bien, padre mío. Le daré del dinero ajeno que tengo en caja. Sígame su paternidad.

CAPITULO VIII

El Almacén de prendas

«Todas estas divisiones estaban llenas de objetos tan diversos, que daban a aquellas piezas el aspecto de un verdadero bazar.»

-M. PALMA. (Secretos del Pueblo.)

Diciendo esto, pasaron ambos a un cañón de piezas inmediatas, que era el almacén del avaro. Figúrese el lector una gran sala sucia, de paredes ennegrecidas, colgada de telarañas, y llena de un sinnúmero de objetos que revelaban el oficio de prendero que don Policarpo ejercía. Era aquello una especie de arca de Noé, en donde más corto es decir lo que faltaba, que lo que allí había encerrado en confuso desorden. El suelo estaba cubierto de esteras, mesas, catres, colchones arrollados, canastos de ropa usada, sillas viejas, alfombras, pailas rotas, instrumentos de labranza, y rumas de suecos y zapatos usados. Pendientes de la pared, se veía miles de atados dispuestos en hileras, todos numerados y rotulados, y que contenían ropa hecha, sombreros, capas, ponchos, lazos espuelas, correas, y muchos otros artículos que sería cansado enumerar. Suponga el lector que a todos los ladrones de la ciudad se les ocurriera un día reunir sus robos en un gran salón, y que, a esto se agregase todas las mercaderías que los comerciantes llaman hueso. Suponga enseguida, que una mano inteligente y pacienzuda, arregla y clasifica por familias aquella multitud de objetos, y luego les interpola muebles viejos y trastos

inútiles, cubriendo por fin todo aquello con una capa de polvo. Pues bien, aun así, no resultaría una colección tan variada y completa como la que el almacén del avaro presentaba.

Pero entre esta multitud de desordenados objetos cubiertos de tierra, y por los cuales se oía andar verdaderas legiones de ratas, siguió el padre a don Policarpo, quien marchaba como de mala gana y suspirando. En realidad, el hombre era llevado al suplicio por su mismo verdugo, por que ¿cabe mayor suplicio para un avaro, que ir a contar por sus propias manos el dinero que va a salir de su caja para no producir nada, ni volver a entrar jamás a ella? ¿Y qué otra cosa es para él, sino un verdugo, la persona que lo obligue a hacer tan duro sacrificio? De esta sala pasaron a otra que daba a la calle, y que servía de despacho al avaro. Allí era adonde estaban las prendas de venta; es decir, aquellas cuyos dueños se habían olvidado de pagar el valor del empeño.

Dirigiose don Policarpo al cajón de una mesa: metió con temblorosa mano la llave en la cerradura; y tirando del cajón, miró al padre, que de pie, enfrente de él, no desplegaba los labios. Era aquella mirada una verdadera y última súplica; pero un gesto del inexorable fraile lo hizo apresurarse a consumir el sacrificio; y metiendo como por un movimiento nervioso la mano dentro del cajón, empezó a contar apresuradamente el dinero, que dispuso en pilas de a cien pesos sobre la mesa. Concluida la operación, dijo al padre con un gesto imposible de describir:

-Ya está.

-Haga al servicio por completo, mi don Poli -dijo el padre con voz melosa, y meta la plata en un saquito

-¡Ah! ¡Dice bien su paternidad! Me había olvidado... Como tengo ahora mi cabeza tan... Pero aquí está el saco. ¿Quiere su paternidad contar?

-Eso no: tengo bastante confianza en usted, y, como además, si es que falta puedo venir a buscar el resto...

-Es verdad -dijo don Policarpo con rabia concentrada-; puede venir a buscar el resto... En ese caso -agregó entre dientes-: mejor es ahorrar la visita. Vea mi padre -prosiguió en voz más alta-: voy a echar otros veinticinco pesos más, por si me hubiera equivocado en la cuenta.

Diciendo esto, contó los veinticinco pesos, y los metió con el otro dinero en el saco.

-¡Miserable avaro! -refunfuñó éste, tomando el saco debajo de su manto y disponiéndose a salir, y luego agregó:

-Ya sabe usted que yo no puedo dar recibo -dijo a don Policarpo-; pero lo haría por mí nuestro amigo, don Pablo Motiloni.

-Don Pablo Motiloni -repitió el avaro sin despegar sus ojos del bulto que el saquito hacía debajo del manto del fraile.

-Adiós don Poli -dijo éste-. Hasta más ver. Doy a usted las gracias.

-Adiós mi padre -contestó el avaro con angustiosa voz.

Salió el padre a la calle, y se dirigió al punto de donde había venido, mientras don Policarpo, de pie en la puerta de su despacho veía alejarse su alma metida en un saco de brin.

-¡Adiós, dinero mío! -exclamó-: ¡hasta el valle de Josafat! Pensar en que esta plata vuelva a mi caja es como pensar en la venida del Mesías.

Cerró en seguida la puerta, y dirigióse a su habitación con los puños cerrados de rabia.

-¡Malditas sean tus artimañas, fraile sin entrañas y sin conciencia! -exclamó paseándose por su cuarto y amenazando al aire con los puños cerrados-. Y yo, necio de mí, que me he dejado dominar: Pero ¿qué hacer? ¡Estoy entre sus garras!... ¡Seiscientos pesos caídos al agua en un rato! Como si no costara nada ganarlos... ¡A estos frailes les parece que ganar la plata es como decir misa! ¡Y este demonio que no se llena nunca!... ¡Nunca, nunca, nunca!... ¿Para qué querrá dinero? Él mismo dice que con su pie de altar tiene lo suficiente... y mientras tanto ya me lleva pedidos mil y trescientos pesos en lo que va corrido del año... ¡No es vida la que me hace pasar este demonio! ¡Ave María!... ¡En cuanto adquiera unos cincuenta o sesenta mil pesos, me separo de él!...! ¡Cierto es que me da a ganar, y que con su apoyo me ha hecho rico; pero el placer de ver llegar a mis manos un millón de duros, no es comparable con el dolor que me causa el separarme de cincuenta! ¡Esto es horroroso!

Tan embebido estaba don Policarpo en sus reflexiones, que no vio parada en la puerta que daba al patio interior, a una niña como de doce años, cuya fisonomía la denunciaba por hija del avaro.

Después de un corto rato, dijo la niña a su padre:

-Tatita, dice mi mamita que ya es hora de ir a tomar mate.

-¡Con qué estabas ahí, picaronaza, y no me habías dicho nada! -exclamó colérico el viejo-: ¡no digo yo! Hasta en mi misma casa me espían. ¡Vete de ahí!

Retirose la niña medio llorando, mientras el cruel avaro siguió paseándose por el cuarto con la rabia elevada a la quinta potencia. Cinco minutos después, se oía la clara e imperiosa voz de doña Estefanía, su mujer, que gritaba desde adentro:

-¡Don Policarpo! ¡Don Policarpo! ¡Hombre orejas de paila rota! ¡Que se enfría el mate!

CAPITULO IX

Anselmo

«Era siempre el joven pensativo y melancólico que conocimos entonces; solo si, que han arrojado una nueva sombra sobre su frente, los recuerdos de una juventud prematura y desgraciada. Su palidez se ha hecho más notable, y sus grandes y hermosos ojos parecen velados por una ligera capa de tristeza que, si en algo disminuye su fuego y viveza naturales, le da ese tinte simpático, que tanto interesa al alma ansiosa de conocer el drama interno que se revela a medias en las miradas profundas.»

—GUILLERMO BLEST GANA. (*El Número trece*, Capítulo 1.)

El benévolo lector conoce ya de vista al oficial que hemos llamado Anselmo, y de oídas a don Marcelino de Rojas, y a su hija Lucinda.

Habiendo muerto los padres de Anselmo, seguía éste su carrera militar en Santiago, en donde se consolaba de la pérdida de sus padres con la vista de su querida hermana, Angelina, monja profesa en el convento de las Capuchinas.

-57-

El noble corazón de Anselmo, su valor y discreción, junto con su puntualidad en el cumplimiento de sus deberes, le habían granjeado el cariño de sus superiores, así como el de sus compañeros, entre los cuales era mirado con cierta respeto, a pesar de su juventud. El joven había sabido captarse la estimación de que gozaba, siendo respetuoso, sin humillación; digno y pundonoroso, sin altanería; y franco, sin que jamás llegase a rayar en una familiaridad peligrosa. La severidad de sus costumbres que podían servir de modelo, y las desgracias que en su familia había sufrido, daban a su carácter cierto tinte de melancolía, que nada tenía de rechazante. Al contrario, sus compañeros lo buscaban por la franqueza de su trato y la amenidad de su conversación. Sobre todo, tenía ese raro valor para expresar con entera franqueza sus opiniones, cualesquiera que fuesen sea las circunstancias en que se hallara. Nacido en los tiempos de la guerra de la independencia americana, había abierto los ojos oyendo el ruido del tambor de alarma. Actor él mismo en los combates que su patria había tenido que sostener contra la España, su alma se había fortificado con ese vigor que solo en los campos de batalla se adquiere, cuando se pelea por defender una causa justa, antes que por espíritu de partido o de granjería; siendo notable que el mismo valor que había manifestado siempre con la espada en la mano, seguía mostrándolo en sus acciones y palabras. Jamás se desdecía; y como era amigo verdadero de la libertad y de la justicia, las buenas ideas encontraban siempre en él un constante defensor. De aquí nacía esa especie de respeto con que lo miraban sus compañeros, aun aquellos de más edad que él. Escuchaban sus palabras con marcada

atención, y no era extraño ver que hasta sus mismos jefes seguían sus consejos. Por otra parte, sus convicciones en política eran tan profundas que por nada en el mundo dejaba de expresarlas con ese tono firme del que, creyendo amar la justicia y la verdad, se cree también con el derecho y el deber de defenderlas.

El carácter y los principios liberales de Anselmo, lo habían hecho afiliarse en ese partido que nacía con la aurora de nuestra libertad política. Enemigo de los vicios y prácticas del coloniaje que se oponían al establecimiento del gobierno verdaderamente republicano, no cesaba Anselmo de combatirlos con su palabra y con su ejemplo. Severo en sus costumbres privadas, lo era también en la manera como atacaba los males de que quería ver despojarse a su querida patria, siendo de notar que sus palabras, bruscas y duras a veces, no le concitaban enemigos. La mayor parte de sus compañeros se contentaba con llamarle el *Censor*, y en algunos círculos de pelucones decían de él: «es un pipiolito irreducible.» Pero no iban más allá.

A la época en que comienza esta parte de nuestra historia, tenía Anselmo el grado de alférez de infantería, y servía a las órdenes del coronel don Guillermo De Vic-Tupper, en el batallón «Pudeto.» Una caída de a caballo le había obligado a pedir una corta licencia para restablecerse del golpe, licencia que, como ha visto el lector, sabía aprovechar nuestro enamorado militar.

Anselmo era generalmente poco comunicativo, y como no visitaba mucho, algunos de sus amigos se empeñaban por descubrir la causa de su retraimiento, sin echar de ver que la habrían encontrado estudiando el carácter del joven.

-¿Estará enamorado? se preguntaban.

-¿De quién lo estará?

-Pero no visita en ninguna parte.

-Es muy excéntrico.

-Sí, hombre: yo sé dónde tiene su *rompe cabeza*.

-Anselmo es incapaz de eso: nació viejo. Yo creo que ninguna niña...

-¿Qué sabes tú? ¡Anselmo es como todo hijo de vecino! ¡Vénganme con vejeces!

-Yo digo lo mismo.

De esta manera solían platicar los amigos del joven; porque ha hombres que no se empeñan tanto en buscar lo que les conviene o desean, como en saber si los demás lo han encontrado.

Uno de estos espíritus veleidosos y noveleros, era don Catalino Gacetilla, que parecía un duende, en cuanto a lo de estar en todas partes, inquirirlo todo, saberlo todo y publicarlo todo. Creemos no tener necesidad de hacer el retrato moral de este divulgador de noticias, porque los hombres como Gacetilla piensan en alta voz, se retratan a sí mismo, poniéndose de relieve en cuanto dicen.

-Qué me han de decir a mí -decía esa misma tarde ante algunos amigos que hablaban del joven, entre los cuales se hallaba por casualidad don Pablo Motiloni-: soy amigo íntimo de Anselmo...

-Y, ¿crees conocerlo por esa razón?

-¡Pues no! ¿Soy un tonto por acaso?

-Pero, ¿se te ha manifestado abiertamente?

-Yo no tengo necesidad de eso para saber la vida y milagros de las personas con quien me junto... ¡Anselmo! Lo tengo *retanteado*, hombre.

-Pero después de todo, ¿qué es lo que sabe usted? -preguntó Motiloni mirando fijamente a Gacetilla al través de sus anteojos verdes.

-¡Ah don Pablo! ¿Estaba usted aquí? Este don Pablo es perrito de todas bodas; y si no fuera una herejía, diría que se asemejaba a Dios en esto de estar en todas partes... Por eso me gusta... Alléguese para acá, don Pablo, y le contaré, porque lo que tengo que decirles es un secreto.

Diciendo esto el eterno parlanchín prosiguió en voz más baja; pero que fue gradualmente elevando, sin reparar que estaba contando un *secreto* a sus amigos.

-Si es un secreto que he sorprendido; y como Anselmo es mi amigo, y yo sé que no le gusta que hablen de él, habiendo amores de por medio... Ya lo conocen ustedes... Es una dama que de todo el mundo se oculta; pero no de mí, porque he descubierto que está enamorado.

-Y, ¿qué nos importa eso? -dijo Motiloni...- Yo creía que se trataba de otra cosa.

-¿Y le parece a usted poco, don Pablo?... Este hombre no se contenta con ninguna noticia por gorda que sea. Anselmo está enamorado al remate.

-¿De quién está enamorado? -preguntó uno.

-De la hija de don Marcelino de Rojas.

-¿Lucinda?

-La misma. Yo he visto a Anselmo frecuentar mucho la casa.

-¡Bonita razón! -exclamó otro.

-¿Y no sabes más que eso?

-¡Vaya si sé más! Yo lo sé todo, hombre... es señalada la que a mí se me escapa... He visto billetitos...

-¡Anselmo con billetes de amor! ¿Estás loco?

-Si, hombre... Mi lavandera lava también en casa de don Marcelino, y un día me llevó un papelito doblado que había encontrado, según me dijo, en el bolsillo de uno de los vestidos de Lucinda...

-¡Qué hombre éste!

-¿No te digo que yo tengo suerte para descubrir noticias? Era una esquelita de amor, y la letra se parecía mucho a la de Anselmo. Por último, les diré que esta mañana vi que Anselmo venía de aquel lado por la calle de las Monjitas, leyendo otro billete...

-Entonces es un hecho.

-¿Pues no ha de ser? Además hay otras cosas que yo sé, y que dejo en el tintero porque yo también sé callar cuando conviene.

Don Catalino mentía evidentemente, porque si algo más hubiese sabido, lo habría dicho.

-Si eso es cierto me alegro, porque la niña vale lo que pesa -dijo uno.

-¡Caramba si vale! -agregó otro: puede esperar una dote magnífica. El negocio es bellissimo.

-Yo hablo del mérito personal de Lucinda.

-Y yo del mérito rentístico, que para mí es lo que vale.

-Sí: cada cual mira las cosas a su manera -dijo Motiloni sentenciosamente.

-¡Cabal! En cuanto a mí, te habré de decir que me casaría hasta con el mismo don Marcelino con tal de atrapar la dote.

Una estrepitosa carcajada iniciada por don Catalino fue la contestación que obtuvo esta necia y chabacana ocurrencia.

CAPITULO X

Don Marcelino de Rojas

«¿Ves aquel señor magnate,
de mole muy esponjada,
que jamás se le da nada
aunque el diablo se desate?»
—(EL NUEVO MAQUIAVELO, Núm. 1)

En efecto, más de la mitad de lo que Gacetilla había dicho era cierto: Anselmo y Lucinda se amaban como ya lo sabe el curioso lector: Don Marcelino de Rojas era un antiguo y rico comerciante que se había retirado a la vida privada a gozar pacíficamente de sus rentas, y vivía metido en su casa en compañía de su mujer doña Trinidad Serrano, y de su hija Lucinda, niña adornada de todas las dotes naturales que constituyen el encanto de una mujer, y a la cual su madre había educado con esmero. Era ésta una buena señora, cuya única pasión, fuera del amor de su familia, consistía en los ejercicios devotos a que se entregaba cotidianamente. Huérfana desde la más tierna edad, había quedado a cargo de un tío materno, quien, enamorado de la capacidad que don Marcelino manifestaba para hacer dinero, se valió de toda la autoridad de que entonces se revestía a un tutor, para darle a su pupila en matrimonio: y todo a pesar de la repugnancia que la niña manifestaba por aquella unión, pues su corazón estaba interesado en favor de un joven primo de ella. Y como el joven amante no tenía más que su amor, venció el viejo con el poderoso elemento de la riqueza. Con las bendiciones principió la pobre niña una vida de martirio: la memoria de su amante no se separaba un solo momento de su imaginación, a lo cual contribuían no poco las brutales maneras del esposo, y vivía en medio de la abundancia como si todo le faltase. Sin embargo, la desgraciada esposa no dio que hablar, ni aun a sus amigas más íntimas, pues no solo era verdaderamente virtuosa hasta el sacrificio de sus más tiernos afectos, sino que también parecía serlo; y si conservó siempre la memoria del antiguo elegido por su corazón es porque el completo olvido de lo que verdaderamente se ama es superior a las fuerzas humanas. Bastaba mirar a doña Trinidad para notar las profundas huellas que el martirio había impreso en su fisonomía, dulcificada por la resignación, ese último refugio del dolor impotente.

La pobre señora, con el corazón hecho pedazos, se había echado en brazos de la religión y entregada a los ejercicios piadosos trataba de hacerse creer a sí misma que merecía su fatal suerte; o bien hacía por engañarse, teniéndose por feliz con la posesión de las riquezas y de las comodidades físicas de que estaba rodeada. Pero bien pronto caía en la realidad, porque sentía el inmenso vacío de su corazón que nada podía llenar; y solo le quedaba la dicha de refugiarse en la religión y elevar su pensamiento a Dios, diciendo: «Cúmplase, Señor, tu santa voluntad.»

Su primera y única hija, Lucinda; si bien no le hizo olvidar a lo menos mitigó un tanto su continua pesadumbre. Desde que fue madre comprendió lo importante de esta santa misión; y dedicose con una tierna solicitud al cuidado y educación de su hija. Las gracias de la niña pagaban con usura los cuidados de la amorosa madre, quien día y noche pedía

a Dios bendijese a su querida hija, e hiciese caer sobre aquel ángel la felicidad de que ella no había gozado ni gozaría ya en este mundo.

En cuanto a don Marcelino, jamás se había preocupado por la educación de su hija ni por otra cosa, fuera de hacer producir a sus capitales.

Aunque testigo de la guerra de la independencia, nunca tomó parte en ella por encontrar el negocio poco lucrativo, como él decía, y porque además, sus principios lo inclinaban al realismo. Al verificarse la independencia se unió al partido retrógrado como más análogo a su monárquico modo de pensar, y miraba a los liberales como gentes díscolas y revoltosas, enemigas del comercio, de la industria y de la religión. Don Marcelino creía como misterio de fe que no había liberal honrado, y cuando doña Trinidad solía recordarle que los liberales eran también sus prójimos, y que era prohibido hablar de ellos con tan poca caridad, él contestaba enojadísimo, tocándose la frente.

-¡Qué me claven aquí al liberal o el pipiolo que se salve!

Cuando don Marcelino hubo reunido una buena renta y construido su casa quiso coronar también su puerta de calle con un escudo, según era la usanza en Chile de la nueva nobleza de entonces. A este efecto solicitó y obtuvo, a fuerza de enviar patacones a España, un título que el sable republicano hizo caducar después, como tantos otros. El escudo de su casa fue demolido como todos los demás ¿Cómo había de mirar con buenos ojos don Marcelino a la república, ni a todo cuanto oliese a liberalismo?

Si Anselmo visitaba la casa por algún tiempo fue porque el joven había sido recomendado a la señora por el general don Ramón Freire, del cual ella era pariente.

En un principio, don Marcelino no hizo caso de las visitas del mozo, y como él juzgaba de los demás por lo que pasaba dentro de sí mismo no pudo jamás imaginarse que una niña bien nacida se llegase a enamorar de un pobre diablo que, sobre no tener donde caerse muerto, era pipiolo por añadidura. Tampoco creía que cupiese en el alma de Anselmo tanto atrevimiento para elevarse hasta pensar en la hija de un noble. Pero cuando, a pesar de la cortedad de sus alcances, se apercibió de que la niña no era de su mismo parecer, y que ya había dispuesto de su corazón en favor del joven militar, no tuvo límites su cólera, y al momento prohibió a Anselmo que siguiera visitando a su familia, echando además un largo sermón a doña Trinidad y a su hija, sobre lo poco en que miraban el lustre de su noble apellido.

Don Marcelino no habría llegado a tanto, si no hubiese sido impulsado por otra persona a quien él trataba con más respeto y consideración que a su padre. Era el padre Hipocreitía, su amigo íntimo, su consejero, el confesor de la señora, y una especie de jefe de la casa. El padre, cuyas miras entorpecía el amor de los jóvenes, fue el que decidió a don Marcelino a arrojar al pretendiente de la casa a pesar de la voluntad de la señora, que sin decir nada a su hija; había ya consentido interiormente en su unión con Anselmo.

Guiada por su amor de madre, y sin más norte que la felicidad de Lucinda, había estudiado al joven, y encontrado en él las cualidades que podía apetecer para su yerno. De lo que menos se acordó fue de la pobreza de su recomendado.

CAPITULO XI

Madre e Hija

«¡Lágrimas del dolor! ofrenda santa
que cual místico incienso en nube pura
¡desde el ara hasta el cielo se levanta!
Al peso de su cruz, la criatura
a veces siente resbalar su planta
y cae y llora»...
-E. BELLO.

No pasaron muchos días sin que Lucinda abriese su corazón a su madre.

-Amo a Anselmo -le dijo llorosa y echándose en los brazos de ésta.

-Ya lo había adivinado, hija mía -contestole también llorando la bondadosa doña Trinidad-. ¿Qué podrá ocultarse al corazón de una madre que solo desea la felicidad de su hija? Pero tu padre se opondrá a tal unión, y aun ya me ha significado que te tiene elegido el marido que te conviene.

-¡El marido que me conviene! -exclamó Lucinda con una exaltación que jamás se había notado en ella-. ¡No mamita, por Dios! Jamás me casaré con otro que con Anselmo. Ruéguele su merced a mi tatita... No, no: le rogaré yo de rodillas, y si no accede...

-No accederá... lo conozco demasiado -le interrumpió la señora.

-¡Pues bien; si no accede me meteré en un convento para siempre! -dijo enérgicamente la niña, enderezándose con una arrogancia que hizo bajar los ojos a su madre.

Lucinda estaba bellísima en aquella posición. De pie junto a una mesa, sobre la cual tenía medio apoyada la mano izquierda, elevaba la derecha casi a la altura de su linda cabeza que tenía echada atrás. Estaba pálida como el mármol, y su palidez era realzada por sus sedosas pestañas y ojos negros, y por sus cabellos del mismo color, que en ondulantes trenzas, le caían sobre su espalda. Su mirada clavada en el espacio era brillante; y en sus labios medio crispados por la emoción se veía pintada la sonrisa del dolor. Fija y sin movimiento como una estatua, parecía desafiar todos los inconvenientes que se opusieran a su felicidad. No lloraba, pero aún conservaba en sus mejillas las huellas de las lágrimas que acababa de verter.

Por un momento la miró su madre con una amarga congoja, producida por las palabras que la niña acababa de proferir sobre su determinación de asilarse en un monasterio, si no podía vencer la voluntad de su padre. Luego con una voz que salía de lo íntimo de su alma dijo a su hija:

-¿Qué es lo que has dicho Lucinda, hija mía? ¡Cuán fácil te es formar la resolución de meterte en un convento estando viva tu madre! ¡Ah! ¿Te atreverías a dejar sola en el mundo a esta pobre vieja que te dio el ser, que te crió en sus faldas, que te prodigó siempre todos sus cuidados, que solo ha vivido y vive para ti, y que no desea en el mundo otra cosa que tu felicidad, porque tu felicidad es la suya?...

-¡Mamita! ¡Mamita! ¿He dicho yo eso? -contestó la niña echándose a los pies de su madre y abrazando sus rodillas-. ¡Perdóneme por Dios! Yo no he dicho; yo no he querido decir eso... Soy muy loca; el dolor me ha hecho hablar de ese modo... ¡Perdóneme su merced! Moriré a su lado -decía llorando la pobre niña.

-¡Que te perdone, ángel de mis entrañas! -exclamó abrazándola doña Trinidad-: ¡me pides que te perdone, cuando me haces la más feliz de las madres!

Y luego agregó, sentando a su hija sobre sus rodillas y besándola con efusión:

-¡Al contrario, alma mía! Tú tienes que perdonarme ahora el que te haya dicho que soy feliz, cuando te veo sufrir de ese modo.

-No crea, su merced, que yo sufra ahora: he vuelto sobre mí misma -dijo Lucinda acariciando a su madre.

-¡Ah! Tú no me engañas: *yo sé lo que es eso* -contestó doña Trinidad con un acento tan doloroso que Lucinda no pudo menos de mirarla fijamente.

-¿Cómo puede su merced saberlo? -dijo la niña-. ¡Si yo concibiera que su merced había podido sufrir un dolor tan cruel como el de...!

-No te digo que lo sé por experiencia propia -balbuceó doña Trinidad ahogando un profundo suspiro-. Lo he oído contar a personas que se han encontrado en tus mismas circunstancias.

Ambas callaron; y durante algunos momentos permanecieron abrazadas de tal manera que sus lágrimas se confundían. Lucinda se despegó al fin de los brazos de su madre y se retiró a su cuarto, porque tenía necesidad de llorar, y veía que su llanto entristecía a su madre. Ésta se quedó durante algunos minutos abismada en sus propios pensamientos.

-¡Siempre *él* -exclamó al fin-: siempre he de tener a mi vista su imagen que me persigue por todas partes, cuando un insondable abismo nos separa! ¡Perdón, perdón, Dios mío!...

Y después de reflexionar un momento prosiguió con angustia:

-¡Pobre niña! ¡Qué vida podrá esperar al lado de un hombre a quien no ama!

Esta vez el suspiro que lanzó doña Trinidad fue un verdadero quejido de dolor.

-¡No! -exclamó de repente con la energía de su amor materno-: ¡No! ¡Mil veces no! ¡No se casará contra su voluntad... Prefiero verla morir!

Y luego, acordándose de la inflexible voluntad de su marido, al cual estaba atada con una cadena de fierro, sintió que sus fuerzas la abandonaban, y cayó de rodillas sobre el suelo, balbuceando palabras entrecortadas por sollozos.

La pobre madre oraba pidiendo a Dios la felicidad de su hija, en premio de la vida de martirio que ella misma había sufrido sobre la tierra. Aquella oración, fruto del santo amor materno, debió subir en alas de un ángel hasta el trono de Dios.

CAPITULO XII

La Cita

«Cuando la aurora pinta
el cielo azul, con sonrosada tinta,
y esparce suave lumbre
de oro, bordando la elevada cumbre.
¡Cómo se ensancha el corazón doliente
del triste que ha velado
por la zafia inclemente
de nocturna tormenta amedrentado!
Así, mis males deshacerse miro;
así, mis penas disiparse veo
cuando tu aliento virginal respiro,
y dulce amor en tu mirada leo!»
—EDUARDO DE LA BARRA.

Tal era el estado de las cosas, cuando Anselmo tuvo el placer de recibir el billete de su querida Lucinda. El discreto lector no creerá ni por un momento siquiera que el joven faltase a la cita que la niña le había dado en las ventanas de su casa. «A las ocho en punto» decía el papel; pero Anselmo llegó al lugar antes de las siete, admirándose de que en la Compañía y Santa Ana, se les hubiese olvidado tocar las ocho aquella noche. Para entretener el tiempo empezó a pasearse a lo largo de la calle, entonces fue cuando el pobre Anselmo comprendió prácticamente la verdad del proverbio que asegura que «quien espera desespera.» Ya pensaba el joven que no llegarían jamás las ocho de la noche, cuando sintió los primeros campanazos en la torre de la Compañía. Dirigióse a la ventana, y tan embebido iba en su pensamiento, que no reparó en un hombre que como una sombra lo seguía a lo lejos, protegido por la oscuridad de la noche. Sin duda iba aquel hombre con zapatos de silencio, porque no se oía el ruido de sus pasos; y como la

noche estaba muy oscura, y el alumbrado público de aquellos tiempos consistía solamente en velas de sebo colgadas en faroles en frente de cada zaguán, las cuales se extinguían por lo común al poco rato de ponerse, no pudo el mozo notar que era objeto de la observación de alguno.

En cuanto él se paró en la ventana, parose también el otro junto a una de las cerradas puertas de calle.

Lucinda no se hizo esperar, porque la ventana se abrió a la primera campanada.

-¿Eres tú Anselmo? -preguntaron desde adentro.

-Yo, alma mía -contestó éste, que a pesar de la oscuridad de la calle y del interior de la pieza había conocido a su amada-. Sí, yo soy que vengo a oírte repetir por tus lindos labios lo que hoy me has escrito. ¿Es verdad que me amas?

-¿Y me lo preguntas después de ver que por tu amor hago...?

-¿Qué cosa?

-Lo que me ves hacer -contestó la niña-. ¿Si no te amara te habría esperado aquí exponiéndome a que...?

-Nada temas: la calle está sola y oscura.

-Pero no podré ocultar de mí misma este paso que doy contra la voluntad de mi padre.

-¡Tu padre es un tirano!...

-¡Pero es mi padre! -interrumpió Lucinda con una energía que hizo callar al joven-. Es mi padre -prosiguió con más dulzura-, y le debo obediencia y respeto a pesar de todo cuanto pueda hacer en contra mía. Conozco que hago mal en este momento, por que estoy desobedeciendo su mandato expreso de olvidarte...

-¿Te lo ha dicho ya, Lucinda?

-Aguarda un momento. Después te lo contaré todo... Antes necesito probarte que comprendo lo que hago; que conozco mi falta, y que me avergüenzo del paso que doy, porque engañando a mi padre, que quiero que también sea el tuyo, Anselmo, hago caer el ridículo sobre sus canas que tengo obligación de honrar... Pero a pesar de estas consideraciones, a pesar de lo que mi conciencia me dice, una fuerza superior a mi voluntad me ha hecho consentir en venir aquí, porque tú me lo pedías...

-¡Lucinda! -le interrumpió Anselmo-: ¡eres un ángel...!

-Después de lo que te he dicho ¿podrás dudar de mi amor?

-Yo no he dudado jamás de ti, alma mía, sino de mi mala estrella... y como pueden variar las circunstancias...

-Las circunstancias podrán cambiar, pero mi corazón... Si no soy tuya, no seré jamás de otro...

Gracias, querida mía. ¿Cómo podré pagarte la felicidad que me dan tus dulces palabras?

-Amándome como te amo, Anselmo. Mira: antes de que tú llegases, aunque estaba acompañada de mi mamita, que está aquí, tenía miedo...

-¿A quién?

-No lo sé; pero tenía miedo... Ahora que te veo, que te oigo hablar, no temo nada... Desafiaría hasta la cólera misma de mi padre... Perdóname: soy una loca en hablar así ¿no es cierto?

-No, Lucinda, no: habla, habla, porque cuando te oigo hablar, me parece oír una celestial armonía... Habla con tu voz de ángel, querida mía, para que por un momento olvide el dolor de no poder verte con libertad.

-Sí, soy una loca -prosiguió la niña-; pero me parece tan justo nuestro amor, que no concibo cómo puede haber persona que lo desaprobe, especialmente mi padre, cuyo empeño, según me ha dicho, es procurar mi felicidad.

-Pero me decías que don Marcelino te había prohibido expresamente...

-¡Ah! Se me olvidaba el principal objeto de nuestra entrevista. Ayer me llamó a su cuarto, y después de pedirme; digo mal, de ordenarme que te olvidara...

-¿Y tú puedes decir que ese hombre...?

-Es mi padre -le interrumpió Lucinda-. Pero aunque es mi padre he visto en mi conciencia que no debo obedecerle en esto. No tengo fuerzas para olvidarlo, padre mío -le contesté-. -«¡Pues la tendrás!» -Me interrumpió ásperamente-. -«Ya te tengo elegido el esposo que te conviene.» -Mi querido padre -le repliqué-: «así como no puedo dejar de amar a Anselmo, tampoco podría querer al marido que su merced me destina. Mi corazón es suyo.» -«¿Y quién te ha mandado desvergonzada -me preguntó- disponer de tu corazón sin mi consentimiento? -«¿Crees que tu corazón te pertenece?» «-Juro por mi honor que te casarás con don»... No me acuerdo del nombre de ese hombre a quien no conozco todavía.

Anselmo no dijo nada: un sudor frío corrió por su frente. Las rejas de la ventana que él tenía tomadas con ambas manos se estremecieron como si se hubiese tratado de arrancarlas de su lugar.

En aquel momento pasó por la mente del joven el pensamiento de robarse a Lucinda.

-¿Qué tienes, Anselmo? ¿Sufres...? Callaré entonces -dijo ésta.

-¡No, no, Lucinda; no es nada: quiero que me lo digas todo! -exclamó el mozo.

-Pero...

-Si me amas no me ocultes nada. Dime ¿qué le contestaste?

-Le contesté diciéndole: que no podía engañar a mi padre, y que lo engañaría si le prometía olvidarte. Díjele que creía faltar a mi deber, admitiendo por esposo a un hombre que no poseía mi corazón, y que mi conciencia me mandaba no jurar amor a quien ya aborrecía, por mirarlo como un inconveniente para mi felicidad.

-Gracias, Lucinda mía; me haces el más feliz de los hombres. Todo cuanto he sufrido es nada comparado con lo que me hacen gozar tus palabras.

-Mi padre se puso enojadísimo -prosiguió Lucinda-, y viendo que no podía conseguir que yo mintiese y le prometiese aborrecerte, me amenazó con desheredarme si no pasaba por el matrimonio que me proponía.

-¡Padre desnaturalizado! -exclamó Anselmo.

-Es efecto de su preocupación -dijo la niña-, quien trataba de disculpar a todo trance la conducta de don Marcelino. Tal vez yo no le contesté con el respeto que debía... Pero he creído que no debía decirle nada que alimentara sus esperanzas.

En aquel momento los ojos de Lucinda descubrieron una sombra humana, que sin hacer ruido se deslizaba por la acera del frente. Era un hombre que al parecer quería atravesar la calle dirigiéndose hacia la ventana. Venía medio envuelto en un capote y su vaga figura se dibujaba en el espacio medio desvanecida por las tinieblas en que la calle estaba envuelta, pues las luces de los faroles se habían apagado casi todas.

-¡Anselmo! ¿Ves ese hombre? -dijo ella.

Miró el joven, y viendo que alguien se acercaba echó mano a la espada. En aquel tiempo era un poco peligroso andar tarde de la noche por las calles de nuestra capital, y el joven quería estar prevenido para evitar una sorpresa. Y adivinando la niña el peligro por el movimiento que hizo su amante quiso lanzar un grito, que ahogó en su pecho. Pero el hombre torciendo otra vez hacia su derecha, siguió sus pasos por la misma vereda.

-No es nada: nos estamos asustando del viento que pasa -dijo Anselmo sonriendo y volviendo a meter su espada en la vaina, de donde la había ya medio sacado.

-Pero ese hombre no parece tener buena intención -dijo Lucinda-. El corazón me dice que corres peligro.

-Y ¿puedes creer que me suceda algo con un hombre solo, cuando tengo aquí mi espada? Tranquilízate, Lucinda: tal vez será un pobre que ha bebido más de lo necesario... Tratemos ahora del partido que debemos tomar para...

-No, Anselmo: será otro día -contestó Lucinda-. Retírate pronto, que ya es tarde, y no es prudente que permanezcamos más aquí.

-No, es preciso que hablemos.

-¡Pero ese hombre, Anselmo!; ese hombre cuyos pasos no se sentían debe ser un traidor... ¡Retírate por Dios! Estoy temblando... Mira: él marcha para abajo, ¿no es verdad?

-Así es -contestó el joven-... Ya se perdió de vista.

-Pues bien; te ruego que tú te dirijas entonces hacia el lado opuesto, ¿me lo prometes?

-Sí; pero es preciso que tú me prometas otra entrevista para que hablemos sobre lo que debemos hacer a cerca de la realización de nuestras esperanzas.

-Aquí no nos debemos ver más... Mi mamita me ha permitido tener aquí esta entrevista contigo en fuerza de mi dolor... Pero no es bien exponerla a que sufra de parte de mi padre... Te repito que esta es la última vez que nos debemos ver en este lugar

-Y ¿adónde hemos de hablar entonces? -dijo el joven.

-Cierto es que no tenemos otro punto en donde poder comunicarnos.

-Pues entonces vendré aquí; y peor para él que nos pone en la necesidad de...

-¡Anselmo!

-Perdona, querida mía. El dolor me hace hablar... Se me ocurre en este momento un proyecto que deseo comunicarlo contigo.

-Escríbeme entonces.

-En una carta no se puede decir lo que de viva voz. Es menester que hablemos... Conque, ¿quedamos convenidos en que vendré?

-Pasado mañana -dijo la niña ahogando un sollozo.

-Bien: hasta pasado mañana -dijo Anselmo-. Adiós querida mía.

-Adiós -respondió Lucinda, cerrando la puerta y acercándose a su madre, quien la recibió llorando en sus brazos.

Anselmo se quedó un momento mirando aquella ventana tras de la cual estaba el ángel de sus esperanzas. y haciendo un esfuerzo para separarse de aquel lugar, dijo a tiempo de ponerse en marcha:

-Está bien: volveré pasado mañana.

Y embozándose hasta los ojos en su capote, emprendió su marcha hacia la plaza de Armas, sin ver a un hombre, que de pie y pegado a una puerta cercana, con la cual quería confundirse, había estado sin duda alguna, espionando al joven. Mientras éste marchaba hacia abajo, haciendo resonar sobre la vereda los tacones de sus botas, la sombra aquella, que al parecer era la misma que antes había interrumpido la conversación de los amantes, emprendió su marcha hacia arriba, y torció a la primera boca calle, sin que sus pasos hicieran ruido alguno. Aquella sombra misteriosa era, sin duda, un hombre de carne y hueso, porque, dando un tropezón en una piedra del desigual pavimento de la calle, echó una maldición que resonó en la oscuridad. ¿Quién era aquel hombre y cuál era el objeto de su espionaje? No lo sabemos. Lo único que el curioso lector sabrá por ahora es que aquel hombre iba refunfuñando entre dientes:

-Sí; tiene un proyecto ¿eh? Veremos si pasado mañana acude a la cita.

Aquella voz, así como la sonrisa falsa que la acompañaba, se parecían mucho a la voz y a la sonrisa de don Pablo Motiloni.

CAPITULO XIII

El Director de conciencia

«Los hombres del engaño,
los viles intrigantes,
se arrastran imitando
las vueltas del reptil.
La risa, el rayo interno,
gestos en sus semblantes
y es rótulo de mengua
la frente varonil.»

-G. MATTA.

Las siete de la mañana siguiente serían cuando el padre Hipocreitía entrando a casa de don Marcelino de Rojas se dirigió al cuarto de éste. Estaba el viejo tomando mate sentado en su ancha silla de dos brazos, forrada de vaqueta y salpicada de clavos amarillos. Una cama dentro de una alcoba desarreglada, una mesa llena de papeles, cuadernos y algunas botellas vacías, y un escaño, acompañado de cuatro o seis taburetes de madera forrados

de vaqueta, completaban, con la silla de honor, el menaje de aquella habitación, mientras que de las paredes desnudas pendían tres o cuatro estampas de santos pintados en Quito, que era por entonces la ciudad de los pintores, así como la del Cuzco, era la de los escultores. Sin embargo, don Marcelino sentado en su silla y chupando la bombilla de su mate no se habría trocado por el Gran turco, tal era la conciencia que tenía de su propio valimiento. Cuando vio al padre se alzó de su silla y fue a recibirlo con muestras de la más profunda cortesía y veneración. Ofrecióle el sitio de honor para que se sentara su paternidad, y sentándose él mismo en el escaño mientras daba al mate los últimos chupetones, le dijo:

-¡Buena cosa! ¿Y qué vientos lo han echado por acá tan temprano, mi reverendo padre?

-Primeramente el tener el placer de saludar a usted...

-Muchas gracias... ¿le *cebo* un matecito?

-No, gracias... En segundo lugar, quería hablar sobre el asunto...

-¡Ya, ya! ¡El matrimonio de la niña!

-Eso es... Venía a decir que el señor Sandoval y Rojas ha llegado.

-¡Santa palabra! ¿Y cómo ha llegado el buen señor?

-Sin novedad; gracias a Dios. Me ha encargado que presente a usted sus respetos.

-¡Tanta es su bondad y cortesía! Pues a mí me toca ir a cumplimentarlo. ¿Dónde está alojado?

-En el Café de la Nación. Viene un poco fatigado del viaje.

-¡Oh! Es natural; una persona de su calidad no acostumbrada a hacer viajes tan largos...

-Pero a pesar de esto, ayer mismo quería venir a conocer a *usted*...

-¡Cuánto estimo su atención! Yo mismo iré a visitarlo en persona.

-Puedo asegurarle que arde en deseos de conocer a la niña, porque, aun cuando es hombre un poco entrado en edad, conserva siempre el fuego de la primera juventud...

-¡Oh! Se conoce que pertenece a la nobleza española.

-En cuanto a eso, se echa de ver a la primera ojeada; y como yo me intereso por usted y por el engrandecimiento de su familia...

-Tantas gracias, mi padre.

-No he escaseado las alabanzas a la niña. Se la he pintado como un ángel.

-Así era antes, pero ahora se ha vuelto un diablo -refunfuñó don Marcelino.

-¿Qué decía usted?

-Decía que todas las mujeres tienen revés y derecho...

-No entiendo.

-¡Qué ha de entender de estas cosas, su paternidad, cuando tiene la dicha de vivir sin ellas! Sí, padre: todas tienen revés y derecho, y a usted le parecen un ángel, porque no las ha visto como yo, por el revés.

-¡Ya, ya!

-Ya va entendiendo, ¿eh?

-¿Ha encontrado usted alguna oposición de parte de la niña?

-Algo hay de eso; pero no me da cuidado, porque yo seré obedecido.

-Santo y justo, fuera de que sería obrar contra sí mismo, perdiendo esta oportunidad que Dios le presenta a su familia de ennoblecerse, relacionándose con los Sandoval y Rojas.

-En eso estoy yo también; y créame que haré lo posible por no dejar escapar la coyuntura.

-¡Despreciar al jefe de una de las primeras casas de la nobleza española sería una locura!

-Locura que yo no cometeré, por cierto.

-Un hombre emparentado con las primeras familias del reino...

-¡Oh!

Caballero de Santiago y que no ha querido ser ministro...

-¿Conque todo eso hay? ¿Ha estado a pique de ser ministro?

-¿Cómo a pique? No ha querido serlo, y más de una vez ha sido llamado por Fernando VII.

-El rey nuestro señor -dijo respetuosamente don Marcelino.

-Sí, por el mismo rey en persona, con el cual conversa mano a mano cuando se le antoja... Ya todo esto se lo he repetido a usted mil veces.

-¡Sí, sí! ¡Sería grande honra para mi familia! -exclamó el viejo.

-Yo le he dicho que usted pertenece a la misma familia de los Sandoval.

-Ha hecho bien su paternidad. Muy bien.

-Y sería bueno no desengañarlo.

-¡Por supuesto! Fuera de que yo creo en conciencia, que los Rojas de mi familia son de los nobles.

-Pero hay lugar a duda, mientras que casando a la niña con don Melitón ya nadie podrá decir que su descendencia no es noble.

-Eso es. ¡Y esta muchacha que ha dado en enamorarse de ese mozuelo que...!

-Es una lástima -interrumpió el padre dando un suspiro-, porque el mocito es de los herejes.

-Y luego, padre, que no tiene donde caerse muerto... Si fuese noble, ya sería perdonable su pobreza; pero sin tener otra cosa que su espada...

-Y espada que no está siquiera al servicio de la religión -observó el jesuita.

-¡Que religión ha de tener un pipiolo! Yo creo que todos ellos han perdido el agua del bautismo, ¡Ave María!

-*Gratia plena* -contestó el padre.

-Pero es el caso -prosiguió don Marcelino-, que se le ha puesto a esa muchacha quedarse soltera si no se casa con él. Ya usted sabe que lo he lanzado de mi casa, pero ni por esas lo ha olvidado esta maldita, Dios le perdone su capricho... Anteayer la llamé y le dije lo que había en el caso; pero si usted hubiera visto, padre, ¡cómo me contestó!

-¿Conque no acepta?

-Ni al mismo rey, fuera de su Anselmo, porque le parece que es el único hombre que hay en el mundo... Y luego me encajó unas algarabías de amores y de corazón, que yo no sé cómo no agarré esa tranca y le rompí la cabeza.

Es preciso ser prudente, amigo mío.

-Pero se necesita paciencia de santo, padre mío... Por supuesto que he andado muy prudente, porque le dije que de todos modos tenía que olvidar a su Anselmo, y que si persistía en su capricho la desheredaba.

-Y ella ¿que contestó?

-No se dio por vencida, pero se dará.

-Para que persista tan tenazmente, es preciso que cuente con el apoyo de su madre -dijo el jesuita.

-¿La Trinidad? Ella hará lo que yo le mande... Yo soy el dueño de casa, padre.

-Ya lo creo, señor.

-Y no le entregó los calzones a la mujer...

-La autoridad del matrimonio la dio Dios al hombre, para que gobernando la familia con prudencia, viva en paz.

-Ya le digo que he sido y seré prudente.

-Estoy resuelto a desheredar a la muchacha... y en cuanto a la Trinidad, si apoya los perversos pensamientos de aquella, me veré en la necesidad de separarla de su hija, metiendo a ésta en un convento... Es proyecto que he formado anoche... ¿Qué le parece?

-Puede tomarse esa en medida en último caso; pero...

-¿Pero qué? Padre. La prudencia aconseja principiar por ahí, porque le diré a usted que ya he conocido que la mujer se me pone de frente en el negocio.

-¿De veras?

-Como se lo cuento. Yo no había querido decírselo antes; pero es menester que su paternidad lo sepa todo, porque como es su confesor...

-Es verdad; pero en esta materia la he encontrado siempre muy razonable. La virtud que he tratado de cultivar en ella ha sido la ciega obediencia a su esposo.

-Pero de pocos días a esta parte se ha vuelto otra. No parece sino que hubiera pisado alguna mala yerba. Se lo digo con vergüenza, mi padre; tanto la madre como la hija han principiado a desconocer mi autoridad, y aunque la Trinidad no se me opone todavía directamente, sino haciéndome observaciones a lo que yo le digo, sin embargo, temo que al fin lleguemos a pelear.

-No llegará ese caso, espero en Dios.

-Usted no conoce a mi mujer sino por el derecho, mi padre; pero yo la conozco por el derecho y el revés.

-Trabajaremos, amigo mío, por que vuelva al camino del orden.

-Así lo espero de su paternidad. Creo que hace bastante tiempo que no se confiesa - observó don Marcelino.

-Sí; he extrañado esto, porque ya van dos meses sin que me haya llamado al confesonario, a pesar de las indirectas que yo le he echado para llamarla suavemente a su deber.

-¡Qué barbaridad! ¡Pasarse dos meses sin llegar al altar de la comunión! Jamás le había sucedido esto a esta mujer... Por eso está tan resabiosa... Es preciso que la confiese pronto, mi padre...

-Yo no puedo obligarla.

-Pero yo le hablaré seriamente... ¡Dos meses! Bueno el ejemplo que le está dando a la chiquilla! ¿Cómo no han de estar ambas en contra mía? ¡Pero nos han de oír los sordos! ¡Y no me llamo don Marcelino de Rojas, si antes de una semana no se han dado a la razón!

-Pero después de todo -dijo el padre-; por lo que le he oído, caigo en cuenta que usted no ha hablado seriamente con doña Trinidad sobre el asunto.

-He tenido solo una media conferencia -dijo don Marcelino.

-Estas cosas no deben tratarse a medias, don Marcelino. Sería bueno que llamase a la señora y le hablase.

-Sí, le hablaré, padre mío.

-Pero pronto, porque veo que el mal toma cuerpo -dijo firmemente el fraile.

-Sí, sí; pero a pesar del cuerpo que ha tomado, verá su paternidad si sé hacerme obedecer en mi casa.

-Yo quisiera saber lo que dice la señora a este respecto, amigo mío.

-Su paternidad puede preguntarle lo que quiera en la primera confesión.

-Temo que eso sea tarde... Lo importante es no perder tiempo, porque le aseguro a usted, que puede llegar a arrepentirse de no haber tomado oportunas medidas.

-Y ¿qué me aconseja su paternidad que haga?

-El consejo depende de lo que la señora piense a este respecto; y como yo no he podido ver en su conciencia, por su olvido en acercarse a mí...

-Sí, su culpable olvido en no asistir al santo tribunal de la penitencia -agregó con severo tono don Marcelino.

-Por eso es que quisiera oírla hablar ahora mismo -dijo el otro.

-Pues voy a llamarla entonces.

-Vamos despacio, don Marcelino: por lo que he hablado con la señora, no solo en el confesonario sino fuera de él, he comprendido que algún rencor me guarda sobre este asunto. Estoy persuadido de que ella no se expresará delante de mí con la franqueza necesaria... Para tomar un partido, la prudencia manda que examinemos hasta el fondo de sus pensamientos.

-Pues yo no sé qué hacer en tal caso.

-Dígame ¿no podría usted ocultarme en alguna parte desde donde yo oyese la conferencia entre ambos?

-Magnífica idea -exclamó el imbécil don Marcelino-. ¡Y qué no se me hubiera ocurrido antes, cuando pocas cosas de éstas se me escapan! Vea, su paternidad -prosiguió-: puede ponerse detrás de esta cortina, y oír de *pe a pa* todo cuanto ella diga.

Diciendo esto, don Marcelino encantado con la vil idea, se levantó de su asiento y se fue a un rincón del cuarto, en donde había una percha con ropa, clavada en la pared, y cubierta con una gran cortina que caía hasta cerca del suelo.

-Se pone aquí, su paternidad -dijo-; y para que no se le vean los pies tapamos con este baúl lo que queda sin cubrir por la cortina.

Levantose el padre de su asiento y se escondió en el lugar indicado por don Marcelino, quien después de arrastrar el baúl y de cerciorarse de que el espía no podía ser descubierto, salió del cuarto, riendo y alabándose de su miserable acción.

-¡Oye, muchacha! -le gritó imperiosamente a una criada-: ¡dile a tu señora que venga para acá, porque la necesito!

Y luego preguntó al padre:

-¿Dígame, su paternidad, si está enteramente cómodo y a sus anchas detrás de la cortina?

-No puedo estar mejor -dijo el padre-: desde aquí puedo observar por un agujerillo abierto a la altura de mis ojos, hasta los gestos de la señora. Haga que ella se siente en su misma silla.

-Así lo haré, mi padre.

-Sobre todo le aconsejo la prudencia.

-Ya verá su paternidad si soy prudente y si sé conservar mi dignidad de padre de familia.

-Amén -dijo el padre desde su escondite.

CAPITULO XIV

Marido y Mujer

DON MATEO

«¡Oigan! ¡Bravísimo! ¡Bravo!

¡Oh! La rabia me sofoca...

¡Silencio!... ¡Calla esa boca!»

-A. TORRES. (Una promesa de amor, acto I.)

No se hizo esperar mucho rato doña Trinidad, y en pocos minutos más estuvo en presencia de su marido, quien la aguardaba paseándose en su cuarto y pensando en el modo cómo abordaría la cuestión. Bien echaba de ver ella el objeto del llamado, y aun hacía algunos días que esperaba que don Marcelino la hablase sobre este asunto, para manifestarle abiertamente su opinión, pues tenía ya tomado su partido. Don Marcelino que creía desdorar su autoridad poniéndose a discutir con su mujer sobre el establecimiento de su hija, apenas había hecho otra cosa que manifestar bruscamente a la señora su determinación de no dejar casar a la niña con Anselmo, diciéndole que ya le tenía elegido el esposo que le convenía. Y aunque doña Trinidad no se opuso abiertamente a tal determinación, no por esto había dejado de observar a su marido que en un asunto tan serio, era menester no forzar la voluntad de la niña, a lo cual, don Marcelino había contestado groseramente: «que en su casa no había más voluntad que la suya, y que tuerto o derecho, se había de hacer lo que él mandase.» No creyendo conveniente insistir, la buena señora se había contentado con callar, esperanzada en vencer, a fuerza de paciencia y mansedumbre, la terquedad del brutal esposo. Pero éste no era de los que se dejan dominar por la dulzura de una mujer, pues llevaba a punto de honor el que nadie en su casa se opusiese a sus caprichos, y, como todo necio, en esto era lo que hacía consistir su dignidad de jefe de la familia.

Venía la pobre señora con el susto pintado en la cara, y, a pesar de su resolución, tuvo que bajar la vista ante la dura mirada de don Marcelino, cuyas brutalidades estaba acostumbrada a temer. Pero, sostenida por el amor de su hija, volvió luego en sí; trató de rehacerse; y con todo su corazón pidió a Dios la energía necesaria para portarse como debía, es decir, para obrar como una buena esposa y como una amorosa madre.

-Aquí estoy don Marcelino -dijo a su marido-; ¿para qué me llamaba usted?

-Tenemos que tratar un asunto muy importante -contestó éste secamente.

-Está bien -dijo la señora, sentándose en el escaño.

-Asunto del cual ya hemos hablado algo -prosiguió don Marcelino; pero todavía no lo bastante.

-¿Del matrimonio de Lucinda? -preguntó con timidez doña Trinidad.

-De eso mismo... Pero no te sientes en ese escaño... Aquí en mi silla estarás mejor -dijo don Marcelino con cierta sonrisa que su esposa tomó como manifestación de benevolencia.

-Gracias, don Marcelino -dijo ella sentándose en la silla de cuero.

-Es verdad que aquí estaré mejor -agregó, agradeciendo aquella inusitada amabilidad de su esposo, amabilidad que la hizo mirar a éste con cierto interés.

-Escucho a usted -repitió.

-Y haces bien en escucharme, porque debes saber que la obligación de una mujer bien nacida es atender a lo que su marido dice, para obrar en conformidad con sus opiniones, pues lo contrario sería volver el mundo al revés, y lo de arriba para abajo, y lo de atrás para adelante, como sucede con esos matrimonios desorganizados de estos tiempos que corren; en los cuales las mujeres mandan y los maridos callan... Pero yo no soy así; no soy de los hombres a los cuales es preciso que la mujer les enseñe la cartilla, porque sé donde me *aprieta el zapato*.

-Pero, dígame don Marcelino -preguntó la señora-: ¿a qué viene ese sermón?

-Ese sermón viene a que yo quiero ser obedecido como siempre.

-Pero, ¿quién se opone a lo que usted dice? -preguntó con dulzura doña Trinidad.

-Yo no digo que alguien se oponga -contestó don Marcelino, quien no quería confesar ni aun a su mujer el que hubiese alguna persona capaz de oponerse a su suprema voluntad-. ¿Quién será capaz de contradecirme aquí en mi casa? -prosiguió neciamente-. Hablo por lo que pudiera suceder... Es verdad que ya debes saber cómo se ha portado Lucinda... Pero yo me río de su tenacidad... Veremos quién vence... Si no se da por bien, se dará por mal... Ya sabes como soy.

-Pero, don Marcelino, atiende a que...

-¿También me vienes tú con contradicciones? Yo esperaba de ti más sumisión, y que me ayudaras a quitarle de la cabeza a esta muchacha sus amoríos.

-Siempre he vivido sumisa a su voluntad, don Marcelino, pero le ruego de que se acuerde de que Lucinda es su hija.

-¡Bonita hija! Y se pone de punta con su padre, sin hacer caso de lo que le digo, y viniéndome con que ya tiene elegido el esposo de su corazón, y qué sé yo con qué otras algarabías. ¿Esa es la manera como has enseñado a tu hija a ser obediente y respetuosa?

-He tratado de educarla lo mejor que he podido, y creo que ha correspondido a mi solicitud, porque es una buena hija.

-¡Ya te digo que no vengas a defenderla! -exclamó furioso, don Marcelino-. Si la defiendes es porque tú piensas como ella... ¿De manera que ustedes se han confabulado contra mí, que soy la cabeza que Dios les ha dado? ¡Bonita cosa!

-Pero, don Marcelino -le observó la señora- ¿cómo puede decir que yo venga a contrariar su voluntad, cuando todavía no me la ha dado a conocer claramente?

Vaya pues: seré claro como el agua. Lo que quiero es que Lucinda olvide al tal Anselmo, con el cual no se casará mientras yo viva, y que acepte el marido que le tengo destinado como te lo dije el otro día... Quiero además que tú no le apoyes sus locuras, y que te valgas de toda tu influencia para lograr lo que deseo, porque si así no lo haces tomaré serias medidas... Por último, quiero que no me repliques una palabra, porque ya sabes que cuando digo una cosa ha de ser así, y nada más... Esto es lo que quiero.

-Para decirme esto no valía la pena de haberme llamado -contestó la señora mirando fijamente a su marido.

-¿Por qué? -preguntó éste.

-Porque si se llama a una persona, debe ser para saber su opinión, cualquiera que sea el negocio de que se trate, y mal se podrá saber la opinión de alguien si se le prohíbe que hable una palabra.

-¿Y te prohíbo yo que hables? Habla hasta cuando te dé la gana, mujer, con tal que seas de mi opinión.

-Eso es, ¿me prohíbe usted que le contradiga? ¿Es decir, no admite usted la discusión?... ¿A qué me llama entonces? ¿No encuentra usted demasiado importante esto del establecimiento de la niña?

-Es verdad; muchísimo: es asunto de conciencia.

-Se trata de la futura felicidad de nuestra hija.

-¿Digo lo contrario? De eso se trata, mujer. ¡De eso!

-¿Y cómo quiere usted que discutamos entrambos este negocio si principia por quitarme la libertad de hablar?

-¿Estás loca, Trinidad? No parece sino que yo te pusiera una mordaza en la boca. ¿Quién te ha quitado, mujer, la libertad de hablar? Al contrario, te dejo entera libertad para que discutamos este importantísimo asunto. Lo que solamente quiero es que no me contradigas.

-¡Graciosa libertad! -exclamó riendo la señora.

-¡Sí! ¡Sí! No quiero que me contradigas, porque no es bien visto que una mujer le falte, en tan grave punto, el respeto a su marido; y porque además, tengo formado mi plan para establecer a la muchacha como conviene a mi posición... Por lo demás ¿quién te pone candado en la boca?

-Conque, dice usted -le preguntó la señora-; que ¿ya ha tomado su partido?

-Irrevocablemente -contestó don Marcelino.

-Pues le diré a usted -replicó ella con energía-, que yo también he tomado el mío.

Dicho esto, se levantó de la silla y manifestó querer salir del cuarto. Don Marcelino no podía creer lo que estaba oyendo, porque aquella era la primera vez que su mujer le hablaba con tal energía. Temblando de cólera y mirando de pies a cabeza a su mujer, cuya mirada parecía desafiarlo, apenas podía el irritado viejo articular una palabra; y aun habría llegado a cometer algún desacato si la presencia del padre no lo hubiese sujetado. Tratando, pues, de dominarse, y con la voz entrecortada por la cólera, dijo:

-¿Es verdad lo que veo? ¿Conque te atreves a amenazarme a mí?... Siéntate ahí... yo te mando que te quedes aquí. No quiero que te vayas todavía, porque tengo que decirte muchas cosas... ¡Sí! ¡Muchas cosas!

-Oiré de pie -contestó la señora con firmeza-. ¿Qué cosas me tiene usted que decir?

-Antes de todo, dime ¿cuánto tiempo ha que no te confiesas?

No pudo menos de reírse doña Trinidad, al oír la necia pregunta de su marido, quien cuando entraba en cólera se ponía aún más necio que de costumbre.

-No sé qué objeto tenga esa pregunta -dijo ella.

-No hay necesidad de que tú lo sepas: basta que lo sepa yo -dijo don Marcelino apretando los puños-... Aunque por otra parte, no necesito que me digas que hace mucho tiempo que no frecuentas los sacramentos, porque eso se echa de ver por encima... El mal te sale a la cara, y lo veo ahí pintado... ¡A mí no me engañas, hijita! ¿Crees que yo soy un tonto de amarra?

-No diré eso jamás de mi marido -contestó la señora con dignidad.

-Y no tendrías razón para decirlo, porque ya me conoces que no soy de los que se chupan el dedo. ¡Caramba! En lo *gallita* que estás, conozco el pecado, y aun podría decirte cuánto tiempo ha que faltas al confesonario. Te he penetrado hasta el fondo.

-Muy bien puede ser, don Marcelino; pero...

-¡Dale con tus peros! Contéstame francamente: ¿A que hace más de dos meses que no te confiesas?

-¡Ya lo va a echar todo a perder este imbécil! -refunfuñó el padre allá en su escondite.

La señora no contestó una palabra, sino que bajó los ojos confusa. Se avergonzaba por su marido.

-¿He dado en el *quid*, eh? -prosiguió éste con marcada satisfacción-... Para que veas si tengo penetración o no...

-Pero esta vez se ha engañado usted -contestó doña Trinidad-, -86- porque no hace una semana que me confesé... Sin embargo, no comprendo todavía por qué...

-¿No hace una semana? ¿Entonces miente el padre Hipocreitía?

La cortina se agitó suavemente.

-No es eso, no; sino que quería decir, que como tu confesor no ha estado este tiempo aquí...

-No tengo nada que ver con el padre Hipocreitía -dijo la señora.

-¿Con que nada tienes que ver con tu confesor?

-No es ya mi confesor... He tomado otro.

-¡Esta sí que es buena! Y, ¿cómo te has atrevido a mudar de confesonario sin mi permiso? ¿No sabes que la conciencia de una mujer es lo que más interesa a un marido? ¿Con quién te confiesas ahora?

-No creo necesario decírselo, don Marcelino: es cosa que mi mismo confesor me ha dicho.

-Pero ¿por qué has dejado al padre Hipocreitía?

-Se lo diré francamente: porque no me gustaba.

-¡Y te gusta ese otro que tal vez será más liberal! ¡Ya se ve cómo el santo padre Hipocreitía te aconsejaba para tu bien...!

-A pesar de su santidad, estoy muy contenta con haberlo dejado...

-¡Buenos serán los consejos que te da tu nuevo confesor! ¡Se echa de ver en el aprovechamiento!... Pero volvamos a la cuestión. ¿Has consultado el asunto con tu nuevo director? ¿Te ha mandado, por acaso, que me desobedezcas?

-Sí, don Marcelino; lo he consultado detenidamente -respondió ella.

-¿Y qué te ha dicho?

-Que es una iniquidad casar a la niña con un hombre a quien no quiere. Eso me ha dicho.

-¡Me gusta el confesorcito! Pues te prohíbo expresamente que sigas confesándote con él. ¡Caramba con el confesorcito!

-También me ha dicho que si hacemos fuerza a nuestra hija para que tome estado contra su voluntad somos ambos culpables de los males que puedan sobrevenir por esta causa.

-¡Ya, ya, ya! ¡Ese sí que es confesorcito! ¡No te confesarás más con él, o yo no me llamo don Marcelino de Rojas!

-En fin, me ha aconsejado él cómo debo portarme en este delicado asunto, y estoy resuelta a...

-Estás resuelta, ¿eh? ¡Buena alhaja de confesor! ¡Veremos lo que te vale estar resuelta!

-Estoy resuelta a obrar según sus sabias prescripciones, porque todo cuanto me ha dicho es la pura verdad -dijo con firmeza la señora.

-Conque, ¿estás decidida a seguir esos consejos y rebelarte contra mi autoridad, cuando debes tener entendido que nadie puede contradecirme en mi casa, sin faltar a lo que la religión ordena y manda? Sabe -prosiguió con calor don Marcelino-, que si obras de ese modo vas a ser el verdugo de tu hija.

-¿Yo?

-Sí, tú; porque el marido que quiero darle no es un cualquiera de esta tierra...

-¿Y quién es entonces?

-¡Es un noble! -dijo don Marcelino, acentuando sus palabras-. Un noble, caballero de Santiago, de la encumbrada familia de los Sandoval y Rojas, Oyarzún del Pozo Hondo, y qué sé yo cuántos otros apellidos, que nos hace la honra de venir de España a emparentarse con nosotros... Mira si tendré razón para preferirlo a ese otro mozalbete de Anselmo Guzmán... ¿Sabes tú lo que son estos Guzmanes de Chile? Ellos se creen parientes de Santo Domingo; ¡pero, qué engañados están! A estas Américas no han

venido sino muy pocas familias nobles... Bastantes veces me lo ha repetido el padre Hipocreitía... Fuera de que el mocito pertenece en cuerpo y alma a los malditos pipiolos... Es de los pelagianos que hiede a azufre desde lejos... Mientras que el señor don Melitón Canales de la Cerda, Sandoval y Rojas, es un caballero, cristiano a las derechas, que ha merecido la confianza de la Santa Compañía de Jesús, emparentado con las primeras familias de la corte, y que habla con S. M. el rey en persona, cada y cuando se le antoja... Con el mismo rey, ¿entiendes? ¡Atrévete ahora a oponerte a la felicidad de nuestra hija y al engrandecimiento de nuestra familia, mujer sin conciencia ni temor de Dios!

Calló don Marcelino, creyendo haber dado el golpe de gracia a su mujer. En cuanto a ésta, que no tenía otra mira que la verdadera felicidad de Lucinda, contestó tranquilamente:

-Aun cuando mi hija fuese pretendida por un príncipe, no daría buenamente mi consentimiento para que la casaran contra su voluntad.

-¡Por la Virgen del Pilar! ¡Qué mujer tan *empecinada*! -exclamó con nueva cólera don Marcelino, apretando los puños.

-Dígame usted -prosiguió doña Trinidad-: si se tratara de mí, me sacrificaría de buena gana por alcanzar la paz del matrimonio. ¡Ah! usted no debe echar en olvido que toda mi vida ha sido un constante sacrificio, ni tendrá jamás nada que echarme en cara a este respecto. Pero se trata del porvenir de Lucinda, y le prometo a usted (porque yo no puedo mentir) que haré cuanto de mí dependa por verla establecida con el hombre a quien ama.

-¡Calla esa boca! -le interrumpió furioso el marido, alzando sus puños en actitud de amenaza-, porque si no...

-Ya esto es demasiado, don Marcelino. No abuse usted de mi mansedumbre. Hasta aquí he sufrido con resignación -prosiguió la señora-; pero si usted se propasa a cometer un desacato, me veré en la dura necesidad de poner esta circunstancia en conocimiento de mi primo don Ramón, que es aquí mi único apoyo.

La señora hacía alusión al general don Ramón Freire, su pariente cercano.

-Y ¿qué importa don Ramón, ni cien Ramones de su laya? -dijo más y más furioso, don Marcelino-. ¡Basta que sea de los herejes para que lo aborrezca!... Verás tú, si el tal don Ramón tiene más poder que yo sobre mi hija.

-Ya que a nada se puede arribar, me retiro -dijo la señora saliendo de la pieza.

-Vete a donde se te antoje -le contestó don Marcelino con un ademán tan grosero como las palabras que empleaba.

Enseguida empezó a pasearse por el cuarto, tan ensimismado en su pensamiento que se olvidó enteramente del padre Hipocreitía. Éste, viendo que habían vuelto a quedar solos,

salió de su escondite, y acercándose a don Marcelino le tocó en el hombro como para despertarlo de su preocupación que lo tenía medio fuera de sí.

CAPITULO XV

Dar consejo al que lo ha menester

«Las niñas en la ventana,
son niñas que están en venta,
que, sin decir nada, dicen:
¿quién compra? ¡Aquí está la tienda!»
-(ZAMACUECA.)

-¿Qué le parece? -preguntó al padre... ¿Ha visto mujer más irreducible? Ha visto...

-¡Chit! ¡Chit! -le interrumpió el jesuita poniéndose el dedo en la boca-. No conviene hablar tan recio, amigo mío.

-Tiene razón su paternidad; pero no soy dueño de mí... Esta mujer tiene el diablo dentro del cuerpo.

-Veremos modo de sacárselo -contestó el fraile-; pero conviene obrar con prudencia. Ahora sé lo que quería saber... Ya presumía que ella habría cambiado de confesor, porque no es mujer que pueda permanecer sin confesarse por más de una semana. Lo importante es saber cuál es su director, y lo sabré.

-Ya ve que no ha querido decirlo.

-Pero a mí me costará poco saberlo.

-Indáguelo su paternidad... ¿Qué clase de confesor será ese? Debe ser un... Dios me perdone. ¡Pero, qué consejos! ¡No, no! No debe seguir dirigiendo a mi mujer, porque me la ha puesto tan díscola, que yo mismo no la conozco. ¡No es nada! Se ha negado de redondo a obedecerme... Ya la ha oído su paternidad -prosiguió don Marcelino, meneando la cabeza...- ¿No le decía que no hay mujer que no tenga revés y derecho? Ahora soy el portero de mi familia... Soy como el chiquillo de la cocinera... Soy como...

-Cálmese, amigo mío -le dijo el padre-: acuérdesese de que con la paciencia se gana el cielo.

-Pero, padre, por Dios: ¿Cómo quiere que tenga paciencia cuando esta maldita mujer ha dado al traste con la poca que me quedaba?

-Son pruebas con que Dios se manifiesta a los que lo aman, don Marcelino. Tranquilícese usted, no pierda el mérito...

-Dice bien, su paternidad: estas son pruebas -dijo el viejo-, cuyo amor propio había sido halagado por las artificiosas palabras del fraile.

Y como nada hay que modifique con más presteza los pensamientos humanos, ni que haga variar más repentinamente nuestro modo de ser actual, que las insinuaciones hechas con destreza al amor propio, el necio don Marcelino se calmó como por encanto, porque se creyó en aquel momento el objeto especial de la atención de Dios.

-Es cierto, padre mío -dijo mirando al cielo-: estas son pruebas que me envía su Divina Majestad, para probarme...

-A las cuales es preciso resignarse.

-Si, ya estoy resignado; pero si la muchacha me desobedece la meto en un convento, y si sigue con su porfía, la desheredo, como tres y dos son cinco. ¿No le parece, padre mío, que esto es obrar cristianamente?

-Cabal -dijo el padre dando un suspiro-, aunque la cosa es dura de hacer.

-Para mí no hay nada duro, con tal de conseguir que las cosas anden derecho.

-Santo y justo: ¿Y si la ley le prohíbe a usted el desheredar a su hija?

-Es verdad, no había pensado en esto -dijo el cruel viejo poniéndose el dedo en la frente, como reflexionando sobre el modo de vengarse de su propia hija, hasta después de su muerte.

Estuvo así por algunos momentos, mientras el padre lo miraba de un modo particular.

-Yo creo que hay un medio -dijo éste-, de salvar esta dificultad.

-¿Cuál es ese medio?

-No quisiera decírselo a usted porque yo no tengo interés ninguno en que la niña se empobrezca. Le decía solamente porque es un deber dar consejo al que lo necesita.

-¡Oh, padre mío!: yo he menester de sus consejos. ¡Su paternidad sabe cuánto los estimo!

-Y además, de que recibiendo la niña su herencia legal, como al fin y al cabo puede llegar a casarse con Anselmo...

-Sí: y el pipiolillo se reiría de mí después que me echen la tierra encima, y gastará mis capitales, que me han costado mi sudor y trabajo... Vaya, padre de mi alma, dígame ese

medio que a usted se le ha ocurrido, porque no puedo pensar a sangre fría que mi dinero pase a poder de un pipiolo hereje, ¡que sabe Dios el mal uso que hará de él!

-Mientras que en un buen poder podría servir en bien del prójimo, y a la mayor honra y gloria de Dios -dijo el padre con cierto entusiasmo.

-Así es, por eso me había encantado la idea de casar a la heredera de mis riquezas con ese santo hombre de don Melitón.

-¡Oh! En poder del señor Sandoval sus riquezas quedarían ganando un crecido interés, para bien del alma de usted... Esto es, amigo mío, como si usted hubiera trabajado para fomentar la religión.

-¡Ah, mi padre! ¡Es la pura verdad!

-Para multiplicar el número de los que adoran al Crucificado.

-¡Padre mío!

-¡Y cada infiel, convertido con su dinero, sería una nueva obra debida al trabajo de usted, porque, en verdad, que esto es como si usted trabajase después de muerto por la propagación de la fe y por la honra y gloria de Dios!

-¡Ah! No me hable de ese modo, padre de mi alma -dijo don Marcelino-, porque eso es para que sufra más al ver el peligro que corre el fruto de mi sudor y mi trabajo, de ser mal empleado por manos profanas... ¡Oh! -prosiguió con exaltación-: estoy por hacer mi testamento a favor de don Melitón.

-Pero ¿qué dirían las gentes? -observó el padre, aparentando un falso escrúpulo.

-Que digan lo que quieran ¿No soy dueño de lo mío?

-Además, la ley se lo prohíbe, como le dije antes... Si se tratara de una donación inter vivos, ya sería otra cosa, y usted estaría en su derecho.

-¿Cómo dice, su paternidad?

-Tal vez he dicho demasiado -dijo el padre, como temiendo hablar...- No quiero que se diga que yo he tratado de inducirlo a vengarse de su hijita.

-Hable no más, padre mío: a mí nada se me ocurre. Estas mujeres me tienen la cabeza echada a perder.

-Hablo solamente por cumplir con la obra de misericordia, de «aconsejar al que lo ha menester»... Su dolor paternal me interesa sobre manera... usted puede donar lo que quiera antes de morir.

-¿Ese es el medio de que me iba a hablar antes?

-Ese mismo, pero ya le digo a usted se ha menester de calma para estas cosas, porque muy bien puede arrepentirse después.

-¡No, no! Yo soy hombre de carácter, y nunca me arrepiento de lo que hago. ¡Nunca!

-¿Decía su paternidad que...?

-Decía yo; que muy bien puede usted hacer donación de una parte de sus bienes en favor de quien quiera.

-Es decir ¿dar desde luego mis haciendas? ¡Padre mío! Eso es para pensado, y bien pensado... Después de muerto ya es diferente; pero deshacerse así no más de una renta, es algo duro, padre de mi alma.

-Yo no digo que usted se deshaga de todas sus rentas, porque esto sería un suicidio... Hablaba solamente de la donación de una haciendita, por ejemplo... Sin embargo, como esto no pasa de ser una simple conversación, pues no tengo voluntad de hacer ningún mal a Lucinda ni a doña Trinidad, a quienes estimo verdaderamente...

-Después hablaremos de eso, padre. Yo lo pensaré y lo consultaré con la almohada, como decía mi abuelo.

-Entonces, me retiro... ¡Ah! Y se me olvidaba una cosa que tenía que prevenir a usted.

-¿Qué cosa? Hable, padre.

-Es una advertencia que en conciencia debo hacerle...¿Me promete usted no exaltarse y obrar con toda cordura?

-Como si se tratara de una confesión, padre mío. Hable, su paternidad.

-Dígame antes de todo ¿cree usted positivamente que Anselmo no visita a Lucinda?

-¡Qué la ha de visitar! ¡Lo he echado de mi casa con cajas destempladas!

-Sí, pero...

-Estoy seguro de que el pipiolillo no ve a la niña sino desde lejos, en la iglesia, porque yo siempre la acompaño a misa.

-No: le hablo de las visitas aquí, en su casa.

-¡Visitas aquí! Estaríamos en bien que viniera, después de haberlo arrojado ignominiosamente... Se pasaba de sinvergüenza.

-Ya usted sabe que los pipiolos son porfiados.

-Sí, padre; son como una mula -dijo don Marcelino-. Pero a porfiado no me gana nadie. Y yo le prometo que no verá más a Lucinda en mi casa.

-Pues es el caso de que la ve -dijo el padre.

-No lo crea, su paternidad.

-Lo sé de buena tinta, amigo mío, ¡por esto he creído deber advertírselo! Es un deber de conciencia.

-Cómo, ¿por quién lo sabe su paternidad?

-Eso es cosa seria. Se cuenta el milagro, pero no se dice el santo -contestó el fraile sentenciosamente-. Es cosa que he averiguado en una confesión.

-Pero ¿cómo puede ser eso?

-No solo se ven, sino que se hablan casi todas las noches, por las ventanas de la calle.

-¡Ah, picaronaza! -exclamó don Marcelino-; ¡y tal vez la Trinidad protege esas entrevistas! ¡Permitir a su hija que hable por las ventanas! O tal vez que... ¡Vaya! Mujer en ventana, mujer en venta, decía mi abuelo.

-No hay que dudar eso -dijo el padre, sorbiendo una narigada de rapé.

-¡Yo no lo dudo! -exclamó el irritado viejo-. ¡Permitir que una hija hable con su galán por las ventanas! Y quién sabe si de palabrita en palabrita, de mirada en mirada, y de suspiro en suspiro, se pasan a cosas mayores.

-No digo eso yo -interrumpió el padre, guardando su caja en el bolsillo.

-¿Entonces su paternidad cree, que solo las miradas, los suspiros y las palabras, pueden pasar por entre las rejas de una ventana? ¡Ah, padre mío! -prosiguió don Marcelino, cuya exaltación iba en aumento con las diestras insinuaciones y contradicciones del jesuita-; en esto sé yo más que su paternidad. ¿No ve que soy lego, y he pasado mi vida en el siglo?

Sonriose el padre, y dijo:

-No ignoro, amigo mío, que siendo el honor de una niña, una cosa tan delicada, nunca están de sobra las mayores precauciones; pero yo decía que conociendo como conozco a doña Trinidad, no creo que...

-¡Yo sí que lo creo todo! -interrumpió don Marcelino dando un puñetazo sobre la mesa-. Pero, dígame su paternidad ¿está seguro de que ha habido esas entrevistas?

-Como que me he de morir.

-¡Yo me cercioraré!

-Nada más fácil: mañana mismo puede usted cerciorarlo, pasando a eso de las diez de la noche por enfrente de las ventanas.

-¡Ah, mujeres! ¡Ah mujeres ventaneras! ¡Pero ya se ve! ¡Como yo me acuesto tan temprano, hacen lo que quieren estas *empecinadas*! Más yo averiguaré la verdad; y si el caso es cierto, le prometo hacer la donación. ¡Se lo juro!

-Amén -dijo el padre levantándose para retirarse.

-Habrase visto mayor desvergüenza -decía don Marcelino paseándose a largos trancos por el cuarto-. ¡Haberme burlado aquí, en mis barbas! Pero yo les preguntaré cuántas son cinco...: Veremos.

-En todo caso, es preciso obrar con prudencia, amigo mío.

-No tenga cuidado su paternidad. Ya me conoce que soy prudente.

-Entonces, adiós -dijo el jesuita.

-Adiós, padre mío -contestó don Marcelino besando la mano del fraile-. Encomiéndeme en sus oraciones.

-Así lo haré; pero no eche usted en olvido que todo cuanto le he dicho no nace de otra cosa que del interés que me inspira usted.

Agradezco sus bondades. Dios le pagará... Mientras tanto, salude a mi nombre al señor don Melitón:

-Lo haré como lo ordena -contestó el padre, saliendo a la calle por una puerta escusada que don Marcelino abrió con una llave de su uso exclusivo.

CAPITULO XVI

Donde el curioso lector hará conocimiento con don Cándido de la Rueda y doña Estrella Clavijo

«En pago de mis amores,
Flor de gracias peregrinas,
Tocan otros tus primores,
Y yo solo tus espinas»

En cuanto el reverendo se encontró en la calle cambió repentinamente de aspecto; y dejando dentro del cuarto de don Marcelino el aire preponderante con que dominaba a éste, se caló una fisonomía mediatibunda, con cierto barniz de compunción, que era la que solía usar en público. Arreglose el hábito; enderezose la capilla; contrapesose la cuerda; requirió el bastón que nunca le hacía falta, y con grave continente, echó a andar por la calle de la Compañía. Al pasar por enfrente de esta iglesia, cuyos antiguos claustros estaban sirviendo de colegio principal de la república, el padre hizo un gesto de notable desagrado; pero luego su cara volvió a su normal y pacífica actitud. ¿Por qué le sucedió esto al padre? No lo dice expresamente la historia. Lo único que hemos podido averiguar en las antiguas crónicas es que jamás pasaba por allí su reverencia sin que se le contrajese el semblante.

Atravesando iba la plazuela, cuando se encontró en medio de ella con un caballero. Iba éste acompañando a una señora, y ambos debían ser muy amigos del padre, pues en cuanto lo vieron, se fueron derechamente a él, y lo saludaron con muestras del mayor respeto y cariño, saludo que fue cumplidamente devuelto por el padre.

Era el caballero un hombre como de cuarenta y cinco años, alto, gordo, un poco barrigón, de cara bonachona, rechoncha, colorada, mirada sin expresión, y de esas fisonomías vagas que, aunque muy móviles, nada significan a primera vista, porque fuera de la vaciedad, nada más tienen que significar. Iba vestido de pantalones de brin, zapatos gruesos, una polaca de casimir a cuadros, chaleco de seda, camisa con valonillas muy ajadas, corbata lacre y sombrero de pita guarapón.

En cuanto a la señora que lo acompañaba, aunque no era bella, tenía sin embargo un semblante simpático, y en sus ojos, así como en toda su expresiva fisonomía, demostraba el carácter resuelto, y un si es no es atrevido de que estaba dotada. Su vestido era mucho más rico que el de su marido. El camisón de seda a bastones de arriba abajo era estrechísimo, de manera que apenas tenía poco más de la anchura necesaria para dar el paso, y estaba redondeado por la varilla interior que rodeaba las caderas, desde donde bajaba casi sin pliegues a besar discretamente el empeine de un lindo pie, cubierto con zapatos recortados, adornados de hebillas de acero y terminados en punta. La cortedad del camisón permitía que al andar se viese no solo las medias caladas y el blanquísimo fustán interior, sino las cintas azules de los atacados, que serpenteando simétricamente en torno de la bien formada pierna se oculta tan debajo del vestido. El corpiño de éste era estrecho, así como las mangas que llegaban hasta la muñeca, todo lo cual se adivinaba solamente debajo de la gran punta o pañolón de terciopelo. Por último, el tocado de la señora, que hoy parecería extraño a nuestras elegantes, consistía en tres grandes crespos llamados castañas, sobre la frente, y en una gruesa trenza negra envuelta en forma de moño, sobre el cual descollaban las primorosas caladuras de una gran peineta de carey, medio cubierta con un velillo negro que caía graciosamente sobre el hombro izquierdo.

Después de esta ligera descripción, solo nos falta advertir que todos los crespos, trenzas y enortijados de la matrona eran hechos de sus propios cabellos, y sin que ningún habitante del cementerio tuviese que echarle en cara la menor profanación de sus mortales restos. Pero como nuestro carácter de historiador nos obliga a decir la verdad en todo y por todo, debemos advertir que las *chapas* de colores de que los carrillos de la señora estaban cubiertos provenían del sumo lacre de cierta planta que crecía en su jardín, llamada *penacho*.

Tal era la pareja con quiere se había encontrado el padre.

-¡Dichosos los ojos que ven a su paternidad! -exclamó el caballero sacudiendo las manos del fraile.

-Por usted se puede decir, mi señor don Cándido -respondió el jesuita correspondiendo al saludo con aparente cordialidad-. Y no solo por usted lo digo, sino también por mi señora doña Estrella, cuya luz deseamos siempre ver sus verdaderos amigos.

Iba a contestar la señora, cuando don Cándido interrumpió:

-Piano, piano, mi padre: ya su paternidad sabe que yo soy celoso y no permito que en mis propias barbas...

-¿Quieres callarte? -dijo doña Estrella a media voz.

-Tiene usted razón para estar celoso, en atención a la importancia del tesoro que posee -agregó el padre, pues sabía que nada estimaba tanto don Cándido como el que le encontrasen bonita a su mujer.

-Y sin embargo -replicó don Cándido-, esta mujer encuentra extraños mis celos como si un hombre como yo pudiera ver a sangre fría el que todo el mundo se quede mirándola cuando salimos de paseo.

-¿Estás en tu juicio, hombre de Dios? -volvió a decir la señora entre enojada y risueña-. ¿No ves que estás molestando con tu charla al reverendo padre? Dispénselo su paternidad.

-Yo lo absuelvo del pecado de los celos -repuso el padre sonriendo maliciosamente-; pero no creo que tenga razón para temerle a esas miradas de que habla.

-¿También, su gravísima paternidad, gusta de la broma? -preguntó doña Estrella con un tono seco que contrastaba con la sonrisa de sus labios de coral.

-Es que no solo son miradas, sino palabras -volvió a decir el porfiado caballero.

-Pero esas miradas y esas palabras son dardos que se rompen en la impenetrable coraza de la virtud -dijo el padre.

-¡Oh! En cuanto a eso no digo nada -repuso don Cándido-. Y además -agregó bajando la voz-; como yo sé hacerme respetar y me sostengo dignamente en mi puesto de jefe de la familia nadie se atreve a mayores... fuera de que Estela me adora... Pero ya le digo, mi padre: esas palabras zalameras dirigidas a ella me hacen salir de mis casillas; porque en puridad de verdad ¿será bien que un hombre como yo se case con una mujer linda para que otros se recreen con su belleza, y cosechen sus miradas y sonrisas, no quedándole al marido sino los rastros? Esto no es decir que Estelita me trate mal: ¡eso sí que no! Pero... Figúrese su paternidad...

-Marchemos, Cándido, que ya es tarde -interrumpió bruscamente la señora.

-Dígame su paternidad -prosiguió don Cándido sin atender a las insinuaciones de su esposa-, dígame si un marido de mi delicadeza podrá oír a sangre fría expresiones como éstas, dichas a media voz: «¡Qué estrella tan luminosa!» «¡Es una estrella que lleva dos estrellas en la cara!» Y otras expresiones más quemantes todavía... ¡Oh, padre! ¡Estoy por cambiarle el nombre a mi mujer!

-Apruebo su determinación -dijo el padre-, pero con una condición...

-¿Cuál es? -dijo prontamente el señor de la Rueda.

-La de cambiarle el nombre de Estrella por el de Sol, que le cae mejor.

-¡Ah, padre Hipocreitía! ¡Padre Hipocreitía! -exclamó don Cándido riendo con la más feliz bonhomía del mundo, mientras que la señora trataba de arrastrarlo del brazo para proseguir la interrumpida marcha-. ¡Ah, padre! ¡Sabe que su paternidad ha errado la vocación!

-Adiós, mi reverendo padre -dijo a esta sazón la señora asiéndose del brazo a su marido, el cual tuvo que seguirla a su pesar.

-Beso a usted la mano, mi señora -respondió el padre.

Don Cándido había dado uno o dos pasos compelido por su esposa, cuando la dijo con cierto aire de afectada autoridad:

-Vamos, Estelita, vamos: es preciso que lleguemos pronto a casa de mi compadre Marcelino.

-De allá vengo yo ahora -agregó el padre.

-Y nosotros vamos para allá, porque Estelita recibió esta mañana un recado de mi comadre Trinidad, pidiéndola que la fuera a ver, previa mi venia marital se entiende... Ya voy mujer: mira que me desencajas este brazo... Adiós, mi reverendísimo amigo: no se pierda su paternidad de mi casa.

Y mientras el padre le sacudía la mano, prometiéndole hacerle una visita cuantos antes pudiese, don Cándido le decía al oído:

-Mire su paternidad si yo sé tener a raya a la mujer. He prolongado la conversación de propósito para probarle que debemos marchar cuando yo, su jefe, dé la voz de mando, pues de otro modo...

No alcanzó a concluir don Cándido, pues tuvo que obedecer a la última y más enérgica insinuación de doña Estrella, que se lo llevaba a remolque, mientras el padre se alejaba paso a paso murmurando entre dientes:

-¿Para qué habrá enviado a llamar, doña Trinidad a doña Estrella? Tal vez para pedirle consejo sobre el asunto del matrimonio. El imbécil de don Cándido me lo dirá todo... Es preciso seguir cultivando su amistad.

Al mismo tiempo doña Estrella decía a su marido:

-Si no te separo de allí a la fuerza, habrías seguido ensartando disparates.

-Tú tienes la culpa -respondió secamente don Cándido.

-¿Yo?

-Sí, tú la tienes, porque nunca esperas a que yo, como cabeza que soy tuya, dé la voz de mando, sino que te metes a decir: ¡vamos! Cuando soy yo quien debe dar la orden de marcha.

-Es que tú no sabes nunca cuando estás demás en una parte.

-Te doy de barato que así sea; pero en tales casos, un apretoncito de brazo, una señita cualquiera bastan para que yo me acuerde de dar la orden. ¡De otro modo, no se conoce quién tiene los calzones; y ya tú sabes que soy muy delicado en esta materia!

-Déjate de tonterías y apresura el paso.

-¡Sí! -prosiguió don Cándido apurando el paso sin quererlo-. ¡A ti te parece que es cosa hacedera esto de llevar como de reata a un hombre de mi temple! ¡No, Estela, no! Ya te lo he dicho mil veces: Yo me conservaré siempre en mi puesto de marido.

-Y ¿pretendo yo por acaso convertirme en mujer? -preguntó la señora riendo.

-Eso es lo que pretendes; y si no, acuérdate de lo que hiciste esta mañana. Mi comadre Trinidad te envió a llamar, y tú le contestaste con la criada que irías. Enseguida te pusiste a hacerte los crespos y te calaste tu peineta alta: todo ello sin consultarme una palabra, como si yo no fuera el jefe de la familia.

-Y ¿cómo no me hiciste ninguna observación cuando te dije que debíamos venir a casa de mi comadre?

-Porque me pillaste en mi hora de condescendencia. Yo soy así.

-Pues si te parece mal esta visita, volvámonos a casa -dijo la señora con acento de disgusto.

-¿Dígame por acaso que me parece mal? No, hijita, no. ¿Crees que yo soy un niño para permitirte volver a casa después de haber salido de allí? Eso sí que no, Estelita. Vamos andando -prosiguió con acento resuelto y autoritario-. Es preciso tener carácter, hija mía. ¿Piensas tú que yo me he casado para que mi mujer me gobierne?

Y don Cándido lanzó sobre su esposa una mirada tan ridículamente autoritaria, que la señora no pudo contener una estrepitosa carcajada.

-¡Sí! -prosiguió el caballero-: ¡tú lo quieres componer todo con echarlo a la risa, como si la descompuesta risa de una mujer se pudiera avenir con la dignidad de un marido que sabe hacerse respetar!

-¿Conque se opone a la dignidad el que yo me ría? -le preguntó la señora sin poder contener su hilaridad.

-¡Dios me libre de las mujeres que andan mostrándoles los dientes a todos cuantos ven! - exclamó con dolorida voz don Cándido, al mismo tiempo que se apretaba la cabeza con ambas manos sin acordarse de que estaba en la calle.

-¡Vaya, pues! -dijo la señora formalizándose de repente-; no me reiré más, ya que mi risa te desagrada.

-¿Te digo eso por acaso? Al contrario, tu risa me agrada, cuando es *para mí*; pero no cuando es *de mí*.

-No te entiendo -respondió ella con tono brusco y poniéndose más formal todavía.

-¡Ah! ¡Las mujeres no entienden nunca a sus maridos! Mira, Estelita -prosiguió don Cándido dulcificando su voz-; óyeme: hay risas de risas, y miradas de miradas. Cuando una mujer prodiga a todo el mundo sus dulces sonrisas, y guarda las carcajadas para su marido; entonces éste salta como un alacrán; y así debe ser, mayormente si él es un hombre que sabe mirar por su dignidad.

-¡No seas tonto, hombre de Dios!

-¡Qué no sea tonto! Precisamente porque no lo soy trato de conservar incólume la dignidad de jefe del hogar doméstico. Ya te he dicho una y otra vez que yo no me he casado para que los demás cosechen las sonrisas, las miraditas, los buenos modos y las

palabritas sabrosas de mi mujer, quedándome a mí nada más que las carcajadas, las formalidades, las *murrias*, y sobre todo, la responsabilidad social con que tiene que cargar el jefe del hogar doméstico. ¡Bonito negocio es éste en que el socio responsable se queda al fin con la pala y la horqueta! ¿Es *caridad* que se haga esto con hombres de pro?

-Mira, Cándido, no sigas hablando más disparates, porque eso sí que no es caridad.

-¡Mejor que mejor! No ha mucho que me aconsejabas *que no fuera tonto*: son los consejos que las mujeres dan a sus maridos. Ahora has remachado el clavo, advirtiéndome que no siga hablando disparates. Las mujeres se lo valen para remachar el clavo. ¿Conque te parece disparatado el evangelio que te canto? ¿Y he de ver a sangre fría, el que los barbilampiños te requiebren por la calle?

-¿Y tengo yo la culpa de esos necios requiebros? -preguntó la señora sonriéndose a su pesar.

-¡Esta es otra! -repuso don Cándido-. ustedes no tienen nunca la culpa de nada. Las miran, las remiran; les dirigen palabritas coloradas, que las hacen ponerse coloradas, pero no de sonrojo... y sin embargo, ellas no tienen nunca la culpa, ¡como si los requiebritos no nacieran siempre de algo!

-Entonces yo he de ser responsable de...

-¡Eso si que no! -interrumpió don Cándido vivamente-. ¡El socio responsable soy yo! Tengo hipotecados a favor de la sociedad conyugal, no solamente mis estancias, sino también mi honor. Mira, Estelita ¿quieres que te diga una cosa?

¿Qué cosa?

Oye -dijo el caballero tocándose la frente con la mano derecha-: ¡clávame aquí a la mujer que no tenga la culpa!

¿Y no excepcionas a ninguna?

-Toda regla tiene excepciones, y tú eres madre de ellas -respondió don Cándido, dulcificando el tono de su voz (que era por donde concluía siempre) para desenojar a su cara mitad-. Yo hablo en general, y no lo decía por ti, pues te conozco bien. Por eso fue que no le puse mala cara al padre Hipocreitía, cuando empezó con sus zalamerías a decirte que eras el sol, la luna y qué sé yo qué más.

-Pero, Cándido, por Dios, ¿y puedes creer que un sacerdote diga esas cosas con mala intención?

-También los sacerdotes saben jugar a dos *intenciones*, -respondió don Cándido, moviendo la cabeza-. Y advierte, esposa mía -prosiguió bajando la voz-, que nunca es más terrible el diablo que cuando está disfrazado de santo, para lo cual se suele meter

dentro de una sotana... Pero dejemos esta conversación... Hasta ahora, tú no me has dicho ¿para qué te ha menester mi comadre Trinidad?

-No lo sé -respondió doña Estrella-; pero presumo que será para hablarme sobre algunas de las tonterías que su marido hace diariamente.

-¡Tonterías! ¿Cómo te atreves a decir eso de mi compadre?

-Confieso que dije mal al decir «tonterías.» Debería haber dicho «brutalidades.»

-¡Mejor que mejor! ¡Miren no más las mujercitas de estos tiempos! Se juntan para hablar de las tonterías y brutalidades de los maridos.

-La culpa es de los que cometen esas brutalidades.

-Pero mujer: ¿está puesto en razón que te pongas a hablar contra un marido que es la cabeza de la familia, cuando debieras enseñar a mi comadre a respetar la santa autoridad marital?

-La autoridad de un necio no es autoridad -respondió secamente la señora.

-Pero no sabes que el mismo Dios por boca del apóstol San Pablo les dice a ustedes: «mujeres, estad sujetas a la potestad de vuestros maridos.»

-¿Acaso mi comadre no es un modelo de mansedumbre?

-Ya lo sé -respondió don Cándido mirando a su esposa de una manera particular, que quería decir: ¡Ojalá tú te le parecieras!

-Y si sabes eso ¿por qué apoyas siempre a don Marcelino?

-Para defender el principio de autoridad marital. Nosotros somos los jefes de la casa, y ustedes no tienen más que agachar la cerviz como dice el apóstol...

-No hables más disparates -le interrumpió la señora-, y camina más aprisa porque quiero hablar luego con mi comadre.

Los dos esposos, don Cándido de la Rueda y doña Estrella Clavijo, prosiguieron de este modo su plática y su marcha hasta la casa de don Marcelino de Rojas, en donde los dejaremos para seguir al reverendo Hipocreitía, por pedirlo así el buen orden y claridad de la historia.

Marchaba el santo religioso por la calle de la Compañía, haciendo y devolviendo cortesías a los innumerables amigos que encontraba. Pasando por la plaza de Armas, entró en la calle de la Merced, y llegando a la de las Claras, dobló hacia su derecha, y se dirigió a este convento de monjas. Desayunó allí con una taza de chocolate, que la madre

abadesa le hizo servir, y se dirigió a la iglesia; para confesar a dos o tres monjas y resolver las dificultades de otras que en las rejas del confesonario le esperaban. Dos horas pasó allí perdonando pecados, resolviendo dudas, y deshaciendo escrúpulos y cuando hubo terminado se levantó, y con paso firme y grave, salió del templo para dirigirse a su convento. El padre estaba en aquel día de suerte, porque no bien hubo llegado a la alameda, cuando vio que iba por la vereda una mujer que creyó conocer.

Era ésta una vieja que iba acompañada de un muchacho como de catorce años de edad, y ambos llevaban sendos azafates llenos de dulces y de mil golosinas confitadas, y cubiertos con papeles calados.

-Creo que esta vieja es de casa de don Marcelino -se dijo el padre-. ¿Adónde irá? ¡Es seguro que ese regalo es para el confesor de la señora!

Dicho esto, acertó el paso y dejó que el par de criados pasara adelante. La vieja marchaba más que de prisa, y el muchacho la seguía como de mala gana, nada contento con el peso que llevaba, por lo cual ella lo incitaba a marchar más de prisa. Pero viendo que su ayudante se quedaba atrás, volvió de repente la cabeza, y le dijo con aire de autoridad:

-¡Marcha *dominguejo*! ¡Porque si no, ya verás cómo te va con mi *sia* Trinidad! Le diré que te has ido *mañereando*.

Y luego, viendo la vieja al padre que iba detrás, arrepentida de su exaltación exclamó medio entre dientes:

-¡Virgen de Dios! No había visto a su paternidad... ¡Lo que la hacen decir estos chiquillos a una!

Mientras tanto el jesuita se sonreía imperceptiblemente, y haciéndose como que nada veía decía para su coleteo:

-Ya di en el *quid*. El regalo es de casa de don Marcelino y se conoce que es para confesor... Muy tonto debo ser si no lo descubro ahora.

Marcharon los dulces delante, y el padre que los seguía desde lejos, tuvo la satisfacción de ver que se dirigían a San Francisco. Entonces apuró el paso y llegó a la portería a tiempo que la vieja repetía una y cien veces al muchacho el recado que debía de dar junto con el regalo, diciéndole en seguida;

-¡Cuenta con olvidar nada de lo que te digo! ¡No seas boquiabierto! Mira que casi se te ha caído la torta... ¡Válgame Dios! Ya descompusiste el papel picado... Eso es; agarra de ahí el azafate, y ten cuidado de que no se te caiga, como el otro día al subir la escalera... Camina repitiendo el recado como quien reza, para que no se te olvide, y quítate el sombrero antes de entrar a la celda... ¡Vaya! ¡Es tan *apajarado* este chiquillo!

Todavía se quedó refunfuñando mil otras cosas la buena vieja; pero el muchacho no la oía porque había entrado en el claustro guiado por un hermano lego que llevaba la otra bandeja. El padre Hipocreitía entró de atrás, sin mirar a la vieja y sin demostrar cuánto le interesaba saber a qué celda iban a llegar los azafates, y siguiendo a los conductores, vio que éstos subían al segundo piso del claustro y entraban en la celda del reverendo fray Prudencio Álvarez, uno de los padres más respetables de la comunidad. Al pasar enfrente de la celda, oyó que el muchacho decía como quien reza una oración en voz alta:

-Dice mi señorita Trinidad: que cómo ha amanecido... que tenga su merced muy buenos días... que aquí le envía esta friolerita para que la tome a su nombre, y para que vea que lo tiene presente... y que dispense la cortedad... y que siente mucho que no sea como la persona lo merece.

No oyó más el padre, y siguiendo el corredor sin darse por entendido de nada, bajó al patio.

-¿Conque me ha dejado por el padre Álvarez? -decía mientras tanto el reverendo...- Ya verá doña Trinidad si su padre de espíritu le dura mucho tiempo... Yo haré por que se premien los servicios del virtuoso fray Prudencio enviándolo a algún convento de provincia.

CAPITULO XVII

La Carta del Padre Hipocreitía

«La América no quiere más armiño,
que el que admira en su blanca cordillera;
ni más corona que su sol ardiente:
ni más púrpura espera
que el vespertino manto de Occidente
que ondeando flota en su azulada esfera;
ni obedece a más reyes
que el Dios de sus abuelos y sus leyes.»
-(E. DE LA BARRA.)

No bien hubo llegado a su celda el reverendo, cuando pidió mi comida, la que le fue servida al momento, pues el padre gozaba del privilegio de no asistir al refectorio, y de comer en su habitación o fuera del convento cuando quisiera. Muchos definidores y padres graves de la comunidad no habían podido obtener este privilegio de parte del prelado.

Habiendo concluido su comida, cuyo desengraso se sirvió él mismo de varios azafates de dulces que sobre su mesa se veía, regalados por las monjas y otras confesadas; el padre cerró la puerta de la celda, sacó una llave de su bolsillo y abrió un armario que estaba embutido en la pared, en una esquina de la habitación. Dentro del armario había una caja,

la cual también abrió con otra llave más pequeña; y después de sacar todos los papeles que la caja contenía, tocó un resorte secreto colocado en el interior. El fondo de la caja se alzó como por encanto y de allí sacó su reverencia un gran cuaderno con tapas de becerro. Hecho esto, volvió a dejar la caja y los otros papeles como estaban, y se sentó en su silla de honor abriendo el cuaderno sobre sus rodillas.

Aquello era un manuscrito que solo estaba comenzado, pues quedaba en blanco más de las cuatro quintas partes del libro. El padre se puso a hojearlo como para corregir lo escrito, pues al mismo tiempo tomó una pluma y empezó a reteñir algunas letras. No es posible decir si aquello era una carta, memoria o diario, porque de todo tenía; y como para la inteligencia de esta historia, es preciso saber lo que el tal cuaderno contenía, nos permitirá el curioso lector que lo tomemos de la mano y lo coloquemos junto a nosotros, detrás del reverendo, por sobre cuyos hombros podremos leer las misteriosas páginas.

El padre tenía abierto el libro en la primera: allí se leía el siguiente encabezamiento:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Reverendo padre: voy a cumplir con el sagrado deber de dar cuenta a su paternidad de la misión con que he sido honrado; y aunque solo estoy principiando la obra, quiero también dar principio a esta carta, la cual se irá escribiendo a medida que los acontecimientos vayan desarrollándose, y en la que manifestaré a su reverencia todas mis impresiones, el estado de este reino junto con las ventajas de que pueda sacar partido, los inconvenientes que se presenten y a manera de zanjarlos.

Cuando lo crea necesario y encuentre una oportunidad segura, enviaré a su reverencia este escrito...

Permítame decir a S. P. R. que en Madrid se sufre gran engaño en creer que se podrá con facilidad restablecer en estas Américas el gobierno monárquico. Cada día estoy más convencido de que esto es imposible; y tanto en el Perú como en Buenos Aires he palpado esta verdad. Estas gentes están orgullosas con las victorias obtenidas contra los soldados de S. M., y no podrán jamás sufrir nada que huela a rey, estando todavía recientes los hechos de que se enorgullecen.

No son pues las espadas, fusiles y bayonetas, las armas a propósito para vencer en estas tierras, en donde todavía humea la sangre caliente de mil combates.

Mucho mejores que esas armas son las de la diplomacia. Estos republicanos de nuevo cuño no saben aún qué hacer de la libertad que les ha caído de lo alto como llovida, y para la cual no están preparados. Empapados de orgullo, gritan por todas partes «¡Viva la libertad!» «¡Viva la República!» «¡Abajo los tiranos!» Pero son tan libres y republicanos, como yo soy turco. Enteramente faltos de experiencia en los negocios, se parecen a niños en cuyas manos se hubiere puesto navajas de afeitar. Lo importante es volver contra ellos mismos los elementos de que se vanaglorian. Mientras más cortante sea la navaja, mayor será el peligro que de herirse tendrá el niño. Mientras mayor sea la libertad de que gozan,

mayor será también su peligro de caer en la anarquía. Porque es la pura verdad que estos muchachos están a ciegas; y sin el menor trabajo, se puede encaminarlos a que hagan mal uso de esa misma libertad de que hoy se ensorbecen. Con más vanidad que saber, con más presunción que prudencia, con más amor propio y ambición que abnegación y amor a su nueva patria, y llenos como están del viento de su gloria, ¿qué trabajo costará dominarlos por medio del arte de la diplomacia? Yo sé por experiencia que no se necesita de grandes esfuerzos para engañar al más encumbrado político de esta tierra, y ya he visto la facilidad con que se les puede empujar al precipicio haciéndolos cometer disparates a destajo. ¡Ojalá el rey nuestro señor se hubiera apercebido antes de esta circunstancia!

Él no necesitaba enviar soldados para tener en constante alarma a estas regiones. Bastan las guerras civiles entre los partidos, que no parece sino que se hubiesen propuesto vengar los ultrajes hechos a las armas reales.

La más simple combinación política, la más sencilla intriga bien manejada, son suficientes para que estos imbéciles se echen los unos sobre los otros, y se despedacen como perros rabiosos, gracias a su libertad. Pretenden ser hombres libres, y no pasan de niños esclavos de sus pasiones, de las cuales se puede servir cualquiera en favor de nuestra causa. Quiero decir a su reverencia, que si la España quisiera seguir dominando socialmente a estas regiones, podría hacerlo con suma facilidad, y para ello debería principiar por reconocer su independencia, y darse por amiga de estas repúblicas, que como no tienen experiencia del mundo, aceptarían gustosos el vínculo que las unía a la madre patria.

En cada república hay un partido reaccionario y realista hasta los huesos, que sería sumamente útil a los intereses del gobierno español. Apoyado éste en dicho partido, y dividiendo a los locos liberales por medio de emisarios *ad hoc*, no se encontraría ninguna dificultad para poner las riendas de todos estos estados en manos de los monarquistas; y entonces ¿qué no podría hacer el gabinete español con las repúblicas, una vez que estos gabinetillos de ultramar estuviesen llenos de sus amigos y partidarios? Con dos repúblicas que nos tomásemos de esta manera, nos bastaría para mantener nuestra influencia sobre las demás, influencia que, a la larga, sería rica en sabrosos frutos. Y si en algunos estados se desarrollaba la guerra civil, este mismo mal, hecho crónico, nos podría servir de plausible pretexto para *proteger* la revuelta nación, trayendo un Borbón a estas playas, y coronándolo rey para la tranquilidad de estos pueblos. Esto no es una paradoja: ahora mismo nos está presentando un ejemplo de la República Argentina, en donde no parece sino que Dios hubiese puesto de presidente a don Juan M. Rosas para desprestigiar el sistema republicano. Aquel estado pide a gritos un rey, y por librarse de Rosas lo recibiría de mil amores...

Todo cuanto he tenido el honor de exponer a su reverencia es tan hacedero, que me admira el que no haya sido puesto en práctica oportunamente. Volviendo a Chile, diré a su reverencia, que las ideas dominantes de este país, están en pugna abierta su sistema de gobierno, lo cuál hará, por muchos años, que las leyes republicanas solo estén consignadas en el papel, quedando para la práctica la política monárquica, que es lo que nos conviene a nosotros. Están vivas todavía entre estas gentes las ideas de nobleza, las

pretensiones aristocráticas y los hábitos del coloniaje, todo lo cual asegura nuestro triunfo.

Nos han vencido en el campo de batalla, pero el campo social es nuestro, y trabajo les costará despojarse de sus costumbres monárquicas, costumbres que, sin que ellos lo echen de ver, los ponen en nuestras manos. ¡Lo importante es saber sacar partido de tan preciosos elementos!

Otro de los engaños (y esto atañe directamente a nuestra Orden) consiste en tener por muy difícil el establecimiento de la Compañía de Jesús en estas repúblicas. Sin embargo, nada es más hacedero; y no parece sino que Su Divina Majestad hubiese encaminado los acontecimientos a dicho fin... Verdades que los Jesuitas han sido arrojados de aquí, como de todas las Españas, por la debilidad de un papa, que no quiero calificar, y por la estupidez de un rey imbécil; ¿pero qué han sacado con esto? Hacer más palpable la necesidad de nuestros institutos. Nosotros hacíamos limosnas con el dinero que recogíamos, y el rey nos lanzó de aquí sin crear ningún establecimiento de beneficencia. Nosotros educábamos a los niños, y un necio rey nos echó sin establecer escuelas. Nosotros prestábamos siquiera algunos libros a los señores de estas tierras, y el rey prohibía la entrada de libros. En nosotros encontraban apoyo y protección estas gentes, y de parte del rey de España solo han hallado persecución ¿cómo no habrían de echarnos menos? El mismo rey se ha encargado de vengarnos.»

Al llegar aquí, el jesuita hizo un movimiento: apretó el cuaderno entre sus manos; frunció las cejas; y sus ojos, después de chispear un instante, quedaron abiertos sin mirar hacia ninguna parte.

CAPITULO XVIII

Prosigue la carta del Padre

«A las alternativas y caprichos de la suerte en la guerra con los sostenedores de la dominación española, se habían mezclado las rencillas y parcialidades entre los mismos patricios que ensayaban la organización de la república independiente.»

—R. SOTOMAYOR VALDÉS. (El ministro Portales.)

Volviendo después en sí, continuó:

Todo esto me ha convencido de la facilidad que hay en Chile y en cualquier otro punto de esta América para establecer un convento de la Orden, a pesar de la ley que a ello se opone ¿qué es la ley, cuando se oponen a ella los usos, las costumbres, la manera de ser y aun las creencias de los hombres? Poco menos que nada. Lo importante es apoyar esas

costumbres; fomentar esos usos; avivar esas creencias, y despertar en todos los rangos sociales las pequeñas pasiones que nos favorecen.

Voy a decir a su paternidad los medios de que he tratado de valerme para preparar el campo y provocar los acontecimientos favorables. No sé si me habré sabido valer de las circunstancias; pero mis intenciones han sido rectas, y en todo y por todo, no he tenido - 111- otra mira que la mayor honra y gloria de Dios y de la Orden, procurando su acrecentamiento por todos los medios posibles. No dudo de que habrá algunos necios, cuya estrecha inteligencia no alcance a comprender la necesidad de valerse a veces de ciertos procedimientos, que en las circunstancias ordinarias deben ser reprobados, y aceptados solo en las extraordinarias.

Afortunadamente no es a uno de esos ciegos asustadizos a quien escribo, sino a su paternidad que es capaz de comprender las excepciones en política, que a mi juicio, es la ciencia de los resultados sociales. Dígole esto para que su paternidad perdone lo que podría tal vez llamarse *ilegalidad en los medios*, en virtud de la santidad de los fines.

Vuelvo a mi tema. Estos reinos está divididos en una multitud de bandos, que en su última expresión pueden reducirse a dos: el uno dominado por las perniciosas ideas del siglo XVIII; y el otro en el cual no han prendido estas ideas desorganizadoras. El primero que se llama a si mismo *liberal*, hace por introducir toda clase de innovaciones; y el segundo, pugna por sostener las instituciones antiguas, de donde le viene el calificativo de retrógrado, «que sus enemigos le dan.»

Ambos luchan por hacerse dueños del poder para dirigir a su modo la marcha social. Yo he creído deber apoyar mi acción aquí en Chile en este último partido, y esto mismo he aconsejado a mis hermanos de los demás estados americanos. Este bando es llamado aquí en Chile el partido *pelucón*, o de los viejos; por consiguiente, yo soy pelucón hasta los huesos, aunque por encima parezca un liberal, por razones que diré después. Por ahora quiero seguir hablándole de los medios que he puesto en práctica para asegurar nuestro futuro imperio en estas comarcas, que son los mismos que a mi juicio, conviene emplear en los demás países de origen español.

Uno de los principales medios consiste en trabajar por que estos gobiernos sigan el sistema restrictivo, y persigan esas ideas llamadas liberales, que desvirtúan el espíritu de obediencia ciega y de entera y santa confianza en los superiores, todo lo cual es tan necesario al progreso de nuestra causa. Su reverencia sabe muy bien que un gobierno *fuerte* pone al pueblo a nuestra disposición, especialmente cuando aquél se apoya en el clero, que es lo que por lo común sucede en estas Américas. Tengo muchos amigos en el clero chileno, y todos son de mi misma opinión. Tenemos por norma el solicitar el apoyo del gobierno y del partido dominante, aun cuando este sea el partido liberal. Si el gobierno es de gentes sosegadas, tranquilas, religiosas, y sostenedoras de los fueros y derechos de los sacerdotes, les prestamos de veras nuestro apoyo, ya sea en el confesionario, en el púlpito, en la plaza pública, en el estrado, etc.

Para esto, es menester que estas repúblicas se den constituciones semimonárquicas, como ya lo ha indicado el célebre político, el cristiano sin par, el piadoso autor del *Genio del Cristianismo*. Este nuevo tertuliano ha demostrado evidentemente que la mejor manera de mantener la influencia del gobierno europeo en estas Américas, es hacer por que estas repúblicas no imiten a los Estados Unidos del Norte, cuyas constituciones se oponen a las sagradas prácticas y costumbres de la tradición europea, y al desarrollo de las verdades católicas. Conforme con este pensamiento trabajamos aquí los amigos del buen orden y de la religión. Me he hecho político, y cuento con buen número de amigos en todos los rangos de la sociedad, amigos que trabajan sin cesar en la santa obra de contener a los exaltados y de tener a raya las pasiones políticas, atizando por otro lado las que convienen a la realización de nuestros justos deseos. Con constituciones restrictivas, estos estados serán sombras de repúblicas, y pueblos y gobiernos serán, con el tiempo, nuestros súbditos.

Porque conviene advertir que no porque nos unamos con el gobierno hemos abandonado al pueblo. Al contrario, trabajamos constantemente en la viña del Señor, para encontrar ahí un sólido apoyo, por si un cambio de circunstancias nos pusiera mal con las autoridades. En estos países, el pueblo y el gobierno son dos resortes que conviene templar y contraponer cuerdamente.

Su Reverencia debe suponer que nos oponemos con todas nuestras fuerzas a la introducción de los libros heréticos, a la propaganda de ideas subversivas y contrarias al santo principio de autoridad, y a todo cuanto tienda traer con el tiempo la maldita libertad de cultos, que sería la ruina de nuestras esperanzas, si es que un verdadero hijo de San Ignacio sea capaz de perderlas alguna vez.

He conseguido que se establezca, a imitación de lo que se ha hecho en España, una rigurosa censura, tanto para los libros que se introducen al país, como para los muy pocos escritos que aquí se publican. Contra los escritos políticos, que son los más, oponemos [...] el confesionario, el consejo privado, las prohibiciones bajo pecado mortal, las excomuniones y el púlpito. Varios señores curan trabajan en esta santa obra, que, andando el tiempo, producirá sabrosos frutos, y en la cual nos ayudan los gobernantes mismos, cuyas creencias a este respecto tratamos de mantener en toda su viveza.

Tampoco ignora su reverencia, que para dominar con el tiempo a una sociedad, debe principiarse por inocular en el niño el santo amor al orden y el espíritu de sumisión. A este fin, nos empeñamos los amigos para conseguir la dirección de la instrucción primaria. Las más acreditadas escuelas de Santiago están en los conventos; y en cuanto a los maestros de esta ciudad y de las comarcas más lejanas, puedo decir que me pertenecen. Hagámonos dueño del niño en la escuela, y nos pertenecerá cuando sea hombre. Castiguémosle allí con el azote, y cuando sea hombre nos temerá. Estos castigos corporales son además de gran provecho, porque matarán en su germen el espíritu de insubordinación, y docilitarán poco a poco a las gentes. Yo he conseguido varias plazas de maestro de escuela para sargentos españoles, que hoy las ocupan, y, a fe que andan listos en cumplir mis órdenes. Puedo decir a su reverencia, que merced a nuestros

esfuerzos, se ha conseguido que los españoles sigan golpeando a estas gentes, aun después de llamarse republicanos.

En cuanto a la instrucción superior, hacemos por que se siga el mismo sistema. Los azotes no solo sirven de estímulo para el estudio, sino de correctivo para las pasiones tumultuosas, que es menester curar entre los jóvenes, que con los años influirán en los destinos de estos países. Cuando ellos sean mandantes, se acordarán que han estado bajo nuestra férula, y este recuerdo doblará la cerviz de los más orgullosos, y conservará en su docilidad a los espíritus tranquilos. De todos modos, los seguiremos manejando como niños de escuela, pues el uso del látigo, de la barra, de la prisión y demás penitencias corporales, impuestas al tiempo de desarrollarse el niño, conservan en su espíritu una saludable influencia. Su reverencia no ignora, que el carácter y todos los actos de la vida de un hombre conservan el sello impreso en la primera vida; por esto digo yo siempre: *criemos a los niños, si queremos ser después dueños de los hombres, sin que ellos mismos lo echen de ver.*

Mientras no consigamos establecernos de firme, otra vez en estas comarcas, no podemos pretender la creación de escuelas y colegios jesuitas. Esto sería exponerse a malas consecuencias por ahora; pero, obrando con paciencia, podrá arribarse a un buen resultado. Encaminemos los acontecimientos, y los hechos se sucederán a pedida de nuestros deseos. Yo, en cuanto a mí, creo que no está muy distante la época que se establezca en Chile colegios de jesuitas; y cuando esto suceda, se habrá dado un gran paso, porque, educada la juventud de la aristocracia, según conviene al bien de la religión, obtendrá luego la Compañía, sólidos apoyos entre las familias principales de estas repúblicas; apoyos que no solo le darán fuerza moral y crédito, sino también el dinero que tan necesario suele ser siempre para la prosecución de nuestras apostólicas faenas. Al mismo tiempo, salgo de cuando en cuando a dar misiones por los campos. Es incalculable lo mucho que se gana con esto. Puedo decir, que en un año recojo la cosecha de buenas ideas que se sembraron en el anterior... Por todas partes nos reciben con los brazos abiertos, y las palabras de «*Santos Padrecitos Jesuitas*» están en boca de todos... Verdad es también que no solo les llevamos los remedios del alma sino los del cuerpo, pues se despacha un regular botiquín en cada misión.

Creo inútil decir a su reverencia, que recetas y drogas se dan siempre gratis por nosotros, y ya sé por experiencia cuán buenos resultados produce lo que se despacha gratuitamente».

CAPITULO XIX

Concluye por ahora la carta de su reverencia

«Si se hiciera extracto de la crónica extranjera, de los diarios clericales de Chile, se vería con toda claridad, que existe entre nosotros esa propaganda tan siniestra

como insensata contra el corazón de nuestras
instituciones republicanas»
–(EDITORIAL DE «EL FERROCARRIL»
Setiembre 17 de 1871.)

Después de haber puntuado, corregido y numerado atentamente los párrafos escritos, el padre tomó un cortaplumas, limpió y compuso con cuidado una de las plumas de ganso que había sobre su mesa, y prosiguió su carta en estos términos:

«Hoy el gobierno de este país es un atado de imbéciles; (perdóneme la expresión). Los liberales se han adueñado de los destinos públicos, y creen poder regir estos pueblos, sin caer en los precipicios que ellos mismos se labran por sus propias manos. Pero yo no creo que pasará un año sin que abandonen el mando, porque estos locos saben tanto de achaque de gobernar como por los cerros de Úbeda.

Figúrese su reverencia, que se han atrevido a molestar al clero. No contentos con haberlo desposeído de sus temporalidades para atender a los gastos de la tierra contra la madre patria, tienen las más absurdas pretensiones respecto de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Para ellos, la iglesia no es madre cariñosa que debe dirigir todos los asuntos de la nación sino una especie de instrumento que debe obrar bajo la mano del poder civil. ¡Mire qué ideas! Quieren poner a los ministros del Señor bajo la misma férula que a los demás ciudadanos de la república, porque hay gentes tan sin la cabeza, que en su exaltación política, afirman que todos los habitantes del Estado deben ser iguales ante la ley, sin exceptuar ni al señor Obispo. Para ellos no hay más ley que la civil, y no se acuerdan para nada de las leyes eclesiásticas.

Niegan la obligación que el poder civil tiene de hacer obedecer a todo trance las leyes divinas, y desconocer la autoridad de nuestra santa Madre, la Iglesia, en los asuntos públicos, diciendo que sus sagrados ministros no deben inmiscuirse en los negocios del gobierno. ¡Como si hubiese gobierno que pudiese marchar con acierto sin esa sabia dirección que solo la Iglesia Santa sabe dar a los asuntos políticos! ¡Como si hubiese alguna potestad civil más digna de gobernar a los hombres que la potestad de los encargados por Dios para conservar el orden en este mundo, y encaminar a la humanidad hacia la mansión eterna!

Lo importante es arrancar de manos de estos liberales (o pipiolos como los llaman) la dirección suprema del país, para lo cual nos valdremos de la reacción monárquica en que actualmente se empeña el partido pelucón, que es el bando de la gente rica y bien nacida del país, con cuyo favor contamos los amigos del orden y de la religión. El triunfo de este partido es nuestro triunfo, y por esto le ayudamos con todas nuestras fuerzas. La lucha será encarnizada, pero la victoria será nuestra; porque, a pesar de las ideas Volterianas que dominan en algunos círculos, la generalidad del país está con nosotros. La educación que España dio a estas colonias nos favorece grandemente, y esto es una prueba de cuanto vale educar al niño para hacerse dueño del hombre. No dudo, pues; que los pelucones subirán al mando, y entonces... Pero prosigamos la exposición.

He dicho a su Reverencia poco ha, que aunque soy pelucón, parezco pipiolo. No extrañe esto, porque como necesitamos trastornar este gobierno de herejes, es natural que me haya hecho uno de sus amigos más íntimos. Esta es la más acertada de las oposiciones, porque se hace sin ruido y sin mal ejemplo. Pinto es un hombre de lana; me estima sobremanera, y oye mis consejos con entera docilidad. Por consiguiente, no me es difícil hacerle obrar según nuestras miras, introduciendo en su círculo ideas que nos favorezcan, y empujando a todos esos maniqués a cometer desaciertos para que sobre ellos caiga el ridículo y el desprestigio. Por otra parte, atizamos el descontento del país, descontento que en estos pueblos se convertirá en rabia feroz, siendo bien manejado. De esta manera pondremos de relieve ante estas gentes la ineptitud de sus mandantes, con lo cual encontrarán después, más de la mitad hecho, las armas de los pelucones... Sin embargo, ¡qué dicha sería para mí, hacer que este necio gobierno cayese sin que hubiese para qué derramar una sola gota de sangre! Con dolor de mi corazón, y solo por la conservación del imperio del orden, puedo aceptar los medios extremos. Pero ¡que la sangre caiga sobre los que nos obligan a redimir de este modo nuestros fueros y derechos hollados!

Ahora, se dirá su Reverencia. -¿Y de dónde saca el padre Hipocreitía el dinero necesario para estos gastos? -Voy a decírselo: -Para las misiones, da el gobierno eclesiástico: para otros gastos, me valgo del fruto de mi industria. En primer lugar, aquí hay monjas ricas, y tengo a mi disposición dos sindicatos que producen no poco. En segundo, ahí están esos señores cuyos abolengos hemos descubierto, que nos protegen. En tercero, las confesadas de donde sacamos algo... Para gastos mayores, hay esperanzas de conseguir algunos legados, que hoy serían nulos, pues la ley no admite a los jesuitas en Chile, aunque los chilenos no los aborrecen. ¡La ley caducará al fin! Sí, reverendo padre, caducará esta impía ley.»

El padre se quedó pensando con la vista clavada en el techo. Enseguida se puso a escribir.

«En estos momentos trabajo por arreglar un matrimonio que nos producirá una buena renta. Se trata de casar a don Melitón Sandoval, a quien su reverencia conoce, con una rica heredera, a cuyo padre le hemos encontrado nobles ascendientes en España. El bueno de don Marcelino de Rojas (que así se llama el padre de la niña) dará sus haciendas a don Melitón. Su reverencia sabe lo que es este caballero: así, no tengo para qué decirle, que su riqueza será como nuestra.

El pobre don Melitón está como ha sido toda su vida. ¡Benditos sean todos los hombres como él! Es uno de nuestros más valientes *afiliados* (pues como su paternidad sabe, él pertenece a los humanos de *ropa corta*): quiero decir, que nuestro don Melitón es de los más atrevidos en esto de dejar que con él se haga todo cuanto sea menester para la mayor honra y gloria de Jesús y de la Compañía.»

Cuando el padre hubo llegado aquí, cerró el cuaderno; y metiéndolo otra vez en el fondo de la caja, cerró ésta con la llavecita que guardó cuidadosamente en su bolsillo. Hecho esto, tomó su sombrero y su bastón y salió a la calle.

El infatigable espíritu de aquel hombre que lo hacía obrar sin descanso en el logro de sus miras, daba a su fisonomía cierto aire de profunda meditación, que la generalidad traducía por ascetismo. Nadie que lo hubiera encontrado a su paso se habría figurado el modo cómo este sacerdote empleaba sus horas. Todo el mundo admiraba su mansedumbre y su bondad, su rectitud y su decisión por la propaganda de las ideas evangélicas entre la multitud ignorante. Su desinterés era proverbial, y jamás recibía las limosnas que por sus misas solían enviarle. Nunca negaba un consejo a quien lo pedía, y en todos los círculos se hablaba de la solicitud con que el buen religioso servía al menesteroso. Sus sermones eran escuchados con avidez, y todos los días se publicaba en los periódicos las obras de caridad en que había tomado parte. Por último, se hablaba de sus trabajos apostólicos; de los felices resultados de sus misiones en las provincias del sur, y de lo útil que sería al país la adquisición de otros padres como éste.

CAPITULO XX

Don Marcelino y don Cándido

«¿Piensa usted que soy de lana?
No, amigo, soy de roble,
más duro que piedra azul;
y cuando algo se me pone
entre las orejas, nadie
me lo arranca a dos tirones;
yo no pierdo el pleito nunca,
y mi mujer bien conoce
que no debe decir pares,
cuando yo le digo nones,
pues la tengo enseñadita
a que ría, cante o llore,
cuando a mí me da la gana.
Todo está en que se me antoje;
y se lo dije bien claro,
desde la primera noche:
métase esté en sus polleras
y déjeme en mis calzones,
que yo, hijita, me he casado
con mujer, y no con hombre.»
—*Corrida del Guapo.*

Bien recordará el memorioso lector, que al fin de uno de los capítulos anteriores, hemos dejado al señor don Cándido de la Rueda, en compañía de su esposa, doña Estrella Clavijo, pisando los umbrales de la casa del señor Rojas. Apenas hubo entrado al gran patio exterior, cuando don Cándido llenó toda la casa con su poderosa voz:

-¡Qué es de mi compadre Marcelino! -gritó-. ¿Se levantó de la cama, compadre?

-¡Aquí estoy! -respondió don Marcelino, saliendo de su cuarto con un mate en la mano-. ¿Cómo puede usted creer que a estas horas me halle yo en la cama?

-Hemos venido a visitarlo con Estelita -dijo don Cándido volviéndose hacia donde creía que estaba su esposa; pero no viéndola allí, (pues la señora había entrado a las piezas de doña Trinidad) prosiguió:- -Quiero decir, compadre, que esta mañana ordené a mi mujer que viniera a visitar a mi comadre Trinidad, pues yo tenía verdaderos deseos de hablar con usted.

-A tiempo llega compadre. Pase para mi cuarto. Tomaremos mate.

-Y como mi mujer me obedece en todo, al momento se caló su faldellín y su peineta alta -continuó don Cándido.

-Ojalá la mía me obedeciera lo mismo -refunfuñó don Marcelino.

-Pero no crea usted -prosiguió aquél, chupando el mate que don Marcelino le había pasado:- no vaya a creer que yo permito que Estelita se componga demasiado, porque esto no deja de tener sus peligros, mayormente cuando uno a cada paso se encuentra con mozalbetes que andan a caza de mujeres bonitas, como si un hombre de mi temple se casase para que sus mercedes... No, amigo, no; con sus castañitas y su peineta alta basta y sobra para andar con susto por esas calles... ¡Ah! ¡Compadre Marcelino! ¡Es mucho trabajo esto de tener una mujer que...!

-Ahora considere usted -interrumpió el otro-, cuál será el trabajo de tener dos mujeres, como yo tengo.

-¡Usted! -exclamó abriendo tamaños ojos, don Cándido-. ¿Se ha vuelto cacique, compadre? ¡Dos mujeres!

-Hablo de mi mujer y de mi hija.

-¡Ah! Eso ya es otra cosa. ¡Ja, ja, ja! Yo había creído que usted... Pero, yo me refiero al sobresalto de tener una mujer bonita:.. y después de todo, ¿cómo están mi comadre y mi ahijada?

-¿Cómo están? Siempre en contra mía...

-¿Ellas? Pues juraría que eran unas palomas sin hiel, como mi Estrella; que no lo había de decir yo...

-¡Ah! Compadre, parece que usted ignora que las mujeres tienen revés y derecho, y que solo sabe mirarlas por el lado bonito; pero yo que sé verlas también por el revés, pienso muy de otro modo.

-Ya entiendo -dijo don Cándido poniéndose un dedo en la frente;- ¿mi comadre suele desconocer la autoridad marital? ¿He adivinado, eh?

-¿Cómo es eso de suele? -dijo don Marcelino-. ¡Lo hace a cada rato! -exclamó con reconcentrada cólera, dando un puñetazo sobre el brazo de su silla.

-¡Malo es eso compadre! Es preciso poner un pronto remedio a tamaño desorden. Acuérdesse usted de que es el jefe de la familia... ¡Yo soy muy delicado en este punto!

-Y ¿qué saco con acordarme, cuando estas mujeres me desobedecen en lo principal?

-¿También mi ahijada? ¡Lo que es el mal ejemplo! ¿Qué cosas estarán ahora hablando de nosotros? -se preguntó don Cándido moviendo la cabeza-. Pero dejémoslas decir lo que quieran, allá lejos de nosotros. Lo importante es que no alcen la voz en nuestras barbas.

-El caso es que la Trinidad me contradice de frente -dijo don Marcelino con voz sorda.

Al oír esto don Cándido se alzó de su asiento y con aire indignado dijo:

-¡Eso no se le puede permitir a la mujer!

-¡Pero, compadre, si ella me contradice sin que yo se lo permita!

-Pues entonces, usted tiene la culpa.

-¿Yo? ¿Yo la tengo?

-Usted: porque se ha dejado dominar por la mujer, las cuales, como usted debiera saberlo, una vez que se han puesto los calzones, no se los quitan jamás, y visten al pobre marido con su propio faldellín. Por esto es, que desde un principio debe el hombre portarse firmecito con ellas, y enseñarlas a mantenerse siempre a raya, como yo tengo enseñada a la mía. Estrella suele tener a veces arrancadas mujeriles; pero al fin se ve obligada a doblar la cerviz ante mi inflexible voluntad. usted es tal vez demasiado suave con mi comadre.

-Confieso que no soy tan severo como debiera -respondió el grosero viejo-, porque lo más que he hecho, ha sido amenazarla un día con esa tranca que está detrás de la puerta.

-¡Oh! Eso es ya algo -dijo don Cándido mirando la gruesa tranca-; pero hay mujeres que no se componen sino por las vías de hecho. Yo no he necesitado de eso para con Estelita; pero ¡ya se ve! Le canté la cartilla el mismo día que nos casamos, y desde entonces a he tenido en un brete; por eso es que no hay pleito que ella me gane ahora; y la pobrecita está cada día más sumisa y querendona.

-Pues lo que es a mí -dijo don Marcelino-, la Trinidad pretende ganarme este último pleito.

-Es preciso, compadre, no darse por vencido jamás para conservar intacto el honor de jefe de la familia. Los hombres casados debemos manifestar que tenemos carácter. Aquí me

tiene usted pronto a secundar sus miras, cualesquiera que sean; y mientras ellas allá en la recámara hablan mal de sus maridos, nosotros discutiremos aquí lo que debemos hacer para que no se salgan nunca con la suya, que es la principal obligación de todo marido celoso de su dignidad. ¿Dígame ahora de qué se trata?

-El caso es que la Trinidad se opone a que yo establezca convenientemente a mi hija.

-¿Mi ahijada?

-Su ahijadita, compadre, a la cual se le ha antojado enamorarse de un mozalbete que no tiene donde caerse muerto.

-Pues no hay más remedio que poner al pretendiente de patitas en la calle, y decirle: «amiguito, usted está demás en esta casa.» Si usted, compadre, no se atreve, yo se lo diré claro: para eso la niña es mi ahijada y no tengo pelos en la lengua.

-¿Cree usted que no soy capaz de eso? -interrumpió don Marcelino-. Pues sepa que ya lo he arrojado de mi casa.

-¿Y persiste siempre en su propósito?

-Como de primeras.

-¿Pero está usted seguro?

-Sé que platica con Lucinda por la ventana.

-¡Ah! compadre! ¿Conque el asunto es ya de ventanas? -dijo sonriendo don Cándido-. Entonces mi ahijada ha pasado el Rubicón, y es más difícil ganarle el pleito. ¡Ah niñitas ventaneras! Yo, casi prefiero verlas arrancarse por la misma puerta, a que estén siempre asomadas a la ventana. Pero es preciso no desmayar.

-Yo no desmayo, y he estado por aguaitar al mocito y decirle de otro modo que con la boca...

-Ya entiendo -dijo don Cándido, al ver el grosero ademán con que su interlocutor acompañó sus palabras-. Pero es el caso que usted no debe exponerse.

-Tiene usted razón, porque ha de saber que él es hombre de espada.

-Entonces, es mejor buscar a otro que haga entrar en su deber al mocito. ¿Cómo se llama?

-Anselmo Guzmán.

-¿El hijo de don Antonio, el pipiolo?

-El mismo.

-Con que usted me hubiera dicho que era pipiolo de sangre, ya yo habría echado de ver la dificultad para hacerlo desistir de sus pretensiones. No ceden ni a fuego; pero yo tengo un amigo, el cual posee un buen servidor, que es como mandado hacer para estos casos. La cosa está hecha. Voy en el momento a ver a mi amigo; él me presta su hombre, al cual pondremos en acecho cerca de aquella ventana, y en cuanto pille al pipiolito, me le da tres o cuatro porrazos bien dados, y santas pascuas; advirtiéndole que si él persiste en sus visitas, se persistirá también en los porrazos. ¿Qué le parece?

-Me gusta la idea, compadre, y la acepto.

-Entonces, manos a la obra, pues lo que ha de hacerse tarde, vale más que sea temprano.

Diciendo esto, don Cándido, tomó su sombrero y se dispuso a salir, cuando, habiéndosele ocurrido una idea de repente, dijo a don Marcelino:

-¿Sabe lo que se me ocurre, compadre?

-Hable, amigo mío, porque a mí no se me ocurre nada -dijo el otro.

-¡Ah! -exclamó riendo con satisfacción don Cándido y como diciendo para su capote: «claro es que las ideas se me han de ocurrir más bien a mí que a él.»

-Pero dígame usted, ¿qué idea es esa? -repuso don Marcelino alzándose de su asiento.

-Hela aquí: sin perjuicio de castigar el atrevimiento del mocito, le buscamos un buen marido a mi ahijada, y verá si no se corrige al momento.

-No prosiga, compadre, y sepa que yo no he tenido necesidad de que se me ocurra idea alguna para hacer todo eso.

-¡Conque ya tiene!...

-Le tengo a Lucinda un marido a pedir de boca.

-¿Es buen mozo?

-Más que eso compadre. ¿Para qué sirve un marido bonito?

-¿Es rico?

-Más todavía. Es un noble español, por cuyas venas corre la ilustre sangre de los Sandoval, de los Rojas, de los Pozo Hondos, de los Oyarzunes, de los...

-¡Basta! ¡Basta, compadre! Y ahora dígame...

-Un caballero a las derechas, de la real y distinguida Orden de Carlos III -proseguía diciendo el señor de Rojas.

-Bueno, bueno; pero dígame, ¿cómo es qué...?

-Que casi ha sido ministro en España; que no se quita el sombrero ni delante del mismo rey, nuestro señor; que habla mano a mano con sus majestades...

-¿Acabó, compadre? -preguntó don Cándido que reventaba por hablar.

-Las cualidades del señor don Melitón no son para dichas en un minuto -respondió don Marcelino-; y según lo que me ha dicho el padre Hipocreitía, que es el que lo conoce...

-Entonces ¿usted no ha visto todavía a su futuro yerno?

-No lo conozco sino de oídas.

-¿Y mi ahijada?

-No lo conoce ni de nombre.

-¡Ah! Entonces ¿estará en España todavía?

-Está en Santiago. Ha llegado ahora pocos días.

-¿De veras? Me han dado ganas de conocer a un personaje tan encumbrado como éste. Ahora veo más claro la necesidad que hay de deshacerse del mocito.

En aquel momento se oyó en el patio la voz de doña Estrella que gritaba:

-¡Cándido! ¡Cándido! Ya es hora de que nos retiremos.

-¡Ah! Es Estelita -dijo don Cándido bajando la voz-. Voy a decirle que se vaya sola, para tener yo lugar de ir a... Pero no... mejor es que usted le diga, compadre, «que yo le ordeno...» no, no le diga así, sino «que le doy permiso para que se quede aquí, mientras yo voy a hacer ciertas diligencias importantes.»

-¡Cándido! ¿Estás sordo? -decía la señora acercándose a la puerta del cuarto de don Marcelino.

-¡Oh! Estas mujeres abusan de su posición -dijo don Cándido saliendo a la calle por la puertecita escusada que conoce el lector, a tiempo que doña Estrella entraba al cuarto por la otra puerta.

-Buenos días, compadre don Marcelino -dijo doña Estrella-. ¿Y Cándido? ¿Qué se ha hecho este hombre?

-Acaba de salir, comadre.

-¿Y sin decirme una palabra?

-Pero me dijo a mí: «que le daba a usted permiso para que hiciera mediodía con nosotros.»

-Yo no necesito permiso de nadie para esto -respondió con acento disgustado la señora.

-No lo decía por tanto, comadrita. Mi compadre ha salido a hacer una diligencia urgente.

-Entonces, tendré el placer de comer con ustedes -dijo doña Estrella volviéndose hacia doña Trinidad y su hija, que habían venido acompañándola hasta la puerta del cuarto.

-El placer será para nosotras, amiga mía -respondió con acento de reconocimiento doña Trinidad.

Y mientras las tres señoras se dirigían hacia las piezas interiores, don Marcelino quedó paseándose a lo largo de su cuarto, pensando en cómo llevaría a cabo su proyecto.

CAPITULO XXI

Miguel Turra entre bastidores

«El pobre mata peleando,
y el rico mata roncando.»
(REFRÁN DEL PUEBLO.)

Cuentan las crónicas de aquel tiempo que, en llegando don Cándido a su casa, envió a llamar a un hombre que le servía en su chacra del Tajamar, el cual hombre era el mismo que había ofrecido a su compadre don Marcelino; y si le había dicho a éste que el tal servidor pertenecía a un amigo suyo, era porque no siempre se atrevía a confesar que tenía de tales hombres a su servicio. Por aquí echará de ver el sagaz lector las prendas del digno servidor de don Cándido, quien después de haber despachado el propio para la chacra, pidió la comida y se sentó a la mesa con tan notable apetito, que no parecía sino que estuviese animado por el natural placer que producen los nobles pensamientos y las loables acciones. Y como no tenía con quién conversar, (pues se nos había olvidado decirlo, don Cándido carecía de hijos, y toda su familia se reducía a él y su consorte) contentábase el buen señor con murmurar entre bocado y bocado:

Yo veré si el pipiolito se atreve a seguir enamorando a mi ahijada por la ventanal... En cuanto Miguel le dé un par de planazos bien dados, se le *espantará* el amor, como se

espanta el sueño a un chiquillo con un buen latigazo... Sí; le diré a Turra que le dé de plano, porque de lo contrario podría suceder una desgracia. Aunque este Miguel es tan imprudente que puede comprometerlo a uno... Pero ya está hecha la oferta y debo cumplir... El hombre por su palabra, y el buey por el asta... y además, se trata nada menos que de proteger a un honorable marido, insultado y herido en su dignidad de jefe de la familia... Sí, señor; Miguel aporreará al mocito atrevido... ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo no vamos a reírnos a solas con mi compadre, cuando se sepa el lance!

Y don Cándido se reía, como si ya hubiese obtenido el éxito que deseaba. Una vez concluida la comida, rezó devotamente un Padre Nuestro a las ánimas, dijo el alabado; y echándose sobre su cama, que estaba en el cuarto siguiente, empezó a roncar como un bendito.

Después de haber roncado dos horas y media, de un tirón, despertó al oír ruido de espuelas en el patio. Levantose; y pidiendo que le sirvieran mate, salió bostezando hacia el corredor del patio, donde Miguel Turra lo esperaba.

-Aquí estoy, mi señor -dijo éste con el sombrero en la mano.

-Te he enviado a llamar -dijo el patrón-, para darte una comisioncita que demanda mucho secreto.

-En cuanto a eso, ya su merced sabe que soy ciego, sordo y mudo -respondió Miguel con cierta sonrisilla falsa que velaba su móvil semblante, siempre que no se hallaba dominado por las pasiones brutales y sangrientas, que formaban el fondo de su carácter-. Ahora -prosiguió-, dígame señor mío, ¿de qué se trata?

-Se trata de castigar a un mocito que tiene el atrevimiento de ir a hablar con cierta niña, por entre las rejas de una ventana, contra la voluntad de su señor padre.

-¡Ah señor!, ya entiendo -interrumpió Turra, cuyos ojos centelleaban de una manera particular-. No es la primera comisión de éstas que recibo; y soy capaz de despacharlas en un santiamén.

-Pero sin ruido alguno ¿eso sí!

-Por supuesto, sin ruido. Es cosa sencilla. Lo espero cerca de la ventana, en donde el mocito tiene la querencia; y en cuanto llegue...Dígame ¿no es en la noche cuando él se deja caer por allí?

-En la noche -respondió don Cándido.

-Entonces, la cosa es hecha; y como una cuchilladita hace tan poco ruido...

-Y ¿quién te ha dicho, bribón -le interrumpió don Cándido-, que le des de cuchilladas?

-¡Ah! Yo creía que se trataba de castigarlo.

-Sí; pero de una manera correccional ¿entiendes?

-Si, señor, correccional.

-Unos dos o tres porrazos bien dados, bastan; pero sin que haya derramamiento de sangre.

-¿Y si el mocito resiste?

-Entonces, repites los porrazos, pero...

-Pero de plano ¿no es esto?

-Sí, de plano, porque si derramas una gota de sangre, yo seré el primero en acusarte a la justicia. Acuérdate de que a mí me debes el estar fuera de la cárcel.

-Si, Señor, y por esto le estoy muy agradecido, y haré cuanto su merced me mande; aunque, si he decirle la verdad, yo soy de parecer que...¿Me da licencia su merced?

-Habla sin rebozo.

-Me parece que conviene hacerle siquiera una pequeña advertencia de filo, pues yo sé por experiencia, que un cristiano enamorado no obedece así no más a los planazos, por bien dados que sean.

Riose don Cándido, y luego repuso.

-A pesar de eso, obra como te digo. Nada de sangre, porque no se quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Y ahora dime, entre paréntesis ¿han dado con los ladrones de los caballos?

-Todavía no, señor, pero tengo esperanzas de encontrarlos.

-Es preciso que des con ellos -repuso vivamente don Cándido. -Acuérdate que he pagado todas tus deudas civiles y criminales; y que a mí me debes el estar bien con los jueces.

-Sí, patrón, sí; me acuerdo de esto todos los días que amanecen.

-Pues bien; si te protejo, es a condición de que cambies de vida y me cuides la chacra, persiguiendo a todos los ladrones que me roban, pues que tú conoces sus guaridas.

-Sí, señor: le juro que hallaré los caballos robados, o no me llamen Miguel Turra. En adelante, respondo con mi cabeza de que no le robarán ni un solo animal a su merced, como tampoco a ninguno de los otros caballeros que me hacen bien y buena obra -dijo el bandido.

-Si obras honradamente, obtendrás protección; pero de lo contrario, volverás a caer en manos de los jueces. Ya sabes que se te ha seguido procesos y...

-Pero como no se me ha probado nada...

-Están probados, badulaque, los tres salteos en que te has metido, fuera del asesinato aquél de los Cerrillos; pero merced a nuestros empeños se ha sobreseído en esas causas y se te ha dejado en libertad, no para que sigas robando y asesinando, sino para que cuides nuestros intereses y persigas a los ladrones.

-Eso es lo que hago, señor -respondió el asesino con cierto aire de bonhomía-. Ya sabe su merced que he puesto algunos ladrones en manos de la justicia.

-Pero ellos te han acusado de que proteges a otros de más importancia...

-¡Ah! Señor, lo hacen de puro picados conmigo.

-Quiero creerlo así, porque si así no fuera, merecerías la horca bribón.

-Pues que me ahorquen, si me prueban algo (aunque sea como lo negro de la uña), acerca de los intereses de su merced y de los de otros caballeros que su merced sabe.

-Está bien: ya te he dicho que te irá bien si te conduces con honradez.

-Pero no puedo responder de las otras chacras, señor, porque como hay tantos ladrones...
¿Quién le pone puertas al mar?

-A mí no me importa que roben o no en las otras chacras, sino que haya orden en la mía.
¿Entiendes?

-Sí señor, entiendo bien.

-Ahora, volviendo al otro asunto. ¿Sabes dónde vive don Marcelino de Rojas?

-Sí, señor. Lo conozco de vista al caballero, y por más señas he sabido que anoche le robaron tres yuntas de bueyes.

-Sabe que don Marcelino es amigo mío.

-Entonces, le prometo que no seguirán robándole una sola pata de buey.

-Ahora es preciso que le lleves a ese caballero un papelito que voy a darte. El te dirá cómo debes obrar para obtener un éxito seguro.

Dicho esto, entró don Cándido a su cuarto, y luego salió con un papel doblado, que puso en manos del bandido diciéndole:

-Esta es la esquelita que entregarás en propia mano a don Marcelino. Dile que va sin firma, porque no es prudente firmar estas cartitas.

-Sí, señor; así se lo diré.

-Ahora vete con Dios, hijo, y ten cuidado de cumplir fielmente con las órdenes que te he dado y las que te dará don Marcelino.

En diciendo esto, se puso el buen señor a tomar mate, con la más patriarcal tranquilidad de espíritu, tranquilidad que formaba el fondo de su carácter, y que no era perturbada sino por los robos que solían hacerle en la chacra, y por las vivezas de genio de su esposa.

CAPITULO XXII

Mujer y Marido

«El buen señor los sesos se devana,
y no ve cómo salga del apuro:
A una mujer tan terca y casquivana,
hacer la guerra cara a cara, es duro...»
ANDRÉS BELLO. (El Proscrito.)

Fuera de estas cortas, aunque repetidas excepciones, la paz de que gozaba don Cándido de la Rueda era inalterable (paz que, según toda probabilidad, debía al estado del matrimonio). Porque si se ha de creer a los cronistas de aquel tiempo, la juventud del pacífico caballero había sido algo borrascosa, de cuyas mocedades le quedaban algunas señales; como por ejemplo: una cicatriz sobre el ojo izquierdo, vestigio notable de una pedrada que recibió años atrás, en cierta noche que andaba en malos pisos, amén de tres o cuatro roturas (ya soldadas) en el calvo cráneo, por haber barajado, según lo decía él mismo, con la cabeza, unos feroces garrotazos aplicados correctivamente por un *guasó* del sur muy celoso, y de otros chichones y cardenales producidos por los estribazos y vueltas de a caballo. A pesar de todo esto, apenas se hubo casado don Cándido, cuando se acabaron como por encanto las *remoliendas*, paseos nocturnos y francachelas *con amigos en la chacra*. Cambió de vida: con el cambio de estado, y su buen padre tuvo la satisfacción de irse al sepulcro, dejando muy bien asentada la reputación del heredero de su nombre. Desde entonces, en lugar de andarse divirtiendo y *gustando* por esos mundos, tomó por predilecta ocupación el asistir a las iglesias. Su padre le había dicho: «que aun cuando no fuera cristiano católico, tenía obligación de parecerlo, porque en tan importante materia, no debía ir en contra de los demás, mayormente cuando sus aspiraciones eran alcanzar a ocupar un destino en el gobierno.» Así lo hacía don Cándido, y oía diariamente su misa; ayunaba los viernes; asistía a todos los sermones; no faltaba a ninguna procesión; pagaba religiosamente todas las cuotas correspondientes a las hermandades de los conventos en que era asentado, y era siempre el más devoto acompañante del Santísimo Sacramento, de cuya esclavonía era el tesorero nato.

El cuarto o quinto mate se había ya tomado el señor don Cándido, cuando oyó en el patio la sonora voz de su esposa.

-¡Jesús María! -venía diciendo la señora-: estoy cocida de calor (por donde se colige que doña Estrella era gorda). ¡Muchacha! -exclamó al entrar a la pieza, y sin contestar al saludo que su marido le dirigió al entrar-: toma mi pañolón, dóblalo bien, y mételo en la caja. Ten cuidado con no equivocar los dobleces.

-¿Cómo te ha ido Estelita? -le preguntó don Cándido-, ¿te hicieron cariño hijita?

-Antes de contestarte, te diré una cosa Cándido, ¿Sabes que me has dejado muerta de vergüenza?

-¿Por qué? -preguntó estupefacto el buen señor.

-¿Y me lo preguntas? Tú no aprenderás jamás a ser gente, ¡hombre de Dios!

-Pero, hijita, por la Virgen ¿vienes con deseos de pelear? Yo por ahora estoy con muy pacíficos pensamientos.

-¡Ya se ve! Después de lo que has hecho. ¡Enviarme a decir con don Marcelino «*¡que me dabas permiso para que comiera en su casa!*» Como si para quedarme aquí o allá, necesitase yo de tu permiso.

-No quise decir eso, hijita. Pasa para acá; ven a sentarte, porque estarás muy fatigada.

-No estoy cansada, no -dijo doña Estrella sentándose-: lo que tengo es incomodidad, vergüenza... ¿Qué habrán dicho Lucinda y su madre? Tal vez pensarán que yo me dejo tratar por mi marido del mismo modo que ellas son tratadas por aquel macho de don Marcelino... ¡Que hombre tan antipático!

-Pero hijita, cálmate... Refréscate.

-¡Y tan pesado, y tan ruin, y tan soez! -exclamó doña Estrella acentuando sus palabras con sendas patada en el suelo.

-Es cosa decidida, viene de pelea -refunfuñó don Cándido.

-¡Pero, hombre, por Dios! Te advierto que no lo vuelvas a hacer otra vez, porque esa no es la manera de portarse con una señora.

-Te juro que no lo haré más, Estelita.

-Siempre estás jurando lo mismo; pero al otro día se te olvidan tus propósitos... ¡Ya se ve! La cabra tira al monte.

-Eso mismo digo yo, esposa mía.

-Eso mismo dices, hombre sin cabeza; pero obras al revés. En lugar de enviarme ese grosero recado, debiste haberle dicho a don Marcelino: «dígame a Estelita, que es mi hijita; que me dispense el no poder acompañarla a casa, porque tengo mucho que hacer, pero que pronto volveré a buscarla.» Así debieras haberte expresado; pero no, sino que en cuanto me vio el marrano de don Marcelino, me dijo: «mi compadre Cándido le da permiso para quedarse con nosotros»... ¡Permiso ¡Permiso! -decía la señora encolerizándose más y más...- Estuve tentada por decirle una barbaridad.

-Y habrías hecho bien -le contestó don Cándido fingiendo un gran enojo contra su compadre, al cual pensó que debía echar la culpa de lo sucedido, a fin de librarse de la cólera de su buena esposa.

-¿Por qué dices eso? -preguntó ésta.

-Porque este mi compadre es un estúpido que no tiene memoria ni para jurar en falso... ¿Conque así te ha ido a decir?

-Ni más ni menos.

-¡Que hombre! ¡Le he dado para ti el recado más cortés del mundo, y se ha puesto a inventar otro de su magín!

-Nada tiene eso de extraño -contestó doña Estrella más refrescada-, porque el tal don Marcelino es incapaz de portarse como es debido con una señora, y hasta las mismas cortesías se convierten en groseras necesidades, al pasar por su boca.

-Has dado en el *quid*, Estelita -dijo don Cándido, viendo con placer que su esposa se iba desenojando-. Mi compadre no nació para hacerle la corte a las damas. Pero todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Te hicieron cariño, hijita?

-Muchísimo, Cándido, muchísimo. La Trinidad y su hija son unas alhajas para amigas. ¡Qué carácter! ¡Qué dulzura!

-Tengo buena mano, ¿eh? Ya sabes que soy el padrino de Lucinda.

-¡Lucinda es un ángel!

-Soy de tu mismo parecer; y si no fuera porque te estoy viendo a cada rato, diría que no había visto cara más perfecta que la de esa niña.

-¡Calla la boca! ¡Te pegan muy mal las zalamerías! -contestó doña Estrella mirando a su marido con el enojo más risueño del mundo.

-Me alegro muchísimo de que te hayan cuidado -prosiguió éste-. Ya estaba pensando en irte a buscar.

-Eso es; me gusta que vayas aprendiendo. Así es como debe portarse un marido... Al fin he de lograr que aprendas de memoria la cartilla del matrimonio, porque ¿no te acuerdas? Cuando nos casamos, no sabías ni el *Cristus* -dijo doña Estrella riendo a carcajadas.

-Gracias a Dios que te veo contenta -exclamó don Cándido, participando de la alegría de su cara mitad.

-Lo que es don Marcelino -prosiguió la señora-, no pasará del *Cristus*, porque los hombres como él nacieron para la vida monástica. ¿Qué pecado habrá cometido la Trinidad para que Dios la haya castigado con ese hombre? Te aseguro, Cándido de mi alma, que cada vez que lo veo, quedo empachada para un año... y luego ¡qué aquél ángel de Lucinda tenga que sufrir los caprichos y genialidades de ese lobo marino!... ¡Porque da pena ver lo que está pasando en aquella casa!... ¿Sabes lo que hay?

-No sé nada, hijita -contestó don Cándido.

-Pues es el caso de que Lucinda se ha enamorado de Anselmo Guzmán, y éste de Lucinda; de modo que no parece sino que Dios los hubiese unido, según es lo precioso que encuentro ese matrimonio.

-¡*Maluntur!* Cuestión tenemos -murmuró don Cándido-. Esta mujer viene de pelea. ¡Ya digo!

¡Qué dices!

-Que a mi juicio, ese matrimonio de mi ahijada con el tal Anselmito es...

-Muy lindo; y sobre todo muy lógico. Pero don Marcelino, que es el ser más contrario a la lógica que conozco se opone tenazmente a la felicidad de su hija.

-Creo que ya le tiene elegido el esposo que le conviene -dijo don Cándido.

-Así se lo ha dicho a ellas mismas. ¿Qué sabrá él de amor para que se meta a elegir...? Temo que haya buscado para su hija algún marido como él... Pero trabajo le ha de costar para decidirla, porque la muchacha está firme en que será de Anselmo o de nadie; y a mí me gusta la niña porque es de carácter; y como está apoyada por la madre...

-¿También mi comadre Trinidad está de oposición? -preguntó don Cándido, porque quería aparecer extraño a la cuestión.

-¿Qué llamas tú de oposición? Está en su derecho; yo haría lo mismo en su lugar.

-Ya lo creo, hijita; pero...

-Y aun me les he ofrecido para ayudarlas en lo que pueda...

-¡*Maluntur!* -volvió a refunfuñar don Cándido-. Está de Dios que hemos de pelear ahora.

-Y como yo te tengo por hombre de razón y amigo de la justicia...

-Dices bien; pero advierte que...

-No he dudado en prometerles, que tú tomarás a pecho la causa de tu ahijada, y que entre los dos trabajaremos por la realización de ese bello matrimonio.

-Si esta mujer supiera lo que acabo de hacer me crucificaría -pensó don Cándido.

-¿Qué te parece?

-Lo que me parece, hijita, es que no podemos meternos en ese asunto.

-¿Cómo no podemos? ¿Con que te atreverás a dejar que sacrifiquen a tu ahijada?

-Pero Estelita, atiende...

-Y sobre todo ¿cómo te atreves a dejar mal a tu esposa? ¿No te he dicho que he dado mi palabra? ¡Ah! ¿Y pretendes haber pasado del *Cristus*, en la cartilla matrimonial, cuando dudas en acceder a lo que con tanta justicia te pide tu esposa?

-¡Pero, hijita de mi alma! -exclamó don Cándido juntando las manos en actitud de suplicar-. ¿Te parece prudente que nos metamos en asuntos ajenos?

-Este no es negocio ajeno: a ti te toca, en conciencia, salvar a tu ahijada y protegerla, ¡sí Cándido!

-Eso será cuando su padre muera y la muchacha quede huérfana... -137- Pero estando vivo mi compadre Marcelino, que es el jefe de la familia...

-Es que este viejo no es padre, sino verdugo.

-Estando vivo mi compadre, te decía, no me atrevo a injerirme en asunto tan delicado... Por otra parte -agregó don Cándido-, ya sabes que yo soy un hombre de orden y amigo de la paz y de la autoridad. Si la mujer y la hija se le han sublevado a mi compadre ¿cómo quieres que yo proteja esa sublevación? Ello sería atacar la autoridad paterna.

-Desgraciada de mí -exclamó doña Estrella con las lágrimas en los ojos...- ¡tonta de mí que creí encontrar en ti buena voluntad! Pero debo conocerte, Cándido, tú eres incapaz de elevarte a la altura de un regular, ¡no digo de un buen marido!

Y la señora se aplicó el pañuelo a los ojos.

-¡Válgame Dios! -exclamó don Cándido acudiendo a consolar a su consorte-. ¡No llores; tranquilízate, Estelita! Antes prefiero verte enojada que llorando.

¡Oh! Déjame llorar mi desgracia. Yo creía que solo la Trinidad tenía mala suerte -dijo sollozando la señora.

-Vaya pues, hijita, te prometo pasarme al partido femenino; pero a condición de que no llores ni te enojés.

-Pero tú, hombre sin corazón, eres la causa de mi llanto y de mis enojos.

-Lo dicho, dicho, y pelillos a la mar. Ya sabes que tengo carácter ¡sé cumplir lo que prometo, aun cuando ello sea el abandonar nuestro partido para pasarme al de ustedes ¡Mira el sacrificio que hago por ti! ¡Yo, un hombre de mi temple, jefe de familia y piedra angular de esta casa, me resuelvo por tu amor a traicionar los sagrados intereses del partido masculino!

-Después me agradecerás el que te haya empujado a hacer esta buena acción -observó la señora.

-¡Oh! -exclamó don Cándido tornándose la cabeza con ambas manos-, ¡buena acción llama esta mujer, el que un hombre de mi carácter, de mi temple, de mi condición y de mis circunstancias, proteja la rebelión femenina contra el jefe y cabeza del hogar doméstico!

-Pues bien, si estás arrepentido de haber cedido a lo que te dice tu mujer, haz cuenta de que no has dicho nada, y adiós -dijo doña Estrella dando muestras de retirarse.

-¡Qué mujer tan viva de genio! -exclamó don Cándido-. ¿Te he dicho por acaso que estoy arrepentido?... ¡No: yo soy hombre de carácter, y sé cumplir lo que prometo!

-Si obras en conformidad de mis deseos, te tendré por un buen marido; pero de lo contrario, veré en ti una mala copia del antipático don Marcelino -dijo la señora con un tono entre enojado y zalamero.

Y haciendo una cortesía a su esposo que la miraba de hito en hito, se retiró majestuosamente hacia las piezas interiores. El pobre caballero, que se había alzado de su asiento, quedó con un palmo de narices y como plantado en el suelo. Tan cómico era el aspecto que presentaba, que merecía ser retratado a lo vivo por el mismo Molière. Mientras veía retirarse a su esposa con un aire que no carecía de distinción y de cierta coquetería, el pobre hombre, de pie enfrente de la puerta, con sus piernas vacilantes, los brazos caídos a lo largo del medio encorvado cuerpo, la mirada vaga, la boca entreabierta, una sonrisa muerta sobre sus labios, y meneando la cabeza, parecía la estatua de la estupidez indecisa.

Cuando su esposa se hubo perdido de vista, volvió de su alelamiento y exclamó:

-¡Ahora sí que estamos frescos! ¡En bonito estado ha dejado esta mujer al jefe de la casa! Yo mismo no me entiendo ahora, ni sé a qué partido pertenezco. ¿Soy masculino? ¿Soy femenino? Quiero decir. ¿Soy del partido nuestro o del de ellas? ¡Cuando acababa de ofrecer mis servicios a la autoridad paterna, viene el diablo en forma de mi mujer, y con sus tentaciones me arrastra al bando de la oposición, y me deja aquí empantanado y comprometido hasta los huesos, en dos bandos opuestos, sin saber a quién pertenezco; sin saber si debo en conciencia sostenerlos a ellos o ayudarlas a ellas! ¡Ah! ¡Mujeres! - exclamó al fin con exaltación y dándose una palmada en la frente-: ¡estas mujeres con sus artimañas son capaces de hacer que un hombre de mi temple no sepa al fin si es macho o hembra!

CAPITULO XXIII

El cuarto del Padre Hipocreitía

«El clero se unía a los monarquistas y los pelucones para combatir de consuno al partido liberal.»
(F. ERRAZURIZ. Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828.)

Algo de lo que el discreto lector ha podido ver en la *carta-diario* del reverendo Hipocreitía era verdad, especialmente lo que se refería a la lenidad del gobierno para castigar los atentados contra las nuevas instituciones de que se estaba dotando al país. Esta lenidad de un gobierno que no perseguía a sus enemigos políticos era mirada por el partido pelucón como una prueba de debilidad, de la cual sacaba mucho partido. Pinto era un hombre de buena fe, candoroso y animado del más benévolo espíritu hacia sus conciudadanos. En los dos años que duró su administración no cesó de dar pruebas de su amor al país, y esa misma benignidad que los pelucones le echaban en cara, no es sino un timbre de gloria para el bondadoso patriota, que, sacrificando su tranquilidad y su vida en aras del bien público, se abstuvo de perseguir a sus enemigos políticos, y supo en circunstancias tan azarosas como las de aquella época, conservar su moderación a fin de economizar la sangre de sus hermanos. A pesar de la efervescencia de las pasiones, atizadas constantemente por el partido pelucón; a pesar de los enemigos que este partido trataba de concitar cada día contra el gobierno, Pinto, después de cerradas las sesiones del congreso constitucional, indultó, el 17 de Febrero de 1829, a todos los perseguidos políticos, sin excepción alguna.

Era natural que se riese de hechos semejantes, un partido cuya política ha consistido siempre en no dar cuartel al contrario, y en valerse hasta de la traición para lograr sus fines. ¿Cómo habrían de estimar la generosidad los mismos que no la conocían, y los mismos a quienes hacía obrar el odio? ¿Cómo habrían de comprender esta liberal acción los mismos que, animados por bastardas pasiones, fraguaban planes liberticidas? Por esto los pelucones calificaban de candor infantil la franqueza y la buena fe del partido pipiolo; y de debilidad, el olvido de las faltas políticas y de la benevolencia para con los vencidos. No podían los reaccionarios comprender (así como tampoco comprendieron después) que

era posible mandar un país sin exterminar a los contrarios; y que la ciencia de gobernar no se opone a la buena fe, a la veracidad, a la honradez, a la generosidad e hidalguía. Hay gentes que no comprenden otro sistema de regir a los pueblos, que el del terror; ni conciben otro orden, que el *Statu quo*; ni otra política que la de los capítulos, cubiletes, intrigas y maniobras.

Consecuentes con estos principios, y animados por su odio a las liberales instituciones, no cesaban de maquinarse contra el gobierno, obrando en las tinieblas, mientras se presentaba la ocasión de hacerlo a la luz del día. Los presos políticos salidos recientemente de las cárceles, los desterrados que el indulto acababa de permitir la vuelta a sus respectivos hogares, fueron un nuevo elemento que el partido retrógrado aprovechó para soplar el espíritu de la discordia. El teatro de sus maquinaciones era Santiago, y la ocasión no podía ser por entonces más propicia, desde que el gobierno, con el fin de estudiar el modo de incrementar las entradas fiscales, se había trasladado a Valparaíso, al otro día precisamente de promulgado el indulto general.

El padre Hipocreitía que era como la personificación del partido pelucón, tenía un amigo íntimo, llamado el presbítero Cardoso, con el cual solía conferenciar menudamente sobre sus planes; pero sin darlos a conocer sino a medias, porque el jesuita no se manifestaba por entero a nadie, y seguía el sistema de ocultar siempre algo, *por si acaso*, y de no decir jamás la verdad desnuda, aún cuando le conviniera. Era el tipo del estadista pelucón, cuyo sistema político puede definirse así: «el uso de lo malo para llegar a lo bueno.»

Vivía Cardoso en la calle de Santa Rosa, a poca distancia del convento de San Francisco, y había puesto a disposición del jesuita un cuarto interior de la casa, que éste había hecho amueblar a su gusto, y que muchas noches le solía servir de alojamiento cuando encontraba cerradas las puertas del claustro. Medía el cuarto seis varas en cuadro; su pavimento estaba cubierto con un petate de paja; su cielo de tela pintado de azul oscuro, y sus desnudas paredes blanqueadas con cal. Enfrente de la entrada se veía un gran cuadro que representaba el triunfo de San Ignacio de Loyola; en uno de sus rincones había una cama, y junto a ésta un armario, dentro del cual podía muy bien haber un hombre. En el cuarto había una mesa cuadrada de nogal, sobre la cual se veía un gran crucifijo, dos candeleros de cobre con sendas velas de sebo, un reloj de arena, un gran tintero de estaño con su salvadera de lo mismo, un manojito de plumas de ganso y una media resma de papel blanco. Por último, doce taburetes de madera blanca, forrados de vaqueta y claveteados con tachuelas amarillas, completaban este amueblado. En el respaldo de cada taburete se veía puesto un signo sobre tres letras, en esta forma:

Algunos días antes de los sucesos ya narrados, encontrábase cierta noche en el mismo cuarto, el reverendo padre Hipocreitía hablando confidencialmente con su amigo, el presbítero Cardoso.

-Tenía hambre de ver a usted -dijo éste-, y sobre todo, de hablar a solas para que me contase sus últimos trabajos. Por esto he apresurado mi vuelta de San Fernando. En aquellos mundos solo se sabe las cosas a medias... Vaya, pues, dígame padre, ¿cómo va el negocio?

-No va mal, gracias a Dios -contestó el padre, poniendo en orden unos papeles que sacó de una cartera de cuero que llevaba en el bolsillo.

-Pero ¿es verdad -preguntó el otro-, que podemos contar con el ministro de hacienda?

-Don Francisco Ruiz Tagle es nuestro en cuerpo y alma -contestó el fraile con cierto orgullo-. usted sabe, amigo mío, que yo soy el confesor de su señora... ¿Está usted?

-Ya comprendo; pero...

-No nos debe quedar duda, desde que se ha prestado a nuestras exigencias. Yo estaba convencido de que mientras no hiciéramos nacer la revolución en el Sur, nada obtendríamos con estos motines de cuartel, aquí en Santiago.

-Bien pensado, padre.

-Mas para lo primero era preciso contar con el ejército del Sur, es decir, ponerlo bajo la dirección de un hombre que nos perteneciese.

-Es evidente. Ya tenemos allí de general en jefe a don Joaquín Prieto... Pero, ¿cómo es que no siendo amado Prieto por los liberales lo ha puesto el gobierno al mando de esas fuerzas?

-Todo lo hace la política y Dios, que encamina las cosas a su mejor servicio -contestó sonriendo el jesuita-. Pinto no quiere a Prieto; pero lo hemos hecho acceder a su nombramiento. Por una parte trabajaba yo, que me tiene por amigo, y por la otra, el ministro Ruiz Tagle, amigo íntimo de Prieto... Por aquí verá usted si Tagle nos pertenecerá o no.

-Ya lo veo -dijo Cardoso.

-Además, no podía Pinto sospechar segunda intención en su ministro, desde que no ignora las relaciones de amistad que median entre éste y el general Prieto.

-Perfectamente. Pinto ha creído sin duda que el interés de Ruiz Tagle nacía de su amistad.

-Eso es. A Pinto se le puede hacer tragar una torre con campanas y todo; ¡y se dicen políticos estos hombres, cuando se les puede engañar con solo mentir a medias!

-Y ¿en cuanto a los otros ministros?

-Los demás ministros de Pinto son de esos hombres inmanejables que no entran por partido. Pinto mismo está tan lleno de escrúpulos, que me ha costado trabajo conseguir que obre. Es un hombre bastante religioso, pero que se perderá por su liberalismo -dijo suspirando el jesuita-. Luego agregó: sin embargo, lo quiero; y haré lo posible por salvarlo, poniéndolo mal con su partido.

-Eso es imposible.

-No tanto como le parece a usted Yo tengo bastante influencia sobre él; y como deseo su bien, lo empujaré a hacer cosas que disgusten a los liberales. ¡Ojalá fuera tan fácil establecer la armonía como lo es introducir la discordia entre los hombres!

El padre Hipocreitía estaba inspirado en aquel momento. Su compañero lo miraba con cierta admiración respetuosa.

-Además -agregó el jesuita-: he hecho por que se ponga en práctica otro medio, que con el favor de Dios, nos será de mucha utilidad.

-¿Cuál es ese medio?

-El que no se les pague sus sueldos a los soldados de la capital a fin de introducir entre ellos el descontento, y poder en tiempo oportuno aprovecharnos de su falta de recursos.

-¡Ah! ¡Ya caigo!

-El ministro de hacienda nos ayuda: solo da dinero muy de tarde en tarde. Mientras tanto se envía dinero a Prieto, quien lo da muchas veces a sus soldados como sacado de su bolsillo, o del de nuestros amigos, haciéndoles creer que no deben esperar de este mal gobierno remuneración de sus fatigas. De esto, nada sabe Ruiz Tagle.

-¡Es usted un político consumado! -exclamó Cardoso con admiración.

-Soy lo que Dios quiere -contestó el jesuita-. Nada hay por que enorgullecerse. El hombre no es más que un simple instrumento de Dios, aun en aquellos casos en que nos solemos servir de los demás hombres como instrumentos necesarios...

-Por manera que una vez preparado el campo...

-Se pone en movimiento la máquina -agregó sordamente el fraile-: Ahora dígame usted ¿cómo le fue en San Fernando?

-Muy bien. Nuestros amigos están firmes en lo prometido, y todos ellos desean de corazón que caiga este gobierno de herejes.

-¡Loado sea Dios! ¿Se vio con los curas de Rengo y de Rancagua?

-Hablé largamente con ellos y los he visto trabajar en la santa causa con un entusiasmo digno de alabanza.

-¡Dios premie sus esfuerzos!

-Sobre todo, el santo cura de Rancagua predicó antenoche un bellissimo sermón sobre la hidra de la herejía, que dejó entusiasmado a los concurrentes. Yo mismo fui testigo de los votos que hombres respetables hacían por el afianzamiento de la religión y por que acabara por fin este impío desorden que los pipiolos fomentan en el país.

-El cura cumple con mis instrucciones -refunfuñó el jesuita-. Todo marcha a las mil maravillas, y hasta aquí mismo, en la capital, se nota el dedo de Dios. Esta noche veremos si se puede arreglar el golpe.

-¿Cuántos son los que han prometido venir? -preguntó Cardoso bajando la voz.

-Aquí tiene usted la lista -contestó el jesuita, pasando a su amigo un papel que sacó de la cartera.

Tomó Cardoso la lista, y se puso a examinarla mientras el padre daba vuelta a la ampollita que había sobre la mesa, diciendo al mismo tiempo:

-Han prometido estar aquí antes de las diez, y no faltarán.

-Don Felipe La Rosa -dijo Cardoso leyendo el primer nombre de la lista.

-Sí: es el que ha hecho entrar a los demás en el complot. Siga usted.

-Don Enrique Campino...

-No es mal instrumento -refunfuñó el fraile.

-Don Pablo Silva...

-El nos promete sublevar uno de los cuerpos de infantería.

-Don Pedro Urriola...

-Aunque un tronera, puede servirnos, porque como es revolucionario de profesión... Pero siento ruido: creo que ya vienen.

Sí; ellos son -dijo Cardoso poniendo el oído.

CAPITULO XXIV

El Conciliábulo

«Pero después de la contienda fiera,
el hermano se armó contra el hermano,

tornando el gozo de la patria en llanto,
y en ambición el patriotismo santo.»
-GUILLERMO BLEST GANA.

En aquel momento sonaron tres golpecitos dados discretamente en la puerta del cuarto.

-¿Quién es? -preguntó Cardoso.

-¡Patria, religión y honor! -respondieron desde afuera.

-Ellos son -dijo en voz baja el jesuita.

Levantose el clérigo; abrió la puerta, y entraron a la pieza las personas que se acaba de nombrar en el capítulo anterior, con excepción de don Enrique Campino, que no venía con ellos.

-¿Qué es de don Enrique? -preguntó el jesuita en voz baja, cerrando la puerta y echándole la llave, que guardó maquinalmente en el bolsillo.

-Vendrá pronto -contestó La Rosa.

-¿Y don Diego?

-Campino me ha prometido que don Diego será también de nuestra conferencia. Mientras vienen, podemos hablar nosotros y tener algo adelantado.

Diciendo esto, sentáronse todos alrededor de la mesa, mientras Cardoso cortaba con las despabiladeras y atizaba las mechas de las velas de sebo.

-Los Coraceros que ocupan el cuartel de San Pablo son nuestros -dijo La Rosa dirigiéndose a Hipocreitía.

-Y nosotros podemos asegurar que mañana lo serán los Inválidos -agregaron casi a un mismo tiempo Urriola y Silva.

-Está, bien -dijo el fraile-; pero ¿bastarán estos elementos para la obra?

-¡Cómo no han de bastar! -interrumpió Urriola-, ¡cuando con la mitad de estos hombres podemos haber cera y pabilo de este gobierno de muñecos!

-¡Tronera, y siempre tronera! -murmuró el jesuita.

-¿Lo duda su paternidad? -preguntó don Pedro-: dénseme solo los Coraceros, y yo les prometo que mañana estarán en nuestras manos; Pinto y sus ministros. ¡Palabra de honor!

-Poco a poco, amigo mío -le interrumpió La Rosa-. La cosa no es tan hacedera como parece.

El capitán tiene razón -dijo el fraile.

-¿Qué no es hacedera? Yo encuentro la cosa hecha -repuso Urriola, que tratándose de una revuelta estaba en su elemento-. Sí -prosiguió-: la cosa es hecha: en diez minutos tomamos el cuartel de San Pablo; ponemos presos a los oficiales que no sean con nosotros; aunamos la tropa, distribuyendo al mismo tiempo dinero y aguardiente entre los soldados. La mitad del batallón se reparte por las calles, llamando al pueblo y castigando a los que resistan, mientras una compañía se dirige a casa del ministro, y con el resto del cuerpo nos vamos derecho a la plaza de Armas, que será el punto de reunión. Asegurado el ministro, sitiamos el palacio del Presidente, y antes de la diez del día tenemos al Gobierno en nuestras manos... Yo, hasta aquí los ayudaré, porque soy hombre mientras se trata de echar abajo a un gobierno... En lo de arreglar después las cosas, no entiendo ni jota.

Rieronse todos de la palabrería de Urriola, menos el jesuita; que parecía no oír lo que aquél decía.

-Es la verdad -prosiguió don Pedro-: yo me conozco; no sirvo palabra para esto de organizar un gobierno después de dado el golpe. Así es, que en cuanto lo dé, dejo el naípe y diré: -«que talle otro.»

Tan embebido estaban en la conversación, que no oyeron los golpes que otros recién llegados daban a la puerta del cuarto. Viendo éstos que nadie contestaba, sin embargo de que oían muy bien el ruido de la conversación, dieron a la puerta dos o tres empujones, cuyo ruido introdujo la alarma entre los conjurados.

-¡Nos han espiado! -exclamó La Rosa.

-Sí; eso es, estamos vendidos -dijo Urriola alzándose de su asiento-; pero afortunadamente tenemos nuestras espadas. ¡A la defensa, amigos!

-¿Qué piensan hacer? -preguntó el fraile que participaba del temor general.

-Defendernos -contestó Urriola.

-¡No sean locos! -interrumpió el jesuita.

Mientras tanto se repetían los golpes: y el padre que quería ganar tiempo -contestó desde adentro:

-¡Ya se va a abrir! ¡Déjenme quitar la tranca!

Enseguida corrió apresuradamente hacia el armario; quitó una cuña de madera que fijaba sobre el pavimento una de sus esquinas, y haciéndolo girar en torno de la esquina opuesta, se vio que detrás del mueble había una cavidad en la pared, capaz de contener cuatro o cinco personas. Luego hizo señas a los conjurados para que entrasen allí prontamente, lo cual hicieron todos, dominados por la enérgica actitud del fraile; y haciendo de nuevo girar el armario, quedó él solo en el cuarto.

Todo esto fue ejecutado en menos tiempo del que se necesita para contarlo. El fraile entonces abrió la puerta, y no pudo contener una exclamación de sorpresa al ver a los dos amigos que esperaban.

Uno de ellos entró al cuarto con cierto desenfado natural, muy ajeno del porte de un conjurado; el otro lo siguió de atrás con aire de reserva; y en cuanto pisó el umbral de la puerta, paseó su mirada inquisidora por los cuatro ángulos de la despoblada pieza. Era el que había entrado primero, un hombre de treinta y ocho a cuarenta años de edad, alto de cuerpo, esbelto de talle, de andar arrogante y desembarazado, y de móvil y expresiva fisonomía. Su sombrero un poco echado atrás, descubría una frente ancha, alta y despejada, coronada de cabellos de color castaño oscuro. La mirada de este hombre, penetrante y maligna de ordinario, solía tomar, ya el tinte de aguda malicia, ya el tono de la severidad, por cierta contracción natural de las cejas ligeramente arqueadas. Su nariz larga y recta, daba a entender la persistencia de que parecía estar dotado; y en sus delgados labios vagaba una sonrisa, burlona, que a veces se convertía en una espontánea carcajada, dejando ver dos filas de dientes blancos y parejos.

-¿Qué significa esto, padre? -preguntó al jesuita, al mismo tiempo que le sacudía cordialmente la mano-. ¿Tanta reserva gasta usted con sus amigos?

-Yo se lo explicaré todo, mi señor don Diego -respondió el padre entre risueño y avergonzado.

Y mientras cerraba la puerta y daba sus dos vueltas a la llave, poniendo por añadidura una tranca, el prudente jesuita relató en cuatro palabras todo el caso a don Diego Portales, que no era otro el que acababa de llegar acompañado de don Enrique Campino.

-Padre; sáquelos pronto de la ratonera -dijo Portales riéndose del chasco.

El estante volvió a jiras sobre sus goznes, y los conjurados salieron de su escondite, risueños unos y confundidos otros por el ridículo.

-Parecen ratones saliendo de un agujero de la pared -dijo don Diego sin poder contener la risa-. ¡Buena cosa de revolucionarios!

Sentáronse en seguida a la mesa, y comenzó de nuevo la interrumpida plática. Esta vez, si bien fue la conversación menos animada, se hizo al menos mucho más seria, dominando en ella el padre Hipocreitía, que al principio había parecido no interesarse tanto en el asunto. Cada cual propuso su plan. La Rosa era de opinión de reunir más elementos, y

Urriola creía que había de sobra con los ya reunidos para dar el golpe. Los otros querían esperar un poco más tiempo, y ver si podían comprometer a varios jefes del partido liberal; pero el impaciente Urriola no cesaba de decir que cuanto más temprano se diera el golpe, era tanto mejor, porque el que pegaba primero, pegaba dos veces, y que si lo querían, él estaba dispuesto a obrar desde el día siguiente.

-Yo participo de todas las opiniones -dijo el padre Hipocreitía, que quería estar bien con todos-. Yo busco siempre los términos medios: ni muy adentro que te quemes, ni muy afuera que te hieles.

-Al grano, al grano, padre -le dijo Urriola...- ¿Qué es lo que usted piensa?

-Eso es -dijo Portales-, vamos al grano.

-Pienso que debemos aprovechar el tiempo; pero también creo que no debemos precipitar el golpe por falta de cordura. Ya las elecciones de diputados se acercan, y en esos días antes de la elección, está para mí la época más oportuna; pues si por desgracia no logramos el todo de nuestro objeto, conseguiremos siquiera desprestigiar al gobierno introduciendo el desorden en sus trabajos electorales. Obtener algunos diputados de nuestras opiniones es como ganar una batalla. Repito pues, que si se llegase a frustrar el golpe, quedará la discordia, de la cual podemos sacar mucho partido. Nuestro deber es desprestigiar por todos los medios que estén a nuestro alcance al partido pipiolo en esta provincia, para que éste desprestigio se refleje en todo el país. Yo puedo decir a ustedes que ya el campo se está cultivando con esmero en los alrededores de Santiago según las comunicaciones que he recibido de muchos párrocos amigos.

Portales no decía una palabra; pero miraba al jesuita de una manera particular.

-Ahora -prosiguió aquél-; si salimos triunfantes, mi parecer es que se castigue a los culpables, principiando por el vicepresidente Pinto, su ministro y el intendente de Santiago...

-¿Y qué habremos de hacer con ellos si los tomamos? -preguntó Urriola.

-Pasarlos por las armas -contestó tranquilamente el jesuita.

Al oír esto, Urriola miró fijamente al fraile; Campino hizo un gesto de disgusto; La Rosa permaneció impasible, y Cardoso y Silva se agitaron visiblemente sobre sus asientos. En cuanto a Portales no hizo más que pisar por debajo de la mesa el pie a Campino, y refunfuñar entre dientes:

-Este fraile es el mismo diablo.

-Yo creía que esto era lo convenido -agregó el jesuita al notar el mal efecto que hicieron sus palabras. Y miró a La Rosa de una manera interrogativa.

-Así es -contestó éste.

-Pero hasta aquí no nos dice nada de su plan -dijo Urriola.

-Ruiz Tagle es nuestro -prosiguió el fraile-; y por su medio, podemos seguir negando el sueldo a las tropas, las cuales están ya bien descontentas con el gobierno. Freire tiene mucho prestigio entre los soldados: opongamos su prestigio al del gobierno...

-Pero Freire está en Rancagua.

-Tanto mejor, porque si estuviera aquí, no podríamos hacer lo que he pensado.

-¿Qué cosa? -preguntó Portales.

-Escribir varias cartas firmadas por Freire, y dirigidas a varios oficiales de esta ciudad, diciéndole que coadyuvará a la revolución, y prometiéndole estar aquí para un día fijo con tropas reclutadas en Aconcagua. Al mismo tiempo se repartirá proclamas firmadas también por el general, a quien de nada le servirá después de dado el golpe, el decir, que ni las cartas ni las proclamas son suyas.

-Bueno está todo esto -interrumpió Campino-; pero nos hemos olvidado de lo principal, que es el dinero.

-Así es -agregó Silva-: no se puede sublevar un cuerpo con las manos vacías.

-A mí me han prometido mil trescientos pesos -dijo La Rosas.

-Pero con esa suma no hay ni para principiar -observó el otro-. Yo también puedo juntar unos ochocientos pesos entre las personas que me han hablado sobre el particular.

-Yo no me había fijado en esto -dijo el jesuita-: no me imaginaba que faltase dinero para una revolución fraguada por el partido de los ricos.

-¡Ah! Mi padre -le observó Portales-: sepa usted que los ricos de este país tienen muy sensible el bolsillo. Quieren la breva pelada.

-¡Pero se trata de la conservación del país, de la religión!...

-Entre la religión y la bolsa, yo creo que más bien defenderán. lo último -observó Portales-; y temería que nuestro proyecto fracasase por falta de fondos, si yo no hubiese ya tomado ciertas medidas sobre el particular. Puedo decir a los señores jefes que me oyen que cuenten con seis mil pesos por mi parte.

-Está bien -dijo el fraile-; y si no basta esa suma, yo prometo duplicarla.

-¿Usted? -le preguntó Cardoso con un gesto que quería decir: «¿De dónde ha de sacar lo que ofrece?»

Comprendiolo el jesuita; pero solo contestó:

-Yo también tengo amigos.

Enseguida agregó:

-Ahora que los señores están dispuestos a ayudarnos en esta empresa, es preciso que suspendamos la conferencia. Después volveremos a unirnos oportunamente para acordar los detalles. Pero antes de separarnos es menester que juremos aquí delante del Cristo Crucificado, no divulgar nada de cuanto se ha hablado en este recinto.

Diciendo esto, el fraile se puso de pie, haciendo la señal de la cruz y mostrando el Cristo que estaba sobre la mesa. Algunos de los circunstantes, dominados por el enérgico movimiento del jesuita, imitaron maquinalmente su acción; pero Urriola permaneció en su asiento y dijo:

-Entre militares de honor, no hay para qué hacer esa clase de juramentos.

-Yo no soy militar -dijo fríamente el fraile-: ignoro esas leyes, y no quiero seguirlas. Lo único que diré a ustedes, es, que si no juran, mañana mismo contaré a Pinto toda esta conversación. Ya saben que soy su amigo íntimo.

Los circunstantes se pusieron entonces de pie, y dijeron:

-¡Lo juramos!

Pero Urriola se quedó en su asiento, sin hacer caso de la amenaza del jesuita, quien no notó, o aparentó no notar esta circunstancia, porque no volvió a exigir más, contentándose con decir:

-¡Que Dios castigue al que falte!

Enseguida se separaron, saliendo de uno en uno de la casa. Portales fue el último que se despidió del fraile; y cuando los demás hubieron salido del cuarto, le preguntó:

-Dígame padre, francamente, ¿cree que acertaremos el golpe?

-Distingo -contestó el jesuita-. Si usted llama *acertar* el mejorar la condición de nuestro partido, le diré que sí; pero si cree que el acierto consiste en derrocar con esta sola intentona al Gobierno, le contesto que no, porque esto no es tan fácil, ni sería oportuno tampoco, estando tan distante nuestros amigos del sur. El golpe decisivo debe darse cuando Prieto haya traído su ejército de este lado del Cachapoal, porque entonces podemos ser protegidos por él en caso de una reacción.

-Y ¿por qué no esperar entonces que llegue ese tiempo? -preguntó Cardoso, mientras Portales contestaba con un gesto de aprobación a las palabras del jesuita.

-Porque nada se pierde con principiar desde luego -contestó éste-. Al contrario, nuestro partido mejorará notablemente de condición, que es lo que ha sucedido con las últimas revueltas. Es preciso tener al país en una constante alarma, y probarle prácticamente que este gobierno carece de prestigio y es impotente para conservar la tranquilidad pública. Los tales liberales caerán a fuerza de suscitarles inconvenientes por todos lados. Si salimos vencidos, yo empujaré a Pinto por el camino de las ejecuciones militares, y esto desacreditará su administración. Si así no lo hace, verá el ejército la debilidad del gobierno, y esto nos dará mayor facilidad para sublevarlo en tiempo oportuno. De todos modos, esta revuelta engendrará la discordia, de la cual nos debemos aprovechar en favor de la causa de nuestra religión ultrajada, y del sostenimiento de nuestros fueros ajados por el bando de la impiedad.

-Tiene usted razón -dijo Portales despidiéndose y saliendo a la calle.

Al llegar a la Alameda, se juntó éste con Campino, quien lo esperaba paseándose cerca de la bocacalle.

-¡Este fraile es mandado hacer para el caso! -exclamó don Diego-. Pero nada nos importa su fanatismo, con tal que nos ayude en nuestra empresa.

-Es un hombre decidido -agregó Campino-; pero a mí me repugna alternar con él.

-¿Por qué?

-Porque es un traidor... Yo sé que visita a Pinto.

-¡Oh! -interrumpió riendo malignamente Portales-: traiciona a Pinto porque no ha jurado ante el Cristo Crucificado guardarle fidelidad. Pero como quiera que sea -prosiguió-; nos valdremos de su furor religioso para obtener nuestros fines políticos.

Mientras tanto el reverendo padre decía a su amigo Cardoso:

-Es preciso hacer creer a estos imbéciles que nosotros tomamos gran interés por sus ambiciones políticas, a fin de poder valernos de sus odios en provecho y honra de la religión y de sus ministros.

CAPITULO XXV

De como a un valiente le es permitido a veces tener miedo

«Do quiera el hombre vive
do quier trabaja, sueña, ama o concibe,

buscando dichas y tocando males,
allí siempre se escucha
el eco de mil sonos funerales.
[...]
¡Ah! Vivir es luchar; infatigable
atleta de la vida el ser humano
y el universo la espaciosa arena,
sentado sobre trono incontrastable
el Dolor, taciturno soberano,
preside por do quier la gran escena.»
—D. ARTEAGA ALEMPARTE.

Anselmo Guzmán vivía en casa de un antiguo amigo y compañero de armas, llamado Andrés Muñoz.

Andrés era casado y tenía tres hijos; un niño y dos niñas menores. La esposa de Muñoz, Cecilia Villarreal, era un modelo de virtud, y tenía el arte de hacerse amar, no solo por su bondad natural, sino por su discreción; todo lo cual la hacía ser adorada de los amigos de Andrés que tenían el placer de visitar su casa.

Uno de los más íntimos amigos de estos felices esposos era Anselmo, a quien miraban casi como de la familia, dispensándole ambos todo el cariño que el joven merecía. Andrés especialmente conservaba una especie de entusiasmo por su amigo Anselmo, quien le correspondía con toda aquella franqueza y lealtad de que es capaz un corazón honrado.

Ambos amigos habían peleado juntos en los últimos años de la guerra de la independencia, y Anselmo había encontrado siempre en su amigo (que era de mucho más edad que él) una especie de director y de apoyo, tan necesarios para un joven en la azarosa carrera militar. Jamás hubo consejos dados con mayor franqueza y sinceridad, ni seguidos con mayor puntualidad y discreción; y puede decirse que nunca hubo entre ambos amigos ninguna circunstancia que menoscabase su mutua estimación. En la amistad, el mérito busca al mérito: Andrés y Anselmo eran valientes, leales, generosos y discretos, y al conocerse y estimarse mutuamente en lo que valían, no podían dejar de ligarse con un afecto verdadero y profundo. Y careciendo el joven de familia en cuyo seno residir, accedió a las instancias de Andrés y de su señora, y se fue a vivir con ellos.

Veinticuatro horas después de la entrevista de don Cándido con su señora, que tan preocupado había dejado al primero por no saber ya a qué partido pertenecía; ambos amigos conversaban confidencialmente en el cuarto de Anselmo.

Este había contado a Andrés todo lo ocurrido en las ventanas de la casa de don Marcelino, diciéndole al mismo tiempo que estaba comprometido para ir aquella noche misma a hablar con Lucinda.

Andrés estaba pensativo. La felicidad de su amigo le tenía preocupado como si se tratase de la suya propia, Al fin dijo a éste:

-Yo no sé por qué se me ha puesto en la cabeza que ese hombre que pasó por la calle, cuando tú estabas en la ventana, era un espía.

-¿Y por qué? -preguntó Anselmo-. ¿A quién y por qué causa espiaba?

-No lo podemos saber nosotros; pero me da qué pensar el que... ¿No dices que no se sentía sus pasos?

-Así era: parecía una sombra andando; pero yo no doy importancia a este hecho.

-No, amigo mío: yo tengo bastante más edad que tú, y sé por experiencia que la traición es más común de lo que se cree. No podemos saber a quien espiaba ese hombre; pero bien puede ser que fuese a ti. ¡Quién sabe si algún interesado en descubrir el misterio de tu amor!...

-En ese caso -interrumpió Anselmo-, creería que el espía era Gacetilla por su gran afición a descubrir cosas ocultas; pero ¿quién otro?...

-Vamos con tiento -le observó Andrés-: tú puedes creer lo que quieras; pero yo tengo metida en la cabeza esta sospecha, y he formado el proyecto de acompañarte esta noche.

-¿Me tienes por un cobarde, Andrés? -preguntó el joven-. ¿Crees que me puede inspirar temor un hombre ruin que se atreve a servir de espía? Te aseguro que si no estuviera mi pensamiento lleno de la dulce idea de ir a hablar con Lucinda, me acordaría de ir allí solamente con el fin de castigar al bellaco.

Mientras Anselmo hablaba, miraba de hito en hito a su amigo, quien contestó al fin:

-Me preguntas ¿si te tengo por cobarde, a mí, que te he visto pelear a mi lado? Pero, amigo mío, advierte que el valor nada vale contra la traición. Guarda tu valentía para defenderte de la valentía de otro; y emplea toda tu astucia y maña, para librarte de los que quieran atacarte por la espalda.

-¿Esas palabras en tu boca, Andrés?

-Es que tengo más años que tú, Anselmo, y además, me acuerdo de las últimas palabras de aquel viejo sargento que, a costa de su vida, me libró de ser asesinado en los Cerrillos de Teno. No sé si te he contado el caso. Mientras impedía él solo que los asesinos llegasen hasta mí, que no podía defenderlo, me gritaba: «¡mi capitán! Huya pronto, que alternando con asesinos y traidores, a cualquier valiente le es permitido tener miedo.» Estas fueron sus últimas palabras -prosiguió Andrés dando un suspiro-, pues cayó bajo los golpes de los miserables, de quienes efectivamente tuve que huir saltando por una ventana. Te aseguro, amigo mío, que para huir de aquella manera delante de los malvados que se reían de mi cobardía, tuve que hacer un supremo esfuerzo de valor. Mi primera intención fue echarme sobre ellos; pero luego me acordé de la misión que mi jefe me había encomendado, y cerré los ojos y escapé...

-No sé por qué encuentro algo de paradoja en todo eso -dijo Anselmo.

-Es que tu sangre bulle demasiado, amigo mío: pero óyeme y dime: ¿si tu general te mandase a una empresa difícil y arriesgada, qué pensarías?

-Lo estimaría como un honra.

-Bien dicho. Por consiguiente, mientras mayor fuera el peligro, mayor sería tu satisfacción y tu ardor por afrontarlo.

-Es evidente.

-Pues, amigo; ser valiente de esa manera no es difícil, porque para dar una carga al enemigo, para escalar una muralla, o para ir a clavar un cañón que diezma a nuestros soldados, no se ha menester más que de un poco de calor en la sangre. Tú debes saber por experiencia, que esto lo hace uno con cierto placer y empujado por el amor a la gloria; o bien, por el temor de que lo tengan por medroso. Pero hay otra clase de valor mucho más raro y de más positivos resultados, el cual consiste en cumplir con un deber, aun a riesgo de parecer cobarde.

-Según eso -dijo sonriendo Anselmo-, ¿crees tú que si somos valientes, es de puro miedo?

-Eso es, con raras excepciones.

-Y ¿en qué se diferencia el cobarde del valiente si ambos obran a impulsos del miedo?

-En que el cobarde teme al dolor físico y a la muerte, y el valiente teme a la deshonra. El miedo del uno es vil y estéril; el del otro es rico en buenos frutos. Es precio, pues, saber tener miedo para merecer el calificativo de valiente.

-¿Y en qué rango pones entonces al que ejecuta una acción valerosa, sin que sea incitado por la seductora esperanza de adquirir fama?

-¡Ah! El que es capaz de ser valiente sin que lo estén mirando es un héroe -dijo Andrés-. Pero no se trata de estas excepciones de hombres que presentan el más alto tipo de la valentía verdadera. Te hablaba del valor común de las gentes... Pero estamos filosofando demasiado: nos hemos olvidado de nuestro asunto principal. Ya te digo que he resuelto acompañarte, y te acompañaré.

-En cuanto a eso -dijo Anselmo-, suponiendo como presumes que hubiese algún peligro, (que yo no creo) no puedo consentir en que te expongas por mi causa.

-Dime -le preguntó Andrés- ¿no obrarías tú como yo lo hago?

El joven solo contestó con un gesto que significaba: «¿quién lo duda?»

-Pues bien -prosiguió el otro-, ¿porqué me quieres quitar que haga lo que tú harías en mi lugar? Esto es injusto, amigo mío... Me dices que no quieres verme expuesto al peligro, en caso de haberlo; y si no lo hubiese Anselmo, ¿habría yo de insistir en acompañarte? ¿Crees que yo haya de interrumpir tus coloquios? -prosiguió riendo-. No, amigo; mientras tú hablas con Lucinda, yo me quedaré detrás de la esquina.

-Pues bien -le interrumpió el joven con buen humor-, acepto tu compañía con tal que no me interrumpas.

-Es muy justo. Ahora solo te advierto que llesves tu mejor espada... Aquella que te regaló don Ramón en «San Carlos» ¿te acuerdas?

-¡Como si lo estuviera viendo! -exclamó Anselmo con los ojos centelleantes-. Es la misma espada que el general llevaba cuando dimos la última carga que decidió nuestra victoria en Pudeto... Hay momentos -prosiguió alzándose de su asiento el joven y mostrando la marcial gallardía de su persona-, ¡hay momentos Andrés, que no se olvidan jamás!

Andrés había traído diestramente a la conversación aquellos recuerdos que podían exaltar el entusiasmo belicoso del joven.

-Así me gusta verte -dijo aquél golpeando con su mano el hombro de su amigo -así me gusta verte de cuando en cuando, porque si bien es verdad que hemos de ser siempre pacíficos, también hay casos en que conviene acordarse de que uno es militar, y ha tenido el honor y la dicha de encontrarse en esa carga a la bayoneta de que has hecho mención. ¡Godos traidores! Todavía me acuerdo de cómo fueron rechazados por nuestra infantería.

-¡Qué día aquel! -exclamó Anselmo paseándose por el cuarto.

-Y ¡qué bien mereciste esa buena espada que ganaste entonces! -agregó Andrés.

-Es mi más rica alhaja -dijo el joven-: no tengo más que mi espada y mi honor... La llevaré ahora que voy a ver a mi Lucinda; ¿Con qué otra cosa de mayor mérito podría yo adornarme para ir a visitarla?

CAPITULO XXVI

En el Parral de Gómez

«¡Viva el festín! La música recrea;
sonrisas de mujer buscan la tuya,
el Champaña en las copas espumen:
¡Hurra! ¡Tregua al dolor! ¡Que aquí concluya!»
-(ISIDORO ERRAZURIZ.)

En aquel momento sonaron tres golpes en la puerta; y sin esperar la invitación, se abrió ésta y entró al cuarto nuestro risueño y curioso Gacetilla, que andaba como siempre hambriento de noticias.

-Señor don Andrés -dijo-; ¿cómo está usted? Anselmo, amigo mío te vengo a convidar para que merendemos juntos, porque hoy es mi día, quiero decir: hoy es mi noche. Y mi señora doña Cecilia ¿cómo está? Señor Muñoz. Es una señora cumplida; y bien haya el gusto de usted... Con que, Anselmito ¿puedo contar contigo? Ya te digo que es mi noche. Otros se celebran en los días de sus respectivos santos; pero ¡ja, ja, ja, ja, ja! Mi santo es nocturno, o más bien dicho, «mis santos», pues me gusta celebrarme así, de noche en noche, las más veces que pueda en el año para que no se enoje San Catalino. Y hay de ser mi buen santo muy descontentadizo, si esta noche no me echa su bendición, porque, ¡ja, ja, ja! Te aseguro que aquello estará de chuparse los dedos. Vaya, pues, ¿dime si puedo contar contigo? La cosa será en el parral de Gómez, que ya tú conoces... Pero ahora me acuerdo (y es por donde debí habar principiado): tal vez estaban ustedes tratando algún asunto reservado... Si es así me retiro... La prudencia antes de todo.

-No, señor Gacetilla -contestó Andrés-: usted no está de más en ninguna parte. Hágame el favor de sentarse.

-Gracias, señor -dijo don Catalino sentándose y sacando su pañuelo de algodón para hacerse aire en la cara, porque siempre andaba muy acalorado.

En cuanto a Anselmo, estaba muy preocupado con los recuerdos de su amor, razón por la cual había recibido con frialdad la inoportuna visita de don Catalino. Después de contestar al saludo de éste, le dijo:

-Siento mucho, amigo mío, no poder asistir a la merienda.

-¿Estás enfermo?

-No, hombre.

-¿Te has confesado y piensas comulgar mañana?

-Tampoco es eso -contestó riendo Anselmo.

-¿O tal vez tienes algún compromiso?...

-Es una diligencia que tengo que hacer esta noche.

-¿Qué diligencia será esa? -pensó Gacetilla-. Eso es ya diferente -prosiguió en voz alta-: si tienes que hacer capítulo de otra cosa. ¿Qué saben ustedes de noticias?

-Nada sabemos -contestó Andrés-. Yo vivo muy retirado en mi casa...

-En cuanto a usted, tiene razón, porque debe estar encantado en esta casa, siendo la señora de ella una persona como mi *sia* Cecilia. Pero tú, Anselmo ¿tampoco sabes nada?

-Nada sé de nuevo -contestó el joven con sequedad.

-Es increíble que hombres como ustedes estén a oscuras de lo que pasa... ¡A dónde se ha ido el patriotismo! ¡No saben nada y estamos al borde de una revolución!

-¿Revolución?

-Espantosa, según las premisas que se dejan ver.

-Déjate de malos agüeros -dijo Anselmo.

-No son agüeros ni agüeras sino revolución clarita, que según dicen, andan haciendo los *estanqueros*. Yo sé que han repartido plata como mote. Y lo peor es que los de esta revuelta están de concierto con la que estallará en el sur... Yo creía que siendo ustedes militares sabrían algo.

-Ni una palabra -dijo Anselmo.

Andrés no decía nada. Era evidente que la conversación de Gacetilla le molestaba sobremanera.

-Yo no sé nada acerca de esos rumores -continuó Anselmo-, porque estos últimos días lo he pasado todo el tiempo en casa.

-Tú no tienes perdón, amigo mío, ¿cómo puedes vivir entre cuatro paredes, sin salir a saber lo que pasa? Muy taciturno te veo desde algunos días a esta parte; y como me intereso tanto por ti y deseo verte alegre y contento, he venido ahora a pedirte que nos acompañes. Estará allí Motiloni, aquel italiano que conociste no sé qué día. ¡Qué hombre tan de historias y noticias es ese! Vale lo que pesa.

-Pero ya te digo que no me es posible por ahora.

-Sí, ya estoy; otro día será -contestó maquinalmente el parlanchín, empeñado en saber la razón por qué Anselmo se negaba a aceptar el convite.

Enseguida, tomando su sombrero como para retirarse, volvió de nuevo a la carga y lanzó sobre Anselmo estas palabras a quema ropa.

-¡Apuesto, hijo mío, a que estás enamorado! ¡Ja, ja, ja! No lo digo por descubrir secretos, pues ya sabes que soy enemigo de saber vidas ajenas; mas como te veo desde algún tiempo a esta parte así tan retirado y taciturno, se me ha puesto en la cabeza que estás enamorado de veras. Pero aun cuando así fuera -prosiguió insistiendo-, ¿es esto una razón para *echarse a muerto*? Bastantes penas se nos atraviesan en este mundo para que un

cristiano las aumente haciéndole caso a una desdeñosa. Si hubieras de seguir mi consejo, yo volvería a rogarte que me acompañases al Café, en donde el olor de la merienda te abrirá el apetito. Porque te advierto que aquello no es un pavo a secas, sino acompañado de buena chicha de Aconcagua, mosto de Concepción y otras agüitas como éstas, que te trasportarían al quinto cielo, sin faltarle al dicho cielo sus ángeles, pues hemos convidado a varias niñas, cuyas miraditas te harán sonar dispierto, y las harpistas de Renca que te harán olvidar los desdenes de tu ingrata. Pero dejémoslo aquí, pues conozco que te disgusta mi propuesta, y tu gesto me dice que no estás hoy de humor. Allá te las hayas si estás enamorado de veras, y Dios te dé paciencia; que en cuanto a mi, no soy tan tonto para que me enamore tan estrictamente, y haya de entristecerme antes de tiempo. Gozaré del sol mientras dure, y en llegado a viejo, me enamoraré de veras; me casaré y santas pascuas.

Riéronse los dos amigos al oír los disparates de Gacetilla:

-Éste es el propósito que tengo hecho -prosiguió don Catalino con su interminable verbosidad-. Casarse antes de tiempo es perderse; y todo el mundo sabe que quien se guarda bien se logra. Yo a este refrán me atengo, que a fe que sería un Salomón el que lo descubrió... y adiós por ahora; hasta mañana, Anselmo. Yo me voy: siento dejarlos; pero tengo mucho que hacer. Motiloni y otros amigos me esperan en el Café para entretenernos en un partido de básiga que hemos formado. Es la mejor manera de hacer hora: El que pierda, pagará la merienda. Adiós, señor Muñoz: muchos recados a la señora doña Cecilia. ¡Cuenta con la revolución, pues!

-Servidor de usted -dijo Andrés dando la mano a don Catalino-. Deseole mucha suerte en la básiga.

-Gracias -contestó Gacetilla saliendo con apresurados pasos, como si algún asunto urgente lo llamara.

-¿Qué diligencia será esa de Anselmo? -se preguntaba mientras se dirigía al Café-. Yo no sé por qué tengo tantos deseos de averiguarlo... ¡Como este Anselmo es tan reservado, que es preciso tirabuzón para sacarle alguna noticia, le aviva la curiosidad a cualquier cristiano!

Pronto llegó al Café y se puso a jugar con sus amigos; pero sin desamparar la idea de saber por qué razón no habría querido asistir Anselmo a la merienda.

-¿No viene Anselmo? -le preguntaron.

-Me ha sido imposible decidirlo: tiene que hacer cierta diligencia indispensable esta noche.

-Pues que la haga -dijo uno-: nosotros nos comeremos el pavo.

Motiloni que estaba presente, nada decía; pero se sonrió imperceptiblemente. Apenas hubo concluido la partida, se despidió de los demás, diciendo que le había venido con el juego un fuerte dolor de cabeza y necesitaba irse a acostar, que era el único remedio que tenía contra la jaqueca; y aunque los demás insistieron en que los acompañase en la merienda, les fue imposible detenerlo.

Enseguida salieron todos del Café; y dirigiéndose hacia la Cañada, arrastraron consigo a todos cuantos amigos encontraron al paso: por manera que cuando la comitiva llegó a la Alameda, ya iba considerablemente aumentada. Gacetilla iba contentísimo, pues como no gastaba jamás el fruto de sus sudores, tampoco se paraba en chicas para convidar a todo el mundo. Marchaba a la cabeza de la alegre tropa, riéndose de la misma persona que poco antes le ofreciera el dinero para el convite, en caso de tener que pagarlo él.

-Amigos míos -decía a sus confidentes (y solía serlo el primero que pasaba por la calle)- es preciso gozar del sol mientras dura, y darse gusto hoy, porque nadie ha visto a mañana. ¡Esta es la vida! Y les advierto que mientras me dure la vieja a quien estoy arruinando ahora, tendrán ustedes con que remojar la palabra, pues en esta vida no hay mayor desdicha que la de pasarlo un cristiano a boca seca, como caballo de vigilante, sobre estos malditos empedrados de Santiago.

-Y ¿cuánto tiempo nos durará la vieja? -preguntó uno riendo.

-Creo que tendremos para más de un año -respondió el bribón en el mismo tono; y si gano el pleito, tendremos para diez años.

-¿Qué pleito es ese?

-Es uno que he puesto, como apoderado de la buena señora, contra un caballero que le tiene usurpada una gran estancia. En cuanto gane la hacienda me caso con ella.

-¿Con la hacienda?

-No; con la señora, que es lo mismo... ¡Pero ahora que me acuerdo! Es preciso que pasemos aquí a casa de las *Guañacas* para que las llevemos a la merienda.

Diciendo esto, apuraron el paso y se dirigieron hacia una casita de la Alameda, que a pesar de su miserable aspecto, servía de morada a cuatro o cinco niñas alegres y muy condescendientes, a quienes llamaban las *Guañacas*, sin que hayamos podido averiguar cuál era su verdadero apellido. Las niñas aceptaron al momento la proposición de Gacetilla, y acompañadas de la señora madre (que según cuentan, era tan alegre y condescendiente como sus hijas), siguieron a los convidados con la mejor voluntad del mundo.

Llegados a la calle de Duarte, entraron en ella, y a poco andar, dieron con el lugar del convite. Era éste un espacioso patio cubierto por un gran parral, o mejor dicho un precioso parrón, bajo cuyas verdes hojas tenían lugar, no solamente los *picholeos* de la

juventud, sino también las meriendas de las personas más graves, cuya edad puberta y encumbrada posición social no les impedía, en aquella época de sencillez, el ir a solazarse amigablemente, ya debajo de los parrales de Gómez o de Cáceres, ya a la sombra de las higueras del tuerto Trujillo.

No bien hubieron llegado los hambrientos convidados, cuando el patrón de la casa se puso en movimiento. Sintiose el olor del pavo asado, el cual, tomando posesión del centro de la mesa, se vio al momento rodeado de guachalomos salpresos, lenguas *compuestas*, fuentes colmadas de aceitunas, cebollas escabechadas y otras menudencias más o menos apetitosas, sin que faltase una *ensaladita de patas*, bien cargada de ají, para los aficionados, y gran llamadora de la *sed noble*.

No necesitaron los convidados de invitación alguna para sentarse a la mesa, ni tampoco para atacar sin misericordia a las olorosas y no menos sabrosas viandas. Las niñas que Gacetilla había convidado se hallaban entremezcladas artísticamente con los jóvenes; y matizaban la mesa, como las flores que alzan su risueña corola por entre los robustos troncos y ramas de los árboles. Una franca alegría reinaba en todos los semblantes, desde el de los que pagaban la merienda hasta el de la patrona de la casa que ya había recibido su valor, y que no por eso dejaba de servir diligentemente a sus parroquianos, para que no se dijera de ella: «a obra pagada, manos quebradas.»

El advertido Gacetilla había hecho colocar en un extremo del parrón, dos harpistas acompañadas de un *rabelista*, de más fama que el mismo Paganini. Las harpistas y una tercera cantatriz, *que llevaba el alto*, cantaban hasta ensordecer, apagando el ruido de la mesa. Pero bien pronto creció este ruido, y los gritos se elevaron hasta apagar las harpas y las voces. Era que la chicha de Aconcagua había comenzado ya a hacer su efecto. Al principio algunos notaron con extrañeza que don Catalino bebía muy poco; pero después ya ninguno de ellos estaba en actitud de poder observar nada, y lo único que notaban todos a cada rato, era que faltaban botellas llenas y sobraban vacías, razón por la cual pedían que llevasen las unas y trajesen de las otras.

CAPITULO XXVII

Don Catalino buscando uno se encuentra con otro

«¡Atrás! Dice acompañando este grito con la más enérgica de las interjecciones españolas, y cubriendo su espalda, lo mejor posible, con la muralla próxima.»

–JOTABECHE. (Un Chasco.)

Serían las nueve y media, cuando don Catalino, que sin saber por qué, estaba no de muy buen humor, se levantó de la mesa, y salió casi sin ser notado por sus ya demasiado alegres compañeros.

Habiendo atravesado la Alameda, le vino la idea de ir a casa de Anselmo, para ver si podía descubrir algo de lo que excitaba su curiosidad.

-Pero ¿con qué pretexto llegaré allá? -se preguntaba mientras proseguía su camino por la calle de Teatinos. Si no se me ocurre ningún pretexto -agregó-, no entro a preguntar por él; pero de todos modos veré si hay luz en su cuarto.

Una persona que vio a lo lejos, a tiempo de pasar por enfrente del farol de una puerta de calle, lo distrajo de su pensamiento.

Gacetilla había llegado a la calle de los Huérfanos; y por esa misma calle vio que marchaba hacia abajo un hombre embozado en un capote.

-¿No es don Pablo? -se preguntó-. Sí, sí: es el mismo; no puedo equivocarme. ¿Qué diablos estará haciendo ahora por la calle, después de habernos embaucado con su jaqueca? ¡Y yo, *tan Juan de buena alma que le fui a creer!* Este don Pablo es de empresa; pero no me engañará otra vez. ¡No, no! Voy a ver a dónde se dirige. ¡Y lo he de saber! ¡Qué descubrimiento tan importante es éste!

Y don Catalino, olvidando el asunto de Anselmo y dándose el parabién de su descubrimiento, siguió a Motiloni, quien, no viendo que lo observaban a cierta distancia, proseguía su marcha sin hacer el menor ruido con sus pasos.

-Debe estar muy molestado de los callos -dijo sonriéndose entre dientes Gacetilla, pensando en que el italiano iría con zapatos de lana-. ¡Vean no más cómo se le ha bajado a los pies la enfermedad de la cabeza! Pero esta vez no te me has de escapar. ¡Piensas engañarme a mí! ¡Me he de reír a mi gusto mañana cuando le haga mis preguntas!

Tan pronto como don Pablo llegó a la calle del Peumo, torció hacia el norte hasta llegar a la de la Compañía, por donde prosiguió su marcha. Gacetilla lo seguía a lo lejos, marchando con las puntas de los pies, a fin de hacer el menor ruido posible. A esa hora, ya casi todas las puertas de las casas se habían cerrado, y la calle estaba oscura y silenciosa. Llegando Motiloni al frente de la casa de don Marcelino, volvió sobre sus pasos; y Gacetilla que notó este cambio de frente, torció sobre su izquierda y se metió en la calle atravesada porque no quería ser visto por don Pablo. Este llegó a la misma esquina y atravesó la bocacalle, sin ver a don Catalino perdido en la oscuridad. Enseguida se paró; púsose a escuchar y luego empezó a pasearse en la vereda, como si esperara a alguien.

-¿Qué hará aquí este diablo? -pensó el curioso Gacetilla-. ¿Por qué habrá elegido este lugar para pasearse? Aquí hay gato encerrado, y es preciso que yo descubra este pastel... ¿Si estará el italiano enamorado de Lucinda? ¡Ah! ¡Eso es! ¡Ya di en el *quid!* Está enamorado, y por eso recibió el otro día con un gesto tan agrio la noticia de los amores de Anselmo con la muchacha... Eso es... ¿Cómo se me había escapado ésta? Mañana me he de reír cuando le empiece a echar indirectas. ¡Ja, ja! Pero si esto es una cita -prosiguió don Catalino-, ¿por qué no sale la muchacha? Visita no puede ser, porque la hora es

avanzada... ¿O se usará allá, en la tierra del italiano el visitar las paredes de la casa de su querida? Se lo he de preguntar mañana.

Don Catalino siguió cavilando como si se tratara del más importante negocio. De repente se dijo para sí:

-¡Tonto de mí! Esto no puede ser asunto de matrimonio... ¿No dicen que Motiloni es un fraile italiano dado de baja? Así se susurra, y yo lo creo porque este diablo huele a fraile desde lejos... Hasta en las sentencias que dice se le conoce... Sí señor; no son amoríos. No señor: pero ¿qué será? ¿Si será alguna cita política? A mí se me ha puesto que el italiano es de los pelucones... y siempre paseándose... Pero él está con el gobierno, sin embargo de que suele echarle sus pullas de cuando en cuando. ¡Como es tan gracioso!. No señor, yo he de saber luego de lo que se trata... Voy a hacerme el enconadizo con él.

Don Catalino puso al momento por obra su pensamiento; y escondiéndose detrás de la esquina, esperó allí a Motiloni y le salió al encuentro.

-¿Quién es usted? -exclamó don Pablo, viendo delante y cerca de sí, a un hombre cuya presencia no esperaba.

-Yo -contestó don Catalino riendo por boca y narices-: yo soy que vengo a preguntarle cómo le va de su dolor de cabeza.

Motiloni no respondió; pero se contrajo su semblante de modo que si Gacetilla lo hubiese visto habría temblado. El italiano estuvo tentado por descargar un bastonazo sobre la cabeza de don Catalino; pero se contuvo, diciendo entre dientes:

-A este pobre diablo lo salva su misma necesidad.

Luego prosiguió con voz tranquila:

-He venido a pasearme y a tomar el fresco de la noche, porque el vino que bebí en la merienda me dio un poco de fiebre.

-Yo también -le interrumpió don Catalino-, y al verlo a usted por casualidad, quise cerciorarme de si en efecto era usted o su ánima.

-Ahora me voy a acostar -prosiguió don Pablo dando muestras de querer volverse a su casa.

-Pues nos iremos juntos, porque yo también me voy por esta misma calle.

Pero en el momento de querer ponerse en camino, sintieron un golpe sordo dado en la puerta de la casa que estaba enfrente de la de don Marcelino. Al mismo tiempo, la luz que había colgada en el dintel de la puerta se apagó, y el farol cayó sobre la vereda haciéndose pedazos.

-¿Qué es eso? ¡Ladrones! -exclamó don Catalino tratando de huir.

Pero fuese por miedo o por curiosidad, volvió sobre sus pasos.

-¿No ha oído usted? -preguntó acercándose al italiano cuanto más podía.

-Sí -contestó éste-. Yo creo que conviene tocar retirada.

-Soy de su mismo parecer. Pero ¿por qué calle nos dirigiremos para no dar con el enemigo?

Motiloni pareció dudar por un corto rato; y luego dijo a Gacetilla señalando la calle de Teatinos hacia el norte:

-Yo me voy por aquí, y tuerzo en la esquina.

-Soy de su opinión -agregó Gacetilla acercándose más y más a su compañero de susto.

Sin embargo, don Pablo, lejos de apurar el paso, parecía no querer marcharse tan pronto, a diferencia de Gacetilla que deseaba tener alas para volar.

-¡Marche, pues, don Pablo! -exclamó-: ¿no ve usted que pueden...? Pero, ¿oye usted?

-¿Qué? -preguntó el italiano aplicando el oído.

-¿No oye pasos?

-Creo que sí.

-Yo sí que lo aseguro... Parecen dos. ¡Corra, hombre, por Dios!

-Eso si que no -dijo Motiloni parándose de repente-. Ahora sí que oigo los pasos; pero no me moveré de aquí, mientras no sepa de qué lado vienen.

-Tiene usted razón, amigo mío -dijo don Catalino tiritando de susto y tomándose del brazo de don Pablo.

-¿Estamos con miedo ahora? -le preguntó éste con voz burlona.

-Tirito de frío -contestó Gacetilla tartamudeando de emoción.

Las pasos se acercaban más y más. En lo mesurado de aquellos pasos se dejaba ver que quien los daba era gente honrada. Sin duda lo pensó así don Pablo, porque no quiso moverse, y detuvo a Gacetilla, como gozándose en el miedo que éste manifestaba.

-¿Cree usted que serán ladrones? -preguntó éste.

-Todo puede ser -contestó el otro-: pero sean ladrones o no, yo no me muevo de aquí hasta que no pasen por la bocacalle.

-¿Y si tuercen por ésta, y nos encuentran?

-Nos veremos las caras... ¿No me dice que usted no tiene miedo?

-Sí; pero lo mejor es no exponerse, y *Juan de Segura* vivió muchos años. Yo me voy, porque...

-No se irá -interrumpió Motiloni deteniendo del brazo a Gacetilla-. ¿Cómo quiere abandonar al amigo en el peligro?

Era evidente que Motiloni nada temía y que no trataba sino de vengarse de Gacetilla. Ambos estaban como a veinte pasos de la esquina, y en aquel momento vieron pasar dos hombres por la bocacalle. Don Catalino, puesto entre su curiosidad y su miedo y dejándose vencer por la primera, miró fijamente a los transeúntes, y vio con sus ojos de lince que uno de ellos se quedó afirmado en el guardacantón, mientras que el otro se perdió detrás de la esquina.

-¿No ve usted cómo se separan? Algo espera el que se ha quedado ahí -dijo Gacetilla al oído de don Pablo-. Aquí hay algo. Veamos en qué para todo esto. En caso de algún siniestro tomaremos la huida por este otro lado.

Don Pablo nada contestó: parecía que algún pensamiento lo preocupaba. Pasados algunos momentos se oyó un agudo silbido, y el hombre de la esquina desapareció. Este hombre iba sin duda armado, porque al moverse se oyó el choque de un sable contra la piedra de la esquina, ruido que dejó estático a don Catalino.

-¡Vámonos! -dijo Motiloni arrastrando a su compañero.

-Vámonos -contestó maquinalmente éste, siguiendo los pasos del otro; pero no sin volver varias veces la cara hacia atrás, impulsado por una mezcla de miedo y de curiosidad.

Ambos marchaban sin hacer ruido, y solo don Pablo refunfuñó entre dientes:

-El golpe está dado.

Llegados al fin de la cuadra, ambos se pararon como movidos por el deseo de saber lo que aquello significaba.

CAPITULO XXVIII

Miguel y don Marcelino

«Marcha amigo con cuidado,
y afila bien tu catana;
porque puedes ir por lana
y volverte trasquilado.»
-(VERSOS POPULARES.)

Turra había salido de casa de su patrón y llevado a don Marcelino la esquelita que aquel le escribió.

-Aquí me tiene su merced a su disposición, señor -dijo el bandido, con ese aplomo del hombre que se cree necesario.

-¿Qué quería usted, amigo? -preguntó el señor de Rojas tomando el papel que le pasaban.

-Yo soy, señor, el hombre que su merced necesita para el asunto del mocito de las ventanas.

-¡Ah! Ya caigo -exclamó don Marcelino, quien aún no había leído el papel, porque no tenía sus antiparras a la mano-. Y ¿estás dispuesto?

-Sí, señor.

-Pero ¿tienes un compañero?

-Estas cosas se hacen mejor sin compañero, señor mío.

-Es que el tal Anselmo es un pipiolo, un desalmado, capaz de matarte.

-¿Capaz de matarme a mí? Su merced no me conoce -dijo Turra sonriendo.

-Allá te las hayas. Si quieres ir solo y te sucede algo con ese desalmado, mía no es la culpa.

-No tenga cuidado, señor: mi catana está afilada, y yo soy hombre que he visto más de una vez relampaguear una espada sobre mi cabeza.

-Muy bien: ahora te digo que debes estar aquí en cuanto principie a teñir la noche, advirtiéndote que no has de entrar por la puerta de calle sino por esta otra.

Mientras decía esto, don Marcelino mostraba a Turra la puertecita escusada por donde había salido el día anterior el padre Hipocreitía.

-Así lo haré, señor -contestó Miguel marchándose.

Quedose solo don Marcelino, y mientras se paseaba por su cuarto pensaba en los resultados de la acción que iba a poner por obra. De lo que menos se acordaba era de la

inmoralidad del hecho, pues sus justas intenciones no eran otras que castigar, con unos cuantos golpes, el atrevimiento de un mozo enemigo de la religión, de la paz y de las conveniencias sociales.

-Está bien -decía él-; pero si el pipiolo trata de defenderse, y este hombre lo ataca con su cuchillo ¿no puede suceder que los golpes se pasen a tajos y puñaladas, y resulte después una muerte, y venga enseguida un proceso, y luego... Vaya, yo le encargaré a este hombre que haga lo posible por evitar una desgracia, porque si corre sangre, puedo comprometerme en una causa ruidosa en la cual sufrirá el honor de mi nombre... ¡Oh! Sería fatal, ahora precisamente que trabajo porque ese caballero se emparente con mi familia. Por otra parte no hay para qué verter sangre, pues unos golpecillos serán suficiente corrección... ¡Yo tengo un horror al asesinato! ¡Oh! ¡No por Dios! El Señor me libre de que se cometa una iniquidad semejante aquí en las puertas de mi casa. Nada de muerte, pues yo no quiero la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva como Dios manda.

En tan evangélicas reflexiones se le pasó la tarde al buen señor, y en llegando las oraciones, pidió un pollo asado y una taza de chocolate para merendar, y se encerró en su cuarto diciendo qué estaba resfriado y quería acostarse temprano. Doña Trinidad y su hija quisieron hacerle los acostumbrados remedios en casos semejantes; y ya tenían preparada el agua caliente para los baños *de medio cuerpo*, la sudorífica bebida de borraja con raspadura de palqui, y el ladrillo enterrado en el rescoldo de la cocina, para aplicarlo a los pies envuelto en una bayeta de lana a fin de *tirar el calor para abajo*, en caso de no calentarse los pies. Pero don Marcelino, que jamás había andado reacio para admitir en otras ocasiones análogos estos mismos medicamentos, dio y porfió aquella noche en que no los había menester; y dijo que con *su gloriadito* que le trajesen para tomárselo al meterse en la cama era bastante. Trajéronle el *ponchecito*, bebida que solo por remedio solía tomar don Marcelino y cerró la puerta de su cuarto.

Con tales preparativos, toda la familia creyó que el enfermo estaría durmiendo en poco rato más. Pero en lo que menos pensó don Marcelino fue en acostarse. Púsose unos zapatos de lana, de los que entonces se llamaban de *silencio*, y empezó a pasearse a lo largo del cuarto pensando en el asunto que lo preocupaba, y entremezclando sus profundas cavilaciones con traguitos del *gloriado* que tenía sobre su mesa.

-Esto conforta -decía, después de cada trago-: entretengamos el tiempo mientras viene este muchacho que parece de empresa... Yo no sé cómo tiene tanta habilidad mi compadre Cándido para encontrar hombres a propósito para todo. ¡Ya se ve! Gasta tanta plata en estas cosas de política y como él dice... Por ahora ha prometido ayudarme, y creo que lo hará con todas sus fuerzas, porque es un buen compadre, y hombre de religión y de ley.

No se hizo esperar mucho tiempo el inteligente servidor de don Cándido. Serían las nueve de la noche, cuando don Marcelino oyó dos golpecitos dados a la puerta exterior de su cuarto.

-Él es -dijo-: este muchacho sabe cumplir con su palabra; es un hombre de bien.

Diciendo esto, abrió la puerta, y Miguel Turra entró. Venía el bandido en traje de a caballo: pero por precaución, se había quitado sus grandes espuelas de fierro que llevaba en la mano. Cubría su robusto cuerpo un poncho grueso, que no dejaba ver de su vestido otra cosa, que las botas azules de barragán atadas en las corvas con *guinchas* rojas.

Llevaba sobre la cabeza un gran sombrero de lana de falda ancha y tiesa, que al mismo tiempo le podía servir de quitasol y de paraguas, y en los pies unos zapatos claveteados, de suela gruesa, que, más que zapatos parecían ser casco de un animal en dos pies según el ruido que hacían.

-Buenas noches, señor -dijo saludando a su patrón accidental. ¿He llegado a tiempo?

-Sí, amigo -contestó don Marcelino cerrando la puerta-. Se conoce que eres hombre de palabra.

-¡Cómo no, señor! Yo no faltó a lo que prometo, porque a toda ley, el que cumple... y ya sabe su merced que el hombre por la palabra y el buey por la asta...

-Sí, eso es... ¿Y vienes preparado?

-Como bola y pinta -contestó Turra haciendo un gesto significativo-. Yo estoy preparado siempre, porque, hombre prevenido nunca fue vencido, y mi catanita viene de *atentar Pechoña*...

Turra acompañó estas últimas palabras con un gesto de marcada seguridad.

-¡Pero hombre! -le interrumpió don Marcelino-; ya te he dicho que no se trata de asesinar a nadie ¿qué no tienes religión?

-Soy cristiano a las derechas -contestó Turra-; y si no lo fuera ¿andaría en estas andanzas por arreglarle las cuentas al pipiolito?

-Sí; pero...

-Mi patrón, don Cándido, me ha dicho que es uno de los herejes.

-Es verdad; pero ya te digo que no se trata de eso, sino de darle unos planazos para castigar su atrevimiento. ¡Cosas mayores nos comprometerían!

-Lo haré como su merced dice; pero yo sé que los pipiolos tienen el diablo dentro del cuerpo, y no entienden a planazos. Es preciso darles de filo, señor.

-¡Ave María! -exclamó don Marcelino-. Este muchacho es oficioso por demás. ¿Y has venido a caballo?

-Sí, señor; pero me apeé en casa de un compadre que tengo en la plaza del Basural, y allí dejé mi bestia. Estas cosas deben hacerse de a pie; y ya que ni su merced ni el señor don Cándido quieren que haya un tajito siquiera...

-No; de ningún modo: eso sería comprometer mi casa.

-Llevaré mi catanita por si *acaso*; porque en cuanto a esto, lo que abunda no daña -agregó el bandido.

-Está bien: dale fuerte, pero con lastima. Nada de sangre, porque eso sería homicidio: ¡y el homicidio es cosa grave, hijo! Ya se acerca la hora.

Pues entonces, al negocio -dijo Miguel sacándose su poncho que dobló y ató alrededor de su cintura con su faja de lana, en la cual encajó su puñal.

Enseguida se ató la cabeza con su gran pañuelo de algodón, y se encasquetó el sombrero hasta los ojos.

-Ya estoy pronto -dijo-: ¿Dónde me he de poner a aguaitar la lucha?

-Ven: yo te diré... Pero antes es preciso que observe si las criadas duermen.

Dicho esto, salió don Marcelino al patio, y después de unos tres minutos volvió diciendo:

-Está todo en silencio, y la noche como boca de lobo.

-Tanto mejor, señor... Y ahora me acuerdo... ¿Tiene por ahí algún pañuelo que no le sirva?

-Aquí tienes uno ¿para qué quieres esto?

-Ahora necesito una piedra, porque es preciso apagar la vela del farol de enfrente, que está prendida todavía -dijo Turra en voz baja.

-¡Ah! Ya comprendo: eres un prodigio. Allí tienes esa piedra que sirve de curia a la puerta.

-Está muy buena -dijo Miguel envolviendo la piedra en el pañuelo y disponiéndose a salir-. Es preciso darle al farol sin hacer mucho ruido.

-Antes de salir toma un traguito -dijo don Marcelino pasando el vaso a Turra, quien se bebió de un sorbo todo el contenido de éste.

-Dios se lo pague, señor -dijo Miguel devolviendo el vaso-. No perdamos tiempo.

-¡Pues, en el nombre sea de Dios! -dijo entonces el viejo-. Sígueme, hombre, sin hacer ruido.

Salió al patio de la casa don Marcelino seguido de Turra, quien marchaba en puntillas. Dirigiéronse ambos a la puerta de la calle que estaba entreabierta; y una vez cerciorados de que no había una alma en la calle, Miguel lanzó su piedra envuelta sobre el farol de enfrente. La luz se apagó, cayendo sobre la vereda el farol hecho pedazos, y todo quedó hundido en la más completa oscuridad. He ahí la causa del ruido que, como queda dicho en el capítulo anterior, había asustado tanto a don Catalino Gacetilla.

Éste y Motiloni, pegados el uno contra el otro, esperaban detrás de la esquina, en lo que había de parar todo aquello. Mientras tanto, don Marcelino y Miguel aguardaban ansiosamente a su víctima.

Veinte minutos habían pasado, y aún no se oía ruido alguno. El asesino estaba desesperado, creyendo que por esta vez podría quedar burlada su esperanza. Enseguida se echó sobre el suelo, y aplicando el oído al pavimento del zaguán, permaneció allí un buen rato, hasta que, alzándose de repente, dijo con una expresión marcada de contento, que hizo temblar hasta al mismo don Marcelino:

-¡Ya viene!

-¿Has oído pasos?

-Sí, señor; viene por el lado de la plaza.

Luego se dejaron oír los pasos de dos hombres que venían por la misma calle.

-¿Si será él? Vienen dos -dijo Turra.

-Tal vez traiga compañero, y entonces hemos perdido el tiempo -observó don Marcelino.

-Nada me importa que sean dos -replicó el bandido-. Más vale así, porque para Miguel Turra es muy poca cosa un pipiolito solo. ¡Le prometo *merendarme* a los dos!

-Pero ya te tengo dicho que no quiero que suceda una *desgracia* -le dijo con imperio don Marcelino.

-Ya lo sé: digo que emplearé mi catana, solo en el último caso y si me veo apurado.

-Si te atacan, ya es otra cosa. La defensa es permitida -observó sentenciosamente el viejo.

En aquel momento se oyeron muy cerca de la puerta los pasos de un solo individuo.

-Este viene solo -dijo Miguel-; y si es él...

-¡Es el mismo! -exclamó don Marcelino, notando que la persona que acababa de pasar se había parado enfrente de las ventanas.

En efecto, el que acababa de pasar no era otro que Anselmo, quien, habiendo dejado en la esquina a su amigo Andrés, venía dándose el parabién de encontrar oscura la calle. Pero muchas veces sucede que el hombre se da el parabién de haber encontrado lo que le daña, creyendo dar con lo que le aprovecha. Apenas Anselmo tocó la reja de la ventana con una llave que sacó de su bolsillo, cuando las puertas de aquella se abrieron cautelosamente, y el joven aspiró el aromático ambiente que envolvía a su amada. La pieza estaba a oscuras, y Anselmo solo pudo oír el tímido saludo de Lucinda. Lo demás lo adivinaba su amor.

-¡Lucinda! -exclamó el joven.

-¡Ah! -dijo la niña-: un año hacía que te estaba esperando.

No tuvo tiempo Anselmo de contestar a estas palabras de dulce y amoroso reproche, porque en aquel mismo instante se vio estrechado, como en una prensa, por un par de musculosos brazos que rodearon su pecho.

-¡Ah! ¡Traidor! -exclamó, tratando de desasirse del bandido.

-¡Qué hay por Dios! -exclamaron dentro las mujeres.

-¡Ya no se me escapa! -dijo Turra, con alegría feroz, pugnando por echar al joven a tierra.

Lucinda se había desmayado, y su madre no atendía sino a dar auxilio a su hija.

En cuanto a don Marcelino, luego que vio segura la víctima, atrancó la puerta de calle y se fue a su cuarto diciendo:

-Si sucede alguna desgracia, no es por mi culpa. Bastante le he dicho a éste que no le dé de filo.

Mientras tanto, viendo Anselmo que no podía desasirse del bandido, y que ya estaba a punto de caer; llevó como pudo a la boca la llave que tenía en la mano y dio un silbido.

-En balde *chifla*, amigo -dijo Turra, próximo a dar con su víctima en tierra-, porque...

Pero no pudo proseguir, porque sintió sobre sus espaldas un par de golpes dados con una mano firme. Lanzó entonces el bandido una feroz maldición; y soltando impensadamente su presa, echó mano a su puñal y se volvió hacia el que lo atacaba por la espalda. Pero habiendo sentido la aguda punta de una espada, saltó hacia atrás y se puso en guardia contra la pared de la casa.

-Aquí los espero a los dos juntos: ¡*métanle* no más! -exclamó.

Anselmo había sacado su espada; pero solo con la intención de defenderse del asesino; y aunque se había puesto al lado de Andrés, tenía su pensamiento dentro del cuarto donde estaba Lucinda.

-Dejémoslo escaparse: no demos un escándalo que sería fatal -dijo el joven a su amigo.

-¡No, no! -contestó Andrés-: ha de ir derecho a la cárcel.

Y luego dirigiéndose al bandido, le dijo:

-¡Date a preso!

-¿Yo rendirme? -contestó Turra con una risa feroz-. Yo no me doy a preso ni a diez de su laya. ¡*Métanle* no más con sus espadas, y verán qué tripas son las que primero caen al suelo!

-¡Bellaco! -exclamó Andrés lanzándose sobre Turra, quien paró diestramente el golpe de su adversario; pero no pudo impedir que una segunda estocada le hiriese en un brazo.

-¡Andrés! ¡Amigo mío! -gritó Anselmo-: te ruego que lo dejemos huir. Tengo para ello mis razones.

-Pues bien, que se vaya ahora -dijo Andrés volviendo a su puesto-. Ya está castigado, y por otra parte, me da vergüenza matar a este hombre, cuando tengo la ventaja de...

-Ya le digo que usted no es capaz para mí -dijo Turra...- No crea que me ha herido -prosiguió-, porque su espada ha traspasado solo a mi poncho.

-Sea como sea -le interrumpió Anselmo-. Vete: te dejamos libre.

-Me voy; pero no porque ustedes me lo manden -dijo con arrogancia el asesino.

Andrés y Anselmo dieron paso al bandido, quien al verse libre, dio un salto como gato montés sobre el primero, pretendiendo hundirle su puñal en el pecho y diciéndole:

-¡Adiós!

Pero la puñalada fue solo en el vacío, porque Andrés dio en aquel mismo instante un paso atrás.

El bandido huyó por la vereda; y cuando se vio a unos diez o doce pasos de distancia, se volvió y dijo:

-Ahora no he acertado; pero otra vez acertaré. Ésta me la han de pagar: ¡ya los conozco!

Diciendo esto, se perdió en la oscuridad.

CAPITULO XXIX

Una puñalada por si acaso

«Quien anda por mal camino,
cuando no cae, resbala.»
-(DICHO POPULAR.)

Luego que el bandido hubo llegado a la primera bocacalle, tomó sobre su izquierda; y rodeando la manzana, trató de llegar cuanto antes al lugar en donde había quedado su caballo. Con su puñal en la mano, sediento de venganza, y lanzando al aire horribles maldiciones, corría aquel hombre como un perro rabioso dispuesto a morder al primero que encontrase. Parecía una fiera escapada de su jaula de hierro. Pronto rodeó la manzana y llegó a la esquina en donde se habían parado Motiloni y Gacetilla.

Entonces trató de seguir la calle de Teatinos; pero viendo moverse dos sombras en medio de la oscuridad, y creyendo que aquellos hombres podrían ser los jóvenes que acababa de dejar, saltó sobre ellos como un tigre sobre su presa, y lanzándoles una puñalada, les dijo al mismo tiempo.

-¡Allá va esa, por si acaso son ustedes!

Y echó a correr hacia el río, guardando su puñal, el cual notó con satisfacción que estaba húmedo. La fiera estaba satisfecha: había herido, aunque no sabía a quién.

-¡Me han herido! -exclamó Motiloni tomándose el brazo izquierdo que fue en donde recibió la puñalada, y tratando de restañar con su camisa la sangre que manaba de ella.

Don Catalino estaba petrificado; y al volver en sí, no hizo más que poner pies en polvorosa, y no paró hasta llegar a su casa. De lo que menos se acordó fue de prestar auxilio a su compañero.

-¡Y me abandona el miserable! -exclamó don Pablo con rabia concentrada.

Enseguida, después de liarse el brazo como mejor pudo, echó a andar hacia el oriente, no sin maldecir la cobardía e inhumanidad de Gacetilla. Pero éste no podía oír las maldiciones, y metido en su cama, se tocaba una y otra vez su cuerpo, como para cerciorarse de que no estaba herido.

-¡De buena me he escapado por curioso! -decía...- ¿Qué habrá sido de Motiloni? Mañana lo iré a ver temprano.

Dicho esto se quedó dormido.

Muy diferente era la escena que en aquellos momentos pasaba en casa de don Marcelino. Éste, que aún no se había acostado, salió de su cuarto para ver lo que pasaba en la calle.

En cuanto a Lucinda, una vez vuelta en sí, quiso abrir la ventana; pero su madre se lo impidió, diciendo que sería mejor salir al patio y recordar a don Marcelino para que tomara alguna medida. Ambas salieron y se encontraron con el viejo que echaba chispas de cólera por los ojos.

-¿Conque todavía no se habían acostado ustedes? -preguntó don Marcelino-. ¿Con que es verdad que estaban esperando la visita? ¡Por los clavos de Cristo! ¡No sé qué hacer con Uds.!

-Y ¿qué querría usted hacer? -preguntó con resolución doña Trinidad.

-¡Malvada! -la interrumpió don Marcelino apretando los puños...- Tú y esta mocosa han llevado la desvergüenza hasta recibir a ese mozalbete por la ventana.

-Ya que usted le cierra la puerta sin motivo alguno a un joven honrado y que además es mi pariente, me he visto obligada...

-¡Maldito sea tu pariente y toda su casta! Le he prohibido que visite mi casa porque no merece lo que pretende... ¡Así pagan ustedes mis bondades!

-¡Padre, por Dios! Perdóneme su merced -exclamó Lucinda arrodillándose a los pies de don Marcelino...- Vea si le ha sucedido algo... Yo le prometo no verlo más.

-Es verdad que no lo verás, contestó el cruel padre, porque no se atreverá ya a volver después de haber recibido su merecido...

Oyendo estas palabras, Lucinda cayó desfallecida sobre el suelo, pues el tono con que fueron pronunciadas, le reveló así como a doña Trinidad, que don Marcelino tenía parte en el hecho. Pero reaccionada bien pronto la pobre niña, se alzó de repente gritando como una loca.

-¡Anselmo! ¡Anselmo! ¡Dios mío! ¡Tal vez lo han muerto!

Y trataba de abrir la puerta que estaba atrancada y con llave.

Doña Trinidad y don Marcelino siguieron a su hija hasta el zaguán.

Anselmo y Andrés, que estaban para retirarse, oyeron los gritos y se acercaron a la puerta de calle.

-¡Aquí estoy, Lucinda! -contestó el joven-: nada me ha sucedido.

-¡Gracias a Dios! -exclamó Lucinda.

-Lucinda, hija mía ¿qué haces? -le dijo la señora sosteniendo a la niña.

-¡Atrevida! -exclamó don Marcelino-; solo faltaba que me perdieses el respeto hasta este extremo... ¡No sé cómo no agarro la tranca y la mato!

-Don Marcelino -le interrumpió la pobre madre-: acuérdesse de que es su hija...

-No es mi hija -contestó el miserable-: la desheredo desde ahora.

-Si puede quitarle su herencia, no podrá quitarle mi amor -contestó Anselmo desde afuera.

-¡Qué no te haya muerto Miguel! -exclamó colérico don Marcelino, sin saber lo que decía.

-¡Esas palabras me lo hacen comprender todo! -dijo Andrés desde la calle-. ¡Pero acuérdesse usted de que Dios castiga a los asesinos!

En ese momento atravesaba Motiloni la calle donde pasaba la escena. La frase de Andrés: «Dios castiga a los asesinos» pronunciada gravemente en el silencio de la noche, parecía salir de entre las sombras, y encontraron un eco en el alma del italiano.

-«¡Dios castiga a los asesinos!» -refunfuñó éste, siguiendo apresuradamente su marcha.

Luego dijo:

-¡Viejo necio! ¿Quién le iría a decir que se necesitaba de un hombre armado de puñal? Bien claro se le dijo que bastaba con algunos palos bien dados.

Doña Trinidad y su hija se retiraron a sus habitaciones, y don Marcelino entró a su cuarto, pesaroso de haber hablado más de lo que convenía. Desde que oyó las palabras de Andrés, casi se olvidó de su mujer y de su hija para pensar en el peligro que él mismo había corrido.

-¿Si me habrá vendido este muchacho? -se preguntaba-. Por eso yo era de opinión que no llevase cuchillo... ¿En qué compromiso me habría visto si hubiese sucedido una *desgracia*?

Por lo que toca a Anselmo y a Andrés, se dirigieron inmediatamente su casa. Ambos amigos marchaban silenciosos y embebidos en muy diversos pensamientos.

-Es un hecho -dijo Andrés, que este maldito viejo es el autor de todo.

-Así parece -contestó Anselmo tristemente.

-Pues sería bueno dar cuenta a la autoridad mañana temprano para que hiciera parecer al asesino.

-¿Estas loco? -preguntó Anselmo, mirando fijamente a su amigo.

-¿Por qué dices eso? ¿No te parece que sería una barbaridad dejar este hecho impune?

-Pero más bien dejar impune al bandido que hacer caer con nuestra acusación una mancha en la familia de Lucinda... ¿Te olvidas de que don Marcelino es su padre?... Mientras más me convengo de que él es el autor de lo que nos acaba de suceder, más bien veo la necesidad de ocultar el hecho. Bastante castigado queda.

Andrés no contestó. Ambos amigos prosiguieron sin hablar una sola palabra; y llegados a su casa, se acostaron sin que Cecilia hubiese sospechado siquiera en dónde habían estado su esposo y su amigo.

CAPITULO XXX

Don Marcelino traba amistad con don Melitón

«La casualidad los junta
y el diablo los hace amigos»
-(DICHO POPULAR.)

Al siguiente día muy temprano los vecinos del barrio notaron una novedad en la casa de don Marcelino, a saber; que el maestro mayor de los carpinteros, señor Juan Labra, estaba clavando por dentro y por fuera todas las ventanas que caían a la calle. El mismo don Marcelino en persona presenciaba la operación, no sin encargarse repetidas veces al carpintero que remachase bien los clavos, multiplicándolos allí donde era necesario, porque decía; «en estas cosas lo que abunda no daña» Cerrose también la puerta del zaguán y solo quedó abierto un postigo para el servicio; por manera que la casa parecía estar de duelo, lo cual no dejaba de ser en cierto modo muy verdadero, atendiendo a la dolorosa impresión que las escenas anteriores habían hecho en doña Trinidad y en Lucinda.

Madre e hija tuvieron que resignarse a vivir así encerradas durante más de seis semanas; tiempo que don Marcelino, convertido en carcelero de su familia, pasó no del todo tranquilo. Bien poco le importaban a él las mil preguntas que sus amigos le hacían sobre la inaudita determinación de convertir su casa en cárcel; pero no podía recordar a sangre fría aquellas palabras de: «¡Dios castiga a los asesinos!» pronunciadas solemnemente por Andrés Muñoz. Afligíale, no el temor de Dios, con el cual pensaba arreglarse en la confesión próxima, acusándose de aquel pecado (por si acaso lo fuera); sino el miedo a los resultados de una causa criminal. Su intranquilidad subió de punto cuando vio corrido más de un mes, sin que pareciese por su casa el padre Hipocreítia, su consejero

predilecto. Nadie sabía donde se hallaba el santo religioso y solamente se susurraba que había salido a predicar la palabra de Dios en las provincias del Sur.

Un día que don Marcelino se hallaba con el humor tan negro como de costumbre, apareciósele como llovido don Pablo Motiloni, a quien guardaba grandes consideraciones, porque sabía cuan estrecha era la amistad del italiano con el reverendo Hipocreitía. Venía don Pablo con un brazo atado y colgado al cuello con un pañuelo; y su pálido rostro manifestaba el mal estado de su salud.

-¿Qué tiene usted señor Motiloni? ¿Ha estado usted enfermo? -preguntó don Marcelino, haciéndolo sentar en su silla de honor.

-No es más que una caída que di de a caballo...Como yo no soy muy jinete... He tenido un poco de fiebre...

-¿En qué puedo servirlo? ¿Qué me dice usted de nuestro digno amigo, el reverendo Hipocreitía?

-Se encuentra muy bueno de salud -contestó Motiloni-. Hace algún tiempo que no lo veo; pero acabo de recibir un propio, con el cual me escribe desde Colchagua, en donde se halla dando misiones. Con el mismo propio me ha enviado esta carta para usted.

-¡Santo religioso! -exclamó don Marcelino tomando la carta que Motiloni le pasaba-. Siempre ocupado en sus tareas apostólicas. ¿Me da usted permiso?

-Lea usted, señor don Marcelino, sin cumplimiento alguno -dijo el italiano.

El señor de Rojas leyó:

«Amigo mío: Siento mucho que mis obligaciones me impidan estar ahora con usted, pues habría querido llevarlo a ver al señor don Melitón. Mi amigo Motiloni cumplirá por mí, y con él puede consultarse sobre cualquier accidente que ocurra como lo haría conmigo mismo, pues que don Pablo (a quien le ruego mire usted como un amigo íntimo) es como si fuese mi propio hermano, y con él no tengo asunto reservado. Desde la misión a donde voy escribiré a usted más largo: mientras tanto lo saluda:

Su afectísimo capellán Q. B. S. M.

Fr. N. Hipocreitía.»

En acabando de leer la carta, don Marcelino dijo a Motiloni:

-Basta que usted sea amigo del padre para que lo sea mío como si nos conociéramos desde muchos años atrás.

-Será para mí una honra, señor -contestó el italiano inclinándose-, a la cual trataré de corresponder sirviendo a usted como el más humilde criado.

-El criado seré yo -le interrumpió don Marcelino, encantado con las palabras lisonjeras del otro-. ¿Conque también conoce usted al señor don Melitón?

-Yo fui el primero que habló con él cuando llegó a Santiago, pues lo esperaba en el Café por orden del padre.

-Ya, ya... ¿Sin duda tiene usted entonces noticia de las relaciones que ligan, quiero decir, que ligarán a mi familia con ese personaje?

-De todo me ha impuesto el padre; y a fe que don Melitón es un hallazgo para la niña, la cual por otra parte lo merece.

-Gracias por la lisonja, señor mío:

-No es lisonja. La verdad antes de todo.

-Sin embargo, esta muchacha como es una loca que no sabe apreciar la suerte que se nos deja caer encima, se ha *empecinado* en no querer dar el sí.

-¿Para casarse con don Melitón? ¡Un hombre de encumbrada familia, de noble alcurnia, de honorables antecedentes!...

-Y que se tutea con el mismo rey...

-Que según creo, viene aquí con una misión importante -agregó el italiano.

-Pues a pesar de todo eso -dijo don Marcelino paseándose agitadamente por el cuarto, la muchacha no quiere. Ahora pocas noches, tuvimos una... Pero después sabrá usted todo esto... Por ahora no le verá más la cara al otro, porque he hecho clavar las ventanas.

-Conque -le interrumpió Motiloni-, si usted quiere podemos ir ahora mismo a ver al señor don Melitón. Ya le tengo anunciada su visita.

-Al instante, amigo mío; déjeme usted ponerme de parada.

Dicho esto, arreglose don Marcelino lo mejor que pudo, y echándole llave a la puerta de la calle, por temor de que durante su ausencia viniese Anselmo, a quien aborrecía cada vez más, se dirigió al Café de la Nación acompañado del italiano.

Recibiolo don Melitón con muestras de la mayor cortesía; y como éste era un hombre de regular educación y finura, consiguió, a pesar de su nulidad, captarse la amistad de don Marcelino. Habló de su alcurnia, del rango de su casa, de sus amigos entre la nobleza, de sus triunfos en la corte, y de otras mil cosas que dejaron embobado al padre de Lucinda.

Dijo que si no había sido ministro, había estado a pique de serlo; y que en volviendo a España, lo sería de fijo, pues estaba en el candelero.

Don Marcelino lo miraba con la boca abierta, y apenas podía creer que se dignase hablar con cualquiera, un personaje que había tenido entrada en el palacio real, y que había alternado con S. M. en persona; por manera que cada rato que pasaba, más se afianzaba el buen hombre en la idea de hacerlo su yerno, formando él mismo interiormente el proyecto de acompañarlo después a España con el fin de hacer papel en la corte.

-¡Oh! -decía para su capote-: ¡no es posible dejar escapar esta oportunidad de elevar la familia!... ¡Y qué esta deschavetada muchacha se oponga a su propia felicidad! Pero otra cosa será cuando lo conozca... Es preciso que nos visite este caballero.

Mientras tanto, el señor Oyarzún del Pozo Hondo, etc., seguía haciendo la apología de su persona, ayudado de Motiloni que no le iba en zaga en lo de ponderar la elevada posición social del viejo español. Cuando fue hora de retirarse, don Marcelino se despidió encantado de su futuro yerno, y le rogó que lo honrara con sus visitas, ofreciéndole su casa y todos sus posibles. Aceptó don Melitón con muestras de gratitud el ofrecimiento y prometió visitar muy a menudo a su amigo.

-Lo que más me ha gustado en él -decía don Marcelino a Motiloni cuando salieron a la calle-, es la llaneza con que habla, como si fuera un cualquiera.

-¡Oh! -contestó el italiano-; no crea usted que es de esos nobles estirados, llenos de viento...

-Su humildad me encanta, y bastaría esto para que deseara hacerlo mi yerno. Sí señor: ¡Qué educación de hombre! Y sobre todo ¡qué cristiandad! Bien se echa de ver que no es de esos nobles de a cuartillo el atado, o de los que bota la ola, como decía mi abuela, que sabía mucho en esto de la nobleza.

-Eso se conoce por encima -observó don Pablo.

-¡Pues no! Y luego aquella cruz con piedras brillantes que se va la vista mirándola.

-Es caballero de la Orden de Carlos III.

-Caballero que en nada se parece a los que se usan en estas tierras de Dios, que solo saben ser orgullosos y estirados como el conde de las Ánimas, el otro del Maule, y tantos otros de los cuales Dios me libre, que no parece sino que todo se lo merecen, según lo estirados que los veo por esas calles sin saludar a alma nacida; derechos, y puntiparados y tiesos como si se hubieran tragado un estoque. ¿Qué me dirán a mí que los conozco como a mis manos? Señalado es el que sabe a donde le aprieta el zapato; mientras que éste, apenas parece acordarse de su altitud y soberanía, según lo llano que es. ¡Ya se ve! Es español y bien nacido, y con españoles me entierren a mí, que no con estos nobles mostrencos de por acá. ¡Vale mucho tener educación y cristiandad!

Don Marcelino con su copiosa palabrería parecía haber olvidado sus disgustos domésticos; y marchaba con paso seguro, y lleno de la esperanza de ennoblecer a su familia y hacer papel en la corte de Madrid.

Distraído por su pensamiento favorito no observaba la burlona sonrisa de Motiloni, que no hacía más que apoyar sus ideas. En la plazuela de la Compañía se separó del italiano; y se dirigió a su casa a largos pasos, porque ya se acercaba la hora de hacer medio día.

-Sí -decía entre dientes, volviendo a su idea favorita-: muy porfiada ha de ser la muchacha para que me siga resistiendo. No le he de aflojar ni un pelo y lo mismo a la Trinidad. Una vez que él nos visite y lo conozcan, se apearán de su macho estas malditas mujeres, porque es imposible hablar con este caballero sin aficionársele. ¡El sabrá conquistarlas con sus palabras y con todo lo que sabe hacer, que es encanto verlo y oírlo al hombre! Una vez hecho el matrimonio me redondeo; vendo todo y me voy a España derechito... No me han de ver el polvo en esta triste tierra.

Al llegar a su casa encontró a *señá* Marta, vieja criada de confianza de doña Trinidad, que ya conoce el lector. Admirado de verla afuera cuando se acordaba de haber dejado con llave la puerta, le preguntó, con arrugado ceño:

-¿Qué es esto, Marta? ¿Por dónde ha salido usted? ¿Ya están saltando las paredes de mi casa?

-No, señor, contestó la vieja: he salido por esta puerta...

-¡Pero si la he dejado con llave, mujer! ¿Es por acaso usted alguna ánima para que pueda salir y entrar por una puerta cerrada?

-Por lo mismo que no soy ánima, he esperado que se abra la puerta para entrar.

-Pero...

-Pero, señor, si salí esta mañana para la plaza, y...

-¡Acabáramos! ¡Y cómo no decía eso la vieja tonta! -exclamó don Marcelino abriendo la puerta-. Diga usted -prosiguió-, que pongan la mesa porque traigo una hambre de todos los diablos... La conversación con ese caballero me ha vuelto el apetito. ¡Lo que es tener educación y cristiandad!

La *señá* Marta hizo lo que se le mandaba, después de haber entregado a doña Trinidad una carta «en su propia mano» como venía puesto en el sobre.

Un cuarto de hora después, fue llamado a comer don Marcelino. Antes de salir de su cuarto se preparó, frunciendo el entrecejo y dando a su cara un tinte acre y duro «para que las mujeres no lo vencieran», como decía él. Pero llegando a la mesa, encontró a su mujer y a su hija de muy diversa manera de como creía hallarlas. Aunque doña Trinidad tenía

pintado el sobresalto en la cara, recibió a don Marcelino con muestras del mayor cariño. Lucinda estaba pálida; pero una graciosa sonrisa animaba su linda fisonomía. Cualquiera otro más observador habría notado los esfuerzos de la madre y de la hija por parecer tranquilas; pero don Marcelino se dejó engañar por las apariencias, y pensó que aquello era efecto de las medidas severas que había tomado. Su frente se desarrugó como por encanto; y como la visita anterior lo había puesto alegre, se sentó a la mesa con la cara más risueña del mundo.

-¡Vaya lo que son éstas! -pensó-: la cerradura de la casa ha producido al fin su efecto. ¡Vale mucho tener encerrada a la mujer!

Pero no porque así pensaba, dejaba de comer. Tragaba y bebía como un Eleogábalo. Doña Trinidad y su hija se admiraban de verlo tan alegre después de lo sucedido; y redoblaban por su parte sus agasajos, lo cual contribuía también a que don Marcelino creyese más y más en la virtud de la clausura, para transformar a las mujeres reacias.

-Ya di en el *quid* -pensaba el buen hombre mientras comía-. Teniéndolas encerraditas se han de componer, porque, en perdiendo la esperanza de que yo les afloje... Mira, niña -prosiguió en voz alta-, pásame el ají.

A la mitad de la comida, y cuando ya había bebido algunos tragos de vino, dijo a doña Trinidad:

-Me agrada mucho verlas a ustedes tan razonables; y para probarles que no es tan bravo el toro como lo ponderan, voy a darles una buena noticia.

-¿Qué noticia es esa? -preguntó la señora.

-Que acabo de hacer amistad con un personaje, un grande de España.

-¿Grande de España?

-Sí, mujer: caballero de Carlos III: de alta alcurnia y de muchas campanillas... Me ha hecho el honor de llamarme su amigo... Échame otro poquito de *charquicán* porque como le puse ají, me ha abierto la gana... ¡Eso es: y cuenta con que el hombre ha sido casi ministro favorito de Su Majestad!

-¿Es algún viajero? -preguntó tímidamente Lucinda.

-No, niña: pero creo que a la fecha ha recorrido muchas cortes... ¡Si ustedes lo oyeran hablar! Encanta el hombre con sus palabras. ¡Qué educación tan cristiana parece haber recibido! ¡Ya se ve! Un hombre que ha estado a pique de agarrar el mando en España... pásame el jarro con vino... y que habla a Su Majestad así como yo estoy hablando con ustedes... ¡No es nada; caramba!

Y don Marcelino se echó al colete un vaso lleno. Luego prosiguió:

-Me ha prometido venir a casa, y es preciso que lo reciban ustedes con todas aquellas atenciones que merece...

-No tiene usted necesidad de encargarse eso a su mujer, don Marcelino -le interrumpió doña Trinidad.

-Basta que sea amigo de su merced para que lo apreciemos -agregó Lucinda.

-¿No lo decía yo? -pensó el viejo sonriendo-: el remedio las ha puesto como una manteca. Esto es en el principio ¿qué será después? Eso está muy puesto en orden -prosiguió en voz alta-: mis amigos deben ser tratados por ustedes como yo mismo, especialmente éste que tanto honor nos hace con venir a nuestra morada. Ustedes lo conocerán y verán bueno... ¡Caballero como aquel! Vamos al último traguito... Con su cruz en el pecho que da gusto, y luego tan decididor y bien hablado que encanta oírle... ¡Ustedes lo conocerán!

Don Marcelino estaba alegrísimo; y como había comido y bebido bien, no dejó hablar a nadie: por manera que doña Trinidad y su hija no sabían a qué atribuir aquella inusitada amabilidad. Concluida la comida, quitaron los manteles, se rezó el alabado, y don Marcelino se fue a dormir la siesta más satisfecho que nunca del buen resultado que a su juicio había dado el expediente de hacer clavar las ventanas y echarle llave a la puerta de calle.

-¡Lo que son las mujeres! -exclamaba acostándose en su cama-: son como la lana que se esponja cuando se la apalea. No hay más que sujetarles un poco la rienda para verlas contentas. ¡Las conozco tanto!

Pero el buen hombre se engañaba. La verdadera causa de la conducta de la señora la sabrá el discreto lector, si en vez de juzgar por las apariencias, como don Marcelino, se da el trabajo de leer el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXI

El Clérigo y el Fraile de aquellos tiempos

«Es preciso que la mujer no se deje ultrajar por un hombre torpe y grosero... Sepa sostener sus derechos, que también son sagrados; y sin negar obediencia al esposo, sepa conciliar su libertad con sus deberes.»

—(J. A. TORRES. Educación de la mujer.)

A consecuencia de los últimos acontecimientos ocurridos en casa de don Marcelino de Rojas, la señora doña Trinidad formó la resolución de escribir a su primo don Ramón Freire, con el fin de revelarle las diferencias entre ella y su marido, y pedirle al mismo tiempo la intervención de su influencia para que no se obligase a Lucinda a tomar estado con un hombre a quien no podía amar. Solo el amor a su hija y el temor de verla infeliz,

podía compeler a la buena señora a dar este paso, y así se lo decía a su primo, pues de otro modo no se habría nunca atrevido a hablar contra su esposo; lo cual debía creérsele desde que había sabido sufrir en silencio toda una vida de martirio. Pero el general estaba en aquellos días en la provincia de Aconcagua; y como la pobre señora necesitaba un pronto apoyo, escribió a su confesor, fray Prudencio Álvarez, pidiéndole consejo sobre lo que había de hacer.

Era el padre Álvarez un hombre instruido, de mucha conciencia y de irreprochable conducta, que por largo tiempo había ejercido una soberana influencia en el convento de San Francisco. Pero desde que el padre Hipocreitía pisó los umbrales de la Casa Grande, notose que el reverendo Álvarez había decaído de su antigua preeminencia. Desnudo de toda ambición, fuera de la de instruirse y ser útil a su comunidad, el padre Álvarez había desechado varias veces el provincialato que sus amigos le ofrecían. Estos no habían podido conseguir otra cosa que hacerlo Definidor; y tanto este grado como el de Lector, le daban grande influencia entre los padres graves de la orden; influencia que el padre Hipocreitía no podía soportar, porque odiaba y temía al mismo tiempo a fray Prudencio Álvarez, en razón a sus aventajadas ideas y su talento para sostenerlas. Jamás discutía con éste, pues una vez que había pretendido vencerlo en una reyerta teológica se había visto avergonzado ante la comunidad, no pudiendo contrarrestar con sus sofismas los sólidos argumentos del sabio Lector. Y en tal manera creció con esto el odio del jesuita, que desde entonces no cesó de insinuarse y de trabajar contra él en el ánimo del padre Provincial. Pero éste, que estaba acostumbrado a respetar la virtud y la ciencia del padre Álvarez, se oponía siempre a hacer nada que pudiera agraviar a un hombre que había sido su maestro. Sin embargo, no se desanimó el constante jesuita; y tantos pasos dio que al fin consiguió introducir la discordia entre su enemigo y el Provincial del convento. Una gran parte de la comunidad siguió el partido del padre Álvarez, entre los que se contaban sus buenos discípulos en filosofía; pero otros, animados por el jesuita que supo despertar entre ellos ciertas ambiciones, se revelaron y empezaron a hablar mal de su antiguo Lector.

Pero lo que más molestaba al monárquico jesuita eran las ideas republicanas de fray Prudencio, quien se manifestaba siempre liberal, no solo por su carácter bondadoso y abierto, sino por sus convicciones. Como miembro de la comunidad franciscana y como Lector de filosofía había tratado siempre de fomentar entre los padres y entre sus discípulos las más puras ideas que poseía sobre la libertad y dignidad del hombre. Por esta razón era mirado por muchos individuos del clero secular como un sacerdote refractario, cuyo ejemplo no se debía seguir. El hábil jesuita explotó está circunstancia en perjuicio de su enemigo, y aun se atrevió a insinuar entre los más fanáticos, que las ideas del padre Álvarez eran muy poco cristianas, y que no sabía cómo seguía siendo Lector de filosofía en el convento, un hombre que creía como un dogma la soberanía popular.

No extrañe el lector que en un fraile de aquellos tiempos se encontrasen ideas republicanas. Verdad es que el clero chileno, y en general todo el clero hispano-americano, era monárquico; pero había una gran diferencia entre el clero regular y el secular. Mientras que éste se manifestaba acérrimo enemigo de la causa de la independencia americana, era muy fácil encontrar en aquél, frailes amigos de la libertad.

No parecía sino que las ideas democráticas se hubiesen refugiado en los conventos, y tal vez ello era porque allí vivía el fraile como en una república. Mientras que el clérigo estaba acostumbrado al sistema opresor, no solo del régimen civil, sino del eclesiástico que le imponían sus jefes y prelados, el fraile gozaba de la libertad de elegir los suyos: por manera que siglos antes de que el país fuese libre, los conventos presentaban una especie de ejemplo del gobierno republicano, con sus definitorios, sus elecciones y capítulos. Por otra parte, los individuos del clero secular pertenecían por lo común a familias encumbradas; mientras que en las comunidades veíase sacerdotes de los más comunes apellidos; no siendo difícil que un muchacho de la más humilde condición llegase a ordenarse, y lograrse subir con su trabajo y su talento a dignidades de que solo el nacimiento era merecedor entre los clérigos. He aquí por qué generalmente el fraile cumplía mejor con su misión de sacerdote y de apóstol. Para él estaban reservados los trabajos más duros; al paso que el clérigo se llevaba casi siempre los honores y distinciones. Si había que auxiliar a un moribundo a deshora de la noche, el pobre corría a las puertas del convento buscando confesor. Si era preciso dar una misión en lugares desamparados, ahí estaba el fraile siempre dispuesto a la obra. Al clérigo le quedaba el servicio de los monasterios, los oratorios de las grandes casas, las confesadas de la alta nobleza, las prebendas, los ascensos, las distinciones y las capellanías que las familias ricas instituían en su favor. Vestido de ricas telas, viviendo bien, comiendo mejor, el clérigo con muy honrosas excepciones, no se hombreaba casi nunca con el pueblo, a quien despreciaba; al paso que el fraile, con su hábito burdo, estaba siempre entremezclado con las últimas clases, a quien servía y de cuyas limosnas vivía las más veces en sus conventos de campo.

El democrático fraile, despreciando el agua y el sol, recorría la campaña, iba a consolar al pobre en su rancho, y a fuerza de hombrearse con los hombres de todas las condiciones y de entremezclarse con la miseria podía comprender más bien las lágrimas de los oprimidos; lágrimas que no llegaban al endurecido corazón del clérigo aristocrático, poderoso, altivo, amigo del lujo y de la buena vida, regalado y mimado por las más encumbradas familias del país.

Perdónesenos esta digresión, y tomemos el hilo de la historia.

Fray Prudencio contestó inmediatamente la carta de doña Trinidad, y entre otras cosas le decía:

«Usted señora, no ha hecho bien en contrariar abiertamente la voluntad de su marido, recibiendo contra su orden al joven por las ventanas de la casa. No quiero decir por esto que don Marcelino tenga razón en oponerse al matrimonio de Lucinda con Anselmo, ni mucho menos que usted haya de obedecerle en cuanto a lo de imponer a su hija un marido que ella rechaza. Por sagrada que sea la autoridad de un padre, no alcanza a tanto. La niña está en su derecho al no aceptar el marido que su padre le propone, y aun en admitir en su corazón al joven que cree en su conciencia digno de darle su mano. Usted misma está en el deber de fortificar el alma de su hija, y de hacer por todos los medios cristianos que Lucinda no se case con quien no ama, porque de este modo no podrá adquirir en este mundo la tranquilidad que ha menester para servir a Dios, único fin de

nuestras aspiraciones, cualquiera que sea el acto que practicamos en la vida. El matrimonio es una fuente de bendición cuando une dos corazones que se corresponden, y es tal vez la raíz de los males sociales cuando se contrae entre dos personas que no pueden vivir unidas. ¿Cómo podrán formar un solo cuerpo dos entidades que se repelen? Dígole esto para manifestarle mi aprobación por los fines que la han impulsado a obrar. Pero así también le diré, que no puedo ni debo aprobar los medios de que usted se ha valido. Una mujer bien nacida no debe contrariar abiertamente a su esposo, ni aun cuando ella tenga razón, sino tratar de hacerlo marchar por el buen camino, valiéndose de la dulzura que tan bien sienta en las personas de su sexo.

Mientras más contrario a la razón se muestre su marido, mayor debe ser la paciencia de usted para sobrellevarlo, y más grande su dulzura para suavizar su genio, a lo cual está obligada toda mujer cristiana. Porque, señora mía, si debemos amar y mirar con caridad a todos nuestros prójimos, aunque nos hagan daño ¿qué no deberá hacer una mujer con su esposo, por malo que sea?

El marido es la cabeza de la mujer. Dios le ha dado la dirección en el matrimonio, y la sociedad lo hace responsable de los descarríos de la familia. Justo es, pues, que conserve siempre, aunque a veces no sea más que la apariencia del mando, porque tal es el orden de la naturaleza. Gran desgracia es dar con un marido caprichoso; pero es todavía mayor en una mujer, no saber ceder cuando conviene guardar las apariencias siquiera, a fin de obtener poco a poco lo que no es bien querer arrancar por la fuerza. El arte de toda mujer prudente consiste en saber callar y en no irritar jamás a su esposo con palabras inconvenientes, por razonables que sean; y todos sus conatos deben dirigirse a poner de manifiesto que su marido tiene razón siempre, porque la honra de la mujer es la dignidad del marido, y el descrédito de éste se refleja en ella y en toda su familia...

Acuérdese usted de que ahora que se trata del establecimiento de su hija, está en el deber de darle el mejor ejemplo de sumisión, obediencia y respeto a su esposo. Por justos que sean los motivos que usted haya tenido y tenga para desobedecer a don Marcelino, su deber de madre le manda obedecer en todo lo que no sea pecado, para que la niña aprenda prácticamente a portarse cristianamente con el esposo que Dios le dé. No se puede decir delante de una niña sin experiencia del mundo, que hay casos en que debe imponer su voluntad a su cónyuge, porque muy bien puede ser que, andando el tiempo, ella crea en cualquiera de sus caprichos, llegado ese caso. Ha de saber usted, que somos muy inclinados a mirar como extraordinario todo lo que nos sucede; y mientras aplicamos la regla general para los demás, nos persuadimos de que somos la excepción... No le digo esto porque la crea capaz de obrar de otro modo: conozco la bondad de su carácter, y sé muy bien que obrará según los dictados de la religión y de la prudencia.

Háblole así para fortificar su corazón, que, aunque lleno de caridad y de un amor abnegado, necesita de apoyo en las tribulaciones. ¿Quién no ha menester de apoyo en este mundo? No le habla usted el director de su conciencia, sino el amigo que siente sus penas y que llora con usted. Dios no desatiende jamás al que le ruega. Ofrézcale sus padecimientos: eleve su corazón a sus labios y hable con él. Tenga fe en que existe la justicia, a pesar de cuanto se obre en el mundo contra ella; tenga esperanza en que Dios

atenderá las justas aspiraciones de un corazón sano, y mire con caridad a quien se oponga a esas aspiraciones, mayormente si ese estorbo es su propio esposo. Considere que nada puede haber cumplido en este valle de lágrimas, y que todos los males que nuestro Señor nos envía no deben ser mirados sino como medios para hacernos dignos de otro mundo mejor. Él, que cargó pacientemente con su cruz, exige con justicia que los mortales tengamos también paciencia para llevar la nuestra. ¡Ah! Señora mía! Y ¿quién será el que pueda decir que no la tiene?» [...]

Tal era, poco más o menos, lo que el buen sacerdote decía en su carta.

En una posdata agregaba:

«Celebro que usted haya impuesto al señor don Ramón de todo lo ocurrido; y siento mucho que él no esté en Santiago para que ponga algún remedio. Yo también le escribiré por mi parte; y en llegando aquí, iré a verlo sin tardanza. Mientras tanto, Dios le dé a usted paciencia y resignación.» [...]

A esta carta debió, sin duda, en gran parte don Marcelino, el buen recibimiento que su mujer y su hija le hicieron aquel día.

CAPITULO XXXII

Motiloni en casa de don Policarpo

«Al que ata mucho la plata
el diablo se la desata.»
—(Refrán del pueblo.)

Apenas el italiano se hubo separado de don Marcelino, cuando se volvió al Café; y después de hacer medio día suculentemente, se dirigió al cuartito en donde vivía, situado en casa de una señora de la calle del Puente. Curose la herida con los remedios que la curandera del barrio le había recetado, y echó a andar por la calle de San Pablo en dirección de la ya conocida «Casa Vieja.» Algún móvil poderoso impulsaba a aquel hombre, cuya actividad era de causar asombro a cualquiera; y no parecía sino que una idea fija le hiciera olvidar su enfermedad. En poco rato estuvo en casa de don Policarpo. Golpeó, y el avaro en persona salió a recibirlo.

-¡Oh! ¡Mi señor Motiloni! -exclamó Tragantilla disimulando su intranquilidad, porque nada de bueno esperaba cuando veía al padre Hipocreitía o al italiano.

-Seré breve, señor don Policarpo -dijo éste presentándole una carta-, porque no quiero abusar de su bondad quitándole el preciosísimo tiempo que usted dedica a sus laudables

tareas. El reverendo, nuestro común amigo -prosiguió con voz almibarada-, me ha entregado ayer esta esquelita para usted.

Abrió don Policarpo aquel papel y lo leyó temblando como un reo que leyera su sentencia de muerte.

-Aquí me habla el padre -dijo-, de unos setecientos pesos.

-Se equivoca usted; son ochocientos pesos los que el reverendo me debe, y los mismos que espero me pague usted con sus respectivos intereses.

-¿Con sus intereses además? ¡De veras que el santo religioso parece querer burlarse de mí! ¿Soy acaso su cajero para...? Pero no: quiero decir, que esto es ya demasiado... En estos últimos meses ha llevado ya más de dos mil pesos largos. ¿Qué hace el padre con tanta plata?

-Lo ignoro. Lo que sé es que me debe. Ya sabe usted que quien debe paga.

-Pero ¿debo yo algo a nadie?

-Yo no sé nada. Repito que quien debe paga. El padre me debe y me ha dicho que usted me pagará... Si usted protesta...

-Yo protesto de... quiero decir: no es que proteste sino que... lo que digo es... ¿de dónde sacaré yo tanto dinero como reza este papel?

-Pues entonces no pague usted, y santas pascuas -dijo el italiano riendo.

-¿Y usted se contentaría con eso?

-¿Pues no me he de contentar? Mi dinero gana un regular interés; y tanto me da que se me cubra hoy como mañana, porque como al fin se me ha de pagar...

-¡Sí, se le ha de pagar... es decir que yo se lo he de pagar, porque esta es la verdad! -exclamó furioso el avaro.

-Entonces, tanto mejor para mí: veo que mi plata está en buenas manos y la dejo al mismo interés...

-Eso no es dejarla sino arrancarme el alma a pedazos -dijo el avaro con voz compungida.

-Ya le digo que yo me avengo a todo: por mí no hay dificultad. Si usted quiere seguir pagando intereses, no seré yo el que moleste a mi señor don Policarpo. Me voy por donde he venido, y tan amigos como antes, señor mío.

-¡Amigos! -refunfuñó el avaro-: ¡si te viera freír en aceite, yo atizaría el fuego, gringo hereje!

-Ya ve usted que yo no soy exigente. Devuélvame la carta, y asunto concluido.

-Pero dígame como si fuera a confesarse: ¿está usted seguro de que el padre le debe una suma tan grande?

-¡Pues no he de estarlo, hombre de Dios! ¿No ve usted que él mismo lo confiesa bajo su firma?

-Es que su reverencia es capaz de confesar...

-Hasta a las beatas, ya lo sé -le interrumpió Motiloni soltando una carcajada.

-Y se ríe -refunfuñó el avaro, a quien se le hacía duro creer que alguien pudiera estar alegre en aquel momento. ¡Habrás suerte como la mía! ¡Yo junto plata para que él se la coma!

-¿Se ha decidido usted?

-Estoy decidido.

-¿A qué?

-A entregarle a usted la mitad... En este momento no tengo en caja...

-¡Pero, hombre! ¿No le digo que si lo quiere no me dé nada? Prefiero seguir ganando intereses por el todo. Le aseguro que yo no he menester de ese dinero...

-¡Seguir cobrando intereses!... Ya entiendo. y ¿qué interés es el que cobra usted por esta suma?

-El uno y medio: yo soy cristiano.

-¡El uno y medio! ¡Qué herejía! ¿No sabe usted que la usura es una cosa digna de reprobación?

-Pues yo sé que usted cobra el dos por ciento, mi señor don Policarpo.

-¡Pero, hombre!...

-Fuera de los negocillos que hace por ahí de pescar un real por cada peso a los pobres que vienen a pedirle sobre prendas...

-Y eso ¿qué le importa a usted? -exclamó colérico don Policarpo... -Cada cual gana la vida como Dios le ayuda.

-Dígole eso para probarle que no es un exceso el interés del uno y medio por ciento.

-Pues yo sostengo que es cosa inaudita; ese es interés de judío...

-En fin, don Policarpo, no hablemos más -le interrumpió Motiloni-. ¿Me paga o me llevo la carta?

-Pues llévese usted la carta, ya que no quiere bajar en los intereses.

-Tanto mejor, porque después la encontraré más gorda -contestó el italiano tomando el papel.

-Traiga usted la carta y sígame -dijo entonces el avaro-, haciendo un esfuerzo y echando a andar seguido de don Pablo.

Entraron a la tienda de Tragantilla, y éste, con mano convulsiva sacó el dinero de su caja, lo contó y dijo:

-Ahí tiene usted su plata. Fírmeme el recibo... Voy a hacerlo.

-Nada más justo -dijo flemáticamente el italiano, firmando después de leer el recibo que había hecho Tragantilla.

Dicho esto, tomó el dinero y salió diciendo:

-¡Adiós, amigo mío! ¡Vaya que es trabajo grande esto que lo reciban mal a uno cuando viene a cobrar lo que es suyo!

-¡Lo que es suyo! -repitió entre dientes don Policarpo-: a estos condenados les parece que es de ellos cuanto yo atesoro... Pero en cuanto me pueda safar de su tutela, los echo a mil diablos y me voy de aquí... ¡Por nuestra Señora de Andacollo! ¡No es vida la que me hacen pasar!... ¡No, no señor; no es vida! -exclamaba sudando el avaro y dando dos vueltas a la llave de su caja-: «¡me voy de Santiago!»

Mientras tanto Motiloni iba acariciando el talego debajo de su capote de barragán. Al enfrentar a una taberna cercana a la plazuela, llamada EL BODEGÓN DE JUAN DIABLO, entró y preguntó por el dueño, quien sin duda lo esperaba, pues al momento salió con la cara llena de risa a recibirlo y lo llevó a su cuarto interior, mientras su digna esposa quedaba sirviendo a los parroquianos de que la taberna estaba llena.

Poco rato después, se vio salir a Motiloni que parecía venir sin el saco debajo del capote. Al despedirse del tabernero, le dijo al oído: «promételes que se les dará otro tanto si el negocio se acierta.»

El otro no contestó más que con cierta sonrisa y guiñando el ojo maliciosamente.

CAPITULO XXXIII

La Merienda Política

«Chicos, apretad los puños,
porque en cualquiera elección,
el que la gana es un héroe,
y el que la pierde un bribón.»
-EL ERMITAÑO.

Sin duda, que Juan Diablo era hombre de altas relaciones sociales, pues que no bien hubo salido Motiloni del bodegón, cuando entró allí un caballero embozado hasta los ojos en su capote.

-Amigo Juan -dijo en voz baja- ¿cómo va la compra de votitos?

-A las mil maravillas, señor -respondió el bodegonero-, aunque ahora se ha puesto un poco *matrera* la gente, y es preciso *manguearlos* como quien caza perdices.

-Pues entonces, *manguéelos* usted, y cace votos, porque de ahí depende el afianzamiento de la religión, la honra de Dios y el provecho...

-De los nuestros... sí, señor; ya se me ocurre -interrumpió el bodegonero.

-No, hombre -replicó el caballero del capote-: quiero decir, el provecho y felicidad de la patria.

-¡Ah! Sí, señor, de la patria: pero le diré a usted que ya el dinero se me ha concluido.

-¿Cuántos votos tiene?

-Creo que han de alcanzar a ochenta, pero he tenido que comprar por aguardiente más de la mitad.

-Aquí tiene usted más dinero -dijo el del capote, pasando a Juan Diablo un bolsillo que parecía pesado.

-A tiempo llega -respondió el bodegonero tomando prontamente la bolsa-, porque pienso armarles un *guahí*...

-¿Cómo es eso?

-Ha de saber señor que hay algunos que no largan el voto ni a fuego, por más que se les predique. Otros tienen miedo de votar contra el gobierno, y no venden su voto por ninguna plata; pero emborrachándolos, aflojan al momento. Por esto, he pensado armarles esta noche una merienda, en la que caerán como moscas, porque se les dará de beber hasta ponerlos en el punto conveniente, que es cuando aflojan la pepa. Casi todos son buena gente, es decir, abasteros y recoveros...

-Pero es preciso hacerlo todo eso con orden.

-Sí, señor, con orden..

-Que no haya pependencias.

-Nada, nada de eso: yo soy hombre pacífico. Van a venir muchos caballeros a la merienda, y tendremos también niñas cantoras, y...

-Y sobre todo -interrumpió el encapotado-, acuérdesse usted de que ya se le ha pagado su trabajo, fuera de lo que se le pagará después. Por consiguiente, todo el dinero que le dejó ayer Pedro José y el que yo le dejo ahora es para que usted compre votos de una manera honrada... ya usted me entiende.

-Sí; comprendo, señor. Yo soy hombre que tengo religión y temor de Dios; y sé muy bien lo que es mío y lo que es ajeno; no lo había de decir yo...

-Creemos que usted es hombre de bien -interrumpió el del capote-, y por eso es que le hemos dado esta comisión de confianza.

-Muchas gracias, señor don Antonio.

-Por lo mismo, es menester que usted la cumpla cristiana y honradamente.

-Eso mismo digo yo; porque; ¡gracias a Dios! No soy un judío para mermarles la medida. ¡Si usted viera las *largonas* que les doy cuando les mido el licor, sobre todo cuando ellos truecan el voto por aguardiente o chicha! Ya verá usted esta noche si viene a la merienda.

-Yo no puedo venir, porque...

Estará el cuarto lleno de caballeros; y don Pedro José me encargó que le dijera...

-Dile a Pedro José que con mucho gusto vendría, pero no puedo faltar esta noche a la novena que estamos siguiendo al Niño Dios de las Capuchinas -observó el otro.

-¡Ah! ¡Ese es otro cuento! Pero yo decía...

-No, no; basta que les dé mi dinero -dijo con firmeza el caballero del capote-. Tenga usted mucho cuidado con la policía porque las gentes del gobierno...

-Ya sé que los vigilantes y serenos andan *ojo al charqui*; pero no se le dé nada, porque yo los tengo, muy *tanteados* y sé que en dándoles un par de tragos se les cierran los ojos. El bizco me ayuda en esto que es maravilla... Y a propósito del bizco, este muchacho trabaja del día a la noche por la causa de la religión: así es que si me diera permiso para *untarle la mano*...

-Puede usted gratificarlo con el dinero que se le ha dado.

-Muchas gracias, señor, por mi parte -dijo el bodeguero con la más encantadora bonhomía-; porque si usted no me diera licencia para sacar plata de esta bolsa, yo tendría que pagarle al bizco con mi propio dinero; y no es caridad que un pobre como yo...

-Dele usted lo que crea justo.

-¡Por supuesto! Ni un cuartillo más... aunque quiero al muchacho como si fuera mi propio hijo; y muchas veces le he dicho a mi mujer: mira, Nicolasa...

-Bueno, pues: lo que ahora importa es trabajar, con actividad y constancia, para que no gane las votaciones este gobierno de extranjeros.

-Así se los digo a todos: si el gobierno gana, vale más ser gringo que chileno.

-Y han de saber que lo que el Presidente Pinto quiere es llevar al Congreso diputados herejes, para hacer leyes contra la religión y los sacerdotes.

-¡Jesús, María y José! -exclamó Juan Diablo haciéndose cruces sobre el pecho. ¡Dios nos tenga de su mano!

-¡Amen! -respondió el caballero del capote retirándose.

El bodegonero acarició el bolsillo de dinero que tenía debajo del poncho; y llamando a su mujer hacia un rincón del despacho, se lo entregó cautelosamente.

-Toma, Nicolasa -le dijo en voz baja-. Guarda esta platita junto con la otra que te entregué antes de ayer.

-Vengan aguaceros como éste -respondió la digna consorte de Juan Diablo, yéndose a guardar la bolsa mientras el bodegonero se quedaba en el mostrador despachando a algunos parroquianos.

Enseguida llamó a su amanuense para dejarlo en su lugar; y él se fue a preparar, acompañado de la buena Nicolasa, todo lo necesario para la merienda, que tan buena cosecha prometía.

-Ya sean los pelucones o los liberales los que ganen -decía Juan a su mujer-, lo que a nosotros nos importa es vender todo nuestro aguardiente.

-Así es -respondió, sin dejar de trabajar- ¿qué nos importa que ganen ellos, si nosotros no ganamos?

-Has hablado como un libro, mujer; y Dios te me guarde muchos años, porque no tienes un pelo de tonta. Dime ¿te acordaste de ponerle agua a la cuba del rincón?

-¡Encargarme a mí esas cosas! -exclamó riendo la ingeniosa Nicolasa. ¡Con decirte que a la tercera vez que bauticé el aguardiente de esa cuba, se me llegó a hacer escrúpulo!

CAPITULO XXXIV

Don Catalino cae en la trampa

«¡Aquí me las pagarás
todas juntas, basilisco,
pues yo te preguntaré
ahora, cuántas son cinco!
¡Que esta vez no te me has de ir,
sin darte tu merecido;
para que otra vez no seas
mal hablado y mal amigo!»
-(CORRIDO ANTIGUO.)

Motiloni se había dirigido a su cuarto; y entrando en él, echó llave por dentro y se sentó a leer unos papeles que sacó del bolsillo. Aquel hombre de fierro, a pesar de no haber parado en todo el día, parecía no estar fatigado. Después de haber leído varias cartas y hecho algunas apuntaciones, se quitó la peluca, dejando ver una venerable calva, y dando un suspiro que no es posible saber si era de satisfacción o de cansancio, dijo:

-¡No se ha perdido el día!

En esto sintió que golpeaban la puerta de su cuarto, y entonces se puso apresuradamente su peluca. Los golpes se repitieron con más fuerza, y Motiloni oyó la voz de Gacetilla que decía:

-¡Soy yo, amigo mío, que vengo a saber de su salud: abra usted!

En aquel instante pasó por la mente del italiano una idea que quiso sin duda poner en práctica; y levantándose de su asiento, abrió la puerta.

¿Cómo está usted, mi buen amigo? ¡Gracias a Dios que lo veo fuera de peligro! -exclamó don Catalino.

Motiloni, sin contestar una palabra volvió a cerrar la puerta y guardó la llave en su bolsillo.

-¿Qué significa esto? -preguntó asustado Gacetilla.

-Pronto va usted a saberlo -contestole don Pablo con voz hueca.

Y sacando del cajón de la mesa una pistola agregó:

-Voy a matarlo a usted.

-¡Socorro! -gritó don Catalino poniéndose de mil colores-. ¡Este hombre está loco! ¡Y la puerta con llave, y yo..!

-No grite usted en balde, porque nadie le oirá -le interrumpió don Pablo gravemente.

-Desde los sucesos de aquella noche me he convencido de que el asesino que me hirió venía mandado por usted. Por eso fue que usted me sujetó cuando yo quería venirme...

-¡Santo Dios! Y ¿puede creer usted eso?

-Tengo mil razones para creer que usted ha querido asesinarme por otra mano.

-¡Hombre! ¡Si no soy capaz de matar una mosca! -exclamó don Catalino.

-Digo que por ajena mano. Me lo han dicho.

-Y además -dijo Gacetilla-, usted es un amigo a quien aprecio ¡tanto!... ¡tanto!

-Se echa de ver en eso de haberme abandonado cuando el asesino me hirió.

-¡Vaya! Si no estuvo en mí, decía gimiendo don Catalino... Yo huí sin saber lo que hacía, porque como soy así... tan nervioso... Es cosa que a veces me sucede... Pero le juro a usted, que cuando llegué a casa y me rehíce, lo primero que pensé fue en el peligro en que usted quedó... ¡Calle la boca! ¡Un hombre como usted a quien quiero como a las niñas de mis ojos!... ¡Presumir que yo haya tratado de atentar a sus días!

-Pues estoy en lo dicho... Al principio formé el proyecto de matarlo a usted como un perro; pero para que vea que soy hombre de honor, aquí tiene usted dos pistolas... ¡Elija usted!

Diciendo esto, Motiloni sacó otra pistola del cajón, y presentó las dos por la culata a Gacetilla.

-Y ¿para qué he de elegir? -dijo éste.

-Para que nos batamos -contestó sepulcralmente Motiloni...

-¡Pero si yo soy hombre de paz!

-¡Y ha de ser a muerte!

-¡Pero, señor! Si yo lo quiero mucho a usted.

-Eso es una mentira. Elija pronto o si no...

-Válgame Dios. ¿No sabe usted que la religión prohíbe el duelo? ¡Yo estoy pronto a darle a usted todas las explicaciones que quiera, amigo mío!

-Vaya pues: si usted no quiere batirse, voy a matarlo como había pensado... ¡No es culpa mía!...

Motiloni parecía estar furioso: Gacetilla temblando se arrojó a sus pies; y al sentir lo frío del cañón de la pistola sobre su frente, exclamó.

-¡Don Pablo por el amor de Dios! No mate a un hombre en pecado mortal! Y luego prosiguió maquinalmente: «En tus manos señor, encomiendo mi alma; mi espíritu, mi...»

Motiloni hizo entonces como que reflexionaba; y alzando la pistola, dijo a Gacetilla:

-Levántese, amigo don Catalino, y no eche en olvido lo que acaba de ver. Se ha librado usted de una y buena. Usted es muy hablador; pero tenga entendido que si pronuncia una sola palabra acerca de lo ocurrido anoche...

-¡Oh! Pierda usted cuidado -le interrumpió Gacetilla: antes hablará un muerto que yo.

-Ya que usted no es el asesino -agregó don Pablo gravemente-, lo será otro: y es preciso descubrirlo.

-Yo le ayudaré, señor don Pablo.

-El modo de ayudarme es quedarse en silencio... Yo trabajaré por descubrirlo.

-¡Dios quiera que lo consiga!

-Pero si usted habla y hecha a perder mis planes, le prometo matarlo, como tres y dos son cinco.

-Máteme diez veces si hablo -dijo Gacetilla.

-Con una vez me basta -le contestó el otro.

-Y a mi también -agregó don Catalino, volviendo a su natural buen humor-. Pero ¿cómo puede usted haber creído que yo...?

No hablemos más de esto -le interrumpió el italiano poniendo las pistolas sobre la mesa.

-Bueno, pues, no hablemos más... Pero lo que yo extraño es... Me quedaré callado... Sin embargo, no era regular que usted creyese que yo... Eso es: no hablemos más... Es lo mejor; porque esto es para volverse loco... ¡Querer yo matarlo a usted mi buen amigo, mi!...

-Ya le he rogado que no quiero oírlo hablar ni aun a solas sobre este asunto -le interrumpió Motiloni con voz áspera.

Calló Gacetilla, pero las palabras le reventaban en los labios. La tortura en que aquel hombre se hallaba por no poder hablar sobre lo que tanto le afectaba, era casi mayor que la del temor de la muerte. De repente exclamó como para distraerse a si mismo:

-¡Y había olvidado la noticia que traía en la punta de la lengua!

-¿Qué noticia?

-¡La revolución que se está fraguando, pues hombre!

-No me importan esas noticias, yo no soy de este país -dijo Motiloni haciendo un gesto de disgusto.

-Pero es el caso que la cosa está hecha, según se dice... ¡Han repartido plata que es un horror!

-¿Sí? Y a mí ¿qué me importa eso?

-¿De veras? Dicen que han comprado tres batallones con oficiales y todo. Yo no puedo creerlo; pero cuando uno ve las cosas...

-Y ¿qué cosas ha visto usted?

-¡No es nada lo del ojo! Esta mañana andaban en pandilla los soldados borrachos por esa calle de San Pablo, renegando del gobierno, porque dicen que no se les paga su sueldo... En la Cañadilla acaba de haber una pelotera *de las de no te muevas*... y ahora acabo de ver por mis propios ojos que el bodegón de «Juan Diablo» está llenito... Dicen que Juan Diablo anda metido en esto, y que lo han visto repartir plata y dar de beber a los revoltosos... Pero si lo pillan, yo no le arriendo las ganancias.

Mientras Gacetilla hablaba de este modo, el italiano sentado en una silla de vaqueta, con la cabeza echada sobre el respaldo y los ojos medios cerrados, parecía no oírle. Cualquiera al verle en aquella abandonada posición, habría creído naturalmente que no

tenía ningún interés en saber nada de lo que don Catalino decía. Éste proseguía su charla como para distraerse a sí mismo de la fuerte impresión que acababa de recibir, cuando fue interrumpido por el italiano, quien dijo secamente:

-Ya le he dicho a usted que a mí nada me importa todo eso, puesto que soy extranjero.

-Yo creía que usted tenía interés en saber noticias -dijo don Catalino, dudando si proseguiría su pesada cháchara.

-En otras circunstancias podría ser muy bien que me entretuviesen esas mentiras -replicó Motiloni levantándose de su asiento-; pero ahora me duele algo mi herida y quisiera echarme a la cama algunas horas.

Dicho esto, abrió la puerta del cuarto. Don Catalino entendió la indirecta; y tomando su sombrero, se despidió del italiano y salió a la calle. Como no tenía con quien hablar, iba refunfuñando entre dientes:

-¡Caramba! ¡De buena me he escapado hoy! ¡Qué italiano tan arrebatado! ¡Casi me mata...! Y tal vez me habría muerto este hereje, sino fuera por el escapulario que llevo al cuello... ¡Sí señor!... ¡Ha sido un milagro patente! ¡Soy tan devoto de mi señora del Carmen!

Diciendo esto, apretó contra su pecho una medalla de la antedicha advocación de la Virgen, que llevaba colgada al cuello junto con el escapulario.

-Y lo peor es, proseguía, que si digo alguna palabra, este diablo puede vengarse de mí... ¡Vaya! Estoy verdaderamente en una posición bien difícil... ¡Tener que quedarme callado!... ¡Tener que tragarme mis propias palabras!

CAPITULO XXXV

El Bodegón de Juan Diablo

«¡No eras tú, libertad, la que regías
pueblo tan cruel, en tan siniestras horas!
Tú, de su suelo criminal huías,
de sus luchas de muerte asoladoras;
y él contaba sus crímenes por días,
sus escenas de sangre aterradoras:
y el pueblo era el verdugo de sí mismo
y del error se hundía en el abismo.»

-(C. W. MARTÍNEZ.)

Gacetilla había dicho la verdad al aseverar a Motiloni que el populacho de los suburbios de Santiago estaba revuelto. Algún móvil oculto dirigía la acción de la máquina popular, pues la efervescencia que se notaba carecía del carácter de espontaneidad. Bandadas de muchachos capitaneados por hombres de ruin aspecto se entretenían en recorrer el Tajamar y la caja del Mapocho, gritando de vez en cuando: «¡Mueran los herejes!» «Viva la religión!» Separábanse y volvíanse a reunir los diversos grupos, ya para alentarse con sus gritos descompuestos, ya para enviarse mutuamente granizadas de piedras. A veces parecían enemigos que se buscaban para combatir; otras veces se asemejaban a partidarios que buscaban un enemigo común. Nada faltaba en estos diversos grupos para hacerlos repugnantes: hombres harapientos, muchachos medio desnudos y mujeres sucias y desgredadas. De vez en cuando se solían introducir por las calles de la ciudad, partidas de cinco o seis, formadas de los más atrevidos. Casi todos llevaban dinero, porque entraban al primer bodegón que encontraban y pedían aguardiente. ¿De dónde había salido ese dinero que aparecía como esparramado de repente en tales manos? Tal era la pregunta que muchos se hacían. Otros no se cuidaban de averiguar el origen de la plata, y se contentaban con beber el aguardiente con que los regalaban los más afortunados.

A medida que se iba acercando la noche, se iba también aumentando aquella especie de irrupción de bárbaros venidos de la Chimba. Las libaciones continuadas producían su efecto: oíase aquí, allá y más allá, juramentos, vivas a la religión, palabras obscenas y amenazadoras. Aquella feroz alegría, que tanto se parecía al sordo ruido que anuncia una tempestad, iba siendo más y más comunicativa. De los grupos de los bebedores ambulantes pasó a los moradores de las calles que aquellos recorrían; y en muchas partes, los vecinos prudentes creyeron que debían cerrar y atrancar bien sus puertas de calle, tan pronto como vino la noche.

Pero donde la agitación tomó un carácter serio, fue en la calle de San Pablo. El bodegón de Juan Diablo parecía ser el punto de cita de la multitud, según estaba lleno de gente alegre. El cuarto del despacho se encontraba tan repleto, que le habría sido imposible a cualquiera abrirse paso hasta el mostrador. Pero lo que más admiraba a todos era que Juan Diablo, tan poco complaciente de ordinario, lucía aquella noche una generosidad inusitada. Solo a uno que otro exigía de contado la paga del licor que consumía. La mayor parte bebía al fiado. ¿Cómo no habían de estar todos contentos? «¡No Diablo se ha vuelto santo!» gritaba la multitud, pronta siempre a canonizar al que da, y sobre todo al que da de beber.

El amanuense del bodegonero era un muchacho de catorce a quince años de edad, de mirada maligna, a quien llamaban el Bizco (por tener un ojo al través) de genio travieso e intenciones no menos torcidas que la mirada del ojo malo. Era, como suele decirse, el alma del despacho; y con sus palabras maliciosas y sus truhanerías, tenía entretenidos a todos. No estaba sosegado un momento: iba y venía, ya diciéndole una chuscada a una mujer; ya trayendo y llevando chismes entro dos que quería poner mal, a fin de tener el gusto de verlos darse de puñadas; ya haciendo beber a uno aguardiente con ají; ya dejando a otro de espaldas por quitarle el banquillo en que iba a sentarse, etc. y las gentes reían y gozaban; por lo cual Juan Diablo decía rascándole la cabeza:

-Este bizquito es muy llamadero de gente.

En un cuarto contiguo al despacho se oía el ruido y la vocería de una chingana. A este *sancta, santorum*, solamente los iniciados podían ser admitidos. En cuanto a la gente profana, contentábase con oír de vez en cuando las tonadas a rabel y guitarra entremezcladas de risotadas, gritos y aplausos estrepitosos.

Hundíase el bodegón de Juan Diablo al ruido de la aguardientosa vocería, cuando un tumulto, que se dejó sentir en la calle, llamó la atención de los concurrentes.

-¿Qué es eso? -preguntó el bodegonero..

-Son unas cuchilladas, *ño* Juan -contestó uno apurando su vaso.

-¿Cuchilladas? ¡Eso si que no lo permito!... ¡Aquí en mi bodegón se bebe con orden... Voy a ver qué es eso!

Diciendo esto, el bodegonero se dispuso a salir con el fin de averiguar la causa del ruido; pero no le fue posible conseguirlo, en atención a encontrarse la puerta verdaderamente obstruida.

-No salga, *ño* Juan -le observó otro de los menos borrachos-: mire que creo que es Miguel Turra que esta tarde andaba con el alma atravesada, y...

-Y ¿qué me importa a mí que sea Miguel o el demonio? -le interrumpió Juan, pugnando por salir.

En aquel momento se dejaron oír en la calle algunas voces de mujer:

-¡Jesús María!

-¡Ya lo mató!

-¡Se desgració el pobrecito!

-¡Si estaría en pecado mortal!

-¿Que vayan a buscar a la médica?

-¡No, niña: la confesión es lo primero!...

A la noticia de muerte, cada cual quiso saber lo que pasaba. Otros más temerosos se retiraron; por manera que en poco rato y puerta del bodegón quedó espedita. Juan entonces pudo encaminarse a la calle; pero al salir de la puerta se encontró con Miguel Turra que le dijo:

-Es preciso que vea quién es el que se atreve a desacreditar mi casa...

-¿No le digo que no es nada? Yo tenía ganas de entrar; pero no pudiendo llegar al mostrador por lo apretado que estaba el pelotón de la puerta, le armé camorra a uno de los de afuera; me cruzó; sacamos cuchillo y nos tiramos un *filito*, con lo cual yo sabía que el pelotón se había de deshacer. ¡No ha sido más!

-Pero...

-Pero no le pegué más que de plano, porque no era cosa formal...

-Vaya, Miguel, que siempre has de hacer de las tuyas -dijo el bodegonero-. Aquí tienes un trago... Pero acuérdate de que es preciso beber con orden, como cristianos de religión que somos.

En aquel momento, vio el bodegonero que el grupo de gente volvía a invadir su despacho. Envueltos en el grupo venían dos o tres hombres trayendo a cuestas el cuerpo de un individuo que parecía estar borracho o muerto.

-Aquí viene el del asunto -dijo Miguel con una sonrisa feroz.

-Pero ¿no decías que solo le habías pegado de plano? -le preguntó el bodegonero.

-Así fue... Eso no debe ser más que *aturdidura*...

-¡Sí! Bonita *aturdidura* -le interrumpió una mujer-. Va a la hora presente, el pobrecito debe haber dado cuenta a Dios.

-O al diablo -dijo Turra dando una feroz carcajada...- Mujer tonta: ¿no ve usted que solo es sangre de narices?

-Así es -dijo uno de los que venían cargando al enfermo-. Está tan vivo como yo... porque me acaba de morder un dedo.

Una carcajada acompañó a estas últimas palabras como si hubiesen sido graciosas.

-¡Pues, señor! Si muerde, claro es que está vivo -observó sentenciosamente otro.

-¿No les he dicho, que aquí no hay otra cosa que curar sino la borrachera? -interrumpió un tercero.

Así era la verdad: examinando al enfermo, se convencieron todos de que no tenía ninguna herida de peligro.

En cuanto a Miguel, confiado en el respeto que el vigor de su brazo imponía, no se acordaba más que de comer unas aceitunas que se le había servido, bebiendo un vaso de chicha por cada una.

Pocos momentos después, llegó la mujer del enfermo con la médica del barrio.

-¿Dónde está mi marido? -preguntó aquella sollozando.

-Aquí está, *ña* Juana -dijeron algunos.

-¡Pobrecito -dijo la mujer-, siempre le están pasando estas cosas!

-No le dé cuidado, *ña* Juanita -le dijo el bodegonero-. No es cosa de peligro.

-¡Gracias a mi Señora del Carmen!

-Esto no es más que calor elevado -dijo gravemente la médica examinando al enfermo.

En seguida recetó lo siguiente:

«Lleven entre cuatro al pobrecito al río: denle tres zabullidas en la corriente; acuéstelo después en su cama; arrópenlo bien y cárguenle el cuerpo hasta que sude, y verán bueno: méntanle en la boca una pluma de ala de pavo negro para que se desocupe el estómago, y santas pascuas.»

Seis u ocho hombres oficiosos partieron a cumplir las prescripciones de la Galena, mientras los demás proseguían bebiendo con el mayor orden, según las recomendaciones de Juan Diablo.

-Dígame, *ño* Juan -exclamó Turra de repente, oyendo los gritos que daban en el otro cuarto-: ¿quiénes son los que se están divirtiendo allá adentro?

-Son unos caballeros...

-Ahora no hay caballeros... Ya se acabaron los tiempos de las caballerías, porque, gracias a Dios, todos somos iguales -observó uno de los circunstantes.

-Y ¿no se podría entrar? Yo quiero divertirme con las cantoras -dijo Turra.

-Es imposible, hombre -respondió el bodegonero.

-¿Por qué?

-Porque tienen la puerta atrancada por dentro.

-Y ¿qué cuesta echar la puerta abajo?

-¡Hombre! ¡Eso no lo permito! -exclamó Juan Diablo alzando los puños.

-Con su permiso o no, yo he de entrar -dijo Miguel acercándose a la puerta, al través de la cual se oía entre la vocería el rasguído de la guitarra y el monótono acompañamiento del rabel.

-¡Cuidado conmigo, Miguel! -exclamó el bodegonero interponiéndose-. Te he dicho que no se puede entrar... ¡Ya me conoces!

-¡Pues no he de conocerte! Por lo mismo voy a entrar -dijo Turra empujando la puerta.

El bodegonero se dirigió hacia Miguel con una tranca en la mano.

La lucha iba a principiarse; y como los dos atletas eran bien conocidos de todos, cada cual esperó el resultado con interés.

Miguel sacó su cuchillo y se puso en guardia.

-Aquí lo espero, *ñio* Diablo -dijo.

Pero al tiempo de acometer a Turra, Juan Diablo fue distraído por varias voces que gritaron:

-¡Aquí está tío Ruco!

-¡Viva tío Ruco! ¡Buena la vamos a pasar con él! -dijeron varios.

-Denle entrada.

-Que pase a tomar un traguito.

Juan Diablo y Miguel Turra eran bravos; pero se respetaban mutuamente: así fue que ambos agradecieron a la casualidad que les daba un pretexto para no atacarse. Ambos parecieron prestar atención a lo que oían: el uno cerca de la puerta, pero sin pretender abrirla, y el otro a dos pasos de distancia con su tranca en la mano.

-Entre pues, tío Ruco, gritaban algunos desde adentro.

-Y ¿cómo entro si la puerta está más atacada que un cañón con bala y todo -dijo una voz cascada desde afuera.

-¡Tiene razón el tío! ¡Abran cancha!

-¡Abranse con mil diablos!

-¡Ya está!

-¡Ya se ve luz!

-Pues allá voy. ¡Venga un trago, y verán bueno! -dijo el tío Ruco entrando al bodegón.

CAPITULO XXXVI

De como predicaban el evangelio algunos sacerdotes de aquel tiempo

«A todos universalmente ordenamos, bajo pena a nuestro arbitrio, a más de las que dispone el derecho, que hagan ante Nos o ante nuestros convisitadores, la denuncia de los que por hecho o palabra sean sospechosos de herejía, excomulgados o que de alguna manera perviertan las costumbres; exhortando y rogando en el Señor a todo aquel que tuviese que comunicarnos cualquier asunto, se desnude de toda pasión, y mire en lo que hace únicamente a la gloria de Dios.»

– (PASTORAL DE 21 DE NOVIEMBRE DE 1853.)

Era el llamado tío Ruco un viejito pequeño de cuerpo, macilento, y de mirada brillante. Venía vestido de soldado, y decía pertenecer al cuerpo de Inválidos. Captábase, con su viveza, la simpatía de todos. Tenía una memoria sorprendente; y como ensartaba en sus conversaciones trozos de sermones o de los discursos profanos que solía oír, todo el mundo buscaba su compañía, lo escuchaba con atención, y en todas partes encontraba que comer y que beber gratuitamente. Era una especie de industria que el viejo cultivaba para vivir, o mejor dicho, para beber, que parecía ser el principal objeto de su existencia.

He aquí por qué los circunstantes celebraron a una su llegada, esperando pasar un rato entretenidos.

-¡Qué hable el tío Ruco! -vociferaron algunos.

-He oído un sermón bonito como un diablo -dijo éste-; pero nada puedo decir, porque tengo la boca seca.

-¡Vengan cuatro vasos, que yo soy el que pago! -dijo un hombre de estos de rompe y raja, acercándose con el viejo al mostrador.

-Tío Ruco no necesita pagar -dijo el bodegonero, poniendo sobre el mostrador una bandejita de lata con cuatro vasos llenos.

-Aquí está el aguardiente -dijo el Bizco.

-Y chicha también -dijo el viejo bebiendo.

-A mí me gusta -prosiguió-, beber por copas, para que no haga daño... Una copa de aguardiente para pasar el frío, y otra copa de chicha para la *calor*...

Enseguida prosiguió:

-¡Buena cosa de hombre santo y bueno y sabio! ¡Es el cura de la Recoleta! Venga ahora la chicha para refrescar... No se me ha escapado nadita del sermón... ¡Bien haya lo que Dios cría para apagar la sed!... El hombre le pegó fuerte y feo a los herejes y a los descomulgados... ¡Dios me libre! ¡Llene otra vez los vasos, *ño* Diablo, porque me voy calentando ya!

-Pero después de todo, nada nos dice tío Ruco del sermón -observó una mujer.

-¿Cómo quiere, mujer de Dios, que uno predique sin estar preparado? Déjeme echar unos cuatro vasitos más y oirá maravillas -exclamó el viejo.

-Aquí están los vasos -dijo el bodegonero.

-¡Pues a la buena de Dios, que es grande!

-Beba sin miedo, tío Ruco -decía entretanto el Bizco, que parecía empeñado en embriagar cuanto antes al viejo.

Éste no se hacía de rogar; y en pos de unos vasos, se bebía otros y otros; por manera que, en menos de diez minutos, ya estaba *preparado*, como él decía.

-¡Al sermón! -exclamaron los más impacientes.

-Sí; pero que suba al mostrador para que lo veamos todos -gritó una mujer.

-Tienen razón -dijo el Bizco...- Yo subiré con usted al púlpito, tío Ruco.

Subieron ambos sobre el mostrador, y el viejo se dispuso a pronunciar su discurso, como de costumbre.

-¡Hermanos míos! -dijo el orador-: ¡las experiencias tienen contaminados estos reinos con sus herejías heréticas, que son el dragón que amenaza tragarse estas Américas, que se están llenando de gringos como moscas!

-¡Es cierto! -dijeron muchas voces.

-¡No interrumpen, pues!

-Los gringos herejes, como las moscas, todo lo pican y se lo comen.. ¿Qué nos quedará a nosotros, los buenos cristianos? El hueso pelado, porque ellos vienen a llevarnos la carne... Quiero decir, que la religión está en peligro, porque vemos venir a estas culminantes playas tantos brutos no bautizados con el bautismo, que es la religión de nuestros padres, desde que... desde que... quiero decir, desde que... no me acuerdo bien... Dame la chicha, Bizquito.

-¡Que remoje la palabra! ¡Ya se le atascó la lengua! -gritaron algunos.

El Bizco pasó el vaso al orador, el cual después de beber, prosiguió.

-Y ¿cómo había de suceder de otro modo, cuando tenemos un gobierno que protege a los herejes, que persigue a los sacerdotes y a los buenos cristianos hijos de Dios?

-¡Fuera el Gobierno! ¡Viva la religión! -exclamaron muchos.

-¡Los tiempos se acercan! -prosiguió el orador, repitiendo tal como le venía a la memoria las palabras del sermón que acababa de oír-. ¡Los tiempos se acercan, hermanos míos! Y Satanás hará su plato, porque se merendará a los que hayan escuchado a los herejes... El Gobierno tiene la culpa de todo, porque protege a los extranjeros y descomulgados... El que hable con el gobierno esta excomulgado.

-¡Ave María!

-¡Callen la boca!

-¡Por esta razón, Dios nos va dejando de su mano y Satanás hará su plato, porque está solito... y así como cayó el fuego de Dios sobre las ciudades de Sodoma, así lloverán las pestes sobre estos reinos contaminados con la herética ponzoña de la herejía de los herejes y de los extranjeros intrusos, que vienen a estos reinos a regalarse con lo mejor parado que tenemos! ¿Qué les importa a ellos que vivamos como se nos antoje? ¿Qué les va, ni qué les viene en nuestras cosas a éstos gringos entrometidos, que, sin más acá ni más allá, se nos dejan caer encima como langostas? ¡Y sin decir: *aquí me entro, que llueve*, se cuelan en este país de cristianos; y lo trajinan y revuelven todo para hacer su plato como lo hacen, llegando hasta hacerse gobierno, para contaminarnos con la herejía de los gringos!

-¡Muera el gobierno de herejes! -exclamó una voz-. ¡Mueran los gringos!

-¡Muera!!! -respondieron otras.

-¡Eso sí que no! -interrumpieron varios-. ¡El General Pinto es un cristiano a las derechas!

-¡Qué saben ustedes de cristiandades, badulaques! -exclamó Miguel Turra amenazando con el puño a los que habían hablado a favor de Pinto-. Prosiga el sermón, tío Ruco, ¡echemos un trago mientras llega el punto en que nos hemos de poner a llorar.

Y, acompañando sus palabras con la acción, el bandido tomó un vaso de aguardiente y lo bebió de un sorbo, mientras el orador proseguía con nuevo ardor:

-Por eso es que cuando los descomulgados llegan a esta patria de Chile, vienen muertos de hambre y más flacos y huesudos que caballo de vigilante; pero en cuanto prueban de nuestros pastos, quiero decir, en cuanto beben nuestro aguardiente y comen un par de *caldudas* picantes, se vuelven unos quirquinchos...

-Y si no -interrumpió un matasiete-, echándose el poncho al hombro; y si no, dígalo el Mister Pita de la esquina, que yo me acuerdo de que llegó aquí el año pasado más flaco que quiltro de rancho pobre, y hoy día se le ve que no cabe en el pellejo.

-Y no solo él -agregó una mujer desgreñada, sino que hasta a la misma Chepa, su mujer, se le ha pegado el *extranjerismo*, y habla a lo gringo, que me da rabia verla lo hinchada que anda por esas calles con su pañolón y su peineta alta, como si no supiéramos lo que es: que hartito conocí a su madre, la Ña Nicolasa, locera de las Lomas.

-En fin -prosiguió el tío Ruco-, si vinieran a aprender nuestra santa religión, ya sería otro cantar. Nosotros les enseñaríamos a confesarse y a ayunar la cuaresma. Pero en lugar de esto vienen a casarse con nuestras mujeres para enseñarles herejía y criar chiquillos herejes para el diablo. De donde resulta que los buenos cristianos estamos obligados a denunciar ante el señor cura de la parroquia a todos los que hablan y hacen estas herejías; no permitiendo que nuestras hijas se casen con estos primos hermanos de Satanás, porque esto es emparentarse con el mismo Lucifer. Bien claro lo dijo el señor cura en el sermón de hoy, que acabo de escuchar con estas orejas que se han de comer la tierra... ¡Y denme otro trago, porque tengo la garganta como una yesca!

En diciendo esto, tomó el vaso de aguardiente que el Bizco le pasó, y prosiguió en el último grado de exaltación alcohólica.

-¡Los tiempos se acercan! Sí, hermanos míos: ¡muera el gobierno! Porque el tiene ensoberbecidos a estos malditos de Dios. Ya no es caridad la que está haciendo este gobierno. Ya la patria se acabó y solo quedan los herejes que se llevarán patria y todo, dejándonos a los buenos cristianos con la boca abierta... ¿Y porqué? No está claro como el agua. El gobierno emplea a los herejes, en lugar de emplearnos a nosotros... Los cuerpos del ejército están mandados por extranjeros... ¿como no ha de cundir la irreligión? A ellos se les paga sus sueldos, y a los soldados no se les da ni para beber un trago. ¡Los tiempos se acercan!

-Así es -interrumpió una mujer-. Hace más de medio año que mi marido no recibe ni un cuartillo.

-Ni el mío tampoco -gritaron muchas otras.

-¡Muera el gobierno hereje y sin caridad con los pobres!

-¿Cómo querrán tener soldados si no pagan?

-¡Esa sí que es irreligión, compadre!

-No pagan -prosiguió el orador-, porque no quieren defender la religión, porque quieren entregarnos a los extranjeros, porque...

Una circunstancia imprevista cortó la palabra en la boca del tío Ruco. Es a saber, que, harto ya de licor, a cada vaso que se bebía, derramaba más de la mitad del aguardiente sobre sus vestidos. Viendo esto el maligno Bizco, acercó la vela que estaba sobre el mostrador a las piernas del soldado, cuyos pantalones, impregnados de alcohol, ardieron repentinamente, subiendo el fuego hasta la camisa, más impregnada aun que los pantalones.

-¡Qué se arde el predicador! -gritaron muchas voces.

Mientras tanto, Juan Diablo, y muchos otros se empeñaban en apagar al incendiado orador, lo cual consiguieron cubriéndolo prontamente con algunos ponchos.

El tío Ruco se encontraba en el momento de la crisis; por manera que cuando le quitaron las envolturas, estaba dormido.

Bajóselo del mostrador y se le acostó en un rincón del despacho. La jarana prosiguió como antes, entremezclado de gritos.

-¡Mueran los herejes pipiolos!

-¡Abajo el gobierno de los extranjeros!

-¡Viva la religión!

[...]

Esa misma noche, una escena bien distinta pasaba en casa del clérigo Cardoso, el cual se encontraba en el cuarto del padre Hipocreitía con las personas de la entrevista a que el lector ha asistido en aquel mismo lugar.

-Su paternidad me ha escrito -decía Cardoso-, manifestándome la imposibilidad de venir esta noche. Aprueba el plan concertado, y me encarga poner en poder de ustedes la suma que prometió entregar.

Diciendo esto Cardoso, puso sobre la mesa dos sacos con dinero.

-Este padre es una alhaja -dijo uno de los asistentes.

Los demás quedaron callados. Cardoso prosiguió:

-El padre me incluye una carta de Freire.

-¿Carta del general Freire?

-Es una carta supuesta que, según él, convendrá leer a la tropa en el momento crítico.

-¡Ah! ¡Ya nos había hablado de eso!

-Es preciso valerse del influjo que el general tiene sobre los soldados. En esta carta se hace decir a Freire que no solo aprueba sino que secundará la revolución. ¿Están ustedes? El padre los absuelve de antemano -dijo sonriéndose Cardoso-, porque ésta es una mentira necesaria para el logro de nuestros fines.

Después de esto, los conjurados empezaron a retirarse de dos en dos; y llegados a la Alameda se internaron en la ciudad por diversas calles. -ERA EL 5 DE JUNIO de 1829.- La noche estaba oscura y fría, y los negros nubarrones de la atmósfera presagiaban una tempestad.

CAPITULO XXXVII

La Revuelta de cuartel

«Enseguida se le distribuyó dinero a los soldados, dándoles desde cuatro a diez pesos a cada uno, y se les alentó a la rebelión, prometiéndoles que serían auxiliados por poderosas fuerzas venidas de Aconcagua, al mando del General Freire; a cuyo fin se les leyó una carta fingida, en la que se tomaba el nombre de este ilustre militar.»

-F. ERRAZURIZ. (Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828. Capítulo II.)

Las seis y media de la mañana siguiente serían, cuando Anselmo despertó a los golpes que daban en la puerta de su cuarto, que caía a la calle.

-¡Quién vive! -gritó.

-Soy yo, mi capitán -contestaron de afuera-. Le traigo una carta de mi mayor Amunátegui.

El joven comprendió que era a Andrés a quien buscaban: vistiose apresuradamente y abrió la puerta.

-¿Qué hay? -preguntó al soldado que se le presentó.

-Revolución -contestó el veterano, cuadrándose-. Oiga usted el vocerío.

En efecto, se dejaba oír en diversos puntos, el ruido de voces confusas, tropel de gentes que iban y venían, y algunos tiros de vez en cuando.

No quiso el joven preguntar más al soldado, sino que, con la carta en la mano, se fue al dormitorio de Andrés, tomando las precauciones necesarias para no alarmar demasiado a Cecilia. Pero ya el capitán había despertado; y oyendo el tumulto, se había vestido apresuradamente. Al salir de su cuarto, se encontró con Anselmo.

-Revuelta tenemos -dijo éste-. El mayor te manda llamar. Aquí tienes una carta suya.

-Dámela -le interrumpió Andrés.

Y abriendo apresuradamente la carta, leyó:

«Mi querido capitán:

«Los Coraceros acuartelados en San Pablo se han revolucionado. Urriola está a su cabeza. Me dicen que su plan es asegurarse de la persona del ministro Rodríguez y del Presidente. No sé lo que hayan hecho hasta esta hora. Yo estaré luego en la plaza de Armas con el cuerpo de mi mando. Venga pronto a reunirse con su Aftmo.

AMUNÁTEGUI.»

-Siempre el loco de Urriola -exclamó Andrés...- ¿Cuándo dejará de ser tronera?

Luego, dirigiéndose al soldado, le dijo:

-Dígale al mayor que luego estaré en el cuartel.

El soldado partió.

La carta traía una posdata escrita con lápiz, que decía:

«En este momento me dicen que el General Freire apoya la revolución; pero yo tengo mis motivos para creer que esto no es verdad. De todos modos, el cuerpo de mi mando estará por el mantenimiento del orden.» VALE.

-Eso no puede ser -dijo Anselmo. ¿Cómo creer que el General Freire apoye un movimiento encabezado por Urriola?

-Lo mismo digo yo -contestó Andrés concluyendo de vestirse-. Y tú ¿qué piensas hacer?

-Acompañarte -dijo sencillamente el joven.

-Pero tú estás con licencia.

-¿Crees que toda tu elocuencia sería capaz de hacerme abandonar mi deber?

-No pretendo eso, amigo mío -dijo Andrés seriamente-. Sin embargo -agregó-, no puedo negar que mi egoísmo era lo que me hacía hablar. Me acordaba de que Cecilia quedaba sola; y... Pero no: vamos, amigo mío. La patria antes que todo.

Enseguida, después de haber despertado a los criados de la casa y tomado las medidas de seguridad, aconsejadas por la prudencia, se dirigieron al cuartel de artillería, llevando sus espadas debajo de sus capotes, y sendos pares de pistolas en la cintura.

Por las gentes que encontraron en las calles supieron que la revuelta era mayor que lo que se habían figurado; pues al batallón de Coraceros se le había unido el de Inválidos.

Por todas partes iban y venían partidas de soldados guiadas por paisanos, entre los cuales podía reconocerse a los agitadores del día anterior. Anselmo y Andrés hacían lo posible por evitar el encuentro de aquellas partidas que podía serles fatal; y aunque al principio lo consiguieron, sucedióles al fin lo que tanto temían. Habiendo llegado a la alameda, debían tomar hacia el cuartel de artillería; pero en frente de la bocacalle de la del Estado se encontraron con una gran partida de soldados que marchaban como a discreción y entremezclados con gente de la última clase. Capitaneaba la partida un paisano, que en el momento fue reconocido por Andrés.

-Anselmo -dijo éste a su amigo, mostrando al improvisado capitán-, ¿no es éste el hombre de antenoche?

-El mismo -contestó el joven.

En efecto, el capitán no era otro que Miguel Turra, quien, prevalido del ascendiente de que gozaba, no solo entre los paisanos sino entre los soldados mismos, había quitado el mando del piquete al sargento que lo llevaba, poniendo a éste bajo sus órdenes. Con su vista de lince, conoció también a Andrés y a Anselmo; y haciendo alto, quiso tomarlos presos, con el fin de no perder la oportunidad de vengarse de ellos.

-¡Estos son de los enemigos! -exclamó, dirigiéndose a los soldados-: es preciso que no se escapen. ¡A ellos!

Y diciendo esto, rodeó con su gente a los dos militares.

-¡Sí! -gritó toda la turba-: que se den a preso los herejes!

Turra, por gozar cuanto antes de la satisfacción de su venganza se dirigió hacia los jóvenes, con la catana desenvainada; pero éstos dieron al instante algunos pasos atrás, y desnudaron sus espadas.

El bandido, ciego de cólera, se echó sobre Andrés, quién, parando el machetazo con los rollos de su capote, envuelto en el brazo izquierdo, hirió al bandido en el pecho. Mientras tanto, Anselmo se defendía valerosamente de cuatro o seis bayonetas y de otros tantos garrotes que lo atacaban.

-Me has herido, pícaro; pero luego llevarás tu merecido -exclamó Turra, echando espuma por la boca.

Pero su mismo ardimiento lo perdió, pues, procurando dar golpes sin curarse de parar los que se le dirigía, recibió uno tan recio en la muñeca derecha, que le hizo soltar su arma.

-Bravo: -gritó la turba, al ver rodar por el suelo la catana del bandido.

Con esta acción, Andrés se había captado gran parte del sufragio de aquella gente. El sargento que no miraba bien a Turra, desde que lo había suplantado como por fuerza, trató de valerse de esta circunstancia, para quitarle el mando; recogió inmediatamente el arma del suelo, y mandó parar a sus soldados. Obedecieron éstos, como por instinto, la voz que estaban acostumbrados a respetar. Entonces, Andrés se dirigió a los soldados.

-¿Es posible -les dijo-, que los soldados de la patria se rebajen hasta ponerse a las órdenes de un paisano?

-No me ha sido posible evitarlo, señor -dijo respetuosamente el sargento-, que había ya conocido el carácter militar de los agredidos.

Esta muestra de deferencia de parte del sargento ayudó a reaccionar a los soldados.

-Oigan ustedes -prosiguió Andrés, señalando a Turra con el dedo-: ese hombre es un malvado, un asesino.

-¡Y ustedes son unos malditos pipiolos! -le interrumpió Turra.

-¡Mueran los pipiolos! ¡Abajo los herejes! -gritó la turba, que ya se iba aumentando considerablemente.

-¡Eso es! -agregó Miguel-. Matemos a estos dos pipiolos, y haremos una buena obra.

Los soldados habían rodeado al sargento, y parecían dispuestos a obedecer sus órdenes antes que atacar a los dos oficiales: pero el número de la turba era muy considerable para que se pudiera contrariar sin peligro; tanto más cuanto que el populacho parecía inclinado a creerle al bandido, que repetía sin cesar:

-¡Estos son de los enemigos: los conozco bien!

-Ese hombre os engaña -les gritó Andrés-. Nosotros somos de los vuestros. El sí que es vuestro enemigo, puesto que os aleja del punto en donde debéis estar... ¿A dónde os dirigíais?

-Nos llevaba Turra a dar un *malón* a casa de un rico -contestó uno.

-Porque habíamos errado el golpe en casa del ministro -agregó otro.

-El ministro se voló como pájaro -dijo un tercero.

-Esto es porque este hombre os quería separar de la plaza -les dijo Andrés-. ¿No queréis echar abajo al gobierno?

-¡Sí! ¡Sí! -gritaron muchos.

-¡Muera el gobierno!

-Pues bien; si queréis esto, vámonos a la plaza; allí ayudaremos a atacar al palacio que tal vez haya caído en manos de los revolucionarios... Yo os dirigiré... Ya veis que somos militares.

Diciendo esto, Andrés mostraba su casaca.

-Estamos a sus órdenes, mi capitán -dijo el sargento, ordenando al mismo tiempo a sus soldados se formasen. Obedecieron éstos, diciendo:

-Tiene razón nuestro jefe: vámonos a la plaza.

-¡A la plaza! ¡Al palacio! -gritaron todos.

Andrés dio entonces la voz de mando; y acompañado de Anselmo, se puso a la cabeza de la compañía, seguida por la multitud.

En cuanto a Turra, marchaba también entre la turba; pero ideando el modo cómo debía matar a Andrés o a Anselmo.

-Cuando nos encontremos en medio de la refriega veremos si se me escapan -dijo, apretando el mango de su puñal que el sargento le había entregado cuando vio que nada tenía que temer de él.

Dirigíase la columna por la calle del Estado, y se iba engrosando más y más, a medida que se acercaba a la plaza. Andrés y Anselmo sabían bien que éste era el centro del motín, y lo que querían era llegar allí, ya que no les era posible alcanzar al cuartel.

Los tiros que se dejaban oír, indicaban que la lucha se había empeñado en alcanzar el palacio de las Cajas; y esto comunicaba nuevo ardor a los amotinados. Pero al llegar a la

plazuela de San Agustín, fueron detenidos por un verdadero cuerpo de tropas que desembocaba en la calle del Estado. Era el batallón Núm. 7 al mando del coronel Rondizzoni. Andrés, sin desamparar el mando de su columna, envió a decir a este jefe lo que pasaba. Rondizzoni entonces dispuso que dos compañías barriesen con el populacho hacia la Alameda y se dirigió con el resto del batallón hacia la plaza.

En cuanto el populacho vio que se le atacaba seriamente, se retiró hacia la Alameda, desbandándose en diversas direcciones.

Andrés, arengó entonces a los soldados amotinados excitándolos a reunirse a los defensores de la ley; y tanto los unos como los otros marcharon después formando un solo cuerpo hacia la plaza.

Cuando llegaron allí, ya se había trabado la refriega entre las fuerzas de Rondizzoni por una parte, y los Coraceros e Inválidos por la otra. Lo que éstos pretendían era nada menos que tomarse en persona al vicepresidente Pinto; para lo cual habían dispuesto atacar el palacio, lo que pusieron en ejecución sin el menor éxito. Tanto la guardia del palacio, al mando del capitán Jofré, como la de la cárcel, se pusieron sobre las armas: pero, muy inferiores en número al de sus enemigos, no tenían más esperanzas que en el auxilio, que de un momento a otro, debía llegarles. Después de haber cambiado algunos tiros con los Inválidos, vieron entrar a la plaza uno en pos de otro, dos destacamentos del batallón Núm. 7 que contestaron al fuego de los sublevados. Pronto tuvieron éstos que medirse con todo el grueso del batallón que los atacó con energía. Cuando Andrés y Anselmo entraron en la plaza; ya Rondizzoni había hecho replegarse a los contrarios hacia el ángulo Noroeste, y pocos momentos después, empezaron los sublevados a batirse en retirada, con el fin de ganar su cuartel, hacia donde se dirigieron sin ser grandemente perseguidos por las tropas del gobierno.

CAPITULO XXXVIII

De como don Catalino, y sin saberlo, se encuentra comprometido en la revolución

«Es muy sensible (dice el pueblo celoso de la justicia y del verdadero mérito) ver al español Ovejero y otros que vinieron a hacer la guerra a Chile, cuando trataba por sacudir el yugo peninsular, figurando en primera línea, con buenas rentas; mientras que el teniente coronel don Santiago Blayer se halle en la miseria... Blayer tan patriota... morirá desesperado; los Ovejeros y Garridos, acabarán su vida en la opulencia.»

—(J. N. ALVARES. Diablo político núm. 23.)

Retirado el enemigo, volvió a restablecerse poco a poco el orden alterado en las calles por las turbas que aquí, allá y más allá, amenazaban la propiedad de los pacíficos moradores.

Y como aquella inconsiderada revuelta estaba muy lejos de contar con las simpatías del pueblo, la alegría volvió a todos los semblantes una vez que los amotinados hubieron tocado retirada. Las puertas de las casas se abrieron, y las calles se cubrieron de gentes hambrientas de noticias.

Por otra parte, aquel día era la víspera de las elecciones de diputados al Congreso; y he aquí la principal causa de la animación que se notaba por las calles. En aquellos tiempos, los partidos políticos trabajaban con el ardor de las ilusiones aún intactas de los pueblos nuevos, tanto más vehementes en sus aspiraciones cuanto mayor es su inexperiencia de la vida social y política. A medida que los grupos de ociosos, vagabundos y malhechores evacuaban las calles y se metían en sus guaridas se aumentaba el tráfico de la gente honrada y pacífica. Los agentes eleccionarios de los diversos bandos no habían podido trabajar en aquella mañana; y trataban de recuperar el tiempo perdido, corriendo sin descanso, a fin de preparar a sus sufragantes para el día siguiente. Los compradores y vendedores de votos se buscaban, cambiándose calificaciones por dinero contante o por promesas de dinero. Otros ofrecían su sufragio en cambio de servicios cerca del gobierno, o prometían votar en favor de tal o cual partido, por quedar bien con un patrón poderoso de quien esperaban futuros beneficios. Había, pues, de todo: compradores, vendedores, cambistas, convencedores, suplicantes, y hasta amenazadores de profesión; no faltando quienes trocasen sus calificaciones por un vaso de aguardiente; quienes vendiesen a diversos partidos la promesa de votar, recibiendo de cada uno de ellos algo a cuenta, y quienes jurasen votar por la religión, a fin de labrarse méritos para el cielo.

El Gobierno de Pinto, prescindiendo por completo de tales manejos, había dejado a los partidos en entera libertad para que trabajasen. Verdad es que los partidos abusaron de tal libertad, y aun los amigos del Presidente cometieron fraudes, que naturalmente debían comprometer al Gobierno mismo, bajo cuya sombra se cobijaban: mas para ser justos, es preciso decir que el Ejecutivo no manchó sus manos con ninguna operación fraudulenta, ni se valió de la autoridad para ejercer sobre los sufragantes la menor presión. El procedimiento de ganar elecciones a la fuerza, imponiendo representantes contra la voluntad de los pueblos, fue descubierto y practicado después por el partido reaccionario, que tachaba a los liberales de herejes, impíos e infractores de la ley; que se tituló él mismo defensor de las instituciones de la República, y que, siendo el verdadero autor y cama de las guerras civiles, bautizó a los pipiolos con el nombre de revoltosos.

Don Catalino Gacetilla era uno de los principales agentes electorales de los amigos del Gobierno; pues, como el parlanchín conocía a todo el mundo y abordaba a los que no conocía, como si desde muchos años ha los conociera, no podía negarse que el noticiero de profesión era uno de los hombres más a propósito para aquel desvergonzado oficio. Don Pablo Motiloni, que trabajaba por la oposición, convencido de que no podía atraerse a Gacetilla, concibió el proyecto de neutralizarlo. La revolución de aquel día le suministró el pretexto, como va a verlo el lector.

Hallábase don Catalino convenciendo a seis u ocho ciudadanos de los muchos que pululaban por la plaza.

-Segura estas razones -les decía-: ustedes no deben pensar en dar su voto a los promotores de desórdenes, que en realidad son los verdaderos herejes: pues, por más que ellos digan, nunca conseguirán probar que nuestro gobierno es irreligioso. Ahí tienen ustedes al Presidente Pinto, que ayuna la cuaresma, y no se le escapa témpora ni vigilia del año y se confiesa cada mes. Precisamente tiene por padre de espíritu al mismo padre de la Recoleta Dominica, con quien yo me confieso. Pero vengan para acá; entremos al Café -prosiguió don Catalino, llevando a sus catequizados al comedor, y haciéndoles servir diversos licores, mientras murmuraba entre dientes: «he aquí la razón que los acabará de convencer.»

Mientras bebían alegremente, don Catalino creyó oír una conversación en la pieza vecina, separada solo del comedor por un delgado tabique de tocuyo empapelado; y como no perdía oportunidad de meterse en urdas ajenas, se puso a escuchar con los dos oídos, mientras que con la boca dirigía palabras halagüeñas a sus convidados.

-Ya ven ustedes -(decía una voz gruesa en la pieza vecina)- ya ven como bambolea este fatal gobierno. Las revoluciones lo tienen a mal traer, porque no cuenta con el voto de la Nación. Y no puede ser de otro modo, amigos míos, pues un país católico como el nuestro no puede estar contento con un gobierno herético que persigue a la religión, quitándole sus rentas a los conventos, y que ha puesto nuestro ejército a cargo de extranjeros. ¡Qué será de nosotros si cunde esta plaga de gringos excomulgados!

Sin duda no le convenía a Gacetilla que sus convidados oyeran esta conversación, porque empezó a charlar con una voz tan alta, que apagó por completo la vecina conversación.

-¡Sí, amigos míos! -les gritaba a los bebedores-: brindemos por la victoria de Pinto, que ha fomentado la instrucción pública, estableciendo escuelas en los campos, dictando medidas oportunas en favor de nuestro Instituto Nacional, creando la Academia para los abogados practicantes, y haciendo porque los ciudadanos pobres puedan educar sus hijos en el Instituto, sin necesidad de pagar; que ha compuesto caminos; que ha perseguido a los malhechores; que ha organizado la administración; que nos ha dado paz y prosperidad con las sabias leyes, ordenanzas y reglamentos dictados bajo su poderosa influencia; que no se ha desdeñado de visitar personalmente nuestras cárceles y hospitales para mejorar su servicio: en una palabra (y para decirlo todo de una vez); que nos ha enseñado prácticamente las costumbres democráticas, gobernando liberalmente el país; y dotándolo de una sabia y bien pensada Constitución, que es como si dijéramos la coronación de tan bella obra.

Todos los circunstantes, entusiasmados, aplaudieron con estrépito, apurando enseguida sus vasos.

-¡Bravo, bravo, mi querido Gacetilla! -exclamó un caballero entrando en el comedor seguido de varios otros.

-¡Oh, mi elocuente Orjera! -respondió don Catalino-: tu aprobación me da bríos. Aquí tenéis -prosiguió, dirigiéndose a sus amigos, que se alzaron respetuosamente al oír el

popular nombre de Orjera-; aquí tenéis a nuestro querido tribuno que os dirá lo mismo que yo.

-Yo repito -dijo Orjera-, todo cuanto Catalino ha dicho, y agrego: ¿Serán capaces de hacer otro tanto los señores pelucones, que en puridad de verdad, no son más que godos disfrazados de patriotas? Ellos aspiran a tomar las riendas del poder, no para proseguir la santa obra de los autores de nuestra independencia, emancipándonos de los vicios, costumbres y malas prácticas monárquicas; sino para oponerse a la marcha pacífica del país por la vía democrática y hacernos retroceder a los tiempos del coloniaje. Lo que os digo -prosiguió Orjera, con acento más y más ardoroso-, no tiene nada de antojadizo: os digo la verdad, deducida lógicamente de los mismos hechos que vosotros estáis palpando. Mirad hacia el pasado y veréis quiénes son los enemigos del gobierno liberal. Ahí tenéis a Franco, Dorriga, Arabaño, Gizana y mil otros antiguos servidores del poder español contra la República. ¿Esperáis, no digo que amén, sino que comprendan la libertad esos miserables liberticidas que ayer no más persiguieron a sangre y fuego a nuestros más esclarecidos patriotas? ¿Quién podrá creer que los Hipocreitías amén las instituciones republicanas, cuando todavía resuenan en nuestros oídos sus prédicas a favor del santo rey de España, y sus excomuniones lanzadas contra los malditos insurgentes? Y ¿contra quiénes hablan estos señores godos, aliñados a la republicana? Hablan contra Pinto, Freire, Lastra; contra los chilenos, que han derramado su sangre en cien batallas, para que nosotros podamos decir con orgullo de ciudadanos libres: ¡tenemos una patria!

Los aplausos apagaron la poderosa voz del orador. El comedor se había llenado de gente, y todos tenían sus ojos fijos sobre el tribuno, a quien habían hecho subir sobre la mesa. De pie, en la puerta que comunicaba con el cuartito en donde Gacetilla había escuchado la antedicha conversación, se veía un hombre que, por debajo de las anchas alas de su sombrero, lanzaba sobre Orjera miradas chispeantes. Era Motiloni.

-Y ¿hemos de poner en manos de sus antiguos verdugos, prosiguió el tribuno, esta patria que tantos sacrificios ha costado a nuestros héroes? Estos nos la dieron con sus esfuerzos: a nosotros nos toca defenderla...

-¡Estos pipiolos son muy originales! -exclamó una voz detrás del tabique-. ¡Siempre declamando contra las visiones de su fantasía! ¿Quién pensará en arrebatarles su patria?

Mientras algunos circunstantes enfurecidos entraban en el cuarto vecino para castigar la osadía del interruptor, Gacetilla dijo:

-Ese hombre ha dicho una verdad más grande que el puente de Cal y canto, porque es muy positivo que los señores godos, pelucones y apeluconados, no piensan en quitarnos la patria. ¿Para qué quieren patria ellos, que han sabido pasar tan bien su vida de esclavos? No es, pues, la patria el objeto de sus aspiraciones: son los destinos públicos y las rentas.

Aplausos y carcajadas estrepitosas respondieron al discurso de Gacetilla, al mismo tiempo que volvían los que habían entrado al cuarto vecino, diciendo que el atrevido interruptor se les había escapado por otra puerta.

-Y para que veáis que lo que acaba de decir el señor Gacetilla es la verdad -(prosiguió Orjera)-, voy a hacer una observación. Estos patriotas de nuevo cuño no tienen vergüenza de hablar a nombre de un país que ellos han ayudado a asesinar. Son los lobos hambrientos que quieren quitar del medio a los pastores para comerse después todo el rebaño. Han elegido por jefe, no a un patriota de esclarecidos hechos, sino a don Diego Portales, cuya hoja de servicios está en blanco. Esto prueba la ninguna estimación que les debe la patria, y el desdén con que miran a sus leales servidores. Nada ha hecho Portales en beneficio de Chile; la lucha de nuestra independencia no ha podido despertar su patriotismo; y la primera vez que se le ve aparecer en nuestra vida pública es para soplar la guerra civil que aún no conocíamos los chilenos. ¡Ay de nuestras republicanas instituciones, si ellos vencen en esta fratricida lucha que su egoísmo y su rabia contra la libertad están preparando sordamente! ¡Ríos de sangre chilena regarán nuestros campos, y veremos caer por tierra nuestras más queridas instituciones! Tendremos una monarquía con el nombre de república. En vez de dirigirnos por la vía del progreso, el gobierno será siempre el principal inconveniente para toda mejora social, para toda innovación útil, para toda ley liberal, para todo pensamiento que pugne contra el espíritu monárquico. Y no puede ser de otro modo, porque este espíritu es el que domina a nuestros enemigos. El país abrirá al fin los ojos, y querrá reconquistar lo que ellos le habrán quitado; pero ellos, en posesión del poder, abusarán de la fuerza y gobernarán haciendo la guerra a la Nación; perseguirán a sangre y fuego a los buenos patriotas; harán leyes especiales para tener al país en jaque; leyes acomodaticias, que ellos interpretarán siempre a su favor; leyes contrarias a la libertad; leyes traidoras que les servirán de pretexto para ejercer sus venganzas contra los ciudadanos indefensos. ¡Ah! ¡Señores! Si ellos llegasen a dominar no habría acto que no cometiesen por mantenerse en el poder; elevarían el fraude, el dolo y la mentira; al rango de elementos de buen gobierno; y el espionaje y la delación serían premiados como virtudes cívicas. Ser opositor llegaría a ser el mayor de los crímenes; así como no habría cualidad más recomendable, que la de gobiernista. Porque la aspiración de esos malvados es la de posesionarse del país para gobernarlo por ellos y para ellos. Y sin embargo de no haber hecho nada en servicio de la patria, no dudéis que se decretarían la corona cívica, y pondrían sobre su jefe la corona de laurel; escribirían historias, dando a Portales el nombre de genio protector de Chile, ¡y quién sabe si elevarían estatuas con los dineros del Estado! Y mientras tanto, ¿qué sería de los héroes de nuestra independencia? ¿Qué de los honorables ciudadanos que han defendido valerosa y noblemente las ideas democráticas? ¡Unos serían extrañados del país; otros morirían en lejanos destierros; otros tendrían que vivir ocultos, sufriendo en silencio las desgracias de su patria; y otros en fin, serían vejados, ultrajados y asesinados en nombre del orden público. Las sentencias serían firmadas por los Francos, los Arabaños, los Dorrigas, los Aldeanos, etc., haciendo caer sobre los sentenciados el anatema de enemigos de la patria y perturbadores del orden público, que estos malditos godos merecen!

-Por esto he dicho yo siempre -apuntó Gacetilla, entre los bravos y palmoteos que el discurso de Orjera produjo-, por esta razón digo: que en política, es preciso vencer a todo trance para llegar a ser un hombre de bien.

Orjera fue llevado en triunfo hasta la plaza por los entusiasmados oyentes; don Catalino lanzaba *vivas* desaforadamente, y agitaba su sombrero en el aire, cuando sintió que alguien lo sujetaba de la ropa. Volvióse prontamente, y vio a don Pablo Motiloni, quien le dijo:

-Oiga usted don Catalino.

-Aquí me tiene usted -contestó éste prontamente.

El italiano se acercó a Gacetilla, y le dijo misteriosamente al oído:

-Acuérdese, amigo, del encargo que le tengo hecho, de no hablar sobre el asunto *que ya usted sabe*.

-Ya, ya comprendo, amigo mío. En boca cerrada no entran moscas.

-Porque si sale una palabra de su boca...

-No tiene usted nada que encargarme. Yo también sé guardar un secreto como cualquier otro.

-Está, bien -dijo Motiloni-. ¡Adiós!

Al tiempo de dar la mano a don Catalino, el italiano le puso (sin que el otro lo advirtiera) un paquetito de papeles dentro de la cartera del chaquetón. Cualquiera que hubiera visto esta operación habría admirado la ligereza de manos de don Pablo. Hecho esto, se retiró a largos pasos, dejando a Gacetilla parado en la vereda, como esperando algún transeúnte con quien hablar sobre los acontecimientos del día.

Don Pablo se dirigió por la calle de las Monjitas, como buscando alguna cosa; luego torció hacia su derecha por la de San Antonio, hasta que, en la calle de los Huérfanos, encontró una patrulla encargada de mantener el orden. Al momento se dirigió al jefe y le dijo:

-Voy a hacerle a usted un denuncia, señor mío.

-Hable usted -contestó el jefe.

-¿Conoce usted a don Catalino Gacetilla?

-Lo conozco de oídas.

-Es un hombre pequeño, rechoncho, de aladares negros recortados; que anda con un chaquetón plomo y una gorra de paño color chocolate.

-¡Ah! Lo acabo de ver en la plaza. Estaba en medio de un corro, hablando como un predicador.

-Es el mismo entonces -dijo Motiloni.

-Y ¿qué clase de hombre es ese?

-Es uno de los agitadores; uno de los enemigos de la administración.

-¿Sí? ¡Por eso hablaba tanto el hombre! Voy a atraparlo.

-Hará usted bien. Creo que anda repartiendo proclamas...

-¡Proclamas! Eso es cosa seria... Le doy a usted las gracias por el aviso.

-No hay de qué, señor. Pero como podría comprometerme si él supiera que yo...

-No tenga usted cuidado alguno -le interrumpió el militar-. El no sabrá nada. Voy a darle caza.

Diciendo esto, se dirigió el jefe con su patrulla a la plaza, en donde encontró a Gacetilla hablando por boca y narices en el centro de un corrillo. Enseguida, dejando su patrulla junto a los *baratillos*, se encaminó con un soldado hacia el grupo, y preguntó:

-¿Es alguno de ustedes la persona de don Catalino Gacetilla?

-Aquí lo tiene usted -dijo éste-. ¿En qué puede serle útil su servidor?

-Por ahora solo en que me acompañe a la cárcel...

-¿Y para qué?

-Tengo orden de llevarlo preso.

-¿A mí? -exclamó temblando don Catalino...- Yo creo que está usted equivocado...

-No tengo costumbre de equivocarme -replicó el otro- ¿Piensa usted hacer resistencia?

-Ni remotamente, señor... Pero yo quisiera saber...

-No perdamos el tiempo; marche usted...

-Pero, ¿qué crimen he cometido para...?

-¿Qué crimen? Y ¿le parece poco andar exaltando los ánimos con discursos subversivos?

-Pero, señor... ¡Si soy el hombre más pacífico del mundo!

-¡Y luego repartir proclamas incendiarias!...

-¡Oh! ¡Esto es ya demasiado! Si eso es así, que me ahorquen -exclamó fuera de sí Gacetilla-. En lo de hallar, seré franco, señor:quién sabe si he dicho algo que pueda ofender los oídos... Pero en eso de las proclamas, le juro a usted que yo estoy tan inocente como San Juan Bautista.

-Veamos -dijo el otro-, haciendo una seña al soldado. ¡Entregue usted todo lo que tenga en los bolsillos!

El soldado se acercó a don Catalino, quien temblando, empezó a sacar su pañuelo, su tabaquera, el mechero y demás utensilios de fumar. Entre los objetos que encontró en sus bolsillos había un pequeño paquete de papelillos impresos, que sin saber él mismo lo que era, entregó al jefe de la patrulla. Tomó éste el paquete, y sacando una de las hojas, la abrió y leyó en voz alta:

«¡A las armas, ciudadanos!...

El infame gobierno que rige la República...»

-¡Jesús María! -exclamó Gacetilla fuera de sí-: dígame usted señor: ¿cómo es que esos malditos papeles estaban en mis bolsillos?

-Eso lo sabrá usted mejor que yo -contestó el otro, mientras los demás se reían de la pregunta de don Catalino-. Por ahora no tengo necesidad de saber más... Vamos a la cárcel.

Viendo don Catalino que pretender probar su inocencia era tiempo perdido, se resignó a su suerte, y despidiéndose de las personas con quienes estaba hablando antes, se dirigió con la cabeza gacha a la cárcel.

-¿Cómo habrán venido a mi bolsillo esos papeles? -se decía entre dientes-. Parece cosa de encanto... Pero eso me pasa por *novedoso*... ¿Por qué, en vez de levantarme tan temprano para venir a ver lo que pasaba, no me quedaría en mi cama?... en vez de que ahora... ¡con una causa criminal encima!... y en los tiempos que corren!... ¡Oh, fatalidad! ¡Esto me acontece por entrometido!

Diciendo esto, Gacetilla entró a la cartel, y la pesada reja de fierro se cerró tras de él.

CAPITULO XXXIX

¿En qué se empleaba el dinero don Policarpo?

«Atacaban a su vez a los pelucones de haber sido los encubiertos promotores de aquella revuelta para la cual habían dado los fondos.»

—F. ERRAZURIZ. (Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828. Capítulo II.)

Aunque rechazados los enemigos del orden y de la ley, no se daban aún por vencidos; y metidos en su cuartel de San Pablo, desafiaban desde allí el poder del gobierno. Sin embargo, este motín, parecía tan estéril como todos los que anteriormente habían agitado al gobierno de Pinto. Nacida de las malas pasiones y fomentada con el dinero de los enemigos de la República, sin encontrar eco en el corazón del pueblo, y habiendo fracasado desde su principio, esta revuelta debía tener un fin próximo. Pero a pesar de su falta de éxito los sublevados celebraban, bebiendo a discreción en su cuartel, convertido en ciudadela, la derrota que acababan de sufrir.

Mientras tanto, un consejo de guerra, compuesto de los jefes principales, reunido en el palacio presidencial, discutía sobre las medidas más acertadas para apagar la sublevación. Estaba visto que ésta no pasaba de ser un motín de cuartel, en el cual, el pueblo no parecía querer tomar parte. Los habitantes de Santiago permanecían tranquilos sin corresponder al llamamiento de los pelucones. A pesar de esto, no faltaban agitadores, que en las conversaciones trataban de introducir entre las gentes el odio de que estaban animados contra el gobierno.

Si el centro de la ciudad permanecía tranquilo, no sucedía lo mismo con los suburbios. Pandillas de vagos entremezclados con soldados recorrían los barrios del puente, la plaza del Basural y el Tajamar hasta la cancha de gallos, introduciendo la alarma entre los vecinos de estos barrios, quienes, con sus puertas atrancadas, apenas se atrevían a asomarse a ver lo que pasaba en la calle. Entonces, falta de policía de seguridad como estaba la ciudad de Santiago, cada cual tenía que cuidar de sí mismo.

Bien se echará de ver, que siendo el cuartel de San Pablo, el foco de la revuelta, no estaría la calle aquella en el mayor orden. De allí era de donde se veía salir la mayor parte de las pandillas, que, haciendo escala en cada bodegón que encontraban al paso, se ocupaban en gritar aquí, allá y más allá:

-«¡Mueran los herejes»!

-«¡Abajo el gobierno de extranjeros!»

El bodegón de Juan Diablo estaba lleno de gente. Allí entraban y salían individuos de diversas cataduras; unos a sacrificar al dios Baco, y otros que parecían dispuestos a entregarse a Marte, según era el aspecto belicoso que presentaban. Ambos dioses tenían allí sus dignos representantes; el de las vendimias, en tío Ruco; y el de la guerra, en Miguel Turra. Esto no es decir que las demás deidades del Olimpo dejarán de tener sus

devotos en aquella reunión multiforme, en donde se veía de relieve todas las bajas pasiones, con una franqueza verdaderamente mitológica.

-¡Maldita suerte -exclamaba Turra dando un puñetazo sobre el mostrador-: no haber tenido tiempo de *merendarme* a uno de los pipiolitos!... Son ellos, los conozco bien...

-Tome un trago, amigo -le dijo tío Ruco-, para que se le pase la *murria*... Ahóguela en aguardiente, que es santo remedio.

-Pero otra vez andaré más despierto -refunfuñaba el bandido, quien se creía infeliz por no haber tenido el placer de derramar la sangre de un hombre.

Aunque Juan Diablo no estaba en el despacho, nadie echaba de menos su falta, pues su digno amanuense, el Bizco, servía a los parroquianos del modo más cariñoso del mundo. ¿Dónde se hallaba entonces el bodegonero? Si el curioso lector quiere saberlo, tenga la bondad de seguirnos, y marche con cuidado por entre la multitud de grupos de vagos, borrachos, mal entretenidos, soldados, muchachos y mujeres que van y vienen, y se cruzan en diversos direcciones.

Dando vuelta la esquina de la *Casa vieja*, que el lector conoce, se encontraba un cuartito redondo, de mezquina apariencia, por cuya puerta entreabierta entraban y salían hombres de diversas condiciones. Dentro de aquel cuarto estaba el bodegonero ocupado en distribuir dinero y algunas armas al populacho. Como conocía a todo el mundo, Juan sabía muy bien entre quienes debía repartir la plata y los sables, pistolas, tercerolas y fusiles viejos que había recibido del cuartel.

Cada individuo recibía algo adelantado, con la promesa de que se le daría después el doble, si se obtenía la victoria. Al mismo tiempo les indicaba el buen Juan que se encaminasen a su bodegón, en donde encontrarían aguardiente, mejor que en ninguna otra parte encargándoles (eso sí) que bebiesen con orden, pues no quería que su establecimiento se desacreditase.

Cuando se concluyó de distribuir el armamento y el dinero, Juan cerró la puerta y la atrancó bien, dejado solo entreabierta una tronera que la puerta tenía, por donde entraba un rayo de luz al miserable cuarto. Entonces salió de un rincón un hombre que allí estaba oculto detrás de una puerta vieja afirmada en la pared. Era Motiloni: estaba pálido, y su mirada brillaba siniestramente en la oscuridad.

-Se ha portado usted bien, amigo mío -dijo al bodegonero-. Me gustan los hombres inteligentes y de corazón.

-Es que conozco las *uvas de mi majuelo*, le contestó Juan. Cada uno de estos cree que va a hacer su fortuna en cuantovenzamos. He dado el dinero solo a gente de *pele en pecho*.

-Muy bien: ahora es preciso que sepamos lo que piensa el enemigo.

-Nada más fácil. Yo me voy al bodegón, y de allí enviaré al Bizco, que es un zorro para las noticias.

Diciendo esto, salió el bodegonero, y se fue en derechura a su despacho.

La calle estaba agitadísima: las noticias, falsas o verdaderas, corrían de boca en boca y se cruzaban en todas direcciones; infundiendo el miedo en unos, la alarma en otros, y el entusiasmo en los más exaltados.

Los encontrados pareceres engendraban aquí, allá y más allá mil disputas que concluían generalmente en puñetazos o cuchilladas. Unos creían que los Coraceros debían hacer otra salida; otros pensaban que lo mejor era permanecer dentro del cuartel, esperando que el gobierno enviara a hacerles propuestas de convenio. La puerta del cuartel estaba exteriormente rodeada de gentes hambrientas de desorden, que no pudiendo penetrar dentro, se contentaban al menos con escuchar desde afuera el ruido de la bacanal de los soldados.

Habíase colocado arriba de la torre de la iglesia un piquete de fusileros, que, al mismo tiempo que sirviera de vigía para observar los movimientos del enemigo, pudiera valerse de aquella ventajosa posición en caso necesario. Entre los soldados del cuartel y las gentes de afuera, así como entre éstos y los que se hallaban en la atalaya de la torre, se cambiaban voces de inteligencia, como para animarse mutuamente.

Rodeaban el cuartel, y desembocaban a cada rato en la plazuela partidas de campesinos montados en briosos caballos. Muchos de ellos parecían dispuestos a tomar parte en el motín: otros no eran sino simples curiosos *que venían a ver la revolución*, como irían a presenciar una carrera de caballos. Estos recorrían las calles con esa impavidez característica del guaso chileno, a quien nada le intimida cuando se ve montado en un caballo brioso, *atento y de buena rienda*. Por otra parte, en aquellos tiempos, una sublevación o revuelta eran miradas por el pueblo como un espectáculo interesante.

CAPITULO XL

La cosa se encrespa

«¡Ah! No es la muerte en la feroz contienda
la convicción de la verdad grandiosa;
un cadáver tampoco es digna ofrenda
en tus altares, ¡libertad gloriosa!
Para encontrar la verdadera senda,
la razón es la antorcha luminosa;
las armas, la palabra, la conciencia,
y el himno de victoria, la clemencia.»

—G. MATTA.

Más de una hora había transcurrido desde que Juan Diablo se separó de Motiloni, cuando aquel llegó de nuevo al cuarto en donde éste le esperaba.

-¿Qué hay de nuevo? -preguntó el italiano.

-La cosa se encrespa -contestó el bodegonero-, según lo que me ha dicho el Bizco, a quien mandé aguardar lo que pasaba. El muchacho oyó decir a unos caballeros que los del gobierno estaban resueltos a atacar el cuartel.

-¿Y...?

-La plaza está llena de gente: han llevado artillería y todo...

-¡Bueno! -murmuró el italiano-: si vencemos, peor para Pinto y sus secuaces; y si él vence, haciendo uso de sus cañones, peor también para él, porque estas victorias producen siempre descontentos.

Luego agregó en voz alta:

-Dígame ahora: ¿ha hablado usted con algunos campesinos de a caballo?

-¡Por supuesto! Hay hombres resueltos y capaces de todo. Les he repartido dinero, y prometídoles el doble para después. Ya le digo; yo conozco buena gente, y los tengo *afiladitos como una navaja de barba*. ¡Si usted supiera la clase de hombres que Miguel Turra tiene a sus órdenes! Son de los de cáscara amarga; y yo creo que esta vez *han de hacer de rayas...* Pero es preciso que vaya a cerrar mi bodegón, porque si es cierto lo que el Bizco me dijo, no tardarán en venir; y en estos casos, el que pestaña, pierde.

Dicho esto, iba a salir Juan, para ir a poner por obra su acertado pensamiento; pero Motiloni lo detuvo:

-Espere un momentos -le dijo-: voy a escribir unas cuantas letras a Urriola.

-Escriba la carta que yo se la enviaré a don Pedro -contestó Juan.

Motiloni escribió con lápiz en un pedazo de papel:

«Hoy 6 de junio de 1829.

«Mi don Pedro: -El gobierno tiene miedo: lo sé de buena tinta. ¡No hay que desmayar! Nosotros trabajaremos por fuera. -Hábleles a los soldados a nombre de la religión y de los ministros del Señor; y sobre todo, no escasee el aguardiente, porque el tiempo está frío...»

«UN AMIGO DE LA PATRIA.»

-Es preciso entregar la esquela en mano propia -dijo Motiloni, doblando el papel, y dándoselo a Juan.

-Descuide usted -contestó éste-. Tengo hombres que harán lo que yo les mande.

Y saliendo del cuarto se metió entre la multitud.

La calle estaba llena y la efervescencia había llegado a su colmo.

-¡Caramba! -decía uno de los de la partida de Turra, echándose el poncho al hombro-: ¿qué harán estos soldados metidos entre cuatro paredes?

-Es cierto, compadre; así no se hace una revolución. ¿Cómo querrán desde aquí echar abajo al gobierno?

-Yo creo que el gobierno tiene miedo -decía un tercero-. ¿Por qué no se presenta, pues?

-Calle la boca, compadre; ¡si las revoluciones de ahora no son como las de otros tiempos!

-Ya yo estoy aburrido de tanto esperar -agregaba otro-. Esto está muy tibio. Me voy para mi casa.

-Y yo también: ¡qué cristianos tan cobardes los de estos tiempos!

-¡Vaya! ¡Yo creía que nos íbamos a divertir! ¡Pero... apenas tres o cuatro tiros!

-¡Aguarden! ¡Aguarden! ¡Los de la torre hacen señas! -gritó uno.

-¡Ya vienen!

-¡Qué han de venir!

-¿No sienten el ruido de los tambores?

-Es cierto: ¡gracias a Dios que nos vamos a ver las caras!

-¿Por dónde vienen?

-Por la calle del Puente.

-¡Prepárense hijitos!

-Pocas palabras y al moño. ¿Entienden?

-¡No hay que recularle a los herejes!

Estas o parecidas eran las palabras que se cruzaban por entre la multitud, cuando vieron desfilar a lo lejos las tropas del gobierno. La calle empezó a despejarse; las puertas se cerraron apresuradamente, y una gran parte de curiosos tomó las de Villadiego. Sin embargo, las bocacalles permanecieron obstruidas de gente de a pie y de a caballo.

Las fuerzas del gobierno eran mandadas por el coronel don Francisco Elizalde; y se componían del batallón Núm. 7, a las órdenes de Rondizzoni; un escuadrón de caballería, mandado por el teniente coronel don Guillermo Tupper; y tres cañones de artillería a las órdenes del mayor Amunátegui. Uno de estos cañones estaba al mando de Andrés, quien no había tenido lugar de contar a su jefe lo que le había sucedido en la mañana cuando se dirigía al cuartel. En cuanto a Anselmo, iba sirviendo de ayudante a Elizalde.

¿Qué objeto tenía este lujo de fuerzas para atacar a un cuerpo de tropas inferiores en número, desmoralizadas por el desorden, sin una cabeza capaz de dirigir las con éxito, medio vencidas y metidas en un cuartel, en donde la resistencia era una locura mayor que el mismo levantamiento?

El objeto era palpable: se quería probar con el número a los amotinados la imposibilidad de resistir, a fin de obligarlos a rendirse sin combatir.

El General Pinto, animado de los sentimientos humanitarios que constituían el fondo de su carácter, quería evitar a todo trance la efusión de sangre. Presidiendo el anterior consejo de guerra, en el cual se había decidido el ataque al cuartel de los amotinados, el vicepresidente Pinto había manifestado sus deseos de conciliación contra el parecer de algunos miembros del consejo, que opinaban por el castigo de los culpables. Esta era la segunda vez que el cuerpo de Coraceros se sublevaba, era preciso tratarlos ejemplarmente, a fin de introducir en el ejército la disciplina, que el mal ejemplo de continuos motines militares menoscababa de día en día. A esto contestaba el vicepresidente que en los soldados sublevados debía verse más bien hombres mal aconsejados, que verdaderos enemigos de la patria; que tratándose de enemigos que eran nuestros compatriotas, debía el gobierno hacer por convertirlos en amigos, por medio de la clemencia, la generosidad, antes que vencerlos por la fuerza de las armas.

Habiendo prevalecido tales ideas en el consejo se dispuso no atacar al cuartel sino después de haber agotado los medios que la dignidad del gobierno aconsejaba emplear, para volver a los amotinados a la senda del deber.

Mientras tanto las tropas formadas en la plaza, esperaban a sus jefes para ponerse en marcha contra los rebeldes.

-Amigo mío -dijo el General Pinto, despidiéndose del coronel Elizalde, encargado de mandar el ataque-: muy triste es el deber que le ha tocado a usted cumplir por esta vez.

-Es verdad, señor -contestó Elizalde-. Cuesta trabajo decidirse a mandar hacer fuego contra los mismos soldados que han peleado en nuestras filas.

-Y tanto más -agregó Tupper, terciando en la conversación-, y tanto más, señor General, cuanto que, castigando a los amotinados quedará siempre impune el crimen.

Pinto miró a Tupper como preguntándole el significado de aquellas palabras.

-Sí, señor -prosiguió éste con noble franqueza-. No creo que los promotores de motín, es decir, los verdaderos culpables, estén entre las pobres gentes que vamos a atacar.

-Es un hecho -dijo Elizalde-: este motín, como otros muchos, no es más que el efecto de las instigaciones peluconas. Aquí anda el dinero de los reaccionarios enemigos de la República.

En aquel momento salían los tres de la sala del consejo, seguidos de los demás jefes. Don Francisco Ruiz Tagle, ministro de hacienda, que esperaba al vicepresidente en el corredor, oyó las últimas palabras de Elizalde y miró a éste de un modo particular.

-Por esto he dicho -repitió Tupper (mirando alternativamente a Tagle y a Elizalde)-, por esto he dicho: que no es dentro del cuartel donde deben buscarse los enemigos del orden.

Esta vez la mirada del Ministro fue escudriñadora, como si hubiese querido adivinar el verdadero significado de aquellas expresiones. Enseguida, sin hablar una palabra, llamó hacia a un lado al vicepresidente y quedó hablando con él, mientras los jefes salían a tomar sus puestos.

CAPITULO XLI

Motiloni cree que, vencedor o vencido, el Gobierno perderá terreno

«Recorred nuestra historia contemporánea, y veréis que casi todos esos desórdenes han sido originados por la ambición de los caudillos; por sus rivalidades entre sí, por el empeño de los años en conservar el poder, como si fuera su patrimonio, y por la impaciencia de otros en atraparlo, como si fuera una propiedad que se les hubiera arrebataado.»

—M. L. AMUNÁTEGUI. (Introducción a la Dictadura de O'Higgins.)

Como a las dos de la tarde se dirigieron las tropas del gobierno hacia el cuartel de los amotinados. Seguías una multitud del populacho, que casi sin darse cuenta de lo que pasaba, observaba todos aquellos movimientos, no viendo en ellos otra cosa que motivos de un placer tumultuoso y esperanzas de robo y de pillaje. Mientras la tropa desfilaba por la calle del Puente, con la artillería a vanguardia y la caballería a retaguardia, tres compañías a las órdenes del espitan Pozo, se dirigían por la calle de la Catedral hacia la de Teatinos. De este modo se lograba tomar al enemigo entre dos fuegos, en caso de ser

resistencia. La marcha de la tropa iba deshaciendo las pandillas de gentes que encontraba a su paso. Algunos entraban apresuradamente a sus casas; otros se desbandaban en diversas direcciones; y otros iban a reunirse a la plazuela de San Pablo, centro de los amotinados.

Llegados a la plaza del Basural, Elizalde mandó alzar una bandera blanca y dividiendo la infantería en dos alas, apoyadas en las veredas, marchó hacia los amotinados. Las calles que desembocaban en la plazuela estaban obstruidas por gentes de a pie y de a caballo, dispuestas en confusos pelotones y entremezclados de soldados armados. Cuando estos distinguieron la bandera blanca, saludaron con una rechifla este signo de paz. Se les había dicho que el gobierno tenía miedo, y veían confirmarse esta alentadora circunstancia

Motiloni que lo observaba todo detrás de la esquina de la *casa vieja*, dijo a los que le rodeaban:

-Ya os lo había dicho, amigos míos. El gobierno tiene miedo. Esa bandera blanca significa que quiere capitular.

-¡No hay capítulo con los herejes! -exclamó un guaso, que montado en un buen caballo, revolvía a derecha e izquierda.

-Los hemos de hacer *volver cara a fuerza de bala fría* -contestaron otros armándose de piedras (arma arrojadiza que tan bien sabía manejar el pueblo de Santiago).

En esto vieron que venía hacia ellos un oficial seguido de un soldado ambos de a caballo. Era Anselmo, ayudante de Elizalde, que venía encargado de rogar, más bien que de proponer, la rendición a los rebeldes, a quienes el jefe les prometía impetrar del gobierno su perdón.

-¿Quién es aquel que se adelanta?

-¿Qué esperan para acercarse?

-¿A qué vendrá el oficialito?

-¡Los pipiolos quieren hacer propuestas!

-¡Que se vayan al infierno a hacerlas!

-¡No hay propuestas que valgan!

-¡Es que tienen miedo, compadre!

-¡Se conoce de a leguas!

Tales eran las palabras que se cruzaban entre los grupos de los sublevados.

Mientras tanto, varios soldados de éstos se empeñaban en mantener vivo el odio contra el enemigo.

Juan Diablo, que era de los que más hablaba, dijo:

-Saben ¿en qué estaba pensando?

-Diga, *ño* Diablo.

-En que recibiéramos al pipiolito con una buena nubada de piedras.

-Tan luego como oyó esto el Bizco, que estaba a su lado, tomó una piedra, la puso en su honda de cuero y la lanzó hacia Anselmo. El ejemplo fue seguido por veinticinco o treinta más, y otras tantas piedras pasaron zumbando sobre los grupos que estaban más adelante. Anselmo que venía a como cuadra y media de distancia, puso un pañuelo blanco en la punta de su espada, para indicar a la turba que era un emisario de paz. Pero apenas se acercó unos pasos más, cuando vio que varios soldados le apuntaban con sus fusiles desde las ventanas de la torre. En el mismo momento sintió silbar dos balas junto a su cabeza.

-¡Mi capitán! -le dijo el soldado que le acompañaba-, me parece prudente volver. Estos condenados nos van a cazar como si fuéramos tórtolas.

Dejose oír una segunda descarga; y luego siguió la rechifla de la turba, que entre risotadas, silbos y gritos decía:

-¡Qué pájaros tan duros para caer!

-¡Bala fría sobre ellos!

Anselmo creyó prudente volver; pero cuando torcía con prontitud la rienda, vio que venía hacia él a todo correr un hombre de a caballo. Apenas tuvo tiempo de prepararse para recibir la recia topada de su enemigo, quien al mismo tiempo que le dio el encontrón, le lanzó una puñalada diciéndole:

-Toma, pipiolo del diablo. Esta vez no te escaparás de la catana de Miguel Turra.

El joven, herido en el brazo izquierdo, se defendía de los repetidos golpes del bandido, a quien al mismo tiempo, atacó el soldado por la espalda. Pronto se desprendieron de la turba varios otros compañeros de Turra, y luego un piquete de caballería corrió a auxiliar a los emisarios, quienes se defendían en retirado. Esto fue lo que libró a Anselmo de una muerte segura, pues los fusileros de la torre no se atrevían a seguir tirando por no herir a los suyos.

Cuando Miguel y sus compañeros se vieron atacados por fuerzas más respetables, huyeron a escape por la primera bocacalle que encontraron.

Anselmo y el soldado se habían salvado, pero la herida del primero, parecía grave, por lo cual recibió orden de retirarse a una casa inmediata para atender a su curación.

Este acontecimiento produjo la mayor indignación, y no sirvió sino para preparar a los soldados al ataque. Ya Andrés había apuntado su cañón a la ventana de la torre, y en cuanto recibió la orden salió el tiro. Dos soldados cayeron al suelo abrazados de sus fusiles. Un segundo cañonazo rompió uno de los ángulos de la torre, y una lluvia de escombros cayó sobre la cabeza de los amotinados. Mientras tanto, Rondizzoni marchaba con su batallón de frente; y Pozo recibía en la calle de Teatinos la orden de atacar por el flanco derecho al enemigo, que replegado en la plaza, se vio entonces entre dos fuegos.

En menos de quince minutos, ya la confusión se había introducido entre sus filas, desordenadas por la indisciplina y falta de jefes. Los fuegos de la torre se habían apagado: las descargas de las compañías de Pozo habían hecho huir a la multitud de guasos que cubrían la bocacalle de Teatinos; y el populacho, perseguido por algunos soldados de caballería, se batía en retirada con su arma favorita, la piedra. Pronto se vio que no quedaban más que los Inválidos cubriendo la puerta del cuartel, mientras los Coraceros salían por la puerta del norte. Entonces Rondizzoni, mandando cargar a la bayoneta, arrolló la infantería enemiga, mientras la caballería pasaba apresuradamente el río y huía a todo escape.

Un cuarto de hora después todo estaba concluido, y solo se veía recorrer las calles algunas patrullas de caballería, persiguiendo a los que, favorecidos por el desorden, pretendían introducirse en algunas casas para robar.

Y Motiloni ¿qué era de él? En cuanto conoció que había algún peligro en estar fuera se metió como una rata dentro del miserable cuartejo, y allí estuvo oyendo el ruido de la refriega.

-¡Vencidos o vencedores -(decía sobándose las manos con satisfacción)- el hecho es que la revuelta desprestigia al gobierno. Si castiga a sus enemigos se crea animosidades, y si no los castiga los alienta para que se le echen encima. Allá lo veredes -dijo Agrajes!

CAPITULO XLII

Amor y resignación

«Solo Dios sabe el valor de esos murmullos del alma que suben de la tierra al cielo. Solo Él puede apreciar el sacrificio del labio que bendice, cuando pudiera execrar.»

-M. VARGAS. (Adiós a la vida.)

Al otro día muy de mañana, la esposa de don Cándido hablaba con doña Trinidad y su hija en casa de don Marcelino, mientras éste se hallaba de visita en la posada de don Melitón.

-Te he mandado llamar, amiga mía -decía doña Trinidad-, para pedirte consejo sobre lo que debo hacer.

-Estoy dispuesta a servirte -contestó doña Estrella-. ¿De qué se trata?

-Anselmo está herido -interrumpió Lucinda con voz balbuciente, mientras un vivo encarnado reemplazaba la palidez de su bello semblante.

-¿Herido? -exclamó doña Estrella-; ¡pobre joven! ¿Acaso en el motín...?

-Ayer, en medio de la refriegas recibió una puñalada -contestó Lucinda dolorosamente-, y el corazón me dice que la herida es grave.

Doña Trinidad miró a su hija con singular ternura, y apretando una mano de doña Estrella, le dijo al oído:

-¡Pobre niña!

Luego agregó en voz alta: Aunque hemos tenido males noticias, como se abulta tanto lo que se cuenta, puede ser que la herida no sea grave.

-De todos modos -la interrumpió doña Estrella-, es preciso cerciorarse...

-Esa fue mi intención en cuanto supe la desgracia; pero don Marcelino... Es preciso que te lo diga, hijita -agregó la señora bajando la voz-: don Marcelino me ha prohibido que preste a Anselmo ninguna clase de socorro.

-¡Viejo estúpido! -exclamó doña Estrella, con su natural exaltación.

-Mi querida madrina ¡es mi padre! -le interrumpió Lucinda, acercándose cariñosamente a doña Estrella, a quien daba a veces el título de madrina, solo por ser la esposa de su padrino, don Cándido.

Mientras tanto los ojos de la pobre niña, preñados de lágrimas, miraban a su interlocutora como diciéndole lo que no se atrevía a expresar con sus labios:

-¡No hable usted así de mi padre!

-Perdóname, hijita -le contestó doña Estrella-: son arranques de mi genio.

-¡Qué la perdone a usted porque nos ama!

-¡Y las amo tanto más, cuanto que comprendo su desgracia! Respeto los sentimientos de la hija y de la esposa; pero mi sangre se subleva a vista de la injusticia y de la crueldad. ¿Qué derecho tiene don Marcelino para prohibir a su mujer que muestre interés por un pariente...?

-Que me ha sido recomendado por su propia madre -agregó doña Trinidad.

-Y tan bueno, tan noble y valiente que es -agregó Lucinda con cándido atrevimiento.

-Y ¿estás resuelta a obedecer a tu marido? -preguntó doña Estrella, mirando fijamente a doña Trinidad.

-Mi confesor me lo ha mandado -contestó ésta, bajando los ojos.

-Pero el confesor no podía prever esta circunstancia -interrumpió Lucinda-. Su mandato habrá sido en general. Yo estoy segura de ello. Una herida por pequeña que sea puede ser peligrosa si no se la cura bien: mi mamita es inteligente en remedios de todas clases. ¿No le parece que su deber es atender personalmente a la salud de su recomendado?

-Tienes razón -contestó doña Trinidad-; pero tu padre...

-¡Ah! Yo le lloraré tanto a mi tatita, que la perdonará cuando lo sepa -le interrumpió la pobre niña abrazando a su madre.

-¡Oh! ¡Qué duro es encontrarse entre sus afecciones y su conciencia: -murmuró doña Trinidad.

-La conciencia manda obedecer los nobles impulsos de la sangre y de la humanidad -observó doña Estrella.

Luego agregó más tranquila:

-No sé si te digo esto porque mi sangre se revela contra toda opresión. Yo no podría sufrir el que mi marido me tratase de esta suerte.

Doña Trinidad no contestó, sino dando un suspiro tan tierno y lastimoso que hizo prorrumpir en llanto a Lucinda. Había tanto dolor, y al mismo tiempo tanta resignación en aquel quejido de una alma, constantemente contrariada en sus más tiernas afecciones, que doña Estrella se quedó mirando de hito en hito a la pobre madre. Lucinda misma, adivinando en su corazón el oculto tormento, se avergonzó de su propio llanto ante la sagrada tribulación de su madre y abrazándola la dijo:

-¡Mamita! Míreme usted; estoy tranquila: tengo esperanzas de que no habrá peligro.

Las lágrimas se habían secado en los ojos de la niña; pero su corazón latía con fuerza.

-¡Cúmplase, Señor, tu voluntad! -murmuró doña Trinidad, abrazando a su hija.

Doña Estrella no hablaba y solo pensaba interiormente, mirando a la madre y a la hija:

-¡Y qué exista un hombre bastante vil y cobarde para hacer sufrir a dos ángeles como estos!... Oiganme ustedes -prosiguió en voz alta-: he reflexionado sobre el negocio. Ciertamente que es duro esto de tener que dejar en otras manos el cuidado de una persona enferma que se ama; pero... es preciso avenirse a la necesidad. Yo me encargaré de visitar en persona a Anselmo, y de hacer que no le falte nada.

-¡Gracias! Amiga mía -contestó doña Trinidad con emoción.

Lucinda no dijo nada, sino que tomando una mano de doña Estrella la cubrió de besos ardientes.

-No tienen nada que agradecerme -prosiguió con bondad la esposa de don Cándido. No hago más que cumplir con un deber de amistad. A ustedes les será imposible obtener no solo el permiso, sino también los fondos necesarios para atender al enfermo.

-Así es la verdad -respondió la esposa de don Marcelino.

-Yo no me hallo en tu situación. Tengo libertad y dinero. Poseo además una criada vieja muy diestra en el cuidado de enfermos, que será de suma utilidad.

-¿Con qué te pagaremos?...

-No hablemos más de eso. Ustedes harían lo mismo en mi lugar. Ahora necesito saber dónde vive el joven.

-En casa de don Andrés Muñoz...

-¡Andrés Muñoz!... Aguarda... ¿No es el marido de Cecilia...?

-Cecilia Villarreal.

-¡Que casualidad! Yo conocí a Cecilia cuando niña, y hacía muchos años que no la veía. Últimamente me encontré con ella; trabamos conversación, y me contó que se había casado con un tal Andrés Muñoz. Por eso, en cuanto oí nombrar a éste me acordé de Cecilia, que es una buena niña.

-Pero desgraciadamente son pobres -contestó doña Trinidad.

-Nada importa: Anselmo tendrá todo lo necesario, y yo misma me encargo de noticiar a ustedes lo que ocurra diariamente.

-Gracias, madrina mía -le interrumpió Lucinda abrazándola cariñosamente.

-¿Tanto lo quieres? -le preguntó doña Estrella sonriendo.

-¡Oh! -exclamó la pobre niña, ruborizándose-. Y ¿me pregunta si lo amo?

Y luego, colgándose del cuello de doña Estrella, prosiguió diciéndole al oído:

-Ahora que sé que usted se va a encargar de él principio a mirarla como a mi madre.

-Adiós, adiós -dijo doña Estrella con las lágrimas en los ojos. Voy a desempeñar cuanto antes mi cometido.

Diciendo esto, salió la buena señora, no sin enjugarse las lágrimas, una vez que hubo llegado al zaguán de la casa. Dirigiéndose a la de ella, con la firme resolución de obligar a su marido a que protegiese a Anselmo. Su intención era, no solo obtener de don Cándido el permiso de gastar lo necesario para la curación del joven, sino conseguir que su marido protegiese la unión en que su femenino corazón estaba ya interesado.

Los benévoloos deseos de la señora eran además fomentados por la mujeril inclinación a hacer un casamiento, y por su espíritu de oposición contra don Marcelino, a quien odiaba muy cordialmente.

CAPITULO XLIII

Nuevos apuros de don Cándido

[...] «¿estaba loco (decía) o de mí mismo no era dueño? ¿Cómo yo el concertado plan revoco? ¡Maldita dejadez! ¡Fatal beleño, que a todos los caprichos me sujeta de ajena voluntad! Soy un trompeta.»

-A. BELLO. (El proscrito, XXVIII.)

Apenas hubo la señora pisado el umbral de su casa, cuando don Cándido salió a recibirla con sus acostumbradas zalamerías.

-Te estaba esperando, Estelita -la dijo afectuosamente.

-Y yo también deseaba verte cuanto antes.

-Gracias, paloma mía. ¡Cuántas cosas tengo que contarte!

-Y yo vengo a pedirte un favor.

-Concedido. Tus peticiones son órdenes para mi... Voy a contarte: acabo de hacer amistad con un sujeto...

-En el camino me contarás.

-¿En el camino? ¿Qué quieres decir?

-Es que te venía a pedir que hiciéramos juntos una visita.

-Haremos cuantas visitas quieras; pero siéntate y te contaré...

-Ya te digo que no debemos perder tiempo... Se trata de un amigo enfermo.

-¡Un amigo! Y ¿quién es el enfermo?

-En el camino lo sabrás. Vamos andando.

-Vamos andando -repitió maquinalmente don Cándido.

Tomó éste su sombrero y su bastón adornado de un par de borlas, y salió a la calle siguiendo a su esposa, que marchaba con ánimo resuelto.

-Pero dime, hijita, ¿qué amigo es ese que se ha enfermado tan de repente?

-¿No me ibas a hablar de una nueva amistad? -le interrumpió la señora, con el objeto de distraer a su marido.

-Así es la verdad -contestó éste, olvidando al enfermo de la visita-. Mi compadre Marcelino me envió a llamar esta mañana de alba, para darme a conocer a un señor español recién llegado a este reino de Chile. Es un hombre de muchas campanillas, títulos y honores.

-Y ¿a qué ha venido?

-A no sé qué misión secreta. Pero vamos al caso: me vestí de parada como me ves, y acompañé a mi compadre al Café de la Nación, que es donde vive el caballero de que te hablo... y de veras, hijita, que no mienten los que dicen que éste es un grande de la corte...

-¡Grande de la corte!... ¿Estás loco?

-¡Grande y de los de copete! ¡Qué finura, qué educación de hombre! Corta el pelo, como dicen... Hicímonos amigos en un santiamén, porque es tan franco como instruido... Sabe latín como el agua, y más de una vez me reí por lo bajo, al ver que mi compadre Marcelino se quedaba con la boca abierta oyéndolo recitar versos de Ovidio... ¡Oh! ¡Es un sabio a las derechas!

La señora no contestó: pensaba en el modo cómo diría a su marido el objeto de su visita. Don Cándido prosiguió con su natural verbosidad:

-Y luego, hijita, que además de ser un gran latino, es hombre de mucho valimiento en la corte, que habla mano a mano con el rey en persona.

Doña Estrella soltó una carcajada, oyendo la candidez de su marido.

-¿Te ríes? -prosiguió éste-. Pues te aseguro que es así. Don Melitón es noble hasta las uñas, y está emparentado con toda la nobleza de Madrid.

-Y ¿a qué ha venido por acá un hombre tan encumbrado?

-No te digo, mujer, que a una misión secreta. Se conoce que el hombre es un verdadero político... ¡Si lo hubieras oído hablar sobre la revuelta de ayer!... ¡Qué tino! ¡Que sagacidad! Nos dio su opinión; y te aseguro que me dejó encantado. Mi compadre lo convidó a comer a su casa, y me dijo además, que nosotros dos teníamos que asistir al convite. Yo acepté, y pienso convidarlo por mi parte... ¿He hecho mal?

-De ningún modo -contestó la señora-. Ahora es preciso que sepas a donde vamos, porque ya estamos cerca de la casa.

-Dices bien: ¿a dónde me llevas?

-A casa de don Andrés Muñoz.

-¡Ah! Lo conozco: es un capitancito de artillería; y por más señas, un pipiolo intratable. Pero ¿a qué vamos allí?

-A ver a Anselmo Guzmán.

-¡A Anselmo Guzmán! -exclamó don Cándido dando un paso atrás-. ¿Qué tienes que ver con él? ¿No sabes que es un desalmado pipiolo como el otro?

-Nada sé de eso -contestó la señora con energía-. Lo que sé es que Guzmán es un mozo honrado, juicioso, valiente, y que ayer expuso su vida por defender el orden.

-Sí: me dicen que salió herido.

-Y de gravedad, segura creo. Como él carece de hacienda, y no tiene aquí parientes que lo atiendan...

-¿Y mi comadre Trinidad?

-Don Marcelino le ha prohibido que lo vea.

-¡Ah! Ya me acuerdo: es el amante de mi ahijada... Ahora veo peor la cosa -dijo don Cándido meneando la cabeza.

-Pues precisamente porque es el hombre a quien tu ahijada quiere, debes manifestarle interés.

-¿Contra la voluntad de mi compadre? ¡Mira, mujer, lo que dices!

-¿Y qué nos importa don Marcelino? Tu obligación es atender a la felicidad de Lucinda... ya me lo has prometido... ¿no te acuerdas?

-¡Ah! Yo... ¿te lo he prometido?

-Y además, yo he dado a Lucinda mi palabra de venir a verlo, y aun asistirlo en su enfermedad, si fuere necesario.

-¡Oh! ¡Eso es demasiado, Estelita! ¡Si quieres, puedes proporcionarle dinero por bajo de cuerda; pero venir a verlo! Eso es más que demasiado!

-Y ¿por qué no hemos de verlo?

-Porque esto es hacerme romper con mi compadre, que aborrece a Anselmo como a sus pecados... Además, es preciso que sepas -prosiguió, bajando la voz-, que Lucinda está destinada...

-Lo sé...

-Destinada a ser la esposa de don Melitón, ese señor español de quien te venía hablando.

-Un viejo que...

-No tan viejo, mujer, no tan viejo que digamos... Tendrá unos doce años más que yo... Ya ves -dijo don Cándido echando sobre sí una mirada de satisfacción-, que no es edad...

-Pero Lucinda ama a Anselmo y esto basta para que lo protejas.

-¿Protegerlo yo? Mira, Estelita: debo decirte que acabo de dar mi opinión a mi compadre Marcelino sobre este negocio.

-Y ¿cual fue esa opinión?

-Que debía preferir a don Melitón.

-Pues siendo así has olvidado lo que el otro día me prometiste.

-Pero, mi vida, escucha...

-Yo no soy tu vida... Volvémonos a casa... Me había engañado creyéndote un hombre de honor... ¿No te acuerdas que me empeñaste tu palabra sobre que trabajarías a favor de Anselmo, es decir, a favor de tu ahijada?

-Dices ¿qué te he prometido eso? ¡Pues así debe ser... Eso y mucho más es capaz que tú me hagas prometer, querida mía!

-¡Y luego venir a decirme en mi cara que has dado tu opinión favorable a ese viejo godo! ¡Así faltas a tu mujer!

Doña Estrella hizo ademán de volverse; sacó su pañuelo y se lo acercó a los ojos. Estaba don Cándido perplejo, sin saber qué hacerse; pero no pudiendo soportar el enojo de su señora, la dijo:

-Eso no es faltar a mi palabra. Aunque te haya prometido trabajar por el uno ¿no puedo dar mi opinión por el otro?

-Pero en fin, ¿en qué quedamos? -le preguntó con energía la señora-. Ya te he dicho que he empeñado mi palabra en virtud de lo que tú mismo me dijiste.

-Vaya pues, Estelita, iremos -dijo don Cándido, cediendo después de un momento de excitación-. Pero te encargo -prosiguió-, que trates el asunto con prudencia... No debemos comprometernos demasiado.

En pocos momentos más estuvieron los esposos en casa de Andrés. Estaba éste conversando con su mujer en un saloncito regularmente amueblado. Apenas hubo visto Cecilia a doña Estrella, cuando salió a recibirla, con muestras de la mayor cordialidad.

-¿A qué debo el placer de ver en mi casa a mi antigua y buena amiga? -le dijo.

-A los deseos que tenía de hablar contigo -le contestó doña Estrella, abrazando a su amiga.

-Ven, que quiero que conozcas a mi esposo -le dijo Cecilia..

Después de los mutuos saludos y reverencias de estilo, sentáronse a conversar las cuatro personas. La franqueza y cortesía de Andrés sedujo a doña Estrella, de cuyo despejo y maneras distinguidas, no quedó menos prendado el capitán.

-No tenía el placer de conocer personalmente a su señora -dijo éste a media voz a don Cándido-; pero ahora veo que son muy justas las alabanzas que le había oído prodigar.

-¡Oh! -dijo don Cándido, arreglándose el corbatín con notable satisfacción-. ¡Estelita... es así, tal cual!

-Mientras tanto, ya doña Estrella había preguntado por Anselmo.

-¿Lo conoces? -le interrogó Cecilia.

-Solo de vista -contestó la otra-; pero lo aprecio porque es amigo y pariente de una señora a quien estimo como a mí misma.

-¿Doña Trinidad Serrano?

-La Trinidad. No pudiendo ella venir por impedírselo inconvenientes insuperables, me rogó que yo lo hiciera a su nombre.

-¡Cuánto lo va a agradecer: -exclamó la buena Cecilia, mirando a Andrés maliciosamente.

Luego agregó con seriedad.

-El pobre Anselmo necesitaba de este consuelo, y siento no poderle dar al momento esta noticia, porque está durmiendo.

-¿Se ha examinado su herida? ¿Es de gravedad?

-Ayer se la tenía por alarmante; pero hoy ha amanecido mejor, según la opinión del médico. Sin embargo, siempre tiene fiebre.

Aunque Cecilia no sabía el verdadero motivo de la visita, con su penetración de mujer lo había adivinado, y deseaba hablar de él.

Pero la presencia de don Cándido la contenía, así como la de Andrés embarazaba a doña Estrella.

-Tiene razón Cecilia -dijo el capitán a media voz-. Anselmo va a sanar en cuanto sepa el interés que una amiga de mi *sia* Trinidad manifiesta por su salud.

-Ese interés es muy natural -contestó doña Estrella-. Yo soy amiga íntima de la Trinidad, y Cándido es el padrino de Lucinda.

Este nombre hizo sonreír a Andrés y a Cecilia, mientras don Cándido se movía en su silla como si estuviese sentado sobre espinas.

-Esto te explicará -prosiguió doña Estrella dirigiéndose a Cecilia-, los deseos que, tanto Cándido como yo, tenemos de ver restablecido a ese joven; ¿no es verdad, Cándido?

-¿Quién lo duda? -contestó éste a media voz.

-Y si no estuviera en esta casa donde creemos que será atendido como merece, nos atreveríamos a proporcionarle un cuarto en la nuestra -dijo doña Estrella.

-Le doy a usted las gracias en nombre de Anselmo -contestó Andrés inclinándose ante la señora.

-¡Siempre con tu buen corazón! -exclamó Cecilia mirando a su amiga con enternecimiento.

-No me echas a mi la culpa -dijo ésta riendo-. Mi marido es el más empeñado en proteger a este valiente mozo.

-Lo creo ¿no me has dicho que es padrino de Lucinda? -dijo Cecilia a media voz-. Te aseguro que el pobre enfermo se va a morir de gusto, porque ya sabrás que...

-Sabemos todos los secretos de la casa, hijita; y como Cándido quiere tanto a su ahijada...

-¡Oh! La quiero mucho -exclamó convulsivamente don Cándido, dominado por la mirada de su esposa. ¡Mucho!

-Ya comprendo, señor -agregó Andrés al oído de don Cándido-. El pobre mozo ama como un loco a Lucinda, y está desesperado por la resistencia que encuentra en don Marcelino.

-En cuanto a eso, es lo de menos -interrumpió doña Estrella. Lucinda está cada vez más firme en su amor y ya Cándido sabe que...

-¡Oh! ¡Es verdad que yo sé!... -interrumpió temblando don Cándido-. ¡Ya lo sé!

-Y luego dijo para sí:

-¡En qué pantano me está metiendo esta mujer, por Cristo vivo!

-¿Quién tendría valor para impedir que se unan dos personas que se quieren? -dijo sencillamente Cecilia.

-En todo caso -agregó Andrés-, quien remueva los inconvenientes que se oponen a esta unión salvará la vida a un joven valiente y leal.

-¿No es verdad, Cándido? -preguntó doña Estrella.

-Esa es mi opinión -contestó el pobre hombre sofocado. ¡Qué calor ha hecho en toda la mañana!

-Por eso me has dicho que harás lo posible por proteger este matrimonio.

-¡Oh, sí! ¡Este matrimonio! -exclamó don Cándido maquinalmente y haciéndose aire con su gran pañuelo de seda lacre. ¡Ha hecho un calor insoportable!

Enseguida sacó su gran reloj con tapas de carey; mirólo y dijo:

-Son las once y cuarto.

Y metiéndose en el bolsillo el pañuelo hecho ovillo que tenía en una mano, llevó el reloj a la cara, como para limpiarse el sudor que le corría por las mejillas. Afortunadamente para él, no lo vio su señora; quien al oír que eran las once y cuarto, levantose de su asiento y dijo:

-¡Jesús, qué tarde! ¡Ya se acerca la hora!

-Mucho te agradezco la visita -dijo Cecilia abrazando a su amiga, tanto por mí, como por Anselmo.

-Y hazle presente nuestros sentimientos, contestó doña Estrella. -Y ahora que me acuerdo -agregó ésta-: ¿tienes enfermera?

-La enfermera soy yo -contestó la esposa de Andrés.

-Pues entonces te voy a enviar para que te ayude, a la vieja Rosalía que es mi brazo derecho en casos semejantes. Es un verdadero médico con polleras.

-¡Gracias, amiga mía, mil gracias!

Mientras tanto, Andrés conduciendo a don Cándido hasta el zaguán, le decía:

-Dios quiera que algún día pueda probar a usted mi gratitud por lo que hace en favor de mi amigo Anselmo; y espero que por medio de su influencia, se conseguirá que don Marcelino acceda a la felicidad de estos jóvenes.

-Y no dude usted que lo conseguirá, porque Cándido es persistente -contestó la señora despidiéndose de Andrés.

Ambos esposos tomaron entonces el camino de sus casa. Doña Estrella haciéndose ilusiones sobre la realización del matrimonio, mientras don Cándido marchaba como arrastrado por su cara mitad y enteramente embebido en sus pensamientos.

-¡Si no lo estuviera viendo, no lo creería! Pensaba, y medio refunfuñaba el condescendiente caballero. ¡Yo, tener que ayudar a la realización de este casamiento!... y esto, después de haberle prometido a mi compadre que... No, no puede ser... Yo soy hombre de ley... Pero esta mujer a veces me...

-¿Qué dices? -le interrumpió de repente la señora.

-¡Ah! -exclamó don Cándido, como despertando de un sueño-. ¿Sabes, Estelita, que casi me has hecho contradecir mis principios?

-No te entiendo.

-¡Mis principios! Pues, mujer de Dios; mis principios: ¿entiendes? ¡Has tratado de hacerme aparecer como un hombre enemigo de la tranquilidad doméstica y de la autoridad paterna: como un revoltoso del hogar...!

-¿Y persistes en llamar autoridad paterna, el capricho de un viejo grosero e imbécil?

-¡Calla la boca! ¡Yo, convertido en un revoltoso, en un desordenador!

-Pero, hombre, por Dios...

-¡Crear que un hombre de mis principios pueda aconsejar a una niña que desobedezca al jefe de la familia!

-Óyeme, esposo mío: ¿crees que el padre de Lucinda tenga razón para...

-Pero, aunque no la tenga: ¿qué palabras podrán convencer a mi compadre Marcelino, un hombre que no sabe latín?

-Por lo mismo que es un tonto -le interrumpió la señora, halagando el amor propio de su marido-: por lo mínimo que tú sabes más que él, espero que serás capaz de convencerlo...

-¡Pues no he de saber más que él!

-Es natural que el que tenga más aliento convenza al que tiene menos.

-Es verdad -contestó don Cándido, lisonjeado-. No es posible que un hombre basto como mi compadre se me sostenga por mucho tiempo... Pero, ya hemos llegado -prosiguió-: hagamos mediodía porque tengo hambre; durmamos la siesta, y después veremos lo que conviene hacer. ¡Uff!: qué acalorado estoy. ¿No sería bueno tomar un poco de canchalagua antes de hacer mediodía? ¿Qué te parece Estelita?

Y mientras la señora, sin contestar una palabra, se dirigía al interior de la casa con el fin de mandar preparar la bebida refrescante, don Cándido se golpeaba la frente, y paseándose a lo largo de la sala, decía:

-Cualquiera diría que soy un... Porque al fin y al cabo, yo le he prometido a mi mujer que iré a empeñarme con mi compadre. Y sin embargo no me gusta el tal matrimonio ni como lo negro de la uña. Pero esta mujer tiene una labia, que a pesar de ser yo el jefe de la casa... ¡Allá voy Estelita! -exclamó, oyendo los gritos de su esposa que lo llamaba desde la huerta del comedor con un gran vaso de limonada en la mano-. ¡Allá voy! La canchalagua me refrescará; ¡que bastante lo he menester!

CAPITULO XLIV

En donde el lector hará conocimiento con otros personajes de esta historia

«La revolución se presentaba bajo un aspecto formidable, y no se podía dudar de que era el resultado de un lado previamente concebido y puesto en ejercicio con destreza y arrojo.»

—R. SOTOMAYOR VALDÉS. (El Ministro Portales.)

No cesaban los pelucones de suscitar nuevos tropiezos a la marcha de la administración; y como si no fuesen bastante los inconvenientes que el Gobierno encontraba en el atraso general del país y en la falta de ideas y de costumbres republicanas, el partido de los reaccionarios se esforzaba en socavar sordamente las bases del poder. Ya se ha visto cómo fracasaron los planes en la última revuelta; pero no por esto desmayaron los enemigos de la república. Antes bien, multiplicaron sus esfuerzos, obrando en diversos sentidos. Las tramas ocultas, las sublevaciones de cuartel, las asonadas, el espionaje, los chismes indecorosos y la calumnia, eran otros tantos medios puestos en práctica para alcanzar los fines bastardos de la reacción. Halagábase la ambición de los militares por medio de promesas; comprábase el sufragio de otros con el dinero de los ricos; alentábase el natural descontento de un pueblo ciego, por medio de publicaciones calumniosas; producíase el desconcierto en la administración, ya introduciendo la discordia entre los poderes del Estado, ya influyendo para que los altos puestos fuesen ocupados por los enemigos de las ideas liberales; y no se perdonaba medio alguno, a fin de que el Gobierno cometiese los desaciertos que debían desacreditarlo ante la nación. Hasta la religión misma llegó a ser un elemento de acción en contra de los principios liberales, y no era extraño ver a los ministros del altar valerse, ya de la sagrada cátedra, ya del confesonario o de su influencia en el estrado para fanatizar a las gentes contra el gobierno *de los extranjeros y herejes*, como se llamaba a los partidarios del sistema republicano:

Por consiguiente, era muy desigual esta lucha entre un puñado de patriotas, que de buena fe se entregaban a las prácticas del derecho y de la libertad, y un partido reaccionario, numeroso y rico, animado de las pasiones absorbentes, y cuyo principal apoyo era la ignorancia y las preocupaciones populares. Este partido veía escapársele de las manos su antiguo predominio; y era natural que cada uno de sus miembros temblase ante la idea de la nulidad en que iba a hundirse, por la consolidación de las prácticas republicanas. De aquí su energía para oponerse al desarrollo de las ideas democráticas.

Pero no todo el partido retrógrado estaba compuesto de ambiciosos. Había en él una multitud de gentes que obraban de buena fe, si es que tal puede llamarse la tenacidad para oponerse al progreso, la pereza para hacer el bien, o el miedo para decir la verdad. Una gran parte de los reaccionarios lo eran solo por amor a las antiguas preocupaciones que la educación colonial había engendrado entre nosotros. En otros dominaba el odio contra

toda idea nueva y atrevida; y en los más, el miedo engendrado por la falta de fe en la libertad que solo de nombre conocían.

Bien se echa de ver la divergencia en las ideas de los enemigos de la democracia. Los unos, dominados por el espíritu de partido, trataban de hacer todo el mal posible a sus enemigos políticos; otros, siéndoles imposible despojarse de las costumbres monárquicas, permanecían de corazón fieles a su rey y señor; otros en fin, creyendo que república consistía en cambiar al amo rey por el amo aristocracia, negabas sus derechos al pueblo y rechazaban en la práctica la participación de éste en los negocios públicos. En unos círculos se estimaba la *santa ignorancia* como un precioso elemento de orden, y se negaba al pueblo el derecho de instruirse; en otros se creía que nada había más recomendable en un ciudadano que su indiferencia. Se elevaba la fuerza moral al rango de virtud. Aquí se tenía por muy meritorio el ser fiel a los mismos absurdos que la república venía a echar por tierra; allá era considerado como un gran patriota al que se oponía a una idea nueva o a una *verdad peligrosa*: acá, era mirado como irreligioso al que se atrevía a criticar los abusos de un sacerdote; y más allá, se oía predicar en el púlpito contra las impías *ideas de libertad, igualdad y fraternidad*. Cada círculo pensaba, pues, a su modo, según su ambición, sus preocupaciones, o su ignorancia. No había otro elemento de unión, fuera del odio al espíritu de progreso y a la libertad.

Todo cuanto acabamos de decir lo habrá conocido el lector viendo obrar a nuestro amigo, el reverendo Hipocreitía, que era como el alma del partirlo retrógrado. Además de los que antes hemos nombrado, tenía el infatigable jesuita otros amigos que impulsados por móviles bien diversos, le ayudaban a luchar con un denuedo digno de mejor causa.

El lector nos permitirá que se los presentemos, pues dentro de poco tendremos que establecer con todos ellos las más íntimas relaciones.

Era el primero de todos, don Víctor Dorriga, español de nacimiento, y de quien el padre Hipocreitía hablaba siempre maravillas, diciendo que era *su hombre*. Y no iba el jesuita fuera camino, pues, a decir verdad, era don Víctor un hombre superior a la mayor parte de los prohombres del partido pelucón. Dotado de un carácter enérgico, y de un espíritu infatigable, poseía Dorriga tres virtudes muy recomendables para el jesuita, a saber: sagacidad para descubrir el camino curvo que lo había de conducir más derechamente a su objeto; valor y audacia para emprender dicho camino sin pararse en escrúpulos pueriles; y la prudencia y tino necesarios para acortar o alargar oportunamente el paso, o bien para cambiar de rumbo, sin cambiar de propósitos. El hombre sabía obrar siempre a tiempo, cualidad indispensable, para el que aspira, mayormente en épocas azarosa; y aunque no era grandemente instruido; aunque su espíritu estaba lleno de preocupaciones monárquicas, tenía el talento de adivinar muchas veces lo que no sabía; y en más de una ocasión logró que las gentes sencillas lo tuviesen por un amigo de la república. Y como era fino de modales y afable de trato, sin que la atrayente cordialidad que solía gastar, menoscabase en nada su natural reserva, el buen padre le decía a veces sonriendo:

-¿Sabe usted, paisano, que con su carta de ciudadano chileno, era como pintado para ministro plenipotenciario?

Y Dorriga se sonreía, mientras se acomodaba el corbatín, alzando en seguirla las espaldas de una manera particular y haciendo con el labio inferior un gesto, que a fuer de historiadores exactos, debemos decir que no era un gesto gracioso en la cara del buen caballero.

Pero no lo decía todo el padre, porque a sus solas solía exclamar en prudente tono:

-¡Sí! ¡En Dios y en mi ánima, que este Dorriga es lo mejor de toda la tropa! Solamente le quitaría un defecto que le sobra para ser completo político. ¡Ah! ¡Si él no pareciera tan amigo de sus amigos; y sobre todo, tan enemigo de sus enemigos!

El segundo era el presbítero chileno, don Nemecio Franco, quien se había salvado de los percances políticos metiéndose dentro de una sotana.

El clérigo Franco había principiado su carrera política sirviendo a Marco contra sus compatriotas, y la proseguía ahora haciéndose pasar por el patriota más decidido en favor de la república; pero reservándose, sin duda, el derecho de prestar sus servicios a la monarquía, dado el caso que, con el favor de Dios, Chile volviese a tener la honra y la dicha de poderse llamar reino. Era altanero, terco, caprichoso, ardiente, tenaz, pagado de sí mismo; carácter que formaba un notable contraste con el del insinuante y reservado Dorriga. El padre Hipocreitía lo aborrecía; pero lo trataba con la sonrisa en los labios; y a cada momento le estaba pidiendo su parecer sobre las cosas más sencillas, con lo cual, el otro clérigo creía de buena fe ser el maestro de quien podía darle lecciones.

Por último, el tercero era un abogado llamado don Rodrigo Aldeano, que, a sus conocimientos de jurisprudencia, reunía las aptitudes de eso que algunos llaman política, y otros apellidan falsía. Tan elocuente en el foro como diestro en las intrigas de partido era el señor Aldeano uno de los hombres más finos, sagaces, estratégicos, -266- flexibles y *arbitristas* de su tiempo. Su habilidad para sacar partido de las circunstancias llegó a ser proverbial; y el venerable Hipocreitía solía decir entre dientes:

-Yo me valdré de la prudencia de Dorriga, de la impetuosidad de Franco y de los registros de Aldeano.

Tales eran los individuos con quienes el padre Hipocreitía hablaba en su cuarto de la calle de Santa Rosa, uno o dos días después de los acontecimientos políticos que acabamos de relatar.

Hipocreitía estaba recién llegado de las provincias del sur, a donde había ido a ejercer su apostólico ministerio de *predicar la palabra divina* entre los incultos habitantes de aquellas apartadas regiones. Escudaba con marcada atención el relato que, de los sucesos pasados, le hacían don Víctor Dorriga y el clérigo Franco, sin permitirse sino de vez en cuando, estas u otras parecidas expresiones:

-¡Ah!... Es cierto... Ya me lo figuraba... ¡Muy bien! Siento no haberme encontrado aquí.

Dorriga hablaba con la gravedad y aplomo que le eran característicos; Franco solía entremezclar sus relatos, o interrumpir los de don Víctor con calorosas interjecciones que demostraban la exaltación de su espíritu; y Aldeano no decía una palabra, pues parecía ocupado en reflexionar; y solo una que otra vez se distraía de sus meditaciones al oír las interjecciones de Franco y las patadas en el suelo o los puñetazos sobre la mesa con que el irascible clérigo acentuaba sus palabras.

Cuando don Víctor llegó a contar la huida a todo escape de los revolucionarios, el clérigo exclamó dando una palmada en el breviario del padre Hipocreitía, puesto sobre la mesa:

-¡Yo se lo había dicho a ustedes una y otra vez! Urriola era el menos a propósito para dirigir el motín.

-Sin embargo -observó Dorriga-, es el jefe más atrevido del ejército.

-Pero carece de cabeza -interrumpió Aldeano.

-Sí -dijo Hipocreitía-: es un jefe que necesita de tutor. Y ¿qué ha sido de La Rosa?

-Está en la cárcel con otros más.

-Ya el mal está hecho -dijo Aldeano-: ahora es menester sacar de la derrota el mejor partido posible, y eso es lo que ya se ha principiado a hacer.

-¿De qué manera? -preguntó Dorriga.

-Haciendo creer al pueblo que la revolución ha sido una trampa -267- armada por el Gobierno con el fin de tener un pretexto para perseguir a ciertos enemigos y hacer un ejemplar con los soldados.

-Muy bien -dijo el padre.

-Ya se ha publicado en los periódicos varios artículos en este sentido; pero para darles más valor y fuerza, debemos hacer por que ni La Rosa ni los demás jefes sean castigados.

-Eso corre de mi cuenta -contestó Hipocreitía-. Yo hablaré con Pinto. Lo conozco: he sido su confesor.

-Pero yo sé bien -observó Dorriga-, que Pinto está resuelto a hacer castigar a los culpables. Ayer hablé sobre esto con el ministro Ruiz Tagle.

-Eso nos favorece en nuestros propósitos -contestó Aldeano-, con tal que se castigue solo a los soldados y se deje impune a los jefes. Además -agregó, dirigiéndose al padre-, ¿no le parece a Su Paternidad, que convendría hacer abandonar el mando al vicepresidente?

-Ya he pensado en ello, y tengo algo trabajado sobre el particular -respondió el jesuita.

-Pues bien: si Pinto deja el mando después de algunas ejecuciones, la sangre que derrame al bajar del puesto, borrarán las simpatías que se haya creado con su gobierno.

-¡Es verdad!

-Y la antipatía que las ejecuciones hagan nacer será tanto más enérgica, cuanto más injustos parezcan los castigos; lo cual sucederá precisamente si se consigue que se perdone a los cabecillas y aplique el marco de la ley a los soldados. Es preciso probarles a éstos y al pueblo entero que su principal enemigo es el actual Gobierno.

Hipocreitía miró a Aldeano, haciendo un gesto aprobatorio. Este prosiguió:

-Mientras tanto, aprovechemos la influencia que nuestro partido ejerce sobre los tribunales de justicia, suscitando rivalidades y competencias entre las Cortes y el Gobierno...

-¡Oh! -interrumpió Franco impetuosamente-: ¡todo eso no es más que paños tibios que nos hace perder un tiempo precioso!

-¿Paños tibios? ¿Y le parece a usted poco lo que se ha conseguido?

-Yo no veo más que una derrota.

-Pues yo veo una victoria, desde que tenemos en desinteligencia al Gobierno con los Tribunales superiores. ¡Ya aquél ha sido denunciado por la Corte de Apelaciones ante la Suprema de haber infringido la Constitución!

-Yo me atengo a lo que he dicho y preferiría seguir obrando...

-¿Es decir qué...?

-Que es preciso otro motín.

-Pero ya ve usted que...

-Y después otro, otro y otro -decía el clérigo acentuando sus palabras con repetidos puñetazos sobre la mesa.

-No por mucho madrugar amanece más temprano -observó Dorriga,

-Eso mismo digo yo -agregó Hipocreitía.

-Por eso soy de parecer -prosiguió Aldeano-; que esperemos a que la revolución madure... Tenemos buenas noticias del sur, según me lo ha dicho el reverendo Hipocreitía.

El padre, sin hablar una palabra, se dirigió al gran armario; lo abrió; y sacando un paquete de carta las puso ante los ojos de los circunstantes.

-Todas estas carta -dijo-, aseguran que la revolución ha tomado ya cuerpo en las provincias del sur. Mientras no tengamos a Prieto con sus tropas cerca de Santiago, los motines parciales no nos serán de gran provecho.

-Conque ¿en qué quedamos? -preguntó Aldeano.

-En que yo trabajaré por que Pinto se retire del mando -contestó Hipocreitía-. Usted sostendrá los consejos a los señores Ministros de la Corte. El seño presbítero advertirá a los curas cómo deben portarse en el púlpito y en el confesonario para sostener la causa de la religión; y en cuanto a usted amigo Dorriga, aquí tiene una listita que sería muy bueno presentar al ministro Ruiz Tagle...

-¿Lista de qué?

-Son los nombres de varias personas de Concepción, Talca, Curicó, San Fernando y otros pueblos del sur, que es preciso perseguir y molestar de todas maneras.

Don Víctor pasó la vista por el papel y dijo:

-Pero aquí veo algunos de nuestros amigos del sur.

-Es verdad -contestó el padre-; pero son solo amigos a medias, que están a la capa y sin tomar una parte activa en la revolución. En cuanto vean que el Gobierno los persigne, serán con Nosotros en cuerpo y alma.

-¡Ah! Ya comprendo -dijo don Víctor guardando el papel.

-Y advierta usted que a muchos de ellos los necesitamos, porque son gentes ricas.

Era ya tarde de la noche, cuando los maquinadores se retiraron. El padre se quedó todavía en vela, sacando varios apuntes de las cartas que tenía sobre la mesa. Después, poniendo éstas en orden, las guardó en el gran armario diciendo:

-Tiene razón Aldeano: este hombre no es tonto. Es preciso dejar madurar las cosas... y sembrar mientras tanto la semilla de la discordia entre los enemigos de la justa causa.

Dicho esto, abrió su breviario y rezó devotamente delante del crucifijo que tenía sobre la mesa. Enseguida se acostó y se quedó dormido con envidiable tranquilidad.

CAPITULO XLV

La solicitud

«En la triste prisión, en la desnuda
morada del mortal desventurado,
allí donde el dolor con saña ruda,
tenaz hundía el diente envenenado;
tu mano bienhechora se extendía;
tu fecunda palabra daba aliento,
y la bella esperanza aparecía,
como nuncio feliz, tras el tormento.»
—(EUSEBIO LILLO. José Romero.)

En el día siguiente al del conciliábulo narrado en el capítulo anterior, el padre Hipocreitía fue a visitar al vicepresidente; pero no pudo conseguir verse con él, porque el General se hallaba conferenciando con sus Ministros sobre los sucesos anteriores, que tan preocupado tenían al Gobierno. Habíase ya reunido el consejo de guerra que debía juzgar a los sublevados; y después de largas discusiones habían salido condenados a muerte un sargento, un cabo de Inválidos y tres soldados de Coraceros.

Todas estas circunstancias le fueron contadas al padre Hipocreitía por el oficial de guardia, al cual escuchaba el jesuita con interés verdadero, aunque oculto bajo el velo de una aparente indiferencia. Díjole además el oficial, que el consejo de guerra se había dividido en dos partidos; uno por la condenación, y el otro por la absolución de los culpables; que ambos partidos eran apoyados por el Gobierno; el primero por el ministro Ruiz Tagle; y el segundo, por el ministro Rodríguez, y que el vicepresidente parecía inclinarse al partido de la clemencia.

-Ahora mismo -prosiguió aquel-, se encuentra el señor General conferenciando con los señores Ruiz Tagle y Rodríguez, y la discusión debe haber sido acalorada, porque no ha mucho que, pasando cerca de la puerta del gabinete, donde se encuentran ahora, oí que las voces alzaban más de lo necesario.

-Ya entiendo -dijo el padre-: y ¿no se sabe el objeto de esta conferencia?

-No del todo; pero se presume que sea con el fin de tratar qué contestación se les dará a las señoras...

-¿Qué señoras?

-¡Ah! Entonces no sabe usted...?

-Yo no sé nada, pues paso mi vida entre las cuatro paredes de mi celda -dijo el padre bajando los ojos.

-Es el caso -continuó el oficial-, que esta mañana tuvo noticia el señor vicepresidente de que hoy había de venir a palacio una diputación de señoras, con el fin de solicitar el indulto de los reos condenados por el consejo de guerra.

-¡Ah! ¿Y sabe usted qué señoras vendrán?

-He oído nombrar a dos o tres de las principales; pero no recuerdo ahora quiénes son.

Al oír esto, el padre sacó su caja de rapé, sorbió una narigada, y tras ésta otra y otra, como si estuviera distraído. El oficial había salido de la pieza; y mientras tanto, el jesuita reflexionaba sobre lo que acababa de oír. Él necesitaba ver caer algunas víctimas con el fin de obtener el logro de sus miras; y aun la visita que venía a hacer ese día al General Pinto, no tenía otro objeto que inducirlo a que hiciera aplicar el marco de la ley a los revoltosos. Pero él conocía el carácter del General, y temía que la caritativa solicitud de las señoras encontrase eco en el bondadoso corazón del vicepresidente. En esto se pasó cerca de una hora, y ya el padre había, sin duda, modificado su plan de operaciones, de una manera satisfactoria, pues se sonrió; y haciendo un gesto de aprobación, sacó su breviario y se puso a leer devotamente mientras llegaba el tiempo de obrar.

Distrájolo al fin de su lectura el oficial que entró a la pieza, con ese aire placentero y satisfecho del que trae una noticia que cree interesante.

-Señor -dijo éste-, acérquese su paternidad a la ventana, y verá venir por la plaza la diputación de señoras.

No había concluido de hablar el oficial, cuando ya el padre estaba inclinado sobre el alféizar de la ventana, contando hasta quince o veinte señoras, que, solas unas, y acompañadas otras de sus esposos, se dirigían al palacio.

-Ellas son, sin duda -murmuró el jesuita-. A la cabeza de la diputación viene doña Estrella... Doña Trinidad la acompaña... Traen en medio de las dos al necio de don Cándido... ¿Si será el encargado de dirigir la palabra al General? Ojalá fuera así, pues con tal abogado, el proyecto fracasaría. Sin embargo, aunque la necedad de los enemigos nos da muchas ventajas, es preciso ayudarnos con nuestra prudente astucia. Hay peligros que no se evitan sino es afrontándolos cara a cara... Vamos allá... Es llegado el caso de salir al encuentro de la dificultad.

Diciendo esto, se arregló el hábito; y con semblante risueño se fue a pasear en un corredor por donde sabía que había de pasar la diputación femenina. Esta no se hizo esperar. Venía a la cabeza don Cándido, con la cara llena de risueña satisfacción, sirviendo de apoyo, con uno y otro brazo, a su esposa y a su comadre doña Trinidad.

El padre saludó a todos con la más exquisita cortesía; y al sacudir la mano de don Cándido, le dijo éste:

-Aquí nos tiene, su paternidad, empeñados en obtener el indulto de esos reos políticos. ¡Pobres hombres!

-Ese es un empeño digno de corazones nobles y generosos -dijo el jesuita-; y me complazco en creer que esta idea ha nacido del caritativo espíritu de las señoras.

-Así es -respondió doña Estrella-. Nosotras nos hemos propuesto venir a solicitar...

-Aunque así sea, Estelita -le interrumpió don Cándido-, no es bien visto que una mujer hable así, como si no tuviera marido a quien pedir la venia. Mire, padre -prosiguió marchando con todos los demás hacia el salón en donde el vicepresidente, ya avisado los aguardaba acompañado de los ministros Ruiz Tagle, y Rodríguez. Sírvanos su paternidad de juez, como entidad neutra que es y debe ser entre la mujer y el hombre. Verdad es que ellas fueron las de la idea, y al momento quisieron ponerla en ejecución sin pedir la venia marital. Yo, que no consiento jamás que mi esposa se meta, sin mi venia, en asuntos tan hondos, comencé por darle permiso a Estelita... Pero en cuanto a lo de dejarla venir sola, ni por pienso. Al mismo tiempo, me fui a casa de otros maridos y les afeé su conducta, hasta que conseguí que acompañasen a sus respectivas mujeres para darle importancia y significado al acto. Ahora estamos en otra, y es, que a Estelita se le ha puesto en la cabeza, que ella u otra de las señoras ha de ser la que dirija la palabra al señor General a nombre de las demás.

-¡Por supuesto! -interrumpió doña Estrella-. ¿No ves que es una solicitud de señoras?

-Si lo veo; pero ustedes las mujeres no pueden hacer estas cosas, sino por apoderado; y el apoderado neto de la mujer es el marido, que es su jefe y cabeza. Así es que, por el bien parecer, debes dejar que yo, u otro de los maridos que nos acompañan, rompa el fuego con el señor vicepresidente; y una vez cumplida esta formalidad, puedes tú coger el hilo del discurso y no cortarlo en todo el día, si te parece, para lo cual yo te doy la venia...

-No te la he pedido; y en cuanto al permiso de que hablaste denantes, es una majadería que...

-¡Pero, Estelita, por Dios! -exclamó a media voz don cándido-, ¡Si te doy uno y otro sin que tú me los pidas!

-Yo creo que hay un medio de arreglarlo todo -dijo el jesuita.

-¿Cual es? -preguntó don Cándido, mientras doña Estrella y doña Trinidad miraban al padre con ojos interrogativos.

-Ese medio consiste en que me hagan ustedes el honor de servirles de órgano para con el señor vicepresidente: lo cual haré con tanto mayor placer, cuanto que yo mismo he venido a hablar con mi respetable amigo, el señor General, a fin de inclinarlo al perdón de los reos, más desgraciados que culpables.

Todas las personas que habían oído las últimas palabras del jesuita, manifestaron su aprobación, y don Cándido dijo:

-Ese medio salva toda dificultad dejando incólume la dignidad marital. ¡Me gusta!

Ya a ese tiempo habían llegado a la sala de audiencia, en donde el vicepresidente recibió a la diputación con las mayores muestras de fina y respetuosa cortesía. El padre, después de saludar cordialmente al General, le dirigió la palabra en estos términos:

-Señor vicepresidente: una feliz casualidad me ha hecho ser el órgano de las respetables señoras aquí presentes, para manifestar a Vucencia el humanitario y caritativo objeto que las trae ante la presencia del primer magistrado de la República. Como ministro de un Dios de paz, que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva, me complazco en solicitar, a nombre de las generosas personas aquí presentes, el perdón de unos desgraciados, que, si bien han hecho armas contra las autoridades constituidas, dando a los pueblos el mal ejemplo de la guerra civil, no por esto dejan de merecer el perdón de un Gobierno que nada tiene que temer de sus enemigos, atendida, por otra parte, la ignorancia de esos infelices más ciegos que culpables. Vuestra clemencia les abrirá los ojos para ver en el Gobierno un padre que sabe perdonar sus extravíos; y si bien es cierto, que un tribunal competente los ha condenado a muerte, con la ley en la mano, nosotros, acatando como debemos la justa decisión de ese tribunal, esperamos que nuestros deseos encontrarán eco en el magnánimo espíritu de nuestro paternal gobierno. He dicho.

El General contestó con voz conmovida:

-Reverendo padre: tanto vuestra paternidad como las honorables y graciosas personas, cuyos nobles sentimientos habéis interpretado, podéis estar seguros de que vuestros deseos corresponden a los que en este momento abriga mi corazón. Antes que soldado, soy hombre; y tal vez porque soy soldado sé apreciar en lo que vale la vida de un hombre. No me anima ni el rencor político ni el odio de partido, pues solo sé amar a mi país. Soy chileno, y siento como vosotros que se derrame la sangre de un hermano, ya sea en la lucha fratricida, ya en el odioso patíbulo: porque os juro por mi honor de soldado, que en mis enemigos políticos no veo más que hermanos extraviados, por cuya felicidad me intereso, como por la de todos mis compatriotas. Os repito, que soy chileno, y me enorgullezco de pertenecer a un país cuyas dignas matronas presentan ejemplos de caridad y amor a sus semejantes, como el presente. A la sombra de ese caritativo amor, se formarán buenos hijos para la patria; es decir, hijos virtuosos, sensibles y capaces de interesarse por el bien de sus hermanos. Podéis, pues, señoras mías, estar seguras de que haré por salvar la vida de esos desgraciados todo cuanto me lo permitan los sagrados deberes que me impone el alto cargo con que me han honrado mis queridos conciudadanos.

El tono franco y persuasivo con que fueron pronunciadas estas palabras, cautivó a las señoras, las cuales como movidas por un resorte, se levantaron de sus asientos y se acercaron al General para saludarlo más cordialmente, darle las gracias y manifestarle su adhesión. El vicepresidente las conocía casi a todas, y era amigo íntimo de muchas de ellas. Después de corresponder a los sentimientos que cada una de ellas le manifestó, las condujo hasta la antesala, desde donde el ministro, don Carlos Rodríguez, acompañó a la comitiva hasta la plaza de Armas. Enseguida se dirigieron a sus respectivas casas, llevando todas ellas la convicción de que los reos serían indultados.

CAPITULO XLVI

El General y el jesuita

«Los hechos revelan en primer lugar, que jamás hubo en Chile un bando más fanático en sus odios, ni más injusto en sus apreciaciones, que el de los reaccionarios: ellos revelan, en segundo lugar, que la reacción no ha tenido más mira que la muerte, ni más medio que la difamación de sus adversarios: ellos revelan, en tercer lugar, que la reacción y sus hombres han sido, y son hoy mismo, los únicos explotadores de negros fantasmas; los únicos eternos visionarios, que, a favor de sus evocaciones, suelen medrar en el campo político.»

—EL PROGRESO. (Editorial de Junio 20 de 1870.)

Solamente dos personas habían quedado en el salón con el vicepresidente: la una era el ministro Ruiz Tagle, y la otra el padre Hipocreitía, que delante de Pinto, aparentaba desconfiar del ministro Tagle.

-Señor General -dijo el jesuita mirando de reojo a Ruiz Tagle mi primer pensamiento, al llegar ayer del sur, fue venir a ver a Vucencia.

-Mil gracias, padre -respondió Pinto, creyendo de buena fe en las melosas palabras del jesuita-. Y ¿cómo le ha ido a su paternidad en sus trabajos apostólicos?

-No tan bien como deseara, pues solo pude dar tres misiones en la costa de Colchagua... ¡Esta salud, señor! ¡Estos reumatismos me hacen ver que ya soy un viejo!

Enseguida, bajando la voz -dijo al General:

-Quisiera comunicarle a Vucencia, a solas, un secreto importante.

Y luego miró a Ruiz Tagle con un aire tan desconfiado, que Pinto no tuvo necesidad de rogar a su ministro que los dejase solos, pues éste salió del salón pretextando una ocurrencia urgente.

-Hable, padre -le dijo el General con aire inquieto:

-Pues, señor -respondió el jesuita en voz baja, pero con palabras claras y acentuadas-: sepa que ayer confesé a un individuo, el cual lleno de arrepentimiento, me comunicó que el verdadero objeto de la revolución de los Inválidos era asesinar a Vucencia y...

-¡Ah! -exclamó Pinto-: ya había oído esa especie; pero ¿cómo dar crédito a un proyecto tan criminal?

-Y sin embargo, el proyecto ha existido y tal vez exista entre los mismos que lo han inventado -agregó con voz sorda el jesuita-. No es mi ánimo intranquilizar a Vucencia, pues sabe bien, cuánto me interesa su salud y bienestar; pero debo decirle toda la verdad por terrible que sea.

-¿Aun hay más?

-Según mi penitente me confesó, tenían resuelto asesinar a Vucencia, sin esperar a que se le suministrase los auxilios de religión, pues los ejecutores habían recibido la cruel e impía orden de dar el golpe en cuanto lo tuviesen a mano.

-Y ¿qué les he hecho yo -exclamó el General-, para que me aborrezcan de ese modo? ¿Es por acaso algún crimen ante ciertas gentes el sacrificar su reposo y su salud en aras del bien público?

-¡Ah! ¡Excelentísimo señor! Los odios políticos borran hasta memoria de los servicios hechos por un hombre de bien.

-Pero padre ¿cómo puede ser eso, cuando yo tengo tantos amigos entre los pelucones?

-Y ¿cree Vucencia que esta revuelta de cuartel es obra de los pelucones? -preguntó el padre, mirando a su interlocutor con el aire más cándido del mundo.

-Así lo creen todos, amigo mío.

-Pues, a mí me parece que todos se equivocan en creer que hombres serios habían de fraguar un motín que ningún resultado práctico podría dar, desde que se contaba con tan pocas fuerzas, mientras el Gobierno tenía dobles elementos, según lo han probado los hechos. Puede ser -agregó-, que algunos enemigos de la administración hayan entrado en la revuelta con fines verdaderamente políticos; pero a mi juicio, este movimiento presenta más bien un carácter de venganza personal que lo hace más odioso todavía... Porque, bien puede perdonarse a revoltosos que, impulsados por el amor, mal o bien entendido de su patria, se echan en la guerra civil; pero jamás perdonaré yo, a los asesinos que, por satisfacer odios particulares, no dudan en derramar la sangre de mil inocentes que ningún mal les han hecho.

El jesuita pronunció estas palabras con cierta exaltación nunca vista en él. Pinto lo miró sorprendido, y enseguida le dijo:

-Permítame, padre, decirle que hay cierta contradicción entre las palabras que acabo de escuchar y el discurso que su reverencia pronunció ahora poco delante de las señoras.

-No niego qué me haya contradicho -repuso el padre-; pero esta contradicción nace del interés que la preciosa vida de Vuecencia me inspira. Verdad es que, no ha mucho, abogué por el indulto de esos reos; pero lo hice, impulsado por los sentimientos de caridad cristiana, y delante de esas santas señoras, cuyos sentimientos tan nobles como piadosos no podía herir: más ahora que me hallo a solas en presencia de Vuecencia, cuya vida sé que está amenazada por el aleve puñal del asesino, no puedo dejar de inclinarme al castigo de los culpables. Y ya que no es posible haber a las manos a los verdaderos asesinos, creo, en conciencia, que el gobierno debe dar un ejemplo de virilidad para tener a raya las malas pasiones. ¡Ah! señor, ¿cree Vuecencia que si se deja hoy impune tan horrendo crimen, no tratarán de intentarlo mañana? Y a la verdad, que no concibo un crimen más horrendo que el de trastornar el orden público por satisfacer una venganza miserable.

Calló Hipocreitía, y el General, sin decir una palabra, se levantó de su asiento y dio algunos pasos hacia el medio de la sala. Enseguida se volvió hacia el padre, y dando un suspiro le dijo:

-Ruiz Tagle es del mismo parecer de su paternidad; pero Rodríguez -279- cree que no conviene, políticamente hablando, la ejecución de esos hombres... ¡Ah! ¡Padre mío! ¡No veo las horas de salir de este infierno!

-Pues, con el derecho que mi cariño hacia Vuecencia me da, yo le aconsejaría que dejase el puesto, si el país no necesitase de sus servicios; pero en las circunstancias actuales...

-¡Oh! ¡He servido ya bastante! He hecho el sacrificio de mi salud y de mi reposo en el último tercio de mi vida! -dijo el General.

-Todo eso es verdad -repuso el jesuita-; y en conciencia, no se puede exigir más de un patriota. Usted ha cumplido su misión.

-Y todo ¿para qué? -prosiguió el General con voz dolorosa: ¡para coger por fruto la ingratitud y el odio!

-Pero, quédele a Vuecencia la satisfacción de haber hecho el bien -dijo el padre.

-¡Oh! ¡En cuanto a eso, sienta aquí esa satisfacción! -exclamó Pinto, poniéndose la mano sobre el corazón-. Podrán quitarme la vida -prosiguió-; pero jamás me quitarán el dulcísimo placer de haber cumplido con mis deberes de ciudadano. Les dejaré el mando que tanto ambicionan y me retiraré al seno de mi familia.

-En donde gozará Vuecencia de la estimación de todos los hombres de bien -agregó el padre-. ¡Pero antes de dejar el mando, acuérdesse de que tiene que cumplir con un deber, que la justicia pide, por más que a su bondadoso corazón le parezca duro y cruel!

-Lo pensaremos, padre mío -dijo el General apretando la mano que el jesuita le presentaba al despedirse.

-¡Que el Dios de la justicia dé fuerzas a Vucencia para satisfacer la vindicta pública, castigando a los asesinos y ejemplarizando al país! -dijo el padre con voz sorda al salir de la sala.

El General se dejó caer fatigado sobre la silla.

-¡Ah! -exclamó- ¡Malditas contiendas civiles! ¿Cuándo dejarán de despedazarse mutuamente los que pelearon en una misma fila contra el común enemigo de la patria?

CAPITULO XLVII

En la Plaza del Basural

«¡Aparta, aparta, muchedumbre imbecil!
Retírate de este antro tenebroso;
la sangre del patíbulo afrentoso
¡Te mancha a ti también!
Sofocad, por piedad, esos clamores,
que en lo más hondo, el corazón laceran;
no hagáis desesperar a los que esperan,
¡Los que piden el bien!»
-(L. RODRÍGUEZ VELASCO.)

Las sucesivas transformaciones porque ha ido pasando la ciudad de Santiago, ocasionadas por ese trabajador incansable que llaman tiempo, y que ayudado del arte moderno, va quitando a nuestra capital su primitivo sello de modesta sencillez, nos obligan a rogar al complaciente lector que se traslade con la imaginación a aquellos tiempos en que tuvieron lugar las escenas que vamos relatando. Y como para completar la narración de los hechos, es muchas veces indispensable la descripción de las localidades en que tuvieron lugar, a fin de grabarlos indeleblemente en la memoria, para que el entendimiento, ayudado de la imaginación, comprenda hasta en sus menores detalles las acciones humanas; rogamus al lector que, al trasladarse a aquellos tiempos, haga un esfuerzo de imaginación para que vea el teatro donde pasaron las escenas que vamos a presentar ante sus ojos. Este teatro no es otro que el espacio limitado por el Tajamar hacia el norte, y por las calles de la Nevería, San Pablo y el Puente a los otros vientos.

En consecuencia, le pedimos que borre como se borran las líneas de una pizarra, todas las casas, almacenes, tiendas y tendales que rodean el espacio antedicho; que arranque de raíz el monumental edificio del Mercado Central; que olvide por completo la antigua plaza de Abasto; y una vez limpio aquel gran cuadrilátero, rodéelo por las tres calles ya nombradas, de casas bajas, de amenazantes aleros, coronadas de agudos frontones, de covachas a medio tejar, de bodegones de arpa y guitarra, y de chiribitiles de poncho y cuchillo. Interpole entre casa y casa algunos corrales, caballerizas y posadas de carretas; coloque hacia el costado poniente algunos grupos de ranchos, y cierre una parte del

costado norte con una hilera de ramadas, que cuando no estaban convertidas en bulliciosas chingaras, eran las barberías donde las gentes del pueblo encontraban, no solo quien las afeitase, sino quien les vendiese el picante *charquicán* y la sabrosa empanada. Hecho esto, disemine por todo aquel espacio, grandes y pequeños montones de basura (los cuales habían dado a aquel sitio el nombre de «Basural»); coloque en uno de esos montones, un (pedimos perdón) perro o gato muerto; (o más si al benigno lector le place; que con ello se acercará más a la verdad) y por último, plante en el centro de aquel espacio el poste tradicional que por tanto tiempo adornó nuestras plazas públicas con el nombre de *Rollo*.

Ahora, para dar animación a aquel lugar, figúrese el lector un grupo de hombres jugando a los naipes sobre un poncho tendido en el suelo; varios ociosos matando el tiempo sentados al sol, aquí, allá y más allá; muchachos jugando a las *chapitas* o al *volantín*; cuadrillas de perros que se solazan; asnos que se pasean gravemente, o apuran el paso agujoneados por una o dos docenas de chiquillos traviosos; mujeres desgredadas que barren sus cuartos y el frente de sus puertas, llenando el aire de nubes de ceniciento polvo; otras que llevan sobre sus cabezas canastos de basura para arrojarlos sobre los montones; y otras más pobres y desgredadas (si cabe) recogiendo trapos viejos y demás desperdicios de entre la basura.

La *plaza del Basural* era, pues, concurrida por toda clase de gente; pero desde cierta hora de la noche para adelante, no paseaban por ella sino las gentes alentadas, o los que deseaban asentar su reputación de valientes. Otra circunstancia que la hacía temible, era su vecindad al Ojo Seco del Puente de cal y canto, sitio renombrado por el abrigo que presentaba contra la policía a la gente de la *cáscara amarga*, y en donde solía irse a dirimir mil cuestiones a fuerza de puños o a punta de cuchillo, y has ta a *punta de piedra*.

Enfrente de esta célebre plaza estaba el conocido bodegón del no menos conocido Juan Diablo; y bien se echa de ver si, ocupado aquel privilegiado lugar, dejarían de verificarse todos los días acontecimientos más o menos siniestros en el ya mencionado establecimiento. Once días después de la revolución de los Inválidos, es decir, el día diecisiete de junio por la mañana, hallábase el bodegón nombrado tan lleno de gente, que Juan y su primer ministro, el Bizco, no tenían manos para dar de beber a tanto parroquiano. Corría el aguardiente como el agua por los arcaduces de una noria; y las cubas parecían haber sido abundantemente provistas para ese día, pues la energía de los chorros indicaba cuán lejos estaban de agotarse, a pesar de que ya empezaban a caer por el suelo muchos de los numerosos y sedientos consumidores. Solo era de notar que Juan Diablo, y el no menos diablo, Bizco, tan rígidos y severos en todo lo concerniente al pago de las bebidas, se mostraban ese día por demás complacientes y generosos. No cobraban sino a uno que otro de los bebedores: la mayor parte bebía como si tuviera cuenta abierta en el bodegón, y Juan Diablo se reía como si aquella vez estuviera haciendo el mejor negocio de su vida.

Entre los bebedores estaba Miguel Turra, que parecía capitanear a diez o doce de los concurrentes, según era el aire de autoridad con que les hablaba.

-Oiga, *ño* Diablo -dijo Miguel-. ¿Sabe usted para qué están armando aquel banco junto al Tajamar?

-No sé, ni quiero saberlo -respondió Juan, guiñando el ojo como si supiera muy bien lo que Turra preguntaba.

-Pues yo quiero saberlo -repuso éste-, y aun se me ha puesto en la cabeza que es para fusilar a los reos.

-Eso es, sin duda -interrumpió uno de los que se había asomado a la puerta-, porque allí veo a don Pedro Catana con dos soldados.

Don Pedro Catana era un sobrenombre con que el pueblo distinguía al verdugo de Santiago. Otros lo llamaban don Pedro Látigo, pues su oficio principal consistía en azotar ladrones atados al *Rollo* o sobre la escalera.

-Yo no me meto en eso -dijo el bodegonero-, mayormente ahora que estoy tan ocupado en expender mi aguardiente.

-¿Y es bueno el negocio que ha hecho? -preguntóle Turra en tono confidencial-. ¿No es verdad que don Motiloni es caballero que paga bien?

Juan Diablo no contestó, y siguió pasando vasos llenos y recibiendo los vacíos.

Mientras tanto, la plaza se iba llenando de gente de todas clases y condiciones. En cada puerta había un grupo de curiosos; el Tajamar se divisaba coronado de niñas y Caballeros, como si se esperase ver allí una de las más agradables escenas, y todos los concurrentes iban y venían tratando de ganar los mejores puntos de vista, impulsados por una cruel y vergonzosa curiosidad.

El día presentaba un aspecto triste y aterrador. Gruesos nubarrones encapotaban la atmósfera; y no parecía sino que la tempestad que se desarrollara en los aires hubiera tocado eléctricamente al alma de aquella multitud. Solamente se oía ese ruido sordo ocasionado por el anhelo y la impaciencia; y el tétrico silencio que reinaba en la mayor parte de los grupos solo era interrumpido por los silbidos de los muchachos y por las expresiones que se cruzaban, iguales o parecidas a las siguientes:

-¿A qué hora llegarán?

-¡Jesús! ¡Yo no tengo valor para ver estas cosas! ¡A qué vendría yo!

-Yo he venido porque no he visto nunca fusilar a un cristiano.

-¡Y al fin no sabemos cuántos son lo que van a ajusticiar, comadre!

-Dicen que son los cinco condenados por el consejo de guerra.

-Pero ¿no habían indultado a tres de ellos?

-¡Qué los habían de indultar! Se indulta a los ladrones y a los asesinos, pero no a los reos políticos.

-Mira, niña, vente a poner aquí, porque me han dicho que por aquí han de pasar.

-¡Pobrecitos! ¡Cómo vendrán de asustados! Tengo unas ganas de verlos que... vaya, no está en mí... ¡Pobrecitos! ¡Se me parte el corazón!

-¡Quién estuviera en aquella ventana! Desde allí si que se vera bien.

-Pues a mí me gusta, compadre, que el Gobierno se mantenga firme, porque de otro modo no acaban nunca estas revueltas.

-Sin embargo, yo creo que estos pobres diablos no merecen la muerte.

-¿Qué dice usted?

-Que los verdaderos culpables no son ellos.

-¡Ya, ya! Pero esos culpables verdaderos están a mucha altura para que un gobierno débil se les atreva. ¿No es así?

-Y ¿es justo castigar a las soldados y dejar impune la rebelión de los jefes?

-No es muy justo, lo confieso; pero ¿qué quiere usted? En política se sacrifica siempre a los débiles; y en las circunstancias actuales es preciso ejemplarizar al pueblo.

-¡Imbécil! -murmuró un caballero embozado en su capa hasta los ojos-. ¡Buena manera de ejemplarizar al pueblo es esta de hacerlo gozar con espectáculos inhumanos!

A ese tiempo el grupo que obstruía la puerta del bodegón de Juan Diablo se abrió para dar paso a un hombre, que por el tono de predicador con que hablaba, se echaba de ver quién era. El tío Ruco, según él lo aseguraba, venía en *sana salud*; pero con una sed devoradora. Al llegar a la puerta del bodegón, interpeló de este modo a los bebedores:

-¿Cómo os atrevéis a beber y a regocijaros en este día en que ese gobierno de herejes va a matar a cinco de nuestros hermanos? Pásame un vasito de aguardiente, don Diablo, porque tengo la lengua seca y no he remojado la palabra en toda la mañana.

-Conque, ¿es verdad, tío Ruco, que van a *balear* a los cinco? -preguntó una mujer.

-¡Ya os digo -prosiguió el viejo después de haber apurado su vaso-, ya os digo que las tiempos se acercan!... El Gobierno quiere meter miedo al pueblo con estas ejecuciones, y por eso inventó esa revolución que toda ella es pura mentira y engaño para tener un

pretexto con que asesinar a cinco veteranos que han derramado su sangre por la patria... ¡Mira, Bizquito; oye, hijo mío! Dame otro vasito y que sea de la cuba chica, porque este que me ha dado don Diablo, no es aguardiente sino agua clara... ¡Y vosotros, miserables! -prosiguió dirigiéndose a tres o cuatro borrachos que yacían tendidos en el suelo-. ¿Qué hacéis ahí tendidos como animales, mientras vuestros compatriotas son perseguidos, encarcelados y muertos a balazos por este gobierno de extranjeros y herejes? ¿No habéis oído que los tiempos se acercan?

-Tiene razón el tío Ruco -dijo Turra-: el General Prieto se acerca y ya veremos si los pipiolos son capaces de hacerle frente.

-Miguel gritó desde el medio del grupo, un hombre de aspecto feroz.

-¿Qué se te ofrece, Barragán? -preguntó Miguel.

-Que se me ha ocurrido una cosa.

-Será alguna bellacada ¿cuál es?

-Que montemos en nuestros caballos y esperemos a los reos en la esquina.

-¡Ah! Ya te entiendo -interrumpió Turra echándose el poncho ad hombro-. ¿Cuántos somos?

-Dieciocho; pero aquí encontraremos otros más que nos ayuden y espaldeen. Los esperamos en la esquina con las catanas desenvainadas bajo el poncho, y en cuanto los tengamos a tiro, nos echamos sobre los soldados... Cada uno mata al suyo... Es cuestión de tres minutos.

-Me gusta la idea -dijo Miguel-. Cuando vuelvan de la sorpresa los que queden vivos ya estaremos lejos. ¡Me gusta!

-Y además, no se atreverán a hacer fuego sobre nosotros, pues escaparemos por entre toda la gente.

-¡Pues, manos a la obra! -exclamaron algunos, entusiasmados con la bebida-. ¡Así verá este gobierno que hay a quien le duela!

-¡Oh! -exclamó Juan Diablo-: tengan modo y hablen mejor del Gobierno; y el que quisiera decir algo contra el señor General Pinto, salga a la plaza y hable hasta mañana, porque yo soy hombre de paz y no quiero que mi bodegón se desacredite.

-Es verdad -agregó tío Ruco bebiendo el duodécimo vaso-. Dejad de pensar en lo que habéis dicho y afilad vuestras catanas para cuando lleguen los tiempos. ¡Mientras tanto, salid a la plaza y decidles a cuantos encontréis y que los tiempos se acercan! Y que la

revolución no ha sido más que un pretexto del Gobierno para mandar asesinar a nuestros hermanos.

En esto se dejó sentir en la plaza un movimiento general acompañado de gritos y silbidos de muchachos, que desde los tejados de las casas decían:

-¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

-¡Gracias a Dios que al fin llegaron! -exclamó una mujer empujándose para ver mejor-. Estaba ya cansada de esperar, y he dejado mi casita sola con mis tres chiquillos.

Turra y sus compañeros salieron del bodegón y se metieron por entre de la multitud que se agitaba como las olas del mar. Bien pronto se vio aparecer por la calle de la Nevería un piquete de caballería que marchaba abriendo paso hacia el Tajamar.

Seguían después los reos, entre dos filas de soldados, y cerraba la marcha otro piquete. Cada reo iba acompañado de un sacerdote que lo exhortaba a morir como cristiano. Los reos eran cinco, y todos marchaban con los ojos hacia el suelo, pero con paso firme. A la cabeza iba el sargento de Inválidos, Victoriano Espinoza, con el padre Hipocreitía al lado izquierdo, el cual, dándole a besar un crucifijo que llevaba en la mano, le decía:

-Despojaos, hijo mío, de todo rencor; perdonad a todos vuestros enemigos, en nombre de este Dios de paz, para que Él os perdone vuestras culpas. Bendecid la sentencia que os envía al cadalso, y haced intención de besar la mano de los jueces mismos que la han firmado en nombre de un Dios justiciero...

-¿Es decir -interrumpió el sargento, mirando fijamente al padre-, es decir, que el Dios de los que están arriba, es un Dios justiciero que manda firmar sentencias de muerte, mientras que el Dios de los que estamos debajo, es un Dios de paz que manda perdonar el mal que nos hacen?... Vaya, padre, le ruego que no me hable de estas cosas que no puedo entender porque se me va la cabeza. Lo que yo veo bien claro es, que si la hubiéramos acertado, nosotros seríamos los que hubiéramos firmado sentencias de muerte, y a ellos les hubiera tocado marchar al banco; pero nos hemos equivocado; y ya que es preciso morir, déjeme morir como un valiente.

Diciendo esto, el sargento prosiguió la marcha con aire de estoica indiferencia; y viendo que un individuo le hacía señas con un pañuelo, lo miró y lanzó un grito de dolor.

-¡Adiós, hermano mío! -exclamó, con los ojos fijos en el hombre del pañuelo-. ¡Adiós! ¡Abraza a nuestra madre en mi nombre y dile que voy a morir pensando en ella! ¡Vamos andando! -prosiguió enseguida, apurando el paso con cierto movimiento nervioso.

El padre Hipocreitía no se atrevió a dirigirle de nuevo la palabra, y siguió al lado de su penitente, con la vista fija en el suelo.

CAPITULO XLVIII

La Ejecución

«Nadie pone en duda el derecho de la sociedad para castrar los delitos. Pero ¿el derecho de castigar supone el de matar?»

«No matarás, dice el precepto moral confirmado por la ley. Matad, dice la ciencia de algunos publicistas, para producir el buen ejemplo.»

-J. M. BALMACEDA Moción sobre la abolición de la pena de muerte 1871.

Llegado el convoy al punto en donde debía tener lugar la ejecución, el oficial que mandaba la tropa ordenó que se despejara el frente del Tajamar, cuyo andén estaba lleno de curiosos. Retiráronse éstos hacia uno y otro lado, y solo quedaron algunos a cierta distancia, entre los cuales se hallaba el Bizco, cuya malignidad parecía buscar un objeto en que cebarse. Un silbido particular que oyó cerca de las ramadas lo hizo correr hacia aquel punto abriéndose paso como una serpiente por entre los curiosos. Enseguida saltó sobre el andén y buscó con la vista al que lo había llamado. Como todos los ojos estaban fijos sobre los reos, a quienes vendaban la vista en aquel momento, nadie ponía su atención en el Bizco, el cual, echado sobre uno de los estribos del Tajamar, escuchaba con atención lo que le decían tres o cuatro hombres de a caballo, colocados en el callejón formado por el Tajamar y las ramadas. Estos hombres eran Miguel Turra, Manuel Barragán y dos o tres de sus compañeros. Barragán tenía debajo del poncho un lazo, que ojalá por su extremo al fuerte *pehual* de su montura, dando el otro extremo al Bizco.

El maligno muchacho saltó con ligereza sobre el pavimento de la calle, y pegándose a las quinielas de las ramadas, se fue arrastrando como un gato hasta colocarse dos o tres pasos de distancia de un hombre que miraba con gran interés los preparativos de la ejecución, por entre los agujeros de una quincha. Enseguida, dejando los últimos rollos del lazo debajo de las ramas secas de la quincha, se acercó al hombre, el cual estaba tan preocupado, que no sintió al muchacho sino cuando éste tocó sus piernas.

-¿Qué haces aquí basilisco? -preguntó Pedro Catana (pues aquél hombre no era otro que el verdugo, ocupado allí en aprender a maltratar y exterminar hombres),

-¡Ah! ¡No, Pedrito, por Dios! -exclamó el Bizco llorando y atracándose cuanto más pudo al hombre: ¡tengo mucho miedo *ño* Pedrito!

-¿Miedo, tú -dijo Pedro-, cuando eres capaz de jugársela al mismo diablo?

-Sí, *ño* Pedrito, tengo mucho miedo -repitió el Bizco, haciendo como que lloraba y abrazándose de las piernas del verdugo.

-Déjate de lloriqueos -dijo éste-, y asómate por entre las ramas de la quincha, para que aprendas a portarte bien cuando te veas en este caso.

-¿Qué dice usted?

-Que tarde o temprano has de venir a parar en el banco... Ya has probado mis manos una vez... ¿Te acuerdas?

-Si me acuerdo -respondió el Bizco-, separándose de Pedro para tomar la punta del lazo. Si me acuerdo, *ño* Pedrito -repitió, echándose de nuevo sobre el suelo-. ¡Ah! Para qué iría yo a venir, sabiendo que soy tan miedoso!

-Asómate, asómate, cojuelo -decía Pedro entusiasmado con el espectáculo-. Mira, ya están sentados en el banco... Los sacerdotes les están dando los últimos consejos... Ahora se separan los padres, y el oficial manda a los diez tiradores que apunten... ¡¡Fuego!!

En ese momento se oyó la detonación de los fusiles, seguida de un grito lanzado por la multitud.

El Bizco, al oír que ya se acercaba el momento oportuno se había abrazado de las piernas de su compañero, gritando: -«Tengo miedo»; y enlazándolo de ambos pies, con increíble prontitud, hizo a Manuel Barragán la seña convenida. El bandido echó a correr como un rayo, Tajamar abajo, arrastrando al verdugo, quién lanzó un grito espantoso al sentirse arrebatar como por encanto. El muchacho saltó al instante sobre el Tajamar, y de allí sobre la grupa de uno de los compañeros de Barragán, el cual, cuando creyó que su víctima era un cadáver, desojaló el lazo y echó a correr con sus amigos por la vía de la Cañadilla. Cuando la noticia del suceso llegó a oídos del oficial, ya los bandidos se habían perdida de vista; y como nadie se daba cuenta exacta del hecho, cada cual lo contaba a su manera, no faltando quien dijera que el diablo en persona había venido a buscar al verdugo. El cadáver de éste fue encontrado hecho pedazos sobre la rampa sur del puente. El oficial envió a buscarlo con sus soldados para juntarlo con los de los ajusticiados. Mientras tanto, se hacía mil y mil comentarios en la plaza sobre aquel desacato cometido a vista de la justicia misma.

Por entre los grupos se paseaba el caballero embozado de que a el lector ha oído hablar. No hablaba una palabra y solo escuchaba las encontradas opiniones de la multitud.

-¿Habrased visto atrevimiento mayor? -exclamaban unos con exaltación.

-¡Y esto en presencia de la autoridad misma! -agregaban otros.

-¡Oh! Es preciso buscar a esos bandidos, y encontrarlos...

-¿Para que? -preguntó el de la capa.

-Para castigar su alevoso crimen.

-¡Ah! Esos hombres derramando sangre humana no han hecho más que seguir el ejemplo que la autoridad les presenta.

-¿Qué quiere usted decir?

-Lo que digo. Una sociedad que prohíbe matar, no debe matar.

-¡Palabras de pipiolo, compadre! -exclamó a media voz un caballero gordo, haciendo un gesto de marcado desprecio.

-Si estas son palabras de pipiolo -le respondió el de la capa mirando de frente-, es evidente que los pipiolos saben decir la verdad.

-Pero, señor; por el amor de Dios -replicó el hombre gordo dando un resoplido de importancia-: ¿no es verdad que el que hace una muerte debe una vida?

-Así es -respondió el otro...

-Por consiguiente, el asesino debe pagar la vida que quita con la única que él tiene.

-Graciosa manera de hacer pagar una deuda es esa de empobrecer al deudor sin enriquecer al acreedor. ¿Acaso porque se ahorca al asesino, resucita la víctima? Y la sociedad. ¿qué otra cosa gana deshaciéndose del matador, sino es tener dos hombres de menos en lugar de uno? No, señores, desengañémonos: una vida no se paga haciendo una muerte; un crimen particular no se lava por medio de un crimen social. Yo convengo con ustedes en que el asesino es un deudor: cometiendo una mala acción ha contraído una deuda que debe pagar...

-Y ¿cómo la pagará si no es con la vida? Por eso la ley se la quita...

-Eso no es más que imposibilitar al malhechor para que pague su deuda -interrumpió el de la capa-. Es como meter en la cárcel al deudor de una suma cualquiera. Si se le quita la libertad, no podrá pagar a su acreedor ni los intereses. Entonces es precisamente cuando más necesita tener sus manos libres para trabajar, pues solo así podrá cancelar su deuda. Lo mismo sucede con el que ha cometido una mala acción: esta clase de deudas no se pagan, sino por medio de acciones buenas, para lo cual el criminal necesita vivir. Por consiguiente, la sociedad que le quita la vida, lejos de cancelar el crédito, imposibilita al deudor para pagarlo.

-¡Teorías! ¡Puras teorías! -volvió a replicar el caballero gordo-: pero yo me atengo a la práctica; y la experiencia nos enseña que dejando a los criminales con vida, lejos de cancelar sus créditos pendientes, los acrecientan con nuevos crímenes.

-Eso sucede cuando la sociedad no cumple con su deber, y ella debe responder ante Dios de...

-Y ¿qué culpa tiene la sociedad de los crímenes cometidos por Pedro, Juan o Diego?

-La misma culpa que cuando Pedro, Juan o Diego se enferman de lepra u otro achaque epidémico cualquiera. ¿No le parece a usted que una sociedad indolente, que no hiciese por curar a los enfermos y por que los sanos no se contaminasen, sería responsable de los daños causados por la epidemia?

-Eso es evidente -respondió el viejo de barba blanca-, (que si no era cabildante, aspiraba a parecerlo, según lo indicaba su grueso bastón adornado de un par de borlas.) Eso es evidente, señores míos; y si no, dígalo el año de 8, cuando todo el ilustre Cabildo de Santiago, se reunió con el fin de conjurar aquella maldita sarna, que desde los suburbios amenazaba invadir el centro de la capital. Aunque bien me acuerdo yo, que algunos señores cabildantes fueron de parecer de que no debía gastarse un cuartillo partido por la mitad, en la curación de los sarnosos, alegando que la caja estaba exhausta de dinero; y hasta llegó uno de ellos a decir en el calor de la discusión: *«que cada cual debía rascarse con sus uñas»*; palabras que se han convertido en proverbio, cual sucede muchas veces con multitud de expresiones, que a pesar de ser contrarias a toda razón, suelen tener la suerte de convertirse en evangelio pequeño, según son las gentes en donde caen. Pero nosotros los combatimos a brazo partido y les probamos, como tres y dos son cinco, que no era bien que cada cual se rascara con sus uñas, mayormente cuando la parte noble de la ciudad estaba expuesta a tener que rascarse sin quererlo. Dijámosles (me acuerdo como si fuera ahora) que así como el ilustre Cabildo tenía uñas para arrancarle a los vecinos una parte del fruto de sus sudores, también debía tenerlas para rascarlos y curarlos de la comezón. En fin, tanto le hablamos, que conseguimos se hiciese una especie de lazareto para los enfermos, y allí los atendió un médico pagado por la ciudad.

-Muy bien hecho -dijo el de la capa-; y aquí era donde yo quería venir a parar. El crimen es una enfermedad social, una epidemia moral que la sociedad tiene el deber de combatir, no exterminando a los enfermos, sino curándolos; es decir, ilustrando su entendimiento y enseñándoles a ser hombres de bien, y amigos del trabajo. Si la sociedad no obra de este modo, será más o menos responsable de los crímenes que se cometa, así como lo es de las epidemias que nacen y se desarrollan a causa de la indolencia pública.

Al llegar aquí, el hombre gordo se encaró con el que hablaba; y poniendo los brazos en jarra, coa un pie adelante y el otro atrás, la gruesa barriga adelantada hacia su interlocutor, el pecho cuajado de valonillas, la cabeza erguida y el sombrero casi sobre la nuca, lo preguntó:

-¿Quiere que le diga una cosa?

-¿Qué cosa?

-Que no he comprendido una palabra de toda esa algarabía.

-No es extraño -respondió el otro con la mayor calma.

-Mientras tanto, el señor barrigón decía a media voz al que tenía a su derecha:

-¡Cosas del tribuno!: No he visto una cabeza más deschavetada que la de este don Martín. Mentiría si dijera que he entendido una jota de todo lo que ha dicho.

Y lanzó una estrepitosa carcajada. Enseguida volvió a la carga diciendo:

-Parece, señor don Martín, que usted quisiera privar al Gobierno del derecho que tiene, quiero decir, del deber de castigar al crimen.

-No pretendo tal cosa.

-Y entonces ¿por qué habla como echándole en cara a la autoridad estas ejecuciones que han de servir de escarmiento a los malvados?

-¡Escarmiento! -exclamó don Martín con acento de sarcasmo-. ¡Fijaos en los semblantes de esas gentes que han venido a gozar con la vista del sangriento espectáculo, y decidme si esto, antes que escarmentar a las masas, no es despertar en ellas los feroces instintos! ¡No es derramando la sangre humana como se enseña a respetar la vida del hombre! ¡Escarmiento! Mirad -prosiguió, mostrando con el dedo el cadáver del verdugo, que cuatro soldados traían sobre sus hombros-. ¡He ahí los efectos de ese escarmiento.

CAPITULO XLIX

Don Melitón principia a hacer fortuna

«Uno planta las higueras,
y otro ce come las brevas.»
-(REFRÁN POPULAR.)

Cada día se alegraba más don Marcelino de la resolución que había tomado de clavar las ventanas de su casa y mantener cerrada su puerta de calle, pues a esto atribuía principalmente la mansedumbre y docilidad que desde los últimos sucesos domésticos observaba en su mujer y su hija. En cuanto a éstas, aparentaban más tranquilidad de ánimo, (que estaban bien lejos de sentir) por su parte se engañaban también, tomando por bien dado el cambio de don Marcelino, desde que creyó poder vencer la resistencia de su hija.

Doña Estrella visitaba diariamente a sus amigas, quienes obtenían así noticias sobre la salud de Anselmo. Ya el joven se había levantado de la cama y estaba casi completamente restablecido; pero no podía vivir contento estándole prohibido el ver a su amada. Al principio tuvo el placer de verla dos o tres veces en la iglesia de la Compañía a la hora de misa; pero habiendo notado su presencia el celoso don Marcelino, que no se separaba de su hija, determinó llevarla en lo sucesivo a otra iglesia. Entonces, el pobre

Anselmo no tuvo más que contentarse con las noticias que le traía doña Estrella, de la cual se hizo tan amigo como un amante puede serlo del confidente de sus amores.

En cuanto a nuestro buen amigo, don Melitón Sandoval etc. seguía estrechando sus relaciones con don Marcelino y don Cándido, a quienes había hecho varias visitas. Posteriormente había sido presentado por el padre Hipocreitía a otros amigos, quienes lo miraban de diverso modo. Dorriga, Franco y otros, lo trataban con gran consideración, atendiendo a su calidad de español noble. Don Cándido no cesaba de proclamar su sabiduría, en razón a los profundos conocimientos que don Melitón poseía de la lengua latina. Aldeano y otros lo despreciaban, y Portales parecía mirarlo con notable predilección; pero todo era porque el señor Sandoval le proporcionaba un objeto de quien burlarse. Desde que lo conoció, lo tomó por su cuenta, como dicen; y no cesaba de preguntarle por sus dignidades, apellidos, antiguas riquezas y el valimiento de que gozaba en España.

Don Melitón no era un tonto de capirote para que no conociera las pullas de Portales; pero las más veces, éstas las dirigía de una manera tan fina, que habría sido peor darse por ofendido. Además, por un capricho de la suerte o de la desgracia, había acontecido que desde que don Melitón vio a Lucinda se enamoró perdidamente de ella, y esto había transformado su carácter altanero en suave e insinuante. De taciturno y severo, se hizo vivaracho, fácil y flexible como un niño. Lucinda le había hecho amar esta nueva sociedad colonial que había principiado por despreciar. Aunque comprendía la nulidad de don Cándido, ¿cómo no apreciar al padrino de la linda niña? Por más que le disgustara la grosería de don Marcelino, se empeñó en hacerle la corte; y como estaba acostumbrado al lenguaje insinuante y cortés de la sociedad madrileña, no tardó en captarse toda la estimación y el cariño de su futuro suegro, en cuya casa comía tres o cuatro veces por semana. Los obsequios de doña Trinidad y la amabilidad de Lucinda tenían engañados a los dos viejos. Por último, el deber de formales historiadores nos obliga a decir que no es posible afirmar si el amor a Lucinda, o la esperanza de cambiar su estado rentístico, era lo que más había influido para mejorar la manera de ser del candidato a yerno.

Ya don Marcelino había impuesto a su esposa de sus proyectos, diciéndole que debía mirar al noble don Melitón como el futuro esposo de Lucinda. La pobre señora, conociendo que toda observación sería inútil, no hizo más que callar y ahogar sus suspiros. Sin embargo, se atrevió a hacer presente a su marido que sería una imprudencia querer que la niña olvidase de un día para otro su antiguo amor, y que lo más puesto en razón, sería esperar un poco de tiempo a fin de que se fuese poco a poco acostumbrando a la idea del nuevo esposo.

-Está bien -contestó el terco don Marcelino-: pero adviértele a esa muchacha, que yo no estoy para aguardar mucho, y que ya don Melitón me ha echado sus indirectas sobre el particular. Por último, es preciso que se convenza de que si persiste en su capricho la desheredo de redondo.

Lo que doña Trinidad quería era solo ganar tiempo. Había escrito a su primo, el General Freire, que entonces se hallaba en San Felipe, y esperaba que éste vendría a sacarla de tan

embarazosa situación. Ni aun podía pedir consejo al padre Álvarez, porque hacía muchos días que éste no se hallaba en el convento. Nadie daba noticias de su paradero; y solo uno que otro fraile sabía que el padre provincial, después de una disputa acalorada con el padre Hipocreitía, había ordenado la traslación del reverendo Álvarez al convento de la Recoleta Francisca.

Algunos días después, el padre Hipocreitía decía a don Marcelino:

-El pobre don Melitón está loco de amor por Lucinda: no me habla sino de la linda y virtuosa niña, y tiene el proyecto de llevársela a España para hacerla condesa.

-¡Oh! -contestó don Marcelino, paseándose por su cuarto-: en ese caso, iría yo también y es claro que...

-Haría usted bien.

-Es claro que si mi hija puede ser condesa, yo podría llegar a ser... ¿Qué título me correspondería a mí, como padre de la muchacha?

-El de suegro del señor conde -contestó sonriendo el jesuita-. Pero en cuanto a títulos -prosiguió-, no es difícil obtenerlos, habiendo con qué. Lo que por ahora importa es realizar la unión.

-Ya he hablado sobre esto a la Trinidad.

-Y ¿qué ha contestado la señora?

-Parece que se resigna; pero la muchacha no ha dado el sí todavía.

-Al fin lo dará.

-¡Pues no lo ha de dar! He prometido desheredarla, si se me resiste.

-¡Oh! -dijo el buen padre-: ¡duro es eso de desheredar a una hija!

-Digo, si se encapricha. ¡Ya lo verá!

-No obstante, hay casos en que la prudencia aconseja tomar medidas serias cuando se trata de la felicidad de los hijos. ¡Son muy sagrados los deberes que impone el porvenir de la familia, mi don Marcelino!

-¿Qué quiere decir, su paternidad?

-Digo, que con el fin de obligar a la niña, podría hacer una donación a su futuro yerno. De esta manera haría usted ver a la señora y a su hija, cuan dispuesto estaba usted a dejar de heredero a don Melitón.

-¡Ah! ¡Mi padre, eso sería para que me criticaran las gentes.

-Por otra parte -agregó el jesuita, sin atender a la observación de don Marcelino: Usted sabe que don Melitón carece ahora de recursos; y mientras le vienen los que ha pedido a España, bueno es que cuente con algo... Lucinda no podrá quererlo, viéndolo pobre... Yo conozco a las mujeres. Otra cosa será cuando lo vea en su casa propia. A propósito ¿no tiene usted otra casita en la calle de Santo Domingo?

-Sí; y ahora no está arrendada... Su paternidad dice bien: puedo prestársela a don Melitón.

-Tiene usted razón -contestó el padre-: usted podría donársela.

-Digo, prestársela.

-Mejor sería una donación de por vida Es una especie de préstamo. Esto mismo puede usted hacer con la chacrita de Colina, que nada le produce... Don Melitón es loco por la agricultura, y después de su muerte recibiría usted la chacra convertida en paraíso.

Nada contestó don Marcelino. El padre prosiguió con voz melosa:

-Además, como el hombre ha de ser su yerno ¿qué tiene de particular que reciba esas donas de parte de usted? Vuelvo a repetirle, que estas donaciones no podrían ser sino durante la vida del caballero. A usted no le hace falta alguna ni la chacra ni la casa; y puede ser que Lucinda mire con mejores ojos al buen caballero, una vez que lo vea regularmente establecido.

Don Marcelino, por única contestación, dijo al jesuita:

-Lo veremos despacio, padre mío: ¡otra cosa es con guitarra!

-Usted sabe lo que hace -contestó éste.

No nos ha sido posible averiguar si solo fue este consejo u otros muchos que el padre pudo darle lo que influyó en el ánimo de don Marcelino para ceder a don Melitón las propiedades antedichas. Lo único que se sabe de positivo es que unos veinte días después de la conversación anterior, ya el señor de Sandoval vivía en su casita de la calle de Santo Domingo, y decía enfáticamente: «mi chacra de Colina»... En muy poco tiempo, la casa y la chacra cambiaron de aspecto. ¿De dónde se sacó el dinero necesario para los trabajos? Nadie lo sabía, con excepción del padre Hipocreitía y el avaro don Policarpo Tragantilla.

CAPITULO L

Los Proyectos de don Marcelino

«Había paz, había prosperidad, había libertad; pero todos aquellos hombres a quienes favorecía el privilegio destruido; todos aquellos hombres de la educación antigua; todos aquellos hombres que caen en la nulidad después que ha caído el orden que los engrandecía; todos los ignorantes, el elemento español, que no puede resistir en su orgullo a la innovación de creencias, de formas de gobierno, de costumbres liberales en la esfera pública y privada, mordían el freno en el silencio de su rabia.»
-FRANCISCO BILBAO. (Sociabilidad Chilena.)

Pocos días después, y a la hora en que nuestros padres solían hacer algunas visitas de confianza, es decir, antes de que quemase el sol de la mañana, el héroe don Cándido de la Rueda, golpeó la puerta del heroico don Marcelino de Rojas, a quien encontró en el quinto o sexto mate de su desayuno.

-Siéntese, compadre; a tiempo ha llegado -dijo don Marcelino contestando al saludo de don Cándido.

-Más vale llegar a tiempo que no ser convidado -respondió éste, sentándose y tomando el mate que acababa de *cebar* don Marcelino.

-Y ¿qué lo trae por acá tan temprano?

-Vengo encargado por mi mujer para hacerlo un convite. Usted sabe que mañana es el día de mi cumpleaños, y Estelita ha querido que ustedes nos acompañen a la mesa.

-Dios se le pague, compadre; pero...

-No ha pero que valga... Estelita ha de venir a convidar en persona a mi comadre... Comeremos un pavito, y nos acordaremos de nuestros antiguos tiempos.

-Acepto -contestó don Marcelino-; pero me permitirá usted llevar a don Melitón.

-Don Melitón va a su casa -contestó el otro con aire de cordialidad-. Yo miro al caballero como a uno de mis mejores amigos.

-Dios se lo pague, por lo que me toca, compadre.

-Yo creo que en cuanto los hombres del Gobierno le tomen el pulso a don Melitón, habrán de ocuparlo en el ministerio.

-¿Y cree usted que don Melitón aceptaría?

-¿Y por qué no?

-¿Un hombre que ha sido casi ministro en España?

-¡Pues aquí lo sería, *sin casi*, compadre! Eso vale más.

-Además -repuso don Marcelino-, sepa usted que tenemos intención de irnos de estos reinos.

-¿Para adónde?

-Para España.

-Y ¿a qué bueno, compadre?

-¡A vivir a lo titulado, a lo conde! -respondió don Marcelino, *recontoneándose* en su silla de vaqueta.

-¡Pero, compadre! -exclamó don Cándido, entre admirado y risueño- ¿no tiene usted bastante dinero para poder vivir aquí en Chile, a lo conde, a lo marqués, a lo rey si se le antoja?

-Si tengo; pero me falta el título, y como con este embolismo de república en que el diablo tiene medidas a todas estas Américas, ya no puede un cristiano enviar a comprar un titulillo con que ennoblecer a sus descendientes, preciso es salir a buscarlo allá en aquellas tierras en donde saben apreciar la nobleza y el honor, por que...

-¿Por qué lo venden? -interrumpió don Cándido sin saber lo que decía.

-Así es, compadre -respondió don Marcelino, chupando la bombilla-. En aquellas cristianas monarquías se vende y se compra bien caro a veces la nobleza y el honor de las familias, porque se sabe apreciar en lo que vale la honra de una familia, el lustre de un apellido, y la hereditaria hidalguía de un encumbrado título; y no que aquí, que ya no es cristiandad lo que han hecho estos herejes, pues, no contentos con desposeer de sus títulos a todos aquellos a quienes les había costado su plata, han hecho pedazos los escudos de armas que adornaban nuestras nobles puertas de calle. ¡Gente sin religión! ¿Y así quiere usted que me quede en estos reinos? ¡No, compadre, no: me voy! Me voy a España!

-Muy bien -dijo don Cándido-; pero se me ocurre una cosa, y es que, yéndose usted a España, no por esto dejará de ser el mismo don Marcelino de Rojas, a menos que no cambie de nombre.

-No hay necesidad de eso -repuso don Marcelino-, sino que haré declarar en el mismo título que mi apellido de Rojas no es de los Rojas comunes sino de los Sandoval y Rojas, que es de donde descende don Melitón; y según el padre Hipocreitía, son los nobles. ¿Entiende usted ahora

-Así debe ser, pues que el padre lo dice; y ahora caigo en que esto de los Rojas nobles y Rojas innobles, debe ser cosa cierta; no porque yo, cuando era niño, me divertía mucho con las disputas que solían tener el vaquero de mi padre, llamado *ño Coché* Rojas, y la ama que me crió, la cual pretendía ser de los Rojas nobles, por lo cual nunca se quiso casar con *ño Coché* (que daba un palmo de lengua por ella) a pesar de que mi madre le ofrecía pagar todos los gastos. ¡Vea usted!

-Pues esa mujer estaba en un error -repuso seriamente don Marcelino-, porque el mismo don Melitón me ha asegurado que él es el único Rojas de los Sandovalés que ha venido a estas Américas.

-Así será, compadre; y por esto creo yo que *ño Coché* y mi *mama* no eran sino de los Rojas de usted...

-¿Está usted loco? -interrumpió don Marcelino- ¿Cree que yo tengo parientes entre los peones y vaqueros?

Pero ¿en qué quedamos al fin, -exclamó don Cándido-, como si le importara mucho la cuestión. Ni usted ni don Melitón quieren ser pariente de mi *mama*, que era una mujer muy española: ¿de cuáles Rojas era ella entonces?

-Sería de otros ¿qué me importa a mí? -dijo de mal humor el Sor de Rojas.

-Pues esto es cosa de nunca acabar, compadre; y a mí me parece mayor embolismo que el embolismo de la república de que usted hablaba ahora poco rato ¿Quiere que le diga una cosa? Yo encuentro muy bien hecho esto de romper y arrancar los escudos de las huertas de calle, borrando títulos y pergaminos, que es como si los patriotas hubiesen dicho: «ya estos nombres son sobrenombres; ya todo esto es un embolismo que no lo entiende el diablo; borremos, borremos; comencemos de nuevo el juego; ¡*azules va quien tira!*»

Riose don Marcelino y dijo:

-Pues yo, para comenzar una vida de noble, me voy a España, compadre; me voy.

-Pues yo prefiero acabarla aquí -dijo don Cándido-, en esta tierra, en donde cada cual es, no solamente conde, sino rey de su casa, con tal que sea hombre de pelo en pecho y capaz de regir y varonilmente su hogar. Dígalo yo, que de puertas adentro, no me trocara con el mismo Fernando VII.

-¡Que Dios guarde! -interrumpió don Marcelino, tocándose respetuosamente el sombrero.

-Pero después de todo, no le había preguntado a usted si mi ahijadita acepta a don Melitón.

-Todavía no lo sé de positivo; pero tendrá que aceptar, porque ha de saber usted, compadre, que ya se van dando a la razón aquellas mujeres.

-¿De veras?

-Con solo cerrar la puerta y clavar las ventanas, van rindiendo las armas poco a poco.

-Y ojalá logre sus deseos para que llegue al fin a ser... ¿qué título es el que usted piensa obtener?

-Aun cuando no obtenga otro que el de padre de la señora condesa, me daré por satisfecho -respondió don Marcelino medio amostasado, pues al través de la bonhomía de don Cándido, creyó ver cierta malicia en la pregunta anterior.

-Eso es ya mucho -repuso don Cándido-; y cuando más no fuera, el solo emparentarse con un señor como don Melitón, es ya poner una pica en Flandes; aun cuando Estelita dice... pero yo diré siempre que...

-¿Qué dice doña Estrella? -preguntó don Marcelino, quien jamás esperaba nada bueno de parte de la señora Clavijo.

-¡Oh! -exclamó don Cándido, recibiendo el hilo de sus palabras medio escapadas-. Estelita sabe apreciar a don Melitón en lo que vale...

-¿Lo conoce?

-No, compadre; pero yo se lo he pintado a lo vivo; y como aquella mujer tiene tanto ingenio como belleza, ha comprendido al momento los méritos de nuestro caballero.

-Sin embargo, yo sé que ella se ha expresado de una manera poco decorosa a cerca del señor don Melitón.

-¡Oh, eso no puede ser!

-¡Pues es así! Me lo ha dicho una persona que lo ha oído.

-Le repito que eso es imposible, al menos delante de mí! -replicó don Cándido, irguiéndose en su silla-. ¿Cree usted que yo había de permitir a mi mujer el que me contradijera en mis barbas? ¡Eso si que no! Yo no soy hombre capaz de abdicar en mi esposa, por linda que sea, el mando del Hogar. No digo yo que ella no hable a mis espaldas. ¿Quién puede ponerle puertas al mar? ¿Dónde está la mujer que no dice ni hace nada contra su marido, cuando él no la ve? Yo que no soy tonto, aunque suelo echar de ver esas arrancadillas de Estelita, me hago el desentendido por conservar la paz del matrimonio. Pero en mi presencia, es otra cosa. No hay mujer más humilde y sumisa, fuera de sus vivezas de genio, que se las perdono por la gracia con que sabe acompañalas. ¡Ya se ve! Yo la he tenido siempre en un brete, con sus largoncitas de cuando en cuando, según aconseja la prudencia, porque ya usted sabe que a la mujer y a la cabra sogá larga... compadre.

-Pero no tan largo que se pierda sogá y cabra -interrumpió sonriendo don Marcelino.

-Así digo yo -repuso don Cándido, tomando nuevos alientos-; y por esto es que suelo recoger la sogá, y doy mis tiranteadas con mano firme, apretando el nudo cuando conviene, pues, en saber manejar bien el tira i afloja, es en lo que estriba todo el negocio del matrimonio. De aquí es que, sin mi voluntad no se mueve una sola paja dentro de los límites de mi hogar; lo cual es bien que usted tenga entendido para que cesen sus escrúpulos respecto de don Melitón. Quiero decir, que usted debe llevarlo con confianza a mi casa, que allí llegará y mandaré como si estuviera en la suya.

-Muchas gracias, compadre.

-No hay de qué. En cuanto a Estelita, aun cuando no estime como debe al buen señor (lo que no pienso) ella sabrá manejarse como mujer sumisa y obediente. ¿Está usted?

-Ya entiendo, amigo mío -respondió don Marcelino, apretando la mano fue don Cándido le presentaba al despedirse.

-Conque; lo dicho, dichos -concluyó éste, tomando su bastón y su sombrero-. Voy a anunciar al caballero. No se olvide de decirles a mi comadre y a mi ahijada que he venido expresamente a convidarlas y que he hablado con usted, que es el jefe del hogar doméstico.

-Muy bien, compadre, así lo haré.

-Por mandato de Estelita... quiero decir, por orden... no, sino por encargo... es decir, porque aquella mujer me rogó que viniera a hacer los convites, mientras ella quedaba arreglando las cosas... Adiós, compadre, que la hora se pasa y tengo que convidar a muchos amigos. ¡Hasta mañana!

-Queriendo Dios, compadre.

CAPITULO LI

El cumpleaños de don Cándido

«Después de una larga ausencia,
nos volvimos a encontrar,
y de nuevo al contemplarnos,
solo supimos callar.
Dulce suspiro del alma
Vagar en sus labios vi,
y sin querer, al mirarla,
otro en los míos sentí.
¿Se hallaron esos suspiros?
¿Qué se dijeron? No sé:
mas suspiramos de nuevo,

y me miró y la miré.»
-(EMILIO BELLO.)

No bien amaneció el día siguiente, cuando toda la casa de don Cándido de la Rueda se puso en movimiento. Mataron los pavos y los corderos gordos traídos de la chacra; y prepararon los pejerreyes de Aculeo; las enormes lizas de la laguna Peldegua, y las perdices que su paternidad reverenda, el prior de la Recoleta Dominica, había enviado de regalo a la señora doña Estrella. La cocina estaba llena de otras provisiones menores, traídas de la recova; y las criadas, con su característico desgüeño y abandono, entraban y salían, saltaban y tropezaban en los montones de papas, cebollas, aves, carnes, baldes de agua, y otros objetos de que el pavimento de la cocina estaba cubierto.

Presidía la *señuá* Tristana ¡gran maestra en el arte culinario! y con su desgüeño mayor que el de todas las criadas juntas, daba vueltas en torno del gran fogón colocado en el suelo en medio de la cocina, y revisaba una por una las hirvientes ollas de barro negro; probando de todas ellas con el gran cucharón de palo, que no dejaba nunca de la mano, pues cuando no tenía que probar caldos, le servía de arma para espantar las gallinas que solían revolotear sobre el fogón (llenando de ceniza las ollas a medio tapar con las callanas de greda) para apalea los perros que también solían acercarse al olor de las carnes; o bien para aplicar cucharonazos correccionales sobre las espaldas de sus perezosas ayudantes.

Acercábase la hora del mediodía, con lo cual crecía el empeño de la infatigable *señuá* Tristana, que esgrimiendo su gran cucharón daba a gritos sus órdenes de generala:

-¡Marica! ¡Atízale el fuego al pavo, que se enfría! -¡Mira vos, boquiabierta! ¿No vis que se está quemando *la color*? -¡Espanta la gata! -¡Cuidado con los pasteles, Nicolasa! -¡Ah! ¡Perro Barcino! ¡Pa *juera*! -¡Dale vuelta ligerito al asado *pa* que se dore! -¿Han traído las lenguas? -Pica, muchacha, la cebolla para aliñarlas -¡Por la Virgen Santa! Ya va siendo hora porque la sombra está cerca de los pilares -¿Estará ya el horno en el punto? ¡Ah! ¡Sí, sí está: vamos poniendo las empanadas! -Dame la escoba, Peta, porque yo no permito que *naide* barra el horno... Apronten la pala y apuntalen con una teja la paila fritanguera porque ya se *quéé*...

No menos animación que en la cocina había en la cuadra, la cual se iba llenando de convidados de uno y otro sexo. La casa de don Cándido era de las más visitadas de Santiago, pues doña Estrella atraía las gentes con su amabilidad. No necesitamos decir que allí se charlaba de todo: de política, de riñas de gallos, a las que tan aficionados eran nuestros padres; de *zorreadas*, matanzas y carreras de caballos, sin faltar quien platicara de amoríos nacientes y menguantes, de matrimonios rotos o al efectuarse, y de calabazas dadas o por dar. Las viejas hablaban del último sermón, de la escasez de confesores, y de los trabajos hechos para ganar el capítulo de tal o cual convento, entreverando su plática de largas quejas contra las criadas y su mal servicio; concluyendo al fin con decir, que aquellas gentes debían ser sin duda de otra casta diversa de la de las señoras; en lo cual muchos caballeros eran del mismo parecer, en razón a que lo mismo habían observado ellos con los inquilinos y peones de sus haciendas.

Entre los circunstantes se hallaban muchos de nuestros amigos y conocidos, como Dorriga, Portales, el clérigo Franco y Aldeano. Veíase también entre ellos a don José Jifreno, que gozaba de gran reputación entre los ya nombrados, y a dos ricos hacendados de la provincia de Colchagua, amigos del padre Hipocreitía, y a quienes, según éste, era preciso conquistar a fuerza de halagos y convites, pues, atendida su riqueza y la situación de sus estancias, podrían ser de gran utilidad para la revolución que proyectaban.

El padre Hipocreitía y don Melitón habían venido acompañando a la familia de don Marcelino, quien hizo pasar a Lucinda y a doña Trinidad por el duro sacrificio de presentarse ante aquella concurrencia, acompañados del viejo pretendiente, por el cual sentían ambas tan profunda aversión.

El testarudo padre, traduciendo el descontento de su hija, por natural timidez, y creyendo que aquellos caprichos de muchacha se convertirían en ardiente amor una vez puestas las bendiciones, se afirmaba más y más en su idea.

Después de los saludos de estilo, no estuvo contento sino cuando logró sentar a don Melitón junto a la niña, a quienes dijo enseguida:

-Platiquen aquí como buenos amigos, que yo me voy a dar una vuelta por ahí.

Y don Marcelino, altamente satisfecho, se acercó a un grupo de caballeros que hablaba sobre la próxima elección de presidente.

Lucinda estaba bellísima; y el dolor de su alma que se traslucía en su semblante, conmovió a cuantos la vieron. Y como todos los jóvenes tenían noticias de las pretensiones de don Melitón, empezaron bien pronto a cruzarse las miradas maliciosas y las sonrisas malignas, hasta llegar a los cuchicheos y a las interjecciones en secreto.

Mientras tanto, don Melitón se deshacía en cumplimientos con Lucinda, y casi no añadió al saludo de don Cándido, que en aquel momento entraba a la cuadra. El señor de la Rueda venía del comedor; y después de saludar a algunos caballeros y señoras que no había visto todavía, se acercó a su esposa y le dijo al oído:

-Estelita, ya la mesa está pronta.

Doña Estrella contestó con un gesto de aprobación; pero en vez de alzarse de su asiento, miró una y más veces hacia el patio exterior por entre las rejas de las ventanas, como si esperara a algunos convidados. Bien pronto los ojos de la señora expresaron cierta satisfacción, a tiempo que por la puerta de calle entraba un grupo de tres personas. Alzose entonces de su asiento y se encaminó a la puerta de la sala a recibir a los recién venidos, manifestándoles las pruebas más inequívocas de cordialidad. Eran éstos, Andrés Muñoz, su esposa Cecilia y Anselmo Guzmán, a quienes doña Estrella había convidado, sin decir una palabra a su marido. Lucinda, al ver a Anselmo, estuvo a punto de desmayarse de emoción, y se olvidó del disgusto que los galanteos de don Melitón le habían causado.

Pero, el que más se sorprendió fue don Marcelino, que, arrastrando a don Cándido hacia un rincón de la pieza, le dijo con los ojos centelleantes por la cólera:

-¡Esto es una traición, compadre!

-No le entiendo -respondió don Cándido, abriendo tamaños ojos.

-Usted sabe -repuso don Marcelino tartamudeando de rabia-, que mi hija no debe estar junto a ese mozo.

-Si lo sé, compadre; pero...

-Pero usted lo ha convidado para que se junten y platiquen, y...

-¡Compadre de mi alma! Le juro que estoy tan inocente como usted.

-Y ¿quién lo ha convidado, entonces?

-Le juro por mi honor que yo no he sido... Tal vez lo ha convidado Estelita.

-Pero ¿habrá sido con permiso de usted?

-No, compadre.

-¡Por Cristo! Y ¿qué clase de casa es ésta en que la mujer hace y deshace sin que el marido lo sepa?

-Eso sí que no, compadre -interrumpió don Cándido, herido en lo más sensible de su amor propio-. ¡Yo mando en mi casa, y sin mi voluntad no se mueve una paja!

-Se conoce! -exclamó don Marcelino con sarcástica sonrisa.

Y al ver que Anselmo saludaba cordialmente a doña Trinidad y sacudía la linda mano de Lucinda su enojo no conoció límites.

-¡Esto ya pasa de raya! -exclamó, tomando maquinalmente su sombrero y su bastón como si pensara alejarse de allí.

-¡Compadre, compadre! -le decía don Cándido-, ¡oiga usted! Le repito que yo soy el jefe de mi familia y que Estelita no hace nada sin mi consentimiento. ¡Si yo hubiera sabido que ella pensaba convidar a este mozo se lo habría prohibido; pero a lo hecho, pecho, compadre!

Don Marcelino sin escuchar a su amigo reflexionó que yéndose él, quedaban Lucinda y Anselmo con más libertad para hablar entre sí; y volviendo a colocar su sombrero y su bastón en donde estaban, dijo:

-¡Me quedo! ¡Si señor: me quedo!

En ese momento se acercaba doña Estrella a doña Trinidad llevando de la mano a su amiga Cecilia.

-Les presento a ustedes una antigua amiga -dijo a Lucinda y a su madre.

Mientras se hacían los cumplimientos amistosos; que aquella vez eran de corazón, Anselmo se había quedado mirando de hito en hito a Lucinda; mas fue despertado de su éxtasis por la presencia de don Marcelino, el cual no contestó al saludo que el joven le hizo.

-Vamos a la mesa -dijo la dueña de casa, tomando a Lucinda de la mano y colocándola junto a Anselmo.

Los caballeros se alzaron de sus asientos, diciendo:

-Santa palabra;

-Señor don Melitón -dijo doña Estrella, mostrando con el dedo a doña Trinidad-: sírvase conducir a esta señora al comedor.

-Con el mayor placer -respondió el viejo, presentando el brazo a su pretendida suegra.

Enseguida, doña Estrella empujó suavemente a Lucinda hacia Anselmo; pero don Marcelino que comprendió las intenciones de su comadre y el común deseo de los jóvenes, se colocó entre ellos diciendo:

-Las muchachas deben ir acompañadas por su padre.

-¡Don Marcelino! -le interrumpió doña Estrella, entre enojada y risueña- ¿cómo se atreve usted a despreciarme? ¿No echa de ver que deseo ser conducida por usted?

-¡Ah! -exclamó el viejo, sumamente contrariado-. ¿Yo, despreciarla a usted, comadre? No, nunca; pero...

-Deme usted el brazo, y deje a los niños con los niños.

-Pero es el caso que...

-¡Y los viejos con los viejos!

-Sí, comadre; pero...

-¡Cada oveja con su pareja, compadre! -interrumpió la señora, arrebatando más bien que tomando el brazo de don Marcelino, cuyos dientes rechinaron de rabia al ver que Lucinda se apoyaba lánguidamente en el brazo que Anselmo le presentaba.

Ya las demás gentes, conducidas por don Cándido, habían invadido el comedor.

Las parejas de que acabamos de hablar siguieron el mismo derrotero, acompañadas de algunos curiosos que se habían quedado a ver el resultado de aquella lucha entre el odio y el amor.

En llegando al comedor, Anselmo sentó a Lucinda en una silla, y retiró hacia atrás la que estaba al lado como para tomar posesión de ella; pero en ese momento llegó don Marcelino conduciendo a su don Melitón; y empujando descortésmente al joven, colocó al viejo al lado de su hija.

Doña Estrella, que, a hurtadillas había observado todos estos movimientos, llamó a su marido y le dijo con voz imperiosa aunque baja:

-Conduce a don Melitón hacia los asientos de preferencia.

-Dices bien, Estelita -respondió el obediente marido.

-Señor don Melitón -exclamó dirigiéndose a éste-: venga usted a honrar la cabecera de mi mesa.

Levantose el viejo de mala gana; y ya iba a sentarse en el asiento el mismo don Marcelino, cuando Portales, que estaba al cabo de todo, se acercó al viejo diciéndole:

-Señor don Marcelino, a usted le toca la otra cabecera como la persona más respetable de esta respetabilísima concurrencia.

Fuese el viejo refunfuñando hacia el lugar que don Diego le indicaba, y separó la vista de su hija por no ver a Anselmo, que en el momento ocupó el lugar que había quedado vacío. El pobre joven no había tenido fuerzas para separarse de su amada.

Todos estos pequeños incidentes que se sucedieron con mayor rapidez de la necesaria para contarlos, tenían entretenidísimas a las niñas, que a falta de palabras se hablaban codeándose mutuamente. A ninguna de ellas se le había escapado la verdadera significación de aquel pequeño drama, en el cual, todos los corazones habían principiado a interesarse.

En efecto, era imposible ver aquellos dos jóvenes cuyo mutuo amor se reflejaba en sus ojos, aun cuando no se mirasen, sin desear su unión, sin hacer votos por su felicidad. Estaba el uno junto al otro, gustando de los mismos manjares, respirando el mismo aire y sin embargo; ¡cuán profundo no era el abismo que los separaba! Pero en aquel momento no pensaban en otra cosa que en la dicha de verse juntos. No se hablaban, es verdad, y

apenas cambiaban algunas furtivas miradas que los hacía suspirar profundamente; pero sin necesidad de mirarse, se veían el uno al otro en su imaginación; y ese cambio de suspiros era una especie de diálogo entablado entre aquellas almas creadas para vivir unidas en un solo y único pensamiento.

La encantadora niña, que apenas se atrevía a alzar la vista, tenía su corazón elevado a Dios para darle gracias por tanta dicha.

Anselmo estaba cerca de su amada como si hablara con ella por la primera vez, y la misma mano que había sabido con noble ardimiento esgrimir la espada en más de un combate, temblaba al hacer uso del cubierto.

Poco a poco, el ruido de los platos y el vaciar de los vasos produjo una simpática animación que alegró los semblantes, excitando el apetito. Declarose la guerra sin cuartel a los pavos rellenos, pasteles y empanadas; y cada uno trataba de cumplir con su deber. Los dichos agudos, las palabras maliciosas y las miradas significativas, se sucedían sin descanso.

El único que no gozaba con aquel espectáculo era el pobre don Marcelino, que lanzando miradas de fuego sobre su hija y Anselmo, se prometía en su interior no dejarla salir de casa mientras no estuviese casada con don Melitón. Éste se hallaba sentado cerca de don Diego Portales, cuyas pullas tenía que sufrir de cuando en cuando.

-Dígame usted, señor de Sandoval -le dijo-: ¿a qué edad acostumbran casarse los hombres ilustres en España?

-No comprendo el objeto de la pregunta -respondió don Melitón, poniéndose de mil colores-. ¿Es acaso para introducir la misma costumbre en este país?

-Muy bien podría ser -respondió riendo Portales.

-En tal caso -agregó el otro-, deben principiar ustedes por traer hombres ilustres acá.

-¡Bien dicho! -murmuró Dorriga, poniéndose en la boca un trozo de pescado.

-¡Dejen las conversaciones de edades! -exclamó don Cándido de buen humor-. A mí no me gustan, porque soy del partido de las señoras de respeto.

-Apuesto a que ninguna de las señoras presentes se atreve a darle las gracias tu don Cándido -dijo Portales-: aunque a decir verdad, no hay nada que engañe más que esto de las edades. ¿No es cierto señor de Sandoval? ¿No ha visto usted muchos jóvenes que a la vista parecen viejos?

-Si he visto -respondió don Melitón, mirando fijamente a don Diego; y también he visto a hombres grandes que parecen muchachos... así, a primera vista.

Bien pronto comenzaron los brindis y las felicitaciones. Ya los pavos estaban convertidos en esqueletos; los castillos de dulce comenzaban a desplomarse, y las tortas a desmoronarse y socavarse, como los terrenos que la corriente de un caudaloso río corta, deshace y se lleva.

Pasaban de mano en mano las banderillas de esmalte, las flores de pasta y los papeles primorosamente picados y calados, en donde las niñas leían versos como los siguientes:

«Toda llena de vergüenza,
le remite esta tortita
Sor María de las Nieves,
a don Cándido en su día.»

Entretenidos estaban en leer los versos, cuando apareció en la puerta del comedor don Catalino Gacetilla.

-¡Felices días! Mi señor don Cándido, y buen provecho señoras mías -dijo con voz sonora y faz risueña.

-¡Don Catalino! -exclamó don Cándido, alzándose de su asiento y corriendo a recibir al infatigable Gacetilla (que cuando menos se pensaba, caía como llovido en las reuniones)-. Usted no más faltaba amigo mío, para completar mi mesa... Pero, a propósito de mesa, ¿no estaba usted en la cárcel?

-¡Tiene usted razón en decir, a propósito de mesa -dijo don Catalino riéndose-. Estuve en la cárcel, en donde casi me he muerto de hambre!

-¡Qué inhumanidad! -exclamó don Cándido-. Venga usted a la mesa.

-Allá voy. Después le contaré cómo salí de la cárcel.

-Acérquese con franqueza -dijo el señor de la Rueda-: estamos en el capítulo de los pasteles.

-¡Sabroso capítulo! -dijo don Catalino, sentándose enfrente de un gran pastel hecho en una soberana fuente de barro, que nadie había tocado aún-. Siento mucho -prosiguió-, no haber llegado al introito; pero me entretuve con la bulla que ha producido la llegada del General Freire...

-¿Freire ha llegado? -preguntaron tres o cuatro personas a un mismo tiempo

-Vendo de su casa -respondió el novelero don Catalino, en donde lo he dejado acompañado de todas las personas que salieron a recibirlo. El frente de la casa está lleno de *rotos* de vereda a vereda.

Oyendo esto el padre Hipocreitía y Aldeano se miraron y se alzaron de sus asientos como movidos por un solo resorte. Como todos estaban pendientes de la verbosidad de Gacetilla pudieron escurrirse del comedor sin ser notados y dirigirse a la cuadra en donde tomaron sus sombreros y salieron a la calle.

Mientras Gacetilla se disponía (cuchillo en mano a atacar el gran pastel, una de las niñas dijo:

-¡Que don Catalino le diga algo al pastel antes de tocarlo!

-¡Sí! ¡Sí! -agregó doña Estrella-. Ya sabemos que don Catalino es poeta.

-¡Ah! -exclamó Gacetilla, mirando a doña Estrella-: y ¿quién deja de ser poeta, señora mía, cuando se encuentra en un cielo como éste, rodeado de angeles e iluminado por los rayos de tan graciosa Estrella?

-¡Don Catalino! ¡Don Catalino! -exclamó don Cándido lleno de satisfacción-. Déjese de requiebros, y dígame algo al pastel.

Don Catalino -dijo entonces enfáticamente

-«¡Oh! ¡Pastel tierno y sabroso
en ti pongo mis sentidos
me oigo hervir con mis oídos;
mi nariz te halla oloroso!
¡Mis ojos te ven hermoso;
y con entusiasmo ardiente,
te palpo y te hallo caliente:
así, no tomes a mengua
que te guste con mi lengua,
y te masque con mi diente!

Rieronse todos de la décima de Gacetilla, mientras éste cortaba un gran trozo que puso en su plato y empezó a engullir como un Eleogáballo.

Los convidados se fueron levantando poco a poco de sus asientos, y al fin quedaron solamente algunos mozos y niñas entretenidos con los cuentos y dichos del novelero.

Don Marcelino había sido uno de los primeros en levantarse; y llamando a su mujer y a su hija, les notificó bruscamente la orden de retirarse.

-¡Compadre -le dijo doña Estrella- ¿por qué se retira tan pronto?

-Porque así me conviene, comadre -respondió secamente el viejo.

-Entonces, le ruego que deje aquí conmigo a mi comadre Trinidad y a Lucinda. Yo las iré a dejar esta tarde.

-¡Eso sí que no! -respondió vivamente don Marcelino-. No lo consentiré aunque se caiga el cielo a pedazos.

Y acercándose al oído de doña Estrella, le dijo con grosero gesto:

-Basta de bromas, comadrita. Ensille a su marido cuantas veces quiera; pero yo no soy de les que *aguantan pellejo en el lomo*. ¡Vamos, vamos! -prosiguió, dirigiéndose a su esposa-. Adiós, comadre, y díglele a mi compadre que viva mil años, o más todavía, si puede, para que siga siendo el... jefe de su hogar, como él dice.

CAPITULO LII

La Ponchada

«Hablábase de logias secretas, de reuniones políticas... Dícese de conciliábulos, de orgías, de ponchadas, en las cuales se conquistaba siempre algún prosélito y se brindaba con calor por la ruina de los pipiols y pelucones.»

-(J. V. LASTARRIA. Juicio sobre Portales.)

Cuando don Catalino se hubo desquitado con los papeles, pavos y tortas de su tardanza en llegar a la comida, se fue con los que lo acompañaban a la cuadra, en donde al son del clave, se bailaba un *cuando en cuarto*. Concluido el *cuando*, dijo:

-Yo he nacido para esto de dirigir bailes; y el cetro de bastonero me toca a mí por derecho de familia, porque los Gacetillas hemos sido y seremos siempre los reyes natos de todos los bailes, *picholeos* y jaranas en donde nos encontremos.

-Y por eso es que usted trata de encontrarse en el mayor número de jaranas que puede -le dijo uno riendo.

No contestó don Catalino, sino que arrogándose de hecho, el cargo de bastonero, gritó:

-¡Contradanza! ¡Después del *cuando*, la contradanza! Esta es la regla según la opinión de los más célebres autores y publicistas.

Enseguida dispuso y ordenó las parejas prosiguiendo después con el *Londú*, la *Zajuriana*, la *Resbalosa*, etc., porque decía que era menester comenzar por dar un repaso general a todos los bailes, para saber a qué baile quedarse. Mas no porque desempeñaba el oficio de bastonero dejaba el parlanchín de meterse en la conversación de dos amigos que se habían retirado a hablar a solas; ya en el coloquio de dos jóvenes amantes que

aprovechaban de la animación general para comunicarse; ya en la plática de tres o cuatro viejas que criticaban la deshonestidad de los bailes modernos, y la falta de temor de Dios que se notaba en las costumbres del día.

En una de sus idas y venidas, Gacetilla se encontró con Anselmo. -Amigo mío -le dijo tomándolo del brazo-. Te veo triste: ¿qué tienes? ¿Por qué no las bailado? Voy a ponerte al momento en baile con aquella de las tres castañas.

-No bailo ahora -le interrumpió Anselmo.

-Pero mira, hombre, ¡qué ojos verdes tan relampagueadores tiene la pícara!... ¡Ya! ¡Ya! Ya sé por qué estás así. La separación de don Marcelino te ha contrariado: te ha puesto taciturno. No se te dé nada, hijo, que ahí pillaremos a Lucinda, pues cuando menos se piensa salta la liebre; y mientras tanto, es preciso matar el tiempo, pues de otro modo el tiempo lo mata a uno. ¿Te pongo en baile con la de los ojos verdes?

-Te ruego que me dejes en paz, amigo mío.

-Vaya, pues, te dejaré porque tengo que atender a mis sagrados deberes de bastonero. Pero te advierto una cosa, y es que tengas cuidado con Motiloni porque lo he visto rondar cerca de las ventanas de don Marcelino... ¡Ah! ¡Ah! ¡Cállate boquita!

-¿Qué dices? -preguntó vivamente Anselmo.

Pero Gacetilla no contestó, pues se había separado con rapidez para ordenar otro baile.

-¡Qué lengua la mía! -murmuraba el chismoso novelero-. Si me quedo un ratito más con Anselmo, le descubro todo el secreto. Decididamente creo que guardar un secreto para mí es cosa más difícil que guardar dinero; y es cuanto puedo decir.

En esto sintió que alguien le tocaba el hombro. Volvióse prontamente y vio a don Cándido.

-¡Amigo mío -le dijo éste-: como sé que usted es hombre inteligente en esto de preparar un ponche!...

-¡Inteligente! ¡Sapientísimo! -interrumpió Gacetilla-. Este es el capítulo que he aprendido más bien en toda la ciencia social.

Pues entonces, le diré que he convidado a unos diez o doce amigos para una *ponchadita* que tendremos esta tarde a puertas cerradas.

-Esto es lo que se llama remojar el santo. ¿En dónde están los materiales?

-Sígame usted -dijo don Cándido, echando a andar hacia las piezas interiores. He elegido para el caso un cuarto retirado, porque quieren hablar a sus anchas...

-¡Ya entiendo! ¡¡Es una gran idea!!

-Y se tratará de política -agregó don Cándido bajando la voz.

-¡Muy bien! Para hablar de política no hay como un ponche en leche.

-Además, vendrán dos caballeros que hoy han hecho mediodía en mi mesa...

-¿Aquellos dos guasos grandes que...?

-Son dos ricos hacendados *que andamos conquistando*. Este es el cuento. Aquí están los materiales.

Abrió don Cándido la puerta y entró con su compañero, quien lanzó un grito de agradable sorpresa al ver una gran mesa poblada de botellas, vasos y jarros, un pan de azúcar y dos inmensos lebrillos de leche.

-¡Oh! -exclamó-; ¡le prometo hacer un ponche digno de una reunión de padres provinciales! Váyase a la cuadra, y dígame al ñato Vargas y a Pepe Tronera que vengan al momento. Son muy buenos para ayudantes.

Salió don Cándido a cumplir con su cometido, y pocos minutos después volvió con los ya nombrados.

Gacetilla y sus dos compañeros, ayudados de las criadas de la casa, prepararon en media hora el *reverendo ponche*, como ellos decían. Enseguida, cubrieron la mesa con los restos que habían quedado de los fiambres, dulces y tortas; y concluyeron por arreglar en el cuarto vecino, dos o tres mesitas para que se entretuviesen los aficionados a la malilla y al monte.

-Pero hasta el presente no nos has dicho cómo pudiste salir de la cárcel -dijo Tronera a don Catalino sin dejar de trabajar.

-¡Ah! -exclamó Gacetilla-. Se me había olvidado que estuve preso por revolucionario. ¡Yo no sé cómo diablos fueron a parar aquellas proclamas a mis bolsillos! Daría mi mejor tabaquera por descubrirlo. Alcancé a estar en un infernal calabozo veinticuatro horas mortales; y habría permanecido quién sabe cuánto tiempo, si un amigo no se hubiera ido a empeñar por mí.

-¿Qué amigo fue ese?

-Don Pablo Motiloni.

-¿El italiano?

-Sí, hombre. Es un buen amigo. En cuanto supo que me habían metido a la *capacha*, me fue a ver; se conolió mucho de mi desgracia, y me prometió hablar con el padre Hipocreitía, que es confesor del Presidente, para que se empeñase con éste, a fin de que corrigieran el error de haberme puesto preso. El buen padre habló con Pinto, y ya me ves aquí gozando de mi libertad, de ese don de Dios, tan precioso para los que están debajo como mirando en poco por los que están encima.

-Por lo visto, tú tienes amigos entre los pelucones y entre los pipiolos -dijo el ñato Vargas-, pues dicen que el jesuita es apeluconado, y el italiano un liberal hecho y derecho.

-Motiloni no es ni carne ni pescado -observó Tronera.

-Yo no he podido averiguar a qué partido pertenece este diablo -dijo Gacetilla-. Habla como si no se metiera en nada; pero se mete... -¡Cállate boquita!... Es mi amigo y me ha sacado de la cárcel, y de mi boca nadie sabrá nada, aunque lo tengo bien cateado y conozco ciertos secretos que podrían comprometerlo: pero ¡cállate Catalino! Que en boca cerrada no entran moscas, y yo no soy hombre capaz de echar a la calle un secreto, mayormente cuando un amigo me encarga que lo guarde y hay de por medio el honor de una familia respetable. No digo porque mi amigo Motiloni ande en malos pasos. Pero ¿quién diablos sería el que me encajó aquellas proclamas en el bolsillo? ¡Lo he de descubrir!

Las tres de la tarde serían cuando el cuarto del ponche empezó a poblarse de caballeros. Franco, Jifreno y otros amigos se instalaron en una de las mesas de malilla, haciendo sentar entre ellos a uno de las ricos colchagüinos que se trataba de conquistar. El otro hacendado se había retirado a conversar confidencialmente con don Víctor Dorriga.

-Dígame, señor -preguntaba éste- ¿es verdad lo que se cuenta de Prieto?

-Yo creo que el hombre quiere ser Presidente -respondió el otro.

-Y ¿qué sabe usted sobre su ejército? Cree que tendrá las fuerzas suficientes para lograr sus aspiraciones?

-¡Ah! Señor; tiene mucha gente, según lo hemos sabido por los compradores de bueyes que van al sur. ¡Sí! ¡Mucha gente! Yo pienso que si el hombre pasa el Maule no deja títere con cabeza en todo el partido de Colchagua.

-¿Y las gentes de este lado del Maule, están a favor o en contra de Prieto?

-De todo hay señor. Pero aunque estén en contra ¿quién podrá resistir a tanta soldadesca? Todos los hacendados le estamos temblando a las *proratas*.

-Pues yo he oído que Prieto no permite que sus soldados cometan tropelías.

-¡Pero las *proratas*, señor! ¡Las *proratas*! No le dejan a uno *que ensillar*.

-Y a usted ¿qué le parece? ¿Será bueno para presidente el General Prieto?

-Yo no sé qué decirle -respondió el *guaso*, porque como todavía no lo conocemos bien, nadie le ayunará las vigiliass.

-Dicen que es un hombre cumplido, un liberal neto.

-A mí me gustan los liberales, porque hemos peleado contra los godos solo por la libertad.

-Bien dicho -dijo mordiéndose los labios el español Dorriga-. Por esa me acordaba ahora del liberalismo de Prieto. Durante todo el tiempo que estuvo en Santiago, no cesó de hablar públicamente como el más denodado liberal.

-Eso mismo se dice por mi tierra, en donde Prieto es tenido por algunas gentes como un hombre de pro.

Mientras don Víctor se entretenía con su interlocutor, Gacetilla iba y venía, llevando y trayendo vasos de ponche. Los demás jugaban y bebían entremezclando los tragos con interjecciones de despecho o de alegrías.

Una hora había pasado cuando Gacetilla vio entrar a la primera pieza a don Pablo Motiloni. Verlo y correr hacia él con un vaso de ponche en la mano, fue todo uno. Venía el italiano acompañado de un caballero que a primera vista revelaba llegar de provincia.

En aquellos tiempos, las escasas y tardías relaciones entre las provincias y la capital hacían que un provinciano fuese conocido desde lejos. Hoy día, los ferrocarriles y demás medios de locomoción han extendido por todo el país los usos, costumbres y maneras sociales que allá en lo antiguo ostentaba solo la capital, único centro importante de la sociedad chilena.

-¡A tiempo llega, mi señor don Pablo! -dijo Gacetilla pasándole el vaso.

-Gracias, amigo: más tarde beberé -respondió el italiano siguiendo adelante y encaminándose hacia el rincón en donde divisó a don Víctor.

Saludo éste cordialmente a don Pablo, y le presentó al caballero con quien hablaba. El italiano por su parte presentó a su compañero bajo el nombre de don Agustín Quinteros, de la ciudad de los Andes.

-¡Ah! -exclamó Dorriga-; entonces el señor nos puede dar noticias ciertas sobre la suerte de los Coraceros. Pero antes de todo: ¿es verdad que ha llegado Freire?

-Es verdad -respondió Quinteros-. Yo mismo lo he acompañado desde Quillota hasta aquí.

-Entonces ¿es cierto que no ha apoyado a los Coraceros?

-Así es, señor; y al contrario, los mandó amenazar cuando ellos se resistieron a rendirse en San Felipe.

-Cuéntenos cómo fue eso, porque aquí han llegado noticias contradictorias. Solo sabemos de positivo que, habiendo huido del cuartel de San Pablo, tomaron los Coraceros el camino de San Felipe; y perseguidos por el coronel Tupper, tuvieron un encuentro en Colina. Tupper ha llegado aquí con dos prisioneros y algunas armas tomadas al enemigo.

-Enseguida -prosiguió don Agustín-, llegó el escuadrón a los Andes, amenazándonos si no nos rendíamos a discreción: pero viendo que nosotros nos preparábamos para resistir torcieron riendas hacia San Felipe, a donde no alcanzaron a entrar porque les salió al encuentro un caballero enviado por la asamblea provincial, para preguntarles el motivo y el objeto de aquella invasión a mano armada. Los soldados iban sin su jefe.

-Sí: el capitán La Rosa había sido tomado prisionero y enviado a Santiago. Actualmente está en la cárcel.

-Pues, señor, parece que el escuadrón iba sin jefe -continuó Quinteros-, porque un sargento tuvo que contestar por él, diciendo al enviado de la asamblea que los Coraceros no tenían que dar cuenta de su conducta sino al General Freire, en cuyo nombre se habían sublevado contra el Gobierno, y que solo depondrían las armas en manos de dicho jefe. Al saber esto, el General les envió a decir que si no se rendían al momento a la autoridad, él mismo saldría a batirlos en persona...

-¿Conque eso fue lo que dijo Freire?,

-Sí, señor; y aun él mismo me ha dicho que no pudo contener su indignación cuando supo que se había tomado su nombre para esta sublevación. Según creo, el principal objeto de su venida a Santiago, es manifestar al Gobierno la ninguna participación que ha tenido en los últimos sucesos.

-Muy bien -dijo Dorriga sin alterarse.

Enseguida lo convidó cortésmente a pasar a la otra pieza, con el fin de presentarlo a sus amigos y que tomara parte en la tertulia. Mientras tanto, Motiloni se había acercado a Aldeano, diciéndole:

-Señor don Rodrigo, traigo un recado para usted de parte del reverendo Hipocreitía.

-¿Qué me envía a decir su paternidad? -preguntó Aldeano.

-Que un fuerte dolor de cabeza le impide salir de su cuarto, razón por la cual me ha encargado traer aquí a un caballero amigo suyo, que él pensaba presentar hoy a ustedes. ¿No ve a aquel señor que está hablando con don Víctor Dorriga?

-Sí lo veo. ¿Quién es?

-Un amigo íntimo de Freire; es el *totum potens* de los Andes, y ustedes deben halagarlo hasta la seducción: tales son las palabras del reverendo.

-Ya comprendo -respondió don Rodrigo, haciendo un gesto de inteligencia.

Merced a esta recomendación, el señor Quinteros así como los hacendados de Colchagua encontraron allí amigos generosos, de cuya cortesía y amabilidad quedaron encantados. Gacetilla por su parte, los imponía de la clase y condición de todos los asistentes; y repartiendo ponche en todas direcciones, logró hacer salir de sus casillas a aquella grave concurrencia. Por manera, que, entrada la noche, ya todos tenían más gana de dormir que de cenar.

-¿Qué te parece esta gente de Santiago? -preguntó a su compañero uno de los colchagüinos a tiempo de recogerse a su posada de la calle de las llamadas.

-Yo nunca la había encontrado tan cariñosa -respondió el otro.

-Es que tú eres tan retirado, hombre, y solo vienes a Santiago a vender tus cecinas para ir enseguida a meterte como un zorro en su cueva, allá en tu estancia de las Palmas. Es preciso tratar y amistar con la gente de alcurnia y de nota, que es donde se halla la cortesía y la franqueza santiaguinas. ¿te fijaste en don Diego Portales? ¡Qué caballero tan franco y de buenas partidas parece ser!

-A mí me parece un poco burlón -observó el otro.

-Es hombre de buen humor. Si tú hubieras hablado mano a mano con don Víctor Dorriga te habría encantado. ¡Parece una dama ese caballero!

CAPITULO LIII

La situación se complica para don Marcelino

«DON MATEO
¿No puedes? ¿Dices que no?
¿Qué contestación es esa?
MARÍA
Pero, señor, mi promesa...
DON MATEO

Aquí quien manda soy yo.»

(A. TORRES. Una promesa de amor... ACTO I.)

Cuando don Marcelino salía de casa de don Cándido para dirigirse a la suya seguido de su mujer y de su hija, iba sin saber lo que le pasaba. La tenacidad del orgullo nos suele poner una venda en los ojos para ocultarnos la realidad de las cosas y enfrascarnos más y más en nuestro pensamiento. Nos creemos superiores a ciertos sucesos, porque pensamos que nada puede a veces verificarse contra nuestra voluntad. La tenacidad ignorante cree poder mandar a la naturaleza misma y es inflexible en sus pretensiones. Nada perdona por alcanzar sus miras; y cuando se encuentra de repente con un hecho contrario, se admira de que las cosas no se verifiquen como él lo deseaba, porque para el testarudo nada hay más justo que su deseo; y esta admiración produce en su entendimiento una especie de marasmo que lo embrutece más y más. Tal era el estado del padre de Lucinda cuando llegó a su casa.

Don Marcelino (permítasenos la expresión) que reventaba por amenazar, insultar y reprender a su esposa y a su hija. Ambas recibieron la lluvia de denuestos sin hablar una palabra, porque sabían que el tenaz viejo no escuchaba ninguna clase de observaciones.

Por fin, después de haber agotado su repertorio de dicterios, que repartió entre su mujer, su hija, su compadre Cándido y doña Estrella, jurando que se la habían de pagar, concluyó en estos términos:

-Creía, pues, que ustedes se habían dado a la razón, pero veo que estaba equivocado. ¡Ya se ve! ¡Darse a la razón las mujeres! ¡Ja, ja, ja! Cuando la rana críe pelos... ¡Pero se las tendrán conmigo! Ya saben que a mí no me hacen aflojar a dos tirones. Yo soy porfiado y veremos quién vence. Ya verás mocosa atrevida, si tu padre te puede obligar a casarte con el marido que te conviene...

-¡Padre mío! -le interrumpió la niña llorando y abrazando las rodillas de éste-: ¡le prometo a *su merced* no casarme con el hombre que amo; pero no me obligue a hacerlo con el que aborrezco!

-¡Habrase visto mayor desvergüenza! -exclamó el viejo-: ¡y con el hombre que amo! -prosiguió, parodiando el tono de Lucinda-: ¡con el que aborrezco! ¿Quién te mete a ti, mocosa desvergonzada, amar y aborrecer, como si fueses dueña de tu voluntad? ¡Si las cosas que uno ve en estos tiempos son para volver loco a un cristiano!... ¡Vean no más lo que hemos ganado con la tal república! Que los chiquillos se metan a mayores y les pisen las canas a sus padres. ¡No! ¡No! Me voy de aquí. ¡A España! ¡A España!

-Don Marcelino -le dijo la señora-; ¡refrésquese por Dios! Mire que pueden oír los gritos en la calle.

-¿Y qué me importa que los oigan? ¿También tú me contradices? ¿No estoy en mi casa? ¡Grito y gritaré hasta que se me antoje! ¡Venirme a decir que no grite!... ¡Bueno soy yo para tragarme las palabras después de lo que han hecho en mis barbas! ¿Esa es la

educación que das a tu hija?... ¡Por Cristo padre! ¡Si yo no fuera prudente como soy, habría agarrado una silla para partirle la cabeza al mocito! ¡Y quieren que no grite!... ¡Sí! ¡Sí! ¡Quédese usted después de esto tragando saliva!...

Esta desagradable escena pasaba en el patio exterior de la casa. La puerta de calle estaba cerrada; pero la gruesa voz de don Marcelino se oía a media cuadra de distancia, y ya todo el barrio tenía conocimiento, de lo que allí pasaba. Las palabras del irritable viejo las solían tomar y comentar los vecinos de mil y mil diversos modos, no siendo raro que algunos de los comentarios fuesen en perjuicio del honor de Lucinda y su madre.

Estas quisieron retirarse a sus piezas interiores; pero don Marcelino, que se paseaba a largos trancos debajo del corredor, les dijo:

-No se vayan todavía porque quiero decirles la última palabra. Sepan que dentro de un mes, a más tardar, Lucinda ha de ser esposa de don Melitón, según el orden de nuestra Santa Madre Iglesia.

Era aquella la primera vez que don Marcelino daba terminantemente la sentencia contra la felicidad de su hija; y como doña Trinidad conocía el carácter de su marido, a quien era imposible ablandar con ruegos ni desencaprichar con razones, sacó fuerzas de su amor materno para contestar:

-¡Pues yo le digo a usted, don Marcelino, que no será!

-¿Qué es lo que oigo?

-¡Que Lucinda no será esposa de ese hombre! -contestó enérgicamente la señora. ¡No y mil veces no!

Don Marcelino, embargado por la sorpresa, se quedó mirando de hito en hito a su mujer. Con los brazos cruzados sobre el pecho, el cuerpo echado atrás, los puños crispados; la sonrisa de la rabia en los labios y meneando la cabeza de arriba abajo, estuvo algunos segundos sin hablar una palabra. Luego soltando una seca carcajada exclamó:

-¡A buen tiempo hemos llegado! ¿Conque has resuelto quitarme mis calzones, eh? No lo conseguirás, por más que hagas, pues yo no soy mi compadre Cándido, que es la mujer de su mujer... ¡Gracias a Dios! Yo sé a donde me aprieta el zapato, y no consentiré que en mi casa mande otro que yo: ¿me has entendido?

-No pretendo tener mando alguno -contestó por fin la señora-; pero tratándose de la felicidad de mi hija, le digo a usted que no consentiré en que se la haga eternamente infeliz.

-¿No consentiré?... ¿Y quién eres tú para consentir o no consentir?

-Reclamaré el apoyo de la ley; pediré el de mis amigos; trabajaré por todos los medios posibles para evitar...

-¡Calla esa boca, malvada! -gritó llenó de furia el viejo, levantando un grueso bastón sobre la cabeza de su esposa.

-¡Padre! ¡Padre mío! ¿Qué hace *su merced*? -exclamó Lucinda interponiéndose.

-Pues entonces, recibirás tú el castigo que tu madre merece, -gritó don Marcelino, alzando el bastón sobre la cabeza de Lucinda.

-¡Don Marcelino! -exclamó la angustiada madre-: ¡Dios nos está mirando!

En aquel momento, tres fuertes golpes resonaron en la puerta do calle, y al mismo tiempo una voz enérgica gritó desde afuera:

-¡Don Marcelino! Si no se abre esta puerta al momento, la echo abajo!

Corrió el viejo temblando de furor hacia la puerta y la abrió, más bien con el objeto de castigar por su mano al insolente, que por obedecer a la intimación que se le hacía.

-¿Quién se atreve a venirme a mandar en mi casa? -dijo con voz de trueno.

-¡Yo! -le contestó entrando un caballero vestido de militar.

-¡El General Freire! -exclamó don Marcelino, dando un paso atrás.

-Sí, señor: Ramón Freire que viene a hacerle a usted una visita que encontrando la puerta cerrada, casi se ha visto en la necesidad de echarla abajo.

-¡Oh! señor don Ramón -le interrumpió el viejo-: no había para qué hacer eso; ¡entre usted!

-Entremos -dijo Freire, después de ordenar al soldado que lo acompañaba se quedara esperando en la puerta, y de rogar que se dispersara la gente que se había parado al oír la bulla en el interior de la casa.

-Esta visita se parece a la toma de un castillo por asalto -(prosiguió, riéndose el General, mientras atravesaba el patio acompañado del dueño de casa)-; y no puedo negar a usted, señor don Marcelino que esta manera de hacer visitas es un poco inusitada.

-Es verdad -contestó don Marcelino, a quien le hacía cosquillas en el ánimo la arrogancia con que Freire le había mandado abrir. -Pero ¿qué quiere usted, señor de Rojas? Las circunstancias lo obligan a uno a veces el ser un poco brusco; y debe usted perdonarle su rudeza a un viejo soldado como yo.

-¡Oh! ¡Señor General! No diga usted eso. Solo quisiera saber en qué puedo servirlo.

-Al contrario, soy yo quien vengo a hacerle a usted un buen servicio -contestó Freire, sentándose sin ceremonia una vez llegados al cuarto de don Marcelino.

Doña Trinidad y su hija habían visto pasar a don Ramón, lo cual las había alentado grandemente; y aguardaban en sus piezas el resultado de aquella visita inesperada.

-Antes de todo, amigo mío -dijo el General-. ¿Cómo está la Trinidad y mi sobrina Lucinda, a quienes no veo desde algún tiempo a la fecha?

-Buenas, muy buenas de salud, gracias a Dios.

-Antes de verlas a ellas he querido hablar con usted.

-Me tiene usted *al su mandar*, señor.

-Gracias, seré franco. Usted sabe que a mí no me gusta andarme por las ramas.

-Yo también lo seré: a mí me agrada la franqueza -repuso don Marcelino, cuyo genio bilioso se iba encrespando con esta introducción, pues ya maliciaba el objeto de aquella entrevista.

-Pues entonces, al grano -dijo el General-. Dígame ¿es verdad que usted piensa casar a Lucinda con un hombre a quien ella detesta?

-Yo no acostumbro a dar cuenta a nadie de lo que pienso hacer -contestó secamente don Marcelino.

-Pues yo acostumbro a pedir cuenta de lo que otro piensa hacer cuando...

-¿De cuando acá un padre este obligado a contestar tales preguntas?

-Cuando eso que se piensa hacer es en contra mía -prosiguió Freire.

-¿En contra suya? Y ¿qué derecho?

-¿Quiere usted decir que yo no tengo derecho para pedir cuenta a usted de sus proyectos a este respecto? -interrumpió Freire con la cólera pintada en los ojos.

Luego, moderándose prosiguió:

-Voy a probarle a usted mi derecho, señor don Marcelino. ¿Ha olvidado usted que su esposa es mi prima hermana?

-No, señor.

Luego su hija, es mi sobrina. Y ¿puede usted creer que un tío no tiene derecho para velar por la felicidad de su sobrina?

-Eso será cuando las niñas carezcan de padre.

-O cuando tengan un padre que...

Don Ramón no concluyó la frase; pero el gesto que hizo aumentó considerablemente el mal humor del viejo.

-El hecho es -prosiguió el General, reprimiéndose-: que usted quiere obligar a Lucinda a que dé un consentimiento que repugna en su corazón, y para ello ha hecho usted uso de la presión y de otros medios indecorosos. Lo he sabido por varias cartas que de aquí se me ha escrito sobre el particular...

-Supongamos que eso sea así...

-No hay para qué suponer una cosa que acabo de ver por mí mismo. Al llegar a la puerta de su casa he oído las palabras de usted, como las han escuchado varias personas del barrio, que se admiraban ahí en la calle del escándalo dado por un hombre tan respetable como el señor don Marcelino de Rojas.

-Pues bien -contestó el viejo con grosería-: si usted lo sabía todo no había para qué venírmelo a preguntar.

-Entonces iré a hablar con mi prima, quien sabrá imponerme de todo -dijo el General-. Hasta luego, don Marcelino.

Don Ramón se dirigió a las piezas de doña Trinidad murmurando entre dientes:

-Este hombre es y será lo que siempre ha sido: un bárbaro.

Don Marcelino se quedó paseando en su cuarto y hablando consigo mismo:

-¡Pues me gusta la ocurrencia! Venir a ingerirse en negocios ajenos, como si yo tuviera necesidad de sus consejos... ¡Caramba! ¡No sé cómo he podido aguantar sus insultos...! ¡Por la Virgen! -decía don Marcelino, aumentándose por grados su enojo, (que era lo que le sucedía cuando estaba solo o delante de personas débiles)-; ¡por la Virgen santísima! ¡Si yo no tuviera tan buen genio como tengo, le habría contestado con una docena de silletazos, pero... Por más General que sea, ¿quién le ha dado derecho para meterse en mi casa y venir de buenas a primeras a echarme en cara mi proceder como si yo fuera un niño de teta?... ¡Oh! Mi buen genio me perjudica... ¡Pero luego se las cantaré claro; sí señor: bien claro! Yo le diré: -«mi señor don Ramón: le prohíbo a usted venir a mi casa. -¿Por qué? -¡Porque se me antoja! ¿Qué mejor razón?

Mientras el señor de Rojas expresaba su furor en un interminable soliloquio, la señora imponía a su ilustre primo de todo lo sucedido referente al proyecto de casar a Lucinda con don Melitón y a la tenaz oposición que Anselmo encontraba de parte de don Marcelino.

Por mucha que fuera la prudencia de doña Trinidad, no podía ocultar sus sufrimientos personales, cuyas causas se traslucían en sus palabras.

Don Ramón conocía el carácter brutal de don Marcelino; pero la relación de su prima lo dejó abismado.

-Nada de lo que usted ha oído -dijo la señora llorando-, habría salido de mi boca si no estuviera de por medio la felicidad de esta pobre niña.

-Consuélese usted, prima mía -le dijo el General con su natural bondad-. Tengo conciencia de que Lucinda será la esposa de Anselmo. Por mi parte, apruebo su elección: es un muchacho de corazón y valiente; lo he visto pelear a mi lado. Yo creo que Lucinda es de mi opinión -agregó sonriendo.

Un vivo encarnado coloreó las mejillas de la linda niña, cuyo corazón palpitó de emoción al oír el elogio de su amante.

-Adiós: mañana volveré -dijo don Ramón despidiéndose-. Es necesario que yo vuelva al cuarto de don Marcelino. Lucinda ¿me querrás mucho si yo consigo que Anselmo siga visitándolas?

-¡Oh! -exclamó la niña, limpiando una lágrima que brillaba en sus ojos negros, como una gota de rocío en los delicados pétalos de una flor ¿como podría dejar de querer a usted con toda mi alma después de haber oído de su boca los elogios que ha hecho de él?

-Vaya, pues: no hay que llorar. Tengan confianza. Esta es una batalla, y para obtener la victoria es preciso ser valiente. Hasta luego.

Enseguida se dirigió al cuarto de don Marcelino cuyos zuecos de madera hacían resonar sobre el pavimento de ladrillos sus pasos desiguales.

Hallábase el viejo tan ensimismado en su pensamiento que no se apercibió de la presencia del General sino cuando éste le dijo al entrar:

-Y aún hay más, don Marcelino.

¿Qué es lo que hay? -preguntó éste como despertando de un agitado sueño.

-Que no solo quiere usted casar a Lucinda con un viejo repugnante...

-¡Oh! ¡Señor General! ¡No hable usted así de un hombre noble!

-Que es indigno de la mano de mi sobrina...

-¡Un hombre ilustre que se ha tuteado con el rey!

-Sino, que se opone usted a su unión con el hombre que ella ama.

-¡Oh! ¡Señor General; si usted ha venido a insultarme en mi propia casa! Yo...

-No venido a eso, señor don Marcelino. Lo que quiero es que usted no se oponga a la felicidad de su hija.

-¡Ingrata! ¡Hija desnaturalizada! Apuesto a que ella y su madre se han desencadenado en contra mía.

-Se equivoca usted.

-¡Y esto después de haber trabajado por que ella sea la esposa de un hombre lleno de distinciones y honores que elevará a la familia!

-¡Calle la boca, hombre de Dios, y abra los ojos! ¿Por qué se opone usted a la unión de dos muchachos que se quieren?

-Y ¿quién le mete a esa mocosa -exclamó fuera de sí don Marcelino-, ponerse a querer sin mi permiso?

-No hable usted desatinos, señor de Rojas. Yo por mi parte apruebo ese amor.

-Y yo lo desapruero porque tengo razones para ello -observó don Marcelino.

-No tiene usted razón alguna, porque Anselmo es un mozo cumplido.

-Señor don Ramón: no me hable usted de ese muchacho sinvergüenza y descarado, que, a pesar de mi oposición, se atreve a rondar mi casa.

-Anselmo Guzmán es un joven de las más bellas cualidades que haría honor a cualquiera de las señoritas de Santiago.

-Que se vaya a los infiernos con sus cualidades y todo. Yo no lo quiero para yerno, y basta. Conque, mi señor don Ramón -agregó don Marcelino-: le ruego que no se meta en mis asuntos porque yo soy hombre mayor de edad, y sé adonde me aprieta el zapato. Además, he dado mi palabra y yo no soy de los que reculan como cualquier pelagato.

-Ya lo sé; pero le advierto que yo también he dado mi palabra.

-¿De qué?

-De que Lucinda se casara con Anselmo -contestó el General con una expresión tal de convencimiento, que don Marcelino tembló de coraje sin hallar qué decir a su interlocutor, el cual despidiéndose se dirigió a la calle.

-¡Con doscientos mil de a caballo! -exclamó lleno de cólera don Marcelino cuando Freire había salido de la casa-. Yo debí haberle prohibido a este hombre que hablase del asunto en mi presencia... Yo debí haberle impedido que viese a mi mujer... Yo debí haberle dicho que no pisase jamás los umbrales de mi casa... Ha abusado de mi prudencia... ¡Caramba! ¡Mi buen genio me pierde!... Otra vez no será así. ¡Si, señor! ¡No será! ¡Lo prometo!

CAPITULO LIV

Algunas palabras antes de proseguir

«En los tristes sucesos de 1829 se vio Freire combatido y trabajado por las influencias más diversas y encontradas. Todos los partidos hacían los esfuerzos posibles para ganárselo y darle el alto puesto de jefe.»

-F. ERRAZURIZ. (Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828. Cap. IV, II.)

Preciso es decir en honor de la verdad, que la venida de Freire a Santiago, no tenía por único y exclusivo objeto el ocuparse de los asuntos amorosos de Lucinda, pues la política reclamaba su presencia en la capital. Freire era un hombre que después de haber servido con gloria a la causa de nuestra independencia, se había retirado a la vida privada, lleno de honores y distinciones. El recuerdo de su valor se mantenía vivo en el ejército, y sus compañeros de armas lo aclamaban como el soldado más intrépido y valiente. Su afable carácter y su falta de ambición, hacían porque la envidia le perdonase sus demás cualidades. Había servido al país con un desinterés que constituía uno de sus mejores títulos de gloria; y ajeno a las cuestiones de actualidad, sucedíale lo que a todo hombre de reconocido mérito que no toma una parte demasiado activa en las ardientes cuestiones que agitan a un pueblo: amigos y enemigos hablaban bien de él. Todos los partidos querían tenerlo por jefe; unos porque veían en él una de las más esclarecidas glorias del país; otros porque lo esperaban todo de su amor a la libertad; y otros porque querían valerse de su prestigio para hacer triunfar sus opiniones.

Esta posición excepcional de Freire ponía, puede decirse así, en sus manos los destinos del país. He aquí por que desde mucho tiempo atrás estaba recibiendo todos los días cartas de los jefes de los diversos bandos políticos que lo lisonjeaban y halagaban con alabanzas y promesas, tratando de atraérselo por todos los medios imaginables.

El 17 de julio, es decir, un mes después de las ejecuciones del Basural, entregó Pinto el mando supremo a don Francisco Ramón Vicuña, que era el designado por la ley para subrogarle, y se retiró al campo, con el fin de atender al mal estado de su salud. Acompañolo en su viaje el padre Hipocreitía, cuyos buenos oficios empeñaron la gratitud de toda la familia del General.

Al mismo tiempo dejaron también sus carteras, don José M. Borgoño, Ministro de la Guerra y don Carlos Rodríguez, del Interior; pero no así el Ministro de Hacienda, Ruiz Tagle, quien se abstuvo de hacer su renuncia, y pretendió conservarse en el puesto, aun después de habersele nombrado un sucesor.

Los primeros actos del gobierno provisorio de Vicuña habían hecho ver al partido retrógrado lo que podían esperar de la rectitud de este mandatario.

Don Francisco Ramón Vicuña era un honrado patriota, amaba la libertad, y tenía fe en las instituciones republicanas; y a pesar de las azarosas circunstancias en que gobernó el país, dio pruebas de su respeto a la ley y de su amor a la república. No obstante lo avanzado de su edad y de la mansedumbre de su carácter, tuvieron más de una vez que estrellarse las pretensiones de sus enemigos políticos en esa firmeza pasiva que supone la fe en los principios que se abriga.

Uno de los primeros actos de Vicuña fue dar sucesor al ministro Ruiz Tagle, a quien todos señalaban con el dedo como un principal punto de apoyo que los reaccionarios tenían en el Gobierno. Esto los desconcertó algún tanto; pero no por eso desmayaron en su proyecto, trabajando por crear inconvenientes a la administración.

Las sordas maquinaciones del partido conservador, el más revoltoso que ha tenido Chile, porque lo ha sido contra el derecho y la libertad, había engendrado la división entre el Gobierno y una parte del ejército, y la desinteligencia entre los poderes administrativo y judicial, pues muchos miembros de las Cortes pertenecían al partido pelucón.

En cuanto el clero, puede decirse que, con excepción de un cortísimo número de sacerdotes ilustrados, los demás eran enemigos natos de la república bien entendida. Muchos eran realistas, y bien se echa de ver que a la sombra de este último elemento, el espíritu reaccionario debía invadirlo todo. Por manera que se sucedían las cabalas e intrigas en esa lucha entre el bien y el mal, entre la idea de progreso que pugna por establecerse, y la de atraso que obra enérgicamente por conservar su imperio. ¡No se arranca un árbol sin remover la tierra en que está plantado!

Acabábanse de verificar las primeras elecciones constitucionales, según lo dispuesto por el código dictado el año anterior; pero una gran parte del Congreso, que debía hacer el escrutinio de la elección, parecía haberse revelado contra el Gobierno:

Los pelucones, en su empeño por aislar completamente al Presidente, habían conseguido introducir el desacuerdo hasta dentro de la Representación Nacional por medio de los diputados que habían podido elegir. Las sesiones del Congreso se hacían cada vez más

necesarias en un país que principiaba a dictar sus instituciones fundamentales; pero por lo mismo que eran necesarias, debían no tener lugar, según se decidió en un conciliábulo, al cual no había faltado el padre Hipocreitía y muchos de nuestros demás amigos reaccionarios. En tal estado de cosas la minoría asistente, procediendo conforme a la Constitución, compelió con multas a los inasistentes.

Los diputados pelucones no tardaron en protestar contra acuerdo, que calificaron de inconstitucional, y que fue uno de los pretextos de que se valieron entonces para exacerbar los ánimos. Y, convencido el Gobierno de que no le sería posible contrarrestar tan perniciosas influencias si permanecía en Santiago, decretó su traslación temporal al puerto de Valparaíso, traslación que se verificó a fines de agosto la oposición que los pelucones hicieron al ver que se les escapaba su presa.

Preciso es advertir, sin embargo, que esta oposición no nacía de ver hacer al Gobierno una retirada que tanto se asemejaba a una huida, sino de que el Congreso convocado para reunirse también en Valparaíso se iba a separar del centro de las influencias reaccionarias. En cuanto a lo primero, hubo muchos que se dieron el parabién, diciendo:

-¡Gracias a Dios que se nos deja el campo libre!

-¡Si huyen es porque nos temen!

-¡Nuestra fuerza es, pues, positiva!

Mientras tanto decían otros:

-¿No veis cómo este Gobierno no cuenta con los sufragios del país?

-¡Mirad cómo deja a Santiago, centro del saber y de la aristocracia!

-¿Qué va a hacer a Valparaíso?

-¿Cual es su objeto?

-Es evidente que su fin es halagar esa ciudad compuesta de comerciantes, de mercachifles.

-¡Y de extranjeros y herejes!

-Bien se echan de ver las tendencias de los pipiolos. Su adhesión a las ideas de los herejes no pueden ser más patentes...

-Así como su desprecio por las familias honorables del reino; quiero decir, de la República.

-Yo no sé a dónde vamos a parar con una administración como ésta, sin paradero fijo.

-Y sin cabeza... ¡Claro es que a la anarquía!

-¡La Virgen del Pilar nos libre!...

-¡Sí! ¡Aténgase usted a la Virgen y no corra!

-Lo importante es que nosotros observemos lo que Dios dice: «ayúdate que yo te ayudaré.»

Tal era el estado de las cosas cuando Freire llegó a Santiago. Al momento se vio rodeado de los cabecillas de los diversos bandos. Pero aunque los pelucones trabajaron mucho por conseguir que el General prestase oídos a sus insidiosas indicaciones, nada consiguieron en un principio. Ajeno a las cabalas políticas, y enemigo por carácter de la intriga, Freire pudo en un principio resistir, apoyado en su patriotismo y en la fe de sus convicciones.

-Es preciso vencer la resistencia de Freire -decía el clérigo Franco.

-Con maña lo conseguiremos -contestó Aldeano.

-Váyanselo por el lado de la hidalguía y caballerosidad -agregó Hipocreitía.

-Así conseguiremos que don Quijote ataque a los molinos de viento -contestó Portales.

-Tiene razón don Diego -dijo Dorriga al oído del reverendo Hipocreitía. Los pipiols y los molinos de viento... ya su paternidad me entiende.

CAPITULO LV

Anselmo visita a Freire

«¿Y es ésta aquella patria que algún día,
el brazo de mil héroes rescatara
de la antigua, ominosa tiranía?»
-(SEÑORA MARÍN DE SOLAR.)

Pagado el tributo que debía a la política, y desocupado de las visitas de sus amigos volvió don Ramón a ocuparse asiduamente de los asuntos de su sobrina Lucinda. Pero, por más que pensaba, no encontraba en su mente medio alguno de qué valerse para vencer la tenaz resistencia de don Marcelino, a quien conocía muy bien. Por último, persuadido de que los medios pacíficos eran los peores, resolvió tomar otro camino.

-Yo sé que es cobarde como una gallina -dijo el General-; y todo se podrá conseguir metiéndole miedo y tratándolo a la vaqueta. Gastar consideraciones con este hombre es

perder tiempo, y a mí no me gustan los asuntos largos. ¡Los muchachos se quieren; son dignos el uno del otro, y se casarán con el favor de Dios!

Paseábase el General dentro de su cuarto, mientras tenía consigo mismo el soliloquio anterior, cuando oyó dar a la puerta tres discretos golpes.

-¡Adelante! -dijo.

La puerta se abrió y apareció Anselmo Guzmán, quien saludó a su antiguo jefe y protector con muestras del más cariñoso respeto.

-Anselmo, hijo mío -dijo don Ramón, haciendo sentar al joven-. En este momento me estaba acordando de ti.

-Gracias, señor -contestó Anselmo. Si no había venido antes a verlo ha sido porque lo creía a usted demasiado ocupado con otras visitas.

-Es verdad -dijo Freire-: no he tenido tiempo para nada... Pero tú estás pálido -prosiguió bondadosamente- ¿Has estado enfermo?

-Sí, señor: un rasguño en este brazo.

-¡Ah! Se me olvidaba que habías salido herido en la última revuelta. ¡Por la Virgen del Carmen! ¿Cuándo terminarán estas malditas rencillas de partido?

-Esa misma pregunta nos hacemos con dolor todos los que amamos nuestra patria -respondió Anselmo.

-Parece que aun no creyesen bastante la sangre derramada -prosiguió el General, paseándose por el cuarto...- Es un engaño creer que hemos vencido a los españoles; que los hemos echado del país... No: los españoles están todavía aquí con nosotros; somos nosotros... Tenemos el enemigo dentro de nuestro hogar...

¿Cuándo y cómo terminará todo esto? ¡Y yo, necio de mí, que había colgado mi espada creyendo que ya no había enemigos que vencer!

-Lo más triste es pensar que esos enemigos son chilenos -dijo Anselmo.

-Tienes razón -respondió Freire...- Después de la batalla de Maipú, yo no puedo mirar como enemigo a ningún chileno, por más contrario que me sea en política. ¿Por qué hemos de emplear en despedazarnos mutuamente el tiempo que debíamos ocupar en cultivar nuestros campos, en desarrollar nuestra industria y comercio, y en fin, en dar estabilidad a la república por medio del trabajo? ¡Maldita sea la mezquina ambición, que solo sabe producir atraso, sangre y lágrimas! Pero dejemos esto... Me han dicho que en la última refriega te portaste bien, y no lo he extrañado.

-Señor...

-Déjate de cortesías, hijo. ¿No te he visto pelear a mi lado? Lo que siento es que el valor y la fuerza de los hijos de Chile se hayan de emplear en exterminarse mutuamente... ¡Desleales! Aquí he venido a saber que se han valido de mi nombre para sublevar a los Coraceros.

-Así es la verdad, señor...

-¡Miserables! Son capaces de especular con los vicios, con la ignorancia, y hasta con la gloria de los demás...

Sonriose Anselmo al oír estas palabras del General.

-Aun ayer mismo -prosiguió éste-, han tratado de engañarme como a un chiquillo... Pero doblemos esta hoja, y tratemos de tus asuntos, hijo mío...

-¿De qué asuntos, señor?

-Demasiado reservado eres, Anselmo; y eso no es bueno entre compañeros de armas -dijo Freire, acercando su silla a la del joven.

Anselmo tenía ya noticia de la visita que el General había hecho en casa de don Marcelino, y del interés que había manifestado a favor de su causa. Por otra parte, veía en su antiguo jefe a un decidido protector; así fue que, alentado por la franqueza de éste, le dijo:

-Señor General: usted me anima a decirle que amo a la señorita doña Lucinda de Rojas; y como no tengo otro asunto que me preocupe más, he creído que usted se refería a éste.

-Así es, amigo mío ya he principiado a trabajar por ti.

-Gracias, señor... No olvidaré jamás el interés que usted ha manifestado por mí en la entrevista que tuvo con el señor de Rojas...

-¿Conque ya sabías?

-Sí, señor.

-¿Luego estás en correspondencia con el interior de la plaza?

-Casi todos los días tengo noticias de Lucinda por conducto de la señora de don Cándido de la Rueda, de quien me he hecho muy amigo.

-¿Conque doña Estrella está a tu favor, eh?

-Sí, señor; y aun me ha ofrecido los buenos oficios de su marido.

-Don Cándido no sabe más que hablar necesidades: sin embargo, puede servirnos de algo.

-Yo creo que será muy difícil vencer la resistencia de don Marcelino.

-Difícil, convengo; pero no imposible... El hombre es testarudo.

-Tiene la peor de las tenacidades, que es la de que no escucha.

-No por esto debes desanimarte: Lucinda vale la pena de trabajar por ella.

-¡Oh! ¡Señor! ¡Es un ángel! -exclamó Anselmo con pasión.

-¡Pues, entonces, valor y constancia!

-Creo tener uno y otra; pero no sé por qué a veces siento desfallecer mi ánimo al considerar la resistencia de don Marcelino... ¡Oh, señor! -prosiguió el joven con doloroso acento-: es muy duro el ver a su mayor enemigo en el mismo padre del más querido ser de nuestro corazón. ¿Por qué me desprecia? ¿Qué he hecho para merecer su odio? En balde busco en mi conciencia algo que pudiera servir de base o de pretexto a su repugnancia. Yo me he conducido siempre con honradez, y tengo la dicha de contar con el aprecio de mis compañeros. ¡Jamás podrá ese hombre encontrar en mí otro crimen que el de haberme atrevido amar a su hija, siendo como soy, pobre!

Pronunció Anselmo esta última palabra con un tono que manifestaba dolor, desprecio y orgullo ofendido a un mismo tiempo. El General no contestó; solo miró al joven bondadosa y compasivamente, diciéndose en su interior:

-¡Pobre mozo! Se casará, a pesar de diez Marcelinos juntos.

-Dispéñeme usted señor, que me exprese así -prosiguió Anselmo. Su bondad y las distinciones con que me ha honrado siempre me dan derecho para abrirle mi corazón. Estoy ahora, que ni yo mismo me conozco. Yo nunca había conocido el odio, ahora suelo sorprender a mi corazón odiando; ¿y odiando a quién? ¡Al padre de mi Lucinda! ¡Oh! ¡No sabe ese hombre el mal que me ha hecho! ¡Si sufriera yo solo, nada sería; pero hacer sufrir a aquel ángel! ¡No tengo fuerzas para perdonárselo! Su injusticia ha maleado mi carácter; y digo su injusticia, porque mi calidad de pobre no le da derecho para oponerse a nuestra unión. Yo conozco a Lucinda, y sé que podríamos vivir muy felices con solo el fruto de mi trabajo, para lo cual, estaba dispuesto a abandonar mi carrera y ocuparme de cualquiera industria.

-¡Oh! -le interrumpió don Ramón-. ¡Abandonar tu carrera! No te lo permito, Anselmo... Ahora más que nunca necesita Chile de oficiales honrados en su ejército.

-Yo también lo creo así, señor, pero...

-No necesitas colgar tu espada para ocuparte de alguna industria, aunque sea indirectamente... Después hablaremos de esto... Por ahora es preciso tratar cómo tomar la fortaleza... Ya tengo mi plan; y te aseguro que la tomaremos, aunque sea a sangre y fuego. ¿Cuales son tus determinaciones?

-En mi posición no me queda otro medio que esperar con paciencia a que Lucinda sea mayor de edad. Puede ser que intertanto, don Marcelino entre en razón.

-¿Entrar en razón ese viejo? Es pedirle peras al olmo. No en balde me opuse yo tanto a que se casara con la Trinidad. Me parece, amigo, que es peligroso el empleo de la paciencia, porque puede ser que durante este tiempo, Lucinda, obligada por su padre se case con otro.

-Ya sé el proyecto de don Marcelino; pero acerca de eso no tengo temor alguno, señor. Mi rival es un ser más que ridículo y aunque no lo fuera, confío en el juicio de Lucinda.

-Mi plan es otro, hombre. Yo soy porque empleemos la fuerza, desde luego.

-¿Cómo?

-Después sabrás. Antes de todo, ¿dónde vives?

-En casa del capitán Andrés Muñoz.

-Lo conozco. Es preciso que hoy mismo te vengas a vivir aquí a mi casa. No hay que replicar.

-Mil gracias, señor.

-Entonces, hasta luego. Prepárate, porque mañana hemos de hacer juntos una visita en casa de don Marcelino.

-¿Oh? ¡Señor General! Usted no sabe el odio que me profesa.

-Sí lo sé: me lo ha dicho él mismo, sabiendo lo que te aprecio; y es preciso que castigue su desatención llevándote allá... Con un hombre racional, obraríamos de otro modo; pero don Marcelino está fuera de la ley común.

[...]

En la tarde de ese mismo día, Anselmo estaba instalado en casa de don Ramón Freire.

CAPITULO LVI

A descortesía, descortesía y media

«La educación invadía las creencias españolas: la autoridad favorecía la invasión; luego, destruyamos esa autoridad»

—(FRANCISCO BILBAO. Sociabilidad Chilena.)

Habían pasado algunos días: don Marcelino se hallaba en su cuarto platicando sobre el asunto que más le preocupaba con su consejero, el padre Hipocreítia, a quien había llamado para preguntarle el partido que sería conveniente tomar.

-Es por demás extraña la conducta del General -dijo el padre después de haber oído la relación de su amigo.

-Se ha portado como un verdadero loco, y yo creo que le falta algo de aquí -contestó don Marcelino tocándose la cabeza.

-Jamás ha tenido de sobra -murmuró el jesuita-. Yo creo -prosiguió en tono más alto-, que el objeto de don Ramón es oponerse al proyecto de usted.

-Está de manifiesto: ¡me lo ha dicho en mis barbas, el hombre!

-Quiero decir; al proyecto que usted se propone realizar -agregó el fraile, recalcando las últimas palabras.

-Eso es, padre mío ¡que yo me he propuesto realizar! -repitió el necio de don Marcelino, halagado con la idea de ser él la persona activa en el proyecto.

-Y siendo usted -prosiguió el padre-, el verdadero autor de la idea, comprendo su disgusto al ver la dificultad para realizarla.

-La incomodidad que he tenido con ese hombre no puede ser mayor. ¡Dios me perdone...!

-Eso es muy natural y justo... Porque no se puede faltar al respeto debido a un padre de familia...

-¿No digo yo? Su paternidad adivina mi pensamiento. Es lo que ha hecho ese hombre; y no se lo perdono por más General que sea.

-Y ¿por qué no le prohibió usted la entrada?

-¿Pero, señor? ¡Si no me dio tiempo! Entró sin mi permiso.

-¿Llevandoselo por delante?

-Como si yo fuera basura: ¡sí, señor! Ni más ni menos.

-¿Sin respetar sus canas?

-Sin el menor miramiento -contestó don Marcelino, furioso ya con las insinuaciones del diestro fraile-. Ese hombre ha abusado de mi paciencia, de mi mansedumbre, de mi buen genio, de mi... de mi... de todo lo que yo puedo tener de bueno. Le aseguro a su paternidad, que cada vez que me pongo a considerar en esta, casi me vuelvo loco. ¡Es mucha cosa!

Esto lo sabía muy bien el jesuita; y he aquí por qué había empleado sus excitantes palabras. Después de un corto silencio, exclamó:

-¡Es un atrevimiento inaudito! Aquí tiene usted una prueba de lo que otras veces le he dicho: ¿qué otra cosa ha de suceder con el gobierno que tenemos?

Mucho tiempo hacía que trabajaba el padre por convertir en opositor a Don Marcelino; pero a pesar de la influencia que sobre él ejercía, no había podido conseguirlo, pues el viejo era de los hombres que jamás se exponen a nada con el que manda. Y como el jesuita sabía que no se puede influir sobre los caracteres egoístas y testarudos sino halagando sus pasiones favoritas, no quiso perder la oportunidad que la suerte le presentaba aquel día, a fin de atraerse a un hombre tan rico como el señor de Rojas. Al oír éste las últimas palabras de su amigo, le preguntó:

-Y ¿qué tiene que ver el gobierno con la mala crianza del General?

-Mucho, amigo mío, muchísimo: ¿no sabe usted que el Gobierno está compuesto de esa gente sin principios, sin religión ni temor de Dios, a quien se llama pipiolos? El General Freire es uno de ellos y como cuenta con el apoyo de la autoridad, cree poder hacer lo que se le antoja.

-¡Ah! Ya entiendo: por eso está tan gallito. ¡Lo entiendo muy bien!

-Pero, ponga usted a los pipiolos debajo, y la gente orden y timorata de Dios encima, y verá si un cualquiera viene a perderle el respeto a un honrado padre de familia.

-Tiene razón su paternidad. No había pensado en ello; pero ahora caigo: ¡es la pura verdad!

-Por eso es que los hombres de bien deben trabajar por que se verifique este saludable cambio.

Don Marcelino bajó la cabeza sin contestar. El jesuita, cuya divisa era no ser porfiado con los testarudos, tomó otro camino a fin de tocar otra cuerda en el alma de su interlocutor.

-Pero volviendo a nuestro asunto principal -dijo-: ¿cuál puede ser el interés de Freire, fuera del de casar a su primito Anselmo con Lucinda?

-También ha tenido el atrevimiento de decírmelo; pero no lo conseguirá, sino cuando me echen la tierra encima.

-Como la niña es rica; quiero decir, como ella espera una buena dote...

-Por eso es el empeño... Pero ¡por los clavos de Cristo...! Yo no permitiré que un cualquiera venga aquí con sus manos limpias a aprovecharse de mi sudor y trabajo. ¡No, señor!

-En fin -dijo el reverendo-, si usted estuviera seguro de que el verdadero móvil de ese pretendiente era un amor honesto, vaya con Dios; pero la mayor parte de los mocitos del día no miran otra cosa que el dinero: ¡nada más!

No contestó don Marcelino, porque en aquel momento llamó su atención la entrada de dos personas por la puerta de calle que estaba enfrente de su asiento. Eran estos el General y Anselmo que entraron al patio conversando muy naturalmente. Don Marcelino se quedó como clavado en su silla, por la emoción. Enseguida, mostrando con el dedo índice a sus enemigos que atravesaban tranquilamente el extenso patio de la casa, dijo con voz convulsiva:

-¡Mire, su paternidad! ¿Será creíble tanto atrevimiento?

-Si no lo viera, no lo creería -dijo el fraile con secreta satisfacción. Y lo peor es que nada puede usted hacer contra ellos... Están con el gobierno. Resígnese a ser pisoteado por los pipiolos.

-¡Yo no me resigno! -exclamó don Marcelino indignado, levantándose de su asiento.

Y saliendo apresuradamente de su cuarto, se dirigió hacia los recién llegados.

-Señor General: ¿qué se le ofrece a usted? -preguntó con voz seca.

-¡Oh! Señor don Marcelino: dispense usted que haya pasado adelante sin saludarlo - contestó Freire tendiendo la mano al viejo.

Éste, dominado por la presencia de don Ramón, le tendió la mano balbuceando un saludo.

-No lo digo por usted, señor General, sino por su compañero que... Dígame -prosiguió, dirigiéndose a Anselmo, cuyo saludo no contestó-; ¿qué se le ofrece a usted aquí en mi casa?

-Viene acompañándome -contestó Freire tranquilamente...- No olvide, señor don Marcelino, que Anselmo es uno de los amigos a quienes más estimo.

-Así será; pero el tal Anselmo debe acordarse de que lo he arrojado de mi casa.

-¿Por qué?

-Porque así me convenía: a mí no me gusta dar cuenta a nadie de lo que hago.

-Pues yo lo traigo aquí porque así me conviene -contestó Freire... Y lo traigo, a pesar suyo... Por último, en días pasados me aconsejó usted que no me metiera en sus asuntos: ahora le doy yo un consejo análogo. ¡Déjeme en paz! Señor de Rojas.

-¡Y se hace dueño de mi casa! -exclamó don Marcelino, temblando de cólera... Eso no lo permitiré... ¡No! ¡Por más General que sea, y por mucho más capitán General del rey que usted haya sido, no pasará por sobre mí!

-Don Marcelino -le dijo don Ramón, tomando al viejo de la mano y retirándolo a un lado: oiga usted.

-Oigo. Vamos a ver: ¿qué tiene usted que decirme?

-Si usted fuera capaz de escuchar razones como hacen los hombres de juicio, me conduciría de otro modo; pero la experiencia de muchos años me ha enseñado a tratarlo a usted como merece... Ya usted me conoce demasiado para que me crea capaz de ver impasible el sacrificio de mi sobrina. Basta, don Marcelino -prosiguió el General bajando más la voz: basta con que le haya perdonado a usted la tortura constante en que ha vivido mi prima Trinidad.

-¡Señor!

-Pues bien, amigo mío: estoy pronto a respetar sus derechos de dueño de casa: me voy; pero es para entablar desde hoy un juicio contra usted.

-¿Contra mí?

-En representación de mi prima.

-¿Contra mí?

-Juicio de divorcio.

-¡Oh!

-Tengo pruebas fehacientes de su mala comportamiento para con su mujer... Veremos quién vence... Vámonos Anselmo: el señor don Marcelino nos prohíbe el placer de visitar a su familia.

-Pero ¿quién le ha dicho que le prohíbo a usted el venir a visitarnos cada y cuando quiera? Entre usted; pero...

-Es que si entro ha de ser acompañado de mi amigo: ¿qué dice usted?

Don Marcelino no contestó.

-Quien calla otorga -dijo don Ramón, abriendo la puerta.

Y empujando a Anselmo para que entrase, entró él mismo, diciendo entre dientes:

-A descortesía, descortesía y media.

Y cerrando la puerta se dirigió con su joven compañero hacia las piezas de la señora, quien con su hija, habían visto la desagradable escena por entre las rejas de una ventana entreabierta.

CAPITULO LVII

Don Marcelino se enternece, y luego se arrepiente de su debilidad

«No hay quien, llegando al mal paso,
No se apée del Picazo.»
-(REFRÁN DEL PUEBLO.)

La pobre Lucinda no sabía lo que le pasaba. Aunque ya tenía noticia de la visita, no se atrevía creerlo, pensando que nadie sería capaz de contrariar las órdenes de su padre.

Doña Trinidad recibió llorando a su primo, y abrazó a Anselmo con el cariño de una madre que ha estado por mucho tiempo privada de la vista de un hijo querido. En cuanto a don Marcelino, estuvo tentado por entrar a castigar, por su propia mano, la audacia del joven; pero se contuvo, y volviendo a su cuarto, dijo al padre que allí lo esperaba con impaciencia:

-¡Padre mío! ¡No solo me quiere quitar a mi hija, sino también a mi mujer!

-¿Qué es lo que dice usted?

-Lo que oye. Me ha hablado de causa de divorcio ante la Curia eclesiástica si no consiento en entregarle a mi hija para que él se a dé al primero que pase por la calle... ¡Oh! ¡Esto es atroz!... ¡Al primero que pase por la calle! ¡Sí, señor!

Y don Marcelino se cubrió la cabeza con ambas manos. Luego rehaciéndose, dijo:

-Mire, padre: lo que su paternidad ha dicho es la verdad. Ambos dos son pipiolos... Si no fuera por el gobierno que tenemos, ¿estarían tan ensoberbecidos?

-Claro es que no -respondió el jesuita.

-Pues ahora soy con ustedes. ¿En qué quieren que los ayude? ¿Necesitan dinero?... ¡Ah! ¡Daría el arriendo de mi estancia de los Peumos, durante diez años, por bajarle el orgullo al General!

-Ahora lo que importa es arrancar la tórtola de las garras de los gavilanes -dijo el fraile en voz baja.

-¿Pero cómo? ¿Se le ocurre a usted algún medio?

-Hay uno; pero no tengo tiempo para explicarlo.

-Me pongo a sus órdenes, padre mío. Dígame ¿qué es lo que conviene hacer? Acepto desde luego su plan.

-¿Me promete usted obrar como yo le indique?

-¡Prometido! ¡Prometido!

-Pues entonces; vaya mañana con Lucinda a misa al convento de las Capuchinas.

-Convenido.

-A las ocho y media sin falta.

-Muy bien.

-Ahora es preciso que usted vaya a hacerle la corte a don Ramón.

-¿Yo?

-Sí, señor. Sea complaciente con Anselmo.

-¡Imposible!

-Usted me ha prometido obrar según mis indicaciones.

-Pero...

-Quiebre de su genio, don Marcelino, porque de otro modo nada conseguiremos.

-Lo haré así, ya que es necesario.

-Es preciso que usted trate bien a doña Trinidad y a Lucinda, desde hoy hasta mañana. ¡Sea amable con ellas, y ofrézcale a Dios el sacrificio...!

-¡Oh! Mi padre, así lo haré...

-¡Adiós!

-Hasta mañana -dijo don Marcelino, encaminándose hacia las piezas interiores.

Cuando doña Trinidad vio entrar a su marido, tembló involuntariamente; pero se tranquilizó algún tanto al verlo dirigirse de un modo apacible hacia el General y entablar conversación con él. Mientras hablaban, decía interiormente el viejo:

-¡Dios mío! ¡Te ofrezco este sacrificio que hago por la felicidad de mi ingrata hija!

Enseguida, viendo que la niña no estaba en la sala, le preguntó a doña Trinidad por ella.

-Se acaba de retirar -contestó la señora-: está indispuesta.

-¡Enferma! -dijo don Marcelino. ¡Dispense usted, señor General: voy a ver qué tiene esa pobre muchacha!

Enseguida se fue al cuarto de su hija, murmurando:

-¡Dios mío! Te ofrezco el sacrificio de tener que aparentar otra cosa de lo que siento por lograr el bien de mi familia. Yo creo que al santo Hipocreitía se le debe haber ocurrido un buen plan.

Llegado al cuarto de su hija, preguntole qué tenía. La pobre niña, creyendo que su padre iba a reprenderla, no entendió la pregunta y bajó la cabeza como tenía de costumbre.

-¿Te pregunto si estás enferma? -dijo secamente don Marcelino.

-No, padre -contestó ella.

-Y entonces ¿por qué te has venido de... de allá adentro?

-Por no hacer una cosa contra la voluntad de *su merced* -contestó sencillamente la niña...

-¡Pobre muchacha! -exclamó don Marcelino, conmoviéndose involuntariamente.

Enseguida se acercó a su hija; y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo con una voz que tenía algo de cariñosa:

-¡No llores, hija mía!

Al sentir el contacto de aquella mano; al oír las palabras de su padre, que expresaban cierta ternura, Lucinda echó los brazos al cuello de don Marcelino, y exclamó llorando:

-¿Me perdona *su merced*? ¡Ah! ¡Si su merced supiera cuanto lo quiero, padre mío!

Estrechado el viejo por el dulce abrazo, no pudo resistir las tiernas palabras de su hija e inclinó la cabeza sobre los hombros de la niña. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos, y un hondo suspiro se escapó de su pecho. Su dureza estaba vencida. El que había ido allí por representar un papel concluía por hablar y obrar con verdad.

-¡Esto me ha hecho bien! -murmuró el pobre hombre después de hacer sentar a su hija en la cama. Acuéstate, hijita -le dijo-: tú no estás buena.

Enseguida llamó a una criada; le encargó el cuidado de Lucinda, y se fue a la cuadra.

-Conque ¿en qué quedamos, señor don Marcelino? -preguntó el General despidiéndose-. ¿Puedo proseguir visitando esta casa con mi querido amigo Anselmo?

-Sí, señor -contestó don Marcelino, dándole la mano.

Enseguida saludó al joven de una manera que admiró a éste y a don Ramón. Doña Trinidad llegó a mirar con interés a su marido.

-Gracias, don Marcelino -dijo la señora cuando se hubieron retirado las visitas.

-Ve a ver a Lucinda -dijo éste-, y avísame si será preciso ver médico: ¡Pobre muchacha! -prosiguió, dirigiéndose a su cuarto. ¡Ahora conozco cuánto la quiero...!

Pero fue interrumpido por una voz que le preguntó desde el interior del cuarto:

-¿Cómo ha ido, señor?

-¡Ah! ¡Mi padre! -exclamó sorprendido don Marcelino...- Yo creía que...

-¿Usted no creía encontrarme aquí, eh? Es verdad; pero he preferido saber el resultado de estos incidentes antes de irme... Además, quería hacer a usted una advertencia.

-¿Cuál es esa?

-Que cuando hayan oído misa, mañana, se vayan usted y Lucinda al locutorio.

-Pero, dígame padre ¿cuál es su plan?

-Mañana lo sabrá usted.

-Es que yo quisiera saberlo, mi padre; porque... ya sabe su paternidad, que soy hombre de secreto. ¿No habrá algún peligro de...?

-Si usted no tiene confianza en mí, no hablemos más.

-¡Yo! ¡No tener confianza en su paternidad!

-No hablemos más. Le diré a don Melitón que pierda la esperanza...

-¡Ah! ¡Mi padre!

-Porque hay otro pretendiente.

-¡Oh! ¡Padre mío!

-Y el señor General obtendrá la mano de la niña para su protegido... y Anselmo se enriquecerá a costa de usted...

-¡Uff! ¡Padre por Dios!... Calle su paternidad -exclamó el viejo.

-Adiós, amigo mío. ¿En qué quedamos al fin?

-Mañana estaré sin falta en la iglesia de las Capuchinas a las ocho y media. ¿No es esto?

-Cabal: esa es la hora.

-Y luego después de misa nos vamos al locutorio.

-Eso es: pero es preciso que usted vaya solo con la niña. ¡Adiós!

-Beso a su paternidad la mano.

-Mientras salía el jesuita, don Marcelino decía meneando la cabeza:

-¡Lo que son las tentaciones del demonio! Ya me había principiado a enternecer al oír los *lloriqueos* de la muchacha... Pero las palabras de este santo hombre me han fortificado. ¡Querer adueñarse de mi dinero! ¡Picaronazos! Antes se lo daría a los Pincheiras que a los pipiolos. ¡ah! ¡No lograrán su intento por más que trabaje el señor General! Y yo, tonto de mí, que casi, casi... Si no es por este santo padre... ¡Oh! ¡Vale mucho tener un hábil director de conciencia!

CAPITULO LVIII

La Trampa

«Quedó la víctima oculta
como débil navecilla,
que, hecha pedazos la quilla,

en las olas se sepulta.
La puerta volvió a cerrarse.»
-S. SANFUENTES. (El
Campanario.)

Al otro día, muy de mañana, invitó don Marcelino a su hija para ir a misa. Obedeció la niña; y queriendo acompañarla doña Trinidad, se opuso el viejo con los más frívolos pretextos. La buena señora, acostumbrada a una obediencia pasiva, no hizo más que callarse por creer que aquello no pasaría de ser uno de los comunes caprichos de su marido, y aun llegó ella misma a agradecer la invitación hecha a su hija, cosa que no siempre hacía don Marcelino.

Mientras la pobre madre cavilaba sobre el objeto de aquella nueva rareza de su esposo, éste oía devotamente la misa que el padre Hipocreitía rezaba en el altar del Niño Dios, una de las imágenes más milagrosas de la ciudad de Santiago, cuyos habitantes tenían - 350- a dicho Niño Dios como el más divino de todos los de la capital. La devoción, llena de movimientos, cortesías, besos a los ladrillos, golpes de pecho y *per signa crucis* de don Marcelino, contrastaba notablemente con la verdadera piedad que se reflejaba en la angelical expresión del rostro de su hija.

Acabada la misa, quedáronse rezando las últimas oraciones, o la *yapa*, como solía decir don Marcelino, y luego se levantaron para retirarse. Pero al salir de la iglesia, dijo éste a Lucinda:

-Oye, hija mía: me ha sucedido ahora lo que jamás me sucede. ¡Ya se ve! Me estoy poniendo viejo.

-¿Qué tiene su merced, padre mío? -preguntó la niña con interés.

-No es más que una fatiguita que... No te asustes, pasará...

-¡Dios mío! -exclamó alarmada la niña-. Apóyese su merced en mi brazo, y acerquémonos a alguno de esos cuartos del frente para pedir un poco de agua.

-Me parece preferible irnos al locutorio: allí estaremos mejor y pediremos una bebida a las monjas... Tú sabes que tenemos amigas en el convento.

Diciendo esto, ambos se habían encaminado hacia el lugar del locutorio, a cuya antesala entraron, sentándose en uno de los largos escaños de madera que rodeaban la pieza.

-¡Uff! -exclamó don Marcelino, limpiándose la cara con su gran pañuelo de algodón a cuadros-: estoy un poco mejor con haberme sentado... Mira, niña -prosiguió-: ruégale a la tornera que nos pase un poquito de agua.

Cualquiera otro habría notado que el habla, demasiado entera de don Marcelino, no acusaba la fatiga de estómago de que él se quejaba; pero Lucinda estaba tan preocupada

que no podía hacer esta reflexión, y solo pensó en satisfacer cuanto antes la necesidad de su padre.

Mientras pedía el agua, se abrió en un extremo de la reja que dividía en dos partes la gran sala del locutorio, una puertecilla por donde se vio salir al padre Hipocreitía.

-¡Ah! ¡Señor don Marcelino! -exclamó-; ¡qué feliz encuentro! Muy buen día, Lucinda. ¿Cómo esta su mamita?

-Muy buena, señor -contestó la niña dando las gracias al padre por el interés que manifestaba.

-Yo no lo estoy -dijo don Marcelino, porque me ha atacado una fatiga que...

-¡Una fatiga!... Voy a hacerle dar una toma milagrosa para estos casos -respondió el padre.

-He pedido un poco de agua -dijo Lucinda.

-El agua sola no sirve -agregó aquél, tomando el pulso a don Marcelino, quien tuvo ocasión de indicar al reverendo que la fatiga era un pretexto.

-Lucinda -dijo el fraile, como animado por una idea repentina-:

entre en ese gabinete; abra con esta llave una puertecita verde que hay a la derecha, y dentro del segundo gabinete hallará sobre la mesa un frasco. Traigalo pronto:

La pobre niña, asustada por el terror que veía pintado en los ojos del fraile, tomó la llave y entró al primer gabinete por la misma puerta que dio salida al reverendo. Enseguida abrió la segunda puerta y entró en una especie de pasadizo oscuro, en donde, no encontrando la mesa y el frasco de que le habían hablado, quiso volver a salir; pero en ese mismo instante sintió que la puerta verde se cerraba de golpe y la llave daba vuelta como por encanto. La pobre niña quedó en tinieblas, y llena de miedo corrió hacia la puerta. No pudiendo abrirla, empezó a gritar:

-¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Me ahogo!

Entonces se abrió otra puerta fronteriza a la primera, y entraron por ella tres mujeres que recibieron en sus brazos a Lucinda, casi desmayada de terror.

Todo esto se había ejecutado en cortísimos instantes. No bien hubo Lucinda abierto la puerta verde, cuando el fraile saltando al primer gabinete, la cerró de golpe y torció la llave.

-¡Padre! ¡Padre! ¿qué ha hecho su paternidad? -le preguntó don Marcelino viéndolo salir triunfante.

-Está el pajarillo en la trampa -contestó el fraile-. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

-¡Pero oiga, su paternidad, como llora y grita la pobre muchacha! ¡Yo no puedo oír eso! -exclamó el viejo.

Y luego, movido por el lastimoso llamamiento de su hija, don Marcelino contestó:

-¡Allá voy, hija mía!

-Si se mueve usted todo es perdido -lo interrumpió el padre, sujetando sobre el escaño a don Marcelino que quería ir a favorecer a su hija.

-Pero explíqueme, su paternidad, por Dios, lo que sucede -exclamó el viejo verdaderamente sobresaltado.

-Voy a hacerlo: tranquilícese, porque le juro por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que nada tiene que temer por parte de la niña.

-Y entonces ¿qué significa ese llanto, esos gritos?

-Son causados por la sorpresa -contestó el jesuita-. ¡Oiga usted, tres monjas la esperaban allí adentro para llevar la niña al monasterio!

-¡Al monasterio!

-Sí, señor: es indispensable. Ese era mi plan, que no he tenido tiempo de comunicar a usted. Yo había pensado llevarlo a efecto de otro modo; pero la casualidad, o más bien, la Divina Providencia lo ha dispuesto mejor. En fin, le aseguro que nada tiene que temer; y para que se cerciore de ello, usted mismo hablará con la madre abadesa... Portera -prosiguió, golpeando en el torno-. Llame usted a la venerable hermana, Sor Agueda.

Enseguida, dirigiéndose a don Marcelino, dijo:

-No lo impuse ayer de mi plan porque (es cosa ya probada) para que un proyecto tenga efecto es preciso saberlo guardar hasta su ejecución. Había pensado decírselo hoy aquí; pero ya ve usted que no ha habido tiempo. Se han presentado las circunstancias de un modo que no era posible dejar de obrar. Mi plan de ataque se ha inutilizado; pero ojalá se inutilizasen así todos los planes. Gracias a Dios, hemos pasado el Rubicón. Ahora es preciso no perder, por una imprudencia, las ventajas que usted ha adquirido con este paso.

-Yo no veo qué ventajas sean esas.

-No las ve usted porque está cegado por el amor de padre; amor del cual muchas veces se vale el diablo para coger las almas entre sus garras.

-¡Ave María!

-Si, sí diga usted. ¡Ave María! ¡Ave María! Y se verá libre de diabólicas instigaciones. Usted se encuentra herido en sus sentimientos naturales... Yo no desapruero esto; pero es preciso ahogar esos mezquinos movimientos de nuestra pobre naturaleza si queremos adquirir la fuerza necesaria para cumplir con un gran deber...

Lucinda está ya en el convento; aquí lo pasará mejor que en casa de usted La compañía de estas santas esposas del Señor influirá sobre su ánimo demasiado exaltado por las mundanas pasiones y tranquilizar a su espíritu. En poco tiempo más, tendrá usted una hija tan sumisa que...

-¡Oh padre mío! -le interrumpió don Marcelino dominado por la palabrería del fraile-: tal vez tenga usted razón.

-¿Y duda usted de los buenos y saludables efectos de la religión?

-Yo no dudo.

-Si, sí; usted duda porque el demonio aún no ha abandonado su presa. Satanás no se da por vencido sin un serio combate... Pero aquí tenemos a Sor Agueda.

-¡Ave María Purísima! -dijo desde adentro una voz entera, cuyo tono hacía sospechar un carácter resuelto.

-¡Sin pecado concebida! -respondió el padre desde afuera.

-¿Quién llama? -preguntó la misma voz.

-¡Soy yo, madre mía! ¿Cómo está la salud de su reverencia?

-¡Ah! ¡Nuestro buen capellán! ¿En qué puede serle útil su sierva? Yo estoy buena, gracias a Dios.

-Estoy con el señor don Marcelino de Rojas, padre de la niña que...

-Que acaba de entrar al convento -interrumpió la monja.

-¿Cómo está Lucinda, madre mía? -preguntó el viejo padre con voz temblorosa.

-Buena, muy buena, señor, gracias a Dios -contestaron desde adentro-. Al principio la hizo llorar la sorpresa; pero a los cinco minutos; ya la santa paz moraba en su alma... La acabo de dejar en su celda acompañada de dos hermanas, cuya santidad es el ejemplo constante de la orden... Descuide usted, señor -prosiguió con tono meloso-: descuide usted en nosotras: yo sabré cumplir con el encargo que usted me ha hecho por conducto del reverendo Hipocreitía.

-¿Yo? ¿Cuándo?

-Calle usted -le interrumpió el fraile-; calle y oiga. Después hablaremos.

-Sí, señor mío: su humilde servidora cuidará en persona de que nada falte a la niña: basta que se haya empeñado por ella nuestro santo capellán.

-Amén -dijo el padre, despidiéndose de la monja.

Y arrastrando a don Marcelino hasta un escaño, le dijo:

-Mire usted don Marcelino: tenga valor para cumplir con un serio deber.

-Es que como ha sido hecho todo así... tan de repente...

-Confieso que usted tiene razón para estar intranquilo, porque la tranquilidad de este mundo no estriba sino en la costumbre de los acontecimientos. ¿Soy acaso de bronce para no comprender el dolor de un padre que se ve repentinamente separado de su hija. Pero considere que esta separación no es eterna. ¡La puerta del claustro no es la losa del sepulcro!... Pronto verá salir de aquí a Lucinda más bella y sumisa que nunca... La niña es un ángel; pero necesita vivir algunas semanas entre estas santas mujeres... Por otra parte, añadió con intención el jesuita: mientras su hija permanezca aquí, qué tendrá usted que temer de las visitas del General...?

-Es verdad, padre mío -contestó el viejo rehaciéndose.

-Déjelo que lleve a Anselmo dos veces al día, si quiere a casa de usted ¿qué sacará con eso?

-Tiene usted razón: no había pensado en ello... Bajo este punto de vista, me parece bien la clausura.

-Ya está vencido el demonio -murmuró sonriendo el fraile-. Yo lo acompañaré a usted a su casa -prosiguió en tono más alto.

-Vámonos -contestó don Marcelino, dando un suspiro y encaminándose hacia su casa acompañado del jesuita.

No es posible traducir en palabras la sorpresa y luego el dolor de la pobre madre al saber por boca de su marido que su hija quedaba encerrada en un convento.

-Y ¿en qué convento ha quedado? -pronunció la señora.

-Eso no lo sabrás -contestó don Marcelino-, mientras seas contraria a mis intentos y a la felicidad de nuestra hija.

-¿A su felicidad? ¡Bien sabe Dios, don Marcelino, que daría mi vida por verla feliz!

En balde rogó y lloró la señora por saber en dónde había ocultado a Lucinda. Don Marcelino fue inexorable.

-Bástete saber -dijo ésta a su esposa, que la muchacha no tendrá nada que sufrir entre aquellas santas mujeres. He hablado con la madre abadesa, y me ha prometido cuidarla como si fuera su hija.

-Esto será cuando ella comprenda el amor de una madre -contestó llorando doña Trinidad... Pero ¿con qué objeto ha hecho usted esto, don Marcelino?

-Con el objeto de que la muchacha aprenda a obedecer. No saldrá de allí sino para ser la esposa de don Melitón. Tú puedes escribirle. Yo llevaré las cartas y te traeré su contestación.

La pobre mujer no contestó una palabra. Estaba absorta en su dolor y apenas podía creer lo que ya hacía un cuarto de hora que se le había dicho.

En cuanto a don Marcelino, no diremos más sino que aquel día -355- comió con el apetito de costumbre, y luego se acostó a dormir la siesta -murmurando como si fuera una jaculatoria:

-¡Que venga ahora el General con su pipiolito! Veremos qué cara pone cuando no encuentre el pájaro en su nido!...¡Ja, ja, ja! ¡Si tiene este padre Hipocreítia unas ocurrencias...! ¡Ahora sí que me convenzo de que este fraile es un portento de habilidad!

Y luego empezó a roncar gutural y sonoramente.

CAPITULO LIX

Dentro del Claustro

«¿Por qué la paz tranquila de este sitio
No está en mi corazón...?»
-(G. BLEST GANA.)

Al volver Lucinda de su desmayo, se encontró acostada en una catea y rodeada de tres o cuatro mujeres que le prodigaban los más solícitos cuidados. Parecía a la pobre niña que despertaba de un sueño para volver a caer en otro más espantoso aun, pues la vista del cuarto, así como la de las personas que rodeaban su lecho, no era para tranquilizar su ánimo inquieto.

-¿Dónde estoy? Fue lo primero que dijo.

-Aquí, hijita, con nosotras, en este convento a donde su señor padre ha querido enviarla - le contestó una monja de edad que estaba a su cabecera.

Esta contestación, las tocas de las monjas, las estampas que adornaban las paredes blanqueadas con cal, y un gran Santo Cristo puesto enfrente de su cama, hicieron recordar a Lucinda la última escena del locutorio.

-¿Conque es verdad que estoy aquí presa? -dijo con voz lastimera.

La monja más vieja hizo entonces una seña a las otras para que salieran de la celda, y quedando a solas con Lucinda, le dijo:

-Tranquilízate, por Dios, hijita, y sabe que no estás aquí en una cárcel sino entre amigas que te querrán como a hermana.

-Y entonces ¿por qué han empleado la fuerza y el engaño para encerrarme? -preguntó la niña incorporándose en la cama.

-No puedo contestar a esa pregunta -respondió la monja-. Lo cierto es que te hemos traído aquí por mandato de la madre superiora, quien tenía encargo de parte del señor don Marcelino para tenerte en el convento.

-¿Mi padre? ¿Por encargo de él?

-Sí, hija mía.

-¡Es imposible! Jamás me ha dicho mi padre que fuera su intención encerrarme en un convento. ¡No; no puedo creer eso!...

-Nosotras no tenemos costumbre de mentir, hija mía -dijo la monja con tan severa humildad, que hizo arrepentirse a Lucinda de haber pronunciado las últimas palabras.

-Perdóneme usted le dijo a la monja, si es que la he ofendido.

-No tengo de qué perdonarte, hija mía: solo te ruego que no hables tan alto, porque es prohibido por nuestra regla.

-Yo quisiera hablar con la madre abadesa.

-Acaba de ser llamada al locutorio. Vendrá pronto.

La monja salió de la pieza después de haber aconsejado a Lucinda que permaneciese allí mientras la abadesa venía.

La pobre niña, habiéndose bajado de la cama y puesto en orden su vestido y peinado, salió a la puerta. Aquel cuarto tenía para Lucinda el aspecto de un sepulcro. Presentósele

a la vista un gran patio cuadrado, rodeado de celdas, cuyas puertas entreabiertas permanecían sin moverse. El patio estaba plantado de árboles; pero no se veía ninguna persona ni se oía el más ligero ruido. No había allí señales de vida. Hasta el aire mismo, pasando mansamente por entre las ramas de los naranjos y limoneros, parecía no querer turbar el silencio de aquella mansión. Lucinda sentía sobre sí un peso, una emoción de que no sabía darse cuenta. Su pecho oprimido apenas la dejaba respirar. Quería llorar y no podía. Un temblor involuntario agitaba su cuerpo; y luego aquel tétrico silencio, aquel rebozo sepulcral, le inspiraba miedo.

-¡Ah! -decía Lucinda-: ¿qué clase de tranquilidad es la que reina en este lugar, que en vez de traer la paz a mi espíritu subleva todos mis sentimientos y me excita a la desesperación? ¡Creo que el bullicio y los mayores desórdenes del mundo no inspirarían el horror que este silencio me causa!!... ¡La paz! Y ¡quien podría encontrarla en este cementerio de vivos!

Agobiada por tan siniestras ideas volvió la cabeza y vio venir a una monja, de las muy pocas que tenían el privilegio de salir de su celda en ciertas horas del día. Tenía éste sin hacer ruido alguno con sus pasos, cubierta con un velo; y al pasar por enfrente de Lucinda, y sin mirarla, dejó caer en forma de saludo estas palabras:

-¡Hermana! ¡Que morir tenemos!

Y la monja pasó adelante andando silenciosa y pausadamente como si fuera un cadáver movido por un oculto resorte. Lucinda volvió involuntariamente la cara y entrose en la celda; pero dando sus ojos con el gran santo Cristo y un par de calaveras que estaban sobre la mesa saltó fuera de la celda y echó a correr como una loca por el claustro. En aquel momento salía la abadesa del locutorio seguida de dos monjas.

-¡Oh! -dijo la madre, meneando la cabeza al ver a Lucinda: bien me había dicho nuestro santo padre que esta niña tenía raptos de locura.

Enseguida se encaminó hacia a ella con su par de ayudantes.

-¡Hija mía! -la dijo, con un tono que no carecía de dulzura y firmeza a la vez-: ¿no le ha dicho a usted una de nuestras hermanas que es prohibido salir de la celda?

-Dígame madre -le preguntó Lucinda entonces-: ¿es usted la abadesa?

-Yo soy, y por esto debe usted obedecerme. ¿Por qué ha hecho esto?

-Antes debe usted decirme: ¿por qué estoy aquí? -preguntó la niña.

-Se lo diré en la celda: vamos allá -dijo la abadesa imperiosamente.

-¡Yo no entraré jamás a ese cuarto! -exclamó Lucinda, mostrando la celda con el índice de su mano derecha.

-Está en uno de sus accesos -murmuró la abadesa-. ¡Pobre niña!

Enseguida, volviéndose a Lucinda le dijo:

-Advierta usted, hija mía; que mientras more en este claustro debe obedecerme como a su propia madre.

-¡Es que yo no quiero estar en este claustro ni en ningún otro! -contestó Lucinda con energía.

-Pues, a mi pesar, me veré obligada a emplear la fuerza -dijo la madre haciendo una seña a sus ayudantes para que tomaran a la desobediente de ambos brazos.

Al verse ésta amenazada por la fuerza, irguió su linda cabeza y dirigiéndose a la abadesa, la dijo con una voz que resonó en los cuatro ángulos del claustro:

-¡Señora! Si usted se atreve a ajar mi dignidad, le diré que no respondo de mí misma. He sido víctima de una traición, de un engaño atroz, ¿quién me asegura que dentro de aquella pieza no volveré a sufrir nuevos ultrajes? ¡Quiero salir al momento de esta casa, porque mientras permanezca en ella no me creo libre de desacatos contra mi persona! ¡Sí! ¡Quiero salir de aquí!

CAPITULO LX

Caridad

«Mucho hay, niña, de falso;
mucho la vista engaña:
jamás en apariencias
te aduermas confiada.
Si ves sobre mis sienes
mi cabellera cana,
no pienses que se ha helado
como mi frente, el alma.»
-(H. DE IRIZARRI.)

Diciendo esto, Lucinda echó andar hacia el locutorio. La abadesa estaba estupefacta, y a pesar de su entereza se consideraba medio vencida. Pero no era posible dejar ajar su autoridad delante de la comunidad entera, que al través de las puertas entreabiertas de sus celdas, presenciaba la desagradable escena. ¿Qué hacer? Las ayudantes, no atreviéndose a poner sus manos sobre la desobediente, la seguían a cierta distancia, admiradas de que hubiese una mujer en el mundo capaz de revelarse contra la autoridad de la Superiora.

Entonces salió de una de las celdas una monja, que encaminándose hacia la madre, le dijo:

-¿Me permite, su reverencia, hablar?

-Diga hermana -contestó la abadesa secamente.

-Prometo hacer que esta señorita obedezca, si su reverencia me permite *a mí* llevarla a su celda.

Lucinda se quedó admirada viendo la oficiosidad de la nueva monja.

-Si no consigo mi objeto, me obligo a cumplir la penitencia que ella merezca por su desobediencia.

-Está bien -dijo la abadesa impacientada-: llévenla entre las tres.

-Yo no necesito de las hermanas -dijo la otra monja-: ruego a su reverencia las mande retirarse.

Hízose así; y entonces la buena monja acercándose a Lucinda, le dijo con un acento lleno de dulzura.

-Usted acaba de oír la promesa que he hecho a la madre abadesa. La dejo a usted en entera libertad para irse o no a su celda. En el primer caso, la acompañaré como una amiga; en el segundo, iré a sufrir con gusto la penitencia por usted.

-¡Vamos, amiga mía: lléveme adónde usted quiera! -exclamó Lucinda llorando y echándose en brazos de la monja.

-¡Qué locura tan rara! -murmuró la madre abadesa, visiblemente contrariada-. ¡Hay locuras muy raras!

Y luego, llamando ésta a la monja, le dijo al oído:

-No olvide, Sor María, que la niña tiene continuamente estos arranques.

-No tenga cuidado, su reverencia -contestó la otra-: solo le ruego que me permita trasladarme a la celda contigua para cuidarla.

-Está bien -contestó en voz alta-: usted queda encargada de esta niña mientras ordeno otra cosa.

Enseguida volvió la espalda diciendo entre dientes:

-¡Hay locuras raras!... ¡Si, señor, muy raras!

En cuanto Lucinda se vio en su celda, preguntó a su compañera.

-¿Cual es el nombre de usted?

-No quiero recordar el nombre que tenía en el mundo -contestó tristemente la religiosa: desde que estoy en este claustro me llamo *Sor María de los Dolores*.

La monja pronunció estas palabras con un profundo acento de tristeza. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho: su mirada era dulce y resignada, y mientras hablaba dos lágrimas rodaron por sus descarnadas mejillas.

-¡Amiga mía! -la dijo Lucinda abrazándola-: usted sufre: usted es capaz de comprender mi dolor.

-Tranquilícese usted -contestó la otra reprimiendo un suspiro-. Dios lo ve todo, y todo lo juzga. ¡No se mueve la hoja del árbol sin su santa voluntad, que nosotros debemos acatar con humildad, resignación y amor!

Sor María era una mujer de talento, animada por el más puro espíritu de la caridad cristiana. En lo poco que ella había podido observar, aunque no en todos sus pormenores, había columbrado la verdad del caso; y mientras más observaba a la niña, más claro veía dibujarse en su fisonomía los efectos de una pasión contrariada. Además, casos semejantes se sucedían cotidianamente en aquellos tiempos en que un padre no tenía escrúpulo para meter a una hija desobediente en un convento, sobre todo, si la desobediencia tenía por origen el amor inspirado por un hombre de baja condición, o la falta de amor a un novio elegido por el interés. Y como la monja sabía que en tales casos nada vale el raciocinio; y que para errar las llagas del corazón es preciso hablarle a éste antes que a la cabeza, se contentó con prodigar a su protegida las más cariñosas expresiones de afecto.

-AQUEL que nos manda reír con los que ríen y llorar con los que lloran -dijo Sor María abrazando a Lucinda, me induce ahora a sufrir por ti sin inquirir la causa de tu dolor... Perdóname, hija mía, que te dé un tratamiento al cual mi edad me da derecho.

-¡Qué la perdone! ¿A usted que es la única amiga que tengo en esta casa! -le interrumpió Lucinda...- Hable usted, madre, que sus palabras me hacen mucho bien.

No tengo otra cosa que darte, fuera de mi amor -dijo la monja con una expresión de inefable bondad-: apóyate aquí cerca de este corazón que pongo en mis labios para hablarte. No porque veas mi cabeza encanecida -prosiguió con ardoroso acento, debes pensar que mi corazón ha muerto, o es incapaz de comprender los tiernos sentimientos. Sabe que debajo de este sayal late con ardor y se regocija cuando puede calmar un tanto el dolor de otro corazón lacerado, ayudándole a llorar su desgracia, o bien excitando en él la alegría con la que Dios mismo quiere que nos fortiquemos en medio de la tribulación... Por otra parte, desconozco las causas que te han traído aquí...

-No es porque haya hecho ningún mal -le interrumpió Lucinda, queriendo no perder la estimación de su protectora.

-Y aun cuando lo hubieras hecho -contestó ésta-; no por eso dejaría de amarte. Te amo, no porque eres buena, no porque hayas dejado de hacer el mal; te amo, hija mía, porque sufres; y basta que te vea llorar para que yo también lllore contigo.

-Gracias, amiga mía -dijo la niña besando con reconocimiento las manos de la monja. ¡Gracias, mi noble amiga! Dios le pagará a usted el bien que me hace. En cuanto a mí, solo puedo decirle que he sido víctima de un engaño, de una traición, cuyo autor no sé quién pueda ser... ¡Pobre madre mía! ¡Cuánto no va a sufrir cuando sepa mi prisión! ¡Cuando no me encuentre a su lado! ¡Cuando me llame y su hija no le conteste!... ¡Oh! ¡Madre mía! ¿Quién la consolará en su dolor?...

-¡Dios! -le contestó la monja, acariciando a Lucinda-. ¡Dios! Mi querida hija, que no abandona jamás a los que tienen fe en su Providencia. Oye -prosiguió, abrazándola con ternura-: tú has encontrado aquí una madre... ¡Está segura de que tu madre encontrará una hija que la consuele, mientras carece de ti!...

No hay almas más discretas que las verdaderamente caritativas. Como Lucinda no hablaba sobre los antecedentes del suceso, Sor María se abstuvo de hacerle preguntas indiscretas. Después de haberla rogado que tomase un poco de alimento, la hizo acostarse en la cama; y quitando de la mesa los despojos humanos que la adornaban, echó un gran velo negro sobre el crucifijo, y salió con el fin de trasladar su cama a la pieza vecina para estar más cerca de su protegida. Enseguida se fue a pedir órdenes a la madre abadesa, la cual la impuso de los antecedentes relativos a la niña, entregándole una carta para ésta, que plegó después de haberla leído.

Inútil es decir que todo lo que hizo la abadesa, no fue más que repetir a Sor María lo mismo de que aquella tenía conocimiento por boca del jesuita.

CAPITULO LXI

La carta de don Marcelino

«¿Por quién ora? Ella es tan pura
como un ángel de los cielos,
¿llora acaso un desengaño?
¿La aflige un remordimiento?
¡Ah! ¡No! Vive en su memoria
un tierno y dulce recuerdo,
dulce como una armonía
solitaria del desierto.»
-(C. WALKER MARTÍNEZ.)

Tres horas después, habiendo dormido Lucinda algunos instantes, se encontró un poco recobrada de sus emociones y se puso a reflexionar.

-Es indudable -(se dijo a sí misma)- que todo ha sido dispuesto de antemano para sorprenderme. Mi padre nunca acostumbra venir aquí a misa... Luego, la fatiga inesperada, y el encuentro con el padre Hipocreitía... Pero mi madre no puede haber entrado en el complot... Esto ha sido hecho sin su consentimiento... ¡Pobre madre mía! Yo le escribiré, hoy mismo... Pero ¿qué sacarla con escribirle? -prosiguió-: yo sé bien que a un monasterio no entra ni sale una carta sin ser leída por la superiora... ¡Y estando ésta, como parece, mezclada en el complot, debo perder la esperanza de hacer llegar mis quejas a mi pobre madre!

Diciendo esto, Lucinda inclinó tristemente su linda cabeza; y al volverla a alzar, fijó sus ojos llenos de lágrimas en el Cristo, cuyos contornos se dibujaban a través del velo que lo cubría.

-¡Dios mío! -exclamó arrodillándose ante la imagen del Salvador: ¡por las lágrimas que derramó vuestra madre Santísima, enviad, Señor, a la mía, el consuelo que necesita!.. ¡Perdonad a mi padre, como yo lo perdono, por la parte que puede haber tenido... como perdono a todos los que puedan haber influido para encerrarme aquí!...

Hecha esta oración, se levantó más aliviada; y al volver la cara, vio a Sor María, que de pie cerca de ella y con los brazos cruzados sobre el pecho, la miraba diciendo:

-¡Es un ángel!

-¡Madre mía! -le dijo Lucinda-: soy muy culpable... En toda mi aflicción, a pesar de sus piadosas palabras, no me había podido dirigir a Dios... Tenía el alma como espantada, por la injusticia... Pero ahora que acabo de hacer oración, mire usted como tengo fuerzas para sonreírme.

Y una angelical sonrisa se dibujó en los cándidos labios de la niña.

-No puedo expresar el placer que me das a el verte más tranquila -le dijo la monja con dulzura-. Prepárate -prosiguió-, a recibir noticias de tu familia...

-¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido a mi madre?

-Nada de malo según sabemos. Aquí tienes una carta...

-Démela, amiga mía -le interrumpió Lucinda, tomando la carta y abriéndola convulsivamente...- Es letra de mi padre: ¡Voy a tener explicado el misterio!

Leyó rápidamente la carta, y a medida que iba leyendo, su rostro iba también expresando la angustia de su alma. Cuando concluyó la lectura, dijo a la monja que se había quedado de pie enfrente de ella:

-Madre mía: esta carta es de mi padre y la posdata de mi misma madre. ¡quién lo hubiera creído! Reconozco ambas firmas... Como para usted no puedo tener secretos, le ruego

que la lea, a fin de que pueda hacerse cargo de mi desgracia... Pero ¡qué se cumpla la voluntad de Dios!

La monja tomó la carta y leyó a media voz:

Querida Lucinda: Estas líneas te escribe tu desgraciado padre que se ha visto en la necesidad de tomar respecto de ti una determinación reclamada por tu felicidad y aun por mi honor, que es el de mi familia. La causa de esta determinación es un secreto de conciencia que no puedo revelarte, pero que tal vez me será dado decirte después. Mientras tanto, debes permanecer dentro del convento por convenir así, no solo a nuestros intereses, sino también a nuestro honor. Espero, pues, mi tranquilidad de tu prudencia y del amor que me profesas, con el cual solo podréis corresponder en parte al que yo te tengo. Tu misma madre es también de mi opinión, como lo verás por la posdata que sigue a esta carta; y por mi conducto te ruega permanezcas entre esas santas vírgenes, mientras Dios mejora sus horas y podemos traerte otra vez a nuestro lado, de donde solo una grave razón ha podido separarte.

Tu padre que te abraza...

MARCELINO DE ROJAS.

P. D. Mi Lucinda: todo lo que tu padre te dice en la carta anterior es la pura verdad; y sin este gran motivo, ¿habría podido yo consentir en separarme de mi querida hija: ten paciencia, mi vida, que ello será por pocos días, y pronto te veré, con el favor de Dios, en mis brazos. Ruega al cielo por tu madre que te ama.

Trinidad Serrano de Rojas.

-¡Pobre de mí! -exclamó Lucinda llorando-. ¿Qué crimen he cometido para merecer este castigo?

-¡Cálmate, por Dios, hija de mi alma, y acuérdate de que la virtud misma tiene que sufrir sus pruebas en este mundo! Tú crees, en tu inexperiencia, que tu virtud te había de eximir del dolor; pero advierte, que ningún mortal puede ser una excepción a las leyes de nuestra miserable naturaleza. Querer evitar de todo punto el sufrimiento es una verdadera locura, tanto más cuanto que nadie, por grandes que sean sus méritos, puede considerarse digno de ser esa excepción. Mientras vivamos en el mundo, tendremos que sufrir los efectos de nuestras pasiones o de las pasiones ajenas; y en este caso, debe servir de consuelo a la virtud, la consideración de que no sufrimos por nuestra causa, y de que cuanto mayor sea nuestro dolor, mayor será también el amor con que nos mira Aquél que dice: «venid a mí los que sufrís dolores.»

Serenose un tanto Lucinda, manifestando que su alma no era insensible a aquellas palabras de consuelo.

-Dime, hija mía -preguntó la religiosa-, ¿Conoces bien las letras de esta carta?

-Las conozco perfectamente, y puedo asegurar que la primera es de mi padre y la última de mi madre... Esto es lo que causa mi mayor confusión. En cuanto al primero, aunque nunca me había hablado de hacerme entrar a monasterio alguno, concibo que de un día a otro podía ocurrírsele esta idea; pero en cuanto a mi madre, esto es imposible.

-¿Por qué?

-Soy su hija única y me quiere entrañablemente. Nunca me he separado de ella: y estoy seguro que sufre horriblemente con estar lejos de mí... Estoy cierta de que por todo el oro del mundo, no habría consentido en separarse de su idolatrada hija.

-Pero advierte, hija -observó la monja-; que a veces se hace ciertas cosas, no por los bienes materiales, sino por otras razones de mayor peso... Aquí hay un secreto que debes respetar, desde que tus padres te lo mandan.

-Es cierto; pero se me ocurre una cosa.

-¿Cuál? Dila.

-Además de mil otras razones que tengo para creer casi imposible el que mi madre haya dado su consentimiento, veo que el lenguaje de la posdata no es de ella.

-Pero esta es su misma letra...

-Es verdad -dijo Lucinda, volviendo a examinar la carta y repitiendo maquinalmente-: «esta es su misma letra.»

-Y advierte, hija, que está escrita con una mano firme; lo cual prueba que no ha sido forzada a escribirla, sino que esta posdata es el resultado de sus convicciones.

-Sin embargo ¿quiere que le haga una observación?

-Habla.

-No sé si me equivoque -dijo Lucinda-; pero, del hecho mismo de la observación de usted, deduzco yo que la posdata no es de mi madre. Le repito a usted que mi mamita no ha podido nunca soportar la idea de nuestra separación; y yo misma la he visto temblar al suponer solamente la realización de esta idea. Ahora bien: por profunda que sea su convicción respecto de la necesidad de tenerme lejos de ella ¿no es natural que su mano haya temblado al escribirme?

-Tienes razón -contestó la monja, admirada de la penetración y juicio de Lucinda.

-Y sin embargo, mire usted, madre mía: la letra de la posdata está mejor hecha que la de la carta.

-A pesar de todo; soy de parecer que sigas el consejo de tu padre, por algunos días siquiera. Dios que todo lo ve, descubrirá al fin la verdad. Nada se pierde con esto, mientras que obrando de otro modo, te expondrías a contrariar en un todo los expresos deseos de tu padre.

-Dice usted bien, amiga mía. ¡Estoy resuelta a esperar, y que se cumpla la voluntad de Dios!

-En cuanto a mí; te diré francamente que no veo quién pueda tener interés en engañarte; porque como no conozco los antecedentes que...

-Voy a decir a usted, sí me lo permite, todos los precedentes que se relacionan conmigo, y que a mi juicio, pueden referirse a este suceso -dijo Lucinda.

-Te escucho -contestó la otra sentándose en la cama.

Entonces Lucinda contó a Sor María sus sencillos amores con Anselmo, a quien no nombró. Luego después las dificultades puestas por su padre, así como el proyecto de éste de casar a la niña con el viejo español.

Escuchaba Sor María con marcado interés el sencillo relato de Lucinda; y cuando ésta hubo terminado, la dijo:

-En todo cuanto me has dicho, no veo razón alguna para que se te obligue a entrar a un claustro. Son otras las razones, Lucinda, que tus padres tienen para tomar esta penosa determinación. De todos modos, sea largo o corto el tiempo que vas a permanecer aquí, te prometo por mi parte hacer lo posible por que estés contenta... digo, tan contenta como aquí puede estarlo una niña no nacida para el claustro. Con este fin -prosiguió Sor María-, he conseguido que la superiora me permita dormir en la celda vecina. Así estaré más cerca de ti y podré servirte mejor.

-Me tiene usted confundida con sus bondades -respondió Lucinda-; pero yo trataré de merecerlas con mi cariño.

La monja sacó entonces de la manga de su hábito un libro de oraciones que entregó a Lucinda; y oyendo tocar la campana del convento, salió a cumplir con sus deberes religiosos.

En el momento de salir, pasó por enfrente de la puerta otra monja que saludó a Sor María diciendo:

-¡Que morir tenemos!

-Ya lo sabemos, hermana -contestó ésta con voz grave.

Al oír estas palabras, tembló Lucinda con el recuerdo de las escenas de la mañana.

CAPITULO LXII

El Jesuita prosigue su obra

«Los hombres del engaño,
los viles intrigantes,
se arrastran, imitando
las vueltas del reptil.»
(G. MATTA.)

Muchas veces habrá visto el lector sobre nuestras graníticas costas, alguna alta roca combatida por las olas del mar. Hay veces en que las olas enfurecidas azotan los flancos de la roca cubriéndola casi hasta la cúspide con un velo blanco que se rasga y se une alternativamente, o bien enroscándose en torno de ella como una gigantesca serpiente de plata, que brama, silba y ondula por entre las sinuosidades. El monstruo cambia de forma y de voz a cada instante; y, sin cesar, vuelve a la carga con sus escamas vaporosas, al parecer encrespadas por la rabia. Pero la roca vence, y sentada en su base de granito, eleva sin conmoverse sus puntiagudos prismas sobre el cinturón de espuma que la rodea. Otras veces la ola es baja, pero no menos poderosa. No sube hasta los altos flancos de la roca, y se contenta con azotar su base. Los golpes son constantes y aplicados al mismo punto como los del martinete. La roca permanece tranquila dando abrigo en sus grietas a mil mariscos e insectos de mar. ¿Quién no diría que esta segunda es más firme que la primera? Pero observáis, veréis que la base ha principiado a socavarse. El mar es más humilde y no parece sino que se inclinase ante la roca para que ella pusiese el pie sobre la líquida y móvil espalda: pero esa humildad es una traición del mar; esa calma es la perseverancia de su trabajo, y no parece sino que temiera cansarse antes de concluir su obra. No se agita con grandes bramidos; pero tampoco cesa de trabajar con esa paciencia de siglos que el mar tiene. Y sigue trabajando sin descanso hasta que principian a dibujarse las grietas sobre la base de la roca. Todo el terreno y los arbustos que allí crecían han desaparecido. Pasan años y las cavidades se hacen mayores: luego trascurren siglos, y las cavidades se convierten en grutas debajo de la roca. El mar parece que quisiera levantarla sobre su espalda... Todavía no es tiempo, y sigue minando y socavando hasta que la roca cae por su propio peso, y se hunde en las olas que se elevan entonces en neblina como para expresar el placer de la victoria.

No a la primera ola que ataca la roca de frente, sino a la segunda, que cual incansable arisco, mina y socava la base, esperando que la roca caiga de suyo, se asemejaba el padre Hipocreitía.

El jesuita trabajaba con la humilde paciencia de la hipocresía, y con la incansable perseverancia del tiempo, en alcanzar los fines que se había propuesto. Y minando poco a poco el ánimo de don Marcelino, abrigaba la firme convicción de hacerlo servir a sus miras.

Conocía el carácter del viejo y sabía que un ataque abierto era inútil para vencer su avaricias; y como sabía que una pasión solo se puede vencer por medio de otras, ponía en juego toda su maña para hacer germinar en el corazón de su hombre la ambición, el orgullo y el odio. Sus repetidas instigaciones eran también más certeras cuanto más bien sabía aparentar el desinterés: y así como una gota de agua hace hoyo en la piedra, así también él, con sus consejos e indicaciones cotidianas, taladraba, socavando en sus cimientos, aquella roca que al fin caería por su propio peso.

Cuando Anselmo y sus amigos tuvieron noticia de la desaparición de Lucinda creyeron naturalmente que debía ser el efecto de alguna caprichosa determinación de don Marcelino. Anselmo desesperado, impuso a Freire de lo que sucedía, y éste juró que había de descubrir el paradero de la niña.

Doña Estrella, después de hablar con Doña Trinidad (de quien no pudo saber otra cosa sino el hecho de que Lucinda estaba encerrada en un convento) se fue a ver a Cecilia, y con ella recorrió en un día los siete Monasterios que poseía Santiago, sin encontrar la menor noticia que pudiera consolarla. Volviendo al fin a su casa, dijo a su marido:

-Cándido: es preciso que sepamos cuanto antes el paradero de tu ahijada. A ti te corresponde el velar por su conservación.

-Pero ¿no dicen, hija mía, que Lucinda se ha metido en un convento?

-Yo acabo de recorrer todos los monasterios; pero me he molestado en balde, pues en ninguno he obtenido noticia de Lucinda. Yo no sé a dónde la habrá metido el monstruo de su padre... ¡Ah! ¡Si yo fuera la Trinidad, no se portaría él de ese modo!

-No hables así, Estelita!

-Déjame hablar... No puedo contener dentro de mí la indignación que siento al ver cómo ese hombre trata a su familia... No merece ser ni el esposo de su mujer, ni el padre de su hija.

-¡Pero, hijita de mi alma! ¿Si Lucinda ha querido dejar el mundo, que nos va a nosotros en ello?

-De todos modos -dijo doña Estrella-, creo que si la niña ha entrado a algún convento, no ha sido por su voluntad sino forzada por su bárbaro padre.

-Estelita -observó don Cándido-: estás atacando la autoridad paterna... ¡Toda autoridad viene de Dios!...

-Calla la boca. El hecho mismo de no haber encontrado noticia alguna en los monasterios me prueba que Lucinda es víctima de un nuevo capricho de don Marcelino.

-Ya te digo que ella ha entrado con entera voluntad.

-Y si es así ¿por qué ocultar su paradero?

-Eso debe ser porque la muchacha no ha querido dejar rastro por donde se la encuentre...
¡Se conoce que la vocación es verdadera!...

-¡Verdadera vocación! -exclamó la señora-. ¿Sabes lo que dices? ¿Crees que el amor empuja a las muchachas al monasterio? Por último -prosiguió imperiosamente-: es menester que te veas hoy mismo con don Marcelino a fin de que descubras el secreto. En cuanto a mí, me voy a ver con el General Freire.

-¿Con Freire?

-¡Sí, hombre de Dios!; para acordar con él las medidas que conviene tomar.

-¡Mujer, por Dios!: ¿piensas meterte a la carrera militar?

-Tal vez lo haría mejor que muchos hombres -exclamó riendo la -373- señora... Pero no temas que tome la espada: se trata de otro asunto... Ya te he dicho que el General se interesa por Anselmo.

-Tan pipiolo es el uno como el otro.

-No quiero meterme en esa -le interrumpió la señora...- Mientras voy a cesa del General, tú hablas con don Marcelino... Tú tienes sagacidad natural y...

-¿Quién lo duda?

-Y él es un viejo imbécil...

-Que nunca pasó del *quis vel quid*...

-Sin ninguna instrucción.

-Hizo pedazos siete Nebrijas sin provecho alguno.

-Pues bien: será incapaz de ocultar a tu penetración ese secreto.

-¡Pues no ha de ser incapaz!

-Entonces, tengo razón en confiar en tu talento.

-Sí, sí -respondió encantado don Cándido-: tienes mucha razón, Estelita.

-Acuérdate de aconsejar a don Marcelino que entre en razón y que no se exponga a sufrir las consecuencias de su tenacidad. En este mundo el que sabe más debe dirigir al que sabe menos.

-Eres un prodigio de sabiduría -dijo don Cándido extremadamente lisonjeado-; y si supieras latín, no te trocaría por el más encumbrado doctor de la Universidad de Córdoba... Pero no pierdo la esperanza de que aprendas...

-Aprenderé lo que quieras; pero es preciso que me des gusto... Recuérdale a tu compadre que Freire protege a Anselmo.

-Muy bien. Así se lo diré.

-Pues entonces, Adiós -dijo doña Estrella, dando tres o cuatro palmaditas sobre el hombro de su marido.

Cuando ésta hubo quedado solo -dijo meneando la cabeza con aire de importancia:

-Esta mujer sabe más que un libro. Es cierto que el que sabe más, debe dirigir al que sabe menos... Voy a ver al tonto de mi compadre, y le explicaré las cosas en buen castellano para que me comprenda.

Mientras tanto, el jesuita hablando con don Marcelino en casa de éste, le decía:

-Desengáñese usted: no crea que el empeño de ese mozo nazca del amor por Lucinda... Aquí hay otra cosa que amor...

-¿Y qué puede haber?

-Ambición, señor don Marcelino... usted que posee una alma bien puesta, no puede comprender hasta dónde llega esa pasión por obtener riquezas y distinciones; pero nosotros los confesores que escudriñamos hasta los últimos pliegues del corazón, adquirimos al fin la conciencia de lo que es la miseria humana.

-¡Ah! -exclamó el viejo con un acento indefinible.

-Lucinda es la heredera más rica de este reino -prosiguió el fraile-: Anselmo apenas tiene para pasar el día... Sepa además, que los negocios del General no andan muy bien... Si él consigue hacer este matrimonio, sale de *capa rota*.

-¡Caramba! Me moriría si viera pasar a manos indignas el fruto de mis sudores!

-¿Y puede ser otro el fin que se propone? ¿Por qué tanto empeño en que Anselmo se case? ¡Pobre niña! -contestó el fraile con el acento de un profundo dolor-: ¡pobre Lucinda si llega a ser la esposa de un hombre que no la quiere sino por sus capitales!

-¡No llegará a serlo! ¡Y aun errando el mismo Dios... Vaya, padre; iba a decir una herejía!

-Sin embargo -dijo el jesuita-, el General es malo para enemigo; y cuando a él se le pone una cosa en la cabeza...

-No ha de ser más porfiado que yo -le interrumpió don Marcelino con orgullo.

-Ya lo creo -murmuró el fraile sonriendo-. De todos modos -prosiguió en voz alta-; bueno es prevenir los males que pudieran ocurrir... Por ahora los hemos hecho perder la pista; pero tanto harán que al fin descubrirán el paradero de la niña.

-¡Qué lo descubran! Los desafío.

-Vamos con tiento: Freire tiene amigos poderosos; y moviendo mil resortes, podrá sacar a Lucinda del convento... ¡Aun más: yo sé lo que son la ambición y la codicia, señor don Marcelino! El General será capaz de conseguir que Lucinda cambie de domicilio y...

-¿Quitármela?

-Usted lo ha dicho; y depositarla en otra casa en donde recibirá libremente las visitas de ese peligroso joven; ¡y qué sé yo de lo que serán capaces unas gentes animadas por la codicia!

-¿Pero, este es un mal sin remedio? Cómo podremos curarlos de su ambición?

-Quitando el objeto de esa ambición.

-Yo no veo cómo, padre mío.

-Oiga usted. Un antiguo proverbio dice: «que nunca debemos ponernos [-375-](#) entre una pasión fuerte y el objeto que ella se propone, si no queremos ser aplastados.»

-Entonces ¿debemos dejar que ellos hagan lo que quieran?

-No digo yo eso -objetó el jesuita-, sino que entonces hemos de buscar otro camino: voy a poner un ejemplo.

-Veamos el ejemplo.

-Supongamos que un hombre al ver esos sellos y dijés que cuelgan de su reloj, se enamorase de ellos hasta el punto de querer quitarle el reloj a la fuerza.

-Está bien. Ya me lo imagino.

-Supongamos que usted se opone tenazmente ¿no es claro que se expondrá a que ese hombre lo mate, a fin de obtener los objetos que han encendido su codicia?

-Entonces ¿le entrego mi reloj que me hace falta y me quedo a ciegas respecto de la hora?

-No, señor mío: usted debe fijarse en que ese mal hombre no codicia su reloj sino los preciosos dijés y piedras que de él penden. Pues bien: ¿qué hará usted?: quitar de ahí esos

dijes y echarlos en un pozo si no puede de otra manera ocultarlos de la vista de su enemigo. Pues lo mismo es el caso de Lucinda -prosiguió el jesuita, pasando su caja de rapé a don Marcelino. La niña es codiciada; pero el objeto de la codicia es la herencia que pende de ella como los dijes de su reloj.

-¡Ah! ¡Ya comprendo! ¿Cómo quiere su paternidad que arroje mis casas y mis haciendas con vacas y todo dentro de un pozo?

-No nos precipitemos. Siendo su herencia el verdadero fin que esos hombres persiguen, disminúyala usted.

-¿Desheredando en parte a la muchacha? Lo he pensado.

-Eso de desheredar a una hija es cosa dura; y no seré yo quien se lo aconseje a usted Pero otra cosa sería quitar la expectativa de esa gran herencia, pues entonces...

-¿Cómo?

-Disponiendo usted en vida de una de sus tres haciendas a favor de un tercero...

-Pero...

-Yo no le digo que usted se deshaga de todo su haber: eso sería una iniquidad... Solo me refiero a una de sus estancias, la del Molle, por ejemplo...

-¡Es la mejor, padre mío!

-Me he acordado de esa, porque sé bien que Anselmo la mira ya -376- como si fuera suya; tal es la codicia con que la desea... Quite usted este precioso dije que cuelga de la muchacha, y verá como disminuye en gran parte el empeño por obtenerla en matrimonio. Además, usted puede hacer la donación a favor de don Melitón de Sandoval, y no digo tampoco que le dé esta hacienda para él y sus descendientes. Eso no, porque hasta mal visto sería.

-Así lo creo -dijo suspirando el viejo.

-La dona sería solo de los usufructos, es decir, durante la vida de don Melitón, quien es muy probable llegue a ser su yerno... Después de la muerte de usted, la estancia pasaría a manos de Lucinda, a condición de que ésta no se case con Anselmo.

-¿Y si llega a casarse?

-Entonces podría usted ordenar en su testamento que pasase a poder de... la compañía de Jesús, por ejemplo. ¿En qué otra cosa podría usted emplear su riqueza con más honra de Dios, bien del prójimo y provecho de su alma?

No alcanzó a responder don Marcelino, porque oyéndose la voz de don Cándido en el patio de la casa, se levantó el jesuita de su asiento y saludó al viejo diciéndole:

-Piénselo bien, amigo mío... En estos casos es preciso tomar una resolución pronta... Adiós.

CAPITULO LXIII

Don Marcelino rompe con don Cándido

«Él cree que lleva la rienda,
y lo que lleva es el freno.»
-(DICHO POPULAR.)

A tiempo que el padre salía del cuarto, por la puerta de la calle, entraba don Cándido por la del patio.

Don Marcelino oyendo la voz de su compadre, se acordó de las últimas escenas que había tenido que soportar en casa de éste; y en consecuencia, se puso de malísimo humor. Don Cándido, creyendo que ese mal humor dibujado en el semblante de su compadre era producido por la repentina determinación de Lucinda, le dijo al saludarlo:

-¡Mi querido compadre! ¡Cuánto siento lo sucedido! ¿Quién lo había de pensar? No parecía que la muchacha tuviese vocación para el monasterio; pero en fin, es preciso consolarse.

-Usted tiene la culpa de todo, compadre -le contestó don Marcelino.

-¡Yo! ¿Está usted en su juicio?

-Usted. Porque a no haber mediado aquellas desagradables escenas del día de su santo, nada habría sucedido.

-¡Ya caigo! Pero ¿qué culpa tengo yo en todo eso?

-¡No es nada! ¡Y me convida para que me vaya a juntar en su casa con ese mozuelo que persigue a mi hija!

-Pero ya le digo que no fui yo quien lo convidó sino Estelita.

-¿Y por qué no se lo impidió?

-Es verdad -dijo don Cándido-, que si yo se lo hubiera prohibido a Estelita, ella no se habría atrevido a convidar a ese mozo; pero como ella hizo el convite sin que yo lo supiera...

-¡Eso es lo que yo digo! -interrumpió don Marcelino-. En su casa se hacen las cosas sin que usted sepa nada. ¡Muy bien irá aquella danza!

-¿Qué quiere usted decir?

-¡Y mucho que se jacta de mandar en jefe a su familia!

-Y me jacto con razón.

-¡Sí! ¡Se jacta con razón; y no sabe palabra del juego de chueca ni de quién lo armó! ¡Y luego viene aquí a darme consejos sobre el modo de tratar a la mujer, diciéndome que él tiene a la suya en un brete, cuando si abre la boca para papar moscas, es porque le manda la mujer que la abra!

-¡A mí! -exclamó don Cándido, alzándose de su asiento y cuadrándose con arrogancia enfrente de don Marcelino-. ¿Cree usted que... Pero dejemos este asunto y vamos al que me traía a esta casa... Quisiera saber ¿en qué convento está Lucinda?

-¿Y con qué derecho me viene usted a preguntar una cosa que yo no quiero decir?

-Con el derecho de padrino de mi ahijada.

-¡Ja, ja, ja! ¡Ya todo el mundo va teniendo derecho para meterse en mis asuntos de familia! -interrumpió don Marcelino-. Viene el uno y me dice que tiene derecho para casar a mi hija con el que se le antoja a su *merced*, y luego me amenaza con un pleito para quitarme a mi mujer, enseguida viene el otro a pedirme cuenta sobre lo que he hecho con su ahijada.

-¡Pero, compadre, oígame por la Virgen Santa! -exclamó don Cándido-. Mire que el que sabe más debe dirigir al que sabe menos...

-Bien andarían mis asuntos si yo me dirigiera por los consejos de un hombre como usted, que no es capaz de dirigirse a sí mismo.

-¡Compadre!

-Y que, como dice el refrán, cree llevar en las manos las riendas del matrimonio, y lo que lleva es el freno en la boca.

-¡Compadre! -dijo don Cándido-, tenga modo, y hable con más respeto de Estelita.

-Si yo no hablo de ella, hombre, sino de usted

-Pero en eso que dice tan sin razón, insulta usted a Estelita, que es un dechado de humildad, mansedumbre y obediencia. Usted no comprende esto porque su rusticidad natural le tiene una venda en los ojos: así como tampoco comprende el interés que me inspira la suerte de mi ahijada.

-Se conoce que usted se interesa por ella -interrumpió don Marcelino-. ¿Quiere usted saber en qué monasterio está para llevarle el galán?

-¡Pero, hombre! ¡Si ya le he dicho que en cuanto a eso, estoy más inocente que San Juan Bautista! ¿Puede usted dudar de mi palabra?

-De lo que no dudo -respondió don Marcelino-, es de que usted y su mujer se han querido burlar de mí. Ahora mismo ha venido usted a arrancarme mi secreto; pero no lo conseguirá, porque sé en donde tengo los ojos.

-Este hombre es irreducible -murmuró don Cándido-. ¡Toda mi sagacidad ha caído al agua; toda mi elocuencia se ha estrellado en esta mollera de cal y canto!

-Además -prosiguió don Marcelino-, le encargo que se lo cuente todo a mi comadre, diciéndole de mi parte que no se meta en vidas ajenas; que haga de su marido lo que se le antoje; pero que en cuanto a mí...

-¡Compadre! -le interrumpió don Cándido, levantándose prontamente de su asiento-; ¡a mí no me gusta que se hable de mi esposa en tales términos!

-¿En castellano claro? Pero advierta, compadre, que yo no sé latín. Cada cual habla en la lengua que puede, y santas pascuas -dijo don Marcelino con satisfacción, viendo que al fin había conseguido exaltar a su compadre.

-Lo que quiero decir es -replicó éste, tomando su sombrero y su bastón-; que usted ni nadie debe expresarse de Estelita sino con el debido respeto que ella merece.

-¡Estelita! -repitió don Marcelino, parodiando el tono de don Cándido y haciendo un gesto grosero-. ¿Y quién es doña Estelita para que se meta a donde no le va ni le viene? Si le gusta tanto hacer matrimonios. ¿por qué no tuvo hijas para que las hubiera casado y recasado una y mil veces? ¡Ah ¡Por los clavos de Cristo! ¡Que si yo fuera su marido, otro gallo le cantara a la tal Estelita!

-¡Qué hombre tan inculto e incivil -murmuró don Cándido, dando muestras de querer retirarse.

Esto es lo que hemos ganado con la tal república -prosiguió don Marcelino, paseándose por su cuarto como si estuviere solo-. En tiempos del rey, nuestro Señor, no andaban las mujeres metiéndose en las cosas ajenas... ¡Oh! ¡Ya un cristiano no puede vivir en este país! En cuanto concluya este asunto y pueda redondear mis negocios, me largo para España.

-¡Adiós, compadre -dijo don Cándido, dirigiéndose a la puerta-. Usted está por hoy intratable, y la prudencia me manda retirarme.

-Ojalá sea para no volver -dijo don Marcelino, acompañando a don Cándido hasta la puerta.

-Usted -dijo éste-, ha sido, es, y será un hombre rústico *per secula seculorum*.

-Amén -contestó don Marcelino, cerrando de golpe la puerta por donde salió su compadre.

Cuando don Cándido llegó a su casa, ya doña Estrella estaba de vuelta, y apenas vio a su marido, le dijo:

-He hablado con Freire: estaba enojadísimo con don Marcelino.

-Es un *logogriphus* -contestó don Cándido, sin comprender él mismo la palabra que empleaba.

-Pero quedó más calmado -prosiguió doña Estrella-, y ya nos hemos convenido en lo que debemos hacer... ¿Y a ti cómo te fue? ¿Pudiste descubrirle el secreto?

-¿No te digo, mujer, que ese hombre es un *logogriphus*? ¿Quién lo entiende? Ni él tampoco entiende a nadie. Toda mi astucia, toda mi sagacidad, toda mi elocuencia, han sido perdidas.

-Pero en fin, ¿alguna noticia debes haber obtenido!

-Lo único que he sacado en limpio es que yo soy la causa del encierro de Lucinda.

-¿Por qué?

-Por qué los convidé a comer el día de mi santo.

-Tú sí que te has vuelto *griphus* -contestó la señora impacientándose-. No te entiendo.

-Pues lo mismo me pasó a mí con él. Nos separamos medio peleados.

-¿Por qué causa?

-Si tú supieras lo que ese bárbara dijo en mi presencia...

-Pero si no me lo dices ¿cómo lo he de saber?

-Es que yo no quisiera molestarte, Estelita.

-¡Habla! ¡Hombre de Dios, que me tienes sobre ascuas!

-Díjome que te aconsejara que no te metieras en negocios ajenos.

-¿Y tú lo pudiste aguantar?

-¿Yo? ¡Buenas correas tengo para aguantar esos desmanes! Al momento tomé mi bastón y...

-¿Y después?

-Mi sombrero para venirme. Pero él se desencadenó de nuevo en contra tuya, de tal modo; que no me fue posible permanecer allí.

-¡Ah! ¡Si yo fuera hombre, o por lo menos, si yo fuera su mujer, ya sabría él cómo debía portarse! La culpa la tiene la Trinidad.

-¡Qué casualidad! -exclamó riendo neciamente don Cándido.

-¿De qué te ríes?

Lo mismo dijo él respecto de ti: «¡Si yo fuera su marido, otro gallo le cantara a la tal Estelita!»

-¡Miserable! ¿Y no castigaste su osadía? ¿Pudiste permanecer indiferente al oír tamaño insulto?

-¡No, no! -contestó con energía don Cándido-, ¿Yo, permanecer indiferente, viendo que ese rústico te insultaba? ¡No; me separé de él al momento!

-¿Y tuviste ánimo para venirte sin castigar su atrevimiento?

-Estelita -respondió don Cándido-. Ya te digo que yo me conozco. Me vine pronto, porque no quise exponerme a hacer alguna fechoría... Tenía la cabeza ardiendo de indignación y de coraje... No podía permanecer ante aquel bárbaro. ¡Yo me conozco!

-Pues desde hoy trabajaré con más empeño en contrariar sus planes -dijo doña Estrella, arreglándose la mantilla como para salir.

-¿A dónde vas?

-A casa de don Marcelino. Se me ocurre en este momento hacerle una advertencia a la Trinidad...

-Pero Estelita. ¿no ves que ya es hora de comer?

-Comeré con mi amiga -contestó la señora poniéndose en camino-. Yo veré si ese rinoceronte es capaz de ultrajarme en mi presencia, como lo ha hecho delante de mi marido.

-¡Qué fui a decir! -murmuró don Cándido con la mayor consternación-. Permíteme que te acompañe, entonces -prosiguió en tono más elevado.

-No. Quédate aquí: esto es más prudente. ¡Como tú te conoces!

Iba a contestar don Cándido; pero su mujer ya había salido a la calle.

-¡En lo que han venido a parar todas estas andanzas! -exclamó el buen hombre-. Mi padre me decía que yo había nacido para el foro; y en efecto, no me falta sagacidad, penetración y elocuencia; pero no parece sino que estuviera de Dios el que yo haya de salir mal en todas las negociaciones que emprendo... ¡Qué mujer tan viva de genio! ¿Si tendrá razón mi compadre en decir que Estelita ha principiado ya como a dominarme?

CAPITULO LXIV

El confesor de Lucinda

«Ven, dulce sueño,
calma un instante
de un pecho amante
La ansia cruel;
con tus prestigios
engañadores
ven mis dolores
a adormecer!»
-(MERCEDES M. DE SOLAR.)

Volvamos al convento de las monjas Capuchinas, en donde Lucinda seguía sufriendo su inmerecido cautiverio. Dos o tres veces había escrito a su madre, rogándola que viniese a consolarla en la triste situación en que se encontraba, y al mismo tiempo a explicarle la causa de su encierro. Prometíale conformarse con el suplicio de permanecer allí, a condición de que ella viniese a expresarle de viva voz sus deseos de que se quedara en el convento. Pero las cartas de la pobre niña no habían tenido otra contestación que una esquelita de letra de doña Trinidad, en la cual, ésta no decía a su hija otra cosa sino que le era imposible dar por ahora explicaciones sobre el particular; que se sometiera a los consejos de la madre -384- abadesa, y sobre todo, a los mandatos del confesor, el padre O* de reconocida santidad, con el cual, le pedía encarecidamente se confesara; y por último, que ella, su madre, iría a verla cuando don Marcelino lo permitiese.

Cuando Lucinda hubo leído esta esquela, dijo meneando la cabeza.

-No: no es de mi madre... Pero la letra es de ella... ¿y cómo puede ser esto, Dios mío?... ¡Estoy segura de que las palabras no son de mi pobre madre!

Enseguida se le apareció la abadesa, quien le dijo melosamente:

-Hija mía: sería bueno que usted tratara de tranquilizar su conciencia.

-Madre, no estoy en estado de confesarme -contestó la niña-. Se me ha quitado mi libertad sin saber yo la causa, y esto me tiene muy intranquila.

-Pues precisamente por eso, hija, es preciso que usted llegue al santo tribunal. Allí encontrará esa tranquilidad que le falta.

-Mañana veré si puedo...

-¿Cómo se atreve usted a vivir un solo día sin acercarse a la santa mesa? -dijo severamente Sor Agueda-. ¿No sabe usted que de un momento a otro podemos ser llamadas ante el Supremo Juez? Piense que nadie tiene seguro un día, y que tan pronto va el viejo como el joven... Tiemble usted -prosiguió con ardor-; tiemble usted, al considerar que el pecado de la negligencia, es el mayor de los pecados y el que echa más almas en el infierno... ¡Ah! Las muchachas creen que han comprado la vida, y sin embargo ¿quién tiene seguro el día de mañana?

Diciendo esto, le volvió la espalda; pero fue para venir al otro día a hacerle las mismas amonestaciones.

-Allí está el reverendo padre O* -dijo-: aproveche usted la ocasión, hija de mi alma... ¡Hágalo por la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo; por las lágrimas de su Santísima madre! Aproveche la oportunidad con que la misma Providencia la llama a acercarse al misericordioso tribunal.

La niña no había aún formado la resolución de confesarse; pero, vencida por las instancias de la monja, y llevada de aquella natural inclinación nacida de la costumbre en el ejercicio de este acto religioso, se decidió a seguir el consejo de la abadesa.

Dos horas después estaba a los pies del confesor, el venerable padre O*, del cual no nos es dado decir otra cosa, sino que era amigo íntimo del reverendo Hipocreitía. Sin embargo, a juzgar por el estado en que quedó Lucinda después de su primera confesión en el convento, podía asegurarse que el padre O* había encontrado el secreto de minorar el dolor de aquella alma.. ¡Tal es el poder que en una alma piadosa y llena de fe ejerce la palabra de quien habla en nombre de Dios!

Aun considerada la institución de la confesión bajo el punto de vista puramente humano, son incalculables los beneficios que produce con la confianza que engendra, con la

doctrina que propaga, con los consuelos que derrama en el corazón herido, y con el amor, la fe, y la esperanza que hace germinar en el alma extraviada por las pasiones. Pero desgraciadamente, el abuso puede convertir este elemento de vida en un instrumento de muerte intelectual, tanto más nocivo a las sociedades, cuanto más santo es el objeto de la institución.

Hemos dicho que Lucinda se levantó mucho más consolada de los pies del confesor, quien supo fortificar el abatido espíritu de la pobre niña, despertando en ella una saludable confianza en la Providencia Divina.

Pasados algunos días, volvió Lucinda a confesarse; pero esta vez no logró la tranquilidad que deseaba: antes bien, la amargura de su corazón se reflejaba notablemente en su semblante.

-¿Qué tienes, amiga mía? -le preguntó Sor María de los Dolores, quien con el cariño de una madre no la desamparaba un momento.

-¡Ah! Madre mía -le contestó Lucinda-: no sé si con lo que voy a decir ofendo a Dios; pero me es imposible ocultar a usted que mi confesor ha aumentado hoy mi suplicio... ¿No era bastante aun -prosiguió la pobre niña, llorando-, tenerme aquí encerrada? ¿No era aun bastante que hiciera el sacrificio de mis afecciones? ¿Por qué pedirme que mi corazón ame a otro?

-¿Qué hay de nuevo? Habla, hija mía -le interrumpió la monja.

-El confesor me ha dicho formalmente que no debo desobedecer a mi padre... que debo aceptar el marido que él me propone. ¿Cómo podré aceptar lo que mi corazón rechaza tan imperiosamente? Dígame usted madre, amiga mía, ¿qué debo hacer?

-¡Pobre niña! -murmuró la monja con un acento de dolor tan profundo; que Lucinda, olvidando su propio dolor, se quedó espantada al ver la palidez de que se cubrió de repente el rostro de su amiga.

-Madre mía: mis palabras la hacen sufrir a usted -le dijo la niña-. ¡Perdóneme, por Dios, el daño que le causo!

Y al abrazarla sintió Lucinda que el corazón de Sor María latía con violencia debajo del hábito.

-No es nada, hija mía -dijo ésta rehaciéndose de su emoción.

Enseguida, prosiguió en voz baja:

-No sabría qué decirte en este momento: tal vez te haría un mal consejo. Espérame hasta mañana y sabrás mi contestación. ¡Espero que Dios despejará mi mente!

Lucinda no pudo dormir aquella noche, atormentada por la idea de tener que optar entre desobedecer a su padre y al confesor, o casarse con un hombre cuyo solo recuerdo la hacía temblar. Combatido su espíritu por mil diversos pensamientos, permanecía en la cama sin poder conciliar el sueño, cuando creyó oír en la pieza vecina que ocupaba Sor María, un ruido extraño que la sobresaltó. Todo el convento dormía, al parecer, profundamente: en el claustro reinaba un completo silencio, y solo se oía de vez en cuando silbar el viento sobre los tejados. Lucinda creyó al principio que el ruido que acababa de oír en la otra celda no provenía sino de su exaltada imaginación; pero bien pronto volvió a oír el mismo ruido y se puso a escuchar llena de sobresalto.

-¿Si se habrá enfermado Sor María? -se preguntó a sí misma-. Es preciso que yo me levante para socorrerla.

Preocupada con esta idea, se vistió prontamente y salió de la celda. El claustro estaba hundido en un silencio sepulcral y medio alumbrado por la luz de la luna que se dejaba ver por entre las rasgaduras de los negros nubarrones que entoldaban la atmósfera. El viento silbaba de una manera lúgubre, y Lucinda tuvo miedo al oír la pequeña campana del reloj de la sacristía que tocaba la hora, de la media noche. Pero distrájola bien pronto de esta emoción el acrecentamiento del ruido en la otra celda.

La pobre niña sintió erizársele los cabellos al escuchar los golpes dados acompasadamente, acompañados de gemidos temblorosos. Quiso entonces entrarse en su celda; pero un sentimiento inexplicable la lizo permanecer como clavada debajo del corredor, no lejos de la puerta de Sor María de los Dolores, que permanecía entreabierta aún. Mientras tantos los golpes siguieron entremezclados de suspiros y de ayes apagados, y Lucinda comprendió al fin la cruel penitencia que la monja estaba haciendo sufrir a su débil cuerpo.

-¿Por qué este castigo -(dijo entre sí la niña mirando al cielo)- siendo como es ella una santa?

Enseguida, viendo que por aquella vez la prudencia le ordenaba retirarse, quiso volver a su cama, mas no pudo dejar de oír estas palabras:

-¡Dios mío! ¿Hasta cuándo durará mi martirio? ¿Cuándo dejaré de ver su imagen aquí, aquí en este corazón miserable que no tiene fuerzas para dejar de amarlo? ¡Gran Dios! Merezco mil y mil veces vuestra cólera...

No se oyó más. Las palabras se apagaron bajo el ruido de los azotes que revelaban una agitación febril. Lucinda apenas creía lo que estaba oyendo. Poseída de miedo, de horror, de compasión, de curiosidad y de mil sentimientos opuestos, vacilaba entre quedarse y huir de aquella espantosa escena. Pero como el dolor atrae al dolor, la compasiva niña se sintió arrastrada hacia aquella oscuridad de donde salían los ayes de su única amiga. De repente lanzó ésta un gemido de mortal angustia. El ruido cesó, y Lucinda oyó distintamente caer en tierra un cuerpo pesado. La niña no dudó entonces y corrió hacia la

celda, en donde, por un secreto instinto de su corazón, encontró el cuerpo de Sor María, mitad sobre la estera que le servía de cama, y mitad sobre los ladrillos del pavimento.

La monja estaba desmayada y no contestó a las cariñosas palabras de Lucinda. Ésta, entonces, acostándola lo mejor que pudo en su camilla, cubriola con la burda frazada que le servía de cobertor. Enseguida se fue prontamente a su celda, y volvió con una vela encendida y un vaso de agua, que era el único recurso de que podía disponer.

La asustada niña lanzó un grito de horror, al ver el suelo salpicado de sangre, y en las descarnadas manos de la monja, una disciplina armada de agudos clavos de fierro: pero bien pronto se rehízo, y pudo acercarse a su amiga para prestarle el socorro que podía.

CAPITULO LXV

Sor María de los Dolores

«Su imagen adorada me persigue;
borrarla de mi mente, es vano intento:
háblame en el silencio del convento,
y hasta al altar del mismo Dios me sigue»
—(EDUARDO DE LA BARRA. Sueño y delirio.)

Bajo la impresión de la luz y de las gotas de agua que Lucinda arrojó sobre el rostro de Sor María, despertó ésta de su letargo y mirando espantada en torno de sí, llorando, se abrazó del cuello de Lucinda

-¡Yo misma me he vendido! -murmuró la monja, a quien un momento solo le bastó para comprenderlo todo.

Enseguida ocultó rápidamente debajo de las ropas de la cama el feroz instrumento de su martirio.

-Espero que usted no tomará a mal lo que he hecho -le dijo Lucinda.

Sor María estaba confusa: mas, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo a su amiga:

-¡Sin duda, Lucinda, que tú lo has oído todo!...

-Sí -contestó ésta-: pero ha sido por casualidad. No crea usted que una curiosidad reprensible me haya traído aquí.

-¡Ah! ¿Cómo había yo de presumirlo?

-Oyendo el ruido, creí que usted estaba enferma, y...

-No te has engañado, hija mía: estoy enferma; muy enferma -contestó la monja, poniendo sobre su corazón la mano de Lucinda.

-¿Quiere usted que vaya a despertar a alguien?

-No, mi querida. Nadie puede curarme de lo que sufro.

Enseguida prosiguió con más calma:

-He tenido una especie de sueño; he visto que un ángel me socorría, y ese ángel eras tú, mi querida Lucinda. No creas que sufro; ya estoy buena -prosiguió la monja, incorporándose en la cama...- Vete a tu celda; recógete, que puede hacerte mal el frío de la noche.

-No me iré hasta no verla bien tranquila -contestó Lucinda-. Aun más: si no la molesto a usted, permaneceré aquí velando mientras usted duerme.

-No: no puedo permitirlo...

-Me ha sido imposible dormir. Voy a buscar mi cama para tenderla aquí cerca de la suya.

Diciendo esto, la niña fue y trajo su colchón, que extendió sobre el pavimento de la celda.

-Ya que has sido testigo de la penitencia; quiero que sepas su causa -dijo Sor María.

-Mi buena amiga -la interrumpió Lucinda-: respeto sus secretos, y no quisiera...

-Tengo mis razones para hablar -dijo la monja-. En primer lugar: tú has hecho confianza en mí, y ésta no se paga sino en la misma moneda. En segundo lugar, no quiero que me tengas por una santa penitente... No, no; amiga mía, soy...

Y Sor María se detuvo. Enseguida tomando una de las manos de Lucinda, le dijo con aire solemne:

-Creo que lo que voy a revelarte, hija mía, podrá fortificar tu espíritu, porque nuestra debilidad contra la desgracia se deriva casi siempre de la falta de mundo; es decir, del poco conocimiento de la desgracia ajena... Tú -prosiguió la monja, acentuando sus palabras-: tú, que has sido encerrada en esta casa porque no puedes olvidar un amante, y que te crees por esto tan infeliz cuando es verdad que de un día a otro puede Dios unirte a él, ¡sabe que la monja que tienes a tu vista se encuentra también en este convento porque supo amar a un hombre...!

Lucinda no contestó y miró a Sor María con muestras de la mayor admiración. Ésta continuó:

-Es preciso que te lo diga todo; hija mía, porque no quiero usurpar inmerecidamente tu estimación haciéndome pasar a tus ojos por una mujer mejor de lo que soy... Después de haber castigado mi cuerpo -prosiguió sordamente-, bueno es que castigue mi espíritu, humillándolo con esta revelación.

Mientras tanto, Lucinda, cuya sensibilidad adivinaba hasta el fondo el dolor de la monja, se creía dichosa ella misma. El dichoso puede hacer abstracción de los demás: el infeliz gusta siempre comparar su estado con el de los seres que le rodea.

-Seré breve -dijo la monja con una calma aparente que engañó a Lucinda-. Yo no nací para el claustro. Mis padres me amaban con locura, y consecuentes con este amor, trataron de darme una buena educación. Con el fin de poner en el colegio a mi hermano, que era mucho menor que yo, fuimos a vivir a Concepción. Allí encontré mi desgracia. Vi a un joven; conocí que me amaba, y lo amé... Perdón ¡oh, Dios mío, por tales recuerdos!...

-¿Y murió? -preguntó Lucinda, creyendo adivinar la causa del dolor de la monja.

-¡Peor que eso! -contestó ésta con triste acento-; ¡mil veces peor! Mi padre tuvo malas noticias sobre la conducta del joven, y me prohibió que le correspondiese, y aun le impidió a él mismo el visitarnos.

-¡Ah!

-Pero en poco tiempo vimos que él cambiaba de conducta... Se convirtió en el joven más honrado y laborioso de Concepción. Tuve el orgullo de creer que yo era la causa de aquel cambio; y cuanto más pensaba en esto, más lo amaba, porque creía que sus buenas cualidades eran obra mía; y que por amor a mí había logrado vencerse; y cuando oía alabarlos, me parecía que las alabanzas se dirigían a mí. ¡Yo había formado un hombre! Bien pronto había Dios de castigar este orgullo; ¡cúmplase su santa y adorable voluntad! Un día, (día espantoso en que casi toda la ciudad de Concepción estuvo en peligro de arruinarse por un terrible sacudón de tierra) en ese día, amiga mía, él expuso su vida por salvar la mía. y lo consiguió sacándome sin sentidos de la casa que poco después cayó... El salió herido... Una fiebre terrible lo tuvo en cama durante más de un mes... Yo velaba cerca de él noche a noche, acompañando a su madre... Cuando (todavía me acuerdo como si acabara de suceder) una tarde confesó en su delirio que me amaba... Yo lo sabía, y sin embargo ¡cuánto no fue lo que gocé oyéndoselo repetir! Yo, entonces abracé a su madre preguntándole si me quería admitir por hija... ¡Cual fue mi dolor cuando la buena señora me hizo ver, llorando, que esto era imposible!

-¿Y por qué? -preguntó Lucinda con interés.

-Porque él estaba destinado a la iglesia... Su madre, a tiempo de darlo a luz, había hecho un voto de consagrar al altar el fruto de sus entrañas.

-¡Jesús! -exclamó Lucinda, cubriéndose la cara con ambas manos.

-Entonces fue cuando yo prometí consagrar mi vida al servicio de Dios, si él libraba de la muerte... Veinte días después estaba sano; y yo, cambiando mi nombre de Angelina por el de María de los Dolores, entré en este convento, creyendo encontrar aquí el olvido de mi desgracia!!... ¡Pero cuánto me engañaba!...

-¡Amiga mía! ¡Cuánto más no la amo ahora! -exclamó Lucinda.

-Te lo confieso para mi propia vergüenza -prosiguió Sor María de los Dolores-: en balde he querido desterrar de mi pecho esos ilícitos recuerdos; en balde he querido apagar en mi corazón la llama que lo consume, sin extinguirse jamás. Si hablo con mis compañeras es pensando en *él*; si me retiro a solas me persigue también su recuerdo, y si elevo mi corazón a Dios me sorprende a mí misma, orando por *él*, por su felicidad... La luz del sol, la vista de los árboles y el canto de las aves me recuerdan la dicha de aquel tiempo en que mi felicidad estaba en mi imaginación... y hasta en el ruido del viento que suele resonar sordamente por el claustro me parece oír el eco de su voz. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Por qué no ha de morir jamás en mí este recuerdo, que cuánto más grato es, más infeliz me hace? Te he dicho esto, Lucinda, para que veas cuán justa es la penitencia que me impongo.

Lucinda no hallaba qué decir, y se contentaba con besar cariñosamente las manos de la pobre mártir.

-Por consiguiente -prosiguió ésta-; no debes mirarme sino como una gran pecadora, que lucha todavía sin conseguir otra cosa que la convicción de la esterilidad de sus sacrificios.

-Madre mía -le dijo al fin Lucinda-; yo no puedo mirarla a usted sino como una de las personas a quienes más amo en la vida. Antes de saber sus desgracias, la respetaba a usted por instinto; pero ahora la respeto por convicción.

-Gracias, hija mía; pero aun cuando me hables de ese modo, no se aumentará en lo más mínimo el cariño que te tengo... Tú me has hecho acordar del mundo... Al oír tus cariñosas palabras, al ver pintarse en tus ojos los sentimientos de tu buen corazón, he visto renacer en mi pecho afectos que dormían, pero que no estaban extinguidos... ¡Dios mío! Yo no sé por qué esta consideración que me aflige hace nacer al mismo tiempo en mi alma no sé qué secreto contento que anima mi espíritu aun contra mi misma voluntad. ¡He querido y quiero morir en mis afectos, y ahora veo que estos afectos viven y me llaman a la vida! He querido anonadar mi corazón, y ahora veo que todo ha sido en vano! Hasta de mi familia me he separado completamente: no me quedaba más que un hermano y dos tíos; pero a pesar de lo mucho que los amaba, tuve fuerzas para rogarles que me olvidasen y que no me viesan jamás. Mas, no necesita el corazón de que los ojos vean para tener presente los objetos de su cariño. ¡Pobre hermano mío! ¡Pobre Anselmo, tan bueno y generoso!...

-¡Anselmo! -exclamó Lucinda, a quien este solo nombre hizo palidecer de emoción.

-¿Qué tienes? -preguntó Sor María-, ¿conoces a Anselmo Guzmán?

-¿Anselmo Guzmán es hermano de usted? -exclamó Lucinda, poniéndose de pie como por un movimiento galvánico.

-Sí, hija mía; pero ¿por qué...?

-¡Hermana de mi corazón! -le interrumpió la niña, abrazando a la monja cuya sorpresa iba en aumento-. ¡Hermana de mi alma! Sabe que Anselmo es el dueño de mi voluntad...

-¿Será posible?

-¿Qué ha tenido mi corazón que no lo ha adivinado antes? -se preguntó Lucinda.

La monja no parecía escucharla. Hincándose en la cama, exclamó con las manos elevadas al cielo:

-¡Bendito! ¡Alabado sea el nombre de Dios! ¡Gracias, gracias, Dios mío! ¡Que me pones en estado de ser feliz contribuyendo a la felicidad de mi hermano!

Y dirigiéndose a Lucinda, le dijo estas breves palabras pronunciadas con tal tono de convicción que hicieron renacer la esperanza en el alma de la pobre niña:

-¡Serás la esposa de Anselmo!

Lucinda miró a la monja con indescriptible mezcla de amor, de respeto, de compasión y de agradecimiento.

-Sí, Lucinda -prosiguió la monja-. Siento en mí la convicción de que serás mi hermana. Como tal te amo. Roguemos a Dios por que esta unión se verifique... Dios permitirá que os vea unidos antes de morir. Si lo consigo creeré que el cielo ha perdonado mis faltas.

-Pero si mi padre se opone a esta unión -dijo Lucinda-; si no encuentro apoyo en mi madre misma ¿qué otro refugio me queda fuera del claustro? A pesar de mi repugnancia, había prometido buscar la paz en un convento, si...

-¡Ah! Hermana querida -le interrumpió la monja con el acento de la más triste convicción-: para encontrar la paz en el convento, es preciso entrar en él con el espíritu tranquilo. El hábito es incapaz de tranquilizar al corazón que fue una vez sacudido profundamente. Aquí no se aprende sino a conservar la calma que se trae de fuera... Por esto soy de parecer -prosiguió-, que conserves intacto tu santo afecto. Pon tu confianza en Dios, y él favorecerá tus rectas intenciones si tienes fe en su divina Providencia!!! [...]

En esto se oyó la campana que tocaba a maitines. Un susurro general se dejó oír en el monasterio, que todo entero despertaba para ir a rendir al Señor de todo lo creado, el tributo de los primeros pensamientos del día.

-Ya amanece -dijo Sor María-. Tocan a coro y es preciso que me levante.

-Pero, hermana de mi alma, usted no ha dormido -le interrumpió Lucinda- ¿no podría dejar de ir al coro?

-Hace algunos años -le contestó sonriendo dulcemente la monja mientras arreglaba su hábito-, que no sé lo que es darme gusto. Es preciso que cumpla con mi obligación, y que además mortifique a este cuerpo rebelde...Voy a orar a Dios por ti -prosiguió, acariciando a Lucinda con inefable bondad-. Mientras tanto, te ruego que trates de conciliar el sueño.

Diciendo esto, salió Sor María y se incorporó en la fila de monjas que se dirigía hacia la iglesia. Diéronse y devolviéronse los saludos de costumbre:

-¡Hermana! ¿Qué nuevas tenemos?

-¡Agradecemos a Dios este nuevo día que amanece para nosotras!

-¡Pidámosle su gracia para poderlo emplear en su servicio!

Bien pronto quedó el patio sumido en el más profundo silencio.

El viento seguía agitando los naranjos del claustro y silbando sobre los techos. De cuando en cuando oía Lucinda el eco de la oración de la mañana, que semejante al aroma de mil flores, se elevaba hacia el cielo. La niña unió su corazón al de las puras vírgenes, y cuando la oración cesó, rendida de fatiga, dobló su bella cabeza sobre la burda almohada, y vestida como estaba, se quedó profundamente dormida.

CAPITULO LXVI

La Correspondencia secreta de los revolucionarios

«En breve tiempo fue Portales un potentado que tenía a sus órdenes y escalonada en todo el país una falange de guardias y de espías que perseguían a los sembradores y comerciantes de tabaco a sangre y fuego.»

-J. V. LASTARRIA. (Juicio histórico sobre Portales, II.)

En ese mismo día marchaban juntos por la calle de Santa Rosa en dirección de la casa del clérigo Cardoso, los señores Víctor Dorriga y don Diego Portales. Después de haber marchado largo rato en silencio, dijo el primero:

-¿Para qué nos habrá enviado a llamar su reverencia?

-No sé -contestó lacónicamente el segundo-: solo me dice en su esquila que se trata de una noticia importante.

-Lo mismo me dice a mí, agregando que es preciso tomar una pronta medida.

Llegados a la casa, se fueron al cuarto del reverendo, a quien encontraron arreglando, una sobre otras, varias cartas abiertas que tenía sobre la mesa.

-Bienvenidos sean ustedes -dijo, saludando a los recién llegados-. Acabo de recibir estas cartas que me hablan del estado en que se encuentra la República. Vamos a leerlas por orden, a fin de determinar con acierto sobre lo que conviene hacer.

-Está bien -contesto Portales, sentándose-. Yo tengo buenas noticias del sur. También traiga aquí mi correspondencia.

-Veremos si las noticias que nos dan estas cartas coinciden con las que nos han llegado por otros conductos -dijo Dorriga.

-Vamos a ver -dijo el padre, tomando una de las cartas-. Daremos principio por la del presbítero Franco que me impone de los últimos sucesos de Valparaíso. Dice así:

«*Valparaíso, Setiembre 21 de 1829.*

«Reverendo padre: La paz de Dios sea con su paternidad reverenda.»

Un ligero movimiento que Portales hizo sobre su silla interrumpió la lectura del fraile, quien, mirando por debajo de sus negras pestañas a don Diego, vio dibujarse en los labios de éste una sarcástica sonrisa. Sin embargo, afectó no apercibirse de ello y prosiguió su lectura con voz firme y clara:

«Con fecha dieciséis del presente, ha verificado el Congreso el escrutinio en la elección del Presidente y vicepresidente de la República. El primer cargo ha recaído en la persona del General Pinto, que aun cuando sea nuestro enemigo, poco tenemos que temer de él...»

-Tiene razón, es una momia que la tierra reclama -dijo Portales.

-¿Y quién es el vice? -preguntó con voz temblorosa Dorriga.

«Para, el segundo cargo -(prosiguió leyendo el padre)- resultaron 98 votos por don Francisco Ruiz Tagle; 61 por el General Prieto, y 48 por don Joaquín Vicuña. Usted comprenderá que los amigos hemos hecho soberanos esfuerzos a fin de que se diese por electo al primero, en cuyas manos esperábamos que Pinto depositaría el mando supremo una vez que se viese agobiado por los achaques de su edad, y por los inconvenientes que sabríamos suscitarle; pero el diablo ha metido su cola, y estos malditos pipiolos que están en mayoría han repetido la votación entre los tres nombrados, declarando electo a Vicuña, quien sacó cinco votos más que Tagle. Hemos protestado una y otra vez; pero

ellos creen estar en su derecho interpretando antojadizamente el artículo 72 de su infernal Constitución.

Por último yo reiteraré mi protesta y pedí certificado de ella. Vean ustedes lo que conviene hacer allí:

En consecuencia, el Congreso ha dispuesto hoy que Pinto venga a este puerto a recibirse del mando.

Mientras tanto, nosotros influimos sobre el ánimo de las gentes, y ya hay muchas que creen inconstitucional la elección de Vicuña.

Salude a los amigos de esa etc.»

-Yo creo que es preciso ganar tiempo retardando el viaje de Pinto -dijo don Víctor.

-Así me parece -contestó el padre-, y ya he trabajado sobre esto.

-¿De qué manera? -preguntó don Diego.

-Dando algunos consejos a Pinto: ustedes saben que el General me cree: he sido su confesor; conozco sus tendencias, que son por la libertad; pero también conozco sus debilidades...

Portales se sonreía meneando la cabeza, y haciendo circulitos en el suelo con el grueso bastón que tenía en la mano.

-Por esto me he ocupado durante este último tiempo en meter miedo al General con la grave responsabilidad del mando supremo. Está dispuesto a renunciar.

-De poco nos servirá su renuncia si el mando ha de caer en manos de Vicuña -observó don Diego.

-Sin embargo, la infracción puede servir de pretexto a los nuestros -dijo Dorriga-. No hay mal que por bien no venga.

-Con todo -agregó Portales-, yo estoy porque Pinto quede en el mando. Su debilidad nos favorece. En consecuencia, conteste usted, padre, al clérigo Franco, diciéndole que trabaje por que el Congreso no admita la renuncia.

-Veremos lo que dicen los demás amigos -contestó su reverencia-. Ahora vamos a otro capítulo: ¿qué noticias tiene del sur?

-Ahí es donde está lo principal del negocio -dijo don Diego... -Ayer recibí cartas de varios amigos del Maule. La agitación crece por momentos, y espero que Prieto se hará pronto dueño de esas regiones.

-Amén -contestó el fraile-. En cuanto a las noticias de Concepción -prosiguió, sonriéndose-; no pueden ser más satisfactorias. El cura de aquella ciudad, que es un santo hombre, me escribe una carta modelo de laconismo, «que haría honor a un espartano». Hela aquí.

«¡Amigo mío: Todo Concepción es nuestro!»

-A mí también me han escrito lo mismo -contestó Portales-: y es preciso creer que Prieto cuenta allí con un buen número de prosélitos.

-Pero lo importante es que los tengamos por acá -contestó Dorriga.

-Esta otra epístola es del Maule -interrumpió Hipocreitía:

«Venerado amigo: De un momento a otro esperamos que pase para el norte el invicto Prieto con su gran ejército, aunque, a decir verdad, este nuevo Gedeón no necesita de tanta gente para vencer a esos Filisteos, verdaderos enemigos del Arca Santa de nuestros derechos. Todo el mundo se apresta para acompañar al ejército libertador hacia esa tierra de promisión que...

-¡Pare, padre, por Dios! -le interrumpió Portales-. Permítame que no le crea a ese bíblico corresponsal; pues parece no vivir en Chile... No nos metamos con judíos...

-Esta otra misiva es de un cristiano -dijo sonriendo Hipocreitía.

-Veamos lo que dice.

«De este partido del Maule, a 23 de Agosto de 1829.

«Reverendo Señor: Celebraré que al recibo de ésta se encuentre su paternidad gozando de la más perfecta salud como mi fino afecto se lo desea. Yo estoy *güeno pa* lo que me mande y fuere de su mayor agrado. Señor: esta se reduce a *ecirle* que respecto del encargo que me hizo sobre *ecirle* el *estao* de las cosas de la *pulítica* de este *partío*, le diré a su *paternidad* que el negocio no puede ir mejor que lo que va, porque es bendición de Dios lo que pasa, que no parece sino cosa de milagro, *sigún* es la gana que la gente tiene de que llegue Prieto con revolución y *too* a estos lugares El señor cura da hasta cuarenta días de *indulgencia* al que ayude a la causa santa, como él dice en las pláticas *dotrinales* de los domingos, con la iglesia llena hasta los *topes* que da gusto. En fin, se hacen apuestas de uno y otro *lao*. Unos apuestan a que el gobierno cae, y otros a que no cae; y si mi cosechita no hubiese sido tan mala este año, Yo habría *podío* apostar hasta doscientos pesos, porque la cosa está de ocho a cuatro, *sigún* lo afirma el señor cura, que lo ha leído y releído en su libro que se llama Biblia del tiempo de los señores jesuitas. Por último, y al fin del cuento; yo creo que con el favor de Dios, los herejes no *meniarán pata*. A dos gringos que hay en este pueblo, los *tenimos acholaos* y no se atreven a salir de sus casas ¿quién les metió en la cabeza venirle a esta tierra de cristianos a dar mal ejemplo, que es un horror? ¿Por qué no se van para su Francia? Y con esto se despide S. S. S. Q. B. S. R.»

-Su paternidad lo entiende -dijo Portales; pues busca sus corresponsales entre toda clase de gente.

-Es guaso que me debe todo lo que tiene -contestó el fraile-. Algo se puede sacar en limpio de todo el fárrago de su carta. Oigan ahora lo que me escribe mi corresponsal de Curicó.

«Reverendo padre: como mi carácter de sacerdote me impide hasta cierto punto meterme muy adentro en los negocios de la política revolucionaria, me he contentado con hablarles a varios amigos sobre la necesidad que el país tiene de cambiar de gobernantes, y aun de sistema, y puedo asegurar a su paternidad, que mis palabras han encontrado eco entre los amigos de la religión. ¿Cómo había de trepidar en poner mis influencias al servicio de una causa tan santa? Pero aunque obro con mucha prudencia, porque no hago más que predicarles en el púlpito su deber y aconsejárselo en el confesonario, creo que se ha conseguido bastante. Al menos, yo puedo responder de la actitud de mis feligreses. Ayer hablé con un cierto individuo sobre un proyecto, que aunque peligroso, no deja de presentar sus ventajas. Se trata de la formación de una partida ambulante que recorrerá la parte del país comprendida entre este pueblo y la capital...»

-¡Ah! Ya sé quién es ese individuo -interrumpió Portales...- Me ha escrito él mismo...

-¿Quién es?

-Don Ángel Calvo.

-Un antiguo realista.

-Sí, lo conozco; es de los nuestros, y no nos engañará -dijo Dorriga.

-Pues don Ángel -prosiguió Portales-, ha formado el proyecto de reunir una partida de guasos para tomarse la villa de Curicó y preparar por medio de correrías el campo a Prieto.

-Es lo mismo que esta carta dice -contestó el fraile-. Voy a leerles enseguida lo que me dice otro señor cura de San Fernando.

«Mi querido y santo amigo:

«En mi curato no hay machos pipiolos; pero los tres o cuatro que existen bastan para revolverlo todo: tienen, pues, a toda esta felegresía como una madeja sin cuenta. ¡Es un horror! Ayer no más se atrevieron a decir en presencia de los concurrentes a la misa, que yo no cumplía con mis deberes porque predicaba a mi rebaño sobre política. ¡Herejazos! ¿Y qué sabrán ellos de religión? Pero yo no me he chupado el dedo, porque a renglón seguido los excomulgúé, y santas pascuas. Ya muchos fieles timoratos no se atreven a hablar con ellos... ¡Para que vean lo que es difamar a su cura! Como aquí la autoridad está en manos de boquiabiertos que no saben lo que es tomar una medida contra tales

desmanes, no hay más que emplear contra los malvados los rayos del Espíritu Santo. Si siguen con las mismas, los excomulgo a velas apagadas, y veremos quién pierde. Mientras tanto, écheme su paternidad la bendición y encomiende en sus santas oraciones a su humilde capellán para que no sea presa de estos fariseos.»

Concluida esta carta, que hizo sonreír a los que la oyeron leer, dijo el padre:

-Tengo además otras de varios curas del campo que dicen más o menos lo mismo. Cada cura persigne las ideas pipiolas, y las expone a la vergüenza pública, ya en el púlpito, ya en las conversaciones doctrinales del estrado. Acerca de esto, estoy contento porque tenemos en este país un clero celoso por el sostén del orden y de las ideas religiosas. Tal es lo que ustedes pueden poner en conocimiento de los domas amigos, encargándoles que no desmayen, que influyan por todos los medios posibles para preparar los ánimos a favor de la revolución del sur.

-Pero Prieto no ha escrito -dijo don Víctor-: nos tiene a ciegas.

-Espero recibir bien pronto cartas de Prieto -dijo Portales-. Mientras tanto pueden ustedes hacerse cargo del estado de nuestros asuntos en el sur, leyendo estas cartas, muchas de las cuales me han llegado esta mañana.

Diciendo esto, sacó don Diego de sus bolsillos varios paquetes de cartas que echó sobre la mesa, y que los circunstantes empezaron a abrir y a leer con avidez.

-Ahí verán ustedes -prosiguió Portales, sonriéndose-, que yo tengo también mis corresponsales, así como nuestro reverendo Hipocreitía. Casi todas estas firmas son de administradores de estanco, estanquilleros, y hasta cigarreros, que me sirven con celo y fidelidad.

El padre hizo un gesto de aprobación, y acercándose a don Diego le dijo:

-No se olvide de Freire, señor. El crédito del General nos puede ser muy útil cuando llegue el caso de obrar.

-Aldeano está encargado de ese papanatas -dijo Portales-. Lo maniatará como a un carnero.

-Que no olvide el señor don Rodrigo de recordar a Freire las causas de su enemistad con Pinto -dijo Hipocreitía-. Es preciso que Freire haya tenido y tenga razón siempre, porque a los hombres impresionables se les maneja halagando su pasión favorita.

Después de esto, Portales y Dorriga se retiraron. El padre tomó entonces la carta que estaba debajo de las demás, y leyó con extrema satisfacción.

X.* Setiembre 1.º de 1829.

«Reverendísimo señor:

«A su paternidad debo cuanto tengo: por sus empeños me veo a cargo de esta escuela que me da para mantener a mi mujer y mis hijos; por consiguiente, no hago nada con obedecer sus órdenes, y no se dirá, Dios mediante, que Hilarión de la Cachiporra es un desagradecido.

«Sigo, como no puedo menos de dejar de seguir, en todo y por todo sus consejos. Cada día soy más duro con mis muchachos, quienes me respetan más que a sus propios padres, y aun éstos muchas veces me envían sus hijos para que los castigue, en lo cual he adquirido portentosa fama en este pueblo, mucho más que la que tiene mi compañero de Cáuquenes, protegido también por su paternidad. He escrito en las paredes de la escuela *la letra con sangre entra*, hasta los mocitos de media barba tienen que inclinarse ante el látigo y la palmeta; por manera que no hay quien no respete al español Cachiporra. Aun después de haber salido de la escuela me conservan cierto temor que como su paternidad me dijo la última vez que nos vimos, era necesario para abatir el orgullo a éstos enemigos de la madre patria.

«Le aseguro, sin mentir, que muchas veces les he aplicado el correctivo solo por humillar a los más orgullosos. Si es que este sistema se sigue en todo este reino, producirá al fin muy buenos efectos.

Besa los pies de su paternidad reverenda, su humilde criado.»

II de la Cachiporra.

No parecía sino que aquel fuera el día de las cartas para el reverendo padre, porque apenas concluyó de leer la anterior, cuando entró al cuarto una vieja, quien entregando al fraile un papel doblado, dijo:

-Sor Agueda me encargó dar a su paternidad esta carta *en mano propia*.

Desplegó Hipocreitía el papel y leyó:

«Reverendo padre:

«La niña, después de haberme hecho concebir esperanzas, ha vuelto a su terquedad primitiva. Parece que algo de nuevo le ha pasado en el convento. No oye mis consejos, y el confesor mismo se queja de su tenacidad. ¡Ya se ve! Quien lo hereda no lo hurta, pues, (no lo digo por mal) el pobre don Marcelino ha sido siempre porfiado.

«Deme consejo, y Dios me lo guarde-Su humilde servidora que se arroja a besarle los pies, pidiéndole su bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

Sor Agueda, Indigna abadesa de este convento.

El padre tomó la pluma y contestó:

«Respetable madre:

«Ponga a la niña en una celda sola, y quítele toda clase de compañía. Yo hablaré con el confesor. Su humildísimo capellán.»

Hipocreitía.

Enseguida dio la contestación a la misma vieja y se dispuso a salir.

-Tal vez ha echado a perder el negocio ese imbécil clérigo O.* -dijo, tomando su bastón y sombrero-. Es preciso que hable con él: ¡qué triste cosa es esto de no encontrar un hombre que secunde un plan bien combinado!

CAPITULO LXVII

El Golpe maestro de la perfidia

«El General Pinto, asustado de su obra misma, retrocedió en el conflicto; y con su propia mano entregó a los adversarios de la unidad liberal, la tea con que debían devorar sus inmortales preceptos.»

—B. V. MACKENNA. (Portales I, 3.)

Entrevistas análogas a la que relata el capítulo anterior, se sucedían cotidianamente entre los enemigos del gobierno. Se daba, se recibía y se comentaba las noticias, ya originadas del gabinete y de los círculos sociales de Santiago, ya traídas de las provincias. Las cartas escritas en las más apartadas regiones y dirigidas a los prosélitos de la capital, eran leídas ya en reuniones secretas, ya en la plaza pública, cuando se creía conveniente su publicación. Cruzábanse las desconsoladoras noticias por todas partes: los unos las oían temblando de miedo, otros las deseaban más amenazadoras aun, y muchos las recibían y las daban sin creerlas. La intranquilidad llegó a ser una enfermedad crónica de la sociedad: estado tanto más alarmante, cuanto que era originado de las especies propaladas por un partido tan autorizado ante el vulgo, como eran los pelucones. Vivíase en una época de transición, en que la duda y el temor que ella produce, tenían a las gentes en un continuo sobresalto. Marchábase como a ciegas por un terreno desconocido, y en esa marcha no era difícil explotar el candor de los que obraban de buena fe. La mutua desconfianza producido por la sistemática hostilidad del partido reaccionario contra los principios liberales, había llegado a constituir un elemento social, que desunía aquí para unir allá, o para soldar amistades más allá. Porque, no es extraño que quien desconfía de un vecino, busque un apoyo sólido en la unión de un tercero a quien teme u odia menos.

Las causas de ese fenómeno político-social, que nuestra sociedad presentaba entonces, han llegado últimamente a evidenciarse de una manera tal, que de su estudio se deriva una severa lección para nosotros. ¡Quiera Dios que sepamos aprovecharla!

¿Por qué la administración de los liberales se había creado tantos enemigos con la práctica misma del bien? He aquí lo que decía, algunos años después, el ilustre autor de las palabras escritas a la cabeza de este capítulo:

«El gobierno destruía los privilegios comerciales e industriales, luego nosotros, privilegiados, destruyamos ese gobierno.

«El poder político examinaba y tocaba la posesión de los sostenedores del orden antiguo: ¡luego nosotros, frailes y clérigos privilegiados, destruyamos ese poder político!

«El gobierno es hereje; quiere renovar las creencias antiguas de la plebe; quiere ilustrar: luego exaltemos a la plebe católica, antigua, contra la ilustración, la herejía.»

Los pelucones supieron aprovechar ese estado de febril intranquilidad que agitaba la república, esas colisiones producidas por el ardor patriótico de unos, al estrellarse contra la frialdad egoísta o la temerosa esquividad de otros; así como también la desinteligencia de los diversos grupos que formaba el partido liberal, grupos que, sin embargo de mirar hacia un mismo fin, marchaban como a discreción. Esto, falta de unión, y tal vez una exagerada confianza en sus propias fuerzas, fue lo que los perdió. Mientras ellos creían poder marchar sin miedo, con el estandarte de la libertad en la mano, sus enemigos no perdían la menor ocasión en minar las bases del sistema republicano que principiaba a entreverse. Las ventajas de su posición social, sus riquezas, la ignorancia del pueblo, las antiguas preocupaciones, los vicios de la sociedad, y hasta los mismos errores del partido liberal, fueron otros tantos elementos de reacción que los retrógrados supieron utilizar.

El punto de apoyo de las insidiosas operaciones de los reaccionarios, era el sur de la república. Concepción, cuyas aspiraciones de influencias provinciales no cesaban de fomentar los pelucones, habíase hecho el centro de la revuelta que Prieto, valiéndose de los mismos elementos que el poder supremo puso en sus manos, había logrado entender hasta las riberas del Maule. He aquí cómo la reacción pelucona principió por una traición: y, traición ella misma en la esencia de sus aspiraciones contra la libertad y los derechos de los pueblos, había de llegar al fin a consolidarse por otra gran traición.

Con fecha 4 de octubre de 1829, se reunió la Asamblea provincial de Concepción, y levanta una acta, por la cual se declaraba en abierta rebelión contra los poderes constituidos, fundándose en las «infracciones cometidas por el gobierno contra la Constitución» que acababa de dictarse y que ellos mismos querían echar por tierra.

La noticia consternó a Santiago, y los pelucones se empeñaron en extenderla por toda la ciudad, derramando por las calles y plazas gran cantidad de hojas sueltas, en las cuales se agregaba además, que el ejército de Prieto no tardaría en atravesar el Maule para dirigirse hacia la capital.

Los liberales, cuyas esperanzas se fundaban en el General Pinto, se empeñaban en que éste asumiese cuanto antes el mando. Con la pronta organización de la administración suprema se podía cruzar las operaciones de los traidores. Pero a éstos les importaba mucho ganar tiempo, y consiguieron que el Presidente elegido renunciase. Desechada la renuncia por el Congreso, volvió el General a elevarla de nuevo; y fue desechada por segunda y tercera vez. Entonces, Pinto asumió el mando; pero fue para darle un golpe de muerte al Cuerpo Legislativo, que era la salvaguardia de la República.

Entraba por mucho en los planes reaccionarios el introducir la discordia entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo, así como la habían introducido ya entre aquél y el Judicial. «Dividámoslos y los debilitaremos», era la jaculatoria constante del padre Hipocreitía, quien miraba de reojo al clérigo Franco cuando éste decía en sus arrebatos:

-¡Es preciso que obremos de una vez contra estos facinerosos!

-¡No! -contestaba el fraile-, «esperemos a que la pera esté madura para recibirla en la mano cuando caiga».

En el mismo día en que el General Pinto se hacía cargo de la presidencia; esto es, el 19 de octubre de 1829, se hallaba el infatigable jesuita hablando con sus principales amigos en casa del ex-ministro Ruiz Tagle. Después de haber tratado largamente sobre el estado de los asuntos del sur, dijo con impetuosidad el clérigo Franco:

-Pues, señores, ¿si Prieto cuenta con un ejército de más de dos mil hombres, por qué no se viene sobre la capital? Santiago es nuestro ¿qué esperamos para dar el grito?

-Pies de plomo, amigo mío -le interrumpió Hipocreitía sonriendo-. Ninguna cosa sale buena si no se hace *in debito tempore*.

-Para mí la verdadera oportunidad está en la rapidez con que se obre -replicó Franco.

-Sin embargo -observó Dorriga-, la prudencia aconseja...

-¿Qué dejemos escapar el pájaro? -interrumpió el otro.

-No, mi buen amigo -respondió Hipocreitía-. Es preciso no tratar de tomar el pájaro con demasiada precipitación, porque nos podríamos quedar con las plumas en la mano.

-Tiene razón, su paternidad -dijo Tagle-: yo siempre he seguido su parecer.

-Yo puedo estar muy equivocado -prosiguió el jesuita con tono humilde y mirando por entre sus negras pestañas a don Diego Portales, que se sonreía al observar los gestos que hacía el clérigo Franco-: yo puedo equivocarme; pero creo necesario concluir de prepararnos. Los tontos han caído en el garlito. Muy pocos son los que creen en el formal levantamiento de Prieto, y todos ellos piensan encontrar en Pinto un sólido apoyo del sistema actual. El mismo Pinto lo cree, y no es éste su mejor engaño; pero ya ustedes

saben que hemos conseguido de él la clausura del Congreso. Mañana se reunirá éste para principiar de nuevo sus sesiones en esta ciudad; pero también mañana mismo recibirá del nuevo Presidente la proposición de cesar en sus funciones.

-Pero; ¿es un hecho que Pinto ha accedido? -preguntó Dorriga.

-Tengo aquí una copia de la nota -contestó el fraile, presentando a la concurrencia un papel doblado.

Portales tomó la nota; la leyó rápidamente, y dijo.

-¡Esta en regla. Este golpe es maestro!

-Don José Joaquín de Mora, que es quien la ha redactado -dijo Hipocreitía-, ha tenido la bondad de hacer en ella algunas alteraciones que yo le he indicado.

-Don José Joaquín es un buen español -observó Dorriga.

-El señor Tagle es testigo -prosiguió el fraile-, de lo que ha habido -407- que trabajar para hacer consentir a Pinto en que la salvación de la República estriba en la disolución del Congreso y en la nueva elección de mandatarios para el año venidero. El buen General cree a estas horas que solo así se conseguirá hacer desaparecer las rivalidades, los odios de partido, las ambiciones y el descontento que divide al país. Es preciso, señor General, le he dicho yo, «quitar todo pretexto a la sedición y todo pábulo a las miras personales.» Él lo cree así y obra con la conciencia de que tal proceder pacificará al país. Pero una vez disuelto el Congreso, el país es nuestro, como un rebaño al cual se le ha quitado el pastor.

Cuando Hipocreitía hubo terminado, todas las miradas se fijaron en él. El fraile hablaba con la elocuencia de un hombre inspirado, y el tono solemne de su discurso dominó a los concurrentes, algunos de los cuales exclamaron:

-¡Sí, sí: es verdad! Entonces será el momento de obrar.

Portales nada decía: solo se contentaba con mirar de hito en hito al fraile mientras hablaba; y concluyó al fin por aprobar el discurso con un gesto en que se revelaba cierto grado de admiración.

Esa misma tarde se hablaba en los diferentes círculos de Santiago de la dimisión del General Pinto, y de la manera enérgica con que una y otra vez había sido rechazada por la Representación Nacional.

Habíase descubierto que estas renunciaciones no eran más que un juego de *coquetería* aconsejado por los pelucones al General, cuya debilidad explotaban. Ellos sabían muy bien que la mayoría del Congreso no aceptaba la renuncia, y esperaban sacar partido de la desinteligencia entre el cuerpo legislativo y el presidente electo.

Esta desinteligencia comenzaba a verse bien claro en los motivos mismos que servían de base a la renuncia de Pinto. Éste escribía al Congreso con fecha 18 de octubre que «entre los principios que dirigían al Congreso y los suyos, no existía aquella armonía, sin la cual, ninguna administración podía ser útil.» Y luego concluía diciendo: «que no solo era lícito sino *obligatorio*, el renunciar la presidencia, a causa de *la imposibilidad de aceptarla, sin aparecer partícipe en actos que no juzgaba conformes a la ley*; y que además, eran de *una tendencia perniciosa*.»

-¿No ven ustedes? -decían los más exaltados-. ¿No ven ustedes cómo ya se ha sembrado la cizaña entre los poderes Legislativo y Ejecutivo?... ¡Aquí está de manifiesto la mano de los pelucones! Por subir al mando serán capaces de empujar al país a la guerra civil.

Hablábase además en los numerosos corrillos de cierta entrevista habida entre Pinto y los principales pelucones, en la cual había quedado convenido que la revolución que amenazaba al país se desarmaría por sí misma, a condición de que se disolviese el Congreso.

Los noticieros referían mil anécdotas que revelaban la maléfica influencia del partido reaccionario sobre el ánimo del Presidente, y aun aseguraban que ya éste había firmado la nota que debía enviar al Congreso proponiendo su separación.

Esta vez decían verdad los noticieros: sin embargo, había muchos que tenían fe en el patriotismo y buen sentido del General Pinto, y no podían creer que él se prestase a servir de apoyo a los reaccionarios. Otros, sin hacer agravio a la lealtad del ilustre General, temían que éste no fuera a ser víctima de las instigaciones peluconas, y se decidieron a hacerle presente que, en caso de haber acogido tan fatal idea, desistiese de ella.

A este fin comisionaron a don Carlos Rodríguez, para que, acercándose al Presidente, le manifestase cuán peligroso era en las actuales circunstancias, el deshacerse de un apoyo tan importante como el Congreso; mayormente cuando la medida en cuestión pugnaba abiertamente contra la ley y era en un todo contraria a las conveniencias políticas. Rodríguez juró cumplir fielmente con la comisión que sus amigos políticos le daban.

CAPITULO LXVIII

Rodríguez y Pinto

«La separación espontánea del Congreso; la convocación de los cuerpos electorales; y la renovación de las elecciones constitucionales para el año venidero en las épocas que la ley fundamental señala: tales son en la opinión del Gobierno las solas medidas que pueden salvar de un naufragio inminente el bajel del Estado.»

(Nota del presidente Pinto al Congreso, proponiendo su disolución. Octubre 20 de 1829.)

Rodríguez era un patriota ardiente y entusiasta por la causa de la libertad; y había servido con decidida constancia el *Ministerio del Interior* durante el gobierno de Pinto. ¿Quién otro mejor que él para influir ventajosamente en el ánimo del General?

El día 20 se presentó don Carlos en el palacio. Al dirigirse hacia la sala del despacho, vio en una de las oficinas a Ruiz Tagle, Mora y el padre Hipocreitía que conferenciaban entre sí. Rodríguez no miraba bien a ninguno de los tres, y concibió entonces graves sospechas contra ellos. Así preparado, se dirigió a hablar con Pinto:

Dígame V. E.: preguntó: ¿es verdad lo que se dice?

-¿Qué se dice?

-Que el Gobierno piensa pedir, o más bien dicho, piensa ordenar al Congreso su disolución.

Pinto no contestó sino con un suspiro.

-Perdóneme V.E. -prosiguió Rodríguez con calor-. Mi atrevimiento nace del amor que tengo a mi país.

-¿Y cree usted que yo lo amo menos? -le interrumpió Pinto, levantándose de su asiento-. Solo el deseo de la tranquilidad pública ha podido obligarme a dar este paso.

-¿Luego es verdad?

-Verdad.

-¡Señor General! -dijo don Carlos con ese tono de reproche que solo a la amistad le es permitido tomar-. Calcule Vuecelencia las consecuencias de este acto.

-Están consideradas, amigo mío. La República se halla dividida. Las instituciones amenazadas por la revuelta; y yo no veo otra solución, fuera de hacer esta concesión a los enemigos del orden para quitar todo pretexto...

-Para envalentonarlos, debiera V. E. decir, pues en cuanto le quiten al Gobierno el apoyo del Congreso, la victoria será de los traidores -dijo don Carlos con ardimiento.

-Pero si bien es verdad -replicó Pinto-, que hay en ese partido traidores a la causa de la libertad, no me podrá usted negar que también hay hombres honrados.

-De ningún modo podría yo negar eso -contestó Rodríguez-. Hay en el partido reaccionario muchos hombres de bien, que aman al país; pero lo aman a su manera; personas distinguidas por su saber, pero cuyas preocupaciones borran en su

entendimiento las sanas ideas de la ilustración para dar cabida a las malas prácticas en que se han envejecido.

-¡Sin embargo...!

-Esas gentes -prosiguió don Carlos-, tienen miedo a la libertad, porque nunca la han practicado; aman el viejo sistema, porque están acostumbrados a él; y serían capaces de oponerse a la regeneración política y social del país, porque su conciencia, falsamente alarmada, así se los ordena. No, señor: yo no creo que todo el partido reaccionario esté compuesto de malvados. ¡Pobre de Chile entonces! Sería preciso emigrar de aquí... Lo que yo creo es que la falta de ideas, y la ignorancia de la mayor parte de esos hombres, pervierten su voluntad, que de otro modo se dirigiría al bien de la patria.

-Creo que usted exagera las circunstancias, amigo -contestó el General-. Es preciso que nos acordemos de que también ellos son chilenos como nosotros para hacerlos participantes de los negocios públicos.

-¿Digo yo lo contrario? Confieso que la equidad manda llamar a todos los hombres buenos, cualquiera que sea su partido, a formar parte de la dirección de la República. Yo no miro a mis enemigos políticos sino como a verdaderos compatriotas. ¿Ha hecho otra cosa el Gobierno sino darles destinos públicos?

-Es verdad; pero...

-Muchos de sus prohombres ocupan puestos elevados en el ejército, en la administración, en la magistratura judicial... Ahí están Prieto, Ruiz Tagle...

-Sí; pero yo me refería al campo de las ideas...

-¡Ah! Eso es otra cosa, señor General. En ese terreno no cederé jamás un pelo a los contrarios.

-¿Por qué?

-Porque hemos peleado por las ideas republicanas, y es preciso que sostengamos su imperio. Nuestros padres vencieron al enemigo en el campo de batalla, y nosotros debemos proseguir la noble lucha en el campo social. Yo creo que la prudencia manda ser tolerante con los hombres; pero en cuanto a la entronización de los malos principios, ya es otra cosa.

-Comprendo su idea; yo mismo abundo en ella -dijo el General. ¡Pero, ay, amigo mío; cuando uno se ve entre la necesidad de sostener los principios y la de hacer concesiones...!

-¿Concesiones? Yo no veo la necesidad de que habla V. E.

-No hablo de concesiones que puedan rebajar la dignidad de la República...

-¿Y entonces?

-Me refiero a la necesidad que hay mil veces de dejar en la sociedad un resquicio por donde se escape esa fuerza engendrada por las malas pasiones...

-Pero eso suele perder a una administración, cuando la puerta que V. E. abra es la de la injusticia.

-¿La injusticia?

-Sí, señor: porque es injusto abandonar a su suerte y dejar sin apoyo esas instituciones por las cuales tantos patriotas se han sacrificado.

-No quedarán abandonadas. Al contrario; amigo mío: yo creo que el amor a esas instituciones es lo que obliga a muchos hombres de bien, del partido enemigo, a hacer la guerra al Gobierno.

-No lo crea V. E... Si mañana toman ellos las riendas del Estado, la Constitución que aparentan defender será la primera víctima de su furia contra las ideas democráticas.

-De todos modos -dijo el General-; mis fines son buenos. Creo deber hacer el sacrificio de...

-¿De qué?

-De renunciar, si el Congreso no aprueba el plan que propongo.

-Pero, Señor:... por Dios...

-Estoy decidido a ello en beneficio de la paz.

-Y ¿cree V. E. que se obtendrá jamás la paz en una república sin el establecimiento del régimen democrático?

-Pero acordémonos de que la defensa de esos principios nos ha de traer la guerra civil, la lucha entre hermanos. ¡Ah! ¡Don Carlos! ¡Tiemblo solo al considerar que yo podría llegar a ser causa de un derramamiento de sangre entre mis compatriotas!

-Dígame V. E. -preguntó Rodríguez con más calma-. ¿Se acordaron ayer nuestros padres de que tenían que luchar con sus propios; compatriotas para deshacerse, del poder español? No se puede negar que la sangre de los chilenos debió ser preciosa para los autores de nuestra Independencia; y sin embargo ¿dudaron ellos un momento en derramar aquella a fin de obtener ésta. Lo que ayer hicieron nuestros padres ¿no podemos proseguirlo hoy nosotros? Porque, considere V. E. que ellos no hicieron más que iniciar

la obra, dejando a sus hijos el cuidado de concluirarla. Nuestra independencia no sería un hecho consumado hasta que no hayamos establecido fuertemente entre nosotros el régimen republicano.

-Estoy en ello -contestó Pinto-; pero le diré a usted además que no encuentro desprovistas de toda justicia las razones que ellos alegan para la disolución del Congreso.

-¡Ah! ¡Señor! -exclamó Rodríguez, dudando aún de lo que oía-. No entraré en esta discusión porque sería demasiado larga, penosa y tal vez inútil, desde que tal convicción lo ha hecho a V. E. tomar este partido. Yo creo lo contrario; y me parece que el mejor medio de evitar la guerra civil es sostener al Congreso, único apoyo que el Gobierno tiene, por ahora, entre los poderes constituidos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, Rodríguez había tomado su sombrero, dando muestras de querer retirarse, mientras el General se paseaba, sumamente contrariado, a lo largo de la sala.

-Pues yo he querido probar al país entero -dijo éste-, que no me anima la menor ambición; y estoy dispuesto a hacer el sacrificio del mando, a fin de obtener la paz que tanto deseo.

-Me parece que sería más patriótico el sacrificio de conservarse en el puesto mientras la reacción amenaza la República -contestó Rodríguez.

-Me es imposible: no tengo fuerzas -contestó el General-. Bien sabe Dios que daría mi achacosa existencia por la felicidad de mi país; pero creo firmemente que mi permanencia en este puesto, puede ser fatal a la tranquilidad pública. Mi resolución es irrevocable porque no encuentro otro medio de conjurar la tempestad que nos amenaza.

Rodríguez salió desesperado. En la puerta del palacio se encontró con don Melchor Ramos, oficial mayor del Ministerio del Interior, a quien don Carlos profesaba la estimación de que el joven era digno. Ambos amigos se saludaron con cordial franqueza, y empezaron a hablar sobre el acontecimiento en cuestión.

-Casi no puedo creerlo todavía -dijo Rodríguez, apretándose la cabeza con ambas manos.

-Desgraciadamente es verdad -dijo Ramos-. Yo mismo he leído la nota, y acabo de tener con el Presidente un disgusto que no he podido evitar.

-¿Cómo así?

-Encontrándome hoy interinamente a cargo del despacho, se ha querido que yo autorice con mi firma una nota contraria a mis principios.

-¿Y qué sucedió entonces?

-Me negué a firmarla. «No, señor Presidente -le dije al General-; no creo que V. E. quiera obligarme a traicionar mi conciencia. Yo no puedo firmar esto.»

-¡Ah!

-Pinto pareció conmoverse al ver mi resolución, y me dejó en libertad. Yo no sabía aún lo que él haría enseguida, cuando en aquel momento entró a la sala el padre Hipocreitía...

-¡Maldito fraile! Creo que es un traidor.

-Yo creo lo mismo, a pesar de la amistad que parece profesar a toda la familia del General. Impuesto el fraile de lo accedido, dijo: «¿qué dificultad hay para que firme el oficial primero? No hay más que poner»: *por ausencia del oficial mayor encargado del despacho*. De esta manera prosiguió diciendo el fraile y mirándome de un modo particular, *quedará tranquila la conciencia del señor Ramos*. Enseguida salió de la sala a llamar al oficial primero, refunfuñando entre dientes: *¡la conciencia!*... Es preciso no contrariarla jamás, y yo respeto hasta los menores escrúpulos de un hombre. Cinco minutos después, ponía don Alejandro Mardones su firma al pie de la indigna nota.

-Ha obrado usted noblemente -dijo Rodríguez, cuyo gesto manifestaba la indignación de su alma.

Enseguida apretó la mano de su amigo, quien pronto había de pagar con la persecución y el destierro su lealtad a los principios del honor y de la justicia.

CAPITULO LXIX

Anselmo recibe noticias de Lucinda

«¡Sí! yo espero: al pesar las dichas siguen...
¿Quién una vez en el oscuro cielo
no vio brillar el iris del consuelo,
tras la tempestad?»
-(E. DEL SOLAR.)

Dos o tres días después, el capitán Muñoz y su esposa vieron entrar en su casa a su amigo Anselmo que venía con un papel en la mano. Traía el joven pintada en el semblante la agitación que sentía; y al saludar a sus amigos, les presentó el papel, diciéndoles al mismo tiempo:

-¡La hemos encontrado!

-¿Qué hay? ¿Qué te sucede? -preguntó el capitán Muñoz.

-Que acabo de saber que Lucinda está en el convento de las Capuchinas -contestó el joven.

-¡Gracias a Dios! -exclamó Cecilia.

-Vean ustedes por qué circunstancias lo he sabido. Ustedes tienen conocimiento de que tengo en ese convento una desgraciada hermana.

-Te he oído hablar de ella -le interrumpió Andrés.

-Angelina me escribe esta carta. Voy a leérselas a ustedes:

Mi querido hermano:

Hace pocos días que han puesto contra su voluntad en este convento a una niña llamada Lucinda de Rojas. La casualidad, o más bien Dios, que dirige los acontecimientos de la vida, nos ha unido con la más sincera amistad. Me ha hecho la confianza de su vida entera, imponiéndome del amor que los une a ustedes dos. ¡Considera, hermano mío, cómo la habré abrazado! La quiero con todo mi corazón: puedo asegurarte que ella merece todo el cariño que me ha inspirado. Es un ángel; y tú, mi querido Anselmo, no podías haber hecho mejor elección.

-¡Pobre hermana! -exclamó el joven interrumpiendo la lectura de la carta y limpiándose con el revés de su mano las lágrimas que aparecieron en sus ojos. ¡Ella, tan desgraciada, solo se acuerda hoy de mi felicidad!

Enseguida prosiguió:

En varias cartees que Lucinda ha recibido de sus padres, le hablan estos de la necesidad de que ella permanezca en el convento; pero sin decirle las razones que haya para haber tomado esta resolución tan cruel. La pobre niña se desespera cada día más, y me asegura que su madre no puede haber escrito ninguna de las cartas que aquí han llegado con su firma. Mientras tanto, se la estrecha por medio del confesor, para que dé su consentimiento a no sé qué proyecto de matrimonio con otro caballero...

-¡Infames! -exclamó Anselmo, prosiguiendo enseguida:

Te escribo esta carta, no solo por el interés que tú y Lucinda me inspiran, sino porque creo un deber de conciencia el dar a conocer lo que yo llamo un complot contra esta desgraciada niña.

Para colmo de desdicha, la han separado últimamente de mí, y la tienen encerrada en una celda, porque, según creo, se ha temido que ella encuentre algún apoyo en mis consejos...

Anselmo volvió a interrumpirse. No dijo una palabra; pero el papel crujió entre sus manos temblorosas. Luego prosiguió:

Creo, hermano mío, no tener necesidad de pedirte que obres con la mayor prudencia. Si el padre de Lucinda hace llegar las cosas al extremo, no tomes una resolución desesperada, porque la desesperación es mala consejera. Confía en Dios, y no conviertas en odio el amor de tu corazón. Si hay en la tierra quienes se opongan a tu dicha, acuérdate de que hay también en el cielo una Providencia que puede más que todos los poderes del mundo. Yo espero que al fin ha de abrir Dios los ojos al padre de Lucinda, porque aquí abajo, ni aun la desgracia es eterna, hermano mío. No des cabida en tu pecho al desaliento, y busca el apoyo de algunas personas de valía, que influyan en el ánimo de don Marcelino, confiando siempre en que Dios ayuda los esfuerzos honrados.

Adiós-Recibe un abrazo de tu hermana que ruega por ti.

Concluida de leer la carta, los tres amigos se quedaron unos pocos instantes mirándose en silencio. Luego dijo Andrés:

-Es indudable que las cartas de doña Trinidad son supuestas.

-Yo también lo creo -contestó Anselmo.

-¡Pobre niña! -murmuró Cecilia.

-¿Qué has pensado hacer? -preguntó el capitán.

-Llevar esta carta a don Ramón -contestó el joven-, para tomar consejo de él.

-Me parece bien. Mientras tanto, yo iré a ver a doña Estrella -dijo Andrés...- A propósito ¿sabes lo que se me ocurre?

-¿Qué cosa?

-Que don Ramón visite a don Cándido, el cual tiene mucha influencia sobre el padre de Lucinda.

-Te engañas: don Marcelino se ríe de don Cándido; y según he sabido, ahora no se encuentran muy bien.

-Tanto mejor -replicó Andrés.

-¿Qué quieres decir?

-Que si don Cándido nos podía prestar algún servicio, estando bien con su compadre Marcelino, ahora que están mal, podemos contar con que nos servirá con la mejor voluntad.

-De doña Estrella espero mucho; pero de don Cándido...

-También debes creer que nos ayudará siquiera con su nombre; así como doña Estrella lo hará con su inteligencia y su buen corazón. Te repito que conviene mucho el que Freire le haga una visita como para solicitar su cooperación en este negocio. Don Cándido es vanidoso y aspira a figurar; por consiguiente, la visita de una persona de la importancia y de las relaciones del General lo llenarán de satisfacción y de esperanzas, poniéndolo de nuestra parte.

-Y aun cuando más no fuera -agregó Cecilia-, si con eso se consigue que don Cándido no sea un estorbo para Estrella, se habrá puesto una pica en Flandes.

-Pues voy a verme con el General -dijo Anselmo, poniéndose en el bolsillo la carta de su hermana.

-Y yo voy a casa de don Cándido -dijo Andrés, para imponer a doña Estrella de todo lo que pasa.

Cecilia, viendo salir a su marido y a su amigo, se quedó rogando a Dios por que obtuvieran el logro de lo que deseaban.

Media hora después, ya Andrés había impuesto a doña Estrella de todo lo que sabía. Don Cándido oía la relación con cierto aire distraído, como si no le importara gran cosa aquel asunto en que veía interesarse tanto a su esposa, y en el cual iba nada menos que la felicidad o desgracia de su ahijada Lucinda; pero no bien hubo hablado el capitán de la probable visita de Freire, cuando el señor de la Rueda exclamó:

-¿Qué dice usted, capitán?

-Que según todas las probabilidades, tendrá usted aquí esta tarde de visita a la mejor espada de Chile...

-¡Ah! ¡Señor capitán!

-A uno de los jefes más beneméritos del ejército...

-¡Oh! ¡Señor capitán Muñoz!

-A una de las personas más bienquistas en el gobierno...

-¿Pero está usted seguro? Porque ha de saber usted que yo no tengo la honra de conocer personal y amistosamente al General Freire.

-No estoy seguro -respondió Andrés-; pero tengo motivos justos para creer que vendrá hoy.

-Bienvenido sea -dijo don Cándido-; y en cuanto a usted, señor capitán, le agradezco en el alma la advertencia que me ha hecho. Voy a...

-¿Adonde vas? -le preguntó doña Estrella, viendo que su marido quería salir de la pieza.

-Voy a mudarme botas, Estelita -respondió en voz baja don Cándido-. ¿Cómo quieres que espere al señor General con estas botas rotas?

Dicho esto, salió; y después de un buen cuarto de hora, volvió a entrar, no solo con botas nuevas, sino vestido de *punta en blanco*, como él decía.

-Señor capitán -dijo, acercándose familiarmente a Andrés-. ¿Está usted seguro de que el objeto de Freire sea el hablar sobre los asuntos de mi ahijada?

-No es otro, señor, fuera del de saludarlo cordialmente...

-Mucho le agradezco el saludo, y estoy pronto a correspondérselo con la misma cordialidad, siempre que sus fines sean rectos.

-¿Y puede usted dudarle?

-¡Ah! ¡Mi amigo! -exclamó don Cándido bajando más la voz; cuando un hombre como yo tiene la desgraciada felicidad de estar casado con una mujer linda, está también en su derecho para temer que no todas las visitas tengan fines rectos... Pero dejemos esto que, si no me engaño, es el mismo Freire el viene entrando por el zaguán.

Así era en realidad. Don Ramón venía acompañado de Anselmo, a quien hizo la señora la más favorable acogida, mientras don Cándido se deshacía en cumplimientos con el General.

-Aunque no tenía el placer de conocerlo a usted personalmente -dijo éste-, me he tomado la libertad de venir a pedirle un servicio.

-Ya tengo conocimiento de todo, por el señor capitán Muñoz -interrumpió don Cándido-; y agradezco a usted, señor General, el que me proporcione la dicha de verlo, para lo cual pongo a su disposición todos mis posibles.

-Mil gracias, señor: ¿por manera que... puedo contar con su apoyo?

-Además de que tengo también que cumplir con las obligaciones que el carácter de padrino de Lucinda, me imponen...

-Pues, fundado en eso he venido a empeñarme con usted...

-Razón por la cual le he dicho a Estelita que no es caridad permitir que esa pobre niña sea martirizada por el logogrifo de su padre, que aunque sea mi compadre, no dejo de conocer que es un bárbaro incivil...

-Es decir -interrumpió vivamente Freire-, que puedo contar con que usted...

-No, hija mía -le dije a Estelita, (sin atender a lo que su interlocutor le decía, y viendo que la señora había salido de la pieza)-: no, mi vida, es preciso cortar los planes de mi compadre. Ella aceptó al momento mi idea, y como es incapaz de contradecirme. Porque ha de saber, señor General, que yo, aunque trato muy bien a mi esposa y la quiero como a las niñas de mis ojos, no permito que ella me contraríe en lo más mínimo...

Muy bien hecho, señor de la Rueda -interrumpió Freire, ya fatigado de la charla de su interlocutor-; muy bien hecho: pero volvamos a nuestra asunto...

-Así fue -prosiguió don Cándido, que Estelita se puso a trabajar en el sentido que yo le indicaba...

-Mucho agradezco a usted y a la señora...

-La tengo bien enseñada, señor General, a que siga sin chistar ni *mistar* el camino que yo le trazo. Yo mismo fui a preguntar a mi compadre en qué convento estaba su hija; pero él nada quiso decirme...

-Ya sabemos que Lucinda está en...

-En las Capuchinas... Y ahora que me acuerdo: ¿sabe usted que se la tenemos ganada a mi compadre?

-¿Cómo así? -preguntó Freire.

-Mire usted, señor General. Sepa que la abadesa de las Capuchinas, Sor Agueda de... no me acuerdo ahora, es hermana carnal de la primera mujer de un amigo íntimo de mi difunto hermano, que murió cuando la peste grande, el año de...

-Vea, señor de la Rueda -interrumpió el General, alzándose de su asiento-: el objeto que aquí me ha traído es saber si puedo contar con usted para...

-Para todo, señor; para todo -interrumpió don Cándido.

-Porque puede suceder que haya necesidad de emplear la fuerza contra don Marcelino; y como si llega el caso de sacar del monasterio a Lucinda, yo no podría ponerla en mi casa, pues las azarosas circunstancias en que el país se halla, nos tienen a todos los soldados sin paradero fijo...

-Ya entiendo, señor, sin paradero.

-Quisiera saber: ¿si podríamos contar con su casa de usted?

-La tiene usted a su disposición, señor General -respondió con voz entera doña Estrella, que en aquel momento entraba en la sala.

-Estelita se ha apresurado a contestar por mí -dijo don Cándido-, porque sabe muy bien que nada me gustaría tanto como tener aquí a mi ahijada.

-Gracias, gracias, señores -dijo Freire-. Ahora me permitirán ustedes que me retire. Voy a verme con don Marcelino.

-No necesito ofrecerle a usted mi casa, señor General -dijo don Cándido-, porque muy bien puede echar usted de ver el placer que me daría considerando como suyo cuanto me pertenece. Yo mismo lo acompañaría a casa de mi compadre; pero me es imposible, porque yo me conozco, y no soy dueño de mí mismo, cuando mi compadre suelta las barbaridades que suele... Sí, señor General, decía don Cándido, sacudiendo amistosamente la mano de Freire. ¡Yo me conozco! ¡Qué Dios lo haga lograr a usted lo que desea! Y tú Estelita, ¿dónde piensas ir, que te veo tan compuesta?

-He pensado que conviene imponer a mi comadre Trinidad del lugar en donde está su hija, y voy yo misma a decírselo.

-Pues ya que usted se dirige al mismo punto que yo quisiera tener la honra de acompañarla -dijo Freire, ofreciendo su brazo a la señora.

-La honrada seré yo, que no usted -respondió doña Estrella, tomando el brazo del General y diciendo graciosamente a los que quedaban:

-Con su permiso, amigos míos: quedan ustedes en su casa.

CAPITULO LXX

De como don Cándido le tenía miedo a las casualidades

«¡Para las casualidades, el diablo se lo vale!»
-(DICHO POPULAR.)

-¿No ve usted lo que yo le decía? -exclamó don Cándido acercándose a Andrés y mostrando con el dedo por entre las rejas de las ventanas que caían al patio exterior la pareja que acababa de salir de la pieza.

-¿Qué quiere usted decir? -preguntó Andrés.

-¡Y no entiende usted todavía, señor capitán! ¿No se lo decía yo?

-Pero ¿qué me decía?

-Que estas visitas...

-¡Ah! ¡Lo que es el diablo!

-¡Ah! Pero ¿puede usted creer?

-¡Si yo no creo nada, señor! -interrumpió don Cándido-. ¡Pero qué casualidad tan... casual! Mire usted: el General viene a visitarme sin conocerme; y esto después de haber estado Estelita en casa de él (con mi permiso, se entiende) Enseguida, el señor General proyecta ir a casa de mi compadre; y al mismo tiempo proyecta mi mujer el ir a hablar con mi comadre. Entra Estelita; me pide permiso con una guiñada de ojo; yo le permito ir con otra guiñada; y la pareja se forma por una casualidad del diablo. Ah! Mis amigos -prosiguió-: creanme a mí, porque tengo mucha experiencia! El diablo hace de estas casualidades a cada rato; y si yo no estuviera seguro de mi esposa, a pesar de su belleza... Sin embargo, en estos negocios es menester conservar las apariencias... ¡Ah! ¡Las mujeres bonitas causan las más deliciosas intranquilidades de la vida! Y usted, amigo Anselmo -prosiguió, dirigiéndose al joven-: usted que se va a casar (porque cuéntelo como cosa segura, desde que yo y Estelita hemos tomado a pecho este negocio), usted que va a casarse con mi linda ahijada, Dios lo libre de las casualidades del diablo, porque de los demás peligros la libraré la virtud de mi ahijada; y tenga entendido que en esto del matrimonio, valen, a veces, más las apariencias que la realidad. ¿No es así, señor capitán? -preguntó lanzando una gran carcajada.

-Usted tiene razón en todo cuanto dice -respondió Muñoz despidiéndose.

-Ya lo oye usted -prosiguió don Cándido, sacudiendo la mano de Anselmo que también se despedía-; ya lo oye usted, mi querido ahijado: no eche en saco roto cuanto acabo de decirle.

-Agradezco a usted sus instructivas advertencias, mi respetable padrino -respondió Anselmo riendo de buen humor.

Cuando los dos amigos hubieron salido, don Cándido empezó a reflexionar, paseándose a lo largo de la sala.

-¡Pero después de todo -decía-: el hecho es que yo me he comprometido a obrar contra la autoridad paterna de mi compadre, el cual por grosero y torpe que sea, no deja de ser el jefe de su familia! Y lo peor es que Estelita, viendo como yo ataco la sagrada autoridad de mi tonto compadre, puede perder mucho de su espíritu de obediencia y llegar hasta... Pero ¿quién es capaz de decir hasta adónde puede llegar una mujer que comienza por no obedecer al marido?

Mientras tanto, Andrés y Anselmo habían llegado a la plaza de Armas. Iba el mozo tan agitado con las repetidas lecturas de la carta de Angelina, que casi no escuchaba a Andrés, el cual, como sucede siempre en casos semejantes, le aconsejaba tener paciencia.

-Pero, amigo mío -interrumpió el joven- ¿quién puede permanecer tranquilo en vista de tanta infamia?

-Sin embargo, nunca es más necesaria la tranquilidad que cuando es preciso oponerse a esa infamia -contestó Muñoz.

-Tienes razón: soy un niño -dijo al fin Anselmo.

-Pues entonces, déjate llevar y atiende a los consejos de la amistad. -424- Vamos al café -prosiguió Andrés-: allí aguardaremos el resultado de la entrevista.

Ambos amigos entraron al *Café de la Nación*, en donde encontraron varios grupos de curiosos charlando sobre política, asunto predilecto de las conversaciones de la época. Siendo como era el objeto de Andrés distraer a su amigo, se dirigió con él a uno de los grupos, en cuyo centro se encontraba nuestro conocido don Catalino Gacetilla. Hablaba éste hasta por los codos, como suele decirse, mientras que el círculo que lo rodeaba permanecía más o menos callado y pendiente de la verbosidad del orador.

-Ya yo se los había pronosticado -decía Gacetilla-. En esto había de venir a parar la conducta del gobierno. Yo no hablo a humo de paja; y cuando les platicaba de la revolución era porque lo sabía de buena tinta. Esta administración bambolea... Ya ven ustedes, Pinto ha rehusado por tercera vez el mando, porque el Congreso ha rechazado su proyecto.

-Pues ¿no lo había de rechazar -interrumpió uno-, cuando se le pedía su disolución al Congreso?

-¿Y para qué queremos Congreso ahora? -preguntó otro.

-Para que dicte las medidas necesarias contra los enemigos de la libertad -contestó con valor el primero-. Lo que los pelucones quieren es aislar al Gobierno, introduciendo la discordia entre él y el Congreso, que es el poder en que por ahora puede encontrar apoyo.

-Para dictar medidas, tenemos de sobra con el gabinete -observó un viejo español.

-Eso será allá en su tierra, en donde impera un tirano -contestó el tribuno; pero no aquí, que queremos ser regidos por nuestra Constitución y por poderes elegidos por el pueblo.

-¡Pueblo! ¡Pueblo! -refunfuñó el viejo separándose del círculo-. ¡Llenan la boca con esa palabra! ¿Qué sabrá el pueblo de achaques de gobierno?

-Lo más singular -decía Gacetilla-, es que el vicepresidente Vicuña que debía ocupar el puesto en lugar de Pinto, también quiere renunciar, según dicen. No parece sino que el mando fuese una brasa de fuego, según es el miedo que le tienen y mientras tanto, Prieto se encamina a Santiago... La cosa es hecha; sí señores, hecha; lo sé positivamente.

-Gacetilla se ha hecho opositor desde el carcelazo que sufrió últimamente -dijo entre dientes uno.

-¿Crees tú que hablo de picado? -interrumpió don Catalino que había oído las últimas palabras-. Te equivocas, hijo mío. Yo soy hombre de ideas, y cuando el gobierno bambolea...

-Debemos hacernos a un lado -respondió el otro en tono burlón.

-No; no es eso, sino que yo digo que tengo mis ideas. Yo soy hombre de principios.

-Y de fines también -agregó el primero.

Una risa general apagó estas palabras.

CAPITULO LXXI

Nuevos Recursos de Su Reverencia

«¡Desprecio a esos infames
que arrojan su conciencia
al pérfido comercio
de pérfida ambición!»
-(GUILLERMO MATTA.)

Mientras el General Freire, Andrés y don Cándido conferenciaban con éste en su casa otra conferencia tenía lugar en la de don Marcelino, quien hablaba confidencialmente en su cuarto con el padre Hipocreitía.

-Cosas graves suceden, amigo mío -dijo éste en cuanto vio a don Marcelino-: cosas graves que piden una resolución pronta.

-Hable su paternidad. ¿Qué es de Lucinda?

-Acabo de conferenciar con Sor Agueda. La niña no ha creído en las cartas de doña Trinidad.

-Pues lo mismo le ha pasado a ésta con las esquelas que le hemos fingido de parte de la muchacha -dijo don Marcelino-. El diablo debe andar en todo esto. Dígame padre ¿no estaba bien imitada la letra?

-No es eso sino que allí en el convento dio con una amiga que la ha aconsejado...

-¡Oh! ¡Las malas amistades! -exclamó don Marcelino en tono sentencioso-. Las malas amistades pierden a las muchachas. Pero ¿cómo se ha sabido eso?

-Debido sin duda a esos consejos, Lucinda se ha manifestado más tenaz que nunca. La elocuencia del confesor que le dejé, el padre O*, ha sido impotente.

-¡Gran Dios!

-El recuerdo del enojo de usted; las amenazas de Sor Agueda; la pintura de las penas del infierno, nada, nada ha podido hacer mella en su ánimo.

-¡Corazón empedernido!

-Hemos venido a descubrir la causa de su resistencia en una carta que se le interceptó a Sor María de los Dolores.

-¿Qué monja es esa?

-La de los consejos, sin duda, porque en la carta interceptada se hace referencia a otra que debe haber recibido Anselmo.

-¡Virgen de los desamparados! ¿Y no se ha tomado presa a esa monja?

-Ya están separadas. Lucinda no ve ahora más que a una monja de nuestra confianza que le lleva la comida. Y lo peor, que Sor María es hermana de Anselmo.

-¡Ah! ¡Ya, ya! ¿Aquella muchacha que por amoríos se entró al convento? ¡Buena alhaja!

-Por consiguiente, ya a esta hora, Anselmo y el General tienen noticias del paradero de Lucinda -dijo Hipocreitía.

-¡Que las tengan! -exclamó don Marcelino-. ¡Yo me río de ellos! ¿No soy su padre?

-Es cierto; pero ellos podrían pedir auxilio a la justicia...

-¡Pero yo soy su padre!

-Sin embargo, no está demás asegurarse. Usted sabe que Freire es *totem potens* ahora; y puede hacernos mucho mal, Anselmo es muy querido del gobierno...

-Dice, bien su paternidad. Pero, ¿qué hacer en este caso?

-Ya está hecho. Por ahora solo he venido a darle cuenta de lo obrado para ver si usted lo aprueba. Voy a decírselo.

-Escucho -dijo don Marcelino-, y lo apruebo de antemano.

-En cuanto supe lo ocurrido, hice que Sor Agueda encerrase estrechamente a Lucinda. Allí solo recibirá sanas amonestaciones de la monja que nos sirve. Pero no basta esto, y para concluir la obra, es preciso hacer otra cosa.

-¿Qué es preciso hacer, padre mío?

-Obligar a Lucinda a que escriba de su puño y letra una carta de desengaño a Anselmo.

-¿Y si éste tampoco cree?

-Hacemos que la misma niña lo desahucie por su boca en el locutorio.

-¡Pero si es tan emperrada! ¡Aun cuando la mate, no lo conseguiremos jamás!

-Eso será, por mal. Mas por ahora, la tratará usted por bien. La muchacha ha tomado su partido; pero si conseguimos hacer germinar en su pecho la compasión por usted, no crea que se niegue.

-¿Pero cómo?

-Fingiendo usted, por ejemplo, que su suerte depende de don Melitón, y que no se puede salvar, mientras no lo haga su yerno. Lucinda, compadecida, se sacrificará por su padre. Yo conozco algo las mujeres. Cuando no se consigue algo de ellas por mal, se suele conseguir por bien.

-Me resigno -dijo don Marcelino-. ¡Qué cosa no es capaz de hacer un padre por el bien de su hija! Pero es el caso que nada se me ocurre.

-Pues, entonces, voy a hacerle ver mi idea -contestó el fraile acomodándose en el asiento.

En ese momento resonaron tres golpecitos en la puerta del cuarto que caía a la calle.

-Es el General, sin duda -dijo el padre-. ¡Mire usted el empeño que toma en atrapar la herencia! Tal vez viene con Anselmo y... Los golpes se repitieron con más fuerza.

-¿Quién es? -preguntó con mal humor, don Marcelino.

-¡Yo soy! -respondió Freire con voz entera y clara.

-¡Él es! -dijo el jesuita-. Yo me ocultaré aquí en su alcoba, mientras usted lo despacha, y enseguida proseguiremos nuestra conversación.

Entró el padre en la alcoba: don Marcelino abrió la puerta, y se encontró con el General que traía del brazo a doña Estrella.

-¡Usted también, comadre! -exclamó don Marcelino.

-¡A buen tiempo hemos llegado! -dijo riendo la señora Clavijo... ¡Ya mis amigos se asustan de verme!

-No es eso, comadre, sino que...

-¡Ah! ¡Ya caigo! Es el placer que le causa mi vista. Tanto mejor, compadre. Como la puerta de esta casa permanece cerrada, hemos tenido que venir a golpear aquí, porque deseaba mucho ver a mi comadre Trinidad. Con su permiso, compadre.

Y doña Estrella atravesó el cuarto; y saliendo de allí por la puerta que caía al patio, se dirigió a las piezas de doña Trinidad. Mientras tanto, don Marcelino habiendo saludado secamente a Freire y ofreciéndole asiento, aun con mayor sequedad, le dijo con acento brusco:

-Presumo, señor General, el objeto de su visita; pero le ruego que no gaste palabras en balde, si ha de venir a abogar por ese mozo sin vergüenza...

-Advierta usted, don Marcelino, que Anselmo es amigo mío -interrumpió Freire.

-¡Aunque sea amigo de la Santísima Trinidad! -exclamó furioso el viejo-, ¿qué me importa a mí?

-Don Marcelino -replicó el General con calma-: sea usted razonable: se lo digo por la última vez. No sacrifique usted a su hija, y no me obligue usted a hacer un escándalo presentándome a la justicia.

-¿Y qué juez puede obligarme a que dé yo mi hija al hombre que detesto?

-Ningún juez puede obligarlo, señor, mientras ella esté bajo la patria potestad; pero en cuanto ella tenga la edad, es muy diferente.

-Pues antes de que llegue a la mayor edad, la caso con el hombre que a mí me gusta, y santas pascuas.

-Es que el juez le puede impedir eso, siempre que usted quiera casar a la niña contra su voluntad.

-¿Y quién puede probarme que yo fuerzo la voluntad de mi hija.

-¡Yo! -respondió Freire-. Yo puedo probárselo a usted; y lo haré, si es que usted no oye la voz de la razón.

-Puede usted hacer y deshacer, probar y reprobado lo que le diere la gana -respondió descortésmente el viejo-; pero no crea que yo soy hombre a quien se atemoriza con ese cuco.

-Veo que con usted no se puede arribar a nada -dijo Freire disponiéndose a salir.

-Repítale que usted puede obrar como le parezca; pero le advierto que ya conozco sus miras.

-Mis miras no son otras que la felicidad de esa pobre niña.

-¡Sí! ¡A mí me engaña usted!

-¿Y qué puede usted creer?

-Lo que creo es que usted se interesa por ese mozuelo para atrapar la herencia que mi hija espera.

-¿Está usted loco?

-Loco estaría si accediera a sus pretensiones. Pero se engañan -prosiguió con mayor enojo-. Ya he tomado mis medidas. En ese armario tengo mi testamento, por el cual dejo de heredero de todos mis bienes a una cierta persona, en caso de que Lucinda desoiga mis mandatos... Ya verá usted si podrá atrapar las hacienditas...

-Esto es demasiado -dijo Freire-. Adiós, don Marcelino. En adelante no me acordaré ya de que usted es el esposo de Trinidad, sino de que es el verdugo de Lucinda.

No bien el jesuita se vio a solas con don Marcelino, cuando saliendo de su escondite, dijo a éste:

-Es preciso no perder tiempo; póngase su sombrero y tome su bastón.

-¿Adónde vamos?

-Al convento. En el camino le explicaré mi proyecto.

CAPITULO LXXII

En el Locutorio de las Capuchinas

«Páginas bellas de ventura y gloria,
que en el libro leí de mi esperanza;
¿dónde la realidad de tantos sueños
avaro, el tiempo a mi entusiasmo guarda?»
-(A. BLEST GANA. El primer amor.)

Veinte minutos después, ambos amigos estaban en el locutorio de las Capuchinas. El padre había tenido cuidado de hacer estudiar a don Marcelino el rol que iba a desempeñar.

Llegado al torno, golpeó y llamó a Sor Agueda.

-Madre mía -la dijo el fraile en cuanto la abadesa se dejó oír del otro lado del torno-;
¿estamos solos?

-¡Solo Dios nos oye, padre mío!

-Y también don Marcelino -dijo el capellán-. Este caballero quiere hablar con su hija.
¿Cómo se encuentra?

-Muy triste -contestó la monja-; parte el corazón.

-Es menester templar su alma en el sentimiento del deber -dijo sentenciosamente el padre-. ¡Nada de debilidad!

-Hágame, madre mía, el favor de hacer llamar a Lucinda -dijo don Marcelino.

-Voy yo misma a buscarla -respondió la monja.

Enseguida volvió con Lucinda. Don Marcelino, por duro que fuera su corazón, no pudo dejar de estremecerse al oír los entrecortados sollozos de su hija.

-¿Cómo estas, mi querida Lucinda? -preguntó éste con emoción.

-¡Ah! ¡Es su *merced*, padre mío! -respondió la niña-. ¿Por qué me niega el gusto de verlo?

-Al contrario, hija mía -dijo el jesuita con voz melosa-. Don Marcelino quiere verla a usted.

Enseguida hizo que Sor Agueda llevase a Lucinda al cuartito que servía de comunicación entre la antesala del locutorio y el claustro; y él mismo condujo allí a don Marcelino, diciéndole:

-Si usted no trata de vencerse, todo es perdido. Anselmo será su yerno, y el General será dueño de sus haciendas.

-¡Jamás! -exclamó el viejo, con cólera concentrada.

En cuanto la pobre niña vio a su padre, le echó los brazos al cuello:

-¡Padre mío! -le dijo llorando, con un acento que llegó hasta las duras entrañas del viejo:-
¿por qué me desampara su *merced*? Qué es de mi madre? ¿Qué les he hecho, por Dios,
para que me separen de su vista?

Don Marcelino, turbado, no contestaba de otro modo, sino correspondiendo con demostraciones de cariño los que Lucinda le prodigaba. Este hombre amaba a su hija; pero la amaba a su modo, es decir, anteponiendo a ese amor, su salvaje y rústico orgullo: por manera que no era imposible el que manifestase toda la ternura de un padre, siempre que no ardiese en su pecho la pasión que lo dominaba.

Jamás lo había visto Lucinda tan tierno y cariñoso con ella, y en cuanto a él (juzgando por sus acciones) podíase decir que nunca había encontrado a su hija tan digna de ser amada.

La naturaleza vencía, y el jesuita estuvo al darse por derrotado; pero su ambición lo hizo duplicar sus esfuerzos y afinar su arte, en tales términos, que pocas veces se ha visto un combate más sostenido entre la hipocresía codiciosa y los sentimientos del corazón.

Viendo el jesuita que por el estado en que se encontraba el pobre don Marcelino le sería a éste imposible desempeñar con buen éxito el rol que poco ha creía fácil, tomó la palabra y dijo a Lucinda:

-Hija mía; el estado en que se encuentra su padre de usted me obliga a tomar la palabra. Mire usted; su padre es muy desgraciado, y usted es la causa inocente de su desgracia.

-¡Yo! -exclamó Lucinda, mirando a su padre, en cuyo semblante vio pintado un verdadero dolor-. ¡Yo! ¡Padre mí! Y sin embargo, ¡Dios sabe que daría mi vida por hacer la suya feliz!

La niña pronunció estas palabras con una espontaneidad tan sencilla; había tal ternura en la expresión de sus ojos, que hasta el mismo jesuita casi se conmovió. En cuanto a don Marcelino, apretó entre sus manos las manos de su hija; y al llevarlas a sus labios para estampar en ellas un beso, sintió la niña el contacto de una lágrima.

-¡Gracias a Dios! No sabía que me amaba tanto -murmuró Lucinda.

El fraile viendo en los ojos de don Marcelino pintado el deseo de volver atrás, comprendió que había principiado mal, y tomó otro camino.

-Está bien -pensó:- es menester fortalecerlo con el recuerdo de su orgullo ajado.

Luego prosiguió en alta voz:

-Le he dicho a usted, Lucinda, que su padre sufre, y es la verdad: él querría verla a usted feliz, unida al hombre que usted ama; porque, a pesar de lo que se dice de Anselmo, ¿quién sabe si no podría llegar a ser este joven un hombre de provecho?

-Lucinda miró fijamente al jesuita.

-Quiero decir -prosiguió éste con intención-: un hombre de bien, amigo del orden, religioso...

-¿Y puede dudar su paternidad de que Anselmo tenga esas cualidades? -preguntó la niña con la cara encendida.

-¡Ah! -exclamó don Marcelino, separando sus manos de las de su hija.

El padre que conocía el carácter de ambos esperaba esta interrupción de la niña, así como el efecto que ella debía producir en el viejo.

-No me meteré yo a analizar las cualidades buenas o malas del joven Guzmán -prosiguió el fraile, mirando a don Marcelino con una sonrisa sarcástica que le traspasaba el alma...- Fuera de mí tal pensamiento, desde que con ello tal vez heriría sus justas susceptibilidades. Mi ánimo solo es decir a usted que, a pesar de la repugnancia de mi amigo, habría dado su consentimiento para esta unión, y el protegido de don Ramón Freire habría llegado a ser esposo de usted, y el mismo don Ramón habría logrado al fin sus intentos... pero esto es imposible...

-¡Imposible! -respondió enérgicamente don Marcelino, con una voz que traspasó el corazón de Lucinda.

Ésta se volvió hacia su padre, como para preguntarle la causa de aquella imposibilidad; pero notó con dolor que la mirada del viejo había vuelto a tomar su dureza ordinaria.

-Voy a decir ahora la razón por qué su padre se ve en la necesidad de casarla con otro -dijo el jesuita.

-¡Casarme con otro! -exclamó Lucinda. ¿Padre mío? ¡Le he dicho a *su merced* y le prometo ahora no casarme con Anselmo; pero, por Dios! No me obligue a dar mi mano a otro hombre, porque me moriría...

-Calla la boca -le interrumpió don Marcelino-. Deja que nuestro reverendo amigo concluya de hablar... Yo no tendría fuerzas para decírtelo...

-Renunciar al matrimonio con Anselmo es solo obedecer a medias. Para que su sacrificio tenga mérito verdadero a los ojos de Dios es preciso que usted se decida a casarse con esa otra persona. Yo no ignoro -prosiguió el astuto fraile-, que esto será un gran sacrificio para usted; pero si usted es una hija amante, creo que se decidirá al momento, cuando sepa que de tal matrimonio depende la vida de su buen padre...

-¿Qué es lo que dice su paternidad? -preguntó Lucinda con voz alterada y casi sin darse cuenta de lo que oía.

-Y aún más que la vida -prosiguió el fraile-, el honor de toda su familia -agregó, bajando la voz.

-¡Dios mío! -exclamó la pobre niña, aterrorizada con el tono solemne de las palabras del sacerdote.

-¿Recuerda usted -prosiguió éste-, de aquel cadáver que ahora dos meses se encontró junto al Tajamar, y cuyo asesino persigue tanto la justicia? Sepa usted, que en los bolsillos del muerto se encontraron unos papeles que comprometen a...

-¡Mi padre! -dijo la niña horrorizada al ver que el reverendo mostraba con el dedo índice a don Marcelino, mientras éste se cubría la cara con las manos.

La vergüenza que el viejo sufría al verse convertido en el vil instrumento de una miserable impostura, la creyó Lucinda producida por el recuerdo del hecho. Don Marcelino casi estuvo a punto de declarar a su hija que aquello era una farsa; pero una punzante mirada del fraile lo contuvo. Éste prosiguió:

-No debe usted creer que su padre es el asesino; pero lo cierto es que esas cartas lo acusan... Es una verdadera desgracia.

-Y ¿en qué poder se encuentran esos papeles? -preguntó la niña.

-En el de un individuo que promete entregarlos si consigue la mano de usted... De lo contrario será el acosador de su padre.

-¿Y con el miserable que es capaz de imponer tal condición quiere *su merced* que me una? -preguntó Lucinda a su padre con voz resuelta-. ¡No! ¡Mil veces no! ¡Prefiero morir!...

Este ataque fue tan brusco que don Marcelino tembló.

-Morir no es nada -dijo el fraile-, en comparación de sufrir la vergüenza de ver al jefe de su familia envuelto en una acusación criminal!...

-¡Por piedad, padre mío, no prosiga! -interrumpió la niña con suplicante voz.

-Con dolor de mi corazón lo hago -continuó el fraile-; pero mi deber es pintar a usted los efectos de su resistencia... ¿Quiere usted exponer a su padre al peligro de ser tal vez arrastrado a un cadalso?...

-¡Jesús! ¡Pobre madre mía!

-De ver a su buena madre sufrir tan horrible vergüenza, y de tener usted misma que soportar por toda su vida el que la llamen la hija de...

-¡De un asesino! -agregó Lucinda-. Dígalo su paternidad claro -prosiguió con voz temblorosa.

Y abrazando a don Marcelino -exclamó vivamente:

-¡Padre! ¡Padre mío! ¡Dígame la verdad! *Su merced* no ha sido... no... no puede haber sido... ¿Pero por qué calla?

-Tienes razón, hija mía: yo no he sido ni soy ese asesino -respondió el viejo.

-Yo no lo creo tampoco, Lucinda -interrumpió el fraile-; pero es el caso que las cartas lo acusan de una manera que parece no quedar duda. Es una desgracia que es preciso conjurar...

Lucinda pareció no oír estas últimas palabras. Tenía la vista elevada, y sus labios se movían como pronunciando una oración. Así permaneció un rato, hasta que exhalando un agudísimo quejido y extendiendo las manos como si demandara gracia, exclamó:

-¡Dios mío! ¡Y he de renunciar para siempre a la única esperanza que me quedaba!

Enseguida se levantó y quiso andar; pero volvió a caer desfallecida sobre el taburete de madera en que estaba sentada.

-Tal es lo que su padre no se atrevió a decirle -prosiguió el reverendo-. Pero ahora que usted lo sabe todo, decida de la suerte de su familia.

-¿Y mi madre lo sabe? -preguntó Lucinda.

-No hay para qué amargar sus últimos días con esta fatal noticia. Aun de usted misma quería ocultarlo don Marcelino.

-¿Qué dices, hija mía? -preguntó éste, que ya deseaba poner término a tan cruel escena.

-Me casaré con ese hombre -contestó ella con voz lúgubre.

-¡El cielo te bendiga, hija mía! -le dijo el cruel viejo, estrechando entre sus brazos a su hija.

Lucinda trató de corresponder a las demostraciones de su padre; pero no pudo, y cayó desmayada en los brazos de éste. Pocos minutos después, tres monjas la conducían a su celda en una silla de manos.

Mientras tanto, el padre Hipocreitía encargaba asiduamente a Sor Agueda el cuidado *de esa pobre niña*, y rogaba a la monja que la tratase *con todo el amor de una madre*.

CAPITULO LXXIII

La política hace olvidar a Freire los amores de Anselmo

«¡El pueblo agradecido
recuerda tus. hazañas;
Tu nombre en el olvido
jamás se esconderá!
¡Tu imagen la memoria
nos trae, de heroicos hechos;
y dignos de esa gloria
por siempre nos verá!»
-E. LILLO.

Grande fue el dolor que tuvo Anselmo cuando supo de boca del General la ninguna esperanza de arreglo que había que aguardar de parte de don Marcelino.

-Ese hombre es incapaz de comprender el mérito de Lucinda -dijo el joven-: ¡Creerme animado por el interés! No puedo perdonarle este insulto que hace a su hija y a mí.

-No queda otro recurso sino es recurrir a los tribunales. Hoy mismo iré con un escribano a casa de Trinidad para que firme un poder a favor de don Cándido. Es lástima que este hombre sea un necio; pero no tenemos otro de quien valernos.

-Por fortuna la señora no se parece a su marido, y se interesa mucho por nosotros -dijo Anselmo.

-En ella debemos cifrar nuestras esperanzas; en ella y en Dios, amigo mío -dijo el General con su bondad habitual.

Pero la desgracia de Anselmo no había llegado aún a su colmo, y su mal parecía haber dispuesto hacerlo sufrir aquel día hasta la desesperación. Antes de las oraciones recibió una esquelita que una vieja le entregó, separándose de él enseguida sin esperar la contestación. La esquila decía así:

«Anselmo: Una circunstancia que me sería muy doloroso comunicarte me obliga a tomar la indestructible resolución de dar mi mano al esposo que mi padre me ha elegido. En consecuencia, olvida que antes te amé, pues desde hoy pertenezco ante Dios a otro hombre. ¡Lo he jurado!

«No trates de inquirir la causa de mi determinación; y si es que estimas en algo mi memoria, te ruego por lo más sagrado, que trates de desterrar de tu corazón hasta los vestigios de toda pasión, pues en él no debe quedar lugar sino para la amistad que siempre te profesare. -LUCINDA DE ROJAS.

Indecible fue el dolor con que la lectura de este papel traspasó el pecho del joven. Al principio no creía que la carta pudiera ser de Lucinda; pero examinando la letra, se convenció de que era la misma de otras cartas que tanta placer le habían dado.

Pasaron por su mente mil proyectos, que luego desechaba como aconsejados por la locura: mas al fin, se afirmó en la idea de ir a casa de don Melitón e imponerle de la estricta verdad de los hechos.

-Por infame que sea ese hombre -se dijo Anselmo-; es imposible que quiera casarse con una mujer que ama a otro. En cuanto a Lucinda; bien veo que esta carta es de su puño y letra; pero es seguro que ha sido obligada a escribirme en este sentido.

Con el fin de consultar este proyecto y pedir consejo; quiso hablar con Freire, a quien entregó el papel de Lucinda. Leyolo con detención el General, y dijo entre dientes:

-Aquí anda metida la cogulla. Es necesario deshacer este maldito complot.

Poco antes de que pudiera convenirse con Anselmo en cómo debían obrar, entró en la pieza un caballero que interrumpió la conversación en que estaban.

Era éste, don Carlos Rodríguez, quien, sin reparar en Anselmo y sin saludar a Freire, le dijo:

-¡General! ¡Salve usted la República!

-¿Qué hay, don Carlos? -preguntó don Ramón sobresaltado.

-Que los enemigos de la República han acertado sus planes -contestó Rodríguez-. Usted no ignora las intrigas de que se han valido y se valen para introducir la discordia entre los liberales. No han perdonado medio alguno, a fin de debilitar la acción del Ejecutivo, separándolo de los demás poderes, que hoy más que nunca debieran servirle de apoyo. Sus cábalas han logrado arrancar del puesto supremo al que la nación había elegido por su presidente, esperanzados en hacer después su víctima del anciano Vicuña que había de ocupar el puesto de Pinto.

-¿Y qué? ¿Renuncia también el vicepresidente?

-Don Francisco no quiere hacerse cargo del mando, mientras usted no le preste su cooperación. -«Yo estoy viejo -me ha dicho-, las circunstancias son muy difíciles, y depositaría el mando en mano de otra persona más capaz de dominar estas circunstancias.»

-Pero Vicuña es el Presidente constitucional en defecto de Pinto.

-Así le he dicho yo, agregándole al mismo tiempo que su renuncia creaba nuevas dificultades: pero él tiembla, a vista de las azarosas circunstancias porque atraviesa el país. Estoy seguro de que si no lo ayudamos decididamente, abandonará el timón del Estado -prosiguió el ardiente Rodríguez-, y los enemigos de la libertad se adueñarán de los destinos públicos que ambicionan. Por eso no he dudado en venir a pedir su patriótica cooperación. ¡Salve usted a la patria, General! El pueblo ve en usted una de sus glorias: haga, pues, valer esa gloria en beneficio de la libertad amenazada por la reacción, y ponga todo ese prestigio de que goza al servicio de la idea republicana, que usted ha sabido defender con su espada.

Mientras Rodríguez hablaba con el ardor que le era característico, Freire de pie, enfrente de él, lo miraba de hito en hito. Cuando aquél hubo concluido, el General dijo:

-Amigo don Carlos: mi vida pertenece a la República. Voy con usted al momento a ponerme a disposición de Vicuña.

-Gracias, General, en nombre del país -dijo Rodríguez-. ¡Gracias!

-Lo que yo siento -repuso Freire con tristeza-: es que haya de derramarse sangre... ¡Cómo si no fuera ya bastante la derramada en mil combates!

Y al colgarse su espada para disponerse a salir, exclamó con vehemencia:

-¡Maldita sea la guerra civil! Los que la desean no han visto un campo cubierto de hermanos traspasados por las bayonetas y sembrado de piernas y de brazos separados de sus troncos... Prieto es doblemente culpable, porque sabe por experiencia los males que la guerra causa...

-Es un miserable traidor, que en vez de servir a la causa del pueblo, se convierte en instrumento de las pasiones reaccionarias -interrumpió Rodríguez.

-Y esto que no ha mucho que vociferaba en público anatemas contra los pelucones. Pero, poco tenemos que temer de parte de él. El ejército me pertenece. ¡Vamos!

Salieron enseguida de la casa y se dirigieron ambos al palacio del Presidente. Marchaban el uno al lado del otro, sin hablar una sola palabra. Al cabo de algunos minutos, Rodríguez dijo:

-¡Quién había de creer que Pinto viniere a perder la República: ¡Un hombre tan patriota, tan liberal y desinteresado!

Freire no respondió.

-Sí -prosiguió Rodríguez como hablando consigo mismo-, la negativa de Pinto ha perdido al noble partido liberal, que miraba en este General a un jefe decidido a sostener sus ideas... Y sin embargo, su contestación última al Congreso, debía ya habernos desengañado.

-¿Cree usted qué...?

-Lo que creo es que sobre la conciencia de este hombre pesa una gran influencia de parte de los pelucones. Se ha entregado a los reaccionarios y se ha dejado dominar por ellos. Si ha engañado nuestras esperanzas es obrando de buena fe... ¡Fatalidad para el sistema democrático!

CAPITULO LXXIV

Anselmo, don Melitón y el padre Hipocreitía

«No puede ser: yo lo arreglaré todo. ¡Hacerle caso a una muchacha deschavetada!»

A. BLEST GANA. (Martín Rivas, Cap. XLIII.)

Nada había oído Anselmo de la conversación anterior, porque desde el principio había salido de la pieza sin ser notado y esperaba que don Ramón se desocupase. Pero al verlo salir con Rodríguez, se resolvió a poner cuanto antes en práctica su idea. Con este fin se dirigió a casa de don Melitón, a quien encontró hablando con el reverendo Hipocreitía.

-¿Qué se le ofrece a usted, señor? -preguntó don Melitón con tono brusco y descortés.

-Deseo hablar con usted a solas -contestó Anselmo-. Solo son cuatro palabras.

-Puede usted hablar delante de mí -dijo el padre-, porque ni yo tengo secretos para él, ni él los tiene para mí.

-Esto es como decirme que me retire -replicó el joven-. Solo tengo que hablar con don Melitón, y no con su paternidad.

-Yo repito lo que ha dicho mi reverendo amigo -dijo don Melitón.

-Pues entonces hablaré, ya que no me queda otra cosa que hacer -dijo Anselmo sentándose en la silla que le había ofrecido don Melitón-. Sepa usted -prosiguió-, que yo me llamo Anselmo Guzmán.

Sí; Anselmo Guzmán.

-Primo de la señora doña Trinidad Serrano, con cuya hija me ligan no solo los lazos del parentesco...

-Sino los de la amistad, ¿eh?

-Y los del más puro amor.

-¿Conque es decir que...?

-Que yo me habría casado con Lucinda si el capricho de su padre no se hubiese puesto de por medio.

-¿Qué significa esto; padre mío? -preguntó el viejo con voz temblorosa.

-Que este mozo ha perdido la cabeza -contestó con mal fingida flema el padre-. Amigo mío -prosiguió, dirigiéndose a Anselmo-: usted hará bien en dejarnos solos.

-Yo le diré lo que esto significa -replicó Anselmo sin atender a las palabras del fraile-. Esto significa que lo han engañado a usted, diciéndole que Lucinda es libre; pero sepa que nos amamos desde que tenemos uso de razón.

-¡Si usted no sale de aquí -dijo Hipocreitía-, pido auxilio!

-Sepa, señor, que Lucinda no olvidará jamás su primero y único amor, y que, aun cuando dé a usted su mano, ¿quién la podrá obligar a darle su corazón?

El padre salió a largos pasos para la calle.

-Piénselo usted bien, señor -prosiguió Anselmo, mientras que don Melitón lo miraba con una especie de estupor-. Piénselo bien: usted debe tener bastante experiencia para comprender la desdicha del marido de una mujer que ama a otro, como Lucinda me ama a mí.

-¡Cómo lo ama a usted!

-Sí, señor. Lea usted esta carta: es letra de su mano y escrita en tiempos más felices. ¡Léala usted y verá!

Pasó el viejo la vista por aquel papel, y sus dientes rechinaron de furor al ver, estampadas por la misma mano de la que él amaba, las cariñosas palabras dirigidas al afortunado rival. Luego, arrojando el papel a los pies de Anselmo; lo dijo con todo el orgullo de un español:

-¿Y piensa un criollo miserable que yo le había de abandonar el campo? ¡Atrevido!

-Si no viese que usted es un pobre viejo -le contestó Anselmo-, le habría escupido la cara. ¡Pero le advierto que si conserva sus necias, pretensiones, tendrá bien pronto que arrepentirse!

-¡Yo!

-¡Don Melitón! ¡Se lo digo por la última vez: no trate usted de luchar con la desesperación! -exclamó el joven, haciendo una cortesía a don Melitón y saliendo de la pieza.

En el zaguán de la casa se encontró con el reverendo, que venía seguido de un par de ganapanes. Estos, al ver que se trataba de un oficial, se miraron las caras encogiéndose de hombros.

-¡Sabe, joven insensato -le dijo el padre-, que Lucinda será en pocos días más la esposa de don Melitón! La prudencia te aconseja no abrigar esperanzas locas.

-El insensato es aquél que se vale del sagrado carácter que inviste para hacer prevalecer sus miras torcidas -respondió el joven-. ¡La prudencia, padre, le debe aconsejar no meterse en caminos tan peligrosos!

Quiso contestar el jesuita; pero Anselmo iba ya lejos para que pudiese oírle; así fue que hubo de contentarse con despedir a los ganapanes y entrar al cuarto de su amigo.

-¿Qué debo pensar de lo que he oído, padre Hipocreitía? -le preguntó don Melitón con tono de reproche.

-Me admira que un hombre como usted tome tan a pecho las palabras de un mozo con los cascos ala jineta -respondió el fraile, sentándose con una calma glacial.

-Pero el hecho es que esa muchacha ha tenido sus amoríos. ¡Y su paternidad que me la pintaba como un ángel de inocencia!

-¡Amoríos de niño!... ¿Qué muchacha no ha tenido sus sueños y locuras? ¡Pero, fijarse en esto un hombre como usted! Bien parece que no tuviera experiencia. Anselmo y Lucinda pueden haberse dicho sus requiebros: no pasará de ahí... ¿Y es esto una razón para que usted no aproveche la oportunidad de adquirir una posición respetable en esta sociedad...?

-Sí; pero esa carta, que he leído...

-¡Y los recursos con que poder servir a la gran obra de Dios!

-Pero la cosa tiene sus inconvenientes -le interrumpió el viejo, frunciendo el entrecejo y meneando la cabeza.

-Ya entiendo; pero en cuanto a eso, supongamos el caso que haya quedado rastros de la memoria del mozo en el corazón de Lucinda. ¿Qué más tiene usted que hacer, sino es llevarse su mujer a -444- España, hacerla recorrer cortes, entretenerla con aquellos espectáculos, etc.?

-Sí, sí: todo eso se puede hacer -refunfuñó don Melitón, acordándose de las riquezas de su futuro suegro-. ¡Me resigno, padre mío!

-¡En tres meses, Lucinda habrá olvidado al muchacho, tanto más cuanto que... Ya he leído la carta que ella misma ha escrito a su madre.

-Esto me consuela -respondió el viejecillo; enteramente convencido, no por la fuerza de los raciocinios del fraile, sino por los elocuentes recuerdos de las riquezas de don Marcelino.

CAPITULO LXXV

Nuevas Intrigas

«El señor Vicuña, que veía en aquellos planes la ruina de la Constitución y un agravio hecho a la legislatura, tal vez la más libremente elegida, los desechó desde luego, diciendo que todos los honores del mundo no bastarían a hacerle faltar a su deber».

-PEDRO F. VICUÑA. (Biografía de don F. R. Vicuña.)

En esto iba de la conversación, cuando vieron entrar a Dorriga y a Aldeano. La casa de don Melitón solía ser el punto de reunión de los enemigos del Gobierno, y don Melitón mismo era admitido a veces en las discusiones.

-¿Saben lo que sucede? -dijo don Víctor.

-¿Qué cosa?

-Que Freire ha prometido su cooperación a Vicuña.

-Me lo figuraba -contestó el fraile.

-Así, es de creer que el gobierno tome ahora nuevas medidas -(agregó Aldeano)-, a fin de esperar las fuerzas de Prieto... A propósito: ha llegado Alemparte, enviado de Prieto.

-Y ¿qué dice Alemparte del ejército del sur?

-Dice que las tropas de Prieto vienen muy entusiasmadas. Todo el país comprendido entre el Maule y la capital está inclinado a nuestro favor; por manera que el ejército libertador

no encontrará estorbo en su marcha. El mismo Alemparte sublevó un escuadrón de cazadores en San Fernando.

-Es un hombre activo -dijo el jesuita, haciendo con la cabeza un signo de aprobación-. Lo que por ahora importa -prosiguió-, es convencer a Freire de la necesidad de disolver al Congreso, para que se lo proponga al vicepresidente Vicuña.

-Pero este viejo es testarudo y se sabe bien que no aceptará -observó Dorriga.

-Por eso mismo conviene hacerle la propuesta por conducto de Freire. De este modo chocarán, y ya usted me entiende -agregó el jesuita, haciendo un gesto expresivo.

-Ya entiendo -contestó Aldeano, que hasta entonces había estado callado-. Yo tengo amistad con el General. Esta noche iré a su casa con dos amigos.

-Freire es de los políticos inocentes, y cualquiera es capaz de hacerlo comulgar con ruedas de molino -dijo Hipocreitía-. Si se consigue introducir la desavenencia entre él y el gobierno, el pobre Vicuña cae redondo, y Prieto encuentra la cosa hecha. Manos a la obra señor Aldeano.

Éste salió a tratar con sus amigos de la manera de cumplir cuanto antes su comisión, en la cual no anduvo perezoso, porque aquella misma noche se fue a casa del General, acompañado de otras dos personas del partido reaccionario que ejercían gran influencia sobre el ánimo de Freire.

-Un mismo objeto nos trae aquí, amigo mío -le dijo Aldeano-: el de la paz del país.

-Esa es también mi aspiración -contestó Freire, recibéndolos con amable franqueza.

-Lo creemos y tenemos confianza en que usted pesará nuestras razones nacidas del más sincero patriotismo. Tenemos seguridad de que la noble alma de usted considerará con horror los elementos de conflagración que se preparan; y por esto, los buenos chilenos hemos alabado la elección que en usted ha hecho el Gobierno. Su apoyo es ya una garantía para la administración. Usted podrá vencer a Prieto, no lo dudamos; pero ¿no es mejor ahorrar el derramamiento de sangre entre hermanos?

-¡Oh! -dijo el General-: mucho estimo la gloria de una victoria -(no puedo negarlo)-; pero prefiero evitar con honor un encuentro, siempre que en las filas enemigas haya chilenos.

-Entonces, hagamos por evitar los sangrientos efectos de una batalla.

-Pero ya ven ustedes que eso es imposible. Prieto se acerca con su -447- ejército, y es preciso prepararse a castigar el traidor que vuelve contra las instituciones de su patria las mismas armas que ésta puso en sus manos para su defensa.

-Tiene usted razón. En esto obra usted como conviene a un militar honrado y valiente; pero el ejército de Prieto cree igualmente, por su parte, que obra a favor de nuestras instituciones. No me meto a averiguar si tiene o no razón. Yo quisiera que ellos y nosotros la tuviéramos a un mismo tiempo, y que nos diéramos un abrazo de hermanos.

-¿Y cree usted posible que podamos llegar a un avenimiento?

-Tan lo creo; que eso era precisamente lo que iba a decir a usted. He hablado con algunas personas recién llegadas del sur: hemos leído varias cartas escritas desde aquel ejército, y todo me induce a creer que el verdadero motivo de la revolución es un celo, tal vez exagerado, pero de buena fe, por el sostén de nuestra Constitución. Ellos la creen violada por el Congreso; y como ven que el Gobierno nada hace por su disolución, les parece que éste es responsable de los males que aquél ha causado, quiero decir, a juicio de ellos.

-Pero si el Gobierno hiciera por la disolución del Congreso ¿no obraría inconstitucionalmente?

-No he pensado aún detenidamente en esta cuestión; pero aunque los revolucionarios no tengan razón, yo creo que debemos hacer a un lado esa piedra de escándalo, y quitar a la revolución todo pretexto. Esta es la única manera que el Gobierno tiene de sostenerse, sin derramar sangre de hermanos. ¿No le parece así, señor General?

Freire era incapaz de creer que se abrigase la doblez en el pecho de quien le hablaba en nombre de la patria, y tendióle su mano de amigo. Creyó, pues, que no había otro medio de conjurar la fratricida lucha, fuera de la disolución del Congreso; y lleno de fe, propuso al día siguiente a Vicuña la separación del Cuerpo Legislativo, quedando aquél de presidente interino mientras se dictaban nuevas instituciones. Pero Vicuña, con una energía que no era de esperar de su edad y de la mansedumbre de su carácter, rechazó con indignación aquel plan, y dijo a su amigo, que no podía traicionar la confianza que el país había puesto en él. Esto bastó para que la desinteligencia dividiese a estos dos patriotas.

Los pelucones habían conseguido su objeto quitando al Gobierno su más poderoso apoyo.

CAPITULO LXXVI

Anselmo se ausenta de Santiago

«¡Los montes y las fértiles llanuras
quedan atrás, muy lejos!
Mientras en mi frente azotan auras puras:
y del sol me acarician los reflejos.
Vuela, corcel!»...
—(B. VICUÑA SOLAR.)

Antes que tuviera lugar la conversación narrada en el capítulo anterior, Anselmo había impuesto a Freire de la visita, que, sin el menor fruto, había hecho a don Melitón.

-¿Y cual fue tu objeto? -preguntó Freire.

-Atemorizar al viejo, pintándole el peligro a que se expone de ser desgraciado si se casa.

-Has hecho mal, porque con esto se pondrán en guardia. Tú no conoces las pasiones de los viejos. No creas que la ambición de don Melitón sea menor que tu amor a Lucinda. El ama la herencia de la niña ¿qué le importa que ésta ame a otro? Se casará con ella, porque así obtiene los medios de elevarse. Afortunadamente -prosiguió-, he aprovechado mi ida al palacio. Allí encontré al señor Obispo, y le hablé sobre el asunto.

-Gracias, señor.

-Hízome ver Su Ilustrísima que ya se le había hablado de este negocio, diciéndole que un *cierto personaje* de esta capital se empeñaba en casar a la niña con un mozo a *la extranjera*; y hereje, mientras que su padre deseaba unirla a un caballero de calidad, cristiano a las derechas, y de muy buenas costumbres.

-Debe ser el padre Hipocreitía quien sopla todo eso allá en la Curia -observó Anselmo-. No había dado en ello.

-Pero así parece -contestó don Ramón-. De todos modos ya el señor Obispo está advertido. Esta noche ha quedado de venir a hablar conmigo el abogado para conferenciar sobre el asunto. Dicen que el juicio es difícil; que se ha menester de pruebas; pero tengo confianza en la justicia de nuestras pretensiones. Mañana mismo se hará la solicitud ante la Curia.

-¿Y don Cándido? ¿Cree usted que preste de buena gana su cooperación? -preguntó el joven.

-Don Cándido es como el año que no hubo que segar; pero halagando su amor propio, se sacará algo de él. Nos ha ofrecido su casa para Lucinda; y como es primo hermano del secretario de la Curia, nuestras solicitudes llegarán sin tardanza a manos del señor Obispo... Pero volviendo a otra cosa, ¿estás listo para marchar?

-¿Adónde?

-A Tango, en donde se halla acampado el ejército constitucional. Tupper pide que te incorpores a tu cuerpo... ¿Ha terminado el tiempo de tu licencia?

-Aún no -contestó Anselmo-; pero si mis servicios son necesarios, me iré hoy mismo.

-Está bien: prepárate para las cinco y media de esta tarde. Tienes que llevar unos pliegos a Viel.

-Muy bien, señor.

-Y no te alarmes por tu asunto, que queda en mis manos: yo haré aquí lo posible por sacar a Lucinda de su encierro y librarla de las garras de esos gavilanes.

-Gracias, señor General...

Cerca de dos horas después, marchaba Anselmo a todo escape para el campamento de Tango, llevando al coronel don Benjamín Viel, comandante General de las fuerzas del gobierno, la noticia de que Freire se había hecho cargo del mando del ejército, y había puesto su influjo y su espada al servicio de las instituciones republicanas. Ansioso de llegar cuanto antes al término de su viaje, apuraba el joven su caballo, sin atender a las prudentes observaciones de Pedro, su fiel asistente, que galopaba detrás de su patrón. Una nube de polvo envolvía a los viajeros: el camino estaba malísimo, y a cada rato tenían que andar al trote o hacer rodeo para evitar los pasos peligrosos. Mas no por esto dejaba Anselmo de marchar con la misma rapidez; y animando a su ligero alazán, más bien con la voz que con el látigo y la espuela, corría como si tratara de alejarse de un lugar detestable.

En efecto, el agitado mozo huía de su propia intranquilidad de espíritu. Su alma combatida por tantas contrariedades en sus más vehementes deseos, necesitaba de aquella agitación corporal para distraerse un tanto.

Ya el sol se había ocultado detrás de las montañas de la costa, y sus últimos rayos de despedida teñían de arbol y nácar la cresta de los Andes, cuando avistaron a San Bernardo.

El gran valle de Maipo, teatro de la batalla que selló la Independencia de Chile, no era más que una sábana seca, árida, despoblada y sin cultivo alguno. Hoy día, encontrándose la extensa llanura cubierta de haciendas cultivadas, cruzadas de canales, carreteras y ferrocarriles, y entrecortadas por frondosas plantaciones; la vista y el oído apenas alcanzan a extenderse a un reducido trecho; pero en aquel entonces, una mirada bastaba para dominar gran parte del valle. Merced a esta circunstancia, pudieron los viajeros ver una gran fogata que se divisaba como a una legua de distancia hacia el oriente, y cuyas llamas se iban enrojando más y más a medida que entraba la noche. Luego: aparecieron en la misma dirección otras fogatas menores; y poco después se dejaron oír gritos, alaridos y un gran tropel como de caballos que se acercaban. Paráronse los viajeros y se pusieron a escuchar. El ruido iba aumentando por grados, y poco después se vio desembocar en el camino, por una senda que venía del oriente, a varios hombres de a pie y de a caballo.

Algunos traían mujeres a las ancas y niños por delante. Era evidente que aquellas gentes venían huyendo.

-¿Qué hay? ¿Qué sucede? -preguntó Anselmo al primer fugitivo que encontró.

-Qué ha de haber, señor -contestaron, sino que venimos huyendo de *La Partida del Alba*... Mire usted como arden las casas de don Aguilar, el rico.

-¿Don Juan José Aguilar? -preguntó Anselmo sobresaltado.

-Si, señor. Esos malditos, después de haber saqueado y robado todo, les han puesto fuego a las casas.

-¿Y don Juan José?

-Ha escapado por milagro. Lo buscaba don Calvo para matarlo; porque según dicen, ha jurado perseguir a todos los herejes y extranjeros.

-¡Malvados! -exclamó Anselmo.

-Y ¿qué tiene de extranjero ni de hereje don Aguilar? -preguntó Pedro.

-Es que el rico, según dicen, es amigo de muchos ingleses y habla en lengua extranjera con ellos como si fuera de los mismos herejes.

-Y ¿sabe usted si el señor Aguilar está en salvo? -volvió a preguntar Anselmo, pues le interesaba grandemente saber la suerte de una persona adicta a su causa.

-Dicen que se ha dirigido a la ciudad con su hijo -respondió el hombre.

-¿Y ustedes hacia dónde se dirigían?

-Veníamos a refugiarnos aquí a la Villa; pero habiendo sabido que don Calvo tenía intención de saquear algunas casas de San Bernardo, hemos cambiado de rumbo.

-¡Mire usted, señor! -exclamó Pedro, mostrando con el dedo hacia la pequeña ciudad cuyas luces se alcanzaban a divisar merced a la oscuridad de la noche-. ¡Otra quemazón!

Miraron los circunstantes y pudieron ver cómo sobre las casas de San Bernardo se elevaba una columna de humo medio iluminada por las llamas del incendio.

-¡Vamos! ¡Vamos! -gritaron algunos que se habían detenido al ver a Anselmo: ¡*La Partida del Alba* está en la Villa! ¡Vamos!

-Oiga, amigo -dijo Anselmo a su interlocutor-: ¿podiera usted llevarnos por un camino escusado hasta la parroquia de Tango?

-Pero dicen que allí está el ejército del Gobierno.

-Eso quiere decir que usted estará allí más seguro que en ninguna otra parte. Yo pertenezco a ese ejército.

-Y yo me obligo a servirle de baqueano -dijo el hombre-. Conozco muy bien todos los caminos. La dificultad está en el río.

-¿Y el puente?

-Don Calvo ha puesto guardias en el puente, según me han dicho.

-¡Ah! Entonces pasaremos a nado.

-Afortunadamente yo voy en buen caballo. ¿Y usted?

-Los nuestros también son buenos. Vamos andando. Yo le pagaré bien.

-Vamos pues -respondió el hombre, picando su caballo.

Enseguida prosiguió:

-No lo hago por el pago, señor, sino por librarlo de don Calvo.

-Sin embargo -interrumpió Anselmo-, es preciso que yo le remunere el sacrificio que hace por mí. Aquí tiene usted una onza. Si llegamos con felicidad a Tango, prometo darle otra.

-Dios se lo pague, señor -respondió el hombre, guardando el dinero que le daban-. Crea usted que yo no le recibiría nada sino fuera porque esos pícaros me han dejado a brazos cruzados, quemándome también mi rancho, pues yo soy el vaquero de don Aguilar. ¡Qué habría sido de nosotros si mi mujer hubiese estado en casa! Pero por permisión de Dios, ella había ido con todos los chiquillos al velorio de un angelito a casa de un compadre ricón que tenemos, en donde está segura, porque este compadre es *prietista*.

No porque hablaba el guía dejaba de cumplir con su deber.

Después de hacer un gran rodeo para evitar un encuentro peligroso, llegaron a orillas del río Maipo. La noche estaba oscurísima, a pesar de lo cual, vadearon con felicidad el río, y un cuarto de hora después se apearon en Tango.

CAPITULO LXXVII

Anselmo y Tupper

«¿Qué importa del camino la aspereza,
que armadas la violencia y la vileza,

nos prohíban, amigos, el entrar?
La fuerza con la fuerza repelamos!»
-PÍO VARAS.

Indecible fue el júbilo con que Viel, Tupper, Rondizoni y demás jefes liberales recibieron una noticia que alentaba sus esperanzas. Todos los oficiales y hasta los soldados (entre quienes se hizo correr la feliz nueva) se entregaron al más espontáneo regocijo. Desde que Freire turnaba a su cargo la defensa de la buena causa, ya nadie temía al ejército de Prieto. El prestigio de este General daría la victoria a la razón y al derecho.

No obstante las noticias traídas por Anselmo sobre los saqueos y fechorías perpetradas por la turba de facinerosos que capitaneaba don Ángel Calvo, consternó al ejército liberal, incitando a todos a la venganza. Tal atrevimiento parecía increíble; y esto mismo daba que pensar a los principales jefes, pues, para que la *Partida del Alba* mostrase tanta audacia, era menester que esperase cercana protección del ejército revolucionario. Viel reunió su estado mayor, y allí se decidió mandar cuanto antes la fuerza necesaria para proteger a San Bernardo y sus alrededores.

Casi hasta el amanecer se ocupó Anselmo en imponer a Viel y a Tupper de los últimos sucesos de Santiago. Viel oía con atención, y Tupper escuchaba con interés la relación de Anselmo. Este último jefe amaba a su joven subalterno como ama un valiente al que ha visto portarse con leal bizarría en los campos de batalla.

Habiéndose retirado Viel a descansar, quedó Tupper a solas con el joven.

-Anselmo -le dijo-, ¿te has restablecido completamente de tu herida?

-Sí, coronel: no me queda más que la cicatriz.

-Pero ¿por qué está tu rostro tan pálido y descarnado? A juzgar por tu semblante, se conoce que sufres algo.

-Físicamente, nada sufro, señor.

-¿Luego sufres moralmente? Dime, amigo, lo que te ha pasado -le preguntó el coronel con marcado interés.

Enseguida, como si temiera haber cometido una indiscreción, agregó:

-Hay veces que la amistad nos hace ser indiscretos; pero de todos modos, te pregunto solo aquello que buenamente puedas decirme, porque debes creer que no me mueve una vana curiosidad sino el deseo de serte útil.

-Gracias, señor coronel -respondió Guzmán-. La causa de mis sufrimientos no es un secreto, y aun cuando lo fuera para los demás, no lo sería para usted de quien tantas pruebas de amistad tengo recibidas.

Dicho esto, refirió Anselmo todos los sucesos que tenían relación con sus amores.

-Patente se ve en todo eso la influencia del fanatismo y de la ambición monacal -dijo Tupper-. Ese fraile Hipocreitía es un mal enemigo: yo lo conozco demasiado. Es uno de los principales y más activos agentes del espíritu reaccionario que trabaja por trastornarlo todo para sentarse sobre las ruinas de la democracia. ¡Qué sería de este bello país si se lo dejase abandonado a la influencia de tales pretensiones!

-Con esos hombres no arraigarán jamás las ideas republicanas -dijo Anselmo.

-Tienes razón. Ellos pelean a brazo partido por los privilegios que se les escapan, por el fanatismo, por los vicios y prácticas en que se han criado, y aun por la ignorancia misma en que viven acostumbrados y de donde no quieren dejar salir al pueblo.

-Porque el pueblo, una vez ilustrado, se escapará de su tutela.

-Así es. Por eso hacen al espíritu democrático una cruel guerra en los campos de batalla, en el púlpito, en el confesonario, en la plaza pública y hasta en el interior del hogar doméstico. Es una guerra sorda, tenaz, encarnizada, en que llevan la mejor parte porque se apoyan en las costumbres y en la ignorancia de la sociedad.

-Nuestro deber es resistir con todas fuerzas a su maléfica influencia -observó Anselmo.

-Y resistiremos, amigo mío, aunque nos cueste la vida. ¡Dichosos los que puedan darla en provecho de la verdad y del establecimiento de las sanas ideas! Mucho tiempo ha -prosiguió-, que he ofrecido en mi conciencia el sacrificio de mi vida a este bello país que miro como a mi segunda patria y que será la patria de mis hijos... Pero volviendo a tu asunto, se me ocurre una idea.

-¿Cuál?

-Que no me parece bien la elección que ustedes han hecho de la casa de don Cándido para colocar allí a Lucinda, en caso de que consigan sacarla del monasterio.

-Sin embargo, es lo que el General ha encontrado más a propósito.

-Don Cándido es un necio que muy bien puede servir de instrumento a tus enemigos. ¡Acuérdate de que hay que luchar con un Hipocreitía!

-Comprendo; pero ¿en qué otra parte podría colocar a Lucinda?

-Yo creo que la niña estaría mejor en casa del cónsul francés, es decir, protegida por una bandera respetable. Yo tengo estrecha amistad con M. La Forest, y te daré una carta de recomendación para él.

-Gracias, señor coronel.

-Además lo tendré prevenido por medio de otra carta para cuando llegue el caso, si es que antes no puedo hablar con él. Es todo un caballero, y Mme. La Forest una señora que merece una ilimitada confianza. Mañana hablaremos más despacio. Por ahora es preciso irnos a recoger.

CAPITULO LXXVIII

La Plazuela de las Postrimerías

«¡Que mundo tan miserable
lleno de maldad y engaños,
que buscando patriotismo,
tan solo ambición hallamos!»
-(EL MUNDO. N.º 1.)

La claridad del relato de esta historia pide que nos traslademos con la imaginación a la capital.

-Era el 7 de noviembre de 1829. A las ocho y media de la mañana se hallaba don Cándido de la Rueda en su casa, platicando amigablemente con su esposa y tomando chocolate con bizcochos hechos por mano de las monjas. Entre sorbo y sorbo, decía:

-Este mi compadre es un hombre redondo. ¡No ceder a nada de cuanto le hemos dicho! ¿Cómo encontraste, Estelita, a mi comadre?

-La pobre Trinidad está enferma y muy desanimada. ¡Ya se ve! ¡Con la presencia de aquel tigre! ¡No poderle dar yo mi genio a esta mujer!

-Entonces no estaría tan gallo mi compadre -murmuró don Cándido, echándose a pechos el último trago de la jícara.

-¿Qué dices?

-Digo que si mi comadre tuviera tu genio... quiero decir... si ella...

-Entonces otro gallo le cantara... ¡Y no que ahora está la pobre que da compasión! Como está tan corta de vista, le han inventado cartas de Lucinda que ella ha medio creído. Pero yo le he dicho la verdad de lo que pasa, y me ha encargado darte las gracias por el interés que tomas por su hija.

-¿Pues no he de tomarlo? Es mi ahijada... Aunque te diré la verdad, aquí para entre los dos. Yo no quisiera que Lucinda se casase con Anselmo.

-¿Por qué?

-Es un pipiolo: tiene malas ideas el muchacho. ¡Malas ideas!

-¿Vuelves a las mismas? Acuérdate de que está bajo la protección de Freire, y éste es ahora uña y carne con el gobierno.

-¡Sí! Parece que el General ha principiado a adivinar mis aptitudes. Le he ofrecido mi casa para Lucinda, y mi bolsillo, influencias y todo.

-Confío en que te portarás como corresponde -dijo la señora, suplicando con el tono de voz y mandando con su mirada.

-Me he comprometido, y ya sabes que el hombre por la palabra y el buey por el asta, Estelita -respondió el caballero.

-Veremos cómo cumples. Por ahora es preciso que vayamos a tomar noticias de Lucinda.

-¿Al momento?

-Sí. Hablaremos con tu pariente, Sor Inés de la Consolación de Jesús.

-Bueno. Vamos -dijo don Cándido, disponiéndose a salir.

Pusiéronse ambos esposos en camino para el monasterio; pero en la calle fueron detenidos por un grupo de personas que parecía dirigirse a la Alameda. Varios muchachos venían repartiendo a los transeúntes papelillos impresos, uno de los cuales tomó don Cándido y vio que decía:

«A los amigos del orden y de la religión!»

«¡Hoy 7 de noviembre en la plaza de las Postrimerías, sin falta!»

-¿Qué significa esto? -preguntó la señora.

-Que van a ahorcar al gobierno de los herejes en la plaza de las Postrimerías -contestó un hombre que pasaba corriendo a todo escape.

-Vamos a ver qué ruido es éste -dijo la señora, aguijoneada por la curiosidad.

-Vamos -contestó don Cándido, dejándose llevar maquinalmente.

Y marcharon hacia la plaza, hoy ensanchada y denominada «de O'Higgins», y a la que en aquel tiempo el pueblo llamaba *de las Postrimerías* aludiendo a los cuatro edificios públicos que la rodeaban. Estos eran: la Aduana, al oriente; el Consulado, al sur; el Teatro, al poniente, y la Iglesia al norte, sendos símbolos de la MUERTE, el JUICIO, el INFIERNO y la GLORIA; a propósito de lo cual los muchachos de aquel tiempo cantaban:

«En la Aduana está la MUERTE;
el JUICIO en el Consulado;
la GLORIA en la Compañía,
y el INFIERNO en el Teatro.»

Hacia este punto se dirigía doña Estrella llevando a duras penas a don Cándido, quien no iba muy contento, porque jamás le gustaba acercarse a donde podía correr el menor peligro. Así fue, que habiendo notado que la bulla y los gritos se aumentaban, dijo a su esposa:

-Me parece mejor que nos volvamos, Estelita.

-Yo creo lo contrario -replicó la señora, para quien la misma animación y bulla eran un incentivo más.

Llegados como a media cuadra de distancia de la plazuela, y cuando don Cándido oyó distintamente *los vivos y los muertas* lanzados por el populacho, se paró y dijo formalmente:

-No prosigamos. ¡Es preciso tocar retirada, mi alma!

-¿Tienes miedo, alma de lana?

-No por mí -dijo don Cándido temblando-, sino por ti... Vámonos a casa y yo volveré a buscar noticias.

-¿Qué hace usted aquí, señor don Cándido? -dijo una voz por detrás, ¿qué hace que no marcha para las Postrimerías?

-¡Ah! ¿Es usted Gacetilla? Ayúdeme a convencer a Estelita de que es preciso volverse -dijo don Cándido.

-¡No, señor! ¡Vamos a la plaza, que se trata de un asunto importantísimo! -exclamó Gacetilla.

Y tomando al pobre hombre de un brazo, entre éste y doña Estrella lo arrastraron a la plazuela.

-¡Voy sudando! -decía don Cándido-: ¡voy hecho una agua, Estelita!

La plazuela contenía algunos grupos de agitadores que lanzaban gritos descompasados. De cuando en cuando asomaban otros grupos por las bocacalles. El edificio del Consulado parecía estar lleno de gente.

Don Catalino se dirigió allí en busca de noticias, y se introdujo como un ratón por entre la multitud que obstruía el patio.

-¿Qué hay de nuevo? -preguntó al primer conocido que encontró.

-Es una reunión de caballeros principales -contestó el interrogado-, que está discutiendo en la sala sobre nombrar una junta de gobierno.

-Entonces vamos a tener dos gobiernos -exclamó riendo Gacetilla-. ¡Lo que son las cosas, compadre! Ayer no más, nadie quería gobernar el país, y hoy trabajan por hacerse del mando que otro tiene entre las manos.

-Es que ese otro no debe estar en el puesto que ocupa... Pero bueno será que callemos porque es peligroso hablar... Ya usted me entiende.

-Pero no será peligroso ver: y yo quiero ver el interior de la sala: Voy a entrar.

-¡Es imposible!

-Para mí no hay imposibles... Usted verá si soy capaz de abrirme paso -dijo Gacetilla dirigiéndose hacia la puerta del salón, en donde, a pesar de la gente que obstruía la entrada, logró penetrar.

Encontrábase en la sala la flor y nata del partido reaccionario en número de ciento cincuenta a doscientas personas, entre las cuales no dejaban de figurar nuestros conocidos Hipocreitía, Franco, Aldeano y Dorriga. También se divisaba allí a don Melitón; a quien su reverendo amigo había arrastrado, a pesar de su repugnancia por estos tumultos. Pero Hipocreitía le había dicho:

-Es preciso, amigo mío, irse acostumbrando a estas cosas si usted quiere figurar en la política de estos mundos, porque aquí debemos gritar para medrar, y el niño que no llora no mama.

Y como don Melitón, aunque no era niño, quería mamar, había accedido como otros muchos de los circunstantes.

Uno de los amigos que don Catalino encontró en el salón le dijo que se acababa de leer el acta, la cual se estaba sacando en limpio para enviarla al vicepresidente.

-Y ¿qué dice el acta? -preguntó Gacetilla-. ¿No me hará usted la gracia de decírmelo?

-Dice que las infracciones de la Constitución cometidas en las elecciones por el gobierno, han obligado al pueblo de Santiago a reunirse aquí...

-¿Y cómo? ¿Este es el pueblo de Santiago? -interrumpió un tercero-. ¡Yo creía que había más gente en la capital!

-Es que los pipiolos no son pueblo, quiero decir, pueblo decente y capaz de deliberar -replicó otro.

-¿Y qué más? -preguntó Gacetilla.

-En esta virtud, acuerdan: «Desconocer la autoridad del Cabildo, del Congreso, de todos los funcionarios públicos y por consiguiente, del gobierno...

-¡No es nada! ¿Y el gobierno no ha mandado fuerza?

-Sí, pero ha tenido que volverse como vino. Yo creo que el gobierno no escapa de esta.

-Es un enfermo desahuciado.

-Un hereje dejado de la mano de Dios -dijo otro.

-¿Pero cómo quitar el gobierno sin inventar otro? -preguntó el incansable Gacetilla-.
¡Vamos a quedar como moros sin señor!

-Se ha nombrado, para mientras, una junta compuesta del General Freire, don Francisco Ruiz Tagle y don Agustín Alcalde.

En esto ya se había concluido de escribir la nota, que una comisión compuesta de cuatro personas (en la cual entraba el clérigo Franco) se encargó de llevar al palacio, y entregarla al que *se decía Presidente interino*.

Media hora después estuvo de vuelta la comisión. Todos ansiaban por saber la contestación del gobierno.

-Vicuña es un viejo chocho que habrá accedido a todo -decía uno.

-O se habrá escondido para no recibir a la comisión -agregaba otro.

Por manera que todos quedaron admirados cuando oyeron al clérigo Franco, que, de pie sobre una silla y con el manteo terciado, dijo en alta voz:

-El Presidente ilegal dice: que no reconoce el derecho que el noble pueblo de Santiago tiene para nombrar la junta que ha de ocupar su puesto, usurpado por escandalosas infracciones. Él se llama así mismo Presidente legal, y nos califica a nosotros de tumultuosos. Él y los suyos han infringido escandalosamente la Constitución recién dictada, y luego se nos echa en cara que perturbamos el orden público porque pedimos justicia para el pueblo y respeto para la ley fundamental del Estado. No quiero decir las injuriosas expresiones que el que se dice Presidente de la República ha vertido en contra de esta respetable asamblea, porque mi dignidad no lo permite; pero es menester que le probemos que no en balde nos hemos reunido aquí, y que los que han principiado esta obra, son capaces de darle la última mano. ¡Vámonos al palacio y veremos si no ceden!

-¡Al palacio, no! -interrumpieron algunas voces.

-¡Al palacio, sí, sí! ¡Mil veces sí! -gritó Franco con voz de trueno y esgrimiendo en el aire su hercúleo brazo. Sí, señores -prosiguió-: vamos todos, que en la calle nos espera el pueblo para acompañarnos. El pueblo entero simpatiza con nuestra idea, porque ve que trabajamos por su bien. No hagamos las cosas a medias; y ya que hemos comenzado, concluyamos de una vez con este cúmulo de infracciones y de deslealtades que son una vergüenza para el país. Lo que tenemos no es gobierno: démonos un gobierno. Estamos pisando un terreno inseguro que amenaza hundirse bajo nuestros pies. ¡Un paso más, y habremos salvado el precipicio!

-¡Al palacio! ¡Al palacio! -gritaron en coro los circunstantes.

Y este grito, repetido de boca en boca, corrió como una chispa eléctrica hasta los últimos grupos que se encontraban en la plazuela.

-¡Al palacio! Es una revolución en forma -dijo don Cándido...

Vámonos a casa Estelita.

-¡Aguárdate, hombre de Dios! -dijo la señora, y veamos en lo que para todo esto. ¿No ves que no son más que gritos?

-Por gritos se comienza -replicó don Cándido tiritando, y no de frío-; pero se suele concluir por... Tú no comprendes estas cosas, porque eres mujer; pero yo que soy hombre... ¡Cáspita! Ya salen... ¡Y qué gente tan granada, hijita! Cedámoles el paso: lo cortés no quita lo valiente.

CAPITULO LXXIX

Es llegado el tiempo de obrar

«¡No, torpe grey, estúpida,
seamos ciudadanos!
Con fe en el pueblo amémonos;
llamándonos hermanos,
y a nuestra patria démosle
Justicia y libertad!»
-GUILLERMO MATTA. (Himno a la Democracia.)

Pronto se vio desfilar por la calle de la Compañía la columna de los amotinados, a cuya cabeza se veía al clérigo Franco con el sombrero de teja medio terciado, alzada la sotana con la mano izquierda para dar libertad al paso, el manteo echado a la bolina, y esgrimiendo al aire la suelta diestra, como para acentuar las palabras de su ardoroso discurso.

-¡Adelante! -decía-: ha llegado el tiempo de obrar, y con estarnos quietos daríamos un paso atrás. ¡Vicuña bambolea; démosle el empujón de gracia!

Llegados a la plaza, se dirigieron al palacio, enfrente de cuya puerta encontraron formada la guardia cívica que lo custodiaba. Aunque esta guardia constaba de un número mucho menor que el de los amotinados, se preparó, sin embargo, a negar la entrada. Pero adelantándose el clérigo capitán, dijo a los soldados:

-¡Deponed las armas, impíos! ¿Os atreveríais a acometer contra un ministro del Señor? ¡La cólera del cielo caería sobre vosotros! Si creéis en Dios; si tenéis religión, dejadnos libre el paso. ¡Compañeros! ¡Adelante!

Los soldados temblaron ante aquel demagogo con sotana; y en su turbación se dejaron desarmar por la multitud, pues toda resistencia habría merecido excomunió. La entrada quedó libre, y el palacio se vio en un momento lleno de toda clase de gentes. Los amotinados se dirigieron a las salas del gobierno en busca del Presidente, a quien encontraron en su puesto.

Vicuña comprendió desde un principio que los amotinados estaban dispuestos a todo; pero resolvió en su conciencia no cederles el campo sino en el último caso.

Uno de los oficiales del ministerio había salido corriendo a llamar a don Carlos Rodríguez, ministro, entonces, de la Corte Suprema, y uno de los más ardientes defensores de las ideas democráticas.

No bien hubieron penetrado los revoltosos en la sala donde el Presidente se encontraba, cuando se oyó en el patio el grito de:

-¡Viva la religión! ¡Abajo los herejes! ¡Mueran los extranjeros!

Entonces, el clérigo Franco acompañado de Dorriga y otros, se dirigió hacia el Presidente, diciendo:

-Oiga usted: Esos gritos lanzados por mil y mil bocas le están diciendo claramente con cuanta justicia pretendemos que usted abandone un puesto que ocupa contra la voluntad de la nación.

-Señor -le interrumpió el Presidente con energía-: No son los perturbadores del orden, los enemigos de la paz, aquellos que tienen derecho para hablar en nombre de la justicia y de la voluntad nacional.

-¿Y se atreve usted a llamar perturbadores del orden a la parte más respetable de la sociedad de Santiago, que, impulsada por el amor a las instituciones viene a...?

-Impulsados por el amor a los puestos públicos, debiera usted decir, señor presbítero - exclamó enérgicamente un caballero que en aquel momento llegaba a la sala.

Era éste, don Carlos Rodríguez, quien atravesando apresuradamente por en medio de la multitud, corrió a ponerse al lado del Presidente.

-Sí, señor Franco -prosiguió Rodríguez con esa energía nacida del amor a la justicia que constituía su carácter-: sí, señor: no es el amor a las instituciones liberales lo que los trae a ustedes aquí, sino el amor a las antiguas prácticas monárquicas, a que no les es posible renunciar; es el odio al sistema republicano que ustedes miran con el horror con que los murciélagos miran la luz... ¡Amor a las instituciones de la República, los mismos que ayer servían a la monarquía!... ¡Si este fuera un lugar para reírse, soltaría la carcajada!

En aquel momento la conmoción fue general, y el orador se vio acribillado de miradas de odio. El clérigo Franco, cuya exaltación llegó al último grado, se adelantó algunos pasos y formuló con sus robustos puños una muda pero atroz amenaza, mientras que Dorriga, sacando de entre su ropa una pistola, la dirigió al pecho de Rodríguez, diciendo flemáticamente:

-Eso se contesta así...

-Para esa contestación tengo esta réplica -le interrumpió don Carlos, sacando prontamente otra pistola que amartilló con rapidez apuntando hacia don Víctor.

Los circunstantes pensaron en cuál de los dos tiros saldría primero.

-¡Queréis agregar el título de asesinos al de perturbadores del orden público! -gritó Rodríguez-. ¿Son éstas las razones que veníais a alegar en vuestro favor? ¡Es verdad que no tenéis otras!

-¿Qué hacéis? ¿Qué hacéis por Dios? -exclamó Vicuña, dirigiéndose a los que se amenazaban mutuamente...- ¡Acordaos de que sois hijos de una misma patria!

Dorriga bajó el cañón de su arma, y Rodríguez hizo lo mismo.

-¡No debemos mirar como a nuestros compatriotas a los enemigos del pueblo! -exclamó con voz de trueno el clérigo Franco-. Sí, señores -prosiguió con furioso ademán-: los enemigos del pueblo son los que contra la voluntad popular se mantienen en el poder. Es preciso quitarles ese poder a estirones, ya que no lo quieren entregar de buen grado.

Señores -dijo Vicuña-: bien podéis atentar contra nuestras vidas; pero no obtendréis de mí la dimisión de un cargo que debo al sufragio del pueblo.

-Nosotros venimos a nombre del pueblo -dijo Franco-, a pedirnos que depositéis la autoridad en manos de la junta nombrada por nosotros.

-¿De cuando acá -le interrumpió Rodríguez-, habéis recibido esa autorización?

-El pueblo entero de Santiago nos la ha dado.

-Todo Santiago reunido no tiene derecho para anular la voluntad del país, ni para echar por tierra el orden de cosas establecidas en virtud de esa misma voluntad... ¿También el pueblo de Santiago os ha encargado convertir esta mansión del Jefe supremo en una encrucijada de asesinos?

-Si no cedéis, estamos dispuestos a emplear la fuerza. En aquel momento se dejó oír en la plaza un inmenso vocerío, aumentado por la agitación de las gentes que llenaban el patio y las salas del palacio.

-Me retiro -dijo el Presidente-; pero no por esto creáis que cedo a vuestras desacordadas pretensiones: lo llago para evitar un desacato a la autoridad.

Enseguida, dirigiéndose a don Carlos, le dijo con calma:

-Sígame usted, don Carlos.

-Señor... -replicó Rodríguez.

-Se lo ordeno -agregó el Presidente con voz firme.

Ambos se retiraron a las piezas interiores, mientras los amotinados quedaron ocupando las demás salas.

FIN DEL TOMO PRIMERO